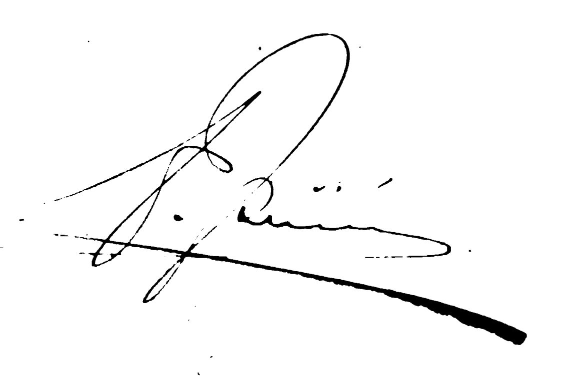
LA VIDA EN EL CHALECO.

Perdición 4

Es propiedad del Autor.



LA VIDA

EN EL CHALECO.

NOVELA ORIGINAL DE COSTUMBRES

NO MENOS ORIGINALES,

ESCRITA Y DEDICADA

A LOS HABITANTES DE LA ISLA DE CUBA

POR

Juan Martinez Villergas.



HABANA.

LIBRERIA É IMPRENTA EL IRIS, DE MAJIN PUJOLÁ Y CP.ª

CALLE DEL OBISPO NUMERO 121.

1859.

AL PUBLICO

DE LA SIEMPRE FIEL ANTILLA.

(Dedicatoria.)

Su gratitud con júbilo demuestra al hombre espléndido
Todo el que en este valle favores mereció,
Y dá al marino el náufrago, como el doliente al físico
La justa recompensa del bien que recibió.

Bellas coronas cívicas, con elocuentes vítores,
Henchido de entusiasmo, dá el pueblo liberal
Al valeroso ejército y al general impávido
Que con teson salvaron la causa nacional.

Los mas boscos demócratas dan á los dignos príncipes
Aplausos cuando llenan sus puestos con honor,
Y aun á sus mismos súbditos pagan los altos Césares
Las pruebas que tuvieron de su ferviente amor.

Esto dice, sin réplica, que entre los nobles bípedos,
Y aquí está el fundamento de la social salud,
Aquel que no es un bárbaro, de la razon antípoda,
En justas proporciones dá el premio á la virtud.

Yo, respetable público, no soy de esos camándulas
Que del honor prescinden y digo, y digo bien:
"Ya que á mis pobres méritos siempre te ostentas pródigo,
Alguna recompensa te debo dar tambien."

El mal es que hay obstáculos que agovian á mi espíritu;
Mas aunque grandes cosas no has de esperar de mí,
Si cual me sobran ínfulas tuviera un poder mágico,
Milagros estupendos hiciera yo por tí.

Brillantes muy flamígeros te diera en montes de ópalo,
Te diera en cada casa provisto un ambigú,
Y no perfectas sílfides de Atenas ó del Cáucaso,
Porque esas ya las tienes que valen un Perú.

Sin conocer las lágrimas, hiciera yo solícito,
Que mil años vivieras gozando en realidad,
Las emociones célicas de una ilusion fantástica,
Los sueños de un antiguo califa de Bagdad.

Juntara al rico pórfido los mas preciosos mármoles,
Y en premio de tu noble, sin par solicitud,
Alzara una pirámide tan alta como Júpiter
Para grabar en ella mi eterna gratitud.

A los ingenios múltiples diera terrenos fértiles,
Que hicieran á las cañas crecer, cada estacion,
Mas gruesas que los árboles, y un precio á los azúcares
Que á todos produjese millon sobre millon.

Leguas te diera sólidas de alambres telegráficos,
De estrema baratura, de duracion sin fin,
Por donde hablar pudiéramos de aquí con la Metrópoli,
Con Lóndres y con Viena, con Roma y con Pequin.

Te diera, en fin, ¡oh, Público! mi gratitud sin límites
Un tunel de aquí á Cádiz mas limpio que un crisol,
Y escuadras un sin número de buques aereostáticos
Que en relacion pusieran á España con el Sol.

Mas estas por mil títulos, empresas son quiméricas,
Y así mas propio juzgo, cual un ciego lo vé,
Que en vez de hacerme célebre soñando en tales dádivas
Te dé solo un recuerdo, pues te lo doy con fé.

Conságrote las pájinas de mi presente opúsculo,
Y si de tus favores indignas son quizás,
Me has de indultar benévolo, por ser conforme al cálculo
Que aunque te debo mucho, no puedo darte mas.

Lo espero porque estímulo tenga mi pobre péñola;
Lo espero, y aun confio que proteccion me dés
Leyendo estos esdrújulos, que son un poco diáfanos,
Porque de mi alma el fondo ver puedas al través.

Así, por esta epístola, bien lejos de hallar mácula
En tan humilde muestra de humilde inspiracion,
Verás, en breves términos, que á tí, por ser magnánimo,
Quien hoy libros te brinda, te diera el corazon.

Y basta ya de cháchara, de drogas y retruécanos.
Es cuanto se me ocurre que digno de interés
Parezca en este prólogo. Guárdete Dios et cétera......
Y abajo va la fecha de este año y de este mes.

J. M. V.

Habana 20 *de Abril de* 1859.

CAPITULO I.

La familia del Dios Baco.

Parece que fué ayer y han pasado ya treinta y dos años desde que tuvieron lugar los primeros sucesos de esta historia. Por poco que uno sepa restar sacará en seguida la cuenta de de que, si de cincuenta y nueve se rebajan treinta y dos, quedan veintisiete; lo cual quiere decir que fué en el año de gracia de mil ochocientos veintisiete cuando ocurrieron las primeras cosas que voy á referir. Con esto casi pudiera dar por terminada la presente historia, puesto que ya he fijado la época y solo me falta, una friolera, narrar los acontecimientos. ¿Están ustedes enterados? Pues yo tampoco.

Desde luego necesito tambien citar el lugar de los sucesos, porque si hay algun axióma histórico es el de que los hechos han de ocurrir en alguna parte y, en efecto, los que voy á relatar como base fundamental de este protocolo, acontecieron ¿donde les parece á ustedes? En Cartago no seria, porque ya no ecsistía esta ciudad en el año de veintisiete, pero cerca le andaba, porque fué en Cartajena, pueblo que debe su orígen tambien á los descendientes de la reina Dido, buena muger, aunque algo coqueta.

Había, pues, en Cartajena dos familias rivales, no desde que se fundó la ciudad sino desde los felices tiempos en que el famoso marqués de la Ensenada hizo allí obras gigantescas, elevando el arsenal á la altura de los de primera importancia. Y sea dicho entre paréntesis, por mas que murmuren los historiadores acerca del escesivo lujo de aquel marqués, cuando yo contemplo las mejoras que la España obtuvo de su ministerio, casi me dan ganas de gritar: ¡viva el lujo y quien lo trujo!

El hecho es que ya en tiempo de Somodevilla, con motivo de ciertas preferencias que para ciertas contratas mereció un tal D. Pedro Salinas contra un cual D. Pablo Calleja, se pusieron estos dos pollos españoles como dos gallos ingleses, y las familias heredaron un profundo rencor, ofreciendo en cada generacion el espectáculo de un duelo que terminaba siempre por llevar un cadáver á la sepultura, en lugar de proporcionar algunos consumidores á las fondas ó cafés como acontece en este siglo de ménos luces que pretensiones. Parecíanse, pues, los Salinas y los Callejas á los dos lobos que se comieron recíprocamente no dejando mas que los rabos.

Sería larga de contar aquí la série y cronolojía de tantos desafíos, y así nos limitarémos al último en que el jóven Segundo Calleja hirió de bastante gravedad á D. Hilario Salinas. Yo, como no soy facultativo, ignoro hasta que punto fué la herida tan grave como se dice; lo único que puedo asegurar es que le atravesó el corazon de un balazo, y dejo su apreciacion á los inteligentes.

En aquella época ya no quedaba mas que uno de los Salinas, como si dijéramos, la punta de la pirámide Salinera; pero era tan templado que valía por dos, aunque no menos cargante que sus antepasados, los cuales parecían de sublimado corrosivo, segun hacian reventar á todo el que tenía el ménor contacto con ellos. Los Callejas eran tres hermanos. ¡Que bien le venia este número á aquel rey que tenia tres hijas, y las metió en tres botijas, y las vistió de colorado, y colorin colorado......! Mas yo no doy mi cuento por acabado.

El último lance habido entre Segundo Calleja y D. Hilario Salinas, produjo mas sensacion en Cartajena que la aposta-

sía económica de Roberto Peel en la cámara de los Lores, por la circunstancia notable de que el difunto habia sido un temible espadachin, al paso que su antagonista no se habia ocupado jamás en aprender el manejo de las armas. Quizás confiaba en que tenia dos hermanos, uno llamado Cristóbal y el otro Benito; pero no eran estos los mas á propósito para un desempeño, porque Cristóbal era una especie de monomaniaco entregado á la pasion de los perros, gatos, gallinas, conejos y cuanto tuviese relacion con la zoológia, sin escluir los insectos y los reptiles, miéntras que el menor, Benito, estaba dotado por la naturaleza de un egoismo mas refinado que el mejor aguardiente. Lo que yo creo, en vista de lo dicho, es que Segundo confiaba en su loca fortuna, pues efectivamente,

Pareció desde el bautismo,
venir á ser en el mundo,
venturoso sin sí mismo,
quiero decir, sin segundo.

No jugaba una vez al tute sin acusar las cuarenta, ni al tresillo sin llevar cinco estuches, ni al mus sin tener dubles ó treinta y una, ni, en fin, á la peregila sin que le fuera el siete de oros. En las chapas siempre hacia caras y en el cané, cané. Así, aunque pecaba de pródigo tanto como su hermano Benito de avaro, nunca le faltaba una onza cuando la tenia en el bolsillo, y esto que parece una perogrullada no lo es mirándolo bien, pues hay hombres á quienes falta todo lo que tienen, puesto que les falta el valor para gastarlo. Pero, por que Segundo no tuviera primero en las cartas ¿debia contar con probabilidades en el juego de los lances de honor en que naturalmente toda la ventaja está de parte del valor y de la destreza?

La fortuna hizo por de pronto que él fuese provocado por el temible espadachin, con lo cual tuvo el derecho de elejir armas y optó por las de fuego, bien persuadido de que aceptar las otras hubiera sido suicidarse. Sin embargo, sus padrinos se estremecian á la idea de que Segundo, no habiendo jamás disparado una pistola, fuese á batirse con un jaqueton que á veinte pasos quitaba un tapon á una botella, con otras pruebas capaces

de poner vizco á un tuerto, aun cuando este fuera el padre de Alejandro Magno que al dar una batalla se quedó tuerto por la poderosa razon de haber perdido un ojo, y lo perdió por habérselo rebentado una flecha que llevaba un papel con el letrero siguiente: "Al ojo derecho de Filipo rey de Macedonia."

Pero por mas que se empeñaron los padrinos, no pudieron evitar ni diferir el lance, porque cuando le hablaban á Segundo de las malas consecuencias que podian tener aquellas premisas, contestaba:

—¿Que puede suceder? ¿Que muera ese señor Salinas? Pues le enterraremos y tal dia hará un año.

—Eso es, decian los padrinos, le enterraremos, ¿y si le mata él á usted, como es lo mas verosímil, atendiendo á su prodigiosa punteria? ¿No sabe usted que ese hombre atraviesa una naranja en el aire de un balazo, y que de las veinticuatro horas del dia se pasa doce y media en el tiro de pistola?

—¡Hola! contestó Segundo, mostrándose algo sorprendido, ¿conque tiene tan buenas mañas el señor Salinas? En ese caso quiere decir que es preciso matarle.

Todavía en el camino tentaron el último esfuerzo para desanimar al temerario jóven, haciéndole ver la inminencia del peligro; pero él contestó con estóica serenidad, que tanto le importaba matar como morir; pero que se tranquilizasen sus amigos, porque él pensaba vivir aun algunos años.

En estas y las otras, pian piano, llegaron al sitio convenido, que segun los inteligentes era inmejorable para romperse la crisma; fijáronse las distancias, preparáronse las pistolas y arrojaron al aire una moneda para la conocida suerte de cara ó cruz.

—¡Cara! dijo D. Hilario, con una voz sonora que revelaba una confianza ciega.

Segundo, ni siquiera se dignó mirar la moneda que cayó girando sobre su eje matemático, determinado por el movimiento de rotacion, dió despues algunas vueltas rodando de canto por la yerba y se acostó dejando ver en la parte superior las armas de España. Un tramposo, en aquel caso, hubiera disputado la victoria con el pretesto de que al decir cara, no habia esplicado si debia entenderse cara arriba ó cara abajo; pero

Salinas, aunque hombre cargante no era jugador ni filósofo, lo cual quiere decir que no era fullero ni sofista. Y por otra parte nada le importaba el turno, sabiendo que su adversario era capaz de errar el tiro á un elefante disparando á quema ropa. La distancia que le separaba de Calleja era de. quince pasos, y esta consideracion unida á la de no tenerse por elefante, le hacia envanecerse de recibir el primer pistoletazo para demostrar que sabia presentar el pecho con garbo á las que el diablo carga, cuando no anda matando moscas con el rabo.

Como quiera que fuese, la fortuna empezó á mostrarse Callejera. Tocóle, pues, y sin pues, á Segundo ser esta vez el primero, aunque por su nombre parecia estar predestinado siempre á desempeñar un papel secundario, y tanto en la violenta posicion de sus piernas como en las gesticulaciones con que apuntaba, pues tan pronto guiñaba un ojo como el otro, parecia un soldado bisoño que hacia su primer egercicio en su primera campaña.

No obstante, Segundo disparó su pistola cerrando ambos ojos, y en ménos espacio del tiempo indicado por su nombre los abrió para ver caer en el suelo á D. Hilario herido mortalmente, como que espiró ántes de cinco minutos; de donde infiero que su herida debia ser efectivamente de alguna gravedad. La posicion lateral que habia este presentado, y la actitud del brazo derecho doblado como para resguardar el cuerpo desde el hombro hasta la cintura, le habrian podido preservar de la muerte con poco que su contrario hubiera bajado la puntería. Su mano derecha, y la misma pistola que sostenía en direccion vertical, le defendian parte de la cabeza. No presentaba sino muy pocos puntos vulnerables á la accion del plomo; pero de poco le sirvieron tantas precauciones, porque si no hubiera dejado descubierto mas espacio que el de la boca de una pistola, por allí probablemente se habria metido sin tropezar la bala que disparó Segundo, y no digo mas para que no me crean portugués, que es lo que me faltaba despues de los muchos contratiempos que he tenido en este mundo.

El hecho es que el hombre cargante por vicio hereditario, murió ántes de dar tiempo á los demás para llamar al doctor

Jalapa, médico cuyo sistema curativo se revelaba en su mismo apellido, y que en caso necesario hubiese apresurado la agonía del enfermo, que era en lo que habia hecho un estudio particular. Tal es uno de los mas notables sucesos que tuvieron lugar en 1827, ó lo que es lo mismo, hace treinta y dos años, si no está equivocada la operacion aritmética con que dimos comienzo al capítulo presente. ¡Ojalá fuera mentira, y solo hubieran pasado veinte y dos desde el año veintisiete! Quiere decir que mis lectores y yo tendriamos dos lustros ménos con muchas ilusiones mas.

Mejor es no pensar en ello, y así procuremos ocuparnos de los hechos, olvidando las fechas, aunque nos llamen olvidadizos. El caso es que el referido duelo hizo mucho ruido en Cartagena, no solo por la anomalía de ver un perdonavidas que parecia ir diciendo "¿á quien mato?" muerto á manos de un mequetrefe, sino por la de ser el difunto recien casado con una graciosa y simpática señorita perteneciente á una familia bien acomodada, sin ser de las mas notables. Dicha señorita sobre todo, lo sintió mucho como era natural, y aun abandonó á Cartagena para evitar en lo posible el recuerdo de sus desdichas. La gente dió en decir si estaba ó si no estaba en cinta; pero eso no le importaba á nadie ni á nosotros tampoco, á no ser que queramos meternos en la renta del escusado. Por de pronto, á quien vamos á seguir mas inmediatamente la pista es á los demás personages del duelo, que por esta vez no juzgó conveniente despedirse en la iglesia.

La primera providencia que tomaron Segundo y consortes, fué dirigirse á un buque francés que estaba para darse á la vela con el objeto de poner piés en polvorosa; pero por de pronto no habia ninguna brisa, y además, conociendo el capitan del buque por la turbacion de los padrinos que estos tenian alguna razon urgente para tomar las de Villadiego, se aprovechó de la ocasion para pedirles mas dinero del que llevaban consigo. Ya he dicho que el capitan era francés, y para esto de cargar la mano aprovechando un momento crítico, sabido es que un capitan francés puede apostárselas al mejor general circasiano.

les que habia en su casa, la cual parecia un Arca de Noé, diciendo que si hallaba quien los comprase, podia darlos á cualquier precio y disponer del dinero á su antojo.

Segundo apreció mucho la buena intencion de su hermano que, realmente, hacia el mayor sacrificio desprendiéndose de lo que mas queria en el mundo; pero ni podia aceptar tan generosa proposicion, ni era la mejor hora de mercado para convertir cuadrúpedos ó volátiles en moneda. En efecto, la oferta no era aceptable de ningun modo, pues los irracionales constituian no solo la fortuna sino tambien la única pasion del pobre Cristóbal. Y eso que no habia visto el último drama del reino animal que acaba de dar á luz en Madrid mi jóven amigo D. Luis de Larra, titulado: "La paloma y los halcones," en el cual figuran una doncella, que es la paloma, dos mancebos libertinos, que son los halcones, y un viejo mochuelo de quien la paloma se enamora perdidamente. La moralidad de la obra está en aconsejar á las muchachas que se casen con viejos; de modo que si esta doctrina prevaleciese, los jóvenes de quince á veinte quedarian lucidos, teniendo que esperar aun cuarenta ó cincuenta años para hacerse interesantes. Por lo demas, todo tiene sabor ornitológico en esta comedia, por que la dama es paloma, los seductores gavilanes, el galan mochuelo, y el autor cuco. Y sin embargo, Cristóbal Calleja no habia visto este aborto filosófico en que se prueba, como tres y dos son cinco, que para libertar á una paloma de los halcones no hay como dársela á un mochuelo! Verdad es que el tal drama no debia salir á luz sino treinta años despues de los sucesos que voy narrando, pero por eso mismo se puede asegurar con mas certeza que no lo habia visto Cristóbal.

La cosa urgía para Segundo, y en la seguridad de que su hermano Benito tenia mucho dinero, aunque vociferaba quiebras imaginarias para hacerse el necesitado, se fué á verle. Como le habia hecho tantos favores, contaba con no ser desairado; pero al acercarse á la puerta vió una muger en la actitud sospechosa del que está observando algo, y el pobre hombre pasó de largo sin atreverse á llamar.

—¿Si habrán descubierto el cadáver, dijo para sí Segundo, y

Si los fugitivos hubieran sido ménos tontos, ménos noveles, en una palabra, ménos líricos, con solo decir que renunciaban al viage habrian puesto como una cera el corazon berroqueño del capitan; pero se inmutaron, tartamudearon, y en fin, como buenos líricos, acabaron por cantar de plano, haciendo ver las dificultades que tenian para volver á entrar en la poblacion. El capitan no era de los mas instruidos, sabia muy poco, pero no quiso saber mas sino que por entónces podia elevarse á la categoría de capitan Araña, que si no era digno de este nombre por embarcar á la gente quedándose en tierra, lo merecia por su desenfrenada aficion á la mosca.

—Eso de volver á la ciudad no me parece dificil, dijo. Pueden ustedes quedarse desde luego á bordo y en cuanto anochezca les daré trajes para que se vayan disfrazados á buscar lo que necesitan. En dos ó tres horas harán sus diligencias, seguros de que yo les estaré esperando con mi bote á la orilla del mar, y mañana saldremos con rumbo á Génova, donde quedarán ustedes libres de las persecuciones de la justicia.

Bien podia haber añadido: "Y de la mia."

Tal era la situacion de nuestros fugitivos, que la proposicion de aquel belitre les pareció altamente generosa y humanitaria. Todos la aceptaron como una ganga, se plantaron el trage de marineros, que les sentaba como á una irlandesa un vestido de jitana, y se encaminaron á la ciudad conviniendo en procurarse cada cual trescientos duros cuando ménos, y hacer despues un depósito comun para disponer de él como hermanos.

Los padrinos no carecian de recursos propios. El mas interesado en la fuga que era Segundo Calleja estaba completamente *arrancado* ; pero no carecía de amigos. La fatalidad hizo que no pudiese encontrar á ninguno, y en vista de este contratiempo se fué á casa de su hermano Cristóbal, á quien encontró muy afligido por la muerte de una cotorra que le habia matado el doctor Jalapa con un cocimiento de hojas de sen que le recetó para hacerla hablar en pocos dias. En cuanto á lo demás el buen Cristóbal, aunque no tenia una peseta, mostró los mejores deseos, pues le ofreció á su hermano todos los anima-

andarán acechando la casa de mi hermano por suponer que me he refugiado en ella? En todo caso parece que el papel de espía cuadraria mejor á un hombre que á una muger. ¡Que diablo! no estoy para perder el tiempo.

Acercóse de nuevo y se confirmó en la creencia de que la dama misteriosa espiaba la casa; pero contando con despachar su comision en un soplo, no tuvo miedo al otro soplo que la muger pudiera dar y llamó resueltamente.

Benito estaba en casa y pudo Segundo hablar con él reservadamente, refiriéndole su situacion. Miéntras duró la relacion del trágico suceso en que uno de los Callejas habia vengado á la familia, mandando al otro mundo al último de los Salinas, todo fué religiosamente escuchado; pero cuando se trató de salvar á un hermano por trescientos pesos, Benito dejeneró en verrugo, diciendo que la casa donde tenia su dinero habia hecho bancarrota, que los tiempos estaban muy malos, que antes de tragar un bocado habia que mascarlo bien para saborear la comida con arreglo á lo mucho que costaba, y sobre todo, que él no apaleaba las onzas.

—Pero yo puedo apalearte á tí, dijo Segundo, y si no lo hago es por consideracion á tu muger que todavía está delicada del parto.

—Convengo en ello, contestó Benito con humildad; pero ya sabes que tengo dos hijos, uno que me dió mi muger y otro que ella se empeñó en adoptar porque nos le habian dejado á la puerta de casa.

—Y la mejor prueba de que tu muger es rica, replicó Segundo, está en que accediste á esa adopcion, pues de otro modo todavía estaría ese niño donde le dejaron.

—¡Dale con la manía! esclamó Benito, cada vez mas resuelto á defender su bolsillo amenazado. Así sois todos los hombres de tu temple. Gastais lo que teneis y lo que no teneis....,

—Poco á poco, interrumpió Segundo.

—Bien, prosiguió Benito, vivis sin pensar en mañana, creyendo que todo el mundo tiene obligacion de contribuir á vuestras insensatas prodigalidades, y cuando no se os dá lo que pedis, prodigais los insultos como habeis prodigado el dinero.

—¡Bravo! dijo Segundo, has hablado como un Séneca, como un libro; estás elocuente y persuasivo, pero yo vengo por trescientos pesos que necesito para embarcarme. ¿Que son trescientos pesos para tí? Además, yo te los pagaré tan pronto como los tenga y estoy seguro de tenerlos pronto, con que dejémonos de recriminaciones, hermano mio; piensa en la crítica situacion en que me encuentro; piensa en que estoy fuera de la ley por haber sostenido dignamente el pabellon de los Callejas; piensa, en fin, que el presidio y quizás la muerte me están amenazando, miéntras tú que eres rico, si, muy rico, puedes salvarme por la friolera de trescientos pesos.

Pero el corazon de Benito no servia ya mas que para hacer tapones de botellas, porque era de corcho. Podia tal vez reblandecerse pero no mostrarse accesible al sentimiento, y por eso si los insultos no le habian intimidado, tampoco las súplicas eran capaces de conmoverle. Permaneció un rato pensativo, se vió resbalar por su frente una gota de sudor que sus ojos se negaron á soltar en forma de lágrima, y meneando la cabeza en señal de resuelta negativa, dijo que no tenia dinero, que no tenia dinero, y que no tenia dinero.

—Pues no te apures, desdichado, contestó Segundo, que todavía hay en el mundo un alma bastante caritativa para darte una limosna.

Diciendo esto le puso en la mano, como para hacerle el mayor ultrage, una pieza de dos cuartos, y salió de la habitacion con sereno semblante, aunque animado siniestramente por la risa sardónica de la mas injuriosa compasion. El avaro se levantó corriendo á ecsaminar la moneda de ocho maravedis que le dejaba su hermano, y muy contento de encontrarla buena, se apresuró á encerrarla donde tenia sus ahorros, despues de santiguarse con ella por si estaba embrujada.

Entretanto Segundo, por mas agitado que le tuviesen las rudas emociones de aquel dia, no dejó de notar al tiempo de salir que la consabida muger continuaba acechando la puerta de la casa.

—¡Que diablo! dijo para sí; puesto que esta moza permanece en el mismo sitio, no debo ser yo á quien espía. ¿Si observará

la casa de mi hermano para robarle? ¡Oh, que feliz ocurencia! Voy á dejar la puerta entornada, y ojalá que esta dama misteriosa me vengue á mí quitándole á ese judio el doble de lo que hubiera podido dar para salvarme.

Hízolo como lo habia pensado, y volviéndo con disimulo la cabeza luego que hubo andado unos treinta pasos, vió con feróz alegría que la muger se habia aprovechado de su aparente descuido para invadir la casa de su hermano.

—Pero ¿que hago yo? volvió Segundo á preguntarse, viendo que pasaba el tiempo sin que lograra lo necesario para emigrar, á pesar de que, como dicen los ingleses, el tiempo es dinero.

Segun caminaba el pobre sumergido en un mar de reflecsiones, acertó á pasar por la casa de un comerciante llamado Jimenez, que gozaba reputacion de rico y generoso. No le conocia personalmente; pero calculó que si el no conocer á una persona puede ser un inconveniente para servirla, no lo es tanto para molestarla, y por aquello de que el *no* ya lo llevaba consigo, se decidió á probar fortuna.

Por casualidad se hallaba en casa el comerciante y Segundo pudo hablarle sin testigos, esponiendo con franqueza el motivo de su visita. En cuanto al reintegro, dijo, que no tenia garantia material, pero que empeñaba su palabra de caballero de restituir la suma que pedia, sino se ahogaba en la navegacion, pero que en este caso mas perderia él que nadie, lo cual podia servir de consuelo al acreedor.

—Siento infinito lo que V. me cuenta, respondió arqueando las cejas el comerciante, porque D. Hilario Salinas, á quien V. ha quitado la vida, era uno de mis mejores amigos.

—¡Malo! dijo para sí Segundo.

—No por eso encontrará V. en mí un enemigo, continuó el comerciante, porque al fin V. le ha matado en un lance de honor, como cumple á un caballero.

—¡Bueno! dijo entónces Segundo para su capote.

—Respecto á lo que V. me pide, añadió el comerciante, la verdad es que, habiendo en estos dias hecho unos pagos de consideracion, me encuentro con poco dinero en la caja.

—¡Malísimo! volvió á decir Segundo para sus adentros,

—Pero, con todo, prosiguió el comerciante, una suma tan pequeña, pocas veces falta en una casa como la mia, y seria un crímen dejarle á V. espuesto á correr un inmenso peligro por la miseria de trescientos pesos.

Diciendo esto sacó la espresada cantidad en oro, la envolvió en un papel y se la entregó á Segundo, añadiendo:

—Si V. puede algun dia devolvèrme este dinero, no dudo que se portará como un hombre de bien; y si no puede lo sentiré, porque esto me probará que no ha tenido V. tan buena suerte como yo le deseo.

Segundo ya no tuvo humor para entregarse á sus paréntesis favoritos. Estaba estupefacto, sorprendido, encantado con aquella accion cuyo mérito comprendía por que era capaz de ejecutarla. El contraste que la conducta del comerciante formaba con la de Benito, le hizo pensar por un momento en las desproporciones morales que ofrece la familia humana, deduciendo que de Jimenez á su hermano menor, habia mas distancia que de este á un rinoceronte; pero entónces, le corria mas prisa llegar á la orilla del mar que á una conclusion filosófica, y no acertando á hilvanar una fraso que estuviese á la altura de su reconocimiento, pidió pluma y papel para hacer un recibo.

—¡Un recibo! dijo D. Fernando Jimenez, ¿con que fin? Si se tratase de uno de los negocios ordinarios del comercio, no daria yo mi dinero sin ecsijir ese requisito y aun sin haber estipulado ántes algun interés que agregaríamos al capital; pero esto es un negocio de sentimiento, sin mas condiciones que las que lógicamente nos imponen á V. la conciencia y á mí el corazon. Por otra parte, ¿puedo yo dar mas valor á un papel firmado que á la palabra de un hombre perseguido por una cuestion de honor?

¿Querrán ustedes creer que Segundo, tan informal en ocasiones y tan festivo siempre, tuvo la debilidad de llorar al oir la última réplica del comerciante? Y es el caso que le daba vergüenza, pero no podia remediarlo; ántes al contrario, cuanto mas queria ostentar fortaleza mas se le humedecian los ojos. Hubo mas, señores, nuestro héroe, aquel hombre tan jaque pa-

ra batirse, que habia quitado á otro la vida esponiéndo la suya sin descubrir en el semblante la mas leve alteracion, quiso despedirse y no pudo hablar. Lo mas que hizo fué alargar la mano, estampando en la de Jimenez el compromiso que contraia con el fugitivo sello de una lágrima rodada. Despues salió todo turbado, y hasta cerca del muelle no acertó á formular el concepto que formaba del comerciante, diciendo:

—No hay duda, es uno de los pocos ricos que merecen serlo.

Cuando llegó al lugar de la cita, ya le estaban esperando sus compañeros, y además una familia compuesta de dos hombres, dos mugeres y un niño, que tambien tenian trazas de viajar sin permiso de la policía. Media hora despues todos se hallaban á bordo esperando con impaciencia la llegada de la Aurora.

CAPITULO II.

Los descendientes de Leví.

¡Sépase quién es Calleja! Benito Calleja vino al mundo desnudo; no pudo nacer mas pobre. Pero aunque en esta parte nada tenemos que echarle en cara, él nació mas desdichado que los demás, pues nació para ser rico sin dejar de ser pobre, ó lo que es igual, para ser pobre aunque hubiese poseido la California. Su físico era un poco mas que plebeyo y un poco menos que aritocrático, es decir, entre merced y señoria. Tenia regulares facciones y, no obstante, siempre quedaba feo ante los demas hombres; de manera que así como vino á la tierra con la mision de llegar á rico sin dejar de ser miserable, tambien fué predestinado á parecer feo aunque hubiese tenido la cara de Adónis, no solo porque siempre habia de quedar feo, sino porque difícilmente podia pasar por bonito un rostro donde, como espejo del alma, se debia de reflejar constantemente la mas fea de las pasiones.

Su cútis, blanco y terso, no se vió empañado por las enfermedades cutáneas de que somos tan susceptibles en los primeros años. Atravesó pestes de sarampion, escarlatina y viruela, sin novedad en su importante salud; y hubiera tal vez atrave-

sado el cráter de todos los volcanes, sin probar los efectos de una sola erupcion. ¿Seria inaccesible á la lepra? No por cierto; mas bien habia nacido condenado á amalgamar las repugnantes afecciones que le hubieran podido purificar la sangre, en la mas hedionda de todas, en la roña de la avaricia.

Lo primero que aprendió á decir, ántes que papá y mamá, fué dinero. Antes supo pedir que andar á gatas, y el primer antojo que tuvo fué que le compraran una gorra en lugar de gorro, como dando á entender desde niño que viviría de gorra. Cuando estudió gramática, hizo cosas estupendas en las conjugaciones, segun los tiempos y los verbos. Por ejemplo, en el verbo *tomar*, nunca se le pudo meter en la cabeza el imperativo, miéntras que recitaba como un papagayo las primeras personas singulares del presente y futuro del indicativo, y del pretérito imperfecto en el subjuntivo. Esto es, nunca dijo, *toma*, *tomad* ó *tomen ellos*, sino *yo tomo*, *yo tomaré* ó *yo tomara*, *tomase y tomaria*. Todo lo contrario sucedia en otros verbos, como vervigracia el *dar*, en los que prevalecian las segundas y terceras personas del presente de subjuntivo, y todavia mejor el imperativo. Es decir que nunca hubo lo de *yo doy*, *daré* ó *daria*, sino "que ellos den" ó "dame tú &c."

No tenia mas que media lengua, por andar escaso en todo, y si la tenia entera no era de carne sino de trapo; pero con la particularidad de dar á las voces mal pronunciadas una significacion característica. Alla van algunos ejemplos: en lugar de *dime* decia *dame ;* por *daga*, *daca;* por *perito*, *pegote*; por *Ulises*, *monises* y por *gratos*, *gratis*. De esto resultaban equívocos bastante originales, como cuando hablaba de historia jurando que el héroe á quien miraba con mas veneracion era *Monises*, ó cuando daba su voto en el arte de cocina, que se jactaba de ser tan pegote como el que mas en la materia, ó en fin, cuando ponderaba los momentos gratos pasados en algun convite, diciendo que aquellos momentos gratis eran los mas felices que habia tenido desde que vió la luz. Llamaba la atencion, sin embargo, la facilidad con que pronunciaba ciertas locuciones de orígen ó corte latino, tales como *numerata pecunia*, *cumquibus*, *de acatus*, *conservare dineris y de bóbilis bóbilis*; y con respecto á

los pasatiempos, estaba por la caza ó la pesca, solo que nunca supo lo que le encantaba mas, si lo de andar á caza de gangas ó lo de pescar truchas á bragas enjutas.

Desde su mas dura infancia, que en él nunca fué tierna, miéntras Segundo, su hermano primero, buscaba la distraccion de los juegos inocentes, y Cristóbal, su hermano segundo, se entretenia en domesticar cernícalos, él pedia dinero para comprar libros de testo, y se lo daban á menudo. ¿Cual es el hombre á quien no le hayan dado para libros mas de cuatro veces cuando era muchacho? Pero Benito no dió jamás un real á los libreros: lo que hacia era esconder el dinero en una hucha, que guardaba en el sitio mas recóndito de la casa, y servirse para estudiar de los libros de sus hermanos. Era en fin, un ciego satélite de Pluto, una hormiga racional; pero miento, porque las hormigas cosechan en verano lo que han de comer en invierno, sin aspiraciones espirituales, al paso que Benito, pensando tal vez en la eterna salvacion, hacia su agosto en todas las estaciones con el firme propósito de ayunar toda la vida.

En la juventud se hizo un constante proveedor de los traperos y prenderias, vendiendo lo que desechaban, y á veces lo que en su concepto debian desechar sus parientes mas cercanos, es decir, sus padres y hermanos, aunque él á todos los tomaba por primos. A lo mejor hacia que se le perdiera momentáneamente un zapato para que le comprasen dos, porque no era cojo, y meter los dos piés en el que le quedaba hubiera sido andar como tres en un zapato. Revendia el par nuevo, depositando su producto en la hucha, y continuaba gastando el par viejo, despues de rejuvecerle, lavándole la cara con betun, que es el jabon de los zapatos.

Entónces aprendió infinidad de oficios, no por aficion al trabajo, sino por economía para cuando tuviera casa, proponiéndose no dar utilidades al sastre, ni al zapatero, ni al albañil, ni al vidriero. El ódio que tenia sobre todo á estos últimos se estendia á los mismos vidrios que suplia con papeles, y á veces ni aun eso, porque creia que no hay cosa tan sana ni tan gratis como la ventilacion.

En punto al calzado, decia que no tenia los piés de vino

para encerrarlo en botas, y aun creo que no estrenó tres pares de zapatos desde que fué independiente. A unas medias suelas sucedian otras medias, y cuando alguno ridiculizaba el deterioro escesivo del becerro, decia que usaba el calzado viejo porque tenia callos. Tambien se echaba de ver en sus trages el espiritu de economia, pues llevaba las piernas como fajadas, siendo tan cortos los pantalones que le subian un palmo de granadero por encima de los tobillos. La levita parecia de manga corta para lucir el brazo, como en algun tiempo la usaban las mugeres, y las costuras de la espalda presentaban mas rendijas que las casas viejas despues de un terremoto. Ya se vé, como que él era quien compraba la tela y la cortaba y la cosia, ingeniándose tanto para hacerla cundir, que hubo vez en que con un solo corte de chaleco se vistió de los pies á la cabeza y aun le sobró un retazo para remiendos. No faltaba quien se burlase de sus trajes, como de sus zapatos; pero Benito disculpaba su mala facha con las ecsigencias de la última moda, cuando no se quejaba de los hurtos del sastre, y el sastre era él.

Debo decir, en obsequio de la verdad, que aunque sus parientes vivieron algun tiempo en la ignorancia mas completa respecto al carácter de Benito, no siempre pasaron sus hechos desapercibidos para los primos que le enjendraron. Un dia el pobre Cristóbal estaba muy acongojado por que se le habia perdido una calandria en que tenia puestos sus cinco sentidos, y búscala por aquí, búscala por allá, vino á encontrarla en poder de un tal Judas, jóven de la misma edad, á quien se la habia vendido Benito, con lo cual se acreditó de ser mas malo que Judas, como que esta vez en lugar de comerciar vendiendo, era el mismo Judas quien habia comprado la calandria de Cristóbal puesta en pública subasta por el dichoso Benito.

Si se hubiera tratado de una rica joya es probable ¿que digo probable? es seguro que Cristóbal no habría dado un solo paso para rescatarla; pero el asunto era eminentemente grave á los ojos de un naturalista práctico para que este pudiera echarlo en saco roto. Averiguó la verdad, y tanto al vendedor como al comprador les quiso duplicar las utilidades, dándoles en cachetes y puntapiés todo el valor que para él tenia la calandria. Con

esto debe suponerse que Judas y Benito contrageron una total enfermedad de huesos, como que Cristóbal no les dejó hueso sano.

Y no se limitó á esto el castigo, pues para que otra vez no volviese Benito á vender calandrias, le condenaron á estar llevando azotes hasta que devolviera el dinero, es decir, á perpétuos azotes, porque Benito era capáz de morir ántes que aflojar la mosca. Enviáronle, pues, á la escuela, donde el maestro que era un verdadero verdugo de la humanidad incauta, se sació el primer dia, el segundo y el tercero, sacando al fin de la semana lo que el negro del sermon. Cuanto mas amenazaban á Benito con darle los azotes á pares, mas obstinado estaba él en decir que nones. El suplicio, rindió á todos los muchachos que se relevaron cien veces para cargar á cuestas con el mártir, y el maestro sintió su brazo rendido de tanto sacudir; pero aunque Benito se reia de aquella fiesta como lloran en Francia, se burló del mundo entero al estilo de Cartajena.

En vista de su inconcebible terquedad resolvieron sus padres tenerle sin comer hasta que cantase, pero Benito á pesar de tantas lecciones de solfeo como habia recibido, cada vez se puso mas ronco, diciendo que él no era italiano ni risueñor para deleitar á la gente haciendo gorgoritos. Tres dias estuvo como caballo sin freno, esto es, sin probar bocado, y hubiera pasado trescientos con igual constancia; pero la compasion que inspiraban sus quejidos, venció á la severidad de los primos que le dieron el ser, y estos cedieron al fin convencidos de que todos los tormentos de la antiguedad habrian sido ineficaces para arrancar el dinero á Benito. ¡Fácil empresa era! Primero le hubieran arrancado el esternon.

Aunque fué perdonado por entónces, no dejó de ser vigilado en lo sucesivo y aun tratado con todo el rigor de la ordenanza doméstica. Tan pronto le mandaban al colegio sin desayunarse como ir á los recados sin comer, ó acostarse sin cenar. Parecia su vicio una ocupacion de estómago que se habia de curar con la dieta; pero desgraciadamente estas medidas no surtian su efecto apetecido, porque Segundo se privaba de su racion casi siempre para dársela á hurtadillas á Benito. Asi el

castigado se puede decir que era Segundo, que era el que por su buen corazon se quedaba generalmente sin comer. Por esto y por la proteccion que continuó dispensando siempre á Benito, se decidió á molestarle cuando se vió apremiado por la necesidad, aunque conocia bien á su hermano y sabia que era mas fácil sacarle una quijada que una peseta, y que pedirle trescientos pesos valia tanto como pedir trescientas quijadas al que no tiene mas que dos. Sin embargo, lo que le faltaba á Benito no eran las quijadas metálicas de que estaba bien provisto, porque antes de casarse, merced á su sábio plan económico, habia logrado reunir mas de lo que llevó su muger, y eso que contrajo matrimonio con una dote de veinte mil pesos, y todo esto sin que lo supiera la tierra, ó mas bien sabiéndolo ella sola, porque el dinero de la hucha, para ser verdaderamente un capital muerto, yacia enterrado constantemente.

Dirán mis lectores, como si lo viera, ¿y quien fué la desdichada que se casó con semejante avechucho? pensando que yo voy á responder: "tal para cual" ó con aquello de:

Montalvo casó en Segovia
siendo cojo, tuerto y calvo,
y engañaron á Montalvo,
¿que tal seria la novia?

Pues no señores, aquí la novia era una joven bonita, simpática, inteligente, generosa que, á pesar de tan buenas cualidades, se dejó engañar por las carocas que la hizo Benito para atraparla el capital. Irene, que este era su nombre, tenia un corazon escesivamente impresionable, aunque poseia en grado superior la facultad de disimular sus emociones. En un furioso arrebato de celos habia despedido á otro amante con quien hubiera sido feliz y empeñado á Benito su palabra que cumplió religiosamente. Por de contado pronto tuvo motivo para arrepentirse, pero supo velar sus penas bajo una prudente resignacion que tomaba las apariencias del placer.

El mismo dia de la boda hubo casi motivo para un rompimiento por una de esas tonterías que nada valen, pero que

deciden de nuestro porvenir en ciertas ocasiones. Cuando llegó el momento de ir á la iglesia, Benito en lugar de ponerse un frac, se presentó con levita, y no así como se quiera, sino con una levita del siglo pasado, que habia heredado de su padre. Por bien conservada que estuviera no dejaba de tener algunos cuchillos y lamparones que hacian mal juego con el precioso vestido de encaje blanco que llevaba la novia, y así fué que esta se determinó á reconvenir á su futuro, diciendo que ella esperaba mas honor en su boda del que puede dar una levita vieja; pero como Benito era tan pródigo de recursos para defender sus miserias, dijo que aquella prenda precisamente era de su padre, cuyo recuerdo queria tener á la vista en tan solemne momento, y que ademas todo su traje de aquel dia era un voto hecho á la vírgen para que bendijese su himeneo.

Quiso Irene replicar; pero su padre, sus hermanos y los de Benito, el padrino y los convidados, con la buena intencion de evitar al novio un papel desairado, lo echaron á broma diciendo que todos ellos eran de la clase media y que todos debian por lo tanto abandonar el pretencioso frac para imitar á Benito que era el galan de la funcion. En efecto, no solo volvieron á á vestirse para renunciar al traje diplomático que llaman sério, sino que algunos tuvieran la habilidad portentosa de encontrar levitas mas viejas, mas belicosas, por lo acuchilladas, mas lamparoneras que la del novio, y la poca aprehension de presentarse con ellas, haciendo de buena fé la mas severa de las críticas en la mas impensada de las parodias. No contentos con esta humorada, quisieron que hasta los criados asistiesen á la misa y sirviesen á la mesa vestidos de levita para que hubiese la debida uniformidad, ocurrencia que debió ser de buen agüero por la alegria que produjo, pues todos se morian de risa viendo sepultados entre las anchas faldillas de la levita, hombres como los criados que jamás habian soñado traspasar las humildes regiones de la chaqueta.

Fué preciso ceder á la unanimidad, y la bella Irene se sometió con tanta mas razon cuanto que todos habian estado galantes con ella, pues su padre la compró un rico vestido de muaré y sus hermanos unos pendientes de diamantes; el pa-

drino la obsequió con un alfiler de topacio, y el que ménos de los convidados la hizo el presente de un abanico de marfil. Segundo Calleja la dió un peine guarnecido de perlas tan gordas como guisantes; el mismo Cristóbal, de acuerdo siempre con sus caprichos zoológicos, la regaló una enorme cigüeña viva, que habia criado con tanto esmero como si fuera un niño, para que le limpiase la casa de reptiles, y en fin, hasta el novio echó el resto para mostrarse espléndido en un dia en que todos echaban la casa por la ventana, pues dió á su futura una sortija de tumbaga que parecia de oro, adornada con un vidrio verde que hacia las veces de una esmeralda. Este anillo seguramente no hubiera costado en la tienda ménos de veinticuatro reales vellon, pero á Benito no le habia salido tan caro, por que tuvo la proporcion de comprarlo de lance á un muchacho que se lo encontró en el muelle.

¡Nunca hubiera cedido la pobre Irene á lo de la levita en un pueblo como Cartajena! Cundió la noticia con la velocidad del relámpago y todo el mundo siguió la broma, presentándose aquel dia con dicha prenda cuantos hombres chicos ó grandes, pobres ó ricos, contenia el puerto. Hasta los niños fueron á la escuela, los pescadores á pescar y los mendigos á pedir limosna con la correspondiente levita, siendo lo mas sensible que unos la llevaban con calzon corto y otros hasta con zaragüelles. Al salir de la Iglesia, sobre todo, sufrió la novia una de las mas horribles angustias que puede resistir un temperamento nervioso en un dia de boda. Lo ménos habia quinientos hombres y otros tantos muchachos, todos de levita, esperando á la puerta para agregarse al séquito matrimonial, y en efecto se incorporaron sin hablar una palabra, siguiendo á los novios hasta su casa. Esta sola demostracion hubiera bastado para pudrir la sangre á un viudo; pero hubo mas, y es que la recien casada no dejó de oir voces que salian de todas las puertas y ventanas diciendo con un lúgubre tonillo: "Ahí está la tribu de Leví"—"Ya pasa la tribu de Leví"—"Allá va la tribu de Leví"—"Buen viaje tenga la tribu de Leví."

Por fin llegaron á casa y pudo la novia verse libre de tan pesada zumba por el pronto; pero fué corto el reposo, porque

en aquel dia su calle se convirtió en paseo público y todos los hombres que habia en Cartajena se trasladaron á ella vestidos de levita, llevándola unos corta, otros ancha, otros hasta los talones, y los mas de corte antiquísimo, que no parecia sino que la habian heredado de sus abuelos. Sin embargo, no obstante, y á pesar de eso, ya no se oian aquellas voces melancólicas que tan amarga impresion hicieron en el alma de Irene; pero esta que ya empezaba á alegrarse viendo la ganancia al ojo, quedó bien desconsolada cuando asomándose á una ventana entre-abierta con el objeto de ver sin ser vista, oyó que unos iban diciendo: "No hay duda, esta es la boda mas levítica que se ha conocido en España" otros proponian que se celebrara todos los años el aniversario con el mismo trage, procurando adquirir para ello las levitas mas estrambóticas que hubiera en las prenderias y, así sucesivamente.

Con tan odioso motivo Irene contrajo una especie de hipocóndria que se comunicó á los demás concurrentes, y aquel dia que debió ser de gala y de gloria, vino á serlo de luto y de humor infernal. Este disgusto se aumentó en la tornaboda, no por la misma causa, sino por un suceso imprevisto que tuvo lugar en casa de Benito donde se celebró. La comida, como cosa de Benito, fué la mas borrascosa que pueda darse y la mas eficaz para escarmentar á los convidados. Tuvo por principio un huracan y por postre un trueno. Como si el anfitrion quisiera que sus amigos vivieran del aire, á la usanza de los camaleones, en lugar de sopa hizo servir diferentes platos de judías, y como un químico andaluz ha descubierto que cada judía contiene prócsimamente diez y ocho pulgadas cúbicas de viento, queda justificado que el principio de dicha comida fué un huracan. El pan quedó suprimido por indigesto y el vino á no andar tan escaso, hubiera criado ranas en tres dias, segun la semejanza que tenia con el que se cosecha en las lagunas. Fuera de esto no vieron los convidados sobre la mesa mas que ostras, madroños, setas, criadillas de tierra, bellotas, piñones y otros manjares que Benito mismo habia recojido en el mar ó en el campo para que no le costaran el dinero. Por fin los gastrónomos se animaron al ver llegar un ave asada que si no pre-

sentaba buenas trazas era notable por sus colosales dimensiones, pues jamás habian visto sobre la mesa un mónstruo semejante; pero el hambre no les dejaba discurrir y apuraron el asado satisfaciendo al apetito antes que á la curiosidad. Sin embargo, despues que concluyeron uno se asombraba de ver un animal tan grande y tan flaco, otro ecsaminaba el hueso fémur, admirado de encontrarle casi tan largo como el de un hombre, otro medía el cuello que tenia cerca de cinco cuartas, y todos se empeñaron por fin en saber que clase de pavo era aquel que abultaba por tres de los mas gordos, sin tener tanta carne, ni tan buen gusto como los pavos comunes. Benito estaba en brasas porque no se atrevia á decirlo, y cuanto mas sê obstinaba en guardar silencio mas crecia la curiosidad de los convidados. Al cabo fué preciso hablar y el anfitrion declaró que aquel pavo no era pavo, sino la cigüeña que su hermano Cristóbal habia regalado á su muger.

Este descubrimiento fué muy desagradable para todos, pues empezaron á esperimentar náuseas, por haber comido un pajarraco que se suele alimentar con sabandijas; pero particularmente para Cristóbal que, por el escesivo cariño que tenia á los animales criados en su casa, miró el asesinato de la cigüeña como un homicidio, llegando su exhaltacion al estremo de retirarse vomitando pestes contra su hermano Benito á quien tildaba de antropófago. Los demas convidados fueron desfilando tambien poco á poco, no imitando á Cristóbal en lo de vomitar injurias, porque eran prudentes, pero sí vomitando cuanta cigüeña tenian en el cuerpo, á pesar de toda su prudencia que no bastaba para impedirlo.

Irene no dijo una palabra, pero lo sintió mas que nadie, ya por haber comido el ave zancuda como cada quisque; ya de ver que su marido habia matado á un animal que le fué regalado á ella, ya por el triste porvenir que auguraba en vista de tales antecedentes. Sin embargo, habia resuelto sacrificarse con paciencia, y nadie hubiera descubierto en su semblante tranquilo las crueles punzadas que empezaban á destrozarla el corazon. Al contrario, supo mostrarse tan afable como cariñosa renunciando desde entonces á toda idea de resistencia ó

contradiccion. Así, cuando Benito le pidió un poder para disponer de sus bienes, se lo otorgó con la sonrisa en los lábios, y aprovechándose el avaro de estas ventajas, redujo desde luego á metálico la mayor parte de la dote. No se reservó por aquel tiempo mas que algunas tierras que esperaba vender á mejor precio al cabo de algunos meses, y el derecho de vivir un año sin pagar alquileres en una bonita casa que formaba parte de la dote de su mujer. Desde luego se trasladó á esta finca para no perder uno de los trescientos sesenta y cinco dias que debia disfrutar en ella momentos grátis, y sepultó en las entrañas de la tierra cuanto dinero pudo recojer.

La resignacion de Irene debia sufrir pruebas harto rudas con un hombre indómito, que hizo desde luego un impúdico alarde de la mas feroz tacañería, decorada con título de órden deméstico. No solo suprimió el ramo de modista, que es tan indispensable para las mujeres como el comer, sino que tambien el comer quiso suprimir, y por decontado, se negó á tomar criada diciendo que nada era tan util á la salud como el ejercicio. Miento, en su plan económico entraba tambien como punto de suprema conveniencia la necesidad de conservar el estómago desocupado, sino completamente vacio. Para que la mujer hiciera ejercicio la obligó á desempeñar todos los trabajos de la casa, y para evitarla indigestiones la tenia poco menos que á dieta perpétua, llegando casi al estremo de aquel que quiso enseñar á su caballo á pasarse sin comer y se le murió cuando ya iba aprendiendo. Aun lo poco que se comia en casa de Benito solo tenia la cualidad de ser grato por que era grátis, pues siguió esplotando la mina de las setas, criadillas, madroños, piñones, bellotas y, sobre todo, las ostras que él mismo pescaba para que el gasto fuera menor, y que por comerse crudas le ahorraban no solo el condimento sino hasta el consumo de la leña. ¡Cosa rara! ese alimento conquilológico que Benito preferia por su baratura, debia ser mirado pocos años mas tarde como un manjar tan aristocrático, que las personas de buen tono se ven obligadas á encontrarlo sabroso, aunque les repugne, sino quieren comprometer su bien sentada reputacion. ¡Lo que puede la moda entre los que se someten á su yugo caprichoso!

Pero prosigamos. En casa de Benito no entraba carpintero, ni cerrajero, ni sastre, ni zapatero, pues como llevo dicho, él sabia todos estos oficios, y ahora añadiré que por no gastar en luces hasta se alumbraba con teas ó se estaba á oscuras. Solo cuando la necesidad lo exigía ó repicaban recio se echaba allí mano de una bela de sebo puesta en un candelero de barro.

No era la pobre Irene insensible á estas mezquindades; pero aunque su salud se iba con ellas minando y era de temer que tan prolongado silencio terminase por una barrascosa esplosion, continuaba en el plan de forzada mansedumbre que se habia impuesto.

¿Qué mas podré decir? Así como todos los que se casan desean tener hijos, obedeciendo al sentimiento natural de la propagacion, Benito, al contrario, calculó que una criatura humana no es un camaleon que vive del aire, y aunque acérrimo partidario de su culto, declaró sin rebozo que miraba con horror la propaganda. Para tormento suyo y delicia de su mujer ésta dió á luz un robusto muchacho que segun ella decia era el vivo retrato de su padre, como suele acontecer. En verdad la semejanza moral no hubiera sido muy honorífica para el párvulo, y en cuanto á la física era realmente notable tanto en el rostro cuanto en algunas señas particulares. Benito tenia por ejemplo los lábios finos, y los del niño parecian de seda. Las cejas del niño eran arqueadas, y las del otro figuraban un paréntesis entreabierto por abajo. Notábase, por fin, en la cabeza del padre por la parte posterior un lunar albino, con su correspondiente mechon blanco, y el mismo lunar, situado en el mismo punto, con el mismo blanco mechon adornaba la trastienda del cráneo del chiquillo. Estos rasgos de pasmosa similitud entre el hijo y el padre tenian á Irene loca de satisfaccion; pero á Benito le daban tanta gana de reir como cuando le sacudieron los azotes por revendedor de calandrias, pues para casarse habia contado tanto con la dote de su mujer como con la ilusion de su incapacidad propagandista, y para que el diablo se lo acabara de llevar, aconteció el dia del bautizo aquello de dejarle á la puerta otro nene que su mujer, sacando al fin los pies de las alforjas, le hizo adoptar por hijo, aunque no tenia

5

los labios finos, ni las cejas arqueadas, ni el albino mechon en el cogote. Quizás mis lectores tendrán curiosidad de saber como fué estotro niño á la casa de Benito, y en el prócsimo capítulo quiero satisfacer la curiosidad de mis lectores, cueste lo que cueste.

CAPITULO III.

Un hijo pegadizo.

Habia por aquellos tiempos en Venecia muchos venecianos, y entre otros uno muy morrocotudo llamado Temístocles Guirlache. A la verdad, el apellido contrastaba singularmente con el nombre, pero esto es muy natural en Italia cuya decadencia progresiva, desde aquello del Rubicon hasta la fecha, se ha manifestado en todo, ménos en las esterioridades. Allí donde ántes nacian los mas invencibles guerreros se forman hoy los mas aturdidores diletantes, como si la energía vital hubiese cambiado de domicilio trasladándose del corazon á los pulmones. El pueblo que hablaba la lengua mas robusta del mundo se jacta hoy de poseer la mas dulce, ó por mejor decir, la mas afeminada de las modernas; tanto que, como si les ofendiese todo lo que para el oido tiene alguna solemnidad varonil, van adulterando los nombres augustos de las cosas que recuerdan sus pasadas glorias, haciéndoles dejenerar en la significacion por el raro placer de dar á las palabras una suavidad aceitosa. Entre otros ejemplos que seria largo enumerar, citaré uno que vale por ciento, el del célebre *Capitolio* á que los romanos llaman en el dia *Campidolio.* Es decir que de aquel

campo consagrado al monarca del Olimpo y que fué denominado *Capitolium* (*de caput*) por una cabeza ensangrentada que segun la tradicion se encontró allí al abrir los cimientos; de aquel campo donde estuvo tambien el templo de Jano en cuyas puertas fijaban con pavor su inquieta mirada las naciones, han hecho los prosélitos de la lengua regaliz un *campo de aceite*, que no significa otra cosa el nombre *Campi d' olio*. ¿Puede llegar á mas el prurito de la degeneracion? ¡Oh Fabricio! No salgas de la tumba, como te lo aconsejaba Juan Jacobo Rousseau, para ver ese pueblo, que tantos héroes y hazañas hicieron inmortal, entregado á músicos y danzantes; porque te moririas de vergüenza viendo que tus decendientes desconocen hoy hasta los nombres mas acatados de la antigua Roma, y que te encaminarian á un campo de aceite cuando fuesen buscando el lugar del memorable Capitolio.

Todo ha seguido el mismo rumbo desde que Italia dió como el cisne en la flor de cantar su agonia. Los severos nombres de Coriolano, Sulpicio, Ciceron, Horacio, Marcelo, Scipion y otros no menos masculinos, han sido sustituidos por los de Rubini, Alboni, Esquilache, Piccolomini, Bonneti, Guirlache y otros no ménos femeniles; pero en cambio las pretensiones han ido en aumento, y ya que los apellidos se resientan de la dejeneracion lengüística, nacida en mi opinion, como todo lo que tiene postrado aquel hermoso pais, de su desenfrenado furor filarmónico, se procura compensar la falta en la pila del bautismo donde resuenan por lo comun los nombres mas retumbantes de los héroes antiguos y modernos, llamándose uno Agamenon Cortessi, otro Annibal Marinni, este Belisario Saldonini, aquel Napoleon Moriani, con lo cual basta para comprender el nombre de Temístocles Guirlache á que respondia, cuando le llamaban, el veneciano de nuesta historia.

Era un hombre del pueblo que no habia estudiado ciencias ni artes, ni tenia otro mérito mas que el de llamarse Temístocles, con lo cual no se hubiera él cambiado por todos los sábios y artistas de su siglo, y aun se figuraba que no podia ménos de ser un grande hombre llevando el nombre de tal. Su presencia, mas que arrogante, puede decirse que era fanfarrona;

su fosca mirada y largo bigote retorcido estaban en armonía con una bien cuidada melena que le pasaba de los hombros, completando el efecto su trage consistente en un pantalon de botin muy ajustado, capita corta que apenas le cubria los codos y un sombrero en forma de embudo, graduado de doctor á juzgar por dos grandes borlas que llevaba colgando por detrás.

Aunque he dicho que este personage no sabia nada, debe suponerse que hay ecsageracion en esto, pues realmente algo sabria y aun añadiré, aunque incurra en contradiccion, que el buen Temístocles estaba á la altura de su época, puesto que sabia cantar. No podria dar una ligera idea de la historia de su pais, pero recitaba de memoria todas las óperas conocidas hasta entónces y en profecía las de Verdi. No habia oido nombrar á Galileo, pero devoraba las biografías de todos los que han acertado á componer ó cantar una cavaleta; no era capaz de apasionarse por un gran principio, pero se entusiasmaba por la fácil ejecucion de una escala cromática; en fin, hubiera visto impasible una calamidad pública, pero se llenaba de desesperacion cuando perdia el *dèbut* de una contralto mediana, ó al saber que se suspendia una funcion lírica por haberse puesto ronco el barítono. Con decir que estaba á la altura de su época debe creerse todo esto y mucho mas.

Por supuesto, nuestro héroe, no era un héroe, porque no podia serlo segun la descripcion que llevo hecha de su trage y persona. En los individuos sucede lo mismo que en las naciones, donde por lo comun el valor está en razon inversa de la esterioridad. Cuando yo veo como he visto en algunos pueblos de América los coroneles con faja, los oficiales de preferencia con ballenetas mas bien que sardinetas, pues las hacen subir hasta mas arriba del codo, y todos los demás con el morrion cubierto por supérfluos oropeles, lo primero que me ha ocurrido es que semejantes tropas deben ser irresistibles en la estratajema de la fuga, porque se me figura que para batirse bien no hay absolutamente necesidad de llevar las sardinetas tan largas, ni el morrion tan elegante, ni el cuerpo tan adornado. Dificilmente se habrán visto en el mundo soldados mas sencillos que los que Alejandro sacó de Macedonia, ni mas lujosos que los que militaban á las órdenes de Darío.

Debo hacer otra rectificacion importante y es, que si Guirlache no era aficionado á la lectura no dejaba de haber hecho un buen acopio de dichos ó sentencias de grandes capitanes que encajaba siempre bien ó mal en su conservacion, pareciéndole que de esta manera se asemejaba él á los héroes como una gota á otra gota, y esto con tanto mas motivo cuanto que se llamaba Temístocles.

Pues bien, este sugeto, cuyo retrato acabo de pintar al pastel, habia dado en hacer arrumacos á una jóven llamada Semíramis, hija del *Signore* D. Aquiles Goldoni, marqués de Testaferrata, y como este se opusiese con cabeza de hierro y pies de plomo, pues los tenia muy pesados, á que la heredera de un título de los mas duros de mollera se rebajase hasta el punto de corresponder á un simple Guirlache, que es como si dijéramos, el Turuleque de los italianos, el amante y la muchacha resolvieron hacer una de pópulo bárbaro poniendo agua de por medio para sustraerse á las persecuciones del marqués. En efecto, siendo Venecia una isla pequeña, no podian poner tierra por medio, como en otras partes, so pena de esponerse á que los cojieran infraganti.

Para realizar la empresa se pusieron de acuerdo con una doncella de la casa llamada Cleopatra, la cual en lugar de matarse aplicándose un áspid venenoso, ella misma se convirtió en áspid para picar al marqués en lo mas vivo de su honra, favoreciendo la fuga de los amantes que la llevaron en su compañia. Dispuestas bien las cosas, supo Guirlache que habia un bergantin para darse á la vela con rumbo á Trieste, y despues que tanto él como su amada se surtieron de los fondos necesarios para vivir algun tiempo, burlaron completamente la vigilancia del marqués embarcándose de noche en el citado bergantin que pocas horas despues andaba por el Adriático dando tumbos, sin respeto á unas personas tan distinguidas como Temístocles, Semíramis y Cleopatra, que iban á bordo.

Eso sí, las intenciones de los amantes eran escelentes, tanto que lo primero que hicieron llegando á Trieste fué unirse noble y legalmente por el sagrado lazo del matrimonio, acto que atenuaba su falta, pero que no se determinaban á reve-

lar al marqués, temiendo que en su nobiliaria indignacion cometiese un atentado.

Luego que se casó Temístocles; y no el griego, con Semíramis, y no la soberana de Siria, sirviendo entre otras personas notables de testigo Cleopatra, que tampoco era la antigua reina de Egipto, decidieron los tres pasearse alegremente por Europa, y despues de recorrer todo el norte, cambiando á cada paso sus nombres para que no les pudieran seguir la pista, se embarcaron en Marsella, con la sana intencion de ir á Cádiz, porque ya he dicho que sus intenciones eran irreprensibles en todo; pero como el buque en que navegaban hizo escala en Cartagena y Semíramis anunció la probabilidad de dar en pocas horas un nieto á su padre, se vieron obligados á desembarcar en aquel puerto, queriendo la casualidad que esto aconteciese el mismo dia en que Benito bautizaba á su primogénito; que siempre, por fas ó por nefas, habia de haber algo de primo entre sus parientes.

Otra coincidencia hubo mas singular en aquel dia y fué la repentina aparicion en Cartagena del ilustre marqués de Testaferrata, el cual por no parecerse á Diógenes en lo de andar por el mundo buscando un hombre, corria mas tierra que dicho filósofo en busca de una muger, que era su hija, dando la rara casualidad de ir á encontrarla en semejante ocasion. Semíramis que en el momento de dar á luz un hermoso niño tuvo noticia de la llegada de su padre, dijo por de pronto á Cleopatra que sacase cuanto ántes el párvulo de su casa para que su presencia no contribuyese á fomentar la terrible cólera de D. Aquiles, el de los pies pesados. La doncella no menos sobresaltada que su ama, discurrió que lo mejor de todo era poner aquel niño á la puerta de la casa donde acababan de bautizar á otro, calculando que allí le podrian dar de mamar mejor que en la escuela. He aquí el orígen de aquel hijo pegadizo cuyo llanto anunció á Irene su inesperada visita, dando tanto gusto á Benito como un dolor de muelas.

—¿Que avechucho es ese? preguntó con humor de perro rabioso á la criada que su muger habia tomado para niñera.

Porque debo decir aqui, que luego que Benito fué papá,

Doña Manuela Tardía

 y Borrego natura

por mas que se devanó los sesos para pasarse sin criada, no pudo resolver el problema favorablemente, y tuvo que recibir á una muchacha muy sentimental llamada Mercedes, la cual era mirada con horror por el avaro, solo porque tenia el indisculpable vicio de comer lo necesario para vivir y atizar con sus raptos de romanticismo y algunas citas importunas de obras que habia leido, los nobles impulsos de su muger.

Mercedes, que cuando su amo le hizo la pregunta ya tenia en brazos el niño de la veneciana, entró á enseñarselo á Irene gritando:

—¡Un niño! ¡un niño abandonado! Mire V., señora, que hermoso es.

—¿A ver, á ver? dijo Irene; cierto que es tan hermoso como desgraciado, y nada puede haber mas infeliz que un hijo abandonado por su madre.

—Así es, señora, contestó Mercedes enternecida; ¡que entrañas de Ciceron debe tener la que le entrega á la muerte despues de darle la vida!

Escusado creo advertir á mis lectores que la criada queria decir Neron donde dijo Ciceron, por aquello de haber oido campanas sin saber donde y ser aficionada á las citas, como suelen serlo casi todas las muchachas jóvenes.

—Mira, mira, parece que tiene hambre, dijo Irene. Ven acá, hermoso, y sácia tu necesidad, que á saber cuando volverás á verte en otra.

—¡Pobre ángel! repuso Mercedes. ¿Y se le ha de dejar morir? Señora, estoy pensando en que bien podia V. adoptarle por hijo.

—Que estás diciendo, muchacha? esclamó Benito, correspondiendo con una mirada de basilisco á la indicacion de la criada. ¿Tenemos aquí obligacion de recoger hijos abandonados por sus propios padres?

—Señor, dijo Mercedes con humildad; si sus padres no le hubiesen abandonado, por buena intencion que fuera la de V. no tendria ocasion de recojerle. Yo creo que dejarle nosotros tambien abandonado, es como asesinarle, y solo Mahoma tuvo corazon para degollar á los inocentes.

Don Pedro

—¡Calla! esclamó furioso Benito, sin reparar en la nueva cita.

Inútil me parece tambien observar que la buena Mercedes confundía á Mahoma con Herodes; pero todos estos defectos se podian disimular en gracia de la intencion.

Entre tanto Irene estaba deliciosamente entretenida en ver la destreza con que el recien nacido habia cojido su pecho, como si ya hubiera nacido enseñado.

—Y bien, señora, se atrevió á decir la criada resueltamente; V. que le ha dado ya su sangre ha contraido ante Dios las obligaciones de madre para esa criatura. ¿Quien sabe si ese niño que le vá á deber á V. la vida llegará con el tiempo á ser un guerrero como Fenelon, un marino famoso como Aristóteles, ó un buen sacerdote como Bernardo del Carpio? No se niegue V. señora, á ejercer una obra de caridad la mas recomendable á los ojos de Dios.

—¡Te quieres callar! gritó Benito, asustado del giro que iban tomando las cosas. Si vuelves á chistar te pongo por un brazo en la calle.

Por fin Irene, al cabo de nueve meses de increible resignacion, rompió por primera vez su silencio, no siendo ya dueña de sí misma.

—Tiene razon esa pobre muchacha, dijo, refrenando el volcan de sus iras; yo he dado á este pobre niño el primer alimento, y no puedo permitir que se muera de hambre, tanto mas cuanto que yo soy fuerte y espero tener salud para alimentar á los dos.

—¿Estás loca, muger? replicó el avaro, para quien el sentimiento de la caridad era un síntoma de insensatez. Con que, como si no tuviéramos bastante con el de casa, iríamos á recibir á un estraño? Ea, déjate de tonterias y haz que se lleven ese niño al sitio donde sus padres le dejaron, para que, si quieren, vuelvan á recojerle.

La criada hizo ademan de ir á tomar el niño.

—¿Adonde vas? dijo la muger de Benito, armándose ya de varonil resolucion.

—A cojer ese niño, contestó la criada, cuyos ojos empezaban á humedecerse.

—¿Para que? insistió el ama, lanzando una mirada llena de colérica espresion.

—Señora, dijo la muchacha, para adoptarle yo ántes que abandonarle como si fuera un perro. Hágame V. el favor de dármelo, señora, una vez que V., á pesar de su noble corazon, no puede hacer esta buena obra. Yo no tengo los tesoros de Cervantes; mas bien soy una pobre miserable que necesito trabajar para mi subsistencia; pero ya que el cielo nos ha enviado ese niño, si ustedes le abandonan, yo daré con el alma mi salario á la que quiera darle su pecho. Despues, velaré de noche, haciendo medias ó cosiendo camisas, á fin de ganar lo necesario para vestirle, y le vestiré como si fuera un mayorazgo. En una palabra, señora, yo seré su madre y entiendo que á una madre nunca le faltan recursos para sus hijos.

—Aprobado, contestó Benito, diciendo á su muger que entregara la criatura, una vez que ya nò corria peligro de quedar abandonada.

Irene, cuyo corazon se habia tiernamente conmovido al generoso acento de Mercedes, volvió á sentirse animada de noble indignacion cuando escuchó á su marido, y estrechando contra sí aquel ser desvalido que parecia reclamar su apoyo,

—¡No! dijo con voz de trueno; es que ya no le soltaria yo ni aun para dárselo á su propia madre; porque este niño me pertenece á mí que le he dado la primera esperanza con la primera leche, á mí que soy su verdadera madre y que en todo tiempo sabré defenderlo para que nadie le arranque de mis brazos.

—Pues yo te juro que te lo arrancaré, replicó Benito furioso á la vez que trémulo, de ver el lance mas sério de lo que se imaginó al principio por la arrogante cuanta inesperada firmeza de su muger; sí, cuenta con que te lo arrancaré y......

—¡Y qué, desdichado! esclamó Irene, arrojando ya el velo de la mansedumbre con que habia encubierto hasta entónces sus largos padecimientos, incorporándose con presteza y tomando una actitud mas formidable que la puramente defensiva. ¿Te parece á tí que porque hasta hoy he tenido el heróico valor de violentarme para sufrirte, voy á condenarme á perpé-

tuo silencio, como la fatalidad que nos unió me ha condenado á perpétuo martirio? No por cierto; ya me faltan las fuerzas para ocultar mi indignacion, como hasta este momento he ocultado mis lágrimas. No, lo repito, ya se acabó el tiempo de las contemplaciones; he pasado sin murmurar por los mas indignos tratamientos, por las privaciones que no tenias derecho para imponerme, hasta por el ridículo, que es lo último que puede aguantar una muger; pero ya que tu insensatez llega al estremo de ponerme en la precision de luchar, no sucumbiré, te lo advierto, sin probar que tengo resolucion para defenderme.

Estupefacto se quedó Benito al oir estas palabras que le revelaban la ecsistencia de dos muy distintas mugeres en una pieza, y temiendo con razon un escándalo al ver tanta enerjía en la que hasta allí habia tomado por una malva, hizo un esfuerzo para disimular su despecho.

—Muger, dijo con fingida calma, déjate de recriminaciones injustas por cosas que no merecen la pena. ¿Es posible que tengas tales quejas de mí sin haberlas espuesto con franqueza? Yo no he querido faltarte, bien lo sabe Dios, y desde luego hubiera hecho cuanto estuviera en mi mano para complacerte. ¡Pobre Irene mia! te pido perdon si en efecto he tenido la mala fortuna de ofenderte y te aseguro que en adelante no habrá sacrificio que yo no esté dispuesto á hacer para darte gusto. ¡Nécio de mí! ¿Con quien tengo yo que vivir sino contigo, con la única muger que amo y amaré toda mi vida? ¡Oh! ¡Seremos tan felices con nuestro caro hijo! Por eso, prenda mia, por consagrarme á tí y á él te suplico que no robes al nuestro el amor que le harías compartir con un estraño. Ea, dá ese niño á Mercedes y que se vaya bendita de Dios.

El muy perro, como ven ustedes, hizo el amor á su muger para ablandarla, y hasta lloró, aunque sin soltar lágrimas de que su corazon estaba totalmente desprovisto, para llegar al objeto que se proponia. No lo consiguió enteramente, pero logró con sus engañosas protestas calmar á aquella muger á quien sus amenazas habian irritado. Sin embargo Irene, sentia realmente cuanto habia dicho en favor del desgraciado niño

que conservaba en sus brazos y concluyó sosteniendo su promesa de no abandonarle por ninguna consideracion del mundo. Le queria ya como á un hijo, y hasta le queria porque miraba en él un instrumento providencial venido para romper el primer eslabon de la cadena que por tanto tiempo habia llevado.

—¿Conque de nada valen mis razones ni mis súplicas? preguntó Benito con ese ademan de sorpresa que sirve de anuncio á la esplosion de una cólera largo tiempo comprimida.

—Te digo por última vez, contestó Irene, qué yo no soltaria este niño ni aun para devolvérselo á su propia madre.

—¡Pues bien! esclamó Benito, lanzando chispas de furor por los ojos; si ha llegado para tí la época de atudirme con quejas pueriles y retarme con estúpida terquedad, para mí ha llegado el momento de mandar como amo de mi casa y hacerme obedecer. ¡Suelta ese niño si no quieres que cometa un atentado!

Y diciendo esto se aproximó á su muger en actitud hostil.

—Mira desgraciado, dijo Irene, ya con la voz áspera de la exasperacion; detente y oye dos palabras. Despues haz lo que quieras, porque á todo estoy dispuesta; pero escúchame primero, escúchame bien, ¡miserable! Si tienes la temeridad de acercarte á mí, estoy decidida á pedir socorro contra una agresion insolente, brutal, infame. Sí, estoy resuelta á pedir el socorro que no me negarán los hombres, y despues de esto, el divorcio que me otorgarán los tribunales. No te digo mas: ahora ven si te atreves.

Esta amenaza era la mas terrible que una muger rica pudiera hacer á un marido avaro. El desdichado palideció, y eso que habia ya reducido á metálico todo lo que Irene recibió en bienes raíces; pero ella sabia donde estaba parte del dinero y era dificil estraerlo antes de que se presentara con el rompimiento una reclamacion preventiva. Palideció, como digo, el infame, porque mientras solo habia visto una muger débil, aunque valerosa, con quien combatir en el terreno de la fuerza, se sentia capaz de todo, hasta de abofetearla. Pero cuando conoció que de su agresion no podia obtener mas que una victoria efi-

mera, porque al combate seguiria el escándalo y del escándalo surgiria una ruptura legal que le privaria de algunos miles de pesos, tembló como un criminal pusilámimo á quien notifican una sentencia de muerte. Hizo, sin embargo, hincapié, queriendo obtener del corazon de la madre lo que no habia podido arrancar á la firmeza de la muger.

—¡Oh! dijo, me hablas de divorcio y no debia yo esperarlo, francamente; porque no dando como no he dado motivo justo para una separacion legal, los tribunales te condenarán irremisiblemente. De todos modos podrás volverte con tus padres dejándome á mí con mi hijo.

A esta proposicion soltó la carcajada Irene, cuya cabeza empezaba á destornillarse un poco, y despues, mirando á Benito con ofensivo desden,

—Has buscado, le dijo, mal medio, aunque menos agreste que el anterior para intimidarme: ¡pobre hombre! Dí que tienes miedo, que buscas la ocasion tardía de capitular sin honor, que estás vencido por la dignidad de una débil muger, y aprende á mirar en adelante con respeto á quien has tratado hasta hoy con soberana injusticia.

Diciendo estas palabras, se volvió de espaldas para atender á su propio hijo que acababa de despertar, y Benito se volvió tambien, pero tan turbado que ni veia la puerta por donde salir de aquella estancia. Estaba en efecto, vencido, dispuesto á pedir perdon de rodillas, á adoptar el niño abandonado y aun á poner buen semblante á la criada, con tal de que aquel disgusto no tragese otro resultado que el de su vergonzosa humillacion. Tal es la suerte del avaro, todo el mundo le domina por lo mismo que él no tiene valor para dominarse. Retiróse, pues, vencido y asombrado al ver la increible firmeza conque su muger, enferma y teniendo que cuidar dos niños, habia hecho frente á un hombre cuyas fuerzas estaban multiplicadas por la exaltacion. El desventurado, como no habia penetrado en el mundo heróico de las virtudes, ignoraba todo el valor que en los séres mas débiles puede desarrollar el antagonismo de un afecto sublime.

La primera leccion que recibió fué dura y estuvo para cos-

tarle cara, porque Irene dió en pensar serenamente las verdades que habia soltado en los arrebatos de la pasion, concluyendo por creer la reconciliacion imposible con un hombre á quien ya despreciaba en el fondo de su alma; pero al fin, viéndole acceder á su deseo de adoptar al pobre niño abandonado, se resignó á sufrir los sinsabores de un matrimonio insoportable.

Benito, que, á pesar de sus defectos, tenia la cualidad de ser eminentemente religioso, pues antes se hubiera quedado una semana sin comer que un dia sin ir á misa, entró de nuevo en el cuarto de su muger, y como si nada hubiese sucedido, empezó á tratar del mejor modo de cuidar á los niños. Lo primero que se le ocurrió, fué naturalmente bautizar al recien llegado, y para dar una prueba de afecto á su hermano Cristóbal con quien acababa de renovar las amistades, mucho tiempo rotas por el consabido lance de la cigüeña, le eligió por padrino; cargo que Cristóbal aceptó gustoso aunque bajo la condicion precisa de que el niño se habia de llamar Jorge Luis. Quiso Benito saber que interés tenia su hermano en que el hijo pegadizo se llamase Jorge Luis mejor que Juan Diego, y Cristóbal contestó que lo preferia porque aquel era el nombre de Buffon, autor á quien profesaba grandes simpatias por ser el que en su concepto habia hecho un estudio mas profundo de los animales.

Con tan plausible motivo se restableció un si es no es la paz doméstica. Benito aparentó tener mas abierto el corazon, aunque no menos cerrada la bolsa; Irene, alimentaba muchas ilusiones ya que no pudiese alimentar el estómago, y Mercedes se congratulaba de ver, segun ella decia en su peculiar estilo, que el niño se habia salvado casi tan milagrosamente como se salvó Jove-Llanos despues de pasar tres dias con tres noches en el vientre de una ballena, cuando una mala inteligencia primero, y un horroroso incidente despues, llevaron la desolacion á la casa de Benito, donde la paz no quiso residir mucho tiempo, quizá porque se cansaba de estar en ayunas.

———

CAPITULO IV.

Un majo para otro majo.

Por mas que la reyerta de los esposos habia pasado ante una sola testigo, que era Mercedes, no dejó de difundirse la noticia, siendo la primera que la supo la pobre Cleopatra, doncella de la señora Semíramis, que era esposa de Temístocles. Tambien es verdad que se abultaron estraordinariamente los hechos, suponiéndose que Irene habia llegado al estremo de arañar á su marido y de querer arañar tambien al primero que se presentase á reclamar el niño de la veneciana. Por lo demás, las cosas habian pasado en tal sigilo que ningun vecino de Cartajena, ni la misma Irene, sabian de quien era el chico, motivo por el cual se dió poquísimo valor á los citados rumores. Solo Cleopatra, que era la que en un instante de aturdimiento habia dejado el niño abandonado, procuraba informarse de cuanto con él tenia relacion. La pobre muger cuando Semíramis preguntaba por su hijo, contestaba diciendo que estaba en lugar seguro y que tan pronto como fuera lícito rescatarle lo presentaría. Lo mejor que podia ocurrir para esta doncella era que el marques de Testaferrata lo arreglase de modo

que su nieto se pudiese quedar donde estaba, pues tambien Semíramis habia dado á entender que seria capaz de arañar al que hiciese el menor daño á su hijo; de modo que la pobre Cleopatra podia verse entre dos fuegos, y si esto parece poco, entre la espada y la pared, y si esto parece ménos, entre dos mugeres medio felinas, de las cuales una la arrancaria los cabellos si no la devolvia el niño cuando se lo mandara, y otra la sacaria los ojos si se presentaba á reclamarle.

Miéntras la imaginacion de esta buena muger vogaba con tal motivo en un mar de arañazos, la criada de Irene tuvo tambien sus disgustos. Benito, por mas que hacia, no pudo disimular la tírria con que miraba á esta muchacha, causa de su perdicion; pero á ella la tenia sin cuidado el ódio de un hombre incapaz de inspirarla amor, y no solo participaba con orgullo, si puede haber orgullo en ayunar por fuerza, de las privaciones que entraban en el plan económico de la familia, sino que hacia oidos de mercader á toda reprimenda injusta, con tal de asistir á los dos niños y particularmente al desconocido á quien habia dado en querer con la ciega pasion de una madre. Lo que llegó á ser mas desagradable para esta muger fué el observar que tambien Irene dió en tratarla con aspereza, sin acertar á esplicarse la razon, por mas que la echaba de erudita, cuando la pobre habia leido muy poco y formado un triste baturrillo en su memoria de lo poco que sabia.

Efectivamente, se comprendia bien que Benito, cuyo sistema económico estribaba en reducir á la última espresion el número de consumidores, mirase con ceño adusto á quien le graduó de padre postizo, metiendo en casa, no la tea de la discordia, que Benito hubiera aprovechado como otras teas para iluminar la cocina, sino una boca mas, y sobre todo, una boca humana, que para él era tan temible como la de un trabuco. Pero ¿que razon podia tener Irene para aborrecer á una pobre muchacha humilde, trabajadora y que pasaba con gusto las noches en vela para atender á los dos niños?

Pues ahí verán ustedes, como decia el otro, y ello, bien ó mal fundado, todas las cosas tienen su porqué. Irene estaba celosa. ¡Cáscaras! ¿conque ahora salimos con esas once ovejas?

¿No miraba ella misma como una aberracion criminal el haber querido á su esposo cuando era soltera y eso, tratándose de un amor que el matrimonio debia sancionar? ¿No era el tal hombre altamente repulsivo para todos los que llegaban á conocerle? Por último, ¿no estaban el amo y la criada como perros y gatos?

Me dirán ustedes que algunos amantes tienen la habilidad de encubrir sus relaciones con las apariencias de una estudiada antipatía y que de consiguiente, lo mismo pudiera suceder entre Mercedes y Benito por mas que jugaran á lo de, pícame Pedro que picarte quiero. No negaré yo esta verdad, aunque algunas veces me llamo Juanniega y tengo muy presente un cantar que oí á cierto vate mal querido de la diosa Temis, que decía:

Si te llevan á la cárcel
Nunca niegues la mentira,
La verdad en la espaldas,
Y el escribano...... que escriba.

No obstante, aseguro á ustedes bajo palabra de honor, y obrando en justicia que pido y juro con costas &c, que la antipatía entre el amo y la criada, siendo un hecho positivo, para nadie era tan cierto como para la misma Irene. Pero entonces ¿de donde procedian sus celos? Esto es lo que ya habrán ustedes adivinado y, sin embargo, se lo voy á esplicar, porque la naturaleza me hizo á mí tan machacon ó mas que á esos sempiternos narradores de cuentos apolillados, que siempre nos venden como nuevo, cuando no como suyo, lo que estamos hartos de saber.

Ustedes habrán caido en la cuenta de que Irene estaba celosa, no por su marido á quien podia echar en remojo la desventurada que no le hallase antipático, sino por el niño Jorge Luis hácia el cual Mercedes esperimentaba tambien un amor violento desde la tremolina doméstica de que ya hemos hecho una sucinta relacion. Y no solo esta infeliz le queria entrañablemente, sino que, creyendo con sus estremos reconquistar el aprecio de su ama, decia que no podia separarse de la criatura

y que ella hubiera sido muy feliz adoptándole por hijo suyo, tanto que si no estuviera en aquella casa ya se lo habria robado. ¡Tu que tal dijiste! No necesitó mas que esto Irene para trasportar sus celos al tono de *re*, convirtiéndolos en recelos y manifestar una frialdad que tomó las proporciones del aborrecimiento. Nada le importaban las caricias hechas á su hijo lejítimo, pues aunque le amaba como buena madre, no tenia respecto de él ninguna sospecha; pero no podia sufrir las que Mercedes hacia á su hijo adoptivo, temiendo que si no la robaba el chico la robase una parte de su cariño. Un dia que la pobre muchacha espresaba por la centésima vez su sentimiento de no haberse llevado aquel niño, Irene su puso furiosa, si bien supo disimularlo para no dar á entender la causa de su enojo; pero en aquel mismo dia buscó un pretesto para despedir á la moza.

—Anda con Dios, la dijo, y no vuelvas á poner aquí los pies ni á pasar por esta calle.

—Señora, dijo la pobre Mercedes, usted podrá impedirme que entre en su casa, pero no que pase por la calle, porque esta es de todo el mundo.

—Pues yo te mando que no pases por la calle, replicó Mercedes, y aunque desde hoy dejes de ser mi criada, no por eso dejarás de estar obligada á respetar á una señora de mi condicion.

—Eso es, dijo llorando la criada: ya habia yo leido en unas décimas de Cristóbal Colon que algunas señoras suelen dar estos chascos, pues parecen afables y luego son mas déspotas que Moratin; pero si yo me voy de esta casa, desde luego aseguro que á nadie le ha de pesar tanto como á V.

Esta reticencia, despreciada en un principio como cosa de un ser impotente, dió despues mucho en que pensar á la muger de Benito que, tomándola por una amenaza, se entregó á las mas estrañas suposiciones. Imaginó que aquella pobre muger pensaba formalmente en robarla su hijo adoptivo; pero descansó en la confianza de que ella sabria vigilarle. La malicia nos hace injustos en la interpretacion de las palabras mas inocentes. En todo habia pensado la buena Mercedes menos en vengarse de quien tan sin razon la echaba de su casa, pues lo

que ella queria simplemente dar á entender, era lo que con tanta energía se esplica en aquel adajio que dice: "otro vendrá que bueno me hará."

Y este pronóstico se cumplió bien pronto, pues en efecto, lo que ella tenia de cuidadosa y solícita para los niños, tuvo la sucesora Pilar de abandonada y displicente. La nueva doméstica profesaba como Benito la mácsima de que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Asi, para no desmentir la verdad de que estaba sirviendo, empezaba por servirse á sí misma primero que á los demás. Era el prototipo de esos criados á quienes pagamos para que nos sirvan y que efectivamente nos sirven, pero es de estorbo.

A poco que Irene hubiera reflecsionado en el contraste que la nueva criada formaba con la antigua, hubiese visto en las palabras de esta una profecia mas bien que una amenaza; pero la monomania que se habia apoderado de su cerebro no la dejaba ver claro, y se despertaba á cada paso de dia ó de noche toda sobresaltada creyendo ver á Mercedes entrar furtivamente en su habitacion, apoderarse de su hijo adoptivo y no dejar de correr con él hasta los confines del mundo. Y tenia razon para imaginar el peligro que la amagaba en esta parte, no por que la buena muger de quien sospechaba tratase de quitársele, sino porque habia de llegar el tiempo en que el inocente fuese reclamado por su propia madre.

Así sucedió. El marqués de Testaferrata, salió de Venecia decidido á matar de un pistoletazo á Temístocles, donde quiera que le hubiese á las manos, y tuvo, como he dicho, la suerte de hallárselo en Cartajena alojado, en la misma casa donde vivia su hija, y donde él mismo tuvo por conveniente hospedarse. Tan pronto como llegó quiso vengar el deshonor de su familia, y por medio de Cleopatra pasó un recado al seductor á su cuarto diciendo que acababa de llegar y necesitaba verle con urgencia. Si Temístocles hubiera sido irlandés habria estado rezando cuando llegó la doncella, pero como era hijo de la filarmónica Italia estaba cantando que se las pelaba.

—Diga V. á ese caballero, contestó, que tambien yo tengo vivos deseos de hablar con él para justificarme, pero ahora es-



toy estudiando un ária, y como el señor marqués debe comprenderlo, me es imposible abandonar una ocupacion tan sagrada en lo menos dos ó tres horas.

El marqués recibió esta respuesta conformándose con ella, como si fuera la cosa mas natural del mundo y recomendando el silencio á todos los de casa para que no interrumpieran á Temístocles, una vez que estaba entretenido en asunto tan importante y patriótico. Ya se vé, como que tambien él era italiano miraba de buena fé el canto como el ejercicio mas digno de los hombres.

Cuando Temístocles dió por concluida su tarea, salió apresurado y envió por medio de Cleopatra un recado de atencion á su suegro, diciendo que estaba á sus órdenes para lo que gustase disponer. Pero justamente al acabar Temístocles el estudio de un ária interesante, acababa el marqués de ponerse á estudiar una cavaleta muy dificil, y por consiguiente, mandó á decir que en aquel momento no estaba visible por la razon indicada, y que tan pronto como concluyese la leccion de música que le impedia salir, lo pondria en conocimiento de su adversario.

No faltó á su palabra el marqués, porque al cabo de mas de cuatro horas de gorgoritos tiró del cordon de la campanilla, y apareciéndose la doncella dijo que ya estaba desocupado, por lo cual ecsigia que Temístocles viniese á tratar con él al instante un asunto soberanamente trascendental. ¡Fatal coincidencia! En el momento de llegar Cleopatra se acababa de sentar al piano Guirlache con objeto de repasar los trozos mas escogidos de una nueva ópera, y cuando concluyó este repaso tampoco pudo ver al padre de Semíramis, porque á su vez estaba vocalizando, ejercicio de resultados inmensos para el porvenir del mundo, y al cual se dedicaba con tal aficion el Aquíles veneciano, que los que veian el principio jamás podian adivinar el fin.

Cerca de quince dias duró este juego que parecia el cuento de nunca acabar, sin que, á pesar de sus vivos deseos de hablarse, lograran verse los dos venecianos, como que ambos pasaban la vida cantando, segun costumbre de su pais, y ade-

mas daba la casualidad de que para dedicarse al indispensable cultivo de la garganta tenian trocadas las horas, sucediendo que cuando el uno lo dejaba con sentimiento, el otro lo tomaba con entusiasmo.

Pero como nada es eterno en este mundo, debia llegar y al cabo llegó el dia en que Aquíles y Temístocles se vieran las caras. Era de noche cuando la providencia quiso hacer el milagro de que el uno acabase su canticio, antes que el otro lo comenzara, y así pudieron entrar en esplicaciones.

—Señor mio, dijo el marqués, habeis echado un borron en mi nombre prostituyendo á mi hija, que era toda mi esperanza, y de consiguiente.........

—¡Alto ahí! esclamó Guirlache con la voz imperiosa de un Horacio Cocles; yo no soy escribano, ni mucho menos el mejor escribano, que es el que mas pronto echa un borron, segun afirman en esta tierra; porque si las cosas se ecsaminan desapasionadamente, me he conducido demasiado bien para lo que V. se merecia. Sírvale á V. esto de satisfaccion.

—Gracias por el obsequio, continuó D. Aquíles; pero ante todo, ¿como se compuso V. para conquistar á mi hija? vamos á ver: ¿cual fué su estratégia ó su plan de campaña?

—Muy sencillo, contestó Temístocles, levantándose la barba y estirándose el bigote; todo lo que pasó se esplica perfectamente en estas tres palabras latinas con que Julio César dió el parte de una de sus mas heróicas hazañas: "*vini, vidi, vici.*"

—¿Pero eso, continuó el marqués, le daba á V. derecho para deshonrar á Semíramis?

Y al decir esto, levantó el palo para cascar las liendres al insolente que provocaba sus iras, el cual, con una arrogancia sin ejemplo, se acordó de aquellas otras palabras que su tocayo el ateniense pronunció al ver amenazada su cabeza por el baston de Euribíades, y dijo solemnemente:

—"Dá, pero escucha."

—Ya escucho, respondió el otro, bajando su palo con la misma calma.

Entónces Guirlache sacó una pistola que entregó á su suegro, diciendo:

—Señor: el invencible emperador Trajano, dando una espada al prefecto del pretorio, cuando empezaba á reinar, le dijo: "Toma esa espada para que me defiendas con ella si obro bien, ó me mates si obro mal." Pues bien, señor; yo amaba á Semíramis; ella me correspondia, y oponiéndose V. á nuestros amores, resolvimos marcharnos de Venecia; pero como nuestras relaciones eran puras, lo primero que hicimos cuando llegamos á Trieste fué casarnos. Ahora diré como Trajano con la sola diferencia del tiempo y del arma. "Tomad esa pistola para que me defendais con ella, si he obrado bien, ó me mateis si he obrado mal."

—¡Que horror! esclamó el marqués medio riendo de lástima y medio llorando de dolor. ¿Vos casado? ¿Vos casado con mi hija? ¿Vos casado en Trieste? ¿Vos casado con mi hija en una iglesia de Trieste? ¡Que afrenta para mí, para ella... ¡para todos! Si al menos estuviera soltera podria volverse conmigo y dar su mano á cualquier noble del pais cuya alcurnia no fuese inferior á la mia; pero, ¡casada! ¡y casada con un Guirlache! No hay remedio, amigo mio, estais sentenciado á la pena de muerte.

—"La naturaleza os ha sentenciado tambien á vos," contestó Temístocles, apropiándose estas elocuentes palabras de Sócrates á quien estimaba, no como filósofo, sino como héroe de la filosofia.

—¿Esas tenemos? dijo furioso el marqués de Testaferrata; pues échese fuera cuanto ántes y verá quien de los dos es el sentenciado. Ahora mismo, vamos al campo, donde no haya testigos que me contengan. Lo único que siento es que no haya luz suficiente para nuestro lance por ser de noche.

—"Con eso combatiremos á la sombra," respondió tranquilamente Guirlache, muy orgulloso de pronunciar las mismas palabras con que Leonidas contestó al gefe de los persas cuando este, para amedrentarle, mandó á decir que las numerosas flechas de sus soldados cubririan el sol.

Pero al cabo lo pensó mejor y añadió, prodigando siempre las mas célebres fanfarronadas de los mas insignes guerreros, que no queria batirse con su suegro, porque se esponia á cometer un parricidio.

Esto agotó el sufrimiento del marqués, cuya nobiliaria indignacion no tuvo límites al ver que un Guirlache, un verdadero Turuleque, tenia la pretension de creerse hijo suyo. Levantó aburrido la pistola, montó la llave, apuntó con ánimo de dar como los relojes de campana, y viendo que Guirlache permanecia impasible, preguntó con asombro:

—Pero hombre, ya veis que os estoy apuntando: ¿no teneis miedo al plomo?

—"La bala que me ha de matar á mí no se ha fundido todavía" contestó Temístocles, cruzando los brazos al repetir esta conocida réplica de Napoleon Bonaparte.

A la verdad, por mucha y recargada que pareciese la arrogante vanidad del jóven veneciano, mostraba una sangre fria superior á todo encarecimiento, puesto que, aun viendo dirigir á su pecho la pistola, respondia con la flema de un inglés. Esto se esplicará facilmente, diciendo que la pistola estaba descargada, lo que se llama vacia, cosa en que no habia reparado el marqués de Testaferrata, y de consiguiente por bien que este señor hiciese la puntería no podia menos de errar el golpe. Temístocles lo sabia perfectamente, pero lo callaba como un indino por la cuenta que le tenia, como que asi podia seguir identificándose con los grandes conquistadores sin correr sus peligros.

El marqués, cada vez mas atónito de ver la serenidad de su yerno, estuvo á punto de abrazarle por esa natural simpatia que saben inspirar los valientes y el buen vino; pero acordándose de que aquel hombre era un pobre diablo, un plebeyo, un Guirlache, y que habia mancillado su ilustre nombre casándose con su hija, esperimentó un tal acceso de rabia que resolvió matarle sin que le alcanzara la uncion, y apuntó de nuevo gritando:

—¡Sangre! No hay remedio. ¡Mi afrenta se ha de lavar con sangre!

—Y bien, repuso Temístocles el veneciano: "yo abandono mi sangre al que la quiera derramar." Palabras que, segun Corneille, espetó el emperador Augusto al saber la conspiracion de Cinna.

En este momento cambió de faz la escena, segun dicen. La puerta se abrió de repente y apareció Semíramis desgreñada, hincándose de rodillas delante de su padre, porque en aquel tiempo no se estilaba el hincarse de pies ó de cabeza, ó de espaldas ó de bruces. El marqués echó á paseo toda su energía viendo á su hija en aquella actitud suplicante, y bajando el arma, preguntó:

—¿Que vienes á hacer aquí?

—Vengo, dijo ella resueltamente. á interceder por el padre de mi hijo.

Al oir esta impensada revelacion, D. Aquíles dejó caer el arma, que Semíramis recojió al vuelo apuntándose al pecho con ella y añadiendo:

—Si señor, ya no es posible ocultarlo; soy esposa y madre; pero quedará V. satisfactoriamente vengado, porque, ¿no es una víctima lo que Vd. necesita? Pues yo me inmolaré voluntariamente con tal que viva mi esposo para cuidar de nuestro caro hijo.

Alarmado el pobre padre de ver la boca del cañon fija en el pecho de Semíramis, y perdiendo todo su ánimo ante la inminencia de una catástrofe, recordó que debia ser padre antes que noble y con un grito penetrante, dijo:

—¡Por Dios, hija mia, retira esa pistola!

—Una palabra, padre, contestó ella con verdadera intrepidez; empéñela Vd. de dejar en paz á mi esposo y haré el sacrificio de vivir despues de lo que ha pasado. Si Vd. no me da esa palabra, decidida estoy á levantarme la tapa de los sesos.

Como al decir esto la heroina seguia apuntando hácia el corazon con la pistola, el marqués comprendió sobradamente que, aunque la disparase, no podia levantarse la tapa de los sesos. Sin embargo, no por eso debia prometerse otro resultado que la muerte inevitable del ser que mas amaba, y por consiguiente se inclinó á la clemencia; pero por una súbita reaccion de sus preocupaciones aristocráticas, pensó en que para recobrar á su hija tenia que resignarse á ser el papá de un Guirlache, y esclamó cerrando los ojos:

—¡Imposible! ¡Imposible! ¡Tu marido y yo no cabemos en el mundo!!

—Pues bien, yo cedo mi lugar á uno de los dos, contestó Semíramis tirando del gatillo.

Momento de sorpresa para el padre y la hija, pero no para Temístocles que esperaba el chasquido sin detonacion. El marqués, avergonzado de ver que habia tratado de meter miedo con un arma de fuego incombustible, dijo lleno de furor:

—¡Ah belitre! Por eso la echaba él de guapo, aunque me veia dispuesto á disparar; pero yo le aseguro que si él gasta sus armas sin municiones, cada una de las mias tiene su onza de plomo, y ahora se lo voy á demostrar. No interpongas tu valimiento, hija mia, por que nada conseguirás de un Testaferrata. Si lo único que te aflije es el tener un hijo, yo procuraré que nada le falte á él ni á ti tampoco.

—¡Cielos! esclamó Guirlache; ¿conque prometeis amparar á mi carísimo hijo, y á mi carísima esposa? Entonces... ..... "ya puedo morir tranquilo."

Estas últimas palabras las dijo con la prosopopeya de un Nelson al saber que se habia sumergido el navio español, *La Trinidad*, ó de un Epaminondas al arrancarse un dardo que tenia clavado en el corazon, cuando fueron á darla la noticia de haberse declarado la victoria en favor de los tebanos.

No habia medio para una solucion pacífica con un hombre como el marqués que, saturado de nobiliaria supersticion, habia resuelto acabar con su yerno sin temor á las consecuencias de un crímen en pais estrangero, y sin haberse ablandado enteramente su corazon ante el riesgo en que habia puesto á su propia hija. Resolvió buscar sus pistolas para saciar cuanto antes su apetito desordenado de venganza, y mientras andaba entretenido en buscar las llaves de sus baules, temblaba Temístocles el veneciano de un modo que hubiera causado indignacion á Temístocles el ateniense. No obstante, Guirlache, aunque un color se le iba y otro se le venia, se acercó al piano, y viendo allí un papel de música nueva, solfeó algunos compases para entretener el miedo. Esta fué su salvacion. Tenia una escelente voz de bajo y un estilo brillante que no podia menos de admirar á los inteligentes. Así fué que el marqués D. Aquíles, oyendo cantar á su yerno, se quedó estasiado, y en lu-

gar de seguir buscando las pistolas, se acercó al piano atraido por la voz de Guirlache con la fuerza magnética con que las culebras atraen á los gorriones.

Proseguid, dijo; tened la bondad de dejarme oir esa voz privilegiada.

El buen Temístocles que remedaba á todos los cantantes modernos en eso de entregarse á un ejercicio afeminado, poniendo un gesto tan altanero como si fuesen á tomar una batería, cantó aquel trozo con un eco capaz de atronar á Cartagena.

—¡Jesus! dijo el marqués, loco de gozo por aquel descubrimiento; ¡que voz tan robusta! ¡que estilo tan elegante! ¡que talento tan sublime! ¡Y yo, insensato, queria privar al mundo de uno de los mas grandes genios que ha producido la humanidad! ¡Venid á mis brazos, hijos mios, venid á honrarme vos que sois la única esperanza de la Italia, y tú, hija mia, recibe mi bendicion por haberte unido al mas ilustre bajo subterráneo de nuestros dias!

De modo, que lo que ninguna consideracion de afecto, de prudencia, de lógica ó de temor habia logrado del marqués, lo alcanzó el mérito mas superficial que puede tener un hombre que es el de hacer gorgoritos. Lo demas se adivina, pero no por eso renuncio á contarlo, porque de algun modo se han de llenar las quinientas ó seiscientas páginas de este volúmen.

Lo primero que hizo Semíramis fué llamar á Cleopatra y decirla.

—Corre, amiga mia; ya mi padre lo sabe todo y lo perdona todo: vete volando á buscar á mi hijo que quiero verle, mas aun, quiero conocerle, pues hasta de ese placer me habia privado el temor. Anda, corre, vuela, ven pronto; pero, ¿que haces? ¿No oyes que te mando buscar á mi hijo?

La doncella recordó aquello de, "Araña ¿quien te arañó? otra araña como yo" y dijo desagradablemente sorprendida.

—Es que, señora, yo no sé si ahora me le devolverán en la casa donde le adoptaron.

—¿Cómo que le adoptaron? preguntó con tanta ira como asombro la noble veneciana.

—Señora, continuó Cleopatra, le adoptaron, porque yo no sabiendo que hacer le dejé abandonado.

—¡Tú, infame! ¡Tú le dejaste abandonado!

Y Semíramis se puso en actitud de arrancar cada uno de ambos ojos á su doncella. Temístocles adoptó la postura de un Francisco I despues de la batalla de Pavía, y dijo:

—"¡Todo se ha perdido menos el honor."

El único que acertó á discurrir fué D. Aquíles, el de los pies pesados, diciendo que lo mas conveniente era escuchar á la doncella, para ver lo que el caso requeria y hacerlo con calma.

—Pues bien, dijo Cleopatra, parece que la señora de la casa en cuya puerta le dejé, por no saber donde llevarle y ser preciso que alguien le recojiera, le adoptó por hijo, y se ha prendado de él en tales términos, que ahora quiere arañar al que tenga el atrevimiento de ir á reclamarle.

—Pero la justicia se lo hará soltar, replicó Semíramis.

—¡La justicia! esclamó el marqués; cuando menos esa cuestion será objeto de un pleito interminable, porque habiendo abandonado ese niño has perdido tu derecho.

—¿Cuando puedo yo perder el derecho de reclamar á mi hijo? esclamó la veneciana con maternal exaltacion; y luego mirando á Cleopatra con ojos de pantera, continuó: tú le llevaste y tú le tienes que traer; si no me lo traes por temor á las uñas de otra muger, yo te he de quitar el pellejo con las mias; con que, mira como te compones.

—Pues señor, dijo para sí la doncella; una me quiere pelar si no se le traigo y otra si se le pido: quiere decir que no hay escapatoria. ¡Quien estuviera en Venecia!

Decidióse en aquel consejo de familia que Cleopatra saliese á ver si por sorpresa podia cojer el niño, y la doncella salió á probar fortuna. Esta era la muger que, si no lo han olvidado mis lectores, acechaba la casa de Benito cuando Segundo le fué á pedir los trescientos pesos para la emigracion. Tambien recordarán ustedes que Segundo, en venganza de la infame conducta de su hermano, dejó la puerta abierta. Pues bien, ahora vamos á referir lo que sucedió.

CAPITULO V.

Pagar justos por pecadores.

Ello, algo ha de haber de romántico en mi novela, porque asi lo pide la época de anarquia literaria en que escribo y tambien por lo complicado de mi plan, que me hace á la vez seguir la pista á tantos personages en tan diversos asuntos. Pero si el plan de mi novela fuese mas sencillo no seria tan romántico, es decir, tan contemporáneo, y tendrian ustedes razon para echarme en cara el haberles dado gato por liebre. Como quiera que sea, ya es necesario desenredar la trama que se ha ido enmarañando, y para ello soy capaz de prender fuego á la casa, como dicen que se lo aconsejó Quevedo á Calderon, una vez que este se lamentaba de no saber como sacar de un modo verosímil á varias personas que tenia encerradas en un cuarto.

Antes de apelar á este recurso, yo que miro con horror á los incendiarios, voy á ver si establezco algun órden donde hay tanto desórden y para ello quiero dar una mirada retrospectiva.

Ya he dicho que Irene, sin fundado motivo, habia despedido á su criada Mercedes que era una escelente muchacha, pres-

cindiendo de su aficion á las citas, y la sustituyó con la otra llamada Pilar que era descuidada, egoista, y, en fin, el reverso de la medalla. Iba á decir que en la Habana, con ser una ciudad tan grande, no se encontraria otra peor; pero me espondria á correr la plaza de embustero, y á todo el que habla ó escribe le agrada pasar por verídico, aunque no diga mas que mentiras.

De todos modos conste que Pilar estaba muy léjos de la perfeccion en punto al servicio; no tan léjos como los criados de la Isla de Cuba, porque esto es imposible; pero aunque hubiera podido pasar por un modelo en la Habana, no dejaba de ser la peor de Cartajena, y acaso la peor de Europa, y si ustedes me apuran, la peor del mundo, siempre que al hablar del mundo esceptuemos la Isla de Cuba.

Figúrense ustedes que la sucesora de Mercedes no sabia cocinar. Verdad es que para lo que habia que guisar en casa de Benito, bien podia éste pasarse sin cocinera. Pero tampoco sabia fregar, lo que tambien podia disimularse porque allí jamás se ensuciaban los platos. Sin embargo, vuelvo con mis peros y digo: Pero no sabia ni aun servir á la mesa, si bien es cierto que en una casa donde el comer habia caido en desuso, semejante habilidad hubiera sido supérflua. ¿Quieren ustedes apostar á que á la postre sacamos en limpio que la tal criada era demasiado buena para la casa de Benito?

Si solo hubiera tenido que servir á Benito, desde luego diré que, siendo infinitamente mas mala, me habria parecido inmejorable; pero debia tambien cuidar á Irene, cargada con dos niños pequeños, y no podemos perdonar á una moza que cuando la mandaban dormir los chiquitos, se dormia primero que ellos, y si la daban la comision de entretenerlos despiertos, solo se entretenia en hacerlos llorar.

La misma noche en que Segundo fué á pedir los trescientos pesos á su hermano Benito, habia Mercedes trabajado mas de dos horas en dormir á su hijo lejítimo, sin que Pilar hiciese por ayudarla. Con este motivo propuso á su marido buscar otra criada diciendo que ya la dolia el pecho de tanto remar, y aun pensó en volver á llamar á Mercedes que tanto

la habia aliviado en sus penalidades; pero recordó el acendrado cariño que esta muchacha tenia á Jorge Luis y desechó la idea con una especie de estremecimiento nervioso. Evidentemente la cabeza de la pobre Irene se hallaba un poco trastornada por efecto de su mal destino, y solo así podia esplicarse su espresada monomanía.

Por fin logró dormir al niño, siendo tan desgraciada que, apenas cerró los ojos el suyo, cuando despertó el adoptivo que habia estado descansando.

—Pilar, dijo Irene, anda, coge á Jorge Luis que parece que llora y tráele á ver si se calla.

Pilar hizo lo que le mandaban, pero como estaba medio dormida lo hizo mal, pues la grandísima bruta, en lugar de llevarle cabeza arriba lo llevó cabeza abajo, con lo cual el pobre tocayo de Buffon se desgañitaba como era consiguiente.

—¿Que estás haciendo, estúpida? dijo Irene: pon los piés de ese niño para abajo.

Pilar, que no podia despertar por mas que hacia, creyó que la mandaban poner el niño en el suelo, y plantó la cabeza de Jorge Luis sobre una baldosa. Esto era ya demasiado: Irene fué corriendo á acostar á su hijo legítimo, cuyo nombre de pila era Crisanto, y dando órden á Pilar de que se sentase á su lado para velarle el sueño, ella tomó el adoptivo y se puso á cantarle en la cocina las *habas verdes* para ver si dormia otra vez.

Por supuesto que Pilar, tan pronto como su ama la perdió de vista, se echó en la cama junto al pequeño Jorge Luis y se puso á roncar como una vaca. La única ocupacion grave de esta muchacha era el sueño. Dormía por la mañana, por la tarde, por la noche, á todas horas. Yo creo que dormía para no dar al estómago tiempo de pensar en que estaba desocupado, y diré mas, como la vida animal consiste principalmente en comer y dormir y la vida de esta moza no tenia nada de espiritual, se desquitaba durmiendo del tiempo que debia haber pasado mascando y haciendo la digestion. El hecho es que ella dormia en lugar de cuidar á Crisantito, que era el hijo legítimo del matrimonio, mientras Irene cantaba en la cocina las *habas ver-*

des, para ver si el adoptivo recobraba el sueño, y entre tanto Benito se estaba en la cocina, no por hacer compañía á su muger, sino para disfrutar allí la débil luz de una tea y no verse obligado á encender una vela de sebo.

Antes de pasar mas adelante debo decir, que desde el parto de Irene habia aumentado un poco el gasto de alumbrado en casa de Benito, pues era indispensable tener toda la noche luz en el cuarto de los niños por lo que pudiera ocurrir. Al principio Benito, como estaba en verano, dió en recojer gusanos de luz y echarlos á centenares en la habitacion; de modo que realmente algo se veia, como que llegó á reunir allí mas de cien luciérnagas; pero por un lado este alumbrado era muy escaso, por otro muy triste y por otro dieron los gusanos en morirse de hambre, dejando tal fetidez, que fué preciso renunciar á ellos á pesar de lo poco que costaban. Entonces Benito ideó una lamparilla económica con una torcida de amianto que por ser incombustible podia durar eternamente, y tan delgada, que no consumia en un mes medio cuarteron de aceite. Claro es que con tal economía de torcida y aceite, la lamparilla estaba distante de alumbrar tanto como una farola, y aun puede asegurarse que se diferenciaba poco de una luciérnaga ó cocuyo; pero por aquello de mas vale algo que nada, la misma Irene, aunque todavia no se hallaba en boga la homeopatía, se fué acostumbrando á iluminar la alcoba de sus niños con globulillos de luz.

Buen susto pasó, sin embargo, Benito en la noche de que íbamos hablando, pues al ver el lance aquel de la criada que habia tomado el adoptivo patas arriba, temió que el llanto del reducido Jorge Luis despertase al menudo Crisanto, y que no siendo posible bregar con ambos niños medio á oscuras, llegaria el horrendo caso de tener que encender una vela de sebo. Gracias á Irene, que con su diligencia dejó acostado á uno de los niños para acudir al otro, el tumulto se apaciguó sin estraordinario gravámen para el erario de Benito.

Éste no pudo menos de estar interiormente agradecido á su muger por haber evitado un despilfarro de luz, que así llamaba él al consumo de una vela de sebo, y aun casi se dispo-

nía á espresar con franqueza su reconocimiento cuando llamaron á la puerta. Benito palideció como si le amenazase algun peligro, como si tuviese algun presentimiento de lo que iba á suceder. El mismo salió á oscuras á ver quien llamaba y se sorprendió mucho al encontrarse con su hermano mayor. En efecto, esta fué la noche en que Segundo se presentó á pedir á Benito los repetidísimos trescientos duros para largarse de Cartajena.

Ya he referido lo que sucedió en la entrevista de los dos hermanos, pero todavia no he dicho lo que aconteció despues que Segundo salió dejando la puerta abierta, y si no lo digo ahora que viene á pelo, no sé cuando he de esperar á decirlo.

Cleopatra, la criada de Semíramis, por no dejar de tener alguna manía, como todos las tenemos, se lamentaba contínuamente del tiempo pasado, diciendo que la Providencia la tenia condenada á ir siempre de mal en peor, y efectivamente, mala estrella la debió alumbrar en esta vida, puesto que estaba sirviendo á pesar de ser Cleopatra. Cuando llegó á Trieste acompañando á sus nuevos amos y se encontró sin sus relaciones, todo se la volvia decir: "¡Ay! ¡quién se hallara en Venecia!" Encontrándose mas tarde en Berlin, aborreció esta ciudad por no sé que chasco que la dió un estudiante, y con este motivo decia: "¡Cuanto mas nos valdría no haber salido de Trieste!" Pasó luego á Paris, donde todo el mundo la engañaba cuando iba á comprar algo en el mercado ó en las tiendas, porque el comercio en Francia vive y medra esclusivamente burlando la buena fé de los consumidores, y así la triste Cleopatra esclamaba muy á menudo: "¡Nunca hubiéramos abandonado á Berlin!" Por último, al verse en Cartajena amenazada por las uñas de dos mugeres, suspiraba y decia: "¡Ojalá estuviésemos ahora entre las garras de aquellos escamoteadores de Paris!"

Esta pobre muger recibió, como sabemos, la comision de recobrar el niño de Semíramis, y aunque ya su ama la habia querido sacar los ojos, cuando llegó á la puerta de Irene que encontró cerrada y calculó que de un momento á otro podian allí arrancarla los cabellos de cuajo, lo primero que la ocurrió fué decir para sí: "¡Cuanto daria por estar ahora cerca de mis amos!"

Una cosa muy rara la sucedió entónces y fué, que aunque deseaba encontrar la puerta abierta, se alegró de verla cerrada, como que el afan de restituir el niño no era tan poderoso como el temor de caer en las garras de Irene. La pobre anduvo tanteando el modo de abrir aquella puerta y no dió con él: vió acercarse á Segundo Calleja y quiso aprovechar la ocasion, pero como al entrar el fugitivo se cerró tan rápidamente la puerta, no tuvo tiempo ni aun para aprocsimarse.

Ya puede decirse que habia la infeliz doncella perdido toda esperanza, y solo continuaba rondando la calle por no tener valor para volverse con los brazos desocupados, cuando con inesplicable sorpresa vió salir á Segundo dejando abierta la plaza, cuyo asalto se proponia. Esta era una felicidad, pero no dejaba de ofrecer sus peligros, á pesar de los cuales se armó Cleopatra de resolucion y entró de puntillas en la casa de Benito. Acercóse á una habitacion que era la cocina, y á la dudosa luz de una tea moribunda, creyó descubrir una muger que paseaba un niño cantándole las *habas verdes*.

—"Esta, dijo, debe ser esa señora que tiene las uñas tan buenas y las pulgas tan malas; Dios me libre de probar las unas y las otras.

Asomóse á otro cuarto y oyó la voz de un hombre que contaba dinero, diciendo en voz baja: "mil duros y quinientos duros, son mil y quinientos duros, y doscientos mas, son mil setecientos." Este hombre era Benito que, despues de negar á Segundo el auxilio para salvarse, habia querido contar todo el dinero que no estaba debajo de tierra, no solo por el placer de verlo y acariciarlo, sino porque hasta parecia temer que su hermano se lo hubiese sustraido con el pensamiento.

Por fin, Cleopatra se inclinó hácia un cuarto muy débilmente alumbrado, pero donde no creia ser vista ni oida, porque el único ruido que de allí salia eran los mas formidables ronquidos que hubiesen llegado á sus orejas. La doncella entró medio á tientas en aquel cuarto, y ecsaminando la cama encontró en ella un niño dormido como un ángel, junto á una muger que tambien dormia, pero no como un ángel, sino como un tronco. Vean ustedes lo que son las cosas. Hasta este

momento la pobre Cleopatra no refiexionó que, aunque los dos niños que habia en la casa estuviesen juntos y ella tuviera tiempo para escojer, la seria imposible distinguir el uno del otro, por ser ambos casi de la misma edad y porque apenas habia visto el de su ama quince dias antes.

—¡Que diantre! dijo; tomaré el que pueda tomar, pues yo cumplo con llevar un niño cualquiera. Mi ama tampoco podria conocer él que dió á luz, conque tampoco tendrá reparo en recibir por suyo el que yo la lleve.

Dicho y hecho: Cleopatra cojió aquel niño que era justamente el de Irene, y como estaba tan profundamente dormido pudo sacarlo de la casa sin que lo sintieran las moscas. Semíramis recibió con loca alegria el niño ajeno, creyendo de buena fé que era el suyo, aunque no dejó de chocarla un poco el mechoncito blanco en la trasera cerebral, y entónces asaltó un nuevo temor á los italianos, el de las consecuencias del rapto; pues aunque no conocian la legislacion del pais se fundaban en el derecho natural parn deducir que nadie debe entrar furtivamente en casa agena, ni aun con el fin de tomar lo que le pertenece.

Por otra parte, aunque España sea, como es, el pueblo mas hospitalario del mundo, los estrangeros temian ser objeto de un rigor especial por el solo hecho de ser estrangeros, lo que era muy natural, porque todos nos creemos desamparados cuando dejamos el suelo donde nacimos.

—Una idea me ocurre, dijo el marqués. Yo sé que hay en el puerto una barca francesa que está para darse á la vela y cuyo capitan es amigo mio. Paguemos en esta casa lo que debemos, diciendo que nos vamos á trasladar á la de unos amigos, y embarquémonos cuanto ántes para evitar cuestiones desagradables.

—¿Y si nos sorprenden en el puerto? preguntó azorada Semíramis.

—Antes que entregarnos, seria yo capaz de prender fuego á todas las naves que alli están reunidas, dijo Guirlache, creyendo con esto solo ponerse á la altura de Hernan Cortés.

Aprobóse, pues, la idea, y en ménos de cinco minitos ya iban Cleopatra y el niño, Semíramis, el marqués de Testafer-

rata y Temístocles el veneciano, caminando para el puerto. Esta era la familia desconocida, compuesta de dos hombres, dos mugeres y un niño, que Segundo encontró al lado de sus padrinos cuando llegó al lugar de la cita. El bote no se hizo esperar mucho tiempo, y nuestros viageros se hallaron pronto á bordo sin esperimentar el menor percance, como que entre ellos iba Segundo que no tenia primero en la fortuna.

Sin embargo, aquella noche les pareció á todos la mas larga que habian visto desde que tuvieron ojos. Pasáronla contando las horas, los minutos y los tocayos de Segundo, pareciéndoles que algun otro Faetonte habia hecho volcar el carro del sol en lugar de reducirlo á cenizas, ó temiendo que algun otro Josué hubiera en los antípodas repetido el milagro de parar al astro luminoso, segun lo que tardaba en dar señales de vida. Esto nadie lo estrañará, recordando que entre todos los pasageros de la barca quien arriesgaba menos era la doncella de Semíramis, y corria el peligro de quedarse ciega como describen á Cupido, si no calva como pintan la ocasion.

Todos los pueblos tienen supersticiones respecto de los otros, y Cleopatra no dejaba de alimentar algunas relativamente á España, de cuyas costumbres habia oido referir cosas inauditas. Lo menos que llegó á sospechar fué, que alguna gitana bruja les hubiese trasportado en un santi-amen á esos paises donde la noche y el dia tienen seis meses de duracion. Por fin, cuando ella creyó que habria trascurrido un semestre de tinieblas, comenzaron á brillar en el oriente los primeros resplandores de la rosada aurora, y aquellos náufragos de la tierra se alejaron del puerto, tan alborozados como ansiosos de verse ántes con ántes en el mar de la salvacion. Entónces todos hicieron lo que se acostumbra entre los pasageros cuando hacen juntos alguna larga travesia, y es que comienzan por ser amiguitos y acaban por ser amigotes; pero esta vez hubo alguna reserva en cuanto á los nombres y objeto conque cada uno viajaba. Ninguno dijo su apellido verdedaro, como si temieran los unos de los otros alguna pesquisa, pero todos conservaron su nombre de bautismo calculando que esto en nada les podia comprometer. En cuanto á lo demas, los venecianos decian que como

personas principales viajaban de incógnito, al paso que los del duelo suponian ser comerciantes que iban á buscar el único género que se conoce hoy en la patria de los antiguos Escipiones, á saber: músicos y danzantes.

Cuando el marqués oyó esto dijo para su capote: ¡si supierais quien va entre nosotros! Aludia con esto á su yerno, á quien tenia por el primer hombre de la Italia, por aquello de las notas graves que Guirlache daba con la facilidad de un piporro. Era tal el cariño que le profesaba, que asi como antes de oirle cantar queria mandarle al otro mundo, despues se preguntaba á sí mismo cuales eran sus méritos para tenerle por yerno, y cual era el angel que le protegia puesto que miraba á Guirlache como el hombre mas eminente, como el gran genio de su siglo, y era evidentemente la mayor de las fortunas que, en un pais donde hay tantas mugeres, como Venecia, hubiese correspondido á su hija la suerte fabulosa, la chiripa fenomenal, la verdadera loteria, en fin, de atrapar un marido tan importante. De modo que, para el marqués de Testaferrata, el yerno á quien tanto habia despreciado como hombre, tenia un valor inestimable como fagot.

—¿Y este niño tan lindo? preguntó uno de los españoles.

—Este es hijo de una servidora de Vd., contestó con amabilidad Doña Semíramis.

Todos á porfia quisieron hacer caricias al rorro; pero en particular Segundo Calleja que le tomó en sus brazos, y notando que la cara del niño tenia tan estraordinaria semejanza con la de su hermano Benito, se quedó atónito al descubrir el consabido mechon.

—¡Qué cosa tan estraña! dijo para si, mirando á Semíramis con ojo escudriñador, y acabando por preguntarla maliciosamente si habia estado mucho tiempo en Cartajena.

Parecia que todos los pasageros se habian dado la consigna de mentir. Semíramis, como ya lo hemos dicho, no habia permanecido mas que dos semanas en aquella ciudad, y sin embargo la dió por contestar que habia ido á Cartajena muchas veces de un año á aquella parte.

—¡Hola! dijo Segundo con sarcástica reticencia y mirando

alternativamente á Semíramis y á su hijo. ¿Conque bastantes veces de un año á esta parte? ¿Será posible? ¡Pero quiá!...... y sin embargo......

En estas dudas se hallaba sumergido Calleja, cuando se empezó á notar cierto movimiento entre los marineros por el amago de una de las mas horrorosas tempestades de que hacen memoria los anales de la navegacion. Todos los pasageros empezaron á preguntar azorados: ¿Que hay? ¿que sucede?

—Señores, dijo Temístocles, parodiando con gran solemnidad aquello de Napoleon á la vista de las Pirámides: "De lo alto de esas nubes, cuarenta rayos nos amenazan."

El mar estaba todavia muy embravecido, pero empezaba á crecerse como un toro de Jarama; y aun parecia tener flemones, solo que en lugar de hinchársele los carrillos se le hinchaban las narices. Todos los pasageros recibieron la órden de bajarse á los camarotes, y Semíramis obedeció temblando come las hojas de los árboles cuando hay viento. No era flojo el que entónces empezaba á echarla de maestro de escuela para el buque, segun le azotaba, pues parecia un huracan, y era lo que parecia.

El capitan, amigo de ese aparato esterior de los franceses que tantos puntos de contacto tiene con la farsa, poseia entre otros obietos entraños, unos calzanes colorados que se habia mandado hacer, segun decia, para pasar con ellos el cabo de Hornos, llamado tambien el cabo de la Desolacion; y aunque nada tiene que ver el Mediterráneo con los mares de las regiones australes, ni la temperatura de una latitud templada con la de la zona frígida, ni, en fin, el color de los calzones con el ímpetu de las olas agitadas, lo primero que hizo el dichoso capitan, cuando vió la cosa de mala data, fué bajar de un brinco á ponerse los calzones colorados. Ningun pasagero comprendia la necesidad de esta maniobra, porque tampoco la comprendia el capitan, como no fuese para llamar la atencion hácia su persona; pero como nunca falta en una reunion de hombres alguno que quiera dárse importancia, pretendiendo esplicarse lo que no tiene esplicacion, el marqués de Testaferrata dió mucho en que pensar á sus compañeros, esclamando:

—¡Digo, digo! ¡que tal será el bromazo que corremos, cuan- el capitan recurre á los calzones colorados!

Hubieran los demás pasageros dado diez años de vida por saber la conexion que el color de aquellos calzones pudiera tener con un deshecho temporal. Semíramis, como muger, fué mas curiosa y preguntó al momento cual era la significacion de aquel trage; pero su padre que tambien lo ignoraba respondió con semblante compungido:

—¡Mas te vale no saberlo, hija mia!

—Eso debe ser un signo telegráfico para pedir ausilio, dijo uno de los padrinos del duelo de Segundo, dándose tambien sus humos de inteligente.

—¡Quiere decir que estamos perdidos! esclamó llorando Cleopatra, que hubiera dado entónces cualquier cosa por hallarse en Cartajena, y entre las uñas de la temida Irene.

—¡Oye! ¡oye! dijo el marqués apuntando hácia arriba con el dedo.

Todos aplicaron el oido, pero solo pudieron oir de nuevo unos gritos coléricamente articulados que no comprendieron por la diferencia del idioma, y que en resumidas cuentas eran los tremendos juramentos, las horribles blasfemias que sueltan los marineros cuando luchan con alguna esperanza contra la muerte:

Un momento despues todo quedó en fatídico silencio, no escuchándose mas que el zumbido constante de los vientos desencadenados que tronchaban las jarcias como si fueran carrizos. El capitan y los marineros con los rostros desencajados, bajaron ostentando una palidéz cadavérica que contrastaba singularmente con el color de los susodichos calzones.

—¿Nos queda alguna esperanza? preguntó Segundo Calleja, sin manifestar la menor alteracion en su semblante.

—¡Ninguna! dijo el capitan, mas muerto que vivo, y añadió: ¡Señores! encomendemos nuestras almas al Ser Supremo, porque antes de cinco minutos empezaremos á ser pasto de los peces.

Un grito general de dolor fué la respuesta por de pronto á una tan siniestra prediccion. Solo dos hombres permane-

cieron al parecer tranquilos: Segundo, porque realmente estaba confiado en su buena estrella, y Guirlache porque hacia de tripas corazon para conservar hasta morir la serenidad característica de los héroes. Segundo, sin embargo de su calma, no dijo esta boca es mia; pero Guirlache, á pesar del terror que ya le hacia sus cosquillas en los intestinos, recordó lo que Julio César habia dicho en una ocasion semejante, y esclamó con voz estentórea:

—¡No tiembles, capitan!...... ¡llevas á Temístocles!!!

CAPITULO VI.

Un curso de clínica.

Todavia necesitamos volver á casa del impermeable Benito en esa noche fatal en que Segundo fué á pedir peras al olmo, porque á esto equivalia el pedir dinero á un avaro. No parece sino que la mencionada casa en la indicada noche tiene para nosotros el mismo atractivo que el espejuelo para las alondras y la luz para las mariposas, con la diferencia de que nosotros no vamos á caer en la trampa del cazador como las primeras, ni á quemarnos vivos en la fúlgida llama como las segundas. Vamos por de pronto á probar que el olmo hubiera podido dar peras, y despues á presenciar el borrascoso espectáculo que siguió al robo del niño Crisanto.

He aquí lo que pasó. Luego que Segundo tomó el portante, aburrido de tener un hermano que no servia ni para suegro, y mientras Irene cantaba en la cocina *las habas verdes* para dormir al ahijado de Cristóbal, Benito se puso á contar su dinero como si quisiera decir: "las habas de mi muger están verdes, pero las mias son habas contadas." ¡Cosa singular! En las repetidas cuentas que el avaro hizo de su capital, tan pronto sacaba dos ó tres pesos de mas, como dos ó tres reales de

menos, y estos mismos errores eran la causa de su insistencia, porque cuando creia ser rico en algunos duros de mas, volvia á la carga para solazarse en una dichosa certidumbre, y cuando temia ser mas pobre en algunos reales de menos, recontaba tambien para convencerse de que se habia equivocado. Al cabo resultó, como era de esperar, que el dinero encarcelado en la gaveta no habia crecido ni menguado, y que agregando esto á lo que yacia sepultado debajo de las baldosas, en todas las habitaciones, debajo del pesebre, en la cuadra, y debajo de la tierra en el corral, podia Benito, segun sus apuntes, reunir una suma de cincuenta y ocho mil ciento cuarenta pesos, tres reales y ocho maravedises.

Entónces nuestro hombre dió principio á una operacion aritmética tan estraña como propia de su carácter. El muy lagarto se puso á calcular cuanto dinero le habria quedado á él en el caso inverosímil de haber dado á su hermano Segundo los trescientos duros que este tuvo la frescura de pedirle. Hizo, pues, la operacion por el método ordinario de minuendo, sustraendo y resta, siendo tal el resultado, que le causó algunos escalofrios, porque en efecto, vió que si hubiera accedido á salvar á su hermano desprendiéndose de la considerable cantidad de trescientos pesos, no le hubiera quedado en casa mas que la friolera de cincuenta y siete mil ochocientos cuarenta pesos con tres reales y ocho maravedises. De aquí sacó la consecuencia lógica de que mil veces que le pidieran semejantes favores, mil veces debia negarlos.

Hecha la indicada operacion pensó en qué, gracias á su firmeza de bolsillo, en vez de disminuir habia su capital aumentado en los ocho maravedises que su hermano le dió como para insultarle, y dijo para sí:

—Ergo, lo que á mi me convenia era tener muchos hermanos perseguidos que viniesen todos los dias á pedirme dinero, y que no dándoselo yo, como seguramente no se lo daria, tomasen la venganza de apedrearme con piezas de á dos cuartos como Segundo. ¡Que mina, si todos los mortales me quisieran abochornar con esta clase de insultos!

Entretanto Irene, á fuerza de cantar las habas, logró dor-

mir á Jorge Luis, salió de la cocina y antes de acostarse fué á despedirse de Segundo, creyendo que estaba con su marido, porque le habia visto entrar y no le sintió al salir.

—Buenas noches, Segundo, dijo acercándose á la puerta de la habitacion donde estaba Benito.

A este se le encresparon los cabellos al oir pronunciar el nombre de su hermano, temiendo que hubiese vuelto á mortificarle y se puso á guardar su dinero á toda prisa.

—Que se espere un poco, dijo, ahora no se puede entrar, estoy ocupado, y por fin, viendo á su muger añadió: ¡Ah! ¿eres tú? ¿que decias de Segundo?

—Que como no le he visto salir, creí que estaria contigo todavia.

—¿Conmigo? No, si ya se fué, ¿pues no le has visto salir?

Y tendió una inquieta mirada por el cuarto, alarmado con la suposicion de su muger. Cuando se cercioró de que no habia peligro, repuso.

—Ya debe estar muy léjos, ¿verdad que debe estar léjos?

—¡Toma! ¿pues que sé yo, si no le ví salir? Pero, ¿que sucede para que estés tan agitado, y porque supones que Segundo debe estar lejos de aquí?

Benito, interpelado por su muger, no encontró medio mejor para esplicar su turbacion que contar el lance del desafio de Segundo, añadiendo que la crítica situacion en que veia á su hermano le tenia trémulo, cuando realmente lo que mas trémulo le ponia era la crítica situacion en que habia visto á su bolsillo.

—¡Pobre Segundo! dijo Irene, ¡ojalá que nada le suceda! pero, ¿porqué no se despediria al salir como me saludó al entrar? ¿Se ha ido enemistado contigo?

—No, dijo Benito, pero la confianza de hermano y el aturdimiento en que hoy le tiene su posicion comprometida, bastarán para que le dispenses un olvido.

—¡Es estraño! insistió Irene, trasluciendo la verdad con su sagacidad de muger. Yo le conozco bien y sé que ni la confianza le impide ser galante, ni es hombre que se aturda por las consecuencias del tremendo lance que me has referido. Va-

mos, dime lo que haya de cierto. ¿Se ha ido descontento? ¿Te ha pedido algun favor y no le has complacido? Eso, en semejante caso, seria una atrocidad.

—Pero muger, ¿de donde sacas tú esas quimeras? respondió Benito, y luego queriendo variar de conversacion, añadió: mira, ya ese niño está bien dormido; ¿porqué no le acuestas?

—Ya sé que duerme y el trabajo que me ha costado conseguirlo, dijo Irene; pero dime, ¿donde piensa ir Segundo por ahora?

—¡Que sé yo! contestó Benito, deseando á todo trance hablar de otra cosa, y continuó diciendo: ahora que me acuerdo, muger, esta noche, con el lloriqueo de los niños y la visita de mi hermano Segundo, se nos ha pasado el tiempo sin rezar el rosario. Anda, deja ese niño y despierta á la muchacha para que cumplamos tan sagrado deber antes de acostarnos.

Tal era, en efecto, la costumbre en aquella casa, por lo que Irene no tuvo que replicar, pero en el tránsito de una habitacion á la otra no dejó de murmurar:

—Ese mónstruo es capaz de haber negado á su hermano el dinero preciso para facilitar su salvacion.

Absorta en este pensamiento, entró en el cuarto alumbrado por una luz tan diminuta que parecia una chispa de las mas pequeñas que produce el eslabon chocando con el pedernal y que solo servia como de norte para indicar el rumbo, ya que no de antorcha para evitar los arrecifes en aquel mar tenebroso. Como allí los ojos eran inútiles, Irene apeló á las manos para colocar al niño que llevaba sin despertar al otro y se encontró solamente á la criada roncando como una bestia. Por el pronto creyó que Pilar estaba aplastando á su hijo y la dió tan furioso empellon, que la hizo levantarse sobresaltada restregándose los ojos; pero al ver que por mas que palpaba no podia encontrar á su niño, salió corriendo á la cocina en busca de una tea para alumbrarse. Todo era escusado; su hijo no parecia ni vivo ni muerto por mas que levantó la sábana con la mayor prontitud.

—¿Se habrá caido? dijo llena de espanto.

Y se asomó debajo de la cama imaginando con dolor ha-

llarle yerto de frio sobre las baldosas; pero tampoco estaba allí. Sus cabellos se encresparon súbitamente, sus mejillas perdieron el carmin de la vida, sus pupilas se dilataron como si los ojos pugnaran por escaparse de sus órbitas. Tal era la natural transformacion de aquella cabeza volcánica cuando encarándose con Pilar, esclamó:

—¿Dónde está mi hijo?

La muchacha, no menos asombrada de encontrarse sin el niño, que amedrentada de una metamórfosis que indicaba en su ama la estincion gradual del juicio, se puso tambien á examinar la cama y el cuarto, diciendo:

—Por aquí debe estar; yo no me he separado de él.

Irene, devorada por una febril inquietud, registró de nuevo la cama, esploró la habitacion hasta debajo de las sillas, salió corriendo á escudriñar todos los rincones de la casa, y adivinando su desdicha cuando vió la puerta de la calle abierta,

—¡Imbécil! esclamó: dando un grito que parecia arrancado de la garganta de un leon rabioso; ¡tu has dejado robarme á mi hijo!!

Estas fueron las últimas palabras que aquella pobre mártir articuló en su vida. En el momento de pronunciarlas perdió el habla y la razon, se abalanzó á Pilar como una hiena, oprimiéndola el cuello entre sus manos como con una argolla de hierro. Al soltarla, cayó la infeliz sin sentido y con el rostro amoratado. Despues, ella misma, como si en aquel impulso nervioso hubiera gastado toda la fuerza vital que la sostenia en pié, dobló las rodillas y cayó á su vez exánime con todo el abandono de esa especie de atonia que es el mas triste remedo de la muerte.

Al grito de Irene se levantó asustado Benito creyendo que su muger demandaba socorro, por lo que trató de apresurar el paso para ver lo que sucedía; pero antes de atravesar el umbral de la puerta recordó que habia dejado la llave puesta en el cajon del dinero y se volvió á recojerla por lo que pudiera tronar. Despues acudió al lugar donde el grito habia resonado y con gran sorpresa encontró á las dos mugeres inmóviles en el suelo como si fueran cadáveres.

—¿Que habrá sido esto? dijo como estupefacto, pulsando alternativamente á Irene y á Pilar. La lucha debe haber sido vigorosa cuando las dos se han puesto fuera de combate. Pero, ¿porque se habrán maltratado de esta manera salvaje? Yo creo haber oido á mi muger preguntar por su hijo, ¿qué puede haberle sucedido? y sobre todo, ¿de cual de los dos hijos se tratará? Hola, hola: este pulso va mal y la respiracion de la otra no me gusta nada. Me parece que convendria llamar á un médico, pero un médico no cura grátis y ademas trae consigo al boticario, cuyas drogas suelen costar bastante caras. ¡No quiero médicos ni drogas!

En efecto, Benito profesaba tal horror á los boticarios y médicos, que solo de verlos sentía el cuerpo desarreglado, y no por carecer de fé en la medicina, como Moliere, sino por el temor de tener que pagar algun dia las visitas del uno y las drogas del otro.

¿Llamaré á un cura, dijo, para que las dé los ausilios espirituales? ¡Oh! esto es lo mas esencial en tan apurada crísis, pero el sacerdote querrá ver tambien si hay remedio humano, con la cual volveremos al médico y á las drogas. ¿Daré parte á la justicia? De ningun modo; pues esta empezará por embargarlo todo, concluyendo por enviarme al médico precursor del boticario. ¡Ay! nunca como ahora viene bien aquello de: "justicia y no por mi casa."

Por fin, á fuerza de estrujar la imaginacion cayó en què, siendo preciso hacer algo, no habia nada mas sencillo que avisar á la vecindad.

—Estas mugeres del pueblo, reflexionó, son las menos costosas para todo: no se pintan la cara como las señoras de la corte para agradar á los mozalvetes, pero sí que se pintan solas para los remedios caseros. ¡Digo! y á esto agregan la ventaja de ser como el sastre del Campillo que cosía de valde poniendo el hilo; es decir, que dan sus pócimas grátis y no llevan nada por las visitas. Sin embargo...... ¿como que sin embargo? Por bien que me vaya, siempre será con el embargo inmediato de todo lo que hay en casa, porque esas mugeres que sirven con el corazon, tambien suelen hablar por los codos, y bastará conque lo sepa una para que toda la ciudad lo sepa.

Diciendo esto dejó á las dos mugeres tendidas en la oscuridad, sacó el dinero de la gaveta y se fué á enterrarlo en la cuadra. Cuando concluyó esta operacion ya estuvo tranquilo, porque como todo lo que tenia en casa era prestado, no habia porque temer á los alguaciles, y entonces se decidió á pedir socorro á la vecindad, llamando desde su puerta con una voz mas lastimera que el nocturno alarido de los lobos.

En un instante se abrieron veinte puertas dando salida á un sin número de personas, unas vestidas y otras á media vestir, que acudieron volando al lugar de donde partia la voz de alarma. La casa de Benito no podia contener tanta gente como acudió á poco tiempo llevando mullidos colchones para las enfermas, candiles para el alumbrado y mejurges de todas clases para las enfermas; pero así como Benito lo habia previsto, los alguaciles siguieron inmediatamente á las curanderas.

Mientras las vecinas acostaban á las enfermas aplicándolas friegas, sinapismos y cuantos estimulantes imaginaban para hacerlas volver en sí, Benito estaba prestando la primera declaracion, en la cual dijo: "que él, aunque no tenia dinero, sabia lo que el mas sabio podría saber en aquel trance, sabiendo que estaba obligado á declarar lo que supiera. Que como no tenia dinero, ni cosa que lo valiera, se habia encerrado en su habitacion á pensar en la manera de agenciarlo para el sustento de la familia, y que hallándose muy aflijido de ver que no tenia dinero ni modo de adquirirlo, llegó á sus oidos el ruido de gritos y de golpes que armaron Irene y Pilar, luchando como fieras sin saberse porqué. Ultimamente dijo que él, aunqué no tenia dinero, tenia corazon, en prueba de lo cual habia tratado de llegar á tiempo para apaciguar á las combatientes, y que si moria su muger lo sentiría en el alma, porque, á resultas de las últimas quiebras que le habian arruinado, no tenia dinero ni aun para pagar el entierro. En cuanto á los cargos que resultasen contra él como testigo de la refriega, dijo, que con solo examinar los hechos se deduciría lógicamente su inculpabilidad, siendo esto tan evidente, como la verdad de que no tenia dinero."

El escribano, quitándose entonces los anteojos, manifestó

de una manera terminante y solemne que con aquella declaracion se habia dado principio al sumario, á lo cual, asustado Benito con el equívoco de una voz técnica que no entendia, contestó inmediatamente diciendo que el sumario era de todo punto inútil, porque él no tenia nada que sumar, puesto que no tenia dinero. Esto no impidió que se procediese al embargo de todo lo que poseía Benito, siendo digno de notarse que entre los bienes incluidos en el inventario, figuraba un CHALECO de color indefinible, porque ya los remiendos eclipsaban el fondo, y cuyos cuatro botones eran todos de diferente materia, de diferente color y de diferente tamaño.

Pero dejando esto por ahora, es el caso que Benito, gracias al alumbrado que habian llevado las vecinas, pudo ver lo que pasaba en casa y observó, en efecto, la ausencia de uno de los dos niños, aunque sin tomarse la pena de ver cual era el que faltaba. Para él, con tal que se hubieran llevado muy lejos el que se echaba de menos, lo mismo daba que fuese el suyo que el ageno, y si algun escozor le quedaba era que no se hubieran llevado los dos. Por otra parte, no habia fijado bastante la atencion en ellos para poder distinguirlos, ni se tomó el trabajo de mirar al que quedaba en casa, dando por supuesto que el robado seria el adoptivo y que la ladrona seria Mercedes, segun las sospechas que antes del suceso habia concebido su muger. Dos ideas le atormentaban entonces, la una que las enfermas recobrasen el habla, y la otra que Mercedes anduviera muy lista en su fuga. Respecto á la primera de estas ideas, se felicitó de que las curanderas, tomando el rábano por las hojas, hiciesen el remedio peor que la enfermedad, y en cuanto á la segunda, confiaba en la pasion que Mercedes habia mostrado al niño para estar casi seguro de no volver á ver al niño ni á Mercedes hasta cerca de Jerusalen, es decir, hasta el famoso valle de Josafat.

—Véase, decia para sí, cuanta razon tenia yo antes de ahora para aborrecer á los médicos. Uno de estos señores seria hoy doblemente temible, porque á lo caro de sus visitas y de las drogas que recetase, agregaria tal vez la habilidad de devolver el habla á esas dos enfermas cuya mudez me importa

mucho, al menos hasta que Mercedes se halle cerca de Montevideo, con ese niño advenedizo que hace aquí tanta falta como los perros en misa.

No habia terminado esta oracion mental, cuando con grande sorpresa suya vió entrar á Mercedes, diciendo:

—¡Señor, señor! todo lo he sabido, y vengo á ofrecerme para auxiliar á la señora; no se apure V. que detrás de mí viene el médico.

—¡El médico! ¿qué médico? preguntó Benito sin saber lo que le pasaba.

—El doctor Jalapa, respondió Mercedes; yo misma fuí á llamarle tan pronto como tuve noticia de la ocurrencia y me ha dado palabra de venir al momento. Conque no hay que asustarse, porque dicen que ese doctor sabe mas de medicina que el mismo Salomon.

—Esta mujer nos ha de hacer á todos perder la chaveta, dijo Benito.

Despues, llevándose á Mercedes á la cocina, la habló en estos términos:

—Escúchame bien: se trata de tu salvacion y de la mia.

—¿De mi salvacion? ¿porqué?

—Oyeme y no me interrumpas: yo no puedo darte dinero, porque no lo tengo. ¡Para mi lo quisiera! Pero te daré un consejo que puede serte provechoso y es que huyas con ese niño léjos, muy léjos de Cartajena.

—¿Con que niño? preguntó Mercedes llena de estrañeza.

—Con ese diablo de advenedizo que tu nos metiste en casa.

—¡Cielos! esclamó llena de alborozo la doncella. ¿Será verdad lo que V. dice? ¿Podré llevármelo realmente para mi? ¡Ah, voy á ser mas dichosa que D. Rodrigo Calderon!

—Bien, bien, dijo Benito, yo te deseo mil felicidades, pero es preciso que huyas antes de que mi muger hable y te denuncie por haber robado ese niño, pues en ese caso te lo quitarian á la fuerza y aun irias á la cárcel.

—¿Qué está V. diciendo de robo? yo no he robado el niño ni ninguna otra cosa; y ménos en casa de V., donde los verdaderos ladrones se corregirían por no tener que tomar como no

sean lecciones de penitencia. ¿Por qué dice V. que la señora me denunciará si habla?

—Eso me gusta, continuó Benito, que sepas disimular, pero el disimulo no bastará para evitar una persecucion cuando se sepa la verdad. Es preciso que huyas, hija mia, que huyas muy léjos de aquí, si quieres conservar ese niño que te has llevado antes, y sobre todo, tu libertad.

—Pero señor, ¿tambien V. se ha vuelto loco? ¿Qué significa todo eso? preguntó Mercedes.

—Significa que todo se sabe, dijo Benito, que el niño há faltado de casa, que nadie se lo ha podido llevar mas que tú y que debes ausentarte con él antes que nos castiguen, á tí por haberlo robado, y á mi devolviéndome el cuerpo del delito.

Mercedes comprendió entonces lo que habia de horroroso en aquella breve historia, el robo de un niño. Poco faltó tambien para que ella se volviese loca, dando por supuesto igualmente, que el niño perdido era el que ella queria tanto; porque la pobre, á pesar del baturrillo que habia hecho de sus lecturas, si no podia caerse toda entera, se iba cayendo á pedazos por su escelente corazon. Puede decirse que era un verdadero diamante en bruto, y mas bien una sensitiva con corteza de pino. Su semblante tomó una espresion conmovedora; sus manos se juntaron con esa accion mímica que tan sencilla y naturalmente sabe pintar el dolor; sus ojos derramaron lágrimas abundantes y,

—¡Ah señor! dijo, todo lo comprendo ahora; pero no tenga V. cuidado, porque, aun que me cueste veinte años la tarea, yo buscaré ese niño, y no volveré hasta que pueda presentarlo aquí, contento y afortunado, como el Hijo Pródigo.

Entonces fué cuando Benito comprendió el error en que estaba respecto á Mercedes; porque este hombre, fuera de las cuestiones de dinero en que se hacia el tonto, no carecia de penetracion. Sabiendo, pues, que era otra persona la que se habia llevado el niño, calculó que esta debia ser la verdadera madre, mas interesada que nadie en ocultar su presa, por lo cual aconsejó á Mercedes que no se cansara en buscar al niño.

—¡Ah, señor esclamó Mercedes convertida en Magdalena;

¿que yo no le busque? Prometo hacer mas que buscarle y es encontrarle, aunque tenga que rodar por todo el mundo pidiendo limosna como el padre Mariana, pero no será para entregarle á nadie ni para dejármele robar, porque nunca me apartaré de su lado. Voy á correr toda la ciudad esta noche, y si no doy con él, mañana saldré á registrar toda la tierra, rincon por rincon, hasta lograr el premio de mis afanes. Si tengo esta dicha no me volverá V. á ver, porque fijaré mi residencia en el punto donde le halle para llevar á su lado una vida tranquila y alegre como la del Cid; pero si por desgracia todas mis diligencias son inútiles, ¡oh! tampoco volverá V. á verme, porque me retiraré á un convento donde pasaré el resto de mis dias llorando mas que los Doce Pares de Francia!

Al decir esto, salió Mercedes cubriéndose los ojos con un pañuelo, y Benito tras ella diciendo:

—¡Que tonterías!

Y no llamaba él tonterías á las citas estrambóticas de la muchacha, sino á los nobles sentimientos que manifestaba; pero el castigo de esta blasfemia no se hizo esperar mucho tiempo, pues apenas acababa de calificar tan injusta y desdeñosamente á la virtud personificada en Mercedes, cuando ¡pum! lo mismo que un escopetazo recibió la visita del doctor Jalapa, jóven médico navarro, muy testarudo, que hacia consistir su ciencia en su terquedad inaudita. El gesto de vinagre que puso Benito al verse cara á cara con el médico, parecia producido por una contraccion nerviosa, tanto que el doctor, no sabiendo todavia para quien se le llamaba, y creyendo que el enfermo era Benito, se acercó á este pidiéndole la muñeca para consultar el pulso y diciendo:

—Muy cargados están esos ojos amigo mio; ¿á ver la lengua?

—¡Qué lengua ni que calabaza! si yo no estoy malo, dijo Benito.

—¿Que no está Vd. malo, eh? A otro perro con ese hueso, contestó el facultativo, porque á mi no se me pueden ocultar las afecciones físicas como á los profanos. Ea, no perdamos un tiempo precioso, enséñeme V. la lengua.

—Señor Jalapa, dijo Benito, el que no lo ha de perder es

Vd., pues le aseguro que yo tengo la salud de sobra, y solo se le ha llamado á esta casa para que vea V. á mi muger que es la verdadera enferma.

El doctor creyó conveniente á su reputacion el aferrarse á su opinion primera, y dijo:

—Ya sé que me llamaron para la señora, y aunque no me lo hubieran dicho lo habria adivinado por el pulso de V., pues á mí me basta ver á los maridos para conocer el estado de sus mugeres; pero por mala que esté ella no puede estar tan de peligro como Vd. ¡Oh! si esos ojos anuncian una conjestion! Ea, no perdamos tiempo, lo repito; acuéstese V. cuanto antes, y tome una purga que le voy á recetar para impedir el acceso que está amenazando por la gran simpatía que hay entre el vientre y el cerebro.

Y como nunca falta en este mundo jente que apoye un disparate, un vecino que oyó lo que decia el doctor Jalapa se acercó diciendo á Benito que estaba muy pálido; un otro llegó despues sosteniendo el mismo tema y agregando que su padre habia muerto de una enfermedad que empezó con los mismos síntomas; en fin, la unanimidad de pareceres produjo su efecto ordinario que fué el de persuadir al mismo Benito de que realmente estaba peor que su muger, pero con todo, él dijo que no le recetasen porque no tomaría brevajes aunque se muriese, y no era por el mal sabor de los brevajes, sino porque le sabría mucho peor el tener que pagarlos.

Pero el médico era navarro; dijo que seria un cargo de conciencia el no poner los medios para salvar á un hombre, y tomando la pluma se puso á recetar uno de los mas activos purgantes que contenía su farmacopea. Miren ustedes si seria bien activo, que tan pronto como lo recetó produjo su efecto en el supuesto doliente.

Podria esplicarse este fenómeno por el miedo que habian infundido á Benito los que se empeñaban en que estaba de tanto peligro, ó por el temor de tener que pagar el purgante si lo llegaba á sorber, lo que le obligaba á tomar la delantera al medicamento para demostrar que no habia sido necesario; pero el doctor Jalapa se aprovechó de tan raro in-

cidente para decir que su receta en aquella ocasion debia obrar antes de salir de la botica, porque precisamente era la purga de Benito.

Satisfecho de una razon tan concluyente, se fué á ver á las verdaderas enfermas que encontró rodeadas de curanderas y muy bien asistidas. Tomólas el pulso y dijo que aquello no era mas que una ligera indisposicion, con la cual empezó á carecer de exactitud, pues aunque ninguna hubiese estado de gravedad, siendo dos las enfermas, habia, cuando menos, dos ligeras indisposiciones.

A pesar de la respetable opinion del facultativo, las curanderas se atrevieron á indicar que las enfermas estaban de peligro y tenian razon para ello; pero el médico, ya que habia empezado por dar al mal poca importancia, juzgó decoroso para su nombre el ratificarse en lo dicho, aunque las viese agonizando, y así lo hizo con la mayor audacia; de modo que el mismo que acababa casi de desahuciar á un hombre rebosando salud, miró con la mayor indiferencia el estado de dos mugeres que galopaban hácia el sepulcro. Sin embargo, mandó que se dejase solas á las enfermas porque no convenia mortificarlas haciéndolas hablar mas de lo justo.

—Pero ¿como han de hablar, si las dos están mudas? dijo una de las vecinas curanderas.

Esta inesperada revelacion llegó como un trabucazo al oido del doctor Jalapa que pulsó de nuevo á las enfermas, diciendo con la mayor prosopopeya:

—Insisto en mi dictámen; es preciso dejarlas solas para que el esceso de la conversacion no las produzca algun recargo, y mañana cuando yo vuelva espero verlas completamente restablecidas. ¡Si no tienen nada! lo que se llama nada; peor está ese pobre Benito por cuya vida no daría yo dos cuartos esta noche.

Sobre todo, á quien encontró de menos cuidado fué á Pilar, cuya dolencia creyó hasta finjida, y á pesar de eso no quiso retirarse sin recetar para cada una su purgante que era la panacea de su sistema curativo. Por de contado, el pronóstico que hizo de cada enfermo correspondió perfectamente al diag-

nóstico. Benito, persuadido al pronto de que estaba muy malo, tardó poco en convencerse de que estaba muy bueno; su esposa pasó tan terrible noche que temieron verla espirar antes de amanecer, y en cuanto á Pilar, se calculó que no habría llegado el doctor á la mitad de la calle cuando ya la infeliz habia exhalado el último suspiro.

CAPITULO VII.

La casa de los locos.

Benito no era bobo, y si lo era no tiraba piedras á su tejado. Cuando se casó, lo primero que hizo fué vender los bienes de su muger, para mejor asegurarlos de incendios, y tomar los muebles alquilados de balde, quiero decir, prestados. Esto lo hacia por evitar que dijesen de él lo que se dice de muchos sin vergüenzas, que no son para dar ni para tomar; y en efecto, si Benito no era para dar el valor de una oblea, lo era para tomar cuanto le diesen á él, aun cuando fuesen cosas de mucha estimacion. Jamás entró en su política el ofrecer, pero al mostrarle un objeto siempre la echaba de mas antojadizo que una mujer en estado interesante, y si le decian por cumplimiento: "está á la disposion de V.," tampoco habia lo de: "está muy bien empleado," sino que lo tomaba sin dar siquiera las gracias, porque esto ya hubiera sido dar algo. Así, cuando murieron sus padres y tuvo que vivir solo, pidió cuatro sillas á un amigo, dos á otro, una cama á su hermano Segundo, &c. y de este modo se halló la casa puesta con extraordinaria baratura. Era muy partidario de los precios fijos, con tal que no pasasen de cero, y este capricho le daba el placer de decir

que en su casa tanto valía el mas humilde de los muebles como el mas costoso, puesto que todos los habia tomado al mismo precio. Si le preguntaban cuanto habia pagado por un candelero de barro, por ejemplo, nunca respondia categóricamente, sino que decia: "¡oh,! ese candelero, ahi donde V. lo vé, me costó tanto como aquella cómoda, ó como la cama" y si querian saber, para comparar, cual habia sido el precio de la cama y de la cómoda, decía, sin faltar á la verdad, que la una y la otra le habian salido tan baratas como la sarten ó como la escoba. Debo declarar, sin embargo, que la mayor parte de sus muebles eran propiamente prestados, es decir, que no podia venderlos, pero si se los reclamaban respondia siempre que ya tenia él intencion de devolverlos, solo que nunca pasaba de la intencion. Con lo dicho basta para que mis lectores calculen cuan poco valdrian los efectos legalmente incluidos en el inventario del embargo hecho en casa de Benito Calleja. Los peritos aseguraron que dichos efectos sumaban una cantidad negativa, menos que cero, y se fundaban en que eran de aquellos que solo se pueden enagenar dando dinero encima.

Y siendo así ¿cómo saldría este hombre del aprieto, teniendo á su criada de cuerpo presente y á su muger loca? Lo que es él no se apuraba por tan poca cosa, pues por una singular antítesis vemos que en tales lances nadie tiene el alma tan grande como los desalmados. Todavía estaría Pilar en la misma disposicion si los vecinos no hubieran escotado como lo hicieron para enterrarla. En cuanto á Irene, nadie supo el origen de su locura, que de seguro no era cosa de amor, pues la esposa de semejante hombre solo podia enloquecer de aborrecimiento; pero todos convinieron en que era preciso trasladarla á Zaragoza. El único que se opuso fué el doctor Jalapa que no la creia loca, fundándose en que no decia ningun disparate. ¿Cómo los habia de decir si estaba muda? Y además, si el decir disparates fuera una prueba suficiente para declarar loco á cualquiera, tal sería el número de los que debieran vivir enjaulados, que no habria sitio donde ponerlos.

Por de pronto lo que mas urgia era proporcionar una criandera para el niño Jorge Luis que Benito aceptaba por su-

yo; pero él imaginó un medio para mantenerle sin gastar. Lo mas sencillo hubiera sido no darle de comer; pero no estando el niño acostumbrado á este sistema, era difícil que se conformase con él, sin poner el grito donde su padre no podria poner el alma.

Recordó Benito que su hermano Cristóbal tenia una buena cabra y se decidió á pedírsela para dar leche al niño por medio de un viveron. Sin embargo, justo es decirlo, esta idea se la aconsejaron algunos que se divertian en hacer rabiar á Cristóbal y sabian que para verle de mal humor no habia como pedirle alguno de los animales que él mismo habia criado desde chiquitos, como sucedia con la cabra. Pero ya que empezaron la broma quisieron seguirla en grande, inventando mentiras como la de suponer que Cristóbal habia comprado una piara de quinientos carneros, y por consiguiente aconsejaron á Benito que le pidiera una docena de ellos para hacer el viage á Zaragoza, donde era necesario conducirá la pobre Irene. Y en fin, como esto de pedir en los avaros se parece al comer y al rascar en que todo quiere empezar, ya que Benito estaba resuelto á pedir la cabra y los carneros, tambien se decidió á pedir un asno para llevar á Irene á la capital de Aragon, y algunas gallinas para hacer buen caldo.

El pobre Cristóbal tenia sus cinco sentidos puestos en la cabra, pero cuando supo que se trataba de alimentar á un niño pequeño la prestó al momento, exigiendo que cuando no hubiera necesidad de ella se le devolviese. Tampoco puso reparo á lo del asno, que dió tambien bajo la misma condicion, pues le hacia falta para salir al campo, y en cuanto á lo de los carneros, dijo que no habia tales carneros, y que bien desocupado estaria el que tal patraña inventó.

Rogó entonces Benito á su hermano que le diese algunas gallinas, y este contestó que se le habia muerto de pepita todo el gallinero, cosa que le aflijia y le consolaba por aquello de: "muera la gallinita y muera con su pepita", y que solo le quedaba un gallo muy hermoso que no podia ofrecer, pues le guardaba para colonizar. Mientras esto pasaba, se puso Benito á examinar la boca del burro para juzgar si su edad le permitiria hacer un viage tan largo. 12

—Mi amigo, dijo Cristóbal muy sério, á borrico prestado no se le mira el diente.

Con esta ocurrencia estuvo á pique un rompimiento entre los dos hermanos. Benito se incomodó de ver que habiendo esperado recibir tantos animales tenia que contentarse con una cabra y un asno, y aun eso sin el derecho de mirar los dientes á este último, por haber un refran que lo prohibia. Imaginó además, por la sequedad de sus proverbios, que Cristóbal, ocultaba la verdad en lo de la piara de carneros, cuya compra negaria tal vez por no dar siquiera un par de ellos, y á fin de sacárselo por el terror le amenazó con matar el gallo colonizador si no le daba los referidos carneros. Diciendo esto, cogió el gallo por las patas y lo levantó por encima de su cabeza en acbeza de estrellarle contra el suelo.

—¡Baja ese gallo! esclamó Cristóbal, ¡ó no respondo de mi furor!

Benito bajó el gallo al instante, pero insistió en la demanda de los carneros con mas obstinacion que al principio, visto lo cual, Cristóbal quiso dar un corte á la cuestion y dijo revistiéndose de dignidad:

—Hermano mio, eres muy posma con tus carneros ó tus diablos. Ya te he dicho que no hay tales carneros, y ahora te digo que si vuelves á levantar el gallo, no te daré la cabra ni el borrico.

Al ver que con este anatema su hermanito se habia humanizado, el mismo Cristóbal se suavizó tambien y le dió dos ronzales, encargando que tuvieran mucho cuidado con no dejar libre á la cabra, pues si se escapaba y lograba internarse en el monte, sería dificil cogerla.

—Pues qué, ¿tan malas mañas tiene? preguntó Benito.

—No tiene malas mañas, contestó Cristóbal, pero ya debes saber que la cabra siempre tira al monte.

Con esto acabó la sesion, retirándose Benito. Varios de sus vecinos quisieron tambien contribuir con algo para la conduccion de Irene á los Orates, dando uno tres caballerías, otro dos criados, otro forraje y dinero y, en fin, hasta una niñera para cuidar al niño por el camino. Gracias á este caritativo concur-

so pudo emprenderse la espedicion, y sobre todo, gracias á que la comitiva llevaba con que mantenerse, pues Benito los hubiera matado de hambre por la simple razon de que no tenia dinero.

Pero, ¿cómo habia este cuco de mantener á los otros, si hizo que en tan largo viage le mantuviesen á él? Pues así sucedió en efecto durante todo el camino, con gran asombro de los dichos criados que se conjuraron para volverse á Cartajena tan pronto como llegasen á Zaragoza, sin avisar á Benito á quien prometieron no acompañar otra vez ni á la gloria.

Renuncio á pintar las penalidades de la caravana y los lances desagradables á que dió lugar la tacañeria del avaro, y lo mucho que hubo que bregar con la pobre loca y el desdichado niño. Solo diré que fué aquel un verdadero camino del purgatorio, y que al dia siguiente de llegar á Zaragoza Benito se encontró lindamente chasqueado, sabiendo que sus compañeros de viaje se habian despedido á la francesa.

He aquí, dirán ustedes, una situacion de prueba para un avaro. Estando en un pais estraño y sin relaciones, ¿como podria permanecer allí algun tiempo viviendo de gorra? Señores, todo lo que se quiere se puede. Pocos hombres hay que no se salgan con su empresa, sea la que fuere, si tienen perseverancia para llevarla á cabo. En todos tiempos se han visto medianias y hasta nulidades llegar á hacer gran papel en el mundo, sin mas que pretenderlo, y esto me parece mas dificil que vivir á costa del prójimo cuando falta la del verde color.

El primer paso de Benito, naturalmente, fué presentar á su muger en la casa de los locos donde fué recibida sin dilacion, y con este motivo tuvo él ocasion de visitar aquella casa, la mas famosa en su género que hay en toda la Península.

Desde luego, el portero, que habia estado en otro tiempo loco, se hallaba ya en situacion de ocupar aquel puesto que le dieron por su buen juicio, y sin embargo, hallándose como se hallaba en el rigor del verano, se estaba todo el dia sentado á la puerta muy embozado en su capa como si hiciese mucho frio. Por lo demas, éste era un hombre muy pacífico, y sobre todo, muy amable para las personas que iban á visitar el estableci-

miento, como lo fué para Benito á quien puso en relacion con otro convaleciente tan juicioso como él para que le acompañase por toda la casa. A este no le quedaba otro resabio que el de creerse ciego, siendo asi que veia perfectamente, y fuera de su mania, no solo tenia tan buen carácter como el portero, sino tambien una muy agradable conversacion.

—¿Vé V. este caballero? le dijo á Benito, mostrándole uno que estaba encerrado en una jaula; ese es un sábio que se empeñó en descubrir la cuadratura del círculo, y en verdad que el tal sábio debia tener poquísima ciencia cuando ignoraba que su problema pertenecia al número de los irresolubles ó imposibles. Por mi parte, añadió, si yo tuviese autoridad para ello, desde luego que un hombre anunciase estar ocupado en este ú otros problemas que la ciencia ha declarado absurdos, le daria alojamiento aquí, aunque creo que seria mejor fundar un hospital de necios para esta clase de gentes.

Esto probará que, en efecto, el acompañante de Benito discurria como hombre cuerdo sin dejar por eso de ser loco.

—¿Vé V. esotro señor que está mas allá? pues oiga su estrivillo, dijo el guia.

Puso cuidado Benito y vió que el hombre en cuestion accionaba como si estuviese con un compás trazando círculos, y todo se le volvia decir:

—"Ellos han de caer, ¡vaya si han de caer! Aquí están ya presos ó poco ménos, porque no pueden escaparse, y al fin y al cabo...... ellos han de caer."

—¿Y porqué dice que han de caer? preguntó Benito.

—¡Buena pregunta! contestó el loco acompañante; porque está loco. Figúrese V. que ese señor es un antiguo y honrado militar que perdió el juicio el dia en que esta ciudad, despues de tan heróica resistencia, cayó en poder de los franceses. Desde entónces se ocupa constantemente en hacer planes y formar emboscadas, y siempre concluye consolándose con la idea de atrapar á los invasores en el garlito; cree que los tiene sitiados y que no se le ha de escapar ninguno.

Acercóse Benito hácia el viejo venerable que á su vez se levantó, diciendo:

—¡Animo camarada! porque no hay remedio, ellos han de caer, y mirando fijamente á Benito, cuya fisonomía debió serle antipática, esclamó: ¿Quién eres tú? Algun espía de los enemigos, porque esa cara no revela mucha bondad; peró de nada servirá la traicion, porque tarde ó temprano, ellos han de caer.

Y diciendo esto, se retiró á proseguir el plan de campaña que estaba el infeliz trazando desde los dias mas amargos y gloriosos que ha conocido nuestra patria.

—No haga V. caso, dijo el guia, está loco y no sabe lo que dice; continuemos. ¿Vé V. ese tan sucio y desgreñado? pues es un poeta que tenia el eminente talento de escribir mucho sin decir nada. Escribia versos fáciles y muy armoniosos, pero la mejor de sus composiciones parecia un puchero sin carne, chorizo, ni jamon; mucho caldo y poca sustancia. Y bien, este mentecato dió en la mania de enamorarse de sus versos, acabando por creerse superior á todas las inteligencias de su siglo. Si le mentaban la literatura, sacaba inmediatamente un cuaderno donde apuntaba sus inspiraciones, como diciendo, "¿hablaba V. de mi pleito? aquí traigo los papeles;" y endosaba una tirada de redondillas mas larga que el dia del Córpus, como si descendiese de aquellos de quienes Moliere decia que eran en su tiempo:

De leurs vers fatigants, lecteurs infatigables.

Poco á poco se fué remontando hasta considerarse como el génio mas privilegiado de todos los antiguos y modernos. Tachaba de prosaico á Lope, de enfático á Calderon, de oscuro á Quevedo. Decia que Virgilio era un imitador de Homero, y que este pobre ciego habia debido mas su celebridad á sus desgracias que á su mérito positivo. Hasta creo que le parecia un delito el ser ciego, sin considerar que nadie pierde la vista voluntariamente. Aquí me tiene V. á mi, que me sacaron los ojos una noche miéntras dormia y me dejaron ciego, sin embargo de lo cual no solo no me tengo por criminal, sino que veo tan bien como cualquiera.

Poco le faltó á Benito para soltar la carcajada, viendo á un hombre que tenia dos ojos como dos brillantes quejarse de que se los hubiesen arrancado, y decir que, aunque estaba ciego, veia perfectamente. Para alejar un compromiso preguntó si al poeta le habian encerrado por la sola mania de creerse grande hombre.

—No señor, dijo el guia; le encerraron porque empezó á hacer las mayores estravagancias, hijas todas del amor propio, pues luego que se convenció de que era el primer poeta, pasó á ser el primer filósofo, el primer sabio, el primer orador, el primer espadachin y armaba peloteras con todo el mundo. En mi concepto, como es dificil establecer una línea divisoria entre la mania inocente y la que se califica de locura, yo empezaria por enjaular á todo el que se tributa alabanzas á sí propio; porque francamente, ¿que diferencia hay entre un pobre diablo que toma la monomanía de creerse emperador y un triste coplero que tiene la locura de querer figurar en el número de los grandes hombres? Verdad es, añadió, que en el siglo en que estamos, si fuésemos á considerar peligrosa la insensatez del amor propio ecsagerado, este mundo quedaria convertido en hospital de vanidades. Eso lo ve cualquiera, como yo lo veo tambien, aunque tengo la desgracia de estar ciego.

—Dígame V., preguntó Benito: ¿quien es ese desarrapado que lleva la camisa hecha girones?

—¡Oh! contestó el guia con mucha formalidad; ese es un hombre digno de compasion. Heredó una fortuna de las mas considerables y un desprendimiento que rayaba en prodigalidad, por cuya razon estuvo siempre rodeado de amigos que le adoraban; pero á fuerza de despilfarros se quedó pobre, y entónces todo el mundo le volvió las espaldas, ó si alguno le protejia, era tan groseramente que le hiciese preferir el hambre á la humillacion. El desgraciado, viendo los amargos desengaños que habian sucedido á sus doradas ilusiones, perdió la chaveta y vino á buscar aquí el mas caritativo, aunque tambien, el mas triste refujio que el hombre puede obtener en esta vida.

Benito no dijo nada, pero pensó que el paradero de los

pródigos no podia nunca ser halagüeño, y se felicitó interiormente de haber negado á su hermano Segundo los trescientos pesos consabidos.

—Vea V. aquí el reverso de la medalla, continuó el guia, señalando á la jaula mas prócsima. Este hombre que parece tan abatido en lo físico y cuyo pensamiento fijo no es fácil adinar, puede decirse que está en esta casa por avaro, nada mas que por avaro.

Al oir esto Benito no pudo contenerse, y dijo:

—Pues hombre, ese no es defecto.

Una carcajada histérica fué por de pronto la respuesta del supuesto ciego á la observacion de Benito.

—Me gusta la frescura de V., mi amigo, dijo por fin; ¿conque no es defecto la avaricia? ¿Pues que es entónces? Bien dice el proverbio que nunca se acuesta uno sin saber una cosa mas, y aunque al irme yo á la cama esta noche no habré aprendido que el mas feo de los vicios sea una virtud, siempre sabré lo que no hubiera imaginado y es, que haya entre los seres pensadores quien tenga valor para disculpar la avaricia. En cuanto á mi, si no temiera pecar de rígido, pediria que ese vicio fuese mirado como un delito, y á todo avaro convicto le daria lecciones de generosidad empezando por regalarle un buen grillete; pero ya que esto no sea posible, abrigo la esperanza de que algun dia los hombres consideraran la avaricia como una prueba irrefragable de enagenacion mental, y teniendo presente que esta locura es la que ofrece mas puntos de contacto con el crímen, enjaularán á todos los avaros para que no corrompan á la humanidad con sus ejemplos, ni la hagan víctima de sus maldades.

Benito se calló al recibir esta filípica de un loco que, lo repito, fuera de su monomanía de creer que le faltaban los ojos, discurria mejor que muchos de los que pasan por cuerdos.

—Este desgraciado, continuó el ciego con vista, era tan avaro que, teniendo una riqueza considerable, negó un favor de algunos pesos á uno de sus parientes mas cercanos cuya vida corria peligro, y hasta él mismo estuvo á pique de morirse de hambre por no gastar diariamente la vigésima parte de la ren-

ta que le hubiera podido dar su capital bien manejado; pero se fastidió por miserable, pues parece que no faltó quien descubriera el sitio donde tenia sepultados sus ahorros y le dejaron sin una peseta. En vista de esto se volvió loco, es decir, dió un nuevo giro á su insensatez y le trajeron á morir á esta casa donde debia haber vivido desde que probó no tener uso de razon.

Todas estas esplicaciones y comentarios importaban tanto á Benito como la carabina de Ambrosio, porque nada oye un hombre degradado por un vicio con tanto desden como las verdades que pudieran correjirle.

—Y bien, dijo, para variar de tema: ¿quien es aquel que parece jóven y está todo cubierto de canas?

—Un loco rematado, contestó el otro loco, y prosiguió: hará un año que entró en esta casa con la cabeza como una mora y desde entonces ha envejecido como si hubiese pasado medio siglo en el establecimiento. El caso no era para menos. Figúrese V. que este es un jóven de Cartajena que amaba á una muger tan linda como virtuosa y con la cual hubiera hecho un matrimonio feliz.

Benito, asombrado al principio, fué poco á poco reconociendo al jóven loco, que era justamente aquel amante con quien Irene habia roto sus relaciones amorosas en un arranque de celos; pero como la pasion del dinero le habia gastado la sensibilidad, se puso á escuchar la historia en que él tenia alguna parte con tanta flema como si se tratara del bruto de Babilonia.

—Ella, continuó el guia, era estremadamente sensible, y parece ser que un dia engañada por falsas apariencias despidió á este buen hombre para casarse con un avaro tan infame, que seria mirado con escarnio aun entre los hebreos.

—Poco á poco, dijo Benito; y como si se arrepintiera de haber aceptado la ilusion, añadió mirando á otro lado: esa historia no me interesa ¿quién es aquel de la barba rubia?

El guia, que no gustaba de la indiferencia de sus oyentes cuando daba una muestra de conocer los antecedentes de todos los locos, prosiguió señalando al mártir de los amores de este modo.

—La locura de este jóven es muy estraña; consiste en creer que aunque él ha perdido la cabeza por una muger, ella es tan desventurada que le tiene envidia, y hasta confia en que no ha de tardar mucho tiempo en verla alojada en esta casa.

El corazon de Benito latió quizá por la primera y única vez de su vida, escuchando estas palabras que miró como una profecia realizada.

—¿No es verdad, preguntó el supuesto ciego al loco enamorado, que esperas á la que debió ser tu esposa y que debe llegar de un momento á otro?

—No por cierto, contestó el insensato. Ya no tengo necesidad de esperarla puesto que há llegado, y aunque nos separan gruesos paredones, nos estamos viendo los dos como si nos hallásemos en un mismo cuarto.

Esto ya era mucho para que el miedo de Benito no dejenerase en verdadero terror. Creo que si el loco le hubiese entónces vaticinado la muerte en un cadalso, se habria muerto de repente como único medio de impedir que se realizase tan espantosa prediccion. El guia notó la turbacion de Benito y se propuso calmarle, diciendo:

—No haga V. caso de lo que diga ese loco. Esa es una mania incurable que á mi me dá lástima, pero le dejo hablar, puesto que me seria imposible convencerle de que está loco.

—Sí, repuso el jóven, tambien yo te tengo lástima de verte ciego, porque si no lo estuvieras podrias como yo recrearte en la contemplacion de esa hermosa muger á quien vaticiné que el verdugo de su marido la daria alojamiento en esta casa, como ella me le ha dado á mí; pero ya estoy contento porque la tengo á mi lado para siempre, y espero que la misma muerte no podrá separar nuestros cuerpos. Sin embargo, añadió con una espresion de dolor capaz de conmover al hombre mas empedernido, sin embargo, ¡es tan miserable mi dicha comparada con su infortunio! ¡Ah, Irene, Irene mia! sé tú felíz si puedes, y déjame el solo consuelo de morir pronto para acabar de sufrir el horrible suplicio á que me has condenado.

Diciendo esto, el pobre mozo cayó en el suelo sin sentido; al mismo tiempo se oyó un fuerte murmullo hacia el departa-

mento de las mugeres, y como el guia de Benito fué á enterarse de lo que sucedia volvió muy asustado refiriendo que una loca que acababa de entrar y que, en efecto, se llamaba Irene, se habia desmayado en el mismo instante en que el jóven enamorado cayó por tierra, de donde inferia que este no se equivocaba en asegurar que él y su amada, encerrados ya en el mismo edificio, se estaban viendo á través de los gruesos paredones.

Si Benito hubiera sido víctima de alguna otra pasion, por criminal que fuese, tal era el efecto que este incidente causó en su imajinacion supersticiosa que se habría curado radicalmente; pero lo peor que tiene ese estúpido vicio de la avaricia no es el hacer á los hombres inútiles para el mundo y para ellos mismos, sino la tenacidad parásita con que se enrosca á ellos y los sigue hasta la tumba. Esto sucedia con Benito que, acobardado de haber siquiera momentáneamente conocido el sentimiento, cerró los ojos para apartar la vista de cuanto pudiese obligarle á flaquear en su sistema, y no queriendo sacudir aquel yugo que tenia sobre su corazon el imperio de la costumbre, buscó un consuelo echando á volar la imaginacion por los espacios imaginarios. ¡Buen camino para llegar á la enmienda! La única idea que se presentó á la mente de este miserable fué el recuerdo de Segundo, no para lamentar lo que pasó en la última entrevista, sino para felicitarse de haberle negado los trescientos pesos tantas veces repetidos.

Pero al que no conoce los remordimientos suele llegarle por otro estilo su San Martin, y así fué en esta ocasion. El jóven loco, volviendo del acceso que le habia postrado, fijó una mirada ardiente en Benito, como si quisiera reconocerle y esclamó:

—¿Que tienes que hacer aquí, sátrapa de los Callejas? ¿A quien vienes á insultar, Neron de las setas y de los madroños? ¡Ah! ¡que no pueda yo salir de aquí para despedazar entre mis manos ese genio de la avaricia! pero no te has de reir, goloso de las minas, sepulturero del cobre, no te has de reir de tus hazañas, por que te predigo una suerte tan desdichada, que nos has de envidiar á los que morimos antes de tiempo.

El guia que empezaba á tomar al loco de las canas antici-

padas por un ser sobrenatural, preguntó si conocia él á Benito, y contestando aquel que este era precisamente el marido de la que debió ser su esposa, dijo con mucha calma, pero al mismo tiempo con cierto zangoloteo en la bílis:

—¡Ah, pícaro gandul! ¿conque este es el sugeto cuya historia empecé yo á relatarle á él mismo? Pues por eso el muy judio tuvo la desvergüenza de sostenerme que la avaricia no era un defecto.

Y echando mano á una tranca, se puso á sacudirle como si fuera lana de colchones viejos. A los gritos del aporreado, acudieron todos los empleados del hospital, pero por pronto que llegaron no pudieron librarle de una soba cuyo recuerdo debia durarle toda la vida. Quisieron despues darle agua para remojar el susto y hacerle pasar al salon de descanso; pero el hombre, temblando de estar en una casa donde ya tenia motivo para desconfiar del juicio de cuantos le rodeaban, tomó el portante, no sin oir todavia la voz del que le habia santiguado, que para dar sus escusas al gefe del establecimiento decia:

—Y agradezca ese bribon que estoy ciego, pues, á no ser asi, le hubiera roto la cabeza.

El portero abrió la puerta y despidiendo con mucha urbanidad á Benito se embozó en su capa de buen abrigo, diciendo:

—¡Vaya un invierno crudo! Si siguen estas heladas creo que hasta los patos se van á morir de frio.

CAPITULO VIII.

Percances de los avaros.

Mientras Benito andaba por la casa de los Orates, el niño Jorge Luis, que habia quedado solo, tendido en una cama, se desgañitaba llorando, y motivos tenia para ello, porque mas le valia haber nacido condenado á cadena perpétua que á pasar por hijo de semejante padre. Como en España no falta nunca gente caritativa que haga favores sin interés bastardo, una muger del pueblo, que por casualidad se hallaba en la posada, cojió aquel niño en brazos, y consiguió hacerle callar hasta la llegada de Benito. Este iba estropeado de cansancio, no por lo mucho que habia trabajado, sino por los muchos palos que habia recibido, y la esperiencia demuestra que no hay cosa que le canse tanto á un hombre como una buena paliza. En su consecuencia, y oyéndole decir que era muy desgraciado porque se quedaba pobre y solo en el mundo con un niño, un borrico y una cabra, la pobre muger que habia empezado por tener piedad del hijo tuvo tambien compasion del padre, á quien habló en estos términos:

—Señor, yo tengo cinco hijos y soy muger de un jornalero que solo gana tres reales diarios, cuando tiene donde trabajar;

por consiguiente no puedo ayudarle á V. en su triste situacion. Sin embargo, la casa donde vivo es mia y bastante capaz para que se aloje V. con su niño en ella por algun tiempo, siempre que V. haga por su cuenta el gasto de la comida para sí y para los animales que trae consigo, pues en cuanto al niño, supongo que la cabra dará leche abundante para mantenerle.

Benito aceptó al momento la proposicion, como que se trataba de tener habitacion gratis, y ya sabemos que las cosas gratis eran para él las mas gratas. Pero, sobre todo, aceptó él favor, porque habiéndole dejado en la estacada los que le acompañaron desde Cartajena, por mas deseos que él tuviese de volver á su casa no habia discurrido aun el medio de hacer el viaje sin gastar algun dinero, y le convenia mucho tener posada de balde mientras resolvia tan importante problema. Lo malo era, por de pronto, que tenia que pagar algo en el meson donde estaba alojado, y él no queria bajo ningun concepto aflojar las tres ó cuatro pesetas que debia. Por fortuna, el mesonero vino en su ayuda proponiéndole vender el borrico, y como no era escrupuloso Benito para disponer de los efectos que le prestaban sus hermanos, á quienes tuvo siempre por primos, desde luego cerró el trato con la condicion de recibir el valor del asno íntegro, es decir, sacando gratis su hospedaje, á lo que no puso ningun reparo el mesonero. Tomó, pues, Benito el valor del burro de su hermano Cristóbal, cuya venta le proporcionaba el gusto de no tener que mantenerlo, y salió con la cabra siguiendo á la muger del jornalero que le llevaba el niño. La casa estaba lejos y totalmente desamueblada, pero para Benito era la mas grata por ser la mas gratis de Zaragoza, y sobre todo, porque, aunque no lo merecia, se la ofrecieron con la mejor voluntad del mundo. Instalóse desde luego en un cuartito húmedo y sumamente pequeño donde se puso á discurrir el modo de vivir sin gastar en aquella casa, mientras hallaba el de trasladarse á Cartajena por el mismo precio, y al fin, resolvió favorablemente la primera cuestion.

Calculó desde luego que él podia sacar todos los dias la cabra á pacer en el campo durante dos ó tres horas, tiempo suficiente para que el animal se nutriese y él pudiese buscar madroños,

setas ó bellotas. Despues hizo la cuenta de que la cabra podia dar regularmente dos cuartillos de leche cada dia, y estrujándola bien, tres ó cuatro, de modo que siendo la leche una sustancia tan alimenticia, él y su hijo estaban seguros de vivir á costa de la cabra.

Verdad es que Cristóbal habia criado á este animalito con el mayor regalo, dándola de comer por su propia mano constantemente, mimándola como si fuera su primogénito y hasta pretendiendo enseñarla á leer para que estudiase las obras de Buffon. Con este motivo, lo primero que encargó el buen Cristóbal, cuando hizo el inmenso sacrificio de prestar la cabra, fué el mayor cuidado para darla de comer y sobre todo para no estrujarla mucho, pues era capaz de cometer un atentado con solo ver que hubiera enflaquecido cuando se la devolvieran. Bien tonto era Cristóbal por cierto, cuando todavia ignoraba que prestarle á su hermano una cosa cualquiera era lo mismo que regalarla con una escritura formal de donacion; pero el hecho es que nada le habia enseñado en esta parte la esperiencia, y que no solo contaba con que Benito le devolviera la cabra, sino que ésta regresaria de Zaragoza tan rolliza como salió de Cartajena.

A pesar de todo Benito tenia ya formado su presupuesto y nivelado tan bien los ingresos con los gastos, que siendo las entradas nulas, vivia holgadamente con ellas.

—Lo mas que el niño necesita diariamente para sí, dijo, es medio cuartillo de leche que mezclaré con otro medio de agua, para que no se le indigeste, y con el resto puedo mantenerme yo, de manera que voy á pasar muchos dias gratis en esta humilde choza.

Dicho y hecho; pidió prestado un viveron, es decir, prestado segun la significacion que en su diccionario tenia esta palabra, y desde aquel dia empezó un nuevo sistema económico para vivir sin gastar, si á esto se le llama vivir. Por de contado, al niño le preparaba su racion de agua y leche, poniendo mitad por mitad de ambos líquidos, pero con este cálculo sublime: "La leche, decia él, es doble mas gorda que el agua; luego, por cada jícara de agua debo poner dos de leche para

que los elementos de esta composicion sean iguales," y en efecto, el pobre chico, que no tenia la culpa de este falso principio, pagaba la pena tomando cada dia medio cuartillo de agua con un tercio de leche. Lo demas que producia la cabra, y debo decir que Benito la estrujaba sin compasion, se lo bebia él, dándose tales atracones, que un dia por poco no se lo lleva Satanás de un cólico. ¡Así hubiera sido un torozon manchego de aquellos que duran veinticuatro horas despues de la muerte!

Este indigesto percance le hizo mas cauto, no con respecto á él, sino con respecto al niño, y calculando por la potencia nutritiva de la leche, que esta debia ser tres veces mas gorda que el agua, dió en poner en el viveron tres jícaras de agua por cada una de leche, bien convencido de que así se verificaba la mezcla de los líquidos mitad por mitad. Naturalmente, como Benito seguia esprimiendo cada vez con mas ferocidad á la cabra y se bebia cuanto la podia sacar, mas lo que iba rebajando en la racion del niño, tuvo otro cólico mas grave que el primero y que por consiguiente le hizo mucho mas cauto, no consigo mismo, sino con el tocayo de Buffon que ya se iba poniendo diáfano como tela de cebolla. Pensó, pues, que la leche, vistos sus efectos, debia ser cuatro veces mas gorda que el agua, y dió en hacer la mezcla de perfectas mitades echando cuatro veces mas agua que leche en la vasija. Los cólicos de Benito se fueron multiplicando y siempre con la originalidad de pensar el avaro que el mejor modo de salvar su estómago consistia en disminuir la dósis de la criatura, por lo que puede asegurarse que esta vivió de milagro, pues llegó á tomar la leche punto menos que en millonésimas.

Este sistema le agradaba mucho á Benito, pero con el era difícil decidir quien moriria mas pronto, si la cabra por sobra de estrujones ó el niño por falta de alimento. Ambos estaban desconocidos á los diez á doce dias de sujetarse á la prueba. El niño parecia un esqueleto y la cabra la estampa de la muerte. Un físico hubiera, por medio de un microscopio, podido observar en el primero la circulacion de la sangre, tomándole por cola de pescado, y un óptico habria visto circular la sangre en la cola del pescado á través del cuerpo del niño, tomando á este

por un microscopio. Ya el chico no lloraba, ó cuando menos, no se sabia si lloraba, porque no tenia voz, pues la habia perdido completamente por efecto de un largo catarro estomacal, cosa que hubiera llenado de afliccion á su abuelo el marqués de Testaferrata, para quien la voz valia mas que la honra. En cuanto á la cabra, ya llegó á vérsela con ganas de hablar para pedir que no la esprimiesen con tanto encarnizamiento. Benito, que cuando se trataba de contrariar su sistema económico no queria entender los argumentos mas claros, menos entenderia las mudas indirectas de la cabra, y aun dió en alegrarse de ver que la leche que salia del pobre animal tenia un color sonrosado, lo cual consistia en que aquel vampiro se la iba chupando la sangre, y como al mismo tiempo no la sacaron á pacer mas que una hora cada dia, no se la podia pasar la mano por el lomo sin peligro de dejar algun dedo entre los afilados dientes de aquella sierra que en tiempos mejores se llamaba espinazo. En fin, hasta el pelo se la caia como si hubiera pasado el vómito; pero ni por esas cejó Benito, cada vez mas intransigente con aquella asamblea, donde el niño ya no tenia voz, y la cabra jamás habia tenido voto.

Una dichosa casualidad vino á salvar al niño cuando ya se iba acercando al último período, y fué que la pobre muger en cuya casa estaba Benito, reparando un dia en el mechon albino de este, dijo: "que la criatura era el vivo retrato de su padre, salvo el mechon." Entonces, Benito recordó que su verdadero hijo tenia esta seña particular y comprendió que aquel que estaba engordando á sus espensas, debia ser el adoptivo á quien nunca pudo tragar, por lo que quiso desprenderse de él llevándole á la Inclusa, y aun se envaneció de esta idea humanitaria, reflexionando que asi le aseguraba la educacion al mismo tiempo que la subsistencia, que es cuanto puede hacer un padre por un hijo. En verdad, si Benito hubiera seguido creyendo que aquel era hijo suyo le envia al otro mundo sin compasion. La fortuna de Jorge Luis fué que el descubrimiento del error le dejara en evidente horfandad, pues á esto debia el no morir estenuado, y entonces puede decirse que Benito debió jactarse de ser el autor de los dias del mismo niño que renega-

14

ba, pues le dió verdaderamente la vida retirándole su proteccion.

Por lo que hace á la cabra, no hubo remedio para ella: la ausencia del niño en nada disminuyó la causa de su mal, que dejeneró en tísis tuberculosa, y la infeliz exhaló el último suspiro sin decir esta boca es mia. Este suceso traspasó el corazon de Benito, no por la cabra, que le era tan indiferente como su propia muger, ni por Cristóbal, que podia morirse de sentimiento al saber la triste suerte de su animal favorito, sino porque él mismo perdia la ocasion de vivir sin gastar, si á eso se le llama vivir. Con razon se dice que no sabemos apreciar los bienes de este mundo hasta que los perdemos: Benito habia creido mirar con desden á la cabra, y luego se convenció de que la tenia tanto cariño que no podia vivir sin ella.

El hecho es que murió, y aunque Benito no la demostrase gran afecto mientras estuvo viva, juró no reemplazarla con otra si no encontraba quien tuviese la amabilidad de prestársela. Bien conocia él la falta de un sustituto en el servicio de la lactancia, pero para comprar una cosa es preciso gastar algo, y este hombre, por no gastar, ni siquiera gastaba bigote sabiendo que le habria sentado muy bien.

Libre ya de tantas obligaciones como sobre él habian pesado, cayó en que la cabra se habia muerto *ab intestato* y resolvió apoderarse de sus restos mortales, únicos bienes que la pobre dejó en este mundo. El aspecto del cadáver no era muy lisongero que digamos; pero Benito le hizo la autopsia con la esperanza de tener algo que utilizar, pues creia que, aunque la triste víctima pareciese flaca por fuera, podria suceder que estuviese gorda por dentro. ¡Quimérica ilusion! Quitando la piel y los huesos, todo lo que quedaba de un animal en otro tiempo tan rollizo eran nones y no pesaba tres cuarterones. Sin embargo, por aquello de algo es algo, y mas vale poco que nada, con otros modismos y refranes que Benito sabia como un papagayo, convirtió en cecina la carne, despues de haber vendido la piel, y emprendió por la posta su viaje á Cartajena; quiero decir, por la posta por ir á es-

cape, aunque realmente fué un rato á pié y otro andando, porque la verdadera posta costaba dinero.

Veamos ahora lo que habia pasado en casa de Benito durante la ausencia de éste. Ante todo debo decir que Cristóbal, con su espontaneidad característica, se ofreció á cuidar la casa de su hermano, motivo por el cual éste no vaciló en abandonar su morada temporalmente, aunque en ella dejase su corazon cautivo; porque sabia bien que Cristóbal, aunque supiera donde estaba el dinero, no se habria tomado la pena de mirarlo. En efecto, los tres hermanos Callejas, con respecto al metal, eran tres muy diferentes tipos: Benito lo queria para enterrarlo, Segundo para despilfarrarlo y Cristóbal daba menos importancia á un filon de oro que á un nido de golondrinas.

Pero este naturalista práctico, abrumado con tantos animales como en su casa tenia que cuidar, no pudo cumplir su palabra de vigilar personalmente la de su hermano y dió este encargo á un criado suyo, mozo inteligente y activo, á quien ya conocen ustedes. ¿No se acuerdan mis lectores de un tal Judas, que cuando era muchacho compró á Benito una calandria? Pues éste casualmente habia venido á ser criado de Cristóbal, y como tál encargado de cuidar la casa del mismo Benito durante un mes de última moda, es decir, largo de talle. Mala cara tenia Judas, pero su cara no era tan mala como sus hechos. Su cabello no era de ángel: su frente opilada, sus ojos pantanosos, su nariz de ave de rapiña, sus labios como pasados por piedra de amolar, todo indicaba quien era este sugeto cuyo menor defecto consistia en no haber pagado nunca, nada y á nadie. Llamábase Judas Cain y Draque, no faltando quien dijese que era infinitamente peor que sus tres homónimos juntos.

No contento Cristóbal con trasmitir sus poderes á semejante guardian, hizo trasladar á la casa de Benito, para que estuviese menos solitaria, muchos de sus animales domésticos, como varios cerdos, algunos pollos que acababa de adquirir, una porcion de conejos de Indias, diferentes pavos, dos gatos y un perro, con lo cual convirtió aquella que habia

sido mansion de la abstinencia en una especie de jardin zoológico, y aunque Judas estaba allí para impedir los destrozos que pudieran hacer los animales, tenia placer en que no dejaran títere con cabeza.

Efectivamente, los cerdos pusieron en tres dias el corral hecho una barranca; los conejos horadaron de tal modo las paredes que la casa parecia haber tenido viruelas; los volátiles hicieron de la sala un almacen de guano, y el perro y los gatos tomaron la parte honrosa que les pudiera caber en aquella destructora competencia. La alegría de Judas Cain y Draque, al ver el triste cuadro que ofrecia la casa de Benito Calleja, no podia ser mayor. Miento, pues aun fué mayor la alegría del tal Judas al ver un dia que los cerdos, removiendo la tierra del corral en todas direcciones, habian descubierto una mina de plata y oro en buena moneda, y como dichos animales son tan desprendidos, aunque sucios, se entretenian en desparramar por el suelo con el hocico aquel tesoro reunido á fuerza de tantas privaciones.

Figúrense ustedes cuan agradable sorpresa no seria la de Judas al hacer semejante descubrimiento. Lo primero que se le ocurrió fué que, aunque se llamaba Judas, no era un vil delator y por consiguiente no debia denunciarlo. En seguida discurrió que tomando aquel dinero no se le podria acusar de ladron, porque robar es tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño, y estando Benito ausente, no podia manifestar cual fuera su voluntad. Por de pronto cerró la puerta decidido á desempeñar el papel de los escritores ocupados ó de los deudores insolventes, que cuando se les va á buscar, nunca están en casa, por mas que no hayan salido de ella. Despues, sospechó que la mina, segun la oblicuidad y calidad del filon principal, debia tener muchos ramales y vetas de ventajosa esplotacion. Recojió, pues, en un instante cuanto los cerdos habian despreciado, y tomando un azadon removió mas tierra en aquel dia que si hubiera tenido á su disposicion un buen arado servido por un buen par de mulas. Antes de anochecer habia dejado sin pájaros todos los nidos que Benito tenia ocultos entre la cuadra y el corral.

Pero nó se satisfizo con esto el tal Judas, sino que, observando escrupulosamente la casa, sospechó de algunas baldosas marcadas con ligeras raspaduras, como si se hubiera tratado de adornarlas con geroglíficos, y aunque no tenia gran conocimiento de las lenguas simbólicas, desde luego tradujo con admirable propiedad que debajo de aquellos signos misteriosos habia dinero. No se equivocó por cierto: urgó el suelo como los conejos habian urgado las paredes, y despues que agotó completamente la mina, colocó cada baldosa en su sitio como si nadie las hubiese tocado. En fin, antes de amanecer habia Judas trasladado cosa de cincuenta y cinco mil pesos á otro lugar, y como hizo en un solo dia lo que seis hombres no hubieran podido hacer en una semana, cayó enfermo de tal gravedad que fué preciso llamar al doctor Jalapa. Este se admiró de ver un caso patológico que le parecia muy nuevo, pero para combatirle no introdujo novedad en su sistema terapéutico. Calificó el mal de estreñimiento producido por un género de vida escesivamente sedentario, y para consuelo de las tripas le recetó la purga mas enérgica que vieron los nacidos. El mal Judas, que nada tenia de bueno, entendió poco los términos altisonantes empleados por el facultativo; pero como oyó hablar de vida sedentaria y él tenia una sed espantosa por consecuencia de lo mucho que se habia agitado, dijo que, en efecto, lo que mas le hacia sufrir era la vida sedentaria, y para matar la sed bebió el brevaje purgativo con mas ansia que si fuese agua de limon.

¡Nunca lo hubiera bebido! En mas de quince dias no tuvo cinco minutos de descanso. Aquello era el movimiento perpétuo, muy bien definido en el cuento popular de: "Calzonroto se pasea, desde el soto á la alameda; se pasea Calzonroto, desde la alameda al soto." Por fin, la naturaleza triunfó del médico, y el desdichado Judas entró en convalecencia jurando que el doctor Jalapa le habia de pagar la perrada de la purga, mientras el doctor decia que, al contrario, el enfermo era quien debia pagarle á él por habérsela recetado. Pero volvamos la hoja.

Durante la enfermedad de Judas se trasladó el mismo

Cristóbal á casa de Benito, y viendo los estragos que habian hecho sus animales, y suponiendo que su hermano lo llevaría muy á mal cuando volviese, hizo desocupar aquel arca de Noé, limpiarla los ladrillos, taparla los agujeros, nivelar el suelo en la cuadra y el corral; en fin, todo lo necesario para entregar la casa en el mismo estado en que la recibió. Así, en efecto, Benito, cuando volvió de Zaragoza, creyó que nadie habia puesto la mano en un solo clavo, como se suele decir, y no habiendo jamás dado las gracias á nadie, por el prurito de no dar, fué tan fino esta vez que se las dió muy espresivas á Cristóbal por el esmero con que habia mirado por sus intereses.

Tambien es preciso decir que Benito estaba muy obsequioso por el temor á la estrecha cuenta que su hermano habia de pedirle con respecto á la cabra y al borrico. No tardó Cristóbal en exigirla, pero era tan bobalicon como ladino su hermano, y así no tardó en darse por satisfecho de las mentiras que Benito inventó para esplicar el motivo de haber dejado temporalmente los animales en Zaragoza. Supuso, pues, Benito que su niño por estar enfermo se habia quedado en poder de una buena criandera, que le conduciria ella misma á Cartajena cuando se pusiera bueno, y que, entre tanto, los médicos le habian ordenado alternar la leche de cabra con la de la nodriza para que aprendiese á brincar pronto. Por lo demás añadió que el borrico estaba en buena posada y que la cabra gozaba de perfecto descanso, sin que el hambre la aquejara y seguro de que nadie la estrujaria para sacarla mas leche de la que podia dar. ¡Ah! si hubiera sabido Cristóbal que el asno habia entrado realmente en buena posada cambiando de dueño, y que Benito acababa de comerse la última cecina de la cabra!

Pero apartemos la vista de tan tristes recuerdos, y volvamos á tomar el cabo de nuestra madeja histórica. Benito Calleja, luego que llegó la noche y se vió solo, vislumbró vagamente la verdad de que le faltaba algo, como que le faltaba la compañía de otro tiempo, y se acostó para ver si durmiendo disipaba la melancolía que habia enjendrado en la soledad.

Morfeo debia andar sumamente lejos ó hacerse el sordo, puesto que no queria presentarse por mas que Benito le llamaba. ¿Qué tenia este hombre, incapaz de sentir, para tal desasosiego? ¿No habia sido serenamente egoista para con sus hermanos, friamente miserable para con su muger y eminentemente bárbaro con el que creia su hijo? ¿Pues qué motivo de inquietud podia ser bastante poderoso para turbar el reposo de aquel cuerpo sin alma? ¿Sería el presentimiento de lo que habia hecho Judas con su tesoro? Esto ni él mismo podia esplicárselo, pero lo cierto es que al cabo de dos horas de cama se encontró, como al principio, víctima de un inclemente insomnio. Para disiparlo imaginó un remedio muy eficaz, cual era el levantarse, hacer el sacrificio de un cabo de vela y guardar el dinero que le habia valido el borrico de su hermano, en uno de los sepulcros monetarios que tenia en el corral.

Segun sus cálculos, el lugar en que iba á depositar la media onza, en que vendió el burro, encerraba cosa de seis mil trescientos veintidos duros, de modo que agregando los ocho que iba á depositar allí compondria la suma de cinco mil trescientos treinta. Embelesado en estas contemplaciones aritmécas, encendió un candil, que con aceite y todo le habia dejado prestado una vecina, salió con el azadon al corral, buscó el sitio ya designado, que estaba equidistante de la puerta y del rincon derecho, y se puso muy tranquilo á cavar cantando por lo bajo, como para alegrar la imaginacion, aquello de:

"Y pues él rompe recatos
Y ablanda al juez mas severo,
Poderoso caballero
Es Don Dinero."

—¡Cuánta mas cuenta les tendria á mis hermanos, añadió, el haberme imitado á mi, en lugar de esa estúpida generosidad que han ostentado y que á nada conduce! Miento, pues suele conducir al desprecio y al hospital. ¡Diantre! parece que está muy hondo mi dinero! Juraria que no lo habia puesto tan abajo. ¡Los tales hermanitos! El uno proscrito y

sin una peseta; el otro cuidando loros y cabras, sin tener casi para comer. ¡Diablo! ¿si me habré equivocado en contar los pasos? Voy á ver: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis; por aqui está bien la cuenta. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis; por aqui tambien, y sin embargo...... pero, ¿quién duda que ha de estar aqui? Sigamos cavando. Pues señor, ¡que yo le dé trescientos pesos á Segundo! Esta pretension es tan original como la de que devuelva al otro la cabra y el borrico. ¡Pobres hombres! les compadezco. De seguro no han de pasar ellos una noche tan...... tan...... ¡tan horrible como la que yo estoy pasando! porque...... no hay duda...... ¡oh! no hay duda...... ¡me han robado la vida! ¡la felicidad! ¡el dinero!!

Al decir esto, siguió profundizando en la tierra como un desesperado; su frente se humedeció con un sudor glacial como el que suele preceder á la muerte, y la crísis terminó por un vértigo que hizo caer al desdichado en el hoyo, como si hubiera estado cavando su propia sepultura.

La fortuna de este miserable fué que no se apareciese por allí Judas, pues de seguro le deja sepultado para mejor echar tierra al negocio, aunque para castigo de Benito valió mas que no estuviera, por que así como la pena mayor que se puede imponer á los demas hombres es la de muerte, para un avaro que pierde todo su dinero no hay suplicio mas duro que la vida. Veinte minutos habria permanecido el desdichado en la postura incómoda que tomó al caer, cuando puede decirse que medio resucitó entre las horribles amarguras del tormento moral. Atolondrado en un principio, no acertaba á comprender lo que pasaba, ni porque estaba en aquel sitio; pero pronto la idea fija que dominaba su pensamiento le puso en claro su verdadera situacion. Acobardado entónces, abatido, sintiendo sobre su corazon un peso que le abrumaba, recordó con estremecimiento nervioso aquellas fatídicas palabras del loco enamorado, cuando le predijo que llegaria á envidiar á los que morian anticipadamente, y al dolor de la miseria juntó el miedo de la supersticion. Efectivamente, la profecia se empezaba á cumplir, porque si le hubieran visto en aquel instante, los mismos locos habrian llorado de lástima.

Sin embargo, una esperanza le quedaba todavia; pensó que podia haberse sorprendido uno de sus secretos sin que sucediera lo mismo con los demás. Aguijoneado por la ansiedad, pegó un salto para salir del hoyo con la fuerza muscular y la viveza de un mono amedrentado. En media hora recorrió todos los puntos del corral y de la cuadra, dando golpes en la tierra con la rapidez conque hiere la campana el martillo de un reloj descompuesto, pero sin hablar, como si le hubiesen arrancado la lengua quitándole el tesoro. Y no guardaba silencio porque estuviese mudo como su muger, ni porque le faltasen los pulmones como le faltaba el corazon, sino porque parecia carecer del aire necesario para respirar, como si despues de recobrar un remedo de la vida en un plagio de la tumba, debiera pasar por la feroz angustia de ahogarse en seco.

Mis lectores no estrañarán que Benito se llevase chasco en sus escavaciones; lo estraño seria que hubiese encontrado allí lo que estaba ya en otra parte. Como tambien supondrán ustedes, el avaro levantó las baldosas de las habitaciones, debajo de las cuales solo encontró...... que ya no podia encontrar lo que buscaba. En fin, hizo memoria de unos tres mil duros que tenia enterrados en el campo y se dirijió á la puerta con su azadon al hombro, parodiando la vision de la muerte con su guadaña, pero la fiebre y el trabajo le habian quebrantado las fuerzas de tal modo, que cayó segunda vez al suelo para no volverse á levantar en toda la noche.

CAPITULO IX.

Lo que va de ayer á hoy.

Cuente quien pueda las negras sombras que cruzarian por la imajinacion de Benito Calleja en la noche de su desencanto. Yo solo sé que al dia siguiente, cuando fué á levantarse, no pudo ni aun moverse, como si gimiera bajo la terrible presion de un accidente cataléptico. Pedia socorro el desdichado, pero como tenia entonces la voz tan débil, la puerta estaba cerrada y todo el mundo dormia profundamente, nadie tuvo caridad con él. ¿Cómo los vecinos de este desventurado no pudieron adivinar lo que no alcanzaban á oir? Esto solo se esplica diciendo que el mundo se hallaba muy atrasado en 1827, como que aun no habian los alemanes descubierto, ni los yánquis esplotado, el arte de hacer hablar á las mesas, despues de obligarlas á bailar el rigodon. No quiere decir esto que no se hubiesen hecho grandes adelantos en todos los ramos del saber; pero ni se habia introducido entre los hombres la singular aficion que mas tarde tomaron á comer ostras crudas, y lo que es mas, á decir en tono sério que las encuentran sabrosas; ni se habia puesto en boga entre las mugeres el uso de llevar antiparras, con lo cual se ponen tan seductoras que parecen propiamente filósofos disfrazados, ni mucho ménos habia el bello sexo inven-

tado la crinolina ó malacoff que convierte á cada hija de Adan en una especie de campana con dos badajos; ni, en fin, habia ningun elocuente orador mostrado un rasgo de pasion tan sublime como el siguiente: "¿Os reís? .... Pues os reís de Marco Túlio," con cuyo motivo siente uno ganas de reirse del orador antiguo y del moderno.

Pero si los vecinos de Cartajena estaban entonces tan en tinieblas como el resto del mundo, no por eso dejaron de hacerse al otro dia de la referida noche un argumento que probablemente no se le hubiera ocurrido á Montalembert.

—Son las once de la mañana, dijeron, la ciudad está tranquila, pero todas las puertas se han abierto ménos la de Benito Calleja. Ergo...... algo puede que le haya sucedido.

Y para mejor cerciorarse se pusieron á escuchar, y aplicando bien las orejas, llegó hasta ellas una voz madroñera tan ténue como si saliese de un bejuco. Preguntáronle si estaba bueno y habiendo obtenido una respuesta negativa coligieron que debia estar malo; para que veamos hasta donde puede llegar de deduccion en deduccion la inteligencia humana. En seguida discurrieron que habia necesidad de dos hombres especiales, un cerrajero para abrir la puerta y un facultativo para asistir al enfermo. En esto creo que pagaron tributo á la rutina: puede qüe hubiera sido mas acertado llamar al médico para descerrajar la puerta y al cerrajero para curar á Benito; pero yo prosigo mi cuento, porque mi obligacion se reduce á contar las cosas como sucedieron y no como debian haber sucedido. De los dos hombres especiales el primero que llegó fué el cerrajero, y así debia esperarse habiendo sido el último que llamaron. Era éste un hablador sempiterno que tenia el vicio de no contestar jamás acorde á las cosas que le preguntaban, y así cuando le dijeron que porque no habia llevado los instrumentos del oficio para el objeto conque se le llamaba, respondió contando un episodio de la vida de su abuelo cuando estaba haciendo el amor á su abuela, y preguntándole si seria capaz de descerrajar la puerta en poco tiempo, contestó diciendo que cuando él iba á la escuela nunca pudo aprender los quebrados, pero que ninguno de los otros muchachos jugaba tan hábilmente como él

á la pelota, y que todos eran sus amigos menos Judas á quien un dia dió un pelotazo tan fuerte que le hizo estar media hora echando sangre por las narices.

De pronto se oyó mas claramente articulada la palabra ¡Socorro! y el cerrajero dió un tajo á su historia, preguntando:

—¿Quién me llama?

—Es el enfermo que pide auxilio, contestó una vecina; conque despáchate y no le hagas sufrir mas tiempo.

Convencido de que era caso urgente, dijo el cerrajero que él se llamaba Tomás Figueroa, pero que su muger se llamaba Socorro, y asi cuando oyó una palabra que era igual al nombre de su esposa creyó naturalmente que le llamaban á él.

Apremiado nuevamente por los vecinos se fué á buscar los instrumentos de cerrajería requeridos para el caso, no sin prometer que á su vuelta contaria un chasco que sufrió su muger en la anterior temporada de baños. Habria pasado una hora sin que Figueroa pareciese vivo ni muerto, cuando fueron á buscarle y le hallaron con las tenazas, martillo y demás instrumentos del oficio en la mano, pero muy entretenido en contar á su muger todas las travesuras que habia hecho en su infancia. Conducido por fin, casi á remolque, comenzó su operacion de descerrajar la puerta dando furiosos martillazos, sin mirar siquiera el efecto que producian, por estar muy animado refiriendo de que manera su muger habia tratado de buscar un sitio bien solitario para bañarse en el mar, y que encontró lo que apetecia, pero que apenas se habia metido en el agua cuando se acercó á la orilla un toro, al mismo tiempo que los pulpos dieron en perseguirla, por haber muchos en aquella costa; de modo que llevó un baño de mas de medio dia, no pudiendo permanecer en el agua ni atreverse á salir, hasta que aparecieron unos vaqueros que se llevaron el toro, sin lo cual era probable que todavía se estuviera bañando, y no en agua rosada.

—Pero á todo esto, ¿cuando abre V. la puerta? preguntó un vecino de los mas impacientes.

—¿Cómo la ha de abrir, contestó una muger, si está tan distraido que golpea sobre el aldabon en lugar de dar á la cerradura?

Esta era la verdad. El buen Tomás Figueroa, entusiasmado con su historia, no habia reparado en lo que hacia, y así, al cabo de media hora de martilleo para abrir la puerta, no habia logrado mas que quitar el aldabon. El resultado fué que habian dado las tres de la tarde cuando los vecinos entraron en casa de Benito, á quien hallaron tendido como un cadáver en el centro de un camposanto, cuyas sepulturas, abiertas y vacias, inspiraban tanto mas horror cuanto que nadie adivinaba su objeto.

—Pero, ¿qué es eso, Benito? ¿qué le duele á V.? ¿qué ha sucedido? preguntaba la gente con visible interés.

El moribundo, y casi pudiera decir el difunto, porque estaba mas muerto que vivo, hizo un violento esfuerzo para gritar: "¡Ladrones!"

—No conozco esa enfermedad, dijo una vecina; pero otra replicó:

—Bien fácil es de comprender eso; quiere decir que le han robado, y añadió: sin embargo, no sé que le habian de robar á un hombre que siempre se estaba quejando de que no tenia dinero, que no tenia dinero y que no tenia dinero.

—Eso, dijo el cerrajero, es como lo que le sucedió á un aprendiz mio, que tomó un maestro para aprender á tocar la guitarra, y demostró tal aficion que al año sabia mas que el maestro, con harto sentimiento mio, porque hubiera sido un buen oficial con mis lecciones, y no que me dejó en la estacada yéndose á ganar la vida con la música por esos mundos de Dios, no habiendo tenido ni la delicadeza de escribirme para decir: "Estoy bueno, ó no estoy bueno; me va bien, ó me va mal; necesito esto, ó no necesito nada."

—¡Calla! esclamó la mas perspicaz de las vecinas; ahora me esplico el misterio de esos hoyos abiertos en toda la casa. Sin duda tenia dinero, solo que lo tenia escondido y se lo habrán robado esta noche.

—Pues no tendria poco, segun el número de los hoyos abiertos, dijo uno recorriendo el suelo con la vista.

Y confirmándose todos en esta sospecha, comenzaron á rociar al àvaro moribundo con las siguientes ó semejantes flores:

—¡El muy miserable! ¡parecia un andrajoso y tenia un tesoro escondido! .

—Es un infame, esterminador de setas, que ha preparado la locura de su muger á fuerza de tacañerías.

—Me alegro de que le hayan robado al muy gorron lo que debia emplear en darse un trato decente.

—Poco á poco, dijo el cerrajero, á mí á franco nadie me gana, y en prueba de ello me acuerdo de que cuando era muchacho solia meterme á hurtadillas en los melonares con el único objeto que puede uno llevar á semejantes sitios, esto es, comer sandías y melones. Un dia me sorprendió el guarda y me dijo que por ser la primera vez me perdonaba.—Pues, amigo, se equivoca V., le repliqué yo, porque no es esta la primera vez, y si puedo, tampoco será la última.—Hombre, me dijo el melonero, por la franqueza te se puede querer; y desde entonces me dió carta blanca para que fuese á refrescar cuando quisiera.

Es imposible calcular el fin moral y material de esta historia, que fué interrumpida por el doctor Jalapa, el cual lejos de motejar al enfermo como las personas que le rodeaban, quiso rivalizar entonces con el vino de Jerez ó del Priorato, en lo generoso. El estado en que halló á Benito no se le pudo esta vez ocultar á pesar de sus estudios: era grave. Parecia estar paralítico, pero esta parálisis provenia mas bien del alma que del cuerpo, lo que no dejaba de ser un caso de los mas curiosos en la historia de la medicina. El doctor, muy sorprendido con esta novedad, le examinó prolijamente el pulso en las muñecas y en las sienes, no haciendo otro tanto en los tobillos porque no le dió la gana; le estiró las narices como si fuesen de goma y tratara de ver cual era su elasticidad; le levantó esa cortina con flecos nombrada párpado, con que cubrimos las ventanas llamadas ojos; le aplicó el oido al pecho y á la espalda, como si fuese á escuchar un concierto á través de una gruesa muralla, ó á ver si aquel reloj tenia cuerda; en fin, le hizo dos ó tres apabullos en el vientre y concluyó asegurando que toda la economía estaba desarreglada, en lo que tenia razon, pues todo el mal de Benito procedia

de un gran trastorno económico. En cuanto al remedio, ya supondrán ustedes que sería una purga muy eficaz, y con relacion á su resultado, no diré mas sino que las mismas causas producen los mismos efectos; pero no por eso mejoró Benito, como que su mal era puramente económico y habia de pasar mucho tiempo antes de que su economía pudiese recobrar las funciones ordinarias.

Uno de los que primero acudieron á consolar á Benito fué su hermano Cristóbal, que para mejor asistirle se le llevó á su casa colocándole en el cuarto de las Melodías. Asi llamaba él á la habitacion en que tenia una infinidad de pájaros cantantes, entre los cuales figuraba un canario que cantaba como un tenor, una tórtola que le hacia el acompañamiento, un mirlo que parecia un barítono, una codorniz mas adelantada que una prima donna, un jilguero mas agradable que un arpa y un ruiseñor que nada tenia que envidiar al jilguero. El mismo emperador de Turquía, decia Cristóbal, que no pudiera dar á un enfermo un cuarto mas apropósito para distraerle, porque allí nada faltaba de cuanto puede lisongear al oido, puesto que habia mirlo, tórtola, jilguero, codorniz, ruiseñor, y, sobre todo, canario. Por lo demás, el buen Cristóbal durante la larga y penosa enfermedad de su hermano se portó como un caballero. Le cuidaba con un esmero digno de toda recomendacion; le daba dos tazas de caldo cuando pedia una, y tres cuando no queria caldo; le consolaba con buenas esperanzas y mejores consejos, le entretenia con las habilidades de sus animalitos, le velaba toda la noche, le animaba todo el dia, le procuraba el mayor aseo y comodidad; en una palabra, hizo por él lo que no hubiera hecho por un cuadrúpedo. Y á pesar de esta esquisita asistencia, y sin embargo de la naturaleza robusta de Benito, estuvo este cerca de un año con el pié en la sepultura, siendo verdaderamente milagroso que al fin recobrase la salud, cuya circunstancia se atribuyó á la formal prohibicion que tenia el doctor Jalapa de entrar en casa de Cristóbal, desde que dió de puñaladas con hojas de sen á la cotorra.

Durante su enfermedad se rompia los cascos el avaro pen-

sando quién habia podido descubrir su tesoro. Recelaba del casero que pudiera muy bien haber adivinado el secreto por llamarle la atencion los geroglíficos de los ladrillos; recelaba de los vecinos de las casas contiguas, que pudieron observarle alguna vez cuando trabajaba de noche para ocultar el fruto de sus afanes; recelaba de los mismos que le habian prestado criados y caballerías para su viaje á Zaragoza, suponiendo que los obsequios que le hicieron para facilitar su viaje podian ser interesados; sospechaba un poco de su hermano Cristóbal, aunque le constaba su desprendimiento; sospechaba del mismo Segundo, su hermano mayor, que estaba en Italia, pero que desde allí pudiera haber dado sus instrucciones á otros, aunque solo fuese para vengarse por aquello de los trescientos duros; en fin, este hombre, para diferenciarse completamente de Cristo, sospechaba de todos sus conocidos menos de Judas, que, como sabemos, era el solo delincuente.

Bueno será decir tambien que para no infundir sospechas con un cambio de posicion repentino, Judas siguió haciéndose el pobre mucho tiempo, y allá cuando el enfermo empezó á entrar en convalescencia fué cuando finjió haber encontrado un buen acomodo que le proporcionaria grandes utilidades en la corte, á donde se trasladó llevándose misteriosamente las talegas de Benito. Luego que desapareció de Cartajena, ya nadie volvió á pensar en Judas, por cuya razon nosotros le dejaremos tambien hacer lo que muchos hacen en el mundo, que es darse buena vida con el sudor del prójimo. Por este mismo tiempo se recibieron noticias de Segundo en la ciudad, pues escribió una carta al generoso comerciante D. Fernando Jimenez, en la cual decia que despues de una navegacion penosa logró arribar á Génova, de donde pasó á Turin por habérsele allí proporcionado una humilde colocacion; que en todo un año habia logrado reunir cincuenta pesos, los mismos que giraba á favor de D. Fernando á cuenta de los trescientos que le debia, sintiendo no poder asegurar cuando se hallaria en estado de enviar algo mas, pues habiéndole faltado la colocacion que tenia, por quiebra de su principal, no contaba por entonces con otra probabilidad que con la de morirse de

hambre, y, en fin, que daria por bien empleadas sus pesadumbres si al menos estuviera en su patria y no en un pais donde le aturdian las orejas todos los hombres cantando como maricas de dia y de noche, haciendo creer que solo para cantar habian venido á este mundo.

D. Fernando, tan pronto como recibió esta carta, se trasladó á Madrid, donde permaneció mas de un mes, y solo volvió cuando pudo dar á Segundo una contestacion satisfactoria: "Muy señor mio, le dijo en su respuesta, su apreciable que recibí oportunamente me ha confirmado en la elevada idea que tenia de sus cualidades, y asi he trabajado con ahinco para que mi patria no se prive por mas tiempo de un tan digno ciudadano. Adjunto le remito el indulto para que pueda V. volverse, y quinientos pesos por si prefiere quedarse. Mi deseo, sin embargo, es que se venga V. cuanto antes, y para que desde luego pueda contar con recursos, le ofrezco la plaza de cajero en mi propia casa; pero si tuviese V. algun reparo en regresar por ahora, le suplico que de todos modos se vaya sin la música á otra parte, y no digo que con la música, porque supongo que sus oidos tendrán ya necesidad de algun reposo, estando como estarán atronados por el sempiterno canticio de esos maricones. Si, amigo mio, venga ó váyase á cualquier otro pais donde los hombres tengan gusto por la música, porque esto es natural, pero tambien donde no abandonen los ejercicios varoniles para entregarse esclusivamente al canto, mas propio para las mugeres que para ellos. Huya V. de esa tierra mas aprisa que si hubiese tenido otro lance como el que le hizo salir de aqui, pues la justicia no haria mas que ahorcarle, mientras que el abuso de la música puede pervertirle, y seria lástima, pues le tengo por hombre de provecho. En fin, ponga V. los piés en polvorosa y tápese los oidos con algodones hasta que trasponga la frontera, para que si es preciso que yo le escriba otra vez sepa que puedo dirijirme á don Segundo y no á doña Segunda, pues creo que un hombre asediado constantemente de vocalizaciones, puede perder no solo el seso sino tambien el sexo. Sin mas, por hoy, disponga V. de su afmo. amigo y s. s. q. b. s. m.—Fernando Jimenez."

He aqui como habian cambiado las cosas en el espacio de un año. Benito, á fuerza de economías se encontraba sin familia, sin amigos y sin dinero, al paso que Segundo, tan generoso para prodigar su bolsa y su sangre cuando era necesario, podia volver á su patria seguro de contar con las simpatías que constituyen la mas envidiable de las riquezas. Contaba sobre todo con el apoyo de un hombre opulento, que, segun de los hechos se desprende, le habia tomádo un cariño verdaderamente fraternal.

Pero no fueron estas las solas demostraciones que hizo D. Fernando para probar el aprecio que Segundo le merecia. Cuando habia trascurrido el tiempo necesario para recibir noticias de su protejido, las esperaba con ansiedad y abria las cartas que llegaban á sus manos, aunque llevasen sello de la misma ciudad de Cartajena, creyendo siempre hallar la firma de Segundo, que era lo que mas deseaba. No contento con esto, se iba casi diariamente al muelle con su hija Ines, que era una bellísima jóven, y hasta fletaba un bote para dar una vuelta por el mar, con la esperanza de descubrir primero que nadie el buque en que debia regresar el proscrito. No entraba ni una lancha en el puerto que no recibiese la visita de Jimenez, y en los tres meses largos que duró este ejercicio, mas de cuatro veces él y su hija, por ir á esperar en alta mar á Segundo Calleja, estuvieron á pique de naufragar.

Un dia, sobre todo, el mar estuvo proceloso por una furiosa tempestad, y aunque se habia aplacado algo la hinchazon de sus narices, todavia el oleaje inspiraba recelo á los dueños de los botes, cuando llegaron Don Fernando y su hija con la pretension de dar su paseo acostumbrado. Ningun botero se atrevia á desafiar las gruesas olas con su cáscara de nuez, peró como Don Dinero es tan poderoso caballero y Jimenez no lo escaseaba para satisfacer sus caprichos, encontró por fin quien á trueque de ganar un doblon se espusiese á morir sin disfrutarlo, y héteme aquí á tres personas surcando las inquietas aguas, tan pronto subiendo hasta dejar ver la quilla de la frágil embarcacion, como bajando hasta parecer que el hambriento mar se los habia tragado para siempre. Remaba el bo-

tero y sudaba para evitar que las olas agitadas le cojiesen de costado poniéndole á el y á su compañía el pavimento por montera, y declarándose al fin vencido ante la inmensa dificultad que tan rudo trabajo presentaba, manifestó su resolucion de volverse á tierra diciendo que era una temeridad el esponer la vida de aquel modo, y que estaba pronto á dar doble suma de la que debia recibir, antes que continuar luchando sin esperanza con el peligro. En fin, tales cosas dijo que Don Fernando, viendo la razon de parte de aquel hombre, consintió en tocar retirada, cuando precisamente al virar, creyó Ines distinguir á larga distancia una cosa en la superficie de las aguas que se ocultó de pronto para asomar nuevamente y que parecia un náufrago, si no era algun ballenato que anduviera entretenido en levantar el plano de aquella costa.

—En efecto, dijo Don Fernando; yo creo que es un hombre y en ese caso seria una atrocidad el retirarnos sin darle socorro.

—Pero señor, contestó el botero; ¿está V. loco? Lo menos debe estar ese hombre dos millas de aquí, lo que hace que nos sea imposible llegar hasta él, tanto mas cuanto que nosotros mismos necesitamos el socorro que quisiéramos darle.

—¿Y que importa eso? dijo Ines; antes bien, por lo mismo que pierde V. la esperanza de salvarnos, debemos tratar de acercarnos á ese hombre á fin de que todos perezcamos juntos ó todos triunfemos del peligro.

Dirán que esto es una vision, pero yo creo sínceramente que todo rasgo heróico de virtud tiene en el mundo su recompensa providencial. Parecia que la misma naturaleza se afanaba en complacer á la hermosa jóven que despreciaba su vida por salvar la agena, pues á los furiosos remolinos del espantoso oleage que amenazaba sepultar el bote con sus tripulantes en la mansion de las merluzas, suscedió repentinamente lo que llaman los marineros una calma chicha. Faltando ya el pretesto para volver á tierra, el mismo botero tornó á virar remando con todas sus fuerzas hácia el punto donde sobrenadaba el objeto que les habia llamado la atencion.

—Sí, es un hombre, decia Don Fernando, un hombre á quien vamos á arrancar de las garras de la muerte.

Y echando mano á otro par de remos, se puso á trabajar con tal brio que duplicó la rapidez del bote, gracias á lo cual pudo este llegar á tiempo para aproximarse al náufrago, que rendido de cansancio, acababa de renunciar á la vida dejándose hundir por carecer ya de fuerza física para mantenerse á flor de agua. Imposible me sería describir el dolor que se apoderó de Don Fernando y de su hija cuando sus ojos perdieron de vista al desgraciado á quien iban á prestar socorro; tan grande fué como la alegría que esperimentaron al verle reaparecer cerca del bote, de modo que pudieron agarrarle por los cabellos y sacarle vivo, aunque exánime, del abismo. Pero ni el dolor, ni la alegría, que el padre y la hija sintieron alternativamente, igualaron á la sorpresa que les causó el reconocimiento del náufrago á quien acababan de salvar, pues no era otro que nuestro antiguo conocido Segundo Calleja.

CAPITULO X.

A otra parte con la música.

Luego que Segundo volvió en sí, tuvo el gusto de encontrarse en casa de D. Fernando Jimenez, asistido por este y por Inés, que se disputaban el privilegio de cuidarle. Preguntó por sus hermanos á D. Fernando, y recibió la contestacion del mismo Cristóbal, que entró en aquel momento á verle y consolarle, lo que se propuso el buen naturalista práctico tan pronto como tuvo noticia de la ocurrencia. Llevaba consigo media docena de pollos y otros tantos pichones que estaba criando, para que el náufrago los fuese comiendo á su salud.

—¿Y Benito? dijo Segundo, ¿porqué no ha venido á verme? ¿Teme que le pida los dos cuartos que le dí la noche de mi partida?

Refirió entonces Cristóbal los pesares que agoviaban á Benito, siendo el mayor de todos la pérdida de su dinero, y cómo él le habia llevado á su casa, donde estaba todavía medio paralítico. Al oir esta relacion, recordó Segundo con harto pesar el hecho aquel de dejar la puerta abierta en la noche de su escapatoria, y sintió un gran remordimiento; pero Cristóbal, escuchando esta confesion de Segundo, le tranquilizó diciendo que, segun todas las probabilidades, el robo no

pudo tener lugar en la indicada noche, ni llevarse á cabo por una muger, pues para la estraccion del dinero habia sido necesario remover la tierra de toda la casa debajo de la caal estaba sepultado.

Con estas reflexiones y otras que no se me ocurren por la prisa conque voy escribiendo, sintió Segundo descansada su conciencia de un peso que parecia una romana; pero ni él ni Cristóbal acertaron á descifrar el misterio de la muger que espiaba la casa, ni adivinaron quien hubiera podido perpetrar el robo. Esto prueba que los dos hermanos tenian asuntos de mas importancia en que pensar, pues á no ser asi debieron desde luego inferir que el autor del robo no podia menos de ser...... algun ladron.

—En fin, dijo Cristóbal, no te apures por nuestro hermano, que bien merecido tiene todo lo que le pasa, y no es por cierto mas desgraciado ahora que solo piensa en que ha perdido su fortuna, que cuando andaba con ella jugando al escondite. ¡Oh! ¿sabes tú las iniquidades que su avaricia le ha obligado á cometer de dos años á esta parte?

Al hablar el morigerado Cristóbal en estos términos, las lágrimas pugnaban por escaparse de sus ojos, y era porque el infeliz habia hecho ya sus averiguaciones respecto al fin desastroso de la memorable cabra.

—¡El muy hebreo! dijo entre sollozos y suspiros, no se ha contentado con volver loca á su muger y enviar su hijo á la Inclusa, sino que despues de desasnarme, vendiendo mi burro, tuvo la avilantez de convertir mi cabra, ¿en que dirás?

Segun la prosopopeya con que Cristóbal anunciaba la metamórfosis de la cabra, llegó á sospechar Segundo que su hermano Benito tuviese pacto con el diablo y hubiera transformado el animal en coliflor ó piedra pomez; asi es que encontró la cosa muy natural cuando supo que solo la habia convertido en cecina, si bien vituperaba que el tal Benito hiciese probar á Cristóbal la amargura de perder la cabra despues de haberle hecho probar el asado de su propia cigüeña.

En esto se despidió Cristóbal, ofreciendo regalar á D. Fernando Jimenez un escelente perro de Terranova en mues-

tra de gratitud por haber salvado á su mejor hermano. En cuanto á Inés no se conformó él con un solo obsequio, pues la prometió tres, á saber: un tordo que chapurraba el castellano, un cordero gris con ojos azules, y una liebre domesticada que sabia hacer la carga de fusil en once voces.

Por lo que hace á Segundo, gracias á los cuidados de sus protectores y amigos, se halló en pocos dias completamente restablecido, y entónces varias personas reunidas á su alrededor, entre las cuales figuraba Cristóbal, se empeñaron en hacerle contar los principales incidentes de su viage á Italia, sin omitir los que motivaron el naufragio á la vuelta. No se hizo de rogar, y despues de referir todo lo que ya sabemos, desde su embarque hasta que el capitan francés perdió la esperanza de salvarse, á pesar de sus calzones colorados, continuó en estos términos:

—En el momento en que ya nos sometíamos á caer bajo el dominio de las sardinas, comenzó el tiempo á serenarse y la tripulacion volvió á sus maniobras, no siendo la menos importante la de darle que le darás á la bomba, pues el buque tenia tal cantidad de agua que con un jarro mas nos hubiéramos ido al fondo. Reparáronse todas las averias, alzáronse nuevamente las velas y oimos cantar á los marineros en señal de regocijo, pero nada iluminó con un tal benéfico rayo de esperanza nuestros espíritus abatidos, como el ver al capitan despojarse de los calzones colorados. Parecia como que necesitábamos de esta prueba para persuadirnos de que no estábamos en el cabo de Hornos. La brisa que comenzó á soplar en la popa nos favoreció hasta Génova, en cuyo puerto desembarcamos con toda felicidad. Allí nos separamos de la otra familia que nos acompañó en la travesia, y mis amigos y yo saltamos en tierra con el objeto de acomodarnos cuanto ántes en una buena posada. Pero ántes de saltar en tierra, y aun ántes de llegar al puerto, con mas de treinta millas, empezamos á sentir una impresion la mas estraña del mundo: era una especie de zumbido constante, que iba aumentando en intensidad á medida que nos acercábamos á la costa, llegando á hacernos creer que nos aprocsimábamos á una nacion de chicharras. Cuando

entramos en el puerto, el tal zumbido tenia ya ribetes de guirigay; pero al invadir las calles de la poblacion, su efecto se hizo verdaderamente insoportable, como podrán ustedes concebirlo, sabiendo que de lós noventa mil habitantes que tiene la ciudad, los ochenta mil estaban cantando. Tentados estuvimos por embarcarnos de nuevo en algun otro buque, para trasladarnos á algun otro puerto de aquella Península; pero desistimos de este proyecto, al saber que Génova, donde un coro perpétuo de ochenta mil voces amenazaba dejarnos sordos, pasaba por ser la ciudad menos filarmónica de la Italia.

—Pues hombre, dijo D. Fernando, ¿á que hora se bañan en ese pais, y cuando desempeñan los hombres sus obligaciones?

—Allí no hay mas obligacion que la de cultivar la garganta, respondió Segundo, y con respecto á eso de bañarse casi está prohibido para todos los habitantes, porque podian tomar un aire al salir del agua y quedarse roncos, lo que sería el mas capital de los crímenes. Figúrense ustedes que en aquel pais un comerciante puede quebrar, un escribano faltar á la fé, un médico equivocar el reumatismo con la jaqueca, un fondista envenenar al público y una muger entregarse á mundanos devaneos, sin que por eso pierda ninguno la esperanza de la mas completa rehabilitacion, pero el pobre ó rico, grande ó pequeño, que tiene una carraspera, no se vuelve á levantar en los dias de su vida.

—Con esa conducta, dijo uno de los oyentes, deben ser allí las costumbres sobradamente muelles y hasta pegajosas.

—Es claro, respondió Segundo, todo guarda la debida proporcion, y en prueba de ello, voy á contar lo que nos sucedió en la posada. Pues señor, cuando entramos en el comedor de la fonda vimos un hombre que hacia escalas, al mismo tiempo que se retorcia el bigote, cuando se vió agradablemente sorprendido por otro de luenga barba y aspecto belicoso, á quien no habia visto en mas de venticuatro horas, y ambos empezaron á darse una de abrazos y de besos como si fueran dos amantes que la casualidad hubiese reunido despues de una larga y dolorosa separacion. ¿Están locos esos señores? pregunté yo al mozo que nos servia el almuerzo. No por cierto, dijo él; ¿de donde saca Su Escelencia que les pueda faltar el juicio á los dos

primeros talentos de la Italia?—¡Hola! esclamé yo, ¿con que son personas tan importantes en la aristocracia de la intelijencia? ¿Serán, por ventura, grandes matemáticos, profundos filósofos, eminentes jurisconsultos, sublimes pintores ó compositores, consumados literatos? ¿que son, en fin, para que disfruten tan brillante reputacion como hombres de talento?—Nada de lo que V. supone, dijo el mozo, ni aqui damos ya el menor valor á los artistas que crean, á los sábios que inventan ni á los literatos ó filósofos que enseñan. El talento de esos dos caballeros es muy superior á todas esas zarandajas, pues bástele á V. saber que el uno tiene una bellísima voz de barítono y el otro es el mas primoroso tenor que ha salido de la Escala.—No creo, repliqué yo, que el mas importante de los talentos resida en el gaznate, ni tampoco que á esa facultad puramente fisica se la deba confundir con el talento; y en cuanto á lo demás, yo sospechaba que esos hombres estuviesen locos al verlos besuquearse como si fueran mugeres.—Lo que Vuestra Escelencia dice, repuso el mozo, es una blasfemia, porque si los italianos tenemos las costumbres mas dulces del mundo, como lo indican esos mismos besos que Vuestra Escelencia critica sin comprenderlos, lo debemos al canto, de donde infiero yo que todo lo que ha llegado á ser la Italia moderna puede mirarse como un resultado natural del cultivo de la garganta, que vale mas que el cultivo de la tierra. En cuanto á eso de besarse los hombres, á mi me parece la prueba mas acabada de la dulzura de nuestras costumbres, y desde luego aseguro que no saldrán Vuestras Escelencias de esta casa sin que mi amo y yo tengamos el gusto de darles una muestra de purísimo afecto en un ósculo fraternal.—¿Si, eh? dije yo, para concluir; pues mira, desde ahora te aconsejo que suprimas el tratamiento de Escelencia, porque ni mis compañeros ni yo lo tenemos, y aun damos las gracias cuando en nuestro pais encontramos quien nos llame de usted; pero lo que tu amo y tú, debeis, sobre todo, suprimir es la formalidad del ósculo prometido, porque nosotros somos españoles y no tenemos ni queremos tener esas costumbres, que de puro dulces nos parecen empalagosas.

—¿Que tal? esclamó D. Fernando, ¿hacia yo bien en suplicar á V. que abandonara un pais donde los instintos no pueden menos de pervertirse por el furor filarmónico?

—Dígamelo Vd. á mí, contestó Segundo, y continuó de la manera siguiente: luego que pasamos allí algunos dias hicimos relaciones, y yo contraje amistad con un negociante de Turin que me brindó una colocacion en su casa de comercio. Separeme de mis compañeros, que se fueron á recorrer la Italia, pero ántes todos juntos nos despedimos de la posada donde habiamos pasado algunos dias y donde pudimos juzgar, al ver la cuenta que nos pusieron, que las costumbres italianas no son tan dulces en el fondo como en las apariencias. Al fin, sin haber comido pato tuvimos que pagarle, y cuando íbamos á salir de la casa, mis dos compañeros se vieron sorprendidos por el dueño y el criado de la posada que materialmente se los querian comer á besos. Yo que ví mis carrillos amenazados de una granizada semejante, pedí socorro á las piernas, y desde léjos ví á mis amigos desprendiéndose á bofetadas de los brazos de aquellos nuevos camaradas, cuyas dulces costumbres eran realmente muy á propósito para encender la sangre á un español.

—Lo mismo hubiera yo hecho, dijo D. Fernando, correr como V. ó andar á trompazos como sus dignos compañeros.

—Yo no, repuso Cristóbal; si alguna vez voy á Italia pienso llevar un lobo que estoy criando, y al primero que me quiera disparar el ósculo de paz le declaro la guerra, soltándole el lobo para que le sirva de escarmiento. ¡Pues no faltaba mas!

—Como iba diciendo, prosiguió Segundo; yo me hubiera dejado crucificar antes que recibir semejante cumplimiento, y para no verme en la precision de responder á los besos con bofetadas, me despedí á la francesa. Tomé, pues, el camino de Turin y luego que llegué á esta ciudad me dirijí á la casa de comercio donde tenia mi colocacion. Pregunté si estaba en casa el señor Bandolini, que así se llamaba el gerente á quien ya conocia; contestóme afirmativamente el señor Lamparoni que era el cajero, y entré muy contento con la esperanza de labrar en aquella casa un bonito porvenir, sin saber el bonito

porvenir que me estaba esperando en aquella casa. ¡Oh! les juro á ustedes que me hierve la sangre cada vez que pienso en la escena de mi recepcion.

—¿Pues qué? ¿le trataron á V. mal? preguntaron todos los oyentes.

—No por cierto, dijo Segundo; al contrario, me trataron demasiado bien. ¡Ojalá no hubieran estado tan cariñosos! Figúrense ustedes que lo mismo fué echarme el señor Bandolini la vista encima que venirse á mí con los brazos abiertos, hecho una jalea, y esclamando: ¡Ah, mio carísimo! me espetó, no uno, sino seis ósculos fraternales, que, por el efecto de la absorcion y de la vergüenza, me pusieron los carrillos como dos amapolas.

Este pasage, como era de esperar, fué seguido de algunas carcajadas y comentarios que no dieron pizca de gusto al narrador, pero como él se habia propuesto decir la verdad, continuó sin dejar de luchar con el rubor á brazo partido:

—Señores, la sorpresa fué tal, que yo no supe como rechazar un ataque tan imprevisto. Lo único que hice fué no corresponder pagando los obsequios de mi principal en la misma moneda, porque esto me hubiera sido imposible, aunque en ello me fuese la vida. Tentado estuve por agarrarme á las barbas de aquel hombre, cuyas muestras de amistad me estaban revolviendo la bílis, y arrancárselas de raiz, á riesgo de morirme de hambre léjos de mi pátria y de mis amigos; pero como ya el daño estaba hecho, resolví tener filosofía y aguantar los exabruptos de tan acendrado cariño. Sin embargo, como si se tratara de poner á prueba mi forzada resignacion, el señor Bandolini me fué presentando sucesivamente á los diez ó doce empleados de la casa, y estos tan pronto como consideraban en mí á un compañero, me lanzaban los brazos al cuello, endosándome cada cual un par de besos tan apasionados como la mas amantísima de las madres pudiera dárselos al mas mimado de sus hijos.

Una nueva carcajada de los oyentes acojió tambien esta parte de la fiel narracion de Segundo, y no se contentaron con reir sino que le hicieron severos cargos por no haber roto el bautismo, tanto al Sr. Bandolini como á sus dependientes.

—Yo tuve mis intenciones de hacerlo porque estaba frito, dijo Segundo; y convengó en que habia sobrada razon para matar á aquellos hijos degenerados de un pais que produjo algun dia los mas bravos guerreros y los mas austeros legisladores de la tierra; pero, amigos mios, no saben ustedes hasta que punto siente uno su espíritu abatido cuando todos los que le rodean le aplican el inhumano apodo de estrangero. En fin, mas vale no pensar en ello; no se rian ustedes de un lance que causa grima, y escuchen la continuacion de mis aventuras. Ya lo principal para mi estaba asegurado, pues contaba con recursos para vivir holgadamente, y desde aquel dia me dediqué al trabajo; ¿pero que habia de hacer allí? Nada, señores; el Sr. Bandolini se pasaba los dias enteros cantando, sin pensar en los negocios; el cajero estaba por lo comun haciendo el duo al Sr. Bandolini, al paso que los dependientes no se dedicaban á otra cosa mas que á estudiar y repetir los coros de todas las óperas conocidas. En mas de dos meses no ví á uno solo tomar una pluma en la mano, con cuyo motivo la casa iba caminando á pasos ajigantados á la bancarrota. Hubo no solamente abandono, sino casos de infidencia que el Sr. Bandolini disimuló por haber recaido las sospechas en sugetos que daban notas estremadamente altas ó bajas con la garganta, y en mas de medio año únicamente ví despedir á un jóven, que sin ser de los mas holgazanes ó sospechosos, cometió el delito de hacer un gallo al cantar una cavaletta.

—Milagro es que á tí no te obligaron á cantar, dijo Cristóbal.

—Ya querian obligarme, contestó Segundo; pero yo me escusaba diciendo que no conocia las notas ni el solfeo, por lo cual el mismo Sr. Bandolini se puso á enseñarme lo uno y lo otro, asegurándome que yo haria prodijios en el comercio por que debia tener muy buena voz, y que luego que fuese capaz de cantar un ária, me aumentaria el sueldo. Pero señor, le dije yo un dia, ¿porque tienen ustedes tan exajerada aficion al canto?—¿Como exajerada? me contestó; si esa proposicion hubiese salido de uno de mis compatriotas, desde este instante dejaria de comer el pan de mi casa, y si á V. se la perdono es porque me hago cargo de que, habiendo V. tenido la mala

suerte de nacer en España, no puede apreciar en mucho tiempo las ventajas sociales de la música, y sobre todo, de la música vocal masculina, que es la que mas necesitamos en Italia para ver si logramos dulcificar nuestras costumbres.—¿Dulcificar? esclamé yo; ¿pues que mas dulces las quiere V. si están hechas un jarabe?—No lo crea V., dijo el Señor Bandolini, todavia nos quedan algunos resabios bárbaros y cierta dureza en el idioma que es necesario desterrar.—¿Dureza en la lengua italiana? repliqué yo; ¿como puede V. sostener que sea dura una lengua que parece cuajada, y que ya no sienta bien á ningun hombre que pase de diez años? ¿No la está haciendo todo el mundo la justicia de decir que es la mas á propósito para cantar, elojio que debian ustedes recibir como una injuria?—¡Pobres españoles! contestó el Sr. Bandolini con cierta espresion desdeñosa; les compadezco á ustedes por el visible atraso en que se encuentran, puesto que no alcanzan á comprender los encantos de una lengua eminentemente musical.—Eso consiste, repliqué yo, en que no hemos perdido como ustedes el vigor de las razas primitivas, y así procuramos no apartar la energía de la belleza. En cuanto á las ventajas de uno y otro sistema, los resultados dirán quien tiene razon. Por ejemplo, nosotros pertenecemos al único pueblo de la Europa que supo hacer frente al Capitan del siglo, cuando todos los demas se le sometian con la mayor docilidad en cuanto sufrian una derrota. ¿Que ha sucedido con la pobre Italia, desde que empezaron ustedes á almivarar su lengua y sus costumbres? Que todo el que ha querido sentar aquí el pié como conquistador lo ha conseguido, sin que el pais le oponga la menor resistencia; que cuando no se hallan ustedes bajo la dominacion de los españoles, sufren la de los franceses, la de los ingleses ó la de los austríacos; en fin, que ustedes están muy alegres y divertidos, puesto que viven siempre cantando y hablan la lengua mas blanda del orbe; pero es porque ya su sangre ha perdido el calor natural, cuando no se enardece al ver que todo el mundo se cree con derecho á disponer de la Italia, menos los italianos.

—¡Bien dicho! esclamó D. Fernando; eso es hablar como un hombre.

—¿Y que respondió el Sr. Bandolini? preguntó Cristóbal.

—Contestó, dijo Segundo, que algo habia de verdad en mis observaciones, pero que yo debia cerrar los ojos y entrar de lleno en el canticio, sin lo cual podria llegar á hacer buenos negocios, pero que siempre seria un malísimo comerciante, y diciendo esto, fué á darme un ósculo paternal que yo rechacé, haciendo, por la confianza que ya tenia, una digna disertacion contra esa costumbre á todas luces ridícula y cargante. ¿Que significa eso? le dije; sepa V. que el primer dia toleré los obsequios que revelan toda la degradacion del sexo masculino en este pais, donde las mugeres cantan como los grillos y los hombres como las mugeres, por no armar un escándalo. Ahora le aconsejo que nunca mas trate de repetir el agasajo conmigo ni con ninguno de mis compatriotas, porque si ustedes tienen esa inconcebible aficion á dar besos, á nosotros nos causa mucha vergüenza el recibirlos, y suele suceder que correspondemos á tales favores con bofetadas de cuello vuelto, que son las de última moda.

La asamblea no pudo menos de aplaudir estas palabras de Segundo. Todos convinieron en que habia dejado el pabellon español bien puesto y le exhortaron á continuar.

—Como es de suponer, dijo Segnndo, sucedió con la casa de comercio del Sr. Bandolini lo que habia sucedido con toda la Italia: el furor filarmónico hizo mirar en ella con indiferencia los negocios, y mientras los unos cantaban como sirenas y los otros disputaban sobre el mejor ó peor estilo de varios diletantes, en lugar de pensar en cosas de mas importancia, vino la bancarota dejándonos á todos en la miseria. Los acreedores cargaron hasta con los libros, en los cuales bajo el *Debe* y el *Haber* habia escritas árias, duos, tercetos y hasta sinfonías enteras; la casa se cerró, y el Sr. Bandolini no tuvo otro remedio ni consuelo, que el de convenir con Lamparoni en que Rubini tenia la voz mas dulce que Moriani, pero que el último era mejor mímico que el primero, siendo ambos, cada cual en su género, los dos hombres mas eminentes de nuestro siglo. Entonces fué cuando yo resolví escribir á D. Fernando, y mientras llegaba la contestacion, quise tambien

dar una vuelta por Italia. No me tomaré la pena de decir lo que vi en esta peregrinacion, porque no encontré nada de nuevo en las costumbres. El mismo rumor de chicharras al acercarme á cada poblacion, el mismo furor filarmónico, los mismos besos; mucha esterioridad belicosa velando los sentimientos mas afeminados, muchos dialectos dulzarrones que no eran sino grajeas diversamente matizadas de la misma confitería; en fin, lo único que me indemnizó fué que tuve el gusto de encontrar á mis amigos y compañeros de destierro, los padrinos del célebre desafío. Híceles la proposicion de volver á Turin, ciudad que la gente de allí tiene la desfachatez de llamar Turino, como á Milan le llama Milano y á Berlin Berlino, y aceptando ellos la invitacion, recibimos juntos la agradable noticia de nuestro indulto. Aquí debo decir con harto sentimiento que mis compañeros no habian conservado la pureza que les hacia tan recomendables: cada uno de ellos habia robado una muchacha para hacer la emigracion mas alegre, si bien es cierto que la culpa no fué tanto de ellos como de los padres de ellas, que no las cuidaron como debian por estar haciendo trinos y gorgeos para contribuir á dulcificar las costumbres. Luego que nos llegó el indulto, juntamente con el dinero que tuvo la bondad de remitirme D. Fernando, nos fuimos á Génova con el objeto de trasladarnos á España en la primera embarcacion que saliera; pero en mas de dos meses no se presentó ninguna coyuntura, porque tanto los armadores como los consignatarios y los marineros, estaban muy ocupados en estudiar una ópera nueva que habia sido muy aplaudida en el teatro de Milan, y el asunto era demasiado grave para que ni los unos ni los otros pudieran abandonarlo. Por fin, se presentó un bergantin napolitano que debia emprender el viaje á este puerto, y en él nos embarcamos mis dos amigos, sus dos amigas y un servidor de ustedes. La travesía fué horrorosa, no solo por la gruesa mar que siempre tuvimos, sino tambien porque el capitan y los marineros no dejaron un instante de cantar la maldita ópera que acababan de aprender. ¡Ah! ¡mas de cuatro veces me acordé del capitan francés, á pesar de sus calzones colorados! El hecho es que

cuando ya estábamos á la vista de Cartajena se declaró un temporal furioso, y como los marineros no habian pensado en tomar la menor precaucion, por estar locamente entretenidos en el ensayo de unos coros, cuando quisieron amainar las velas ya no era tiempo. El buque se habia echado á dormir de medio lado y desapareció en cinco minutos, sin que se salvara nadie mas que yo, porque como yo no venia preocupado con la música como los marineros, ni con mugeres indignamente arrastradas á la perdicion, como mis amigos, eché mano á un madero sobre el cual pude sostenerme mas de tres horas. Ultimamente, una ola me privó de tan importante recurso, pero pude aun sostenerme nadando hasta que se acercaron mis salvadores, y lo demás...... por sabido se calla.

Aquí terminó la relacion que tan en compendio hizo Segundo de sus aventuras. Yo tambien soy partidario del laconismo y voy á dar un resúmen de los sucesos que pusieron término á lo que podemos llamar primera parte de esta verídica invencion. Segundo Calleja se enamoró de Ines y se casó con ella, teniendo algun tiempo despues el gusto de que su esposa diese á luz una niña que recibió en la pila el nombre de Encarnacion. Por desgracia, la madre de esta niña murió de las resultas y Don Fernando Jimenez no pudo sobrevivirla, con lo cual Segundo quedó inmensamente rico, aunque solo como tutor de su hija: pero disgustado ya de una poblacion donde habia perdido la perla de las mugeres y el diamante de los suegros, se trasladó á la corte con el laudable fin de establecer alli su casa de comercio.

Al mismo tiempo que Segundo, hubo otros personages que abandonaron la ciudad de Cartajena. Uno de ellos fué el insigne Cristóbal, que teniendo noticia de haber ocurrido algunos casos de fiebre amarilla en el puerto, y no queriendo que sus animalitos se espusieran á padecer tan peligrosa enfermedad, se los llevó á Madrid despues de vacunar hasta el gallo para que no le atacasen las viruelas.

El tercero que desapareció fué Benito, y diré cómo. Luego que estuvo en disposicion de levantarse, salió al campo, y urgando en el parage que él solo conocia, tuvo la suerte de

encontrar los tres mil pesos que allí tenia enterrados. Lo primero que se le ocurrió al verse todavía con dinero, fué que si hubiese un año antes dado á su hermano Segundo los trescientos que le pedia, en lugar de verse á la sazon con tres mil duros no tendria mas que dos mil setecientos. El demonio de la codicia no le dejaba pensar que si hubiera dado á Segundo los trescientos pesos, no habria sido de los del campo sino de los que tenia en su casa, y que por consecuencia eso menos le hubieran robado cuando le quitaron todo lo que en su casa tenia escondido. Tampoco se hacia cargo de que Segundo era ya rico y podia estar seguro de que saldaria esta como todas sus cuentas; porque la avaricia es una locura como otra cualquiera, que no deja discurrir ni ver claro en todos aquellos asuntos que constituyen ó están en relacion con el fondo de la monomanía. En fin, cuando Benito volvió á casa se encerró en un cuarto, hizo provision de hilo, tigeras y aguja, y onza por onza, fué cosiendo entre la tela y forro de su chaleco los tres mil pesos que le quedaban. Con esta precaucion salió de Cartajena sin decir á donde se dirijia, temeroso tal vez de que le robaran el chaleco.

Tambien Tomás Figueroa, el cerrajero, viendo que nadie le daba trabajo, (y mal podian dárselo cuando no lo desempeñaba por el prurito de contar sus historias), salió de su pais y se fué á probar fortuna por el mundo.

Ultimamente, de todas las personas que tocaron retirada de Cartajena, la que salió de una manera mas estrepitosa fué el doctor Jalapa, contra el cual hubo una especie de pronunciamiento por la mucha gente que habia mandado á la eternidad, y por tener á la mitad de la poblacion bailando la Tarantela con la feroz energía de sus purgantes. Aquello que se habia creido fiebre amarilla, no era tal fiebre, ni tal amarilla, sino una disentería artificial ocasionada por el sistema terapéutico Jalapeño, disentería que por el número de sus estragos tomó el carácter de una verdadera epidemia. La irritacion fué general, y si el doctor no se hubiese apresurado á emigrar, probablemente le habrian molido las costillas para que purgase lo mucho que él habia hecho purgar al pueblo de Carta-

gena. Los demás que salieron de la ciudad, como diria Corneille, no valen la pena de ser nombrados, aunque, por lo mucho que en este siglo abundan las pretensiones, el que mas y el que menos, seria capaz de decir lo que dijo un zapatero de viejo al abandonar la corte: "Adios, Madrid, que te quedas sin gente."

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

La vida en el chaleco.

Luego que Benito encontró sus tres mil pesos recobró la salud, adelantando mas en el instante de ver su dinero que en seis meses de convalecencia. Tomó, pues, su tesoro, que era su vida, lo cosió en el chaleco, que era su caja de seguros, y salió de Cartagena sin saber á donde dirijir sus pasos, aunque lo mismo le daba tirar al oriente que al occidente, pues solo se proponia vivir sobre el pais. Sin embargo, para todo el que empieza la carrera de Judio Errante hay un momento de indecision acerca del rumbo á que debe darse la preferencia, por lo mismo que el hado no ha querido indicar á los hombres la senda que mas les conviene con tanta precision como aquel alcalde de Guadarrama que puso á la salida del pueblo un pilar con la siguiente inscripcion: "De aquí á Madrid ocho leguas: el que no sepa leer que tire por la iz-

quierda." En aquel instante supremo conoció Benito que su alma no le pertenecia, pues la que habia tomado por suya era el alma de Garibay; pero al fin, suya ó agena, concluyó por echársela á las espaldas para soportar su peso mas facilmente, y no habiendo por allí letrero que consultar, dió principio á su peregrinacion á la voz de derecha é izquierda, ó rompan filas.

No se crea que pienso negar las virtudes de aquella época por haber fijado en ella un tipo tan escepcional como Benito, pues aunque tal fuera mi propósito, temeria ser desmentido por la historia y la tradicion que siempre están alerta para defender sus fueros. En prueba de que no todos eran Benitos en aquel tiempo, voy á citar un hecho que merece pasar á la posteridad, entre los que mas pueden honrar á la especie humana.

Residia por entonces un artesano en la ciudad de Lorca que, despues de salvarse milagrosamente de una larga y cruel enfermedad, estuvo en peligro de morir en la convalecencia por falta de alimento. Dos dias llevaba el pobre de no tomar caldo, cuando vió salir á su muger de casa muy triste, con las manos vacias, y volver á poco rato muy contenta con un pollo flamante y dinero suficiente para comprar todo un gallinero. No podia el pobre artesano adivinar como se habria compuesto su muger para adquirirle aquellos elementos de subsistencia, y juzgándola capar de una barrabasada, fué á quitarla el pollo y el dinero para arrojar á la calle lo uno y lo otro mientras no obtuviese una esplicacion satifactoria; pero ella defendió su presa con brio, y en la luchaque se entabló, no pudiendo el enfermo lograr lo que se proponia, dió á su esposa un tiron del pañuelo que la cubria la cabeza, con ánimo de repelarla, pues hasta este punto le habian exasperado los celos. La sorpresa del artesano sobrepujó á su cólera cuando vió que ya le seria imposible repelar á su muger, por la sencilla razon de que estaba pelona, y entónces ella, viendo que se habia descubierto una parte de la verdad, la reveló por entero, confesando que habia vendido su hermosa trenza á un peluquero, con el laudable fin de poder dar á su marido la asistencia que necesitaba.

Escusado me parece decir, que así como la sorpresa fué

mayor que la cólera, la gratitud y el arrepentimiento del artesano escedieron, con mucho, á la cólera y á la sorpresa que sucesivamente habia esperimentado. Pidióla mil perdones; pero ella se hacia la sorda, porque no la corria tanta prisa el reconciliarse con su marido, como el poner un puchero y soplar la lumbre para darle un caldo, que era lo que mas le convenia.

Una hora despues los dos esposos habian hecho las paces, dignándose la muger perdonar al marido las injuriosas sospechas que este llegó á concebir, aunque con la condicion de que él habia de disimularla el haber vendido una trenza que las mas celebradas deidades de la poblacion miraban con envidia. Para mejor ratificar el tratado se pusieron juntos á hacer por la vida en la humilde habitacion que les servia á la vez de sala, cocina y dormitorio; es decir, que mientras el enfermo tomaba su caldo ella se puso á comer el pollo, cuando se presentó á la puerta un anciano mendigo reflejando en su fisonomia todos los sufrimientos de la miseria.

—Dios le socorra, hermano, dijo el enfermo.

Y el pobre octogenario se retiró lleno de paciente conformidad. Pero á este sucedió un hombre muy lacrado, que á todo el mundo inspiraba compasion viéndole á la vez cojo, manco y ciego, á pesar de lo cual el artesano le despidió con esta frase lacónica:

—Perdone hermano, que tambien somos pobres.

Y el desdichado se retiró con tanta mansedumbre como el anterior. Pero parecia que todos los pobres se habian dado el santo y seña para acudir en la misma hora, pues llegó un tercero pidiendo limosna, y aunque este no era viejo ni estaba lisiado, insistió en su demanda repetidas veces, refiriendo con voz plañidera tal sarta de desventuras que ya rayaba en importuno. Tres veces le dijeron que perdonase y otras tantas diò á entender que estaba animado de un espíritu vengativo, puesto que no se hallaba dispuesto á perdonar. Con este motivo, los dos esposos fijaron bien lo atencion en el perdiosero.

—¡Bendito sea Dios, que chaleco tan andrajoso! dijo la muger del artesano.

—Efectivamente, contestó el enfermo, añadiendo: no he

visto mosáico igual en los dias de mi vida, y creo de buena fé que el que lo lleva debe ser el mas desgraciado de los hombres, porque tampoco he visto ningun pobre tan pobre que quisiese abrigarse con semejante chaleco, aunque se muriera de frio.

—Eso prueba, replicó la muger, que por desdichado que uno sea en este mundo, siempre ha de encontrar otros que sean mas desdichados.

—Ea, hermano, pase Vd. adelante, dijo por fin el enfermo en un irresistible impulso de caridad; nosotros nada tenemos de sobra, pero podemos ofrecer de todo corazon lo poco que hay en casa.

El pobre á quien se dirijía la invitacion entró al momento, porque tenia un carácter tan franco para eso que llaman comer de mogollon, que nunca se hacia de rogar, y queriendo por otra parte acreditarse de servicial, ayudó cuanto pudo á la muger del artesano en la provechosa tarea de engullir el pollo. No sabré decir quien se dió mejor maña, si ella para trinchar ó él para comer, aunque me inclino á lo segundo, pues el pedigüeño ahorró completamente á la trinchadora el ímprobo trabajo de mascar, y me parece que no se debe dar patente de brujo al que acierte quien era el pobre que se portó con tan rara galanteria. Pero insensiblemente se viene una reflecsion al magin y es la siguiente: ¿Como estaria el chaleco de Benito cuando con él habia logrado inspirar mas compasion que los otros pobres con su tristísimo aspecto físico, á pesar de faltarle al uno los ojos y sobrarle al otro las canas? Y sin embargo, debajo de aquella tan abigarrada superficie se ocultaba la suma de tres mil duros, lo que prueba que el chaleco de Benito era sin duda el mas pobre y el mas rico de todos los chalecos que hubo en tiempo de Calomarde.

Pero si el episodio del artesano demuestra que habia virtudes en aquel tiempo, tambien es innegable que abundaban los vicios y que no era Benito Calleja el único desalmado de su época, pues estoy por decir que habia casi tantos bandoleros en la monarquía española, como los que infestan hoy el hermoso territorio de la República Mejicana.

En los mismos alrededores de Lorca, precisamente, ha-

cia estragos una cuadrilla de foragidos insaciables, los cuales no se contentaban con robar el dinero sino que hasta la ropa se llevaban, y sin hacer distincion entre lo bueno y lo malo, parecia que estimaban tanto los harapos de los mendigos como el raso y terciopelo de las personas opulentas. Un dia sucedió que los tales ladrones bramaban como toros á la entrada de un bosque, donde habian permanecido mas de seis horas, sin que, á pesar de su horror á la holganza, pudiesen dedicarse á su ocupacion favorita por no haberles caido nada que hacer. Avergonzados estaban de su inaccion, y ya iban á retirarse aburridos de un tan estéril terreno, cuando se les apareció un hombre á quien dieron la voz de alto, acercándose á él con objeto de quitarle cuanto llevaba encima; pero en el momento de ir á ejecutar el gefe de la cuadrilla su bárbaro designio, retrocedió espantado, como si hubiera visto un fantasma, diciendo:

—¡Ave Maria Purísima, que chaleco tan infame!

Y á esta esclamacion del capitan, siguieron otras muchas de los subalternos poco ménos que amedrentados por la vista de aquel chaleco, que de malo rayaba en malévolo, y que tan acertadamente habia calificado el capitan aplicándole el epíteto de infame. Uno decia que Benito, segun sus trazas, no debia tener muy buenas prendas, pero que por malas que estas fuesen, la peor de todas seria mejor que su chaleco, y otro añadió que se admiraba de que un hombre se pudiese abrigar con tan odiosa prenda, sin enfermar del hígado, conviniendo por fin todos en dejar libre al caminante, porque el solo aspecto de su chaleco era capaz de enternecer á las piedras, y que, así como así, nadie debia ponerse en contacto con aquel hombre, y ménos aun con aquel chaleco, so pena de esponerse á contraer la enfermedad de la miseria por el contajio. ¡Ay! ¡si hubieran sabido ellos que aquel chaleco remendado valia mas que cuatro casacas bordadas de oro!

Pero el hecho es que no lo sabian, y que Benito pudo continuar su peregrinacion, tomando cada vez mas cariño á su chaleco, pues no solo era ya el ajente motor de su ecsistencia, el receptáculo de sus ilusiones y el iman de sus pensamientos, sino que, como lo habia demostrado la esperiencia, podia ser-

virles de reclamo para los pollos y de salvo-conducto para los ladrones.

La vida de pordiosero no era, sin embargo, para hacer lo que llamaban entonces buenos negocios, y ahora negocios *en grande escala.* Verdad es que en el dia reina una epidemia de petulancia tan horrorosa, que parece anunciar el fin del mundo. Hace un mal poeta una mala comedia, en que el personaje mas plebeyo es un baron con *b*, y por esta sola circunstancia la dá á luz con el nombre pomposo de *alta comedia.* Escribe cualquier pedante, que carece de ciencia y de entendimiento, un libro de aspiraciones filosóficas, pero tan vulgar en su concepcion y tan nauseabundo en su estilo, que no debe preguntarse quien es capaz de hacerlo mejor, sino quien tendrá valor para hacerlo tan malo, y sin embargo, el autor lo anuncia como tratado de *alta filosofia.* Todo anda por las nubes. Hasta el comercio, que anteriormente hacia las especulaciones mas soberbias con las apariencias mas humildes, paga hoy tributo á la enfermedad reinante. Dos años apenas se han cumplido, desde que la Habana fué teatro de uno de esos melodramas económicos, en que abundan las peripecias grotescas al principio, para hacer reir á los tontos, y se terminan poco menos que á farolazos, arrancando lágrimas á los mismos actores que tanto se reian al empezar. Creáronse como por encanto centenares de sociedades anónimas, de las cuales el noventa y nueve por ciento carecian de sentido comun, y no obstante, todas pretendian salir de la esfera vulgar de las especulaciones, anunciando grandes empresas *en grande escala.* Unos querian poner establecimientos tipográficos *en grande escala*, otros construir edificios *en grande escala*, estos organizar casas de salud *en grande escala*, los demás criar cuervos para que les sacasen los ojos *en grande escala*, y de todas estas sociedades, la que en mi concepto esplicaba menos embozadamente sus intenciones, era una que se proponia *pescar en grande escala*; porque ya lo dice el refran, á rio revuelto ganancia de pescadores. Con todo, muchos que la echaban de pescadores cayeron á su vez en el anzuelo, viniendo á parar en pescados, y en prueba de ello aqui estaba quien lo vió. En fin, hubo una de dichas socieda-

des anónimas que se titulaba: "La conservadora de los huevos," cosa que dió mucho en que pensar á las gallinas, y esta sociedad no hizo fortuna por lo mismo que se presentó con un tono de humildad impropio de su fecundo pensamiento; pero si no hubiera venido tan pronto la crísis monetaria, es seguro que no habria faltado la competencia de alguna compañia que, ademas de conservar los huevos, se propusiera conservarlos *en grande escala.*

Despues de lo dicho, nadie estrañará que todo orador comience sus discursos con preámbulos retumbantes y altisonoros, diciendo que se proponen examinar las cuestiones desde un punto de vista *mas alto* que los gigantes, sin considerar que cuanto mas alto ponga un orador el punto de vista, necesariamente ha de ver la cuestion mas baja, y tampoco nos asombraremos de que tan grandilocuentes preámbulos sean por lo comun otros tantos preludios de majaderias en *grande escala.* Para evitarlo, apartemos la vista de toda elevada region y veamos en que acabaron los proyectos económicos de Segundo Calleja.

Este adepto, *en grande escala,* del positivismo en idem, que va cundiendo en razon directa de lo que algunos llaman por antífrasis civilizacion, reflexionó que, así como hay en el mundo bandoleros anatematizados, tambien los hay protejidos, y que es una solemne tonteria el esponer la vida en los caminos cuando se puede robar á mansalva, y hasta con honra, dentro de las poblaciones. Absorto en la contemplacion, ó mas bien, buscando el modo de perfeccionar este descubrimiento, atravesó toda la Andalucia, Estremadura y parte de Castilla la Vieja, yendo casualmente á despejar la incógnita á la villa de Madrigal, tan célebre, entre otras cosas, por aquel pastelero que ahorcaron en tiempo de Felipe Segundo, confundiéndole, segun malos informes, con el rey lusitano D. Sebastian; rey que murió en la batalla de Tanger, á ser cierto lo que dicen mis paisanos, aunque los portugueses aseguran que mal pudo morir entónces, puesto que no ha muerto todavia, y parodiando á Madama Franklin, que tantas espediciones ha enviado al polo en busca de su marido, son muy capaces de mandar

una division hasta Fez, embarcándola en la fragata mercante que ascendieron hace cuarenta años á buque de guerra con el enfático nombre de *Terror de os mares*. Al cabo y al fin, dicen que esas espediciones siempre dan algun fruto, y en efecto, si los portugueses se deciden á recorrer las costas de Berberia en busca de D. Sebastian, no diré que dén mucho fruto, pero si creo que pueden recojerlo cargando de dátiles su terrorífica embarcacion.

Volvamos á la historia que pasó así como suena, y suena tanto como el órgano de Móstoles. Oyó Benito á unos labradores quejarse del precio escesivamente barato que la cebada tenia en aquel tiempo, que era el de la recoleccion, siendo así que dicho precio se cuadruplicaba pocos meses mas tarde, segun se habia observado desde tiempo inmemorial, y preguntó si este fenómeno consistia en que el número de los burros aumentase con las nieves. Contestáronle, diciendo que sobre poco mas ó ménos tantos habia en invierno como en verano, y que la cebada no tenia mayor ó menor estimacion por la disminucion ó aumento de los consumidores, sino porque habia bandoleros domésticos, que almacenaban grandes cantidades en Julio para hacer la forzosa á los compradores en los mercados de los meses frios. Si hay cosa que tenga poca ó ninguna semejanza con una escopeta es la cebada; pero no obstante, Benito, á quien halagaba la profesion de bandolero doméstico, dijo para sí: "aquí te quiero ver escopeta," y en las primeras semanas compró toda la cebada que se presentó en los mercados de Arévalo y Medina del Campo.

Lo singular era que casi todos los vendedores á quienes se dirigia le volvian al principio la espalda, creyendo que un hombre que llevaba encima tan miserable chaleco, no podria comprar una sola fanega de cebada y que, cuando mas, seria digno de comerla; pero al fin oyeron sus proposiciones y no quedaban poco sorprendidos al saber que, precisamente de aquel chaleco que habia inspirado tan universal desconfianza, salia el dinero para las compras que hizo en todos los graneros de aquella fertilísima tierra. El cálculo no falló: á los tres ó cuatro meses toda la semilla que se habia comprado á tres rea-

les vellon, se vendió á catorce y quince reales, con lo cual, deducidos los gastos de acarreo, paneraje y demás resultó cuadruplicado el capital, y Benito por no perder una costumbre que solo hubiera merecido la aprobacion de Judas, convirtió el solar de su casa en sepulcro de sus utilidades.

En el año siguiente hizo el mismo negocio, pero *en mas grande escala* y con idénticos resultados, de manera que en poco tiempo levantó una fortuna destituida de razon, es decir, de las mas locas, y asi podrá inferirlo el que tenga algun conocimiento de las progresiones geométricas, las cuales nos demuestran, con esa lógica peculiar de las matemáticas, que en cuatro años de tráfico pudo el capital de Benito elevarse de tres mil á mas de cuatrocientos mil pesos. Con la mitad me contentaba yo.

Los madrigaleños no sospecharon al pronto el desproporcionado lucro de semejante comercio, pero si observaban que el dinero iba faltando de la circulacion á temporadas, lo cual era tanto mas sensible, cuanto que desde que les cupo la suerte de tener alli tan honrado vecino como Benito Calleja, se hizo sentir una espantosa escasez de setas, criadillas de tierra, madroños y otros productos naturales con que suelen alimentarse los pobres. Estos no sabian á que atribuirlo, pero nosotros podemos esplicar el caso, teniendo presente que andaba por aquella comarca la urraca del dinero y el angel esterminador de los frutos silvestres.

Con todo, hácia el sétimo ú octavo año el comercio de la cebada comenzó á andar de capa caida, no porque disminuyesen los asnos, que estos ni crecen ni merman, pues, sobre poco mas ó menos, tantos hay ahora como en tiempo de Neron, sino porque aumentaron los curtidores de pieles humanas, haciendo eso que los economistas llaman concurrencia. Con este motivo el grano referido se metió á termómetro, dando en la costumbre de sùbir en verano y bajar en invierno, por cuya razon Benito se vió precisado á seguir otro rumbo en esa terrestre pirateria que, no contenta con vivir esplotando el sudor del prójimo, se dedica mas especialmente á beneficiar el sudor del pobre.

Al principio no sabia que hacer, porque, fuera de lo que tiene relacion con la agricultura, es difícil elejir una ocupacion en Madrigal. Tentado estuvo por meterse á dar gato por liebre, poniendo una pastelería *en grande escala*, y ojalá lo hubiera realizado, á ver si moria tambien en alto puesto como el célebre pastelero Gabriel de Espinosa; pero no lo creo, porque, aunque los portugueses estén tan obcecados como se supone, jamás hubieran imaginado que su rey D. Sebastian pudiera guarecerse bajo el calamitoso chaleco de Benito.

En fin, á fuerza de meditarlo bien, el avaro se dedicó á la esplotacion del trigo y del ganado lanar, objetos que para los logreros de aquella tierra brindan repetidas ocasiones de hacer con los pobres lo que hicieron los agentes de Vespasiano con san Bartolomé. Por lo que hace al ganado, sus contratos de arrendamiento eran del barítono siguiente, que no siempre se ha de decir del tenor. Compraba piaras de ovejas pagándolas á veinte reales vellon por cabeza, y las arrendaba con la piadosa condicion de que le abonasen anualmente medio duro por cola, debiendo además devolverle cada trienio las mismas ovejas con la misma edad que tenian al verificarse el contrato. Esto parecerá un absurdo, porque se ha observado que las ovejas cuando tienen cinco años son mas viejas que cuando solo tenian dos, sin que puedan disimularlo, por no haber todavía entrado en la moda de pintarse las cejas y darse colorete, como mas de cuatro señoras que, á fuerza de cosméticos y postizos, parecen sobrinas de sus nietas.

Por estravagantes que parezcan las condiciones de dichos contratos, no dejan de ser reales y efectivas; pero siempre será prudente dar alguna esplicacion del modo con que tales cosas se entienden en Castilla la Vieja, para que los cubanos no lo achaquen á mala fé del historiador. Efectivamente, se hacen frecuentes tratos para el arrendamiento del ganado lanar en las provincias de Castilla, obligándose las víctimas ó arrendatarios á pagar anualmente á los bandoleros domésticos ó arrendadores una peseta por cabeza y devolver en el término de cuatro años, no las mismas ovejas, sino el mismo número de ellas con la misma edad que tenian al verificarse el

contrato. A este acto de vandalismo se le da por allí el nombre de especulacion, y Benito, exagerando á favor de las circunstancias el abuso existente, no solo aumentó el precio de alquiler por cabeza, disminuyendo el tiempo de la devolucion, sino que anduvo media España buscando fenómenos, para entregar todas las ovejas de dos ó tres cabezas que pudo encontrar, con arreglo á las condiciones estipuladas.

En cuanto al trigo, nunca Benito se tomó la pena de cultivarlo, porque sabia que los labradores son los que menos partido sacan de la siembra, como los poetas son los que menos dinero ganan con sus obras; pero compraba en Agosto cuanto se presentaba en los mercados, seguro de duplicar en cuatro ó cinco meses el capital invertido. Con un poquito menos de avaricia, es posible que Benito se hubiera llevado todo el dinero que habia en Madrigal y veinte leguas á la redonda, como puede hacerlo alli todo el que se proponga ganar un cuarenta ó cincuenta por ciento; pero Benito no solo fijó un mezquino máximum para la compra, sino un exhorbitante mínimum para la venta, y de esto resultó que le era imposible despachar todo el trigo que tenia empanerado. En el primer año de este comercio se quedó con un sobrante de dos ó tres mil fanegas que al siguiente tuvo que tirar comidas del gorgojo, porque ni los cerdos querian aquel corrompido fruto; pero no por eso escarmentó, pues la fábula de los huevos de oro no encierra ninguna leccion moral para los avaros. Estos prefieren perderlo todo á obtener una ganancia racional, y preciso es convenir en que muchas veces se salen con la suya. Al tercer año tampoco se pudo vender el trigo que Benito tenia almacenado, y perdiendo la esperanza de salir de ello se lo dió á los labradores pobres á cambio del mismo género, con la condicion, muy frecuente por allí, de que por cada fanega que entregase le habian de devolver dos fanegas y media, ó lo que es lo mismo un ciento cincuenta por ciento; contrato régio en verdad, pero que solo pudiera concebirlo el rey de los animales, por lo leonino. De esta manera, y por haberse mantenido el precio máximo entre los treinta y nueve y treinta y nueve y medio, sin llegar á los cuarenta reales, que era el

que pretendia Benito, llegó éste á verse hácia el décimo tercio año de su residencia en Madrigal con muchas paneras atestadas, pudiendo calcularse las existencias en mas de cien mil fanegas de trigo.

Verdad es que podia Benito dar salida á su género apelando al espresado sistema de préstamos, capaz de satisfacer á las mismas fieras del Jardin de Plantas, y eso que anda por allí un oso blanco del Polo que podria tenérselas tiesas con todos los leones del Africa; pero á Benito le sucedía con el grano lo que á los fumadores de puro con los cigarros de papel, que no les encuentran el gusto, y como lo que él deseaba recibir no era grano sino metálico, se decidió á conservar almacenado aquel, reuniendo así una panerada capaz de asustar á Esopo con tantas fábulas como inventó. Quejábase, sin embargo, Benito de tener mucho trigo y poco dinero, como si pudiera faltar el dinero al que tiene mucho trigo; pero ya sabemos cual era su flaco, y si algo podemos sentir es no tener las manos donde él tenia su pensamiento. Ni por medio millon de pesos se hubiera él dejado ahorcar. ¿Qué digo? Lo que es Benito Calleja se hubiera dejado ahorcar por una peseta, pero he querido decir que poseia, en contante y sonante, medio millon de duros escondidos donde no pudiera dar con ellos el mismo Judas.

Para satisfaccion de esa clase de vándalos que medran con las públicas desventuras, vino un año de escasez de los mas calamitosos; uno de esos años que debian estar prohibidos, porque ponen á los pueblos y á los gobiernos en el mas terrible conflicto; lo que se llama un año de hambre. Primero hubo grandes heladas á que siguieron grandes sequías, las cuales fueron reemplazadas por grandes langostas, y acabó la fiesta con grandes tempestades. Como no todos mis lectores conocerán estos inconvenientes de la agricultura castellana, diré que las heladas no dejaron brotar de la madre tierra mas que la mitad de lo sembrado, las sequías hicieron que se perdiese la mitad de lo poco que habia nacido, las langostas se comieron la mitad de lo poco que habia quedado, y el granizo peló completamente las espigas del resto. Benito, que tenia él

solo para mantener á una provincia, se empeñó en no vender un grano hasta que valiese á razon de cinco pesos fuertes por fanega; y no era su cálculo de los mas alegres, pues ya en el último mercado habia llegado el trigo inferior ó morcajo á tres y medio, sin haber concluido el mes de Noviembre; de modo que bien podia el superior subir mas que Mr. Gay Lussac, que se elevó con su globo mil piés por encima del monte Chimborazo.

Al mismo tiempo las viruelas habian causado espantosos desastres en el ganado lanar, muriéndose las ovejas como chinches, pero dando la casualidad de que á Benito no se le muriese ninguna, sin embargo de tener diez ó doce piaras que, en cumplimiento de sus compromisos, le habian devuelto los arrendatarios. Permanecian las ovejas en poder del avaro, ya porque nadie quisiese tomarlas en arrendamiento á causa de las viruelas, ya porque él pensase sacar mejor partido de la necesidad pública que de los alquileres. El hecho es que Benito, si no creia tener dinero, empezaba á creer que estaba en vísperas de tenerlo, como que poseia mas de diez mil ovejas en un tiempo en que una gallina valia cuarenta reales vellon, y mas de cien mil fanegas de trigo que estaba seguro de despachar á cinco duros. La estacion de los hielos avanzaba, y con ella los horrores de la escasez. Por todas partes se veian caras hoscas y ojerosas como las de aquellos que han pasado mala noche; por dó quier resonaban los gemidos de las desoladas familias que, al par que las agenas, lamentaban sus propias desventuras; en una palabra, empezaban los pobres á morirse de hambre, las personas acomodadas á pedir limosna, y los ricos á temblar como azogados ante la inminencia de un cataclismo social. El mismo Benito se iba poniendo trasparente como farol de retreta, porque no siendo ya tiempo de frutos silvestres, y viviendo, aunque molusco, á muchas leguas de las ostras, se pasaba los dias enteros á dieta sin estar enfermo, ó ayunando sin haber llegado la cuaresma. Un dia, sobre todo, amaneció con grandes dolores en los brazos y vió que tenia heridos ambos codos, como si le hubieran mordido los ratones, pero pronto se tranquilizó

recordando que aquellas heridas se las habia hecho él mismo tratando de comerse los codos mientras dormia. ¡ Y todo esto por no gastar un celemin de trigo ! Vean ustedes con cuanta razon los labradores le habian juzgado digno de comer cebada.

En estas aflictivas circunstancias se encontró nuestro hombre con algunos conocidos de antaño. El primero fué un jóven estudiante que se le asemejaba en la fisonomía y que además tenia, como él, en la parte posterior de la sesera, un mechon parecido á la torcida de un candil cuando todavía no ha probado el aceite, cosa que picó la curiosidad del avaro, y, acercándose á dicho jóven, le preguntó que de donde era.

—Soy italiano, contestó el estudiante, aunque mis padres dicen que nací en España, en la ciudad de Cartagena.

Benito al oir esto sospechó algo que tenia visos de emocion, pero se aguantó como un cuco y continuó preguntando:

—¿Pues cómo, siendo italiano y tan jóven, anda V. por estas tierras?

—Porque ya que tuve la honra de nacer en este pais, dijo el estudiante, mi madre ha querido que venga á estudiar á Salamanca, bien á pesar de mi padre y de mi abuelo, que me querian dedicar á la carrera de soprano. Y ahora, señor, puesto que es V. tan bondadoso que parece interesarse en mi suerte, voy á decirle cual es mi posicion. Yo tengo letra abierta en Salamanca, pero habiendo hecho una escursion á Valladolid, donde me han ganado todo el dinero que llevaba conmigo, no encuentro quien me fie ni quien me dé una limosna para mi regreso á la célebre universidad. Si V. me favoreciese dándome algun dinero, yo le prometo reintegrárselo antes de ocho dias, y si no puede hacer ésto, déme siquiera un pedazo de pan, pues hace veinticuatro horas que no cómo.

Nuevamente volvió Benito á sospechar que se enternecia, pero no lo hizo en atencion á lo crítico de las circunstancias, y para no caer en el garlito, mostró enfurecerse contra los jóvenes atolondrados que asi derrochaban el dinero, diciendo que les estaba bien empleado cuanto les sucediera, y que no habia tan justo castigo como el hacerles conocer el hambre para que les sirviese de escarmiento. Al acabar este sermon,

única cosa que quiso dar á su hijo en una tan dramática situacion, volvió las espaldas dejando al jóven bajel continuar su rumbo á Salamanca sin pizca de lastre en el estómago.

—¡Necio de mí! se fué diciendo el muchacho; bien debia yo haber adivinado lo que ese hombre podia dar de sí, en cuanto le ví el chaleco.

Y á pesar del hambre que le atormentaba, no pudo en todo el camino apartar de la imaginacion el chaleco de Benito.

Dos dias despues se vió éste detenido en la calle por una muger que tambien pedia limosna. Volvióse á ver si era fea ó bonita, con ánimo de no socorrerla de ningun modo, y ¡oh sorpresa! reconoció á Mercedes, aquella criada erudita y sentimental que muchos años antes salió de Cartajena en busca del niño robado.

—¿Qué haces tú por aquí? la preguntó Benito.

—¡Ah, señor! respondió ella; ¡cuanto me alegro de encontrarle á V.! ¡porque ya tengo algunas noticias que pueden interesarle! Recordará V. con que fin abandoné nuestro pueblo; pues bien, he andado toda la Francia, toda la Italia, toda la Alemania; en una palabra, señor, he corrido mas que Séneca, y todavía no he conseguido mi objeto. Pero algo tengo adelantado, porque al fin he podido averiguar que el niño que robaron no era Jorge Luis, sino Crisantito, el hijo de V., y que el que yo busco ha permanecido hasta la edad de ocho años en los espósitos de Zaragoza, de donde desapareció por un suceso mas estraordinario que la conquista del Perú por Nabucodonosor. Pero ante todo, amo mio, ¿no me daria V. una caridad para que pueda continuar mi relacion? Mire V. que la voz me va faltando de la garganta, y que no parece sino que un buitre me roe las entrañas, como le sucedió al Cebedeo.

El avaro no vaciló en asegurar á Mercedes que no pedia limosna como ella por no hacerla mal tercio. ¿Como seria capaz de socorrerla si habia negado un pedazo de pan á su propio hijo? Poco he dicho todavía. ¿Como podia compadecer á los demás el hombre que, teniendo dos veces trigo, sentia ya impulsos de comerse los codos de hambre?

Mercedes no lo creyó, pero supo despreciarle diciendo que por el hilo se sacaba el ovillo, y que bastaba ver el chaleco de su antiguo amo para conocer que era otro Heliogábalo en lo miserable. Fuerte cosa era que nadie acertase á castigar las faltas de Benito sino murmurando de su chaleco.

Un nuevo y no menos antiguo camarada se presentó por aquellos dias en Madrigal, entrando á servir en casa de Benito; pero este merece que le consagremos todo un capítulo, y á mí nadie me gana en eso de dar al César lo que es del César.

CAPITULO II.

Un mozo que promete mas de lo que cumple.

Para dar algunos apuntes biográficos del personage de que voy á ocuparme, necesito hacer una cosa que no hubiera sospechado, y es andar hácia atrás como los cangrejos; tengo que volver á Zaragoza, como si se me hubiera perdido algo en el Coso; y lo mas raro es que mi regreso á la capital de Aragon ha de tener lugar en tiempos pasados, nada menos que en aquellos dias en que Benito abandonó dicha ciudad no sacando de allí, entre tantas cosas como habia llevado, mas que un fragmento de cabra, que le fué acompañando hasta Cartajena en forma de cecina.

Mis lectores no habrán olvidado cual era la situacion física del niño Jorge Luis cuando se salvó del parricidio, merced á la dichosa circunstancia de no tener padre, pues á no verse repudiado por Benito, es seguro que no le hubiera valido la bula de Meco. Sin embargo, aunque el pobre vivió, hay razones para dudar si llegó muerto ó vivo á la casa de niños espósitos, donde unos le calificaron de esqueleto viviente, otros de cuerpo sin alma, y los mas le miraron como ánima del otro mundo, diciendo que no era materia despojada del espíritu,

sino espíritu despojado de la materia, y que se le debian dirijir las preguntas simbólicas para ver si venia á exijir el cumplimiento de alguna promesa. Hiciéronlo así, pero el niño no contestó, pues era demasiado pequeño, y por claro que le hablasen tenia que quedarse como habia vivido en los últimos dias, es decir, en ayunas. Por fin, llamaron á un médico, que, como mas inteligente, dió fé de que aquel remedo de espíritu era un ser real; pero el dichoso facultativo debia ser de la misma escuela del doctor Jalapa, pues opinó que lo que el niño padecia era un gran empacho. Diríase que el jóven enfermo entendia ya el idioma verbal, segun la mirada que lanzó al médico al oir pronunciar la palabra empacho, equivalente á indigestion; pero el facultativo, mas atento á su sistema que al espresivo lenguaje de los ojos del doliente, concluyó aconsejando una dieta rigurosa que apoyó en el bien sabido proverbio: "mas cura la dieta que la lanceta." Una segunda mirada del niño dió á conocer su precoz inteligencia, pues ya no solo aparentó entender el idioma, sino que al oir un refran tan estemporáneo como lo era entonces el de: "mas cura la dieta que la lanceta," se le vió con ganas de responder: "segun y conforme."

Por fortuna, nunca en tales casos falta un ignorante que corrija con alguna barbaridad los estravíos de la ciencia. Una muger que estaba criando dió de mamar á Jorge Luis, á pesar de la prohibicion del facultativo, y el tocayito de Buffon se desquitó en grande de los pasados ayunos, dejando á la nodriza casi tan enjuta como Benito habia dejado á la cabra. Como la única enfermedad que le aquejaba era el hambre, tan pronto como llenó el estómago se puso bueno, y todavía, despues de verle hecho un rollo de manteca, se empeñaban algunas personas del establecimiento en decir que vivia porque habia resucitado, pues era evidentemente un cadáver, cuando no un ánima del purgatorio, al entrar en aquella casa de beneficencia.

Sin embargo, pronto dió á entender el nene que estaba lleno de vida, fuese por fás ó por néfas, pues salió tan travieso y enredador que traia toda la gente al retortero, seña-

lándose muy particularmente en su aficion á brincar, lo que hizo decir á todos que parecia hijo de una cabra. No se equivocaban en esto, aunque, en honor de la verdad, era tan poca la leche de cabra con que se alimentó mientras estuvo bajo la férula de Benito, que puede decirse que no habia tomado ninguna. Pero, por otra parte, yo he oido decir á los homeópatas que sus dósis infinitesimales hacen mas efecto que las de los alópatas, y si es asi, no estrañaria que aquella inclinacion á saltar y brincar que tuvo el niño durante los primeros años de su vida, fuese el efecto medicinal de la leche de cabra que habia tomado casi en globulillos. Sea como quiera, conste que Jorge Luis tenia el prurito de andar como las cabras, y como á nadie le falta en esta vida una ocasion apropósito para satisfacer sus caprichos, al jóven de que voy hablando le llegó la suya, no solo para saltar como los cabras, sino para volar como las palomas.

Tendria nuestro héroe seis años ó seis y medio, á lo sumo siete, cuando mas ocho, y á todo tirar diez, cuando le entraron bravas ganas de saber lo que pasaba por el mundo. Por la puerta no podia salir, porque estaba muy vigilada; pero si no le era posible irse á la calle por la puerta, nadie le impedía plantarse en el tejado por una bohardilla, y asi lo hizo como hombre que desde niño manifestó mucho genio para las resoluciones atrevidas. Luego que estuvo en el tejado, sintió vivos deseos de reducir todas las goteras á una sola, levantando todas las tejas para recojer los nidos que denunciaba la presencia de tantos pájaros; pero oyó una voz que desde el patio le amenazaba con una buena tunda por haberse subido á tan altas regiones, y sin encomendarse á Dios ni al diablo echó á volar hácia afuera, solo que, como el pobre no tenia álas, no pudo menos de descender al suelo.

Cualquiera otro se hubiera estrellado al caer, pero Jorge Luis llegó á la tierra sin novedad, y continuó, como si tal cosa no hubiera pasado, caminando por aquellas calles que no conocia, si bien el instinto le estaba diciendo que debian conducirle á alguna parte. Asi era en efecto: á poco de andar encontró mucha gente, y era natural que asi sucediera, no

solo porque ya se hallaba en el Coso, que es la Puerta del Sol de Zaragoza, sino porque habia un gran espectáculo en aquel momento, como que un aereonauta estaba inflando su globo para elevarse sobre las nubes.

Al oir Jorge Luis el obgeto de todo aquel aparato, esperimentó tales deseos de hacer un viage por los aires, que se resolvió á pedir permiso al aereonauta para acompañarle; pero éste dijo que su globo no tenia fuerza para levantar media arroba mas de lo que él pesaba, y que no podia recibir ningun acompañante; quedándose por entonces el pobre chico desconsolado, aunque sin renunciar á la empresa cuando el aereonauta tuviese un globo mas grande. Pero ya que no pudiese remontarse tanto como deseaba, se colocó en primera fila para inspeccionar todos los detalles de la operacion. El pobre comprendia bien el objeto que pudiera tener la canasta que empezaban á sujetar en la parte inferior del globo y á la cual se da por lo comun el nombre de barquilla, pero no sabia esplicarse para que serviria un instrumento de hierro que pendia de la canasta, y que no era otra cosa sino el ancla que los aereonautas llevan á prevencion para fondear, como los buques, en cuanto se ven á pocas brazas de la tierra. Tan embebido estaba en la contemplacion de todas aquellas cosas que no vió al gefe del establecimiento de donde acababa de escaparse, que precisamente le iba buscando, y para ello llevaba consigo un látigo, capaz de causar estremecimientos á las mulas de un arriero catalan.

No puede negarse que si el látigo era bueno, los ojos del que lo llevaba eran mejores, puesto que desde el otro estremo del corro divisaron inmediatamente á Jorge Luis en una reunion de mas de seis mil almas. Tambien es cierto que el muchacho usaba un cinturon encarnado, gusto que estaba muy en armonía con sus inclinaciones gimnásticas y que ayudaba poderosamente á llamar la atencion hácia su persona. De todos modos, el hecho es que el director del establecimiento, en lugar de llevar consigo una linterna, como el filósofo cínico, para buscar á un hombre, tomó un buen látigo, como si este instrumento fuese un indicador seguro para poder por su me-

dio encontrar los objetos perdidos, y acto continuo se dirijió hácia el muchacho, á quien se proponia cazar por la espalda cuando estuviese mas distraido. ¡Pobre Jorge Luis! No sabia él la pequeña distancia que hay del Capitolio á la Roca Tarpeya, como decia Mirabeau. No podia sospechar, cuando estaba tan alborozado con el sorprendente espectáculo que se preparaba, la proximidad de un hombre tremendo que, armado de un tremendo látigo, llevaba la feroz intencion de molerle las espaldas. Ya no habia escapatoria: el enemigo estaba encima, y la fuga era de todo punto imposible. La terrible mano del Director se alzó para comenzar la leccion de moral por un buen vapuleo, cuando Jorge Luis, sin saber lo que le pasaba, se sintió arrebatado hácia la region de las nubes por una fuerza mágica que le hizo al pronto sospechar si seria el demonio quien asi le arrancaba de entre la atónita multitud. El grito universal con que manifestó su dolorosa sorpresa la muchedumbre, no fué suficiente para ahogar el que profirió la víctima cuando se desprendió de la tierra por la fuerza ascensional de un locomotor, cuya rapidez no bajaba de una milla por minuto. ¿Que habia ocurrido allí de estraordinario? Poca cosa: que habiendo desatado el aereonauta varias cuerdas de las que sujetaban su aparato, las restantes se rompieron con estrépito; la barquilla se bamboleó al subir buscando el centro de gravedad; el ancla que de ella pendia fué casualmente á engancharse en el cinturon encarnado de Jorge Luis, y ya tienen ustedes á este hijo de una cabra surcando los aires con tanta velocidad como los vencejos. El globo se elevó instantáneamente á una altura prodigiosa, que hizo probar á su único tripulante todos los efectos de la atmósfera enrarecida, mucho mas peligrosos y crueles que los del mareo; despues, una impetuosa corriente de viento, que no llevaba menos de veinte y cinco piés por segundo, le empujó con la misma rapidez hácia la provincia de Navarra, donde, por haberse escapado mucho gas al globo, que afortunadamente tenia descosida una costura, se verificó el descenso con imponente magestad. Tuvo lugar esto á las mismas puertas de Tudela, poniendo en dispersion á un gran séquito fúnebre

21

que volvia de un entierro, y que apeló á la fuga, creyendo el que mas y el que menos ver en el aparecido al difunto á quien acababan de dejar en el camposanto.—El jóven aereonauta, sin embargo de su intrepidez habitual, iba casi desmayado, y cuando salió del atolondramiento que le habia producido tan súbita ascension, estaba anocheciendo; de modo que tuvo algun cerote viéndose solo, sin mas compañía que un globo medio inflado, cubierto él mismo con la sangre que en las altas regiones se le habia escapado por los poros, en un lugar desconocido, y en un camino que conducia inmediatamente al cementerio. Pero pronto se serenó, y desprendiéndose de aquel mamotreto que miraba con inquietud, por mas que hubiese favorecido . . evasion, echó á andar hácia la ciudad, cuyos edificios divisaba confusamente á favor de la ténue luz que derramaba el avanzado crepúsculo vespertino. Luego que se vió en poblado, recobró su buen humor, y hasta bailó de contento pensando en la manera milagrosa con que habia roto con el pasado, aunque no supiera, ni se cuidaba mucho de saberlo, cual seria su porvenir. La alegría de Jorge Luis contrastaba en verdad notablemente con el luto que parecia reinar en la poblacion, pues él mismo se sorprendió de ver que lo primero que habia encontrado al llegar alli era un entierro, y luego que se internó en las calles, en una casa lloraban por haber acabado de espirar una muger, en la otra entraba el viático, en la de mas allá estaba un enfermo recibiendo la estrema-uncion, y asi sucesivamente, como si reinara en la ciudad el cólera-morbo. Cuando el fugitivo pensó en esto, no dejó de esperimentar algun pavor, tanto mas cuanto que, no conociendo á nadie, tuvo que quedarse á dormir al raso y elijió por almohada el umbral de la puerta de la iglesia. Esta fué su fortuna por el momento, pues el sacristan, al ir á dar por la mañana el toque del Ave-María, y encontrándole dormido en el espresado lugar, le llevó á su casa, decidido á protejerle. Daba la casualidad de que el tal sacristan fuese tambien maestro de escuela, y como vió que el jóven desconocido estaba muy adelantado en leer y escribir, le dió el destino de pasante, que Jorge Luis desempeñó algunos dias con

tanta inteligencia como aplicacion. Pero hizo mal el maestro en depositar una confianza ciega en su teniente, porque éste era muy capaz de abusar, cuando viera la suya, de las facultades con que se hallaba revestido. Un dia que el sacristan y los sacristancitos se fueron á paseo, concibió Jorge Luis el bárbaro deseo de sacudir á cada uno de los muchachos tantos azotes como calculaba él haber recibido en su vida; y al uno porque tosia, y al otro porque miraba, y al de mas allá porque guardaba silencio, me les fué sacudiendo á todos tan horrenda cantidad de azotes, que, el que menos, tuvo que hacer cama cerca de un mes, y ninguno quiso volver á una escuela donde tan cruel uso se hacia de las correas. El maestro enfermó de sentimiento, y fué necesario llamar al médico, que era precisamente el doctor Jalapa, y éste, á fuerza de purgantes, le echó en menos de cuatro dias á la sepultura, siguiendo su costumbre de hacer que la muerte fuese el término inevitable de todas las dolencias que él curaba. Viéndose otra vez desamparado Jorge Luis, tomó el tole por el rumbo que mejor le pareció, siéndole todos indiferentes, y al cabo de pocos dias se halló en la ciudad de Burgos, donde entró en clase de criado en la casa de un viejo militar llamado D. Alejo, que gozaba de una muy mediana fortuna y vivia tranquilamente en compañía de su muger, que solo tenia el defecto de desmayarse á menudo, y de una hija tan simple como bella, sin embargo de que pasaba por ser la jóven mas linda de Burgos. En cuanto al veterano, si algun pero tenia era el de hablar mucho de la guerra de la Independencia, refiriendo hazañas fabulosas que acreditaba con numerosas cicatrices.

—Oye, Jorge Luis, le dijo; en mi casa no te matará el trabajo, y cuando digo mi casa, debes entender la casa en que vivo, pues en realidad no es mia, sino de mi amigo D. Segundo Calleja, rico capitalista de Madrid que me honra con su amistad y con su confianza, pues me ha hecho su apoderado para administrarle los bienes que acaba de comprar en esta provincia, dándome alojamiento grátis en esta su casa. Ciertamente que si me abonaran mis atrasos no tendria yo necesidad de administrar bienes agenos; pero, ¡cómo ha de ser! á

esto me ha reducido la suerte, despues de haber compartido con Blake la popularidad en Balmaseda, donde yo solo decidí la victoria y recibí un sablazo que me hizo perder esta uña.

Diciendo esto, mostró efectivamente el dedo pulgar de la mano derecha desuñado, y Jorge Luis se acomodó de buena voluntad á servir á un hombre injustamente postergado; pero le duraron poco las buenas intenciones. Por de pronto, como á la sazon estaban sin criada en casa de D. Alejo, el mismo Jorge Luis tenia que cocinar y, francamente, no dió pruebas de ser una notabilidad en el arte culinario. Acostumbraba el viejo militar todas las mañanas á desayunarse con huevos pasados por agua y mandó al jóven cocinero que se los preparase, con el encargo particular de que no les pusiera muy duros. El pobre muchacho, que jamás habia visto guisar y creia que los huevos debian estar tanto mas blandos cuanto mas cocieran, los mantuvo mas de media hora al fuego para ponerlos blandos; pero con harto sentimiento suyo recibió una queja del veterano, que dijo que estaban como piedras y que tuviese mas cuidado en lo sucesivo. El remedio puesto por Jorge Luis para enmendar la falta, debió ser tan desacertado que al segundo dia se incomodó mucho D. Alejo, diciendo que los dichosos huevos pasados por agua parecian mas bien pasados por una cristalizacion de siglos, pues estaban mas duros que los del desayuno anterior, y aun mas que la cabeza de un francés á quien mató en la accion de las Navas, donde un caballo le dió á él una coz en la barba dejándole una señal indéleble, como así era la verdad, pues hizo ver una cicatriz de media pulgada. En fin, al tercer dia los huevos pasados por agua ya parecian realmente imitaciones de mármol, con cuyo motivo el veterano se enfureció diciendo:

—Escucha Jorge Luis: el primer dia te dije que me gustaban los huevos mas bien blandos que duros, y tú me los serviste mas bien duros que blandos. Esta era ya una infraccion de la ordenanza que merecia algunos palos, pero despues en lugar de corregirte has ido trayéndomelos cada vez mas duros, hasta el punto de que hoy no bastarian los dientes de un tiburon para mascarlos. Hablemos claro: ¿te has propuesto burlarte de mí?

El muchacho, no ménos atónito de la interpelacion que de ver efectivamente los huevos duros como piedras, á pesar de lo mucho que habian cocido, se cuadró en la desesperada actitud del que juega el todo por el todo, y esclamó:

—Pues señor, francamente, ya no sé qué hacer para poner los huevos mas blandos, porque hoy le puedo asegurar á V. que han estado cociendo mas de tres horas.

Don Alejo y su hija estuvieron prócsimos á reventar de risa oyendo una contestacion tan chocante; la muger del veterano no pudo menos de desmayarse por la misma razon, y Jorge Luis, atribuyendo estas cosas á incredulidad de parte de sus amos, juró por la fé de truan que nada ecsageraba, y que en las tres mencionadas horas, ni los huevos habian dejado de cocer, ni él se habia cansado de soplar. Añadió que la causa de tan raro fenómeno debia estar en las gallinas de la casa, que sin duda ponian los huevos minerales, ó en la clase de alimento con que se nutrian, que tal vez las iba convirtiendo en aves de estuco. A medida que hablaba Jorge Luis se redoblaban las carcajadas de los otros, y como D. Alejo refiriese varias anécdotas parecidas de un asistente que tuvo en la guerra de la Independencia y que murió en la retirada de Bilbao, donde él recibió una cuchillada en una cadera, cuya cicatriz hizo ver para que no lo atribuyesen á invencion, el muchacho se resintió en su amor propio viéndose comparado á un asistente de la historia antigua, y formó el proyecto de vengarse. Para esto, sabiendo que su amo hacia malas migas con un vecino, que tambien habia sido militar y con quien D. Alejo estuvo mas de cuatro veces por andar á mogicones disputando sobre la escelencia de sus respectivos méritos y servicios, trató de indisponer sériamente á los dos veteranos. Con tan siniestro fin, salió una noche de casa el muy bribon del muchacho, diciendo que iba á la posada donde esperaba recibir algunas noticias de sus parientes, y lo que hizo fué ocultarse en una rinconada durante algunos minutos haciendo tiempo para que sus amos le creyesen á larga distancia. Despues se quitó los zapatos para no hacer ruido y fué á pegar dos ó tres buenos aldabonazos en casa de su amo, escondiéndose acto contínuo

para que no le atrapasen y para observar el efecto que la chuscada producia. Desde la rinconada pudo ver y oir á Don Alejo que salió en persona á abrir la puerta y que la volvió á cerrar muy enojado diciendo que valiente pillo seria el que habia querido divertirse á su costa. En seguida llamó con otros dos ó tres aldabonazos en casa de D. Silvestre Mandoble, que este era el nombre del vecino de D. Alejo, y obtuvo idéntico resultado.

Volvió á llamar en casa de su amo, que apareció esta vez mas irritado que la primera, jurando romper las muelas al guapo que así turbaba su reposo si lograba pescarle, y repitió el mismo ejercicio con igual éxito en casa de D. Silvestre. A la tercera vez llamó casi simultáneamente en ambas casas, por lo que tanto D. Silvestre como D. Alejo salieron al mismo tiempo, solo que por las ganas que tenian de echar mano al que tanto les importunaba, no se presentaron de golpe en la calle, sino que empezaron ambos á alargar el pescuezo desde la puerta, para ver si de este modo descubrian al gracioso que se complacia en dar aldabonazos. De esta manera, viendo á la luz de la luna D. Alejo asomar cautelosamente las narices de D. Silvestre, y advirtiendo éste el mismo juego en su vecino, se colgaron mútuamente el milagro de los golpecitos, y estuvieron á punto de estallar, pero se contuvieron por el temor de dar un escándalo. Sin embargo, D. Alejo no pudo menos de decir con cierta sorna: ¡Bien, vecino, muy bien! ¿Se divierte V. mucho?

—Eso mismo le iba yo á preguntar á V., contestó con análogo retintin D. Silvestre.—¿Si éh? ¿conque lo mismo me iba V. á preguntar? repuso gangueando con la voz D. Alejo; ya veo que en Vd. no se puede decir aquello de que los años no pasan en valde.—Vaya vecino, dijo D. Silvestre con el mismo tono; si tiene Vd. gana de pelotera se saldrá con la suya. Solo le suplico que elija otras horas, porque ya es tiempo de recojernos los que vamos estando achacosos. Y diciendo esto, cerró la puerta. Despues de tan irónicas esplicaciones, los dos veteranos se retiraron creyendo concluida la broma por aquella noche, si bien estaban decididos á pedirse una satisfaccion al dia siguiente; pero no habian hecho mas que sentarse, cuando los alda-

bones volvieron simultáneamente á resonar en ambas puertas.

La broma es algo pesada, se digeron á sí mismos los campeones.—Y armándose de un buen garrote se fueron deslizando cada cual hácia su puerta, resueltos á salir dando palos á diestro y siniestro tan pronto como la provocacion se repitiera. Pasáronse los dos algun tiempo impacientes, por que el insulto que estaban esperando para empezar la sarracina se dilataba indefinidamente, y la razon de esta tardanza consistia en que, por lo mismo que esta vez no se habia abierto ninguna puerta, temia Jorge Luis verse sorprendido. Hasta pensó en retirarse sin volver á molestar á sus víctimas; pero al fin quiso sacudir dos buenos aldabonazos por la despedida, y dando una carrera propia del hijo de una cabra, los sacudió en efecto, desapareciendo de la escena como por encanto.

¡Aquí fué Troya! D. Alejo y D. Silvestre, armados, como he dicho, de sendas trancas, se lanzaron á la calle furiosos como dos tigres de Bengala, y creyendo cada cual ver en el otro un agresor de aldaboneo, empezaron á zurrarse la badana con tan bárbara porfia, que ambos hubieran quedado en el sitio á no acudir, como al ruido de los palos acudió el vecindario para evitar una catástrofe.

Todavia no se dió por contento el muy canalla de Jorge Luis, que ocho dias despues inventó una nueva trama para despedirse dignamente de la ciudad de Burgos. El caso fué que D. Alejo tenia por amigo á un jóven labrador llamado Matias Crespo que vivia en un pueblecito inmediato á la ciudad, y habiendo Jorge madrugado mucho, se fué á ver á este labrador para decirle que D. Alejo le convidaba á comer aquel dia, no solo á él sino á su muger tambien y á sus hijos, por lo cual no debia poner comida, y que no se movieran del pueblo, pues á la hora conveniente iria D. Alejo á buscarlos á todos en un carruaje que le habian prestado. Con esta mentira, el buen Crespo y su muger y sus hijos, que todavia eran pequeños, quedaron llénos de gozo, pensando en el convite y en el tono que se habian de dar cuando atravesaran en coche las calles de Burgos. Pero para que el enredo fuese cabal, cuando se levantó D. Alejo ya estaba de vuelta Jorge Luis, que le dijo:

—Señor, siento que hoy no haya V. madrugado mas, pues ha estado aquí su buen amigo el tio Matias.—¡Es posible! ¿Y porque no me has llamado? esclamó Don Alejo.—Porque no me lo permitió el labrador, contestó Jorge, pues dijo que no habia necesidad de molestarle á V. tan temprano.—Pero cuando él mismo ha venido á tales horas será porque le ha ocurrido algo, esclamó D. Alejo.—Yo se lo diré á V. todo, continuó Jorge Luis; él ha venido muy temprano para comprar los víveres conque piensa hoy dar en su casa una gran comida á varios amigos, y quiere que tanto V. como la señora y la señorita honren el banquete. Como cuenta desde luego con el sí, pues sabe lo que V. le aprecia, me ha dicho que no ponga hoy comida ninguna, encargándome de suplicar á ustedes que no se muevan de casa, pues á la hora oportuna vendrá él á buscarles con un carro entoldado.

—¡Bravo! esclamó D. Alejo; no pongas comida ni almuerzo, pues quiero honrar de todas veras la mesa de mi amigo.

En seguida mandó el veterano á su muger y á su hija que se pusieran de veinte y cinco alfileres para esperar el carro entoldado del labrador, y en cuanto á Jorge Luis, le dijo que tambien él participaria del carro y del banquete.

Por mi parte, respondió Jorge Luis, preferiria, si V. me lo permite, ir hoy á pasar el dia con unos amigos que por casualidad me han invitado tambien.

Accedió á todo gustoso D. Alejo, y dió al muchacho licencia para marcharse desde luego, en vista de lo cual éste salió prometiendo volver por la noche, aunque, con la intencion de no volver mas que las espaldas, pues se alejó de Burgos resuelto á emprender una larga peregrinacion.

Antes de seguirle la pista, diré que dieron las doce, la una, las dos, las cuatro, las cinco de la tarde y el carro entoldado no parecia, por cuya razon D. Alejo estaba en brasas, su muger casi desmayada de ira y de gazuza, y la hija pateando por no poder lucir su trage ni su hermosura. Lo mismo pasaba en casa del labrador donde todos se habian puesto lo mejor que tenian, y el diablo se los llevaba en coche porque llegara el otro coche en que pensaban darse tono haciendo rabiar á mas de

cuatro envidiosos. Ya cerca de anochecer D. Alejo no pudo mas, ni el labrador tampoco, y decidieron tanto el uno como el otro ir á pedir satisfaccion del engaño. Halláronse en el camino, se trabaron de palabras vituperando recíprocamente su conducta, pasaron de las recriminaciones á los insultos y de estos á una paliza en que los dos campeones quedaron muy mal parados y heridos.

Algun tiempo despues, los combatientes se dieron esplicaciones y reanudaron sus antiguas relaciones, quedando D. Alejo muy corrido de averiguar que habia sido juguete de un chiquillo; pero como éste habia desaparecido, no pudo vengarse el veterano, si bien juró que donde encontrase al traidorzuelo le habia de atravesar con la espada, segun se jactaba de haberlo hecho con un Tambor Mayor del ejército francés en la defensa de Tarifa, donde decia que habia recibido un balazo en una pantorrilla y enseñó la cicatríz para que no le dejaran por embustero.

En cuanto á Jorge Luis, interminable seria la relacion de sus aventuras durante los dos ó tres años mas que anduvo vagando por todas las provincias de España, sin oficio ni beneficio, hasta que la chiripa le quiso conducir á la villa de Madrigal, pocos dias despues de haber pasado por allí su compañero de la infancia, Crisanto, y su primer niñera Mercedes que andaba todavia como una loca buscándole por el mundo.

Benito, á pesar de su materia económica, que en él nada era espíritu, no podia menos de tener algunos criados para el cuidado de sus paneras y de sus piaras, pero todos le duraban poco, porque, aunque buenos cristianos, no gustaban de vivir en perpetua penitencia, y justamente cuando acababa de despedirse uno con las tripas convertidas en máquina neumática, llegó un joven á solicitar colocacion, que allí era lo mismo que ir á probar los efectos del vacio.

—¿Como te llamas? le preguntó Benito.

—Jorge Luis, contestó el aspirante.

Este nombre hizo pensar al avaro en aquel niño que él habia adoptado en otro tiempo y á quien dejó mas muerto que vivo en los espósitos de Zaragoza.—¿De donde eres? volvió á

preguntar.—Lo ignoro, señor, contestó el muchacho; de muy niño me pusieron en la inclusa de Zaragoza, sin mas antecedentes de mi orígen que un papel que me cosieron en la mantilla, diciendo que ya estaba bautizado y que me llamaba Jorge Luis.

Atónito quedó Benito al oir estas palabras que encerraban tantos recuerdos. La edad del muchacho, que tendria ya trece ó catorce años; su cabello negro como sus ojos de azabache, todo era muy á propósito para darle la seguridad de que aquel jóven era su hijo adoptivo, á quien habia mirado con horror cuando era pequeño, porque entónces podia comer y no producir nada, pero al encontrarle de nuevo en Madrigal le recibió como un hallazgo, porque pensó en hacerle trabajar sin darle de comer. El trato no podia ser mas ventajoso para el avaro, pues en atencion á lo crítico de las circunstancias, el mismo muchacho dijo que no pedia ningun salario, es decir, que se allanaba á servir solo por la comida, y como Benito jamás daba de comer á sus criados, calculó que el mozo, aunque procedente de Cartajena, seria para él de Valdivia. Recibióle, pues, con los brazos abiertos y la bolsa cerrada, mandándole desde luego apalear el trigo, no precisamente dándole de palos, como parece á primera vista, sino removiéndolo con la pala de un lado al otro de la panera, con lo cual dicen los inteligentes que crece como el arroz y se preserva del gorgojo. El primer dia Jorge Luis se quedó sin comer, porque Benito dijo que ya era tarde para hacer la compra, el segundo idem porque hubo un nuevo pretesto, al tercero Benito se puso enfermo de la garganta, y con el achaque de su enfermedad quiso que el otro continuase la dieta. Esto ya era insoportable; Jorge Luis pidió como era justo algun alimento, y el avaro le dió por junto una enjundia de gallina que habia tenido toda la noche al pescuezo á guisa de cataplasma para curarse las anginas. Entónces el muchacho se persuadió de que estaba sitiado por hambre, y por aquello de que mas discurre un hambriento que cien abogados, se decidió á emprender la retirada hostilizando en lo posible al enemigo. Cómo se ingenió para hacer tanto en tan poco tiempo yo no sabré decirlo, pero lo que me consta es que en un dia convirtió todas las paneras de Benito en pantanos

segun la gran cantidad de agua que echó en ellas, al mismo tiempo que se proporcionó corderos infestados de viruela y los puso en aquellas piaras que se habian escapado del contagio, despues de lo cual huyó para continuar en aquella vida errante y aventurera que cuadraba tan bien á su carácter y á la cual parecia predestinado desde que vino al mundo.

Benito, cuyas anginas se habian agravado, estrañó mucho la ausencia de Jorge Luis, no acertando ó no queriendo acertar, la razon que habia tenido para abandonar su casa, y lo que mas sentia era no poder salir á la calle por el estado de su salud. Al fin le curó un vecino que entró á verle solo con decirle que la miseria pública iba en aumento, como que el trigo habia ya subido á cinco duros en el último mercado. Al oir tan infausta noticia esperimentó el enfermo una súbita y favorable reaccion que ningun medicamento hubiera podido producir, y al siguiente dia ya estaba tomando disposiciones para vender todo el trigo acumulado en sus paneras. Al mismo tiempo se le presentaron tratantes en ganado que le hacian las mas ventajosas proposiciones para la venta de sus piaras, y con esto subió tan de punto su alborozo que estuvo tentado por hacer una sartenada de migas, sacrificio para él mas costoso que el de Idomeneo, aunque no lo realizó por el precio elevado que á la sazon tenia la manteca. Pero aquel gozo pronto debia caer en un pozo, por que al mismo tiempo que Benito renunciaba generosamente á las migas, entraron los pastores, no á comerlas, aunque dicen que las migas son comida de pastores, sino á decirle al avaro que la peste habia invadido sus piaras. Salió Benito corriendo como un gamo á ver si era verdad, ó por mejor decir, á ver si era mentira lo que decian los pastores y encontró que no le habian engañado. Todas sus ovejas, sin escepcion, estaban agonizando á un tiempo, como si las hubieran dado estricnina, y para suavizar el horror que aquel espectáculo le causara, se fué á visitar sus paneras, en las cuales se habia podrido todo el grano con la humedad. El dolor del desencanto fué tan grande como halagüeñas habian sido las ilusiones del lucro, y no pudiendo Benito resistir tan furioso golpe, cayó redondo á la puerta de una de

sus paneras, siendo preciso que cuatro hombres le llevasen en hombros como si condujeran un cadáver al Cementerio. El médico á quien llamaron recetó inmediatamente un purgante de los mas activos, y con esto ya supondrán ustedes que este señor seria el doctor Jalapa, el cual habiendo sido espulsado de Tudela por un motin popular, se fué á continuar el sistema de las defunciones infalibles á la villa de Madrigal. Recetó, como digo, una purga eficacísima, y se puso luego á examinar el enfermo que no le pareció al pronto de mucho peligro, á pesar de faltarle la respiracion y el pulso, á la vez que no podia ser mas patente la rigidez cadavérica; pero cuando vió que su purgante no producia ningun efecto, declaró solemnemente que Benito habia cesado de ecsistir, pues solo un difunto hubiera dejado de bailar el bolero, despues de meterle en el cuerpo tan enérgica medicina.

CAPITULO III.

Los gatos y los avaros.

Grandemente se habia equivocado el doctor Jalapa suponiendo que Benito estaba ya en el otro mundo. Los avaros en nada se parecen á los gatos tanto como en tener siete vidas. Yo no soy facultativo, y no podré darme la razon de este fenómeno fisiológico; pero el fenómeno existe, y si no puede esplicarse por el apego que todas las moléculas del cuerpo de un avaro tienen á la vida material, búsquese otra teoría, que no faltará, si es absurda, quien la acepte, y si es lógica, quien la combata.

No, Benito no estaba muerto, aunque tuviese las apariencias de tal para el doctor Jalapa, que no era mas que un deshollinador de estómagos y barrendero de intestinos; pero tampoco estaba vivo, puesto que no le era permitido hablar, ni guiñar los ojos, ni hacer sensible la respiracion, ni moverse, ni nada que revelase la existencia de un alma en aquel cuerpo. Verdad es que, á juzgar por esto, hacia ya mucho tiempo que se hubiera debido declarar difunto á Benito, puesto que jamás habia dado una sola demostracion moral de tener alma; pero á la sazon existian las pruebas materiales de una

muerte repentina, con harto sentimiento del doctor, que se lamentaba de no haber tenido alguna participacion en la catástrofe. Lo diré de una vez para no cansar á mis lectores con inútiles circunloquios: el avaro estaba sufriendo un rudo ataque de catalepsis, enfermedad que consiste en la absoluta suspension de las sensaciones y de los movimientos voluntarios, pero en la cual se conservan los sentidos del oido y de la vista; de modo que los que padecen uno de estos accidentes van divertidos á la eternidad con las cosas que oyen y ven durante los preparativos del entierro, y si vuelven en sí antes de que los echen al hoyo, suelen ser sabios, aunque siempre hubieran dado pruebas de tontos, asegurando que para tener un pleno conocimiento de la vida, no hay cosa mejor que morirse interinamente.

Víctima Benito de uno de estos ataques, y no teniendo en Madrigal parientes, entró en su casa la justicia con el objeto de tomar aquellas disposiciones que el caso requeria. Por de pronto se le hizo una mortaja de una capa vieja que tenia, mandándose repartir entre los pobres el resto de los harapos que se hallaron sobre el difunto; y habiendo concurrido los mas necesitados de la comarca, uno se llevó los zapatos, no para ponérselos, sino para ganar la vida enseñándolos como si fueran curiosidades antidiluvianas; otro echó mano de un pantalon, que todavía no se hallaba en tan mal estado que no pudiera servir para remiendos; otro, en fin, tomó la camisa dominguera del finado, que aunque ya no tenia cuello, ni mangas, ni faldones, podia muy bien aprovecharse para hacer con lo que quedaba escelente papel de algodon; pero todos renunciaron al chaleco, que ya no servia ni aun para espantajo de melonar, pues se temia con fundamento que espantase á los mismos melones tanto como á los pájaros.

Habia, sin embargo, varias dificultades para dar sepultura á Benito, y la primera de todas era, naturalmente, la de tenerle todos por judío, pues así lo habia dado á entender por la dureza de entrañas con que trataba de esplotar la pública miseria. La segunda dificultad consistia en que, como no se le encontró ningun dinero y los muebles que le quedaban

valian menos que cualquiera de los sonetos jaculatorios publicados en los periódicos de la isla de Cuba, carecia de lo necesario para pagar el entierro; y la tercera, que nadie queria hacerle la mortaja ni ponérsela, porque las personas mas caritativas pregonaban que al que no hace limosnas en este mundo, se le debe aplicar la pena del Talion, aun en el áspero camino de la eternidad.

Estos inconvenientes se allanaron pronto por la inesperada reaparicion de Mercedes, que, habiendo sabido que Jorge Luis se hallaba sirviendo en casa de Benito, y firme en su propósito de buscarle por toda la tierra, se dirijió nuevamente á la villa de Madrigal, teniendo la mala fortuna de llegar allí cuando ya el criado estaba de cuerpo ausente y el amo de cuerpo presente.

Veamos de que manera tuvo Mercedes noticia del paradero de Jorge, segun los peores datos que hasta la presente se han podido recojer, y esta es una garantía de verosimilitud, porque si los historiadores que se apoyan en datos fidedignos acostumbran á referir tantas mentiras, los que procedemos á la inversa debemos tambien diferenciarnos de aquellos en decir siempre la verdad. El caso es, amados lectores, que atravesando Mercedes á pié la distancia que hay de Madrigal á Salamanca, se encontró en el camino con una señora que iba á tomar los baños de Ledesma, y la asistió con el mayor esmero, aunque desgraciadamente con mal resultado, pues la pobre enferma murió en el pueblo de Villaverde, que seria buen lugar de pesca si tuviera rio, pero no lo tiene, por mas que allí quieran dar este nombre á un arroyo que suele arrastrar algunos botijos de agua cada vez que llueve. Agradecida la buena señora, de todos modos, á la bondad con que la asistió Mercedes, no la olvidó en su testamento, pues la dejó todo el dinero que llevaba para los baños, lo cual no bajaba de quinientos duros, y asi, luego que la pobre muchacha recojió dicha suma, pudo con mas desahogo continuar su indefinida peregrinacion. Casualmente, cuando acababa de llegar á Salamanca, tropezó con un labrador de Madrigal, y preguntándole por Benito, supo que éste tenia á la sazon un

criado jóven, como de trece á catorce años, con los ojos negros como una mora y el pelo tan negro como los ojos, á cuyas señas mortales agregaba el mozo la de llamarse Jorge Luis. No quiso saber mas la buena Mercedes para desandar el camino que acababa de andar, y ya llevo dicho en que pícara ocasion llegó á la villa que los lugareños llaman de las altas torres.

Aunque la pobre muger tenia sobrados motivos de resentimiento, profesaba el sano principio de que la muerte escluye la pena del Talion, que habian proclamado los habitantes de Madrigal, y se decidió á tributar al difunto las atenciones de que no le hubiera juzgado digno si viviese. El celo que la infeliz desplegó con este motivo haria honor al mejor celador de barrio. Ella certificó que Benito era cristiano, aunque tenia ribetes de moro y pespuntes de judío; ella le hizo la mortaja y se la puso encima del chaleco, prenda que en su concepto debia ya desaparecer de la haz de la tierra; ella, en fin, pagó el entierro, y queriendo que en la fúnebre solemnidad no faltase ni aun el aparato de sentimiento real ó fingido que suele acompañarnos á la última morada, buscó lloronas de profesion para que diesen gritos y derramasen lágrimas á jornal.

—¡Pobre amo mio! decia Mercedes conmovida con el triste espectáculo que tenia ante los ojos. Bien desgraciado ha sido en este mundo, pues ha tenido la desdicha de perder á las personas que mas le hubieran podido consolar en sus últimos momentos. Su muger, que nada tenia que envidiar en virtudes á doña Dulcinea del Toboso, fué á parar á una casa de Orates; su hijo, cuya belleza hubiera dejado muy atrás á la del mismo Sócrates, le fué robado á pocos dias de nacer; y asi el infeliz, lejos de sus hermanos, que tambien andan errantes como Escila y Caribdis, ha venido á morirse de repente como Poncio Pilato.

Al acabar Mercedes este sentido discurso, las lloronas soltaron el trapo á los escesos de su compromiso, y despues de refregarse bien los ojos con cebolla, empezaron á gritar:

—¡Pobre señor! ¡quien lo hubiera dicho!

—¡Que dolor! ¡morirse cuando apenas comenzaba á vivir!

—¡Porqué habiamos de perder un hombre tan guapo y tan generoso!

Una de las lloronas, al oir esta blasfemia de la tercera muger, sintió tales deseos de soltar la carcajada, que para disimular la risa finjió una congoja, y lo hizo con tal propiedad que logró alarmar á sus mismas compañeras, sin embargo de ser todas probadas espendedoras de lágrimas y soponcios por mayor y menor. Tan grande fué el sobresalto, que dejaron de llorar para atender solo á la supuesta enferma, la cual, cuanto mas cosas la decian sus compañeras, mas impulsos sentia de reir, y de consiguiente aparentaba tener mayor acceso de síncope, y cuanto mas grave parecia su mal, mas jeremiadas oia de sus amigas, y asi continuaron en progresion ascendente los rasgos característicos de una tan grotesca situacion, hasta que la paciente, no pudiendo ya resistir el dolor que la risa le causaba en los hijares, dijo para calmar á sus compañeras de farsa, en un momento en que Mercedes salió á buscar en la vecindad agua y vinagre para ella:

—¿No es verdad, hermanas mias, que lo hacemos demasiado bien para lo que merecia ese gaznápiro?

Entonces cambiaron los papeles, dando las demás mugeres en reir tanto como habian llorado, y la de la congoja en llorar por lo mucho que habia reido. Seguian, no obstante, vociferando su postiza pesadumbre, pero, como estaban solas, dieron en acompañar su música sentimental con palabras como estas:

—¡Pobrecito señor! ¡qué lástima que haya vivido tanto tiempo!

—¡Ay! ¡que buenos tizonazos estará ya llevando en los infiernos!

—¡Que contentos estarán los demonios! ¡pero mas contentos quedan los pobres con la muerte de este judío!

Benito escuchaba estas lamentaciones sin pestañear, como que no podia mover las pestañas. Demasiado sentia no protestar contra las tremendas acusaciones que fulminaban las lloronas, no porque le importasen un bledo, sino porque di-

cen que el que calla otorga, y con su forzado silencio estaba dando lugar á que le enterrasen vivo. Pero lo que mas le afligia en tal caso era no poderse llevar el dinero á la sepultura, si bien se consolaba con la idea de que nadie lo encontraria, segun la buena maña que se habia dado para esconderlo. Esto prueba que el suplicio que Benito estaba sufriendo no era suficiente para un avaro, aunque fuese quizá sobrado para un parricida; porque el segundo atenuaria su culpabilidad, si viviese, con el remordimiento, mientras el primero preferiria siempre la muerte al propósito de la enmienda.

Convengamos, á pesar de todo, en que la situacion de Benito era por otro estilo mas comprometida que la de Tántalo, y que si al verse amortajado le hubieran podido consultar por cual de los dos estremos optaba, entre perder sus ahorros ó dejarse enterrar vivo, ni un momento hubiera vacilado... en irse á la sepultura. Y el peligro que corria era cada vez mayor, pues gracias á la facilidad con que Mercedes allanó los obstáculos que se presentaban al principio, á las veinticuatro horas de suponérsele muerto le sacaron en andas y volandas para llevarle á multiplicar el pais de los gusanos.

Momento cargante debió ser este para Benito y tambien para los que le tuvieron que llevar en hombros; pero el cadáver viviente se dejó cargar sin apercibirse de lo que sucedia, por hallarse á la sazon sumamente distraido en calcular á cuanto ascenderia su metálico en el caso de haber podido realizar su trigo y sus ovejas.

Con el cántico sagrado de los difuntos que entonaron el cura y el sacristan, comenzó de nuevo el guirigay de las lloronas por cuanto vos, cuyos gritos hubieran podido resucitar á un muerto, y á pesar de todo, nada oyó Benito, que, en su creciente distraccion, se solazaba entonces recordando la firmeza de bolsillo que habia desplegado con todos los hombres, sin escluir á su hermano Segundo ni á su hijo Crisanto.

La comitiva se puso en marcha para el cementerio entre el ruido atronador que producian las campanas y las lloronas, sin que el cataléptico, cada vez mas absorto en sus cuentas y recuerdos económicos, viera ni oyera jota ó bolero de lo que

estaba pasando; pero uno de los enterradores que le llevaban en hombros acertó á decir á sus compañeros que el muerto debia dejar mucho dinero escondido, y que él se prometia encontrarlo aunque estuviese siete estados debajo de la tierra; y esta sola proposicion, enunciada en voz baja, hizo en Benito el efecto que no habian bastado á producir los alaridos de las lloronas ni el clamoreo de las campanas. Reventando estuvo aquel hombre cerca de veinticuatro horas por exhalar un gemido, mover siquiera una falange, no de soldados, sino del dedo meñique, hacer algo, en fin, para desvanecer el error de los que iban á sepultarle de buena fé creyéndole muerto, y sin embargo, todos los esfuerzos de una voluntad aguijoneada por el terror habian sido impotentes para arrancar una ligera contraccion, un síntoma de vida, de su cuerpo petrificado. Pero los débiles acentos de una voz vinosa tuvieron afinidad con aquella materia inerte, por haber ido precisamente á herir la mas sensible de sus fibras, y así fué que en el instante de oir decir al sepulturero que acertaria con el secreto de su tesoro, Benito se estremeció de pies á cabeza, faltándole poco para incorporarse sobre el ataud.

Solo Mercedes, entre los que formaban el fúnebre séquito; notó esta indicacion de vitalidad en el amortajado, y comenzó á gritar:

—¡Está vivo, señores, vivo! ¡Yo le he visto moverse!

A semejantes voces estuvo en poco para que los que llevaban en hombros á Benito no le estrellasen contra el suelo; pero hicieron de tripas corazon para bajarle despacio, mientras algunas personas del acompañamiento corrian que se las llevaba Pateta en todas direcciones. Algunas permanecieron en el sitio, por acreditarse dando una prueba de un valor exento de preocupaciones; pero es seguro que estas mismas personas no habrian encontrado tierra donde pisar, si el cadáver hubiera repetido la convulsion que observó Mercedes.

Buenas ganas tenia el interesado de estremecerse otra vez, aunque fuera dando un escándalo sin ejemplo entre los difuntos de Madrigal, los cuales siempre se han portado con la debida circunspeccion, dejándose enterrar sin divertirse con

bromas tan pesadas como las de Benito; pero una fuerza superior habia nuevamente impreso en sus músculos la inmovilidad del mármol, y por mas que se ajitaba moralmente para lograr su intento, continuaba encerrado en la caja, ostentando la glacial inercia de una mómia. En vista de esto, dejaron todos á Mercedes por embustera; volvieron á cargar en hombros el supuesto cadáver, y prosiguieron su marcha funeral. Los desertores que huyeron á las primeras de cambio, fueron presentándose poco á poco, con tanta vergüenza como miedo habian demostrado, y los rezagados apretaron el paso para ocupar una posicion lateral conveniente, á fin de ver por sus propios ojos si el muerto trataba de jugarles alguna mala partida, decididos en tal caso á tomar las de Villadiego mas listos que Cardona.

Los mismos que llevaban el difunto sobre sus hombros, iban animados de un pensamiento comun, aunque no se habian puesto de acuerdo, que era el de arrojar el féretro con cinco mil de á caballo y encomendar su salvacion á los talones, tan pronto como vieran correr á los demás. Pero nada sucedió en todo el camino, ni á la boca de la sepultura, que inspirase la menor desconfianza, y asi, á pesar de las protestas de Mercedes, fué sepultado Benito, dándose solo crédito á las apariencias esteriores de la muerte, y sobre todo, á la respetable opinion del doctor Jalapa, el cual aseguró que, á tener Benito un soplo de vida, hubiera bailado la tarantela con el activo purgante que le habia suministrado.

Por otra parte, uno de los enterradores tenia un miedo tan cerval, que hasta que vió al muerto bien guardado debajo de la tierra, permaneció con el azadon levantado, resuelto á machacarle los sesos si trataba de insurreccionarse. No habia, ó por mejor decir, no hubo remedio para Benito, que se dejó enterrar sin poder, por mas que hizo, protestar contra uno de los mas grandes abusos que puede cometer la ignorancia de los hombres. Concluida la operacion, todos se retiraron satisfechos de haber llenado su deber honrada y valerosamente, y la misma Mercedes concluyó por convencerse de que la habian engañado sus ojos.—¿En qué estaria yo pensando, se

dijo á sí misma, para haber dado lugar con una vision á estas Vísperas Sicilianas? ¡Oh! no hay duda: está muerto como D. Juan Tenorio; yo le he visto bajar al sepulcro sin mover mano ni pié, y me avergüenzo de haber asustado á la gente con una ligereza indigna del gran Federico.

Para reparar su falta, la pobre muger volvió á la villa, donde hizo muchas limosnas, socorriendo muy apremiantes necesidades; y como no conocia el miedo, se decidió á continuar su peregrinacion, yéndose á dormir á Rubí de Bracamonte, pueblo que dista legua y media de Madrigal; pero no quiso retirarse sin rogar de nuevo por el alma del difunto al pié de la misma sepultura, de donde se infiere que la buena muger, á pesar de sus citas estravagantes, no carecia de ilustracion, puesto que no la inspiraban el menor cuidado los difuntos. Encaminóse, pues, al cementerio á la caida del sol, y rezó infinitos Padrenuestros por el alma de Benito, arrodillada sobre la misma tierra que cubria sus restos, no tan mortales como sus pecados. En medio de sus oraciones, no dejó de cruzar por la imaginacion de aquella muger alguna idea profana, tal como la de sospechar que el avaro debia tener mucho dinero, y el deseo de dar con el escondite. Al concebir estas ideas hubiera ella jurado que temblaba la tierra, segun la especie de trepidacion que sintió debajo de sus rodillas; pero debo decir en obsequio de Mercedes, que su profano pensamiento era eminentemente moral, aun hallándose al concebirlo sobre la tumba de un ser viviente. Digo esto, porque la infeliz se proponia con el dinero de Benito aliviar la miseria pública, cuyos estragos iban en aumento. Alentada por tan santo propósito, anunció el objeto de su oracion postrera de este modo:

—Un Padrenuestro y un Ave-María porque Dios me dé el consuelo de hallar, y repartir entre los pobres, el tesoro del difunto.

Apénas pudo terminar la frase. Ya no era una ilusion de su fantasía oriental; ya no era una dudosa oscilacion de la tierra lo que sacó á Mercedes de su éxtasis, sino fuertes y repetidos golpes, producidos por desesperados sacudimientos, como

puede darlos un ser viviente que prueba los síntomas de la asfixia y pugna por respirar el aire libre. Cualquiera otro hubiera puesto piés en polvorosa, viendo esta reincidencia del muerto; pero ya he dicho que Mercedes no se asustaba de visiones, y así, tomando un azadon, se puso á cavar hasta que descubrió el ataud ya convertido en astillas por los furiosos sacudimientos de Benito.

La gratitud de este hombre para con aquella muger debia no tener límites, porque el servicio era de los mas señalados que se pueden dar y recibir; pero el avaro, léjos de mostrarse agradecido, no pudo ni aun otorgar su perdon á la que habia espresado descaradamente el deseo de repartir su dinero haciendo limosnas.

—Oye, Mercedes, la dijo; quítate cuanto antes de mi vista, sino quieres que te entierre en la misma sepultura de donde me has sacado.

—Pero, señor, contestó ella, ¿está V. loco? Pues qué, ¿tomará V. por un agravio el haberle yo sacado de la tumba? Ya veo, señor, que tiene V. caprichos mas raros que el Cardenal Cisneros.

—Basta de conversacion, continuó Benito; déjame en paz y lárgate pronto, pues de lo contrario, me pondrás en la precision de cometer un atentado.

Y diciendo esto, se incorporó con alguna dificultad, aunque con un aspecto evidentemente hostil, de manera que la pobre Mercedes, viendo que iba de veras, echó á correr para no caer en las garras del implume cuervo. Pero no huyó sin darle su merecido, porque hallándose mas ágil que el nuevo Lázaro, y teniendo la seguridad de no ser alcanzada por él, se propuso molestarle hasta entrar en la villa, espetándole las verdades del barquero.

—Vaya V. con Dios, le dijo, fracmason cosaco, y ojalá se vea tan castigado por su ingratitud como ya lo está por su miseria. Por mi parte, bien empleado me está todo, pero me servirá de leccion para no dispensar en adelante favores á ningun Sardanápalo.

—¡Calla, lengua de serpiente! decia Benito, encaminándo-

se hácia la villa, medio á gatas, medio arrastrándose, por no haber aun sus miembros recobrado la necesaria elasticidad para permitirle andar con desembarazo.

Pero Mercedes no queria callar, y aunque cada vez resonaba su voz desde mas lejos, no dejaban de llegar á los oidos de Benito éste y otros insultos semejantes:

—¡El muy antípoda! despues de tratar á los suyos como un Holofernes, no le faltaba mas que despedirme á mí con cajas destempladas, cuando acabo de hacer por él lo que no hubiera hecho el mismo Robinson.

Algo mas siguió perorando Mercedes, pero su voz se fué desvaneciendo con la distancia, mientras Benito continuaba penosamente su regreso á la villa. Tal era el entumecimiento de sus miembros, que ninguna otra persona, en igualdad de circunstancias, hubiera podido volver á casa sin ayuda de vecino; pero su cuerpo puede decirse que iba buscando el alma, y esto basta para esplicar, no solo la posibilidad de su empresa, sino la proporcion en que aquellos miembros entumecidos iban reconquistando su accion normal á medida que se aprocsimaban al lugar del tesoro escondido, que era su agente vivificador. Tan visible fué este fenómeno, que cuando Benito se encontró en las calles de Madrigal ya pudo andar á pié con tanta firmeza como si no acabara de salir de la sepultura.

Ni un alma se veia en las calles, justamente á causa de lo que habia ocurrido en el entierro. Los unos dieron en decir que el cadáver se movia, los otros que se le habia visto brincar, y aumentándose las visiones que enjendran los espíritus incultos con las sombras de la noche, llegaron á tomar tal magnitud á la hora en que Benito regresaba de la eternidad, que hasta los mozos tenian miedo de rondar á sus respectivas novias. El mismo ex-difunto, viéndose amortajado, atravesó con pavor aquellas calles solitarias como el desierto y oscuras como boca de lobo; pero á fin de disipar el pánico, hizo propósito de no sufrir nuevos ataques de catalepsis que pudiesen poner en peligro su existencia pecuniaria, y continuó andando sin encontrar alma viviente, cosa que hacia encresparle los cabellos, hasta que por fin, al volver la última esquina

para entrar en la calle donde estaba su casa, se vió desagradablemente apostrofado por una muger que, desde el estremo opuesto de la encrucijada, le dijo con toda la feroz energía de sus pulmones:

—¡Sibarita!!!

Este insulto fué la última espresion de venganza, el último grito de resentimiento, como si dijéramos, el agravio mayúsculo que Mercedes quiso hacer á Benito ántes de retirarse de Madrigal, y en efecto; si la injuria no es mas que un dicho contra razon y justicia, y la calumnia una falsa imputacion, segun la Academia, nunca hubo injuria ni calumnia mas manifiestas que la que Mercedes hizo á Benito con solo llamarle sibarita. Por eso pronunció esta palabra con tanta vehemencia, y por eso se retiró despues muy satisfecha de la filípica que habia dado al mas ingrato de los hombres.

En cuanto al avaro, puede decirse que resucitó con oportunidad, pues si se hubiera entretenido un dia mas en examinar las curiosidades del otro mundo, seguramente habria recobrado la vida para morirse de veras, y entónces si que podian los madrigaleños decir de la vida de Benito lo mismo que de aquel de las alpargatas, que el diablo le trajo acá, y en quitarlas y ponerlas, todo el dia se le vá. Ya he dicho que uno de los sepultureros indicó la idea de que el difunto debia tener mucho dinero, y esta idea no cayó en saco roto, pues todos los que lo oyeron entraron en ganas de meterse á recaudadores nocturnos, y tan pronto como el miedo y la oscuridad despejaron las calles de testigos importunos, asi los enterradores como otros que no lo eran, hicieron un esfuerzo para sobreponerse al terror que les dominaba y dirijirse á la casa de Benito. El primero que llegó saltó la tapia del corral y dió principio á la escavacion con tanto fervor artístico como si se propusiera desenterrar en una noche otra Herculano. El segundo, que fué provisto, como el primero, de pala y azadon, sintió que la sangre se le conjelaba en las venas al saltar la tapia y encontrarse con otro hombre, que á su vez se llenó tambien de espanto, de modo que ambos estuvieron por huir despavoridos, haciéndose miedo recíprocamente. Al fin, se

reconocieron, celebraron la ocurrencia y se convinieron en esplotar juntos la mina sin dar parte al lucero del alba; pero no habian empezado á trabajar de comun acuerdo, cuando un tercero apareció sobre la tapia, tan amedrentado como ellos, y este último de seguro hubiera emprendido la fuga, si no hubiese sido porque el terror le hizo esperimentar una especie de desmayo, y en lugar de caer hácia fuera se fué á caer dentro del corral, donde despues de volver en sí entró en el convenio con los otros dos, y de este modo ya eran tres los que pretendian beneficiar el problemático tesoro. Iban, pues, á poner manos á la obra, cuando se presentó el cuarto, y sucesivamente llegaron asi hasta diez ó doce hombres, repitiendo las escenas de cómico pavor que deben imaginarse mis lectores. ¡Lo que puede el interés! En una noche de pánico universal como aquella, hubo en Madrigal diez ó doce personas de bastante corazon para luchar con las preocupaciones, alentadas solo por el deseo de improvisar fortuna, y estas mismas personas no hubieran tal vez tenido valor para acudir á una cita amorosa, que es uno de los motivos mas propios para inspirar el heroismo.

El silencio de toda la poblacion era sepulcral, y particularmente el que reinaba en las inmediaciones de los improvisados mineros, porque los vecinos de Benito se atrincheraron dentro de sus casas, sin atreverse á resollar de miedo, al oir el ruido de las palas y azadones, que atribuyeron á infernales maniobras del difunto. Aprovechándose los desenterradores de esta ventaja, continuaron sus escavaciones por diferentes puntos, urgando la tierra durante mas de una hora sin resultado, y ya empezaban á desanimarse creyendo haberse equivocado completamente, cuando el choque de uno de los azadones sobre la tierra produjo un sonido de los mas armoniosos que habian oido en su vida los ambiciosos trabajadores. Pero en el mismo instante de haber dado en el quid, los diez ó doce hombres se quedaron petrificados, pareciendo mas bien diez ó doce mugeres de Lot convertidas en otras tantas estátuas de sal, y no por el magestuoso incendio de una nueva Sodoma, sino por la siniestra catadura de un hombre amortajado que

vieron aparecer encima de la tapia. Esta figura no era una sombra, no era una ilusion quimérica, no era un espíritu que pudiera desvanecerse como las visiones que crea la imaginacion acalorada en un momento de pusilánime terror, sino el cuerpo real, verdadero, tangible, sólido y macizo de un hombre que venia del otro mundo. Si al menos hubiera éste gritado demandando socorro, quizá el miedo de los otros se habria disminuido, convenciéndose de que se las habian con un ser viviente, aunque algo diabólico por su inesplicable escapatoria del sepulcro; pero Benito, á causa de la misma agitacion que le produjo la presencia de aquellos hombres que atentaban á una cosa, para él mas cara que la vida y mas bella que una ilusion, no pudo articular una voz de alarma, y precisamente su mismo silencio aumentó el pánico de sus enemigos, que acabaron por arrodillarse pidiendo perdon en nombre de sus hijos y de sus esposas. La vision corpórea de la mortaja, conociendo entonces instintivamente el partido que podia sacar de aquellos espíritus supersticiosos con la pantomima, siguió guardando un silencio aterrador, y sin abandonar su inerte cabalgadura, levantó un brazo indicando el punto por donde permitia salir á sus contrarios del berengenal, sin berengenas, en que se habian metido. Los infelices, tiritando como si la temperatura hubiese bajado repentinamente veinte centígrados, ó como si hubieran pasado toda su vida buscando forros para espejos en las minas de Almaden, fueron desfilando con mas miedo que vergüenza, y no era poca la que les causaba el no haberse atrevido á tomar ni aun los azadones y palas que les pertenecian.

Dos horas despues, ya Benito habia trasladado á otra parte la veta de metal acuñado que descubrieran los mineros nocturnos; y en uno de los mercados siguientes, todo el pueblo de Madrigal le vió con asombro aparecer en la plaza, vendiendo diez ó doce palas con otros tantos azadones, que nadie supo ni quiso esplicar de donde le habrian venido.

CAPITULO IV.

No hay enemigo pequeño.

No contento Benito con la venta de las palas y azadones, pretendió que le devolviesen todas aquellas prendas de que le habian despojado cuando le creyeron difunto, y que se repartieron entre los pobres. Hasta en esto ganó el muy bellaco, pues las autoridades locales, no sabiendo como indemnizar al hebreo, hicieron un escote de ropa vieja, dándole el alcalde unos pantalones muy usados, el regidor una camisa bastante veterana tambien, y asi sucesivamente; pero por gastadas que estuvieran las piezas que constituian la indemnizacion, siempre valian mas que las reclamadas por el avaro, y asi, lo repito, éste ganó en el cambio, teniendo además la ventaja de poder decir que, aunque no era miembro del ayuntamiento, llevaba un vestuario enteramente municipal.

Sin embargo, desde que circuló la especie de que Benito tenia un tesoro enterrado, ya no hubo paz ni sosiego para este hombre, que temia con fundamento verse asaltado por la hambrienta multitud, y asi dió en permanecer encerrado, de modo que en mas de quince dias no volvieron á verle la cara. Esto hizo difundir ideas descabelladas, suponiéndose por algunos

que estaba muerto, y que no era él sino su sombra lo que habian visto vender azadones y palas en el mercado. Para mayor desdicha, ocurrió en aquellos dias una mortandad horrorosa, ocasionada en gran parte por la miseria y principalmente por los activos purgantes del doctor Jalapa, que era un verdadero azote de la humanidad; pero, como siempre sucede que el público echa toda la responsabilidad de los males que sufre á la persona ó personas que pierden sus simpatías, la gente de Madrigal dió en achacar á Benito hasta los desaciertos del doctor Jalapa. Hubo primero murmullos y despues corrillos, que vinieron á parar en una verdadera conjuracion. Los ajitadores del tumulto, apelando á las armas de la pasion, decian que la calamidad del hambre y la disentería que causaba tantos estragos, era sin duda un castigo del cielo por haber los cristianos vivido tanto tiempo en buena armonía con el mas pernicioso de los rabinos, y los menos exaltados añadian que si el hambre no era un castigo de la Providencia, no por eso dejaba de ser Benito el causante de aquella calamidad por el punible monopolio que habia ejercido en los últimos años, y sobre todo, por no haber vendido á tiempo la inmensa cantidad de trigo que se perdió en las paneras.

El alcalde, hombre sesudo y de sanas intenciones, trató de aquietar los ánimos diciendo que un solo individuo no podia ser el causante de tantas desventuras, y que, aunque lo fuera, ya estaba bien castigado con las irreparables pérdidas que habia sufrido; pero este prudente discurso del alcalde solo sirvió para irritar mas y mas á los descontentos, pues decian que era una insigne picardía el haber dado lugar á que se muriesen las ovejas y se perdiera el trigo con que se hubiera podido socorrer á toda una provincia, mientras que tanta gente se iba al otro mundo por no encontrar en este una taza de caldo ni un pedazo de pan. Este argumento, apreciado mas bien por el estómago que por el criterio de los oyentes, produjo el efecto que era de temerse, y fué una sublevacion general contra Benito. Mas de trescientos hombres se reunieron armados de hachas, escopetas, asadores y palos, decididos á tomar por asalto la casa del judío, que desde luego fué blo-

queada para que la presa no pudiera escaparse. Una vez ejecutadas todas las operaciones de circunvalacion, los capitanes del motin tuvieron una larga conferencia para convenir, no solo en los medios del ataque, sino en el castigo que debian aplicar á Benito luego que le hubieran hecho prisionero. Por de contado, en lo que todos estuvieron conformes fué en imponerle la pena de muerte; pero como la esperiencia hubiese acreditado que Benito resucitaba, y aun se evadia de la sepultura con pasmosa facilidad, se propusieron los suplicios mas feroces con el objeto de evitar un chasco. Hubo quien indicó la horca, solo por ver la figura que haria un judío colgado de una cuerda, y no faltó quien quisiera descuartizarle para estar seguro de obtener una muerte radical; pero por mas que estrujaron la mollera, no dieron en el medio mas sencillo para lograr un resultado infalible, cual lo hubiera sido el suponerle enfermo y entregárselo al doctor Jalapa con encargo de curarle. Una práctica de muchos años, coronada por el éxito mas desastroso que puede concebir la imaginacion, habia demostrado que cuantos enfermos caian en manos del susodicho doctor iban á la sepultura, sin que uno solo hubiera conseguido escaparse mas que Benito, y eso fué porque no probó mas que una vez las que podríamos llamar purgas fulminantes; pero los amotinados no cayeron en la cuenta, y por eso apelaron á otros suplicios que, aunque mas crueles en la apariencia, podrian no producir tan seguros resultados para la tumba.

Aprobada por unanimidad la idea del que habia propuesto descuartizar al hebreo, con algunas adiciones que la pluma se resiste á consignar, se resolvió atacar simultáneamente por el frente y espalda de la fortaleza, mientras los gañanes ingeniosos, que desempeñaban el papel de ingenieros, abrian minas ó gateras por los costados; y adoptado este plan por los gefes de los diferentes pelotones que componian aquel ejército de energúmenos, se intimó la rendicion al enemigo, dirijiéndole la palabra en alta voz por la chimenea, único punto de la casa que no estuviese cerrado á macho y martillo.

Pero, ¡cosa rara! por mas gritos que dieron los sitiadores, no tanto con el objeto de llenar este requisito de la guerra

cuanto con el de amedrentar al sitiado, nadie les contestó, y este silencio, en lugar de alentar á los asaltantes, les infundió un respeto muy semejante al terror, porque decian que, cuando el avaro manifestaba estar tranquilo á pesar de verse amenazado por toda la poblacion, era señal de que contaba con algun ardid para repeler la fuerza con la fuerza, y aun tal vez con la proteccion de algun genio maléfico, de quien se habria hecho aliado mientras estuvo en la eternidad. Al fin, la exasperacion triunfó de los escrúpulos del miedo, y se dió un ataque vigoroso en todas direcciones. A los pocos instantes de golpear con rejas de labranza y gruesos barrones en las puertas y ventanas, estas cayeron con estrépito, sin embargo de lo cual siguió reinando en el interior de la casa un silencio de los mas alarmantes; de modo que, aunque todos querian entrar en aquella plaza indefensa, ninguno se atrevia á dar el ejemplo por lo que pudiera tronar, hasta que una muger, apostrofando con palabras injuriosas á los pusilánimes, logró abrirse paso, yéndose hácia la habitacion mas cercana, cuya puerta, ligeramente entornada, empujó con arranque varonil. A esta muger impetuosa siguieron otras no menos intrépidas, y como suele suceder que los hombres acostumbren por aquel pais á andar detrás de las mugeres, bien al revés de lo que acontece en otras partes donde las mugeres van por lo comun detrás de los hombres, los madrigaleños, alentados por el heroismo de sus paisanas, se agolparon queriendo penetrar todos á un tiempo en aquel pavoroso recinto. Ningun obstáculo aparente se opuso á esta invasion que comenzó á hacerse sin órden ni concierto, atropellando ya los mas tímidos á los que habian demostrado mas resolucion, cuando un grito desgarrador articulado por una de las mugeres cuyos pasos seguian los hombres, esparció primero la alarma y despues la mas anárquica confusion entre los agresores. Entonces tuvo lugar una escena totalmente distinta de la anterior, y fué que todos se disputaban el derecho de salir los primeros, con cuyo motivo saltaron los unos por encima de los otros, se dieron furiosos empellones, se pisotearon, se magullaron, y comunicándose el pavor de los de dentro á los de fuera, todos echaron á correr deses-

peradamente hácia sus casas, en las cuales se atrincheraron dejando las calles mas solitarias que en aquella noche tremenda que siguió al entierro del rebelde difunto.

¿Cual habia sido la causa de esta vergonzosa dispersion? Ya lo he dicho, el grito de una muger; pero lo que ahora debo añadir es que aquel grito no fué producido por ninguna vision aterradora, ni por ningun alma viviente que se preparase á hacer uso de elementos de guerra deliberadamente acumulados allí para un momento de supremo conflicto, sino por un maldito raton que habia detrás de la puerta entornada, y que al ver la habitacion invadida buscó á toda prisa un lugar apropósito donde ocultarse. Vean ustedes en qué vino á parar un tumulto que habia comenzado bajo tan siniestros y formidables auspicios, en que todo un ejército de hombres y mugeres, instigado por los poderosos móviles de la venganza ó de la codicia, fué puesto en vergonzosa fuga y enteramente disuelto por la presencia de un raton.

Allá, como una hora despues de esta singular ocurrencia, comenzaron los vecinos menos amedrentados á abrir con ciertas precauciones los postigos de sus ventanas, temiendo, el que mas y el que menos, ver cruzar por delante de su casa una legion de demonios; pero no siendo asi, abrieron á poco tiempo, no solo las mismas ventanas, sino tambien las puertas de par en par, y empezaron todos á dirijirse la palabra de una acera á la otra pidiéndose esplicaciones acerca de la causa que tan instantáneamente habia difundido el pánico en la villa de Madrigal. Los unos decian que era por haberse encontrado á Benito de cuerpo presente, cubierto con una mortaja de fuego y haciendo con la cara los visages propios de un alma en pena; los otros suponian que al lado del muerto se hallaban algunos esqueletos y mómias remedando todos sus visages con horrorosa propiedad; muchos aseguraban que en el instante de la invasion se habia abierto la tierra de la estancia en que entraron las mugeres, dejando salir una llamarada fatídica que inundó la atmósfera con un pestilente olor de azufre y aguarrás; en fin, todos á porfía recargaban con los mas negros colores aquel cuadro fantástico de las tentaciones de San

Antonio, que con tanta viveza se suele reflejar en la imaginacion de los espíritus supersticiosos, hasta que al cabo llegó á saberse la verdad del caso, y entonces los amotinados se lanzaron de nuevo á la calle, dispuestos á lavar su afrenta luchando valerosamente con todos los obstáculos que se les pudieran presentar, fuesen reales ó maravedíses. En efecto, la casa del hombre impopular, cuya ruina estaba decretada por la animadversion de la multitud, fué ocupada sin circunloquios ni rodeos, pero la encontraron completamente vacía, pues por mas que buscaron á Benito en todas las habitaciones altas y bajas, asi entre la paja como debajo de las tejas; por mas celo que todos desplegaron para echarle la garra, muerto ó vivo, no pudieron hallarle vivo ni muerto. Parecia haberse desvanecido ante sus adversarios cual otro marqués de Villena, y para ponderar el miedo que esta mágica desaparicion debió producir entre los testigos oculares del suceso, confesaré que á mí mismo se me encrespan los cabellos de solo pensar en él, y mientras lo estoy contando puedo asegurar que no me llega la camisa al cuerpo.

Sin embargo, el terror fué disminuyendo por la misma prisa que sus dueños se dieron á despilfarrarlo, y los prácticos que ya conocian alguno de los puntos donde Benito tenia oculto su tesoro, inauguraron la operacion de las escavaciones para atrapar el rico botin que era el objeto principal de aquella campaña. Todos los brazos útiles que habia entre los invasores dieron principio á la faena con tal ahinco, que en menos de dos horas removieron la tierra de la casa desde la puerta de la calle á la trasera del corral; pero nada encontraron de lo que con tanto empeño buscaban, de donde la multitud colijió que Benito era brujo probado, puesto que resucitaba cuando queria, se escapaba de la sepultura cuando le daba la gana, y al verse acometido por todo un respetable vecindario, no solo se desvanecia él mismo en el aire, sino que podia tambien gasificar los mas sólidos metales.

Hasta cierto punto discurrian con cabeza los que se esplicaban asi, no teniendo mejores datos para hacerlo de otro modo; pero ahora me acuerdo de lo que habia sucedido, y

esto no solo me descarga del terror que me infundia la desaparicion de Benito, sino que tambien me proporciona el gusto de referirlo, á fin de que mis lectores entiendan el busílis. No hay nada mas sencillo. El avaro, para esto de los intereses tenia una naríz descomunal, y desde los primeros dias de su resurreccion adivinó que no tardaria mucho en estallar un movimiento dirigido escluivamente contra su vida y su fortuna, sin que las autoridades, á pesar de sus buenos deseos, pudieran protejerle por faltarles la fuerza material. En tal caso decidió trasplantar su dinero, que comenzó á estraer de la tierra inmediatamente, conduciendolo á carga por medio de algunas caballerias y siempre de noche, á varias casas de comerciantes ricos de Medina, los cuales le dieron letras de cambio para la corte. Cuando ya tenia reducido todo su metálico á papel, guardó éste con el mayor cuidado entre las telas multiformes de su invulnerable chaleco y se puso en camino para Madrid, á donde llegó sin gastar una peseta, pues como de costumbre hizo su viage á pié y apelando á la caridad pública. No dejó de tener algun contratiempo en el tránsito, primero porque, á causa de la misma miseria que él babia contribuido á desarrollar, pasó algunos dias sin hallar quien le diera una limosna, y despues porque á consecuencia del hambre se habian levantado algunas partidas de rateros que le asaltaron diferentes veces quitándole los unos la levita, los otros la corbata, los de mas adelante la camisa, y en fin, los últimos hasta el baston, que era una vara de fresno en forma de cayado; pero todos le dejaron el chaleco por el miserable estado en que sin duda le encontraban, sin embargo de que ocultaba la friolera de cuatrocientos mil duros, pudiendo con toda propiedad aplicársele el adajio aquel que dice: "aunque me ves de lana no soy borrego," y efectivamente, los verdaderos borregos fueron los ladrones que le despreciaron engañados por las apariencias.

Otra de las desventuras que tuvo que deplorar Benito fué que no le quitasen las botas, pues le estaban un poco apretadas, y así cuando llegó al puerto de Guadarrama llevaba mas de catorce callos en cada pié, pero de aquellos templados que nadie consigue estirpar en todo el resto de su vida y que en

los tropezones que uno dá producen el dolor de otras tantas puñaladas. Tan atormentado llegó á verse cuando entró en Madrid que se fué derecho á casa de un pedicuro, decidido á que le cortase hasta los dedos, si era necesario, para descansar del acerbo dolor que esperimentaba; pero no fué preciso tanto para calmarle, pues no hizo Benito mas que preguntar cual seria el precio de la operacion y saber que tendria que pagar cinco duros por cada raiz que le estragesen, para que sus piés perdiesen de todo punto la sensibilidad, como si les hubiese dada el cloroformo.

Tan aliviado quedó el avaro con la insinuacion del pedicuro, que se hubiera atrevido á andar veinte leguas mas, seguro de no probar la mas leve sensacion; pero no tardó en convencerse de lo contrario, pues tan pronto como se vió en la calle y fué á volver una esquina, recibió un pisoton que le hizo ver mas estrellas de las que se descubren con el telescopio. Esta vez sintió no solamente dolores sino vahidos que hubieran dado con él en tierra, sino hubiese tenido la precaucion de agarrarse á la reja de una ventana, y lo que mas le pudrió la la sangre fuè el oir la insolente carcajada del que le habia dado tan horrenda pisada, pues en él reconoció desde luego al pillastre de Jorge Luis que parecia haberle estado esperando espresamente para darle aquella bienvenida, como parecia tambien desde su aparicion en el mundo haber traido la esclusiva mision de atormentar á Benito.

Por fin, el avaro entró en un meson de los mas baratos, y despues que se hubo provisto de la ropa menos cara que encontró en las mas humildes ropavegerias del rastro, volvió á metamorfosear su fortuna, convirtiendo el papel en moneda contante. A medida que recibia el metálico lo fué enterrando en el cerrillo de San Blas, nombre que dan á una cuesta que hay entre la iglesia de Atocha y el Retiro, y solo se reservó cosa de diez mil duros de los cuales la mitad eran para dar principio á una especulacion que llevaba en el magin, y la otra mitad para cambiarlos por billetes del banco y coserlos bien amarraditos entre las telas de su chaleco, sin mas objeto que el de recrearse con la idea de tener constantemente sobre su cuerpo

una suma respetable, aunque tambien con la heróica resolucion de perecer mil veces antes que gastarla. En estas operaciones se hallaba ocupado, cuando la casa donde habia vivido en Madrigal sufria el ataque, asalto y demás consecuencias de una desordenada invasion, de modo que por mucho que los invasores buscaran á Benito y á su tesoro, queda demostrado que no podrian dar fácilmente con ellos, y vean ustedes cuan infundadas eran todas las hablillas de espíritus malignos, sortilejios y otras majaderías á que siempre acuden las personas poco ilustradas para esplicar lo que no alcanzan á comprender.

Así fué Benito redondeando los negocios preliminares de su instalacion en Madrid, y luego que quedó en esta parte tranquilo, estableció en la calle del Lobo una casa de hospedaje bajo el título de: "Posada del Cuervo," y para darle el debido realce, así como tambien la publicidad conveniente, hizo pintar encima del letrero un cuervo en el acto de desplumar dos pollos, cuadro de mucho mérito que le hizo uno de los artistas que gozaban de mas y menos crédito en la coronada villa, pues su reputacion moral era de las mas perdidas al paso que su nombre artístico estaba en gran predicamento.

Cualquiera que hubiese reflexionado un poco, habria temblado ante la idea de hospedarse en casa de Benito, porque si las inclinaciones y carácter de las personas se reflejan, segun se asegura, de un modo daguerreotípico, en los mas ínfimos detalles de sus actos, puede calcularse lo que habria derecho á pensar de un hombre que, entre tantas calles como tiene Madrid, elijió la del Lobo, puso á su establecimiento el nombre de Posada del Cuervo, y por contera, hizo pintar en la muestra uno de los pájaros mas carnívoros desplumando pollos inocentes.

Pero dice el refran que hay gustos que requieren palos, y aunque tal vez esta sentencia se resiente de alguna exageracion, siempre es cierto que los hombres difieren por lo regular en el gusto mas que en la fisonomia. En las bellas letras se observa que unos están por lo grave, otros por lo jocoso, y muchos antes de indicar su preferencia necesitan conocer al autor para juzgar sus obras segun la simpatia ó antipatia que les inspira su

nombre; de modo que hay prosélitos de Homero, entusiastas de Virgilio y partidarios acérrimos de Gil y Zárate, para que se vea la verdad con que se suele decir que en materia de gustos no hay nada escrito. Todas estas reflexiones y otras muchas mas que omito por peligrosas, esplican sobradamente cómo una posada establecida en la calle del Lobo, titulada del Cuervo, y dirigida por un camaleon, se llenó de gente, al paso que otras con mas ventajosas condiciones solian estar probando aquella verdad de que el que espera desespera, y el que viene nunca llega. Lo que es á mí me dan tentaciones de decir que el género humano en esta parte tiene una irresistible tendencia á lo peor, y sino que hablen los hechos. Dígaseme cual es el café trasconejado, lóbrego y mal servido que no haya labrado una docena de fortunas, en cuyo caso yo recordaré los numerosos establecimientos de la mismá clase, pero provistos de esquisitos mármoles y elegantes cojines, adornados con primorosas esculturas y magníficos espejos, y donde por último el esmero del servicio ha correspondido al gusto de la decoracion, ¿para qué? para enseñar á sus dueños geometría, esplicándoles la línea recta, que para ellos fué la distancia mas corta entre su casa y el hospital.

Fuese como quisiera, la Posada de Benito cobró en poco tiempo malísima fama, por ser allí las camas duras como las peñas, y las exacciones mas duras que las camas, y las comidas ni blandas ni duras, porque en este punto el avaro la echaba de severo, diciendo que no queria para los otros lo que no queria para sí mismo, y por consecuencia hubo infinitos curiosos que tuvieron el capricho de probar los inconvenientes de su establecimiento. Es verdad que algunos le duraban poco, pues al primer dia se cansaban del ayuno y del saqueo, pero estos eran los que podian pagar en el acto, que no son por lo regular los que dejan mas utilidades. Los que no tenian dinero, permanecian á su pesar, por lo mismo que carecian de lo necesario para comprar la despedida, y con estos hacia Benito su agosto, porque los que no llevaban alhajas llevaban ropa, y como él no era escrupuloso, tomaba cuanto veia por la vigésima parte de su valor. Así se observó que la inmensa mayoria de

los que entraron con reloj en la Posada del Cuervo salieron sin saber durante algun tiempo en que hora vivian, y muchos que antes la echaban de modelos como figurines de última moda, podian despues servir tambien de modelos, pero era para los escultores que quisieran hacer la efigie de San Sebastian.

De este modo el peculio siguió aumentando, y al cabo de poco tiempo Benito cargó con una buena dósis que fué á dar sepultura en el indicado cerro, para lo cual madrugaba mucho, porque la esperiencia le habia hecho calcular que al amanecer estaba seguro de no ser molestado por testigos tan temibles como importunos. Satisfecho y gozoso de lo bien que llevó á cabo su empresa, no quiso volver á casa sin dar un paseo por la Ronda, y al efecto salió por la puerta de Atocha para entrar por la de Toledo. Así lo hizo con la imaginacion embargada por las mas doradas ilusiones, cuando Jorge Luis, que por casualidad estaba tomando el fresco junto á la Plaza de la Cebada, le vió subir lentamente la empinada calle de Toledo, y desde luego se ocultó en un portal con el diabólico fin de hacer una de las suyas. En efecto, continuaba el avaro su marcha por la mencionada calle con el pensamiento fijo en el cerro de San Blas, cuando vió salir repentinamente á Jorge Luis y apenas tuvo tiempo para conocerle, porque recibió una tan fuerte pisada en el pié izquierdo que le privó por algunos instantes del conocimiento, cayéndose redondo, por no estar sin duda en moda el caerse cuadrado. Pronto volvió en sí dando gritos como un condenado y buscando con ojo escudriñador al insolente jóven que tanto le mortificaba, resuelto á darle una soberana paliza para vengar las dolorosas injurias de sus callos; pero el truan habia huido segun le dijeron hacia San Francisco; y así él, renunciando por entónces al placer de un horroroso desquite, siguió su camino que era casi el diametralmente opuesto al que tomó su adversario. Al principio los dolores no le dejaban andar, y aun parecia que tenia dos ó tres corazones en cada dedo del siniestro pié segun los numerosos latidos que sentia en todos ellos, pero poco á poco se fué calmando, y puede decirse que ya ni se acordaba de tan desagradable ocurrencia cuando ¡zás! al doblar

la esquina de la Concepcion Gerónima recibió en el pié derecho la compensacion que el izquierdo demandaba, y aunque esta vez no cayó redondo ni cuadrado, estuvo mas de un cuarto de hora con el pié levantado como una grulla coja, poniendo el grito mas alto que los planetas.

Jorge Luis, que no era otro el autor de esta segunda broma, echó á correr hácia Puerta Cerrada, sin que Benito pudiera darle alcance por mas que lo intentó, y ahora debo decir que la primer pisada que el jóven travieso dió al avaro cuando este acababa de llegar á Madrid fué casual, pues en todo pensaba entónces el muchacho menos en encontrarse con semejante hombre; pero por lo mismo que vió el estrago que habia producido, se propuso luego repetir la operacion siempre que para ello tuviera oportunidad, y así cuantas veces Benito salia de casa debia resignarse á sufrir media docena de pisadas, unas veces de frente, otras de costado, tan pronto al volver una esquina como al pasar por una puerta, pero con la particularidad de que siempre lograba sorprenderle el enemigo por mas que llegó á no pensar en otra cosa mas que en evitar sus asechanzas.

Pero vamos al caso; Benito siguió andando y maldiciendo la hora en que tuvo el capricho de dar tan largo rodeo para volver á casa, y aun estaba haciendo el propósito de no salir de ella en seis meses, cuando al atravesar por Barrio Nuevo vino un tercer pisoton á interrumpir sus cálculos, como si el perverso de Jorge Luis, que solo siendo hijo de una cabra hubiera podido dar tan rápidamente la vuelta de la manzana, quisiera en aquel dia pagarle el sueldo adelantado de los seis meses que el avaro imajinaba vivir hecho un vagabundo. Esta vez, á pesar del acerbo dolor, que casi le produjo un vértigo, Benito echó á correr como un loco furioso en persecucion del bribonzuelo que de tal modo le martirizaba, y tanto corria, impulsado por el rabioso deseo de la venganza, que ántes de llegar á la calle de Atocha consiguió darle alcance; pero justamente cuando ya le iba á echar encima sus garras de gavilan, el pícaro del muchacho hizo un hábil cuarteo para tomar distinta direccion, y en aquel imprevisto sesgo logró sacudir tan tremendo taconazo sobre el pié que Benito conservaba ménos dolorido, que por mas

de veinte minutos le dejó patitieso, sin pulso, sin aliento, casi tan exánime como cuando le enterraron en Madrigal creyéndole difunto.

Entónces sucedió una cosa que es muy frecuente en Madrid, donde se dice que la libertad civil es tan grande que puede uno salir de cualquier modo á la calle sin que haya quien repare en si va bien ó mal. Esto es falso. Allí el que anda sin reloj se vé desde luego acometido por veinte individuos que se lo quieran vender tanto mas barato cuanto que probablemente á los tales traficantes no les ha costado nada el adquirirlo; si uno lleva el cabello largo y desgreñado, hay otros veinte peluqueros nómades que ofrecen cortárselo en un santi-amen, y el que lleva las botas deslustradas se vé asediado por otros veinte sirvientes oficiosos, que armados de barniz y brocha le brindan con el mas brillante charol del mundo y sus arrabales. Asi, cada vez que Benito recibia en los pies uno de aquellos buenos estrujones que le dejaban inválido por media hora, estaba seguro de ver llegar algun cochero que pusiese á su disposicion un buen carruage de alquiler, y en el último lance que llevo referido, como tuvo lugar en uno de los puntos mas transitados de la corte, lo menos diez cocheros tuvieron la delicadeza de ofrecerle sus correspondientes vehículos.

A la verdad, nunca como entónces debiera Benito haber aceptado la invitacion, no solo porque ya Jorge Luis le habia puesto en el apuro de no poder absolutamente dar un paso, sino porque yendo en carruage podia estar cierto de no tener en el resto del camino contratiempos análogos á los que iba esperimentando desde la Plaza de la Cebada, y se puede apostar doble contra sencillo á que el hombre habria dado cualquier cosa, menos dinero, por ir en coche hasta su casa; pero la carrera le costaba una peseta y optó naturalmente por continuar su penosa marcha paso á paso, aunque corriera el peligro de perder la cabeza cuanto ni mas los piés, si bien tomó algunas precauciones para evitar nuevas emboscadas.

—Ese maldito muchacho decia para sí Benito, es algo mas que una pesadilla; es un verdadero monstruo de crueldad que empezó á darme guerra desde que vino al mundo, y que por lo visto me ha de perseguir hasta el infierno.

Efectivamente , cuando el muchacho era recien nacido y se apareció á la puerta del avaro en Cartagena, ocasionó á éste un disgusto que pensó no tener otro igual en los dias de su vida; pero al encontrárselo luego en Madrigal se convenció Benito de que podia el nene darle mas grandes sinsabores de los que hubiera imaginado, y al hallarle despues en Madrid pudo calcular que lo pasado no era nada en comparacion de lo que habia de venir, segun todas las apariencias. Pensando en estas cosas, el avaro no podia menos de afligirse, y motivos tenia para ello, pero llevó en mi concepto un poco léjos su candidez cuando dijo:

—¿Que le he hecho yo á ese perro para que me persiga con tan bárbara tenacidad? ¿No le adopté por hijo cuando lo vi huérfano? ¿No le inmolé una hermosa cabra que se murió por lo mucho que tuve que estrujarla para darle el preciso sustento en la niñez? ¿Pues porque me ha de pagar tan ingratamente los beneficios de verdadero padre que le he dispensado?

En primer lugar, bueno es tener presente que Jorge Luis, ignorando de todo punto su procedencia, no sabia que Benito fuese su padre adoptivo, ni las otras bondades que éste le echaba en cara mentalmente; pero es de presumir que si lo hubiera sabido, lejos de disminuir la saña con que dió en molestar al avaro, habria esta sin duda tomado mas grandes proporciones. Lo que es los ayunos prolongados que el pobre pasó en Zaragoza no los hubiera perdonado en la hora de la muerte. Pero sobre todo, lo que mas le hubiera irritado era lo de suponer que la cabra se habia desgraciado en fuerza de la leche que él consumia, cuando tal vez no pasaba de medio cuartillo lo que le dieron en mas de tres semanas.

Lo repito, Jorge ignoraba estos pormenores de su propia biografía, pero no necesitaba él de estímulos justificables para hacer maldades, porque como veremos en el curso de esta historia, fuese por falta de la educacion ó por su naturaleza, tenia pésimas inclinaciones, y por lo que hace á la tirria que tomó á Benito, se habria dicho que obraba instintivamente á fin de vengar las malas pasadas de otro tiempo, si no se supiera que lo hacia por divertirse, lo mismo que lo hubiera hecho con

el Preste Juan. Sin embargo, el recuerdo de la penitencia que hizo en Madrigal le duraba todavía, y entraba por mucho en el tema que concibió de pisar á Benito desde que la casualidad le hizo saber que este sufria horriblemente de los callos. En el dia de que me iba ocupando, estuvo insoportable, pues á pesar de las precauciones con que dió Benito en caminar, haciendo eses y rodeos considerables para no pasar cerca de una puerta ó esquina de donde pudiera venir un golpe imprevisto, en el corto espacio que hay desde la calle de Carretas á la del Lobo sufrió todavía cinco ó seis asaltos con igual ó mas doloroso efecto que los anteriores. Al fin, á fuerza de sustos y trabajos se hallaba el avaro rendido, cuando entró en su calle y le llamó la atencion un hombre que estaba como embelesado mirando la muestra de su posada. Hubiérase dicho que era un apasionado de las artes que se deleitaba en ver la buena ejecucion del cuervo que desplumaba los pollos; pero al acercarse Benito reconoció en el curioso á su hermano Cristóbal, que se hallaba efectivamente estusiasmado en la contemplacion de la pintura, no por su mérito artístico, sino por que se le iban los ojos detrás de todos los animales, fuesen vivos ó pintados.

Abrazáronse ambos hermanos, como era natural; elojió mucho Cristóbal la eleccion de la calle del Lobo para establecer una posada, y sobre todo el título de esta que era el de Posada del Cuervo, como ya lo hemos esplicado, no por la mala significacion de estos nombres, sino porque para él, en tratándose de animales, la misma estimacion daba á un lagarto que á una codorniz. No se limitó Cristóbal á los elojios, sino que quiso tener el placer de descansar un rato en aquella posada, y al efecto los dos hermanos empezaron á subir la escalera con la animacion que debe suponerse; pero al llegar al segundo tramo el diálogo se interrumpió por un grito de desesperacion que exhaló el posadero, á consecuencia de una pisada que le dieron estrujándole el dedo gordo del pié derecho.

—¡Alto al ladron! ¡alto al asesino! empezó Benito á decir viendo al que le habia pisado bajar la escalera en dos brincos como solo hubiera podido darlos un venado.

Hasta dentro de su casa le alcanzó en aquel dia la sañuda

persecucion de Jorge Luis, que al llegar á la puerta de la calle se despidió, diciendo:

—Adios, cuervo, y cuidado contigo, porque tú no eres mas que un pobre pollo para los buitres, y yo conozco uno de estos pájaros que tiene bravas ganas de quitarte la última pluma.

CAPITULO V.

Un sibarita de nuevo cuño.

En mas de una hora despues de recibir la última pisada en la escalera, no dijo Benito esta boca es mia, para hablar se entiende, que lo que es para quejarse, bien abusó de su posicion dando cada grito que no parecia sino que le estaban quitando el pellejo. Por fin, su dolor se fué calmando, y queriendo satisfacer á Cristóbal, que estaba como quien ve visiones preguntando lo que significaba todo aquello que habia pasado, le refirió sus desdichas despues de afirmar en un breve exordio que era el hombre mas desgraciado de la tierra. En esto tenia razon, solo que á nadie debia echar la culpa de sus desventuras mas que á su propio carácter.

—Ya ves, hermano mio, dijo el avaro, poniendo una cara de vinagre que hacia fluctuar el sentimiento de Cristóbal entre la grima y la compasion; ya ves: mi muger está en los Orates, mi hijo...... no me preguntes por él, porque ignoro su destino; mi fortuna, cuantas veces consigo labrarla, otras tantas viene por tierra, como si el adquirirla no me costara increibles sacrificios.

—Lo sé, dijo secamente Cristóbal.

—Pues bien, añadió Benito, la fatalidad me ha hecho además sufrir todas las aflicciones de la agonía y de la muerte; porque, para que lo sepas, he estado enterrado vivo, y lo que es peor, enterrado con una purga de las del doctor Jalapa en el cuerpo, siendo verdaderamente milagroso el haber triunfado del sepulcro y de la purga. ¿Caben mayores amarguras? Pues bien; he pasado por la dura prueba de escuchar pacientemente á un pedicuro que tuvo la insolencia de pedirme cinco pesos fuertes por cada callo que me cortase, de modo que renuncié á la operacion por no pagar la primada.

—Ya lo supongo, dijo Cristóbal con el aire de la mas candorosa persuacion.

—Y ahora, para remachar el clavo, continuó Benito, ese infame muchacho ha dado en la flor de hacerme ver las estrellas aplastándome los callos, á mí que no me meto con nadie y que me estoy en mi establecimiento bregando para ganar algun dinero, que es el único fin que me propongo.

—Lo creo, dijo Cristóbal, cada vez mas convencido de la sinceridad con que hablaba su hermano; pero añadió que, á pesar de todo, él se tenia por mas desgraciado que Benito.

—¿Mas desgraciado que yo? preguntó éste; ¿pues que te sucede para que puedas siquiera poner en parangon tus desventuras con las mias?

—Por de pronto, replicó Cristóbal, yo niego tus desdichas una por una, y digo mas; si las cosas que me has referido son todas tus desgracias, voy á tenerte por el niño mimado de la fortuna. En primer lugar, ignoro si tú y tu muger habeis comido alguna vez buenas migas, pero me consta que las haciais muy malas; de modo que si la pobre perdió el juicio, la desgracia fué para ella esclusivamente, y no para tí que saliste ganando en la jugada. Paso por alto lo de tu hijo, puesto que no quieres que te pregunte por él; pero con respecto á tu fortuna, todo lo veo compensado, porque si has tenido la fatalidad de perderla, esto prueba que tambien tuviste la suerte de adquirirla, y váyase lo uno por lo otro. En cuanto á eso de la purga y de la muerte, digo que eres el hombre mas dichoso de la tierra, puesto que quizá seas el único que ha logrado

evadirse de la tumba y sobrevivir á los horrorosos purgantes del doctor Jalapa. En fin, hermano mio, hasta en lo del pedicuro veo patente tu suerte propicia, pues á ponerte en sus manos te hubiera dejado sin piés, y, lo que es peor, con los mismos callos que antes tenias; y ahí está un problema que solo un pedicuro es capaz de resolver, el de suprimir el continente dejando en su mismo lugar el contenido. No hablo de las pisadas que con tanta frecuencia recibes, porque eso no pasa de ser una muchachada.

—Será muchachada de parte de mi perseguidor, pero eso no impide que yo sea su víctima, dijo Benito.

—¿Que mas dá? continuó Cristóbal; siempre es muchachada, y, por otra parte, creo que hasta puede la broma servirte de leccion de astronomía económica, puesto que tan á menudo te hace ver las estrellas sin necesidad de telescopio. En fin, dejémonos de tonterías y oye la serie de calamidades que me han destrozado el corazon desde que vine á la corte, ó mas bien, desde que salí de Cartajena. Primeramente tuve que pasar la pena íris, porque no era negra sino de todos colores la que yo pasé para procurarme los medios de trasporte, por ser tantos y tan diversos los animales que habia en mi casa, y no encontrar un criado malo ni bueno, que yo le hubiese tomado aunque fuese peor que Judas. Apropósito de Judas: ¿sabes que este perillan está hecho un sibarita en la corte?

—¿Qué dices? preguntó Benito, recordando que tambien él era sibarita, segun el último apóstrofe que Mercedes le dirijió en Madrigal, aunque, en honor de la verdad, él no sabia positivamente lo que queria decir sibarita.

—Lo que oyes, contestó Cristóbal; para que veas lo que es el mundo. ¿Quién habia de sospechar, cuando el tal Judas era mi criado, que llegaria con el tiempo á hacer tan buenos negocios?

—¡Hola! esclamó Benito, asombrado de esta esplicacion, de la cual dedujo que un sibarita era un hombre que hacia buenos negocios, aunque ya no le preocupaba tanto la definicion de esta palabra como la noticia de la prosperidad de Judas.

—Y por de contado, añadió Cristóbal, desde que se hizo

hombre importante se varió hasta el apellido, no llamándose ya Judas Cain y Draque, sino Don Judas Cain y Dracon, que es como salir de Málaga para entrar en Malagon.

Aquí perdió la brújula Benito, no sabiendo ya si Judas era sibarita por hacer buenos negocios ó por haberse cambiado el apellido, aunque siempre se inclinó á lo primero, porque de otro modo él no seria sibarita, como estaba seguro de serlo segun la opinion de Mercedes, puesto que jamás habia renegado de su nombre. Pero lo que mas atormentaba la imaginacion de Benito, era la idea de que Judas hiciese buenos negocios sin haber contado de antemano con recursos para emprender las operaciones de comercio, y asi manifestó á Cristóbal su estrañeza.

—¿Quién sabe? respondió el naturalista práctico; puede que le prestaran los primeros fondos, puede que le tocase la lotería, puede que se encontrase alguna mina; lo cierto es que desde su llegada á Madrid parece que empezó á girar en grande, y hoy pasa por ser uno de los primeros capitalistas de la nacion, y algo mas, pues le han colmado de honores, de suerte que casi no se digna hablar á sus paisanos. Mira tú si hay motivo para llamarle sibarita. Pero dejemos á ese mastuerzo, que ya es hora de referirte mis aventuras.

Y en efecto, Cristóbal hizo una interminable relacion de sus desdichas, consistiendo todas en la muerte de algun pato, de alguna perdiz ó de algun erizo. Sin embargo, en lo que mas se detuvo fué en la pérdida de un grillo que cantaba con mucho primor, y cuyo sexo no se habia podido averiguar, como que hubo para ello una junta de sabios que terminó poco menos que á estocadas, por ser tan tercos todos, que, cuantas veces los unos decian: "Ese es grillo," los otros contestaban: "No por cierto; esa es grilla," sin que fuese posible conciliar los ánimos ni las opiniones. Otra de las grandes desventuras de Cristóbal era la dificultad de fijar su residencia en Madrid, porque queria forzosamente vivir en alguna calle bautizada con nombre zoológico y no siempre se le proporcionaba esta satisfaccion. Primero se fué á vivir á la calle del Leon, donde permaneció dos meses nada mas por haberse derribado la casa

para edificar otra. Entonces se mudó á la calle del Oso, donde se proponia acabar el resto de sus dias; pero el pícaro casero le echó de allí, diciendo que los animales le destrozaban la casa, y así, tan pronto por un motivo como por otro, fué sucesivamente recorriendo las calles del Lobo, del Aguila, del Gato, de Cantarranas y no sé cuantas otras del mismo reino. Sentia mucho no haber podido habitar en la calle del Perro, por no haber ninguna puerta en toda ella; pero ya estaba tranquilo en este punto, porque habia conseguido una casa muy espaciosa en la calle de los Tres Peces.

Esta relacion de frivolidades, hecha por Cristóbal con singular prosopopeya, fué totalmente perdida para Benito, que no podia darla ninguna importancia cuando se hallaba atormentado por una sospecha que le iba produciendo el efecto roedor de una lombriz solitaria. Porque pensaba con fundamento que los buenos negocios en el comercio no se hacen sin una base para empezar; cotejaba las fechas, encontrando una rara coincidencia entre la elevacion de Judas y la pérdida de su tesoro, y sacaba la consecuencia que se desprendia de tales antecedentes. Hizo á su hermano algunas preguntas sobre el asunto, tan bien dirijidas, que el buen Cristóbal, pegándose una fuerte palmada en la frente, como si fuese á matarse un mosquito, esclamó:

—Es verdad, ahora lo veo, no pudo ser otro mas que Judas el que te la jugó de puño, porque durante tu viage á Zaragoza dispuse que se trasladase á tu casa, en la cual permaneció mas de quince dias.

Benito estuvo á punto de desmayarse al hacer este descubrimiento. Se puso pálido como un cadáver, apoyó la frente sobre el respaldo de la silla en que estaba sentado, para pasar en mas cómoda postura el desvanecimiento, y aun así creyó no poder sostenerse. Cristóbal, asustado, salió corriendo á buscar agua para rociar á su hermano, y no encontrándola, cojió lo primero que hubo á las manos, que fué una botella de vino, con la cual no puede decirse que le roció, sino que le dió un baño desde la cabeza á los piés.

—¿Qué has hecho? preguntó Benito sobresaltado, al volver de su congoja.

—Salvarte, contestó Cristóbal, muy satisfecho de su triunfo.

—¡Oh, no! esclamó Benito furioso; me has perdido, desgraciado; ¡me has echado encima una botella de vino!

Segun el avaro ponderaba el desacierto de su hermano, diríase que éste le habia echado encima una botella de aceite vitriolo y no de un líquido tan incapaz de hacer daño como el vino; pero debe inferirse que la importancia que Benito daba al suceso, no era por las malas consecuencias que le pudiera traer el baño, sino por lo caro que le costaba. Cristóbal no lo comprendió al pronto, y así para calmar al doliente se apresuró á decir:

—No te asustes, hombre, si creo que es vino.

La mirada que le arrojó Benito al oir esta esplicacion, le dejó aterrado.

—Sí, contestó el avaro, ya se ve que es vino, pero por lo mismo no debias haberlo arrojado. Eso se hace con agua. ¿Te parece justo ir á desperdiciar de ese modo una botella de vino? ¡Ay, hermano mio! siempre has de ser tú la causa de mi ruina.

—Pero, hombre, dijo Cristóbal con la mayor sangre fria, tengamos la fiesta en paz y no me hables de ese modo, á mí, que soy el que ha tenido por tu causa pérdidas irreparables.

—¿Qué pérdidas has tenido tú jamás que puedan compararse con la que yo sufrí en Cartajena por haberte fiado de Judas? repuso Benito; ¿sabes que con tu descuido punible diste lugar á que me quitasen mas de cincuenta mil duros?

—Me alegro, dijo Cristóbal.

—No te alegres, replicó Benito.

—Es que me alegro sin poderlo remediar, añadió el naturalista; porque asi veo que purgaste lo de la pobre cabra que tuviste la crueldad de convertir en cecina. Te estuvo bien empleado, hermano mio, ya estamos en paz, una vez que la avaricia te costó tan cara. Pasemos á otra cosa.

—¿Cómo hemos de estar en paz? replicó Benito; ¿sabes que se trata de una fortuna de mas de cincuenta mil pesos fuertes?

—¿Y la cabra? dijo con aire de profunda tristeza Cristóbal.

—¡Que cabra ni que demonio! esclamó el avaro dando visibles muestras de impaciencia; ¿sabes tú lo que son cincuenta mil duros?

—Te diré, respondió Cristóbal, cincuenta mil duros en poder de una familia sensata constituyen una fortuna respetable; pero en manos de un avaro que es capaz de morirse por no gastar una peseta no tienen ningun valor. Ahora bien, hermano mio, perdona que te hable con franqueza, ya que te atreves á reprenderme despues de haberte engullido una cabra mia que valia mas que tu fortuna: creo que tú puedes pasar desgraciadamente por uno de los tipos mas refinados de la avaricia, y siendo así has de convenir en que todo lo que te robaron no vale un comino.

—¡Cristóbal! esclamó furioso Benito.

—Cálmate, hermano mio, prosiguió el naturalista; cálmate y escúchame con paciencia que te estoy diciendo la verdad. Y si no, pruébame que miento. Sé capáz de gastar una onza, nada mas que una onza, en una obra de beneficencia, ¿que digo? prueba que tienes bastante valor para gastar esa misma onza en tí mismo, en darte un buen dia por ejemplo, en restablecer tu salud cuando estés malo, en recrear tu imaginacion cuando estés bueno, en convidar á tus amigos para que te proporcionen esos goces de una francachela jovial que te son desconocidos, en fin, en comprar un chaleco mas civilizado que ese que llevas, y entónces pensaré que el oro puede tener alguna estimacion en tus manos; de lo contrario, me atrevo á decir que prefiero ver tus ahorros en poder de Judas, por lo mismo que es un sibarita.

—Es que yo tambien lo soy, dijo Benito.

Cristóbal soltó la carcajada oyendo esta salida de tono de su hermano, que indudablemente ignoraba el sentido de la espresion al aplicársela, por dos razones; la primera, porque el sibarismo es un vicio como otro cualquiera de que no es lícito blasonar, y la segunda, porque este vicio era el diametralmente opuesto al de que Benito adolecia. La risa histérica de Cristóbal hizo tal efecto en su hermano, que le puso perplejo no sabiendo ya si debia ó no dar crédito al epíteto que le aplicó

Mercedes. De buena gana hubiera consultado el diccionario para saber el significado de aquella calificacion que los unos le aplicaban como merecida y los otros le negaban como impropia; pero en la casa de un avaro nunca hay libros, y sobre todo, diccionarios, por cuya razon tuvo el hombre que ponerse en la dura alternativa de pasar por ignorante preguntando la significacion de la palabra ó de permanecer en la cruel incertidumbre de si sería ó no sibarita. De estos dos estremos no prefirió ninguno, sino que, como buen cuco, trató de arrancar á Cristóbal una leccion solapadamente, ó lo que es lo mismo, sin dar su brazo á torcer, para lo cual, dijo:

—¿De que te ries hombre? Pues no parece sino que estás dispuesto á tomar á broma todo lo que yo digo. Vaya, esplícate, dime en que te fundas para burlarte de mí, cuando me creo tan sibarita como el primero, y quizás mas que Judas.

Aquí debo decir que Cristóbal tampoco sabia muy bien lo que le preguntaban. No tenia sino una vaga idea del sibarismo, y aun esta idea desapareció al ver la gravedad con que su hermano insistia en pasar por sibarita. En una palabra, concluyó por persuadirse de que vivia en un error con respecto á lo que solo habia sabido hasta entónces muy confusamente, y para no soltar algun despropósito, ni pasar por necio, se limitó á contestar con evasivas como las siguientes:

—Hombre, yo me fundo en que, como tienes ese carácter tan particular, no te cuadra mucho que digamos ese título; por que, en fin, es preciso confesar que tu eres así, como Dios te hizo, y de consiguiente...... pero, ¿que diablos nos importa eso? Ahora recuerdo que todavia no me has preguntado por Segundo, que es un buen hermano en toda la estension de la palabra, y tiene una hija que va á ser el encanto de Madrid. ¿No quieres conocerla? Ea, prepárate para ir esta noche á su casa, pues no dudo que serás bien recibido y yo te vendré á buscar.

De todo esto, lo que Benito dedujo fué que su hermano tampoco sabia lo que él ignoraba, y aunque le faltaba naturalmente el valor para presentarse delante de Segundo, acordándose de que éste siempre tenia buenos libros, se decidió á ir á visitarle, solo por ver en un diccionario lo que queria decir si-

barita, pues ya estaba deseoso de saber si Mercedes le habia ó no dicho la verdad, cuando le espetó aquella palabra que no podia separar de la imaginacion. En consecuencia de esto, prometió ir á casa de Segundo al anochecer y Cristóbal se despidió quedando en volver á buscarle á la hora convenida.

Vean ustedes lo que suele hacer un ignorante con sus desatinos. Si Mercedes no hubiese llamado á Benito sibarita, éste no habria tenido jamás la curiosidad de consultar un diccionario para ver la mayor ó menor propiedad con que se le habia motejado. Si Cristóbal no se hubiese reido de lo que no entendia demasiado bien, no habria escitado tan vivamente la curiosidad de Benito. Si éste no hubiera estado en brasas por ver el diccionario, que era incapaz de comprar, no habria consentido en ir á casa de su hermano Segundo, y no por avergonzarse de lo que habia pasado quince años antes, que Benito era muy abonado para repetirlo entónces ó quince años despues, sino por el justo temor de no ser bien recibido; de modo que si convino en la proposicion de Cristóbal, y si esta visita podia tener alguna influencia en las futuras relaciones de dos hermanos, se debia todo á la ligereza con que Mercedes llamó sibarita á Benito, sin saber absolutamente lo que queria decir sibarita.

Cristóbal creyó conveniente ir á prevenir á Segundo acerca de la visita que debia esperar mas tarde, y francamente, como él, aunque no era tacaño, tampoco tenia libros, porque su pasion favorita era estudiar la naturaleza en los animales, llevaba tambien el propósito de ver el diccionario para saber si habia ó no estado en su derecho riéndose de Benito por lo que ya saben ustedes. Dirigióse, pues, á casa de Segundo, á quien encontró rodeado de varios amigos que tenia convidados á comer. Todos ellos estaban arrellanados en los magníficos sillones de muelles que adornaban la sala, y particularmente Segundo se hallaba tan hundido en el suyo, que Cristóbal no pudo descubrirle al primer golpe de vista.

El primero á quien descubrió Cristóbal, era un tal D. Fulgencio de Vargas, abogado sin pleitos, que, no sabiendo que hacer para matar el tiempo y el hambre, se dedicó á la políti-

ca con tan buena fortuna, que logró salir diputado, y desde entónces, á pesar de ser una de las mas medianas medianías, tomó tales humos que casi era preciso memorial para dirigirle la palabra. No se hubiera él cambiado por Ciceron en la elocuencia, ni por Metternich en la diplomacia, ni por Say en la economia política, y cuando se hablaba de crísis esperaba siempre con impaciencia ser llamado para formar el nuevo ministerio, pues decia con el tono de la mas profunda conviccion que él era el único presidente del Consejo posible en aquellas circunstancias.

Al lado de éste se hallaba D. Fermin Maloja, comerciante rico, aunque tenia infinitamente menos dinero que vanidad, pues apenas se dignaba mirar al mismo Vargas que le pagaba en la misma moneda. La manía de Maloja consistia en hablar de sus relaciones con los principales banqueros de Europa, dando siempre á entender que todos le trataban con cierto respeto, siendo Rotschild el único que tenia derecho para familiarizarse con él.

Cerca de éste se veia al baron de la Ballesta, jóven de una familia muy aristocrática, si bien él estaba mucho mas pagado de su persona que de sus títulos de nobleza. Su estrivillo era el de empezar todos sus discursos con esta frase: "Yo soy hombre &c." y para ello le venian como de molde todos los asuntos. Si se hablaba de frutas, por ejemplo, no decia simplemente que los melocotones de Zaragoza eran los mejores de España, sino que, mejores ó peores, eran los que él preferia, y aun esto no podia decirlo sin emplear la fórmula indispensable de: "Yo soy hombre que prefiero los melocotones de Zaragoza." Si se hablaba de política, de literatura, de guerra ó de amores, que para él era todo indiferente, ya se sabia que habia de dar su voto diciendo: "Yo soy hombre que no tengo fé en los partidos militantes, y asi lo mismo me dá que manden los unos que los otros." "Yo soy hombre que gusto de tener buenos libros y sobre todo bien encuadernados" "Yo soy hombre que miro con horror la guerra, por mas que esté persuadido de que algunas veces es necesaria" "Yo soy hombre que aprecio tanto la belleza moral como la física en las mugeres, &c." En una

palabra, el baron no hablaba nunca con el objeto de ilustrar una materia, sino con el de llamar la atencion hácia su persona.

El cuarto individuo era un adocenado novelista que no se cambiaria por Cervantes, el quinto un poeta dramático que creia que por donde pasaba se quedaba todo el mundo estupefacto como diciendo: "ahi vá el grande hombre de nuestra época." El sesto era un jóven que se habia dedicado la semana anterior á hacer versos, acababa de publicar un mal soneto, y sin mas títulos literarios que los que un mal soneto puede dar, miraba ya con el mayor desden al poeta dramático y al novelista, como diciendo: "Pobres hombres: ya quisieran ellos acabar por donde yo empiezo."

Tambien se encontraba en aquella sala el jóven pintor D. Valentin Secante que, en efecto, era secante de apellido y de condicion. Este era el mismo que habia pintado la muestra de la Posada del Cuervo y tenia una vanidad empalagosa, no solo como artista, sino tambien como hombre; pero todo esto se le hubiera podido perdonar sino adoleciera en grado eminente de una falta mas fea que la vanidad, aunque hija legítima de esta pasion insensata, cual era la de pecar por embustero y jactancioso respecto de las mugeres. Creía que todas le amaban, y aunque no lo creyera, bastaba que le nombrasen una muger pobre ó rica, grande ó pequeña, para dar á entender, cuando menos con una sonrisa maliciosa, que tenia ó habia tenido relaciones amorosas con ella.

En fin, para coronar la fiesta, estaba presente nuestro antiguo conocido Judas Cain y Draque, convertido ya en Escelentísimo Señor D. Judas Cain y Dracon, que tenía la vanidad de la sencillez, quizás la mas fastidiosa de todas las vanidades. Si se le hablaba de condecoraciones, decía que él las tenia todas, pero que no le gustaba lucirlas, porque no las daba ninguna importancia, pues en su concepto el hombre debia recomendarse por sus buenas prendas y no por vanas esterioridades; pero era el caso que sino le gustaba lucir las condecoraciones, no por eso dejaba de solicitarlas con el mayor empeño, y aunque no las ostentaba como otros, era por un cálculo de refina-

da vanidad, puesto que aparentaba despreciar lo que tantos hombres miran con envidia, para darse mas tono.

¿Se dirá, en vista del círculo de personas que rodeaban á Segundo, que éste habia elegido mal sus relaciones en la corte, buscando á los hombres casquivanos y tontos de la poblacion? Nada de eso. Los amigos de Segundo eran vanidosos por que le hubiera sido imposible hallar otros que no lo fueran. Todos los siglos tienen su carácter particular, con el cual, sin necesidad de la numeracion, podrian ser designados perfectamente en la historia. Un siglo v. gr. resplandece por las virtudes, otro por la fé religiosa, otro por el espíritu caballeresco, el otro por las proezas militares, el que le sucede por los galanteos, el que sigue por la inmoralidad, el que va detrás por la filosofía y así sucesivamente. Nuestro siglo es el de la vanidad, ó lo que es lo mismo, la vanidad es la enfermedad, la pasion dominante y característica de nuestro siglo. Es muy difícil encontrar hoy un hombre de verdadero mérito, pero raya en lo imposible hallar uno que no sea ridículamente vano; y si yo escribiera la historia, en lugar de lo que estoy haciendo, jamás habia de llamar al siglo en que vivimos siglo Diez y nueve, sino siglo de la vanidad.

Precisamente Segundo Calleja era uno de los pocos, quizá el único hombre de su tiempo, que no hubiera caido en la grosera mania de ser vano; pero una de dos, debia condenarse á vivir sin amigos ó resignarse á que estos fuesen vanidosos como las mas frívolas mugeres, y siendo su carácter altamente sociable, preferia transijir con el defecto de los que le trataban, á morir de fastidio en la soledad. Hé aquí porque sin ser vano Segundo se encontaba cercado de aquella sarta de majaderos, cuya descripcion acabo de hacer. Cristóbal saludó cortesmente á la reunion buscando con ávidos ojos á su hermano que, como llevo dicho, estaba medio sepultado en uno de los mas cómodos sillones que ha inspirado la musa de la molicie, y cuando por fin le descubrió en aquella posicion que no hubiera imaginado el mismo sucesor de Marco Aurelio, le dirijió la palabra, preguntándole que significaba todo aquello.

—Hola, Cristóbal, dijo Segundo, volviendo lánguidamente

la cabeza, pero siempre con buen humor; aqui me tienes hecho un sibarita.

—Me persigue esa palabra, se dijo á si mismo Cristóbal, y despues, dirigiéndose de nuevo á Segundo, le llamó á parte diciendo que tenia que hablarle con permiso de los demás caballeros que estaban presentes.

Figúrense ustedes la sorpresa que recibiria Segundo al saber que Benito se hallaba establecido en la corte. Como él no era rencoroso, no solo consintió en ver á su hermano menor, sino que puso á disposicion de Cristóbal un coche de los suyos para ir á buscarle inmediatamente, diciendo que no iba él en persona por la precision que tenia de acompañar á sus convidados.

—Hombre, dijo Cristóbal, antes de hacer tu encargo ¿puedes proporcionarme un diccionario?

—Ahi tienes cuatro ó cinco, respondió Segundo, coje el que quieras; pero, ¿de cuando acá te ha ocurrido á tí el examinar un diccionario? ¿Es para saber con propiedad el nombre de alguna especie de mamíferos, gallináceas ó anélidos?

—Cuando yo te lo pido para algo será, dijo Cristóbal; pero, ¿dónde diablos están esos diccionarios que no veo ninguno?

—Es verdad, contestó Segundo; ahora que me acuerdo, uno se lo tengo prestado al diputado Vargas y otro al poeta Rimeron que son dos de mis convidados, y los demás no sé por donde andarán; pero te prometo que lo tendrás á la vuelta; con que anda listo y ven pronto.

Salió en efecto Cristóbal, muy complacido de ir á desempeñar su comision en coche, pero muy apesadumbrado de presentarse otra vez delante de Benito sin saber fijamente lo que quería decir sibarita.

CAPITULO VI.

Ostracismo universal.

Por los pocos rasgos que hasta aquí conocemos de Segundo, se debe inferir que éste era un hombre simpático, generoso y comunicativo; pero debo decir en obsequio de la verdad que no todas las personas reunidas en su casa iban esclusivamente impelidas por el sentimiento de la amistad, pues la mayor parte obedecian al móvil del interés, poderosa palanca de todos los tiempos. Ya sabemos que Segundo tenia una preciosa niña y un gran capital cuando se fué á vivir á la corte. Pues bien: la niña empezaba á hacerse señorita, y el capital se habia multiplicado considerablemente en esta segunda época de nuestra historia, dos causas que ahorran muchas esplicaciones acerca de los numerosos amigos que frecuentaban la casa de Segundo.

Encarnacion, que este era el nombre de la jóven, tenia catorce años apenas, cuando ya se veia asediada por un crecido peloton de adoradores de todas las clases que ofrece la sociedad, y de cuantos tipos puede presentar la pródiga naturaleza. Esto se comprende bien, porque la moza tenia una pingüe fortuna, que, aun siendo fea, la hubiera conquistado to-

das las simpatías imaginables, y además puede decirse que no era una muger, sino una hada, una hurí, una deidad, una de las bellezas mas estraordinarias que ha producido nuestra especie, y por lo tanto, debo hacer esta concesion al amor puro y desinteresado, hubiera sido igualmente festejada si no hubiese contado con una opulenta dote. Reuniéndose, pues, en una sola persona las dos circunstancias que mas poderosamente conmueven el corazon ó trastornan el cerebro de los hombres, á saber, una hermosura de las mas ricas y un capital de los mas seductores, puede calcularse que la casa de Encarnacion habria pasado á ser un segundo callejon de los golosos.

Así era en efecto; aquella casa no era ya propiamente una casa, sino un hormiguero de galanes que iban en tropel á disputarse la victoria; pero ya fuese porque la muchacha no hubiese alcanzado la edad de los devaneos, ya porque tuviese sus gustos á la altura de sus altas condiciones físicas, morales y pecuniarias, lo cierto era que oia los piropos que la decian y recibia los obsequios que la tributaban, con una indiferencia desesperante. Hubiérase dicho que aquella jóven era propiamente de mármol, tanto por la frialdad de su corazon como por la blancura de su cútis, y los que ignoraban hasta qué punto tenia una de las mas claras inteligencias que jamás honraron á su sexo, viéndola tan inaccesible á las impresiones de la galantería, llegaron á tomarla por imbécil.

Uno de los que con mas asiduidad concurrian á la casa de Segundo, era el diputado Vargas, que llegó á prendarse verdaderamente de la jóven y se hubiera podido decir que Encarnacion era lo que mas amaba, si Vargas hubiese sido capaz de tener mas amor á una muger que á su propio talento. Este, francamente, no pasaba de ser de los mas vulgares, pero dice el refran que el que feo ama hermoso le parece, y el aspirante á primer ministro tenia tan elevada idea de su capacidad, que él mismo se admiraba y aun casi se afligia de verse tan grande. Así, pues, Encarnacion era el objeto segundo de los amores de Vargas, es decir, lo que preferia despues de su propio chirúmen, y con esto solo debe suponerse que estaria hecho un Píramo, un Abelardo, un Garcés de Marsilla.

Seguia en el turno de las carocas el baron de la Ballesta,

que amaba tanto á Encarnacion como á su propia persona, y eso que el cariño que á esta última profesaba no tenia límites, porque al fin Vargas solo se vanagloriaba de su facha moral, mientras el baron podia apostárselas á Vargas en el aprecio exajerado de su inteligencia, y al mismo Narciso en la estática contemplacion de su graciosa catadura. "Yo soy hombre, se decia él para su sayo, que no dejo pasar las opiniones erróneas sin combatirlas valerosamente, por grande que sea la autoridad de los que las han propalado. Ahora bien; muchos sabios han supuesto que las cualidades físicas están por lo comun en razon inversa de las intelectuales, y yo soy hombre que condeno tal asercion por absurda, porque yo soy hombre que reuno la belleza y la inteligencia en el mas alto grado que pueden ofrecer los dos sexos." Fundado en esto, estaba seguro de que nadie podria desbancarle en ninguna empresa amorosa, y tenia por cierto que luego que Encarnacion fuera sensible á la voz de Cupido le habia de preferir á todos los hombres.

El tercer aspirante era el banquero D. Fermin Maloja, mozo muy caritativo, segun decian, si bien se inferia de sus hechos, que aunque hubiese visto morir á su padre en la miseria, no hubiera dado una peseta para socorrerle, con tal de que el caso quedase oscurecido; pero si se le invitaba á tomar parte en cualquiera suscricion de beneficencia, diciéndole que se publicaria en los periódicos la lista de los contribuyentes con espresion de la cantidad que cada uno habia suministrado, era capaz de dar toda su fortuna por figurar delante de los mas pródigos. Tambien se habia notado que celebraba en su casa dos ó tres reuniones al año, gastando en la que menos ocho ó diez mil duros, pero no faltaba quien murmurase diciendo que cada vez que esto sucedia, estaba dos ó tres meses comiendo las sobras del banquete, y cuando daba fin de ellas pasaba muchos dias en ayunas, por no gastar, ó dándose peor trato que un jornalero. Este hombre, que no tenia una fortuna superior á la de Encarnacion, hacia la corte á dicha jóven solo por el orgullo de desbancar á los otros pretendientes, de lo cual estaba él tan seguro que no podia ser mas, como que se creia en aptitud de aspirar á la mano de una reina, considerándose él mismo como un príncipe de la banca.

El novelista era un tal Gutierrez de Leon, buen mozo, y sobre todo, buen bigote, porque aunque era mozo voluminoso puede decirse que el tal bigote le tenia eclipsado, no siendo ya el bigote un adorno de su cara, sino que mas bien, su persona era un accesorio imperceptible de su bigote. Sin embargo, por lo poco que á través del bigote podia traslucirse, no dejaba de tener una cabeza bastante linda por fuera, que lo que es por dentro estaba completamente vacía, y aun se cree que habia criado telarañas en los sesos á fuerza de pasar escribiendo sin meditacion el tiempo que hubiera debido emplear en dedicarse á pensar sin escribir. Pero él se tenia por un grande hombre, con algun fundamento, puesto que no se le podian negar las condiciones de hombre muy grande, y esto era todo lo que necesitaba para ser feliz. Miento; Gutierrez de Leon, á quien no se podia encomendar la redaccion de una sola gacetilla por el temor de que en cuatro palabras ensartase ocho desatinos, llegó á creerse tan voluminoso de talento como de bigote, y miraba con cierta compasion á sus rivales por la conviccion que tenia de que tan pronto como él dijera: "truco," Encarnacion habia forzosamense de contestar: "quiero."

El poeta Rimeron era en las aspiraciones amorosas y literarias otro Gutierrez de Leon, diferenciándose de éste solo en lo de la presencia y el bigote, lo que me ahorra el trabajo de una descripcion especial, y en cuanto al jóven poeta cuyo nombre no se ha podido averiguar, pues unos decian que se llamaba Gilberto José y otros José Gilberto, era evidentemente un loco de atar, á quien las autoridades debian desde luego haber encerrado en los Orates á fin de ver si tenia cura, lo que era muy dificil. Figúrense ustedes si el pobre José Gilberto estaria loco que desde jóven le tentó el diablo por escribir, ejercicio para el cual no habia nacido aunque estuviese cuerdo, y no contento con meterse en camisa de once varas queria pasar por el primer hombre del mundo en todos los géneros de literatura. Cuando citaba los nombres de los mas eminentes poetas antigüos y modernos, siempre se incluia en la lista, y últimamente ya no decia por ejemplo, Virgilio y yo, sino yo

y Virgilio, yo y Dante, yo y Quevedo, &c. No contento con llevar á tan alto punto su insensatez en materias literarias, soñó una noche que él era el hombre universal, y desde entonces se proclamaba descaradamente como el primer poeta, como el primer filósofo, como el primer gimnasta, como el primer espadachin y hasta como el primer Adónis de su siglo. Asi, cuantas personas tenian la molesta satisfaccion de hablar una sola vez con José Gilberto, convenian en que el desdichado estaba loco, y en efecto, la locura de José Gilberto era tan templada que logró contagiar á su propia fortuna volviéndola loca tambien, pues en lugar de acabar enjaulado el pobre demente, no faltó quien le protejiera poniéndole en posicion de hacer las mas peligrosas estravagancias. Por lo demás, tambien José Gilberto llevaba sus miras con respecto á Encarnacion, solo que, aunque la pretendia, no se dignaba solicitarla esplícitamente, porque esperaba que ella misma le rogase, con lo cual puede inferirse si estaria seguro de su triunfo.

En fin, entre los Ganimedes que empezaban á rondar á Encarnacion figuraba el pintor D. Valentin Secante, cuya vanidad artística tenia, como la mas pesada maza, el poder de romper la crisma á cualquiera. Su introduccion en casa de Segundo, de la cual no acertaba á salir, merece párrafo aparte, y yo no los economizo cuando llega la ocasion.

Era el caso que teniendo Encarnacion noticia del lance ocurrido con la cigüeña de Cristóbal en la boda de Benito, manifestó deseos de poseer una cigüeña bien pintada, ya que fuese muy difícil obtenerla viva en aquel tiempo; y como Segundo desease satisfacer en todo los caprichos de su hija, llamó al pintor de mas celebridad, que era Secante, diciéndole que pintase dicho animal enteramente á gusto de Encarnacion sin reparar en el precio, pues con tal que la niña quedase contenta lo mismo le importaba á él dar veinte onzas mas que menos. D. Valentin, que era el mismo demonio para las ratas, era mucho peor que el diablo para las mugeres, y se puso desde luego á hacer la corte á la hija de Segundo. Necesitaba, sin embargo, un pretesto permanente para no abandonar mas aquella casa, y dijo que pretendia hacer del retrato de la ci-

güeña un magnífico trabajo de detalle, con cuya disculpa se llevó cerca de dos meses para pintar el pico, tres semanas para cada zanca, ocho dias para la cabeza y así sucesivamente para todo lo demás; de modo que llevaba ya medio año de trabajo sin soñar en concluirlo. Además, como lo único que él se proponia era matar el tiempo, no solo pintaba despacio sino que ayudaba con diligente familiaridad á todas las faenas domésticas. En la víspera del convite que voy á referir, Cristóbal regaló á su sobrina un escelente pavo para contribuir á la esplendidez del banquete, y diciendo Encarnacion al retratista en broma si queria ayudarla á pelar el pavo, el hombre contestó al momento afirmativamente, como que solo buscaba pretestos para sus fines. Con este motivo se fué muy temprano á complacer á Encarnacion, y como á cada pluma que quitaba del animal echaba una docena de chicoleos á la jóven, la dichosa operacion de desplumar el pavo duró desde las seis de la mañana hasta mas de las cuatro de la tarde, y todo, ¿para qué? para venir á hacer el descubrimiento de que el supuesto pavo era pava, lo que fué despues un gran motivo de broma para los otros convidados, por haber Segundo hecho una acusacion en debida forma contra el hombre que se habia estado todo el santo dia pelando la pava, despues de llevarse mas de seis meses pintando la cigüeña.

El único que habia manifestado hasta entonces no llevar interés alguno en visitar á Segundo era Judas, aunque bien mirado, tenia éste en toda reunion numerosa el de dar rienda suelta á la vanidad, y en la de Segundo Calleja particularmente pensaba descargar golpes contundentes de ira desdeñosa contra las condecoraciones, diciendo que él las tenia todas, aunque no le gustaba ponérselas; pero sin confesar los sacrificios que habia hecho ni las humillaciones por que habia pasado para adquirir lo que tanto aparentaba despreciar.

Una reunion de hombres semejantes no podia menos de ser insípida y fastidiosa, porque toda persona que se ocupa de sí misma pudre la sangre á los que la oyen, y los convidados de Segundo no se ocupaban de otra cosa mas que de podrirse la sangre los unos á los otros por el método indicado. Cada

cual acusaba mentalmente de fátuos á los demás, porque nadie ve mejor la paja del amor propio en el ojo ageno que los pedantes, por lo mismo que no pueden sufrir el que otro se luzca donde están ellos, y así todos los sujetos, cuyas semblanzas he dado ya con repeticion, empezaban á bostezar, cuando apareció de nuevo Segundo acompañado de su hija que habia ya concluido su tocado. La monotonía que reinaba en la sala desapareció como por encanto al entrar allí Encarnacion, que produjo el efecto de un rayo del sol despues de un eclipse total, sin que esto deba mirarse como hipérbole, porque realmente hay algo que brilla con seductora luz en el rostro de una muger hermosa. La impresion de alegría que debieron recibir los griegos ya desesperanzados en el campo de Troya, cuando fueron honrados con la visita de Minerva, no fué seguramente mayor que la que esperimentaron los convidados de Segundo al ver á la bella Encarnacion. Hubiérase dicho que aquello era un museo de estátuas animadas repentinamente por la mirada de una hechicera, segun el movimiento que se observó en aquella sala que ya empezaba á oscurecerse con las sombras del fastidio. Todos se apresuraron á levantarse ofreciendo sus respectivos asientos á la hada jóven, menos el poeta José Gilberto, cuya locura se habia remontado á tal grado de perfeccion que ya se creia dispensado de todos los miramientos sociales.

Desde este instante la conversacion se hizo agradable, porque una muger jóven y bonita es una musa capaz de inspirar á los mas necios.

—Yo soy hombre, decia el baron de la Ballesta, que tengo un gusto particular en ceder mi puesto á las señoras.

—Y sobre todo, añadió Maloja, tratándose de señoritas como la hermosa Encarnacion, á quien Rotschild y yo juntos no podríamos obsequiar debidamente, aunque gastásemos toda nuestra fortuna para complacerla.

—Cuando yo sea presidente del Consejo de Ministros, como naturalmente lo he de ser el dia que mi partido sea llamado á gobernar, dijo Vargas, lo primero que he de hacer es honrar á la bellísima Encarnacion con la banda de damas nobles de María Luisa.

—Esa es la única condecoracion que yo no tengo, repuso Judas, y no me importa, porque así como así yo doy poquísimo valor á esas esterioridades, como lo pruebo no haciendo jamás uso de tantas cruces como poseo.

—Esta señorita me está metiendo en ganas de inmortalizarla consagrándola un poema, dijo el poeta Rimeron.

—Ese gusto me corresponde á mí mas bien, replicó Secante, y estoy seguro de conseguirlo haciendo su retrato.

—En cuanto yo describa el tipo de esta señorita en una novela de costumbres, dijo el literato del largo bigote, los mismos tártaros han de venir á conocerla.

En una palabra, todos rivalizaron en lisonjearse halagando á Encarnacion, como que cuantas galanterías soltaban iban pulimentadas con el barniz mas grosero que se ha podido componer en el laboratorio de la vanidad humana. El único que permaneció silencioso fué José Gilberto, por lo mismo que era el mas finchado de la comparsa, y sin embargo, al ver como se despechaban á su gusto sus dignos compañeros, no pudo menos de decir para su capote:

—¡Qué fátuos! No hay cosa que me cargue tanto como esos pedantes que solo abren la boca para ponerse en las nubes.

De todos modos, la verdad es que la conversacion, aunque revestida de formas empalagosas, tomó nuevos brios luego que fué inspirada por la nueva Musa que nada tenia que envidiar á las deidades imaginarias del Helicon, y todos se estaban bañando en agua rosada, por el efecto mágico que, el que mas y el que menos, habia creido producir con sus nauseabundos piropos, cuando se oyeron los pasos de dos hombres que se acercaban á la sala y de los cuales el uno debia sufrir dolores horribles segun los gritos con que se quejaba. Salió inmediatamente Segundo á ver lo que ocurria y se encontró con sus dos hermanos Cristóbal y Benito, este último medio acongojado, dando unos alaridos que partian el corazon, y sin poder sentar un pié en el suelo á consecuencia de una espantosa pisada que le acababan de dar al bajar del coche. Todos se apresuraron á favorecer al doliente ayudándole á llegar á la sala, donde le pusieron el mas cómodo sillon para que pudiera des-

cansar: es decir, todos menos José Gilberto, cuya loca vanidad le iba haciendo ya inhumano, y todos preguntaban qué era lo que á Benito le habia sucedido para que fuese presa de los horribles sufrimientos que revelaban sus gritos.

—Esto no es nada, señores, contestó Cristóbal; esto no es mas que una muchachada.

—¡Cristóbal! esclamó Benito lanzando á su hermano una mirada de tigre, y volvió seguidamente á repetir los gemidos con que habia ya saturado de afliccion aquella estancia donde pocos momentos antes reinaban las mas descabelladas ilusiones.

Aquí si que viene de perilla el cuento de aquel que decia: "si aciertas lo que llevo en este pañuelo te doy un racimo." ¿Habrá uno solo de mis lectores que no adivine quien pudo ser el autor de la pisada? ¿Pero cómo diantre se habria manejado el tuno de Jorge Luis para atormentar á Benito á pesar del coche? Voy á decirlo en muchas palabras. Cuando Benito subió al coche de su hermano Segundo, ya el pícaro muchacho andaba rondando la posada del Cuervo con perversas intenciones. No pudo entonces hacer de las suyas por estar desprevenido; pero por mucho que el tal coche corrió, Jorge Luis se propuso seguirlo, y en efecto, como el maldito tenia tan buenas piernas, guardó siempre la conveniente distancia para que no pudiera escapársele la presa. El coche atravesó medio Madrid á escape, y el muchacho era capaz de atravesar media provincia á galope, de modo que luego que el primero se detuvo y vió bajar al avaro, que seguramente no debia sospechar el asalto yendo como habia ido en piés agenos, tomó tan bien sus medidas para el caso, que apenas Benito puso los piés en el suelo cuando sintió uno de ellos aplastado como si le hubiera caido encima un guardacanton.

Bien hubieran querido en casa de su hermano aplicarle al momento los remedios oportunos para aliviarle; pero por mas preguntas que le hacian acerca de su mal, no respondia, ya porque el dolor no le permitiese hablar, ya porque le diera vergüenza decirlo, y Cristóbal, que era el que podia dar alguna luz en el particular, no daba ninguna, pues á todas las

interpelaciones que le dirijian contestaba diciendo que aquello no era nada, y que no sabia como Benito se quejaba tan amargamente cuando todo su mal no venia á ser otra cosa que una muchachada. Por fin, el avaro habló, menos por la necesidad que sentia de satisfacer á Segundo y á Encarnacion, que tanto interés tomaban en asistirle, que para dar un tajo á la pesada manía de Cristóbal, el cual se empeñaba en que todo era una muchachada, y fundado en esto no queria dar la menor importancia á sus agudísimos dolores. Por de contado, sucedió lo que Benito estaba recelando, y fué que la relacion de tan chocante aventura hizo reir grandemente á los que la oyeron; porque tal es la índole de la especie humana que, aun en las mayores desdichas de los hombres olvida el sentimiento de la compasion cuando en ellas domina en cierto modo el ridículo. ¿Quién es el que no se rie viendo á su prójimo dar una caida en la calle, aunque en ella se haya el infeliz aplastado las narices? Pues lo mismo soltaron la carcajada Segundo y sus convidados al oir la relacion de las pisadas del muchacho, á quien ya entraron en ganas de conocer, y sobre todo, la esplosion fué general cuando al acabar Benito de referir tan terrible suceso, se oyó á Cristóbal decir con su acostumbrada formalidad:

—Nada, señores; ya ven ustedes que todo ello es una muchachada, y de consiguiente no hay motivo para quejarse tanto.

No se puede calcular hasta donde habria llegado la cólera de Benito al oir esto por la vigésima vez, si no hubiesen dicho que ya estaba la comida en la mesa, porque como el avaro sentia no menos afliccion en el estómago que en los piés, la agradable noticia que le dieron fué como un bálsamo capaz de cicatrizar instantáneamente todas las llagas.

Escusado será decir que la comida estuvo espléndida; pero se resintió de una novedad que no dejó de llamar la atencion al mismo Benito, atribuyéndola á pobreza, siendo así que no era entonces sino el tributo mas solemne que podia darse á la moda. Ya he dicho en otro lugar de este mismo capítulo que cada siglo tiene su sello particular, segun las virtudes ó vicios

que en él se desarrollan: ahora añadiré que la humanidad ha dado en diferentes épocas muestras inequívocas de enagenacion mental, y la mayor de todas, sin duda, es la de haberse condenado voluntariamente al ostracismo.

Verdad es que el ostracismo no es cosa nueva, pues data de aquellos tiempos en que las Repúblicas, celosas de la escesiva popularidad de algunos ciudadanos ilustres que podian sobreponerse á las leyes, los desterraban temporal ó perpétuamente. Como entonces, aunque eran muchos los que querian hacer papel en el mundo, no habia quien lo fabricase, parece ser que se valian de las ostras para las votaciones secretas, escribiendo cada ciudadano sobre la concha el nombre de aquel que merecia los honores de la espatriacion: de este modo Arístides, Temístocles, Alcibíades y otros ilustres griegos fueron arrojados una ó mas veces de su patria, en recompensa de los servicios que la habian prestado, y por la forma en que el terrible sufragio se ejercia se dió á la espatriacion el nombre de *ostracismo*, que por estension se ha conservado despues en otros pueblos como sinónimo de destierro político.

Bueno será advertir que el ostracismo no fué en el fondo costumbre esclusiva de los griegos, pues ya en otros pueblos lo habian puesto en práctica, si bien con distinto nombre. ¿Que fué la espulsion del pueblo judío, á cuya cabeza iba Moisés, sino un verdadero ostracismo? Y en el mismo Egipto, mas de cien años antes de la persecucion de los israelitas, cuenta la historia que fué espatriado el rey Asis, cuyo delito consistia solo en descender de aquel estupendo Salatis que destruyó los monumentos y formó el estravagante plan de esterminar á sus vasallos. Tambien Psammítico, uno de los doce señores que entraron á gobernar el Egipto á la muerte de Sethos, fué desterrado por sus dignos compañeros, á quienes logró despues echar la zancadilla, lo que prueba que el mozo no carecia de ingenio, aunque no fué tan abispado como Amasis, el iniciador de la moderna diplomacia, que supo jugársela de puño al mismo Cambises dándole la hija de un tal Apries en lugar de la suya que le habia prometido, y si además se encontró en el cambio con una fea, mas le hubiera valido á

Cambises cargar con el buey Apis que con ella, sin embargo del horror que le inspiraba el tal buey.

Tambien Roma tuvo su ostracismo, unas veces con sobrada razon, como por ejemplo, cuando espulsó de su suelo al ambicioso Coriolano, y otras con injusticia manifiesta, como cuando se ensañó con el insigne Camilo, cuyo valor estaba realzado por la fidelidad mas acrisolada. Bien debieron reconocerlo así sus perseguidores, cuando el ilustre proscripto salvó la República, amenazada por el bárbaro Brenno, mercachifle de la guerra, que no contento con pesar en falsas balanzas el oro exigido para el rescate de la ciudad vencida, tuvo la ocurrencia de añadir el peso de su enorme espada sobre el opuesto platillo, mostrando así los galos desde entónces su espíritu socaliñero y la lealtad con que habian de cumplir sus pactos en la sucesivo. Efectivamente, Brenno era el precursor de Clovis, el mas famoso rey de la raza merovíngea, que, segun sus mismos compatriotas lo declaran, se apoderó á traicion de varios estados circunvecinos, y tambien éste lo fué de Hugo Capeto, el fundador de la dinastía que llevó su nombre, para lo cual empezó por prender á traicion á Cárlos de Lorena. Los tres individuos citados auguraban á Francisco I, el prisionero de Cárlos V en la batalla de Pavía, que recobró la libertad en virtud de un tratado, y luego que se vió libre, dijo que ya no se llamaba Francisco, sino Andana. Sin embargo, los historiadores han dado á este pécora el dictado de rey caballero, para que podamos tener una idea aproximada de los que allí no han merecido este honor, y yo, enemigo de comentarios inútiles, prosigo mi tarea diciendo que todos los personages citados fueron niños de teta para el titulado Capitan del siglo, que jamás empeñó una palabra con el propósito de cumplirla, y que hizo con España en 1808 lo que solo un corso hubiera sido capaz de hacer con una nacion amiga y aliada. Pero aquí no se trata de los galos, que serán sin duda en adelante lo que han sido siempre, sino del ostracismo á que nuestra sociedad se condenó voluntariamente hace algunos años.

Este es, tal vez, uno de los mas singulares fenómenos de enagenacion mental que presenta la historia. Se sabe, por

ejemplo, que Licurgo despues de dotar á Esparta de leyes admirables, emprendió un viaje, haciendo jurar al pueblo que se respetarian dichas leyes durante su ausencia y nunca mas volvió á su patria, de modo que se impuso á sí mismo la emigracion perpétua, guiado por el elevado fin de que sus sabias leyes fuesen observadas mucho tiempo. Se sabe tambien que Colatino, en quien Roma premió la virtud de Lucrecia, poniéndole á la cabeza del gobierno republicano, se expatrió igualmente, no guiado por un alto pensamiento social como Licurgo, sino por la conviccion de su propia debilidad. En fin, aunque para encontrar alguna analogía en los sucesos prescindiésemos de los rasgos individuales, y tuviésemos en cuenta la retirada que el pueblo de Roma hizo al monte sagrado, para reclamar desde allí los Tribunos, hallariamos siempre la diferencia del número y de la causa, pues en esta medida cuyo objeto fué puramente político, no figuró mas que una sola clase de una sola ciudad, mientras que el ostracismo voluntario de que voy á dar cuenta no tuvo otro fin que el de introducir una moda extravagante, y alcanzó á todas las clases de la sociedad en todos los ángulos de la tierra.

Voy á decirlo de una vez, por mas que la pluma se resista á narrar sucesos tan deplorables. Me refiero á la singular aprension de comer ostras crudas que acometió á los elegantes de Madrid por los años cuarenta y dos ó cuarenta y tres, moda que no tuvo otro fundamento que el haberse corrido el siniestro rumor de que los ingleses tambien las comian, lo que me hace temer que el dia menos pensado se introduzca la costumbre de comer nidos de golondrinas, por la simple razon de ser esta materia uno de los platos predilectos de los chinos.

Era de ver la cara que ponian los primeros madrileños que probaban las ostras. Si les hubieran dado ciento sobre un burro, no habrian hecho gestos mas dificultosos que los que naturalmente hicieron en aquel estrambótico ensayo de las costumbres británicas; pero se esparció el rumor de que en los círculos del buen tono, en los cuales domina siempre un espíritu de servil imitacion, se habia resuelto elevar las ostras á la categoría de manjar por escelencia, y no se necesitó mas

que esto para hacer perder los estribos á los mejores ginetes. El decreto era cierto, por mas que ofenda á la razon, y á mayor abundamiento, era tiránico, pues no solo se exigia la condicion de comer ostras crudas para pasar por persona decente, sino que despues de comerlas habia uno de asegurar que le gustaban mucho, y que le hacian buen estómago, agregándose á esto que las consideraciones con que cada quisque seria tratado en los salones de la aristocracia, estarian en razon directa de las ostras que comiese.

¡Tú que tal dijiste! Los mozalvetes, que hubieran sido capaces de rellenarse el buche de rejalgar por hacer buena figura, y no debian ser escasos en este siglo de la vanidad epidémica, se aplicaron á las ostras con mas empeño que al estudio, hicieron consistir la educacion en una verdadera glotonería, y la costumbre se propagó con tal rapidez que todos nos vimos de la noche á la mañana convertidos en ostro-godos.

Durante muchos años no se oyeron mas diálogos que los siguientes:

—D. Fulano, ¿quiere V. acompañarme á comer?—Gracias, me están esperando en mi casa.—Es que tengo ostras en la mia.—¡Hola! ¿esas tenemos? pues allá voy, que yo por un plato de ostras haria lo que hizo Esaú por un plato de lentejas.

—D. Zutano, ya me han llegado las ostras.—Me alegro infinito; pero, ¿tendremos bastantes? porque yo las devoro, y si me han de tocar pocas prefiero no probarlas.—Hay como cuarenta docenas para cuatro personas.—Pues amigo, renuncio generosamente, porque yo con diez docenas no tengo ni para empezar.

Esto era un verdadero delirio, una verdadera plaga de osteril afectacion. Durante mucho tiempo los círculos políticos, artísticos y literarios no se volvieron á ocupar de política, de artes, de literatura ni de nada mas que de las ostras, disputándose acaloradamente sobre si las de roca eran mejores ó peores que las de mangle y si convenia echarlas zumo de limon para sazonarlas, ó comerlas con cáscara y todo para acreditar las facultades dijestivas, que era lo principal; en fin, el mal cundió

como el aceite y la sociedad entera gimió bajo el terrible decreto de un ostracismo universal.

Inútil me parece decir que en casa de Segundo, donde se reunian tantas aspiraciones personales, habría ostras á cargas. El anfitrion era previsor en alto grado, y no podia olvidar el manjar supremo, al cual nadie renunciaba sin hacer por este solo hecho una terminante abdicacion de sus pretensiones aristocráticas, políticas, diplomáticas, financieras ó literarias. Pero por mas previsor que fuera Segundo, no supo prevenir un conflicto que dió al traste con las lisongeras esperanzas de buena armonía que se habian concebido para el banquete. Ya los convidados habian ido tomando asiento, y algunos se iban abalanzando á las ostras antes de sentarse, diciendo que la aficion les hacia impacientes, cuando Benito, reparando en el compañero de la derecha, quiso reconocerle.

—Se me figura que le he visto á V, en alguna otra parte, le dijo el avaro.

—Sin duda que nos hemos visto antes, contestó el otro, como que somos paisanos.

—¡Ah ladron! esclamó Benito cayendo en la cuenta de que aquel bigardo era el mismo Judas.

Y al soltar un apóstrofe que por sí solo hubiera turbado la paz de cualquiera reunion decente, agarró á Judas con ambas manos por el pescuezo con la decidida intencion de estrangularle antes que hubiese tragado la primera ostra, para no darle ni esta pequeña satisfaccion. El tumulto que se armó con este lance se infiere desde luego. Encarnacion estaba mas muerta que viva; Segundo avergonzado y confuso, los demas convidados forcejeando para separar á los combatientes; pero sin dejar de meter mano á las ostras mientras interponian sus oficios conciliadores, y Benito, luego que lograron desprenderle de su víctima, declaró que no queria comer al lado de un ladron como Judas, por lo que se despidió jurando que habia de matarle donde le viera sin testigos.

Segundo, muy contento de que su hermano se largara cuanto antes para acabar el escándalo, dió á Cristóbal la órden de acompañar á Benito en el mismo coche en que le habia con-

ducido á su casa, y Cristóbal obedeció de muy buena voluntad, no dejando de reprender al avaro por su rudo comportamiento segun iban bajando la escalera.

—No mé arrepiento, decia Benito; lo que siento es haberle dejado con vida; y en fin, ya que me llaman sibarita que no sea sin motivo.

Con esto Segundo y sus convidados quedaron libres y procuraban consolar á Judas de la brutal agresion de que habia sido objeto, sin procurar inquirir la causa de tan deplorable ocurrencia, cuando al ir denodados á embestir á las ostras, oyeron en la calle los gritos mas alarmantes que pudiera proferir un hombre en el tormento. Salieron todos inmediatamente al balcon, y vieron desde luego un muchacho jóven, como de quince años de edad, que corria como una liebre perseguida por los galgos. Aquel era precisamente Jorge Luis que acababa de hacer una de las suyas. El que tanto se quejaba era Benito, á quien estaban colocando en el coche á duras penas el cochero, el lacayo y Cristóbal, por lo cual todos adivinaron fácilmente el motivo de aquel melancólico guirigay, felicitándose de que tan prontamente hubiera recibido un condigno castigo el hombre que tan groseramente se habia portado en el banquete. Sin embargo, Segundo preguntó que habia sucedido y porqué razon Benito se quejaba de un modo tal que haria conmoverse á las piedras.

—No es nada, dijo Cristóbal entrando en el coche; no ha sido mas que una muchachada.

Y el coche partió pocos instantes despues, y los ostrófagos volvieron á disputarse, comiendo y hablando, la supremacía del buen tono.

CAPITULO VII.

Una comida insípida y sabrosa.

Esto es lo que se llama una antítesis. ¿Como puede una comida ser sabrosa siendo insípida, ó insípida siendo sabrosa? Nada hay mas sencillo: teniendo, como sucedia en casa de Segundo, la comida tanta sustancia de mas como los convidados de ménos; porque sin duda la conversacion es una de las mas agradables salsas que pueden sazonar una comida, y partiendo de este principio fecundo y conociendo ya el carácter del anfitrion y de sus convidados, nadie negará que la mencionada comida tenia que ser necesariamente tan sabrosa por sus manjares como insípida por la conversacion. El primer asunto sobre que ésta giró, despues del triste suceso mencionado, fué naturalmente el exabrupto de Benito.

—¿Qué les parece á ustedes que debo yo hacer en este caso? preguntó Judas. Ese hombre me ha puesto la mano encima despues de injuriarme groseramente, á mí que soy un caballero que poseo todas las condecoraciones nacionales y muchas estrangeras, aunque nunca me las pongo, porque yo aprecio á las personas por sus virtudes y no por la ridícula ostentacion de esas esterioridades que desprecio altamente. Vamos á ver: ¿qué partido debo tomar?

—Señores, dijo Segundo, aunque se trata de un hermano mio, yo conozco sus defectos mejor que ustedes, y de consiguiente les doy carta blanca para hablar con toda franqueza.

—Pues en ese caso, dijo el del bigote superlativo, yo creo que el hecho y la persona deben mirarse con el mas soberano desprecio.

—En cuanto á mí, replicó el baron de la Ballesta, no sé lo que haria por de pronto; pero yo soy hombre que nunca me dejo insultar impunemente, y por lo tanto creo que el señor Judas debe lavar su afrenta de cualquier modo.

—Por mi parte, agregó Maloja, le habia de exijir una satisfaccion judicialmente, aunque me costase la mitad de mi fortuna y dejase, por consiguiente, de figurar en la aristocracia del dinero, que se honra de contarme en el número de sus miembros mas distinguidos.

Cada cual de los convidados continuó dando su parecer con el mismo tono enfático que los tres primeros, en vista de lo cual José Gilberto, que ya no cabia en el pellejo de pedante, dijo para su capote:

—¡Qué tontos y qué fátuos son algunos hombres!

Y mientras esto decia, no contento con haberse ya engullido todas las ostras que le tocaron, se apoderó de las que quedaban todavía en el plato de Encarnacion, diciendo:

— Dispense V., señorita; yo no puedo resistir á la tentacion de ayudarla á vaciar el plato, que quizá era muy pesado para usted sola.

Si se hubiera tratado de alguna cosa ordinaria, como el faisan trufado, el besugo, la ternera mechada y aun el flan de leche, la accion de José Gilberto habria sido calificada de insigne grosería; pero como se trataba de las ostras y se habia convenido universalmente en que todo el mundo debia chuparse los dedos por ellas, la barbaridad fué aplaudida como una gracia del mejor tono posible.

—Yo soy hombre que hubiera hecho lo mismo, dijo el baron de la Ballesta.

—Pues yo, no digo nada, repuso Gutierrez de Leon, aprovechándose de la distraccion de Vargas para quitarle dos ó tres ostras que le quedan en el plato.



Esta fué la señal de un simultáneo merodeo, en el cual todos trataban de apoderarse de los platos agenos escondiendo los suyos. Segundo, muy contento de aquella familiaridad, dijo algunas palabras á un criado en voz baja, y un momento despues se vieron entrar en el comedor algunos hombres que conducian un barril de ostras como de una tonelada. El pillaje del buen tono cesó repentinamente, y una salva de aplausos, con calurosos vítores al anfitrion, acojieron aquella venturosa sorpresa. No se necesitaba mas para colejir que probablemente á ninguno de los convidados le gustaba el manjar á que todos mostraban una aficion borrascosa; pero la moda tiene exijencias á que no es lícito resistir, y quizá la mas imperiosa de todas ha sido la de la osteril afectacion.

—Caballeros, dijo el pintor Secante, poniendo la mano sobre el mencionado barril, como si fuese sobre un objeto sagrado; juro por el inapreciable contenido de este hermoso tonel, que si á mí me hubiesen faltado como al señor Judas, habia de poner al agresor en caricatura, como puse dias pasados al vizconde de Sotoflorido, cuya bella señora conocerán ustedes, aunque no tan íntimamente como yo.

—Ese seria un pobre castigo, se dignó responder José Gilberto, escuchándose á si mismo con pasmosa atencion segun hablaba. Yo le desafiaria en todos los terrenos, como lo hice con el coronel Barrondo, á quien perdoné la vida disparando al aire, pues me hubiera parecido un asesinato el apuntarle con mi pistola, teniendo como tengo la seguridad de matar un mosquito á treinta pasos, ó como al comandante Cañalver, á quien desarmé con mi sable tres veces en tres minutos, ó, en fin, como al capitan Varela, que fiado en sus fuerzas hercúleas me desafió al trómpis, y á las primeras de cambio le hice besar el suelo. Probablemente conocerán ustedes á estos sugetos.

—Yo no, dijo Secante; pero puedo asegurar que sus mugeres me conocen á mí.

Segundo, á quien ya iban hastiando con razon las pullas del artista, contestó con buenos modos diciendo que ciertas cosas nunca debian decirse, por mas que las tales ciertas cosas fuesen tambien cosas ciertas.

—Y menos cuando esas ciertas cosas son cosas inciertas, añadió José Gilberto, poniéndose mas fosco que un coracero portugués en un dia de gran parada, como que los tres individuos que yo he citado son solteros.

No puedo menos de alabar esta revelacion con que José Gilberto castigó al jactancioso pintor; pero si yo hubiera estado presente, habria completado la verdad diciendo que los tres militares á quienes el insensato se vanagloriaba de haber derrotado en el terreno de la puntería, de la esgrima y de la fuerza, no eran solteros, ni viudos, ni casados, puesto que no existian, y que los tres referidos lances eran, quizá, las tres únicas creaciones ingeniosas que honraban á la estraviada imaginacion del enfático José Gilberto.

No sintió tanto Secante la reprimenda que le dió Segundo como el solemne mentís que recibió del poetastro, y para no quedar por embustero, que es el asunto favorito de los que nunca dicen la verdad, supuso que el coronel, el comandante y el capitan, de cuyas mugeres habia él hablado, serian distintos sugetos, aunque tuviesen los mismos apellidos que los citados por José Gilberto, con lo cual quedó el punto suficientemente discutido y la mentira en pié.

—Yo quisiera saber, dijo Segundo para variar de conversacion, qué haria mi buen amigo el diputado Vargas con mi hermano Benito en el caso de hallarse en el pellejo de mi amigo Judas.

—¿Qué habia yo de hacer? contestó Vargas sonriendo; nada, porque ahí no veo mas que dos caminos, el del honor y el de los tribunales, y me seria imposible apelar al uno ni al otro por mi posicion especial.

—Esplíquese usted, repuso Segundo, atónito de oir que puede la posicion especial de un hombre cerrarle las puertas del honor y de los tribunales.

—La razon es muy obvia, continuó el diputado Vargas; yo debo ser llamado de un momento al otro por S. M. para formar el ministerio; porque en cayendo los actuales ministros, cuya vida política no puede ya ser duradera, ¿quién me ha de disputar la presidencia del Consejo? Ahora bien: cuando esto se

verifique, no podré batirme por la razon de que un primer ministro se debe á su patria y al puesto que ocupa mas que á sí mismo, y por otra parte, creo que está obligado á dar el ejemplo de respeto á las leyes que prohiben los desafíos. No podria tampoco apelar á los tribunales, porque, aunque mo sobrase la razon, se diria que habia logrado una sentencia satisfactoria ejerciendo con mi gran influencia una perniciosa coaccion moral en el ánimo de los jueces; y con esto queda esplicado el misterio.

—Y no deja por cierto de ser ingeniosa la esplicacion, replicó Segundo, solo que, francamente, aun suponiendo que la fraccion dominante caiga del poder, ¿está V. seguro de ser el único hombre designado por la opinion para formar el nuevo ministerio?

—¡Vaya una pregunta! contestó Vargas metiéndose de una vez tres ó cuatro ostras en la boca, como para robustecer su importancia política; ¿pues, en que se funda V. para dudarlo?

—Yo, dijo Segundo, no pongo en duda ni por un momento la importancia de V., y desde luego me felicitaria de que fuese V. el preferido por la corona para formar el gobierno que ha de suceder al actual; pero he avanzado mi pregunta que, quizá peca de indiscreta, fundado en que conozco á mas de ochenta diputados, de los cuales, francamente, no hay uno solo que no tenga lo mismo que V. la completa seguridad de figurar al frente del nuevo ministerio.

—No negaré que pueda haber esas aspiraciones risibles en algunos hombres obcecados por la vanidad, dijo Vargas; pero ya lo he dicho: esas no pasan de ser risibles aspiraciones en los sugetos á que V. se refiere. Ademas, agradezco el favor que V. me dispensa diciendo que se felicitaria de que yo fuese el preferido, pero debo hacerle observar que esta no es cuestion de preferencia sino de importancia política, y por mas que se quiera declamar contra la teoría de los hombres necesarios, los hechos demuestran que hay circunstancias, como las presentes, en que los hombres de mi capacidad se hacen indispensables.

Como Vargas dió esta contestacion con tanto aplomo y al

mismo tiempo iba devorando uno tras otro innumerables platos de ostras, casi todos los oyentes quedaron persuadidos de que en efecto, tenian allí al futuro presidente del Consejo; pero ninguno le tuvo envidia, porque esto, segun la opinion que cada uno tenia de sí mismo, nunca podría quitarle á Maloja de ser el primer capitalista, al baron el primer hombre, á Judas el primer caballero, á Gutierrez de Leon el primer literato bigotudo, á Rimeron el primer poeta y á Secante el primer artista. El único que oyó con disgusto el panegírico que Vargas habia hecho de sí mismo, fué José Gilberto, el cual hizo un gesto de mal disimulado disgusto mirando al orador y diciendo para su capote:

—Lo que yo saco en limpio de todo esto es que tú eres un fátuo de primera tigera.

Y dirijiéndose luego con hidrópica afectacion á uno de los sirvientes, le dijo:

—Muchacho, tú crees sin duda que yo soy un camaleon para vivir del aire, ó que he venido á esta casa para hacer penitencia; tráeme otro plato de ostras, ó si te parece mejor, arrima por acá ese barril, pues veo que tú no puedes irme dando tantas como yo estoy seguro de ir comiendo.

Vean ustedes si el poetastro perdonavidas era ocurrente cuando el caso no lo requería. Y lo mas estraño de todo era que aquellos mismos hombres que habian manifestado no envidiar á Vargas, cuando éste mostró tener la seguridad de verse pronto á la cabeza de la administracion pública, envidiaron como agudezas de primer órden las dos necedades con que José Gilberto hizo ver su acendrada pasion á las ostras; una cuando se las quitó á Encarnacion, que fué una galantería del género burdo, y otra cuando pidió el barril, cuyo acto no se puede calificar sino es diciendo que era una Gilbertada.

—Con que, volviendo á nuestro asunto, dijo Segundo Calleja, ¿no se les ocurre á ustedes algun medio de castigar debidamente á mi hermano Benito? Deseo saber el desquite que tomaria nuestro digno camarada el poeta Rimeron.

—Yo, respondió éste, si un hombre me atropellara de esa manera le mataría, no con esas armas vulgares que solo destruyen



la vida material, sino con mi sátira tremenda, pues estoy seguro de que el dia que yo me proponga mojar mi prodijiosa pluma en hiel contra una persona, ésta no tiene mas remedio que ahorcarse, si no se muere de pesadumbre á los cinco minutos de ver mi filípica.

Todos creyeron que, en efecto, Rimeron era capaz de hacer lo que decia; pero no por eso dejaron de seguir en sus trece, considerándose el que mas y el que menos á mayor altura política, social, rentística, literaria ó intelectual que el poeta.

—Yo soy hombre, dijo para sí el baron, que estoy á cubierto de esos ataques; porque no me reconozco ningun defecto, y de consiguiente, me parece que no ha nacido ni nacerá un génio satírico capaz de ridiculizarme.

—Bonito númen debe tener ese prójimo, pensó para sus adentros Maloja, pero no se lo cambio por mi fortuna, que es el verdadero númen.

Cada cual fué de este modo haciendo sus comentarios mentalmente, menos Segundo que, no sabiendo que pensar del mérito de Rimeron, apeló en voz baja al dictámen de José Gilberto preguntándole que concepto habia formado del poeta. José Gilberto no hizo esperar mucho tiempo su respuesta; tragó de una vez varias ostras que estaba mascando, y acercándose á á la oreja de Segundo, le dijo con su natural prosopopeya:

—No vale nada; es un fátuo.

—Pues bien, caballeros, continuó Segundo, resumiendo las opiniones emitidas sobre el particular; estoy viendo que mi hermano quedaria impune con los unos y flojamente castigado por los otros. Yo por mi parte le impondría un castigo que, sin ser exajerado ni cruel, le haria muy cauto en lo sucesivo.

—Sepamos cual sería ese castigo, esclamaron todos á una voz.

—Yo, añadió Segundo, no le despreciaría, porque á un hombre que no conoce la vergüenza no le hacen mella los desprecios; ni gastaría mi tiempo en imponerle una pena corporal, porque Benito, en atencion á su carácter, puede decirse que ha vivido en presidio desde que tuvo uso de razon; ni le haria sátiras ó caricaturas, esas armas morales que necesariamente se



habian de embotar en un cuerpo sin alma; ni le llamaría al campo del honor á donde jamás concurren los que no le conocen. Yo le condenaría á pagar todas las ostras que ustedes son capaces de comer en una semana.

La hipérbole pareció tan estraordinaria, que Segundo se vió interrumpido por una prolongadísima salva de aplausos acompañados de estupendas carcajadas.

—Pues hombre, dijo Vargas, luego que pudo hablar, aunque fuera el mismo Creso, cón semejante castigo, es probable que se quedara pidiendo limosna.

—Yo solo bastaria para arruinarle, añadió Gutierrez de Leon echándose los bigotes detrás de las orejas, como suelen hacerlo las mugeres con sus rizos; y con esto dejó demostrado tener las únicas orejas que en el mundo pudieran soportar la pesada carga de aquellos bigotes piamonteses.

—Dura prueba seria esa, repuso Maloja, y tanto que solo Rostchild y yo seriamos quizá los únicos capitalistas europeos que pudiéramos resistirla.

Encarnacion, desairada durante toda la comida por aquellos galanes que solo quemaban incienso en los altares de su amor propio, estaba ya tan harta de oir á Maloja ponderar sus riquezas, que se acercó al oido de José Gilberto, preguntándole en voz baja si verdaderamente aquel hombre era tan poderoso banquero como él suponia.

—Creo que en efecto es algo rico, respondió en el mismo tono José Gilberto, pero no tanto como él se figura, porque es un fátuo incorregible.

—De modo, dijo Segundo, que por lo visto, queda aprobada la pena que yo propongo, y eso que no se hallan ustedes en posicion de saber como yo hasta que punto semejante castigo sería duro para mi hermano. Ahora bien: esta sentencia para ser completa necesitaria una adicion y seria la de obligar á mi referido hermano á comprarse un chaleco nuevo para presidir el banquete.

Los convidados, que, por respeto á Segundo, no se habian atrevido hasta entonces á decir una palabra sobre el asunto, dieron rienda suelta á cuanto su imajinacion les sujeria contra

aquel abominable chaleco, que era lo que mas les habia llamado la atencion en toda su vida. El insigne Vargas habia notado que no era de cuello alto ni de cuello caido, sino mestizo de ambas razas, puesto que por un lado estaba caido y por el otro levantado. El artista observó que el tal chaleco podia servirle á él de paleta para pintar, pues seguramente reunia entre sus remiendos todos los colores simples y compuestos que se han descubierto hasta la presente, y no dejaba de ser respetable el voto de un hombre que se tenia por el primer colorista de su siglo. Rimeron comparó aquella tan abigarrada superficie á un poema en variedad de metros; dijo que tantos remiendos con tan diversos matices eran como los ojos de Medusa, capaces de convertir á los hombres en piedras, y que por fin, el tal chaleco haria en el escudo de Minerva mas efecto que la cabeza de la terrible Gorgona, con otras sandeces por el estilo que en su concepto revelaban en él un gusto tan depurado para la poesía como para las ostras. El baron de la Ballesta manifestó que él era hombre que no conocia la aprension, pero que, aunque se viese hecho un Adan y se encontrara el chaleco de Benito cargado de onzas, no lo recojeria. José Gilberto declaró que él no habia jamás conocido el miedo, pues se tenia por el primer jimnasta de la época, por el primer tirador de España y por el primer espadachin de Europa; pero que, sin embargo, habia mirado con pavor la prenda de que se iba tratando; añadió que no se creia capaz de describir el tal chaleco y eso que él estaba reconocido como el mas eminente poeta del mundo, y finalmente dijo:

—Me alegro de que se haya presentado ese fenómeno á ver si divide algo la atencion del público, que me abruma por donde quiera que voy con sus miradas. Ya se vé, como que desde la primera décima que publiqué, todo Madrid está asombrado de mi talento y se me ha colocado con razon á la cabeza del Parnaso universal, toda la gente desea conocerme y hay muchos que, no atreviéndose á solicitar mi amistad, se llenan de orgullo con solo mirarme; pero ya estoy cansado de escitar hasta tal punto la curiosidad general, por cuya razon celebro que se presente algo estraño para que el vulgo me deje descansar.

Satisfecho de su monstruoso discurso, quedó por algunos momentos esperando alcanzar el aplauso unánime de los entusiasmados oyentes, y como todos le dieron chasco guardando un silencio no menos frio que el citado discurso, José Gilberto envidió por un momento el poder de Neron para condenar á muerte á los que habian tenido la insolencia de no aplaudirle; pero se contentó con decir para su sayo:

—Me está bien empleado, por rebajarme hasta el estremo de dirigir la palabra á todos esos fátuos, incapaces de comprenderme.

—De modo, dijo Segundo, que yo debo avergonzarme de estar hasta cierto punto emparentado con tan insolente chaleco. Pues desde ahora juro que he de perseguirle hasta acabar con él antes que él acabe conmigo. Pero, á todo esto, me parece estraño que, habiendo cada cual dicho lo que haria con mi hermano si estuviera en el pellejo de mi amigo Judas, éste no ha querido decirnos lo que hará si es que trata de hacer algo.

Judas no respondió sino con una sonrisa maliciosa, que cada cual interpretó á su manera y todos equivocadamente. Uno creyó que aquella sonrisa era una espresion de desden al agresor, otro pensó que revelaba un propósito de venganza; hubo quien la atribuyó á la elevada posicion aristocrática de Judas, el cual, como tenia mas de cuarenta condecoraciones, podia muy bien dejarse insultar impunemente cuarenta veces y á pesar de todo probar que era cuarenta veces caballero. Pero nosotros, que recordamos la mala pasada que Judas habia jugado á Benito en Cartagena, sabemos á qué atenernos en cuanto á la significacion de aquella sonrisa. Sin embargo, Segundo insistió en hacerle hablar diciendo que no solo habia sufrido el insulto de obra sino tambien de palabra, pues Benito le habia llamado ladron, dictado el mas ofensivo que se puede aplicar á una persona decente.

—Las cosas, dijo entonces Judas, tienen un valor relativo, y en esto me fundo para mirar lo que aquí ha pasado con el mas alto desprecio; porque, señores, aunque la triste escena que ha tenido lugar se estuviese repitiendo eternamente, Benito siempre seria Benito y yo nunca dejaré de ser Judas.

Todos celebraron este modo de ver la cuestion, pero ninguno tanto como Segundo, que conocia los antecedentes de Judas y sospechaba algo del motivo que habia tenido su hermano para embestirle, y con tales antecedentes se hallaba en estado de apreciar el epígrama que aquel hombre se habia hecho á sí mismo en su orgullosa contestacion. Por lo mismo resolvió provocarle de nuevo, poniéndole en el apuro de dar una respuesta categórica que no le dejaría en buen lugar, si era negativa, cuando entró un criado diciendo que una mujer preguntaba por el Sr. D. Judas, añadiendo que necesitaba verle con urgencia.

Calculen ustedes las bromas de que con tal motivo seria objeto aquel hombre. Todos á porfia empezaron á zumbarle, diciendo que si andaba en malos pasos, cuando hasta en las casas agenas le iban persiguiendo las mujeres, y que se apresurase á salir porque quizá no tendría espera el negocio para que le buscaban, con otras gracias por el estilo. Judas, para probar que nada tenia oculto en asuntos del bello sexo, dijo que si se lo permitian no tendria inconveniente en recibir á la indicada mujer en presencia de todos, y como entre aquellos hombres no habia uno que tuviera sentido comun, fuera de Segundo, dijeron que desde luego aceptaban la proposicion para ver por sus propios ojos que tales eran los de la dama misteriosa. Esta entró por fin; pero en lugar de la jóven linda y coqueta que todos se habian forjado en la imaginacion, se encontraron con una pobre muger del pueblo, como de unos cuarenta años, miserablemente vestida y revelando en la fisonomía, no solamente los padecimientos de la escasez, sino tambien los síntomas de un dolor irresistible.

—¿Qué se le ofrece á V.? preguntó Judas, avergonzado de que le buscase una muger de tan plebeya facha.

—Señor, contestó la pobre con toda la dignidad que su afliccion la permitia; yo soy la esposa de Tomas Figueroa, y con esto solo me ahorrará V. de dar mas esplicaciones delante de estos señores.

Judas puso la cara mas estraña del mundo para indicar que no entendia una palabra, y al fin dijo que, no teniendo nin-

guna relacion con el tal Figueroa, necesitaba muchas esplicaciones para comprender que se le hubiese molestado á él, un hombre abrumado de condecoraciones, en una casa agena digna de toda consideracion.

—Por lo que hace á la casa no hay que apurarse, dijo Segundo, porque aquí tienen cabida todas las condiciones sociales. Ademas, ese Tomas Figueroa ¿no es un paisano nuestro?

—Sí, contestó Judas haciendo un gesto despreciativo; es un antiguo cerrajero de Cartagena.

Y volviéndose á la muger, la ordenó que saliese á esperarle á la puerta de la calle si algo tenia que decirle.

—Poco á poco, repuso Segundo; si la señora tiene algo reservado que decirle á V., no necesita irse por eso á la calle, que pase desde luego á la sala y tome asiento, porque ya he dicho que mi casa es buena para todo el mundo, y añadiré que sobre todo pertenece á mis paisanos.

—Pues una vez que es V. tan generoso, señor, dijo la pobre muger, diré que no hay nada reservado, y que imploro su proteccion para que el señor D. Judas me devuelva á mi hija.

Esta singular demanda produjo gran impresion en los circunstantes, conmoviendo particularmente todas las fibras del noble corazon de Segundo. El rostro de Encarnacion espresó en lo encendido de sus megillas y la contraccion de sus facciones la doble emocion del pudor y de una ansiedad indefinible. Se notó tambien que el pintor, desde que aquella muger entró en la estancia, se habia puesto descolorido y trémulo; pero nadie mostró naturalmente un aire tal de estupefaccion como el mismo Judas.

—Buena muger, dijo éste, mire V. lo que hace antes de lanzar una acusacion de esa especie contra un caballero de mis circunstancias, porque podria costarle muy caro su atrevimiento.

—¿Y qué me importa lo que me pueda sobrevenir despues de haber perdido á mi hija, á mi única hija? esclamó la desdichada muger en un violento arranque de pasion.

—Señores, dijo el apostrofado dirijiéndose á los compañeros de la mesa, mientras Segundo hacia tomar asiento á la muger de Figueroa; puedo asegurar á ustedes que mi sorpresa es tan-

to mas grande en esta ocasion, cuanto que no tengo la menor noticia del paradero de la hija de esta muger, que ha cometido el desacato de acercarse hasta mí.

—Y aunque así no fuese, agregó el baron de la Ballesta, yo soy hombre que no concibo la audacia con que una muger de un cerrajero se atreve á molestar, por una tontería semejante, á un hombre de cierta posicion social. Creo que la muger esta debiera darse por muy contenta con que su hija reciba el honor de estraviarse con un caballero como el Escelentísimo Señor Don Judas Cain y Dracon.

La muger de Figueroa quiso abalanzarse á sacar los ojos al que tan infames palabras proferia, y lo hubiera conseguido sin la rápida intervencion de Segundo. La pobre, no pudiendo vengarse, ni acertando á encontrar otro desahogo, rompió en un acceso de llanto que se comunicó á la misma Encarnacion, en quien habia despertado la mas generosa simpatía.

Esto era ya demasiado para Segundo, que lamentaba justamente los dos percances tragicómicos con que su banquete se habia interrumpido. Para poner por de pronto fin á la última escena, hizo conducir á la muger de Figueroa á una habitacion interior, acompañándola él mismo y rogando á sus convidados que siguiesen comiendo hasta su vuelta.

Luego que la desgraciada muger se vió á solas con Encarnacion y Segundo, en quienes por los cuidados que la prodigaban vió dos genios protectores, les esplicó de que modo su hija habia desaparecido hacia cerca de un mes, en cuyo tiempo ella no habia hecho mas que buscarla por todo Madrid, sin tener un instante de sosiego. Dijo que la única noticia que habia logrado recibir fué la de una tentativa de rapto que algun tiempo antes hizo el tal Judas, despues de haber puesto inútilmente en planta todos los medios para seducir á su hija, y que con tales antecedentes suponia que dicho Judas era el que por fin la habria robado á su hija, sin que á pesar de todo tuviera de ello una completa seguridad.

Todo esto era cierto, pero tambien lo era el que Judas ignoraba de todo punto el paradero de Laura, que así se llamaba la hija de Figueroa, como que dicha jóven, lejos de estar

en casa de Judas, estaba en la del pintor Valentin Secante, que era el que habia logrado corromper su corazon.

—Hija mia, dijo Segundo despues de haber oido el relato de la pobre Socorro, quédate aquí al lado de esta buena muger para consolarla y asistirla, y usted, señora, vea de tranquilizarse hasta donde se lo permita su dolor de madre. Yo voy á acompañar á mis amigos por ahora; pero despues seré con V., y desde luego aseguro que si su hija se halla efectivamente en poder de Judas, le será restituida antes de dos horas.

—¡Ah! mil gracias, señor, respondió la muger con la espresion del mas vivo reconocimiento.

—Ahora, continuó Segundo, si no está en casa de Judas nada puedo prometer, como no sea el hacer las mas vivas diligencias para buscarla.

Y diciendo esto, salió de aquella habitacion con el objeto de continuar aquel desdichado banquete tantas veces interrumpido. Cuando llegó al comedor vió que todos sus amigos se hallaban impacientes, y les pidió mil perdones por haberles dejado solos tanto tiempo; pero ellos le hicieron saber que su ausencia les habia tenido sin cuidado, y que lo que entonces les tenia verdaderamente afligidos era la terrible calamidad de haberse acabado las ostras.

—Pues hombre, dijo Segundo, ¡si habia lo menos una tonelada!

—¿Y qué sirve una tonelada para hombres como nosotros? contestó Vargas.

—Con una tonelada de ostras no habria para mí solo, repuso Gutierrez de Leon.

—Mi amigo, añadió Maloja, cuando usted nos convide otra vez procure hacer una provision regular de ostras, porque hoy nos hemos llevado chasco.

En fin, cada cual tenia preparado su chiste para ponderar su aficion al manjar de la moda, escepto José Gilberto, que ya miraba con ojos de piedad á todos aquellos hombres, diciéndose á sí mismo:

—Está visto: esto no es otra cosa mas que una reunion de fátuos.

CAPITULO VIII.

Esa es mas negra.

Por de contado, el comer pavo, despues del precioso descubrimiento de las ostras, era ya de muy mal tono, y siendo la pava lo que mas se parece al pavo, tambien debia ser de mal tono el comer pava. Esto quiere decir que la pava de Cristóbal quedó intacta, despues de los sudores que Secante habia pasado para dejarla sin plumas ni cañones, leccion elocuente que no deben olvidar los aficionados á pelar la pava. Pero, francamente, si la pava y todos los otros manjares que se ostentaron con abundancia en la mesa de Segundo quedaron como habian salido de la cocina, no fué todo por virtud de los gastrónomos allí reunidos, ni por una fiel sumision á las prescripciones del buen tono, sino porque, el que mas y el que menos, habia engullido una cantidad de ostras veinte y cinco veces mayor de la que hubiera podido digerir un elefante, si entre los elefantes cundiese un dia la singular aficion de comer ostras. Todos los que en el referido convite tomaron parte, la tomaron tambien luego en el famoso sistema purgativo de Mr. Le Roy, precursor digno, aunque algo pálido, del doctor Jalapa, y á esto debieron el librarse de la tumba. Las

únicas personas que no sufrieron de indigestion fueron Segundo y su hija, por la sencilla razon de que, no teniendo tantas ínfulas aristocráticas como sus convidados, comieron pocas ostras, aunque siempre comieron algunas para tener el derecho de seguir alternando en la buena sociedad.

Por lo que hace al estravío de Laura, la hija del cerrajero Figueroa, nada se pudo descubrir. Segundo interpeló á Judas en todos los tonos, apelando en su lenguaje á todos los recursos de la retórica y de la pasion, hablando al juicio y al sentimiento, empleando por fin la súplica y la amenaza; pero todo esto tenia que ser necesariamente inútil, puesto que Laura no estaba en casa de Judas, sino en la de Secante, como ya se dijo en el capítulo anterior, y por mas firmeza que desplegara Segundo, le era imposible que Judas hiciese milagros.

Pero si la pobre Socorro no tuvo la fortuna de hallar á su hija, tuvo á lo menos el consuelo de encontrar una madre en la jóven Encarnacion, que desde el primer dia se declaró su protectora y logró que Segundo diese un empleo á Figueroa en su misma casa, mas bien como un pretesto para señalarle una pension que para utilizar los conocimientos del cerrajero, pues ya sabemos que éste era capaz de estarse diez dias enteros sin comer, cuanto ni mas sin trabajar, por el prurito de contar á todo el mundo las historias de su genealogía.

El pintor D. Valentin Secante, sin dejar de tener á Laura bien guardada, continuó haciendo la corte á Encarnacion, cuya rica presa le disputaban Vargas, Maloja y demás individuos que ya conocemos, sin contar un sin número de desconocidos que sucesivamente se fueron presentando.

Puede asegurarse que ninguna jóven ha corrido en el mundo tanto peligro como la bella Encarnacion, quien estuvo siempre asediada por multitud de hombres abrumados con todos los defectos de una época eminentemente sensual. El peligro era tanto mayor, cuanto que la hija de Segundo tenia en ser demasiado hermosa la desgracia de que todos los hombres que la veian se volviesen locos por ella, bien al revés de lo que con otras acontece, que se consideran desgraciadísimas por no cautivar la atencion de ningun hombre. Pero si el ver-

se objeto de toda especie de anzuelos amorosos hubiera podido ser un riesgo enorme y permanente para otras mugeres, no lo era para Encarnacion, que llegó á cumplir los veinte años dando muestras repetidas de mirar á todos los hombres con la mas inesplicable indiferencia. No hubo halago, ni belleza física, ni potencia intelectual, ni posicion, ni riquezas que no se estrellasen contra aquel corazon diamantino, y se habría dicho que Encarnacion aborrecia profundamente á los hombres, si ella hubiera sido capaz de aborrecer á nadie, de lo que estaba muy lejos.

Segundo, que en nada pensaba tanto como en asegurar á su hija una digna colocacion, veia con sentimiento la frialdad de que ésta daba tan elocuentes pruebas; pero por mas que exajeraba las grandes cualidades personales de los partidos que se presentaban, Encarnacion tenia siempre en la cabeza un arsenal de objeciones contra el matrimonio, y particularmente contra los galanes que tanto la recomendaban, por hallar que los unos eran demasiado almibarados, los otros groseros y todos casquivanos, que era la falta menos perdonable á sus ojos. Hubo, por fin, un hombre bastante venturoso, no para merecer el amor de la insensible jóven, sino para que ésta se prestase á hacer el inmenso sacrificio de darle su mano por complacer á Segundo; pero para entrar en este punto de nuestra historia será necesario dar algunos preliminares que contribuyan á ilustrarla. Toquen y bailen.

Diré por de pronto que, por fin, Segundo, escuchando solo la voz de la sangre ó los siempre nobles impulsos de su corazon, estrechó nuevamente sus relaciones con Benito, á quien no pudo civilizar por mas esfuerzos que hizo. Lo primero que trató fué de ver si le podia hacer renunciar á su posada de la calle del Lobo, pero como ésta producia gordas utilidades al avaro, no habia medio de persuadirle á que la dejase. Despues intentó adecentarle, y para ello se comprometió á regalarle todos los trages que gastara, con la precisa condicion de que se los habia de poner; y aquí logró en parte su intento, porque al fin Benito consintió en ir bien vestido, siquiera porque todo lo que llevaba encima era de gorra; pero lo que nun-

32

ca se pudo lograr fué hacerle cambiar de chaleco. Segundo le obsequió cada año lo menos con dos docenas de chalecos nuevos, unos de piqué, otros de terciopelo, otros de raso, segun la estacion del año en que vivian; pero todo fué escusado para arrancar el chaleco viejo del cuerpo de Benito, al cual parecia estar tan vitalmente adherido como las conchas al cuerpo de un galápago. Lo que hacia Benito con los chalecos nuevos que Segundo le regalaba, era venderlos y conservar el viejo, que parecia mas chocho y hasta criminal por el contraste que formaba con el resto del trage. Hubiérase dicho propiamente que Benito llevaba la vida en el chaleco, y en efecto, es posible que la prenda y el amo tuviesen ya tan recíproca afinidad que, al separar al uno del otro, habrian ambos pegado un chasquido, convirtiéndose en polvo como las lágrimas batábicas cuando les rompen la cola.

Dejando estas consideraciones á un lado, lo que resultaba de mas importante para nosotros era que Segundo habia reanudado sus buenas relaciones con Benito, á quien visitaba frecuentemente, como si no pudiese menos de quererle por lo mismo que no acertaba á correjirle, y no será estraño que alguna vez nos felicitemos del gusto singular que Segundo tenia en visitar á Benito.

Un dia, por ejemplo, llegó á tiempo de prestarle los eficaces ausilios que su situacion demandaba, pues le encontró desmayado á la puerta de la posada del Cuervo á consecuencia de una horrible pisada que acababa de recibir. Esta vez el dolor fué tan agudo que privó á Benito del conocimiento, dejándole tendido en el suelo cuan largo era, y probablemente le habria pasado por encima la rueda de un coche si no hubiese llegado Segundo bastante á tiempo para impedirlo. Cuando este fracaso tuvo lugar, hacia ya cerca de un año que el avaro vivia condenado á voluntaria reclusion, es decir, á permanecer continuamente encerrado para poner sus piés á cubierto de las asechanzas de Jorge Luis, y sin embargo de tantas precauciones como tomaba, tales eran sin duda las que al travieso muchacho le sugeria el afan de perseguirle, que no obstante haber estado Benito enjaulado tantos meses, no hizo mas que

poner la primera vez los piés en la calle, cuando recibió la mas tremenda pisada que hasta entonces le habia dado su inflexible antagonista.

Por fortuna, esta feroz pisada fué por entonces la última, y quizá por eso mismo quiso Jorge Luis recalcarla bien para que quedase perfectamente grabada, no solo en los piés, sino tambien en la memoria de Benito. Desde esta fecha desapareció Jorge Luis, dejando al avaro en paz, de modo que éste pudo salir libremente de casa y hacer sus escursiones favoritas al cerro de San Blas, sin esperimentar ninguno de los dolorosos contratiempos que le habian obligado á buscar la salvacion en el encierro.

Tres años lo menos habrian trascurrido sin que Benito volviese á tener mas novedad que la de ver su posada en decadencia, motivo por el cual se resolvió á cerrarla y retirarse á una bohardilla, donde pensaba pasar el resto de sus dias reducido á la última miseria, cuando le cayeron varios huéspedes de aquellos de quienes él calculaba sacar mucho partido, y por consiguiente se decidió á seguir esplotando la mina de la posada del Cuervo. Uno de ellos era un jóven como de diez y ocho á veinte años, no mal parecido, aunque se daba cierto aire á Benito, el cual á nadie podia parecer bien. Pero la semejanza entre dicho jóven y el posadero era tanto mas notable cuanto que, no solo tenia el primero en el conjunto de las facciones el mismo aire de familia, sino tambien el consabido mechon blanco en el cogote, seña por la cual el avaro no podia menos de reconocer al viajero, y mas sabiendo que se llamaba Crisanto y que era hijo de padres italianos, aunque nacido en Cartagena. Sin embargo, lo que hizo que Benito recibiese al huésped con el mayor agasajo, fué el verle con algun dinero que pensó desde luego heredar, para que el mundo no dejase de andar al revés en lo que á semejante hombre concernia, porque el heredar los hijos á los padres es cosa que tiene lugar todos los dias, pero el proponerse los padres heredar á los hijos, solo se le hubiera podido ocurrir

al desdichado y mísero embeleco
que llevaba la vida en el chaleco.

Pero de todos los viageros que la casualidad llevó á casa de Benito, el mas importante para éste, por muchos conceptos, era otro jóven muy rico, segun las apariencias, y muy pródigo, como lo habia hecho ver desde que tomó habitacion en la posada del Cuervo. Llamábase este caballero D. Toribio Maribel, conde de la Pila-Seca, y tenia muy gallarda presencia, ojos negros, barba poblada del color de sus ojos, una cabellera muy esmeradamente rizada del color de la barba, y tan elegantes maneras de gran señor, que no podia menos de cautivar á todo el mundo.

Apropósito he querido hacer especial mencion de estos dos individuos, porque desde luego simpatizaron recíprocamente, á lo cual ayudó mucho sin duda la uniformidad de gustos científicos, aunque el uno, el del mechon, aparte de sus inclinaciones filosóficas en que brillaba como un optimista de los mas ardientes, se habia consagrado con especialidad á la mineralogía, y mas particularmente á la metalurgia, mientras que el jóven conde de la Pila-Seca dedicaba sus meditaciones y estudios á la mecánica. En una palabra: Crisanto era un minero de los mas furibundos, y el otro se pasaba las noches en vela buscando un nuevo agente motor que regalar á la industria.

Para decir la verdad, Crisanto no habia sido muy afortunado hasta entónces; mas bien figuraba en ese noventa y ocho por ciento de los que pierden su dinero á fuerza de buscarlo en las entrañas de la tierra. Durante el tiempo que permaneció en Salamanca, dió largos paseos por los alrededores de la ciudad, y creyendo que aquel terreno era lo que llaman argentífero, denunció mas de veinte pilones de fácil y abundante esplotacion. Como el demonio de la codicia es el que mas suele tentar á los hombres, no hacia Crisanto mas que anunciar la existencia de alguna mina, cuando ya se estaba formando una sociedad para esplotarla; pero probaron tan mal los descubrimientos de Crisanto que cuantas sociedades se formaron en Salamanca merced á sus indicaciones, otras tantas se disolvieron despues de haber perdido el tiempo y el dinero en escavaciones inútiles. Por fin, luego que logró escarmentar á to-

dos los minero-maniacos de la provincia, trató de escamentarse á sí mismo sin poderlo conseguir, por aquello de: "genio y figura hasta la sepultura". Engolosinó á sus padres con la idea y buena fé de hacerlos millonarios, y el célebre marqués de Testaferrata le abrió un crédito para que pudiera disponer de toda su fortuna. Con tan buenos recursos, comenzó á la vez los trabajos de ocho ó diez minas horadando furiosamente la tierra en todas direcciones, y haciendo tan prolongadas galerias que no parecia sino que trataba de dejar atrás á las famosas catacumbas de Roma y de Paris, ó abriendo pozos tan profundos, como si se hubiera propuesto convertir la tierra en cuenta de rosario, agugereándola de parte á parte. Si al ménos hubiese tropezado con una de las infinitas corrientes subterráneas que refrescan las capas interiores de la tierra, ya no lo habria perdido todo, porque hubiera dotado á la ciudad de un pozo artesiano, que no deja de hacer alguna falta en aquella tierra, y él hubiera encontrado por carambola el dinero que buscaba, pues un pozo artesiano deja tal vez mas utilidades que un filon de plata, por grande que sea su potencia; pero ni siquiera una gota de agua se halló en los inmensos trabajos en que Crisanto despilfarró toda la fortuna de su abuelo, que era su propia fortuna, puesto que debia heredarla, y cuando se persuadió de la esterilidad argentífera de aquella tierra, no le quedaban arriba de mil duros, despues de haber dejado por puertas á los venecianos que creia sus parientes.

No sabiendo el infeliz que partido tomar en tan apuradas circunstancias, se puso desde luego camino para la corte, donde esperaba hallar alguna colocacion, y una rarísima casualidad le condujo á casa de su verdadero padre, en la cual se hizo amigo del conde de la Pila-Seca, jóven rico, inteligente y simpático, que estaba haciendo gran papel en la capital de España.

El tal conde gastaba el dinero como agua, no solo en su boato, que era digno de un príncipe, y en aderezarse tanto que, solo para andar siempre con la cabellera rizada, iba el peluquero á peinarle varias veces al dia, sino en frecuentes convites y en obsequiar á todas las damas de todas las clases y

condiciones que tenia el gusto de conocer personalmente. Con este motivo, y el de estar dotado el conde de tan agradables dotes físicas, llegó en poco tiempo á ser el hombre de la moda, el niño mimado del bello sexo, y el terror de los maridos y de los amantes. No habia fiesta pública ó privada en que no llamase preferentemente la atencion el jóven conde; no habia círculo alto ó bajo en que no se solicitase su asistencia; no habia gemelos que no le dirijiesen siempre la puntería, mientras se hallaba en la ópera; no habia persona de alto copete que no buscase la honra de trocar con él un familiar saludo en el paseo, y para decirlo de una vez, fuera de esos grandes caudillos que de vez en cuando conquistan por algun tiempo el favor del entusiasmo público, quizá no se ha conocido jamás un personage que haya tenido en Madrid tan envidiable popularidad como el afortunado conde de la Pila-Seca.

Benito estaba como asombrado de lo que veia, y hasta hizo el milagro de prodigar por una temporada el dinero, para amueblar dignamente la posada del Cuervo, que se honraba de contar entre sus huéspedes al príncipe de la moda. Despues que el avaro dejó momentáneamente de serlo, para mejor esplotar al conde, trató de lisonjearle por otro estilo, forjando el proyecto de casarle con su sobrina Encarnacion, para lo cual empezó por comprometer á Segundo en la empresa.

¡Cosa singular! Aquel jóven tan rico, tan elegante, tan fino y tan simpático para todos, no tuvo la suerte de petar a Segundo; pero como éste, á fuer de buen padre, no queria morirse sin dejar á su hija encomendada al cuidado de un marido que la protejiese, acabó por entrar en el plan de su hermano, confiando en que Encarnacion, insensible hasta entónces á todos los galanes que se la habian presentado, no podia menos de ver con buenos ojos al conde de la Pila-Seca. Suponia Segundo, y con razon, que ya que su hija fuese incapaz de amar á un hombre, segun la perseverancia con que lo habia hecho presumir, pagaria su tributo á la mas dominante pasion de su sexo que es la vanidad, y sobre todo, la vanidad aplicada á desarrollar el sentimiento de la envidia en las demas mugeres. Siendo, pues, el conde de la Pila-Seca un hom-

bre tan distinguido que todos los demas se ofuscaban en su presencia, era claro que la que lograse atraparle habia de ser envidiada de las mas principales señoras de Madrid, y fundado en esto, se felicitó Segundo con la esperanza de ver pronto á su hija enlazada con el venturoso conde.

Por de contado, como Crisanto era el amigo inseparable del tal conde, ámbos jóvenes fueron presentados á la vez en casa de Segundo; pero cuando se trató de sondear el corazon de la doncella, fallaron todos los cálculos, porque Encarnacion manifestó sin rebozo que miraba con la mas glacial indiferencia á Crisanto y con el mas profundo desprecio al conde de la Pila-Seca.

Sin embargo, Segundo, que en el fondo de su corazon, y sin saber por qué, despreciaba al conde tanto como su hija, hizo esta vez un puntillo de honor el no quedar desairado, y al cabo de tanto machacar logró el consentimiento de la jóven.

—Mi querido padre, le dijo ésta, yo no he sabido todavia lo que es amar á un hombre, y al conde menos que á los demas; pero si con este sacrificio puedo complacer á Vd., desde luego estoy dispuesta á todo, aunque esté segura de labrar con esto mi futura desdicha.

Mucho fué para Segundo el conseguir esta respuesta; pero agradeciendo toda la bondad que revelaba en su hija, no quiso aceptar lo que ésta llamaba un sacrificio, y se condenó á un doloroso silencio. La tristeza que se pintó en el semblante de Segundo fué tal, que hizo vibrar las fibras del afecto filial de la hermosa jóven, y estimulada por un sentimiento de noble compasion, resolvió inmolarse con aparente alegria por satisfacer el capricho de su padre, á quien amaba con vehemencia.

—¿Sabe Vd., querido padre, lo que me ocurre? dijo por fin un dia Encarnacion, afligida de ver la terrible melancolía que se iba apoderando de Segundo. He pensado muy detenidamente en que una muger que no se casa cuando es jóven, corre despues el peligro de vivir eternamente soltera, de modo que estoy decidida á tomar estado, no solo por darle á V. gusto, sino por un cálculo de conveniencia propia.

Segundo oyó con indecible placer esta, que creyó ingenua declaracion de su hija, y haciendo desaparecer de su frente las arrugas que comenzaban á darle un aspecto sombrio, contestó:

—Celebro infinito, hija mia, que ya la luz de la verdad te haya iluminado en este punto, el mas importante en la vida de una muger. Ahora falta que tengas tino en la eleccion del hombre á quien debes fiar tu suerte futura.

—Esa eleccion está hecha de antemano, padre mio, pues ¿quién es hoy en Madrid, de todos los jóvenes de mi edad, el que podria disputar el triunfo al conde de la Pila-Seca?

Esta segunda parte de la declaracion, destruyó á los ojos del padre la sinceridad que habia entrevisto en la primera. La facilidad con que de un dia para otro mostraba Encarnacion haber disipado, no solo su prevencion contra el matrimonio, sino tambien la antipatía que el conde la habia inspirado, le pareció á Segundo altamente sospechosa, y no queriendo por ningun motivo violentar el corazon del único ser que ocupaba su pensamiento en la tierra, procuró con maña investigar lo que hubiera en el asunto. Pero Encarnacion, adivinando el pensamiento de su padre, comprendió tambien que si le decia la verdad, le sumergiria de nuevo en la especie de melancolia que habia empezado á nublar su carácter franco y jovial, por lo que insistió en asegurar que ella se consideraria muy feliz uniéndose al conde, á quien amaba ya mas de lo que nunca hubiera imaginado, y tanto talento desplegó para sostener su nueva resolucion, que logró por fin engañar á Segundo haciéndole creer todo lo que decia.

Seguramente, pocas veces se habrá visto una tan tierna situacion como la que durante algunos dias sostuvieron Encarnacion y Segundo; la primera aparentando amar lo que casi aborrecia, por complacer á su padre, y éste oponiendo argumentos sólidos para impedir la realizacion de lo que mas deseaba, por el temor de haber ejercido una reprensible coaccion en el ánimo de su hija. Cuando al fin quedó plenamente convencido de que Encarnacion le habia dicho lo que sentia, se disipó su naciente mal humor, y abrazando afectuosamente á la jóven, no pudo menos de decirla:

—Hija mia, veo que ahora seria una tiranía el hacerte desistir de tu propósito, puesto que amas al conde, como lo hubiera sido el obligarte á admitirle por esposo cuando no le amabas. Me alegro, pues, de que las cosas hayan llegado á este punto, porque te confesaré la verdad diciéndote que me habrias dado una gran pesadumbre insistiendo en la negativa.

Encarnacion se sonrió amargamente, no pudiendo apartar de la imaginacion el inmenso sacrificio que iba á hacer, y por si acaso su padre habia sorprendido esta espresion muda del dolor que esperimentaba, se apresuró á decir:

—Padre mio, casi me hace V. llorar con esa confesion; porque yo me habria muerto si hubiese sabido que le habia ocasionado á V. el mas ligero pesar en la vida.

Nada faltaba ya para que la felicidad de Segundo llegase al colmo. Inmediatamente se fué á ver á Benito para participarle la agradable noticia, y juntos se la dieron tambien al conde, que la recibió con inmensa satisfaccion. Tratóse luego de arreglar la boda, que por el novio se hubiera verificado á los dos ó tres dias; pero como Segundo queria echar el resto en ocasion tan solemne, dijo que necesitaba lo menos un par de meses para hacer dignamente los preparativos, pues queria que el matrimonio de su hija compitiese en lujo con el de una princesa, no por vanidad, sino porque todo le parecia poco para su hija.

Luego que dió este paso, se fué tambien á poner lo que ocurria en conocimiento de Cristóbal, á quien encontró profundamente afligido por habérsele muerto, á causa de las últimas heladas, casi todos los animales que en su casa tenia; suceso que le curó en parte de su monomanía, pues comprendió que si dichos animales le proporcionaban algunos placeres mientras los criaba sin novedad, tambien le daban serios disgustos cuando enfermaban ó se le morian. Con este motivo el buen Cristóbal tomó la heróica resolucion de no quedarse mas que con un perro jóven, que acababa de adquirir á cambio de dos liebres, cuatro perdices y una lechuza, últimos restos de aquel arca de Noé, donde se veian pocos dias antes varios individuos de todas las especies que forman el primero de los

reinos naturales. Pero al mismo tiempo se hubiera dicho que Cristóbal iba á resumir en el mencionado perro todo el amor que antes habia tenido á los demás seres irracionales, segun el cariño que empezaba á profesarle, y á fin de probar á Segundo que el animalito lo merecia, quiso enseñársele, para lo cual empezó á llamarle gritando:

—¡Pimpollo! ¡Pimpollo!

Pero Pimpollo, que este era el nombre del perro, no se dignó obedecer á la voz de su nuevo amo, por lo cual fué preciso que éste le buscase por toda la casa. ¡Inútil tarea! El tal Pimpollo debia sin duda haberse aprovechado de algun descuido para largarse con viento fresco, pues por mas diligencias que hizo Cristóbal no le pudo hallar, ni encima ni debajo de las camas, ni en la sala, ni en la cocina, ni en ninguna otra habitacion. Este contratiempo fué tan cruel para el buen hombre, que se decidió á salir de casa inmediatamente, rogando á Segundo que le ayudase á buscar el perro por las calles.

—Pero hombre, dijo Segundo, se habrá ido á casa de su antiguo amo.

—Imposible, contestó Cristóbal; ese perro es nuevo en esta plaza: me le ha dado un gitano que no se detuvo en Madrid ni siquiera un cuarto de hora, de modo que mi casa es la primera y única que ha conocido en esta poblacion.

—Puede que se haya entregado á la vida licenciosa, dijo Segundo.

—Tampoco lo creo, replicó Cristóbal, porque tiene todas las trazas de ser muy morijerado en sus pasiones y costumbres.

—Pues en ese caso, añadió Segundo, no será estraño que el mismo que te le dió te lo haya robado, porque un gitano es capaz de todo.

Esta justísima observacion de Segundo, inundó de dolorosa inquietud el corazon de Cristóbal, que quiso salir inmediatamente á buscar el perro, aunque para encontrarle tuviese que correr por toda España. Segundo le suplicó entonces que tuviese un poco de calma, y trató de enterarle del proyectado matrimonio de Encarnacion con el conde de la Pila-Seca; pero Cristóbal no prestó la menor atencion á las palabras de Segun-

do, preocupado como estaba con la irreparable pérdida de su pobre perro. Fué por lo tanto preciso hacer las diligencias para encontrar el Pimpollo, y á este fin los dos hermanos salieron juntos de la calle de los Tres Peces, tirando primero por la de Santa Isabel, atravesando la de Atocha y yendo poco á poco á parar hasta el otro estremo de la capital. En tan largo camino, Segundo, que ni siquiera conocia el perro mas que por las señas que le habia dado su hermano, en todo pensaba menos en el objeto de su escursion, á todas luces intempestiva, mientras que por el contrario Cristóbal iba hecho un Argos, abarcando mas de cien puntos con cada uno de sus cien ojos, por descubrir al Pimpollo. Pero sucedió entonces lo que siempre suele acontecer, y fué, que el que mas miraba menos vió; es decir, que Cristóbal reparó en todos los perros que halló en el tránsito menos en el suyo, al paso que Segundo, cuya distraccion era notoria, tendiendo una mirada por casualidad hácia la calle de San Roque, esclamó de pronto:

—Mira un perro que se parece al tuyo, segun las señas que me has dado.

Y en efecto, aquel era precisamente el tan deseado Pimpollo, cuyo hallazgo libertó tal vez de una enfermedad al afligido Cristóbal. ¡Ay! ojalá que Segundo no hubiera encontrado el dichoso perro, porque este feliz éxito tuvo consecuencias muy amargas, cuyo relato iremos haciendo por órden cronológico. Entretanto, dejemos á Segundo y á Cristóbal conducir el dichoso perro á la calle de los Tres Peces, y demos una rápida ojeada por la posada del Cuervo. Benito, es preciso decirlo, habia casi sufrido una trasformacion completa desde sus relaciones con el famoso huésped que ya conocemos, llegando á tal punto el cambio operado en su carácter, que, aunque Crisanto le debia ya tres meses de hospedaje, no le echó de su posada por no disgustar al señor conde de la Pila-Seca.

—Hombre, se habia atrevido á decir un dia Benito hablando con el conde; supongo, por la magnificencia con que usted vive, que debe usted ser sumamente rico.

—Si por cierto, le dijo el conde; pero mi riqueza no consiste precisamente en bienes raices, sino en mi ingenio y en los

profundos conocimientos de mecánica que poseo. Yo he inventado mas de cuarenta máquinas, de las cuales la que menos me ha producido lo bastante para vivir el resto de mis dias con desahogo, y ahora, precisamente, acabo de descubrir un agente motor que hará una revolucion en la industria, pues tiene la ventaja de ser el mas enérgico y menos costoso de todos los que hasta aquí se han conocido.

—Segun eso, repuso Benito, debe V. esperar un gran resultado pecuniario de ese nuevo descubrimiento.

—Ya lo creo, contestó con cierta sonrisa de seguridad el conde; no daria yo por doscientos mil pesos de renta lo que eso me va á producir.

Los ojos de Argos con que Cristóbal habia buscado al perro, serian superiores en número, pero no en tamaño, á los que abrió Benito al oir la respuesta del conde.

—¿Y á que espera V., dijo, para poner en planta una cosa que tales resultados ha de producir?

—Hombre, respondió el conde, voy á revelar á V. mi situacion con toda franqueza. Yo cuento con grandes recursos; pero he gastado tanto dinero últimamente, que en mas de seis meses no podré reunir lo necesario para hacer en grande el ensayo de mi descubrimiento, como que seria preciso gastar unos treinta mil duros.

—¿Y porqué no lo hace V. en pequeño? preguntó Benito, asustado con la idea de que se pudiera emplear tan crecida suma en un ensayo.

—Porque ya lo tengo hecho, dijo el conde, y voy á tener el gusto de enseñárselo á V. Por de pronto, añadió, mi descubrimiento consiste en la gravedad animada, es decir, que aprovecho la gravedad en vez de emplear, como se ha hecho hasta aquí, la fuerza de los animales para producir el movimiento. Pero, ¡cosa rara! por este medio he logrado una fuerza cincuenta veces mayor que la que antes se obtenia; esto es, que solo un buey me dará el resultado de cincuenta bueyes, un caballo el de cincuenta caballos, y así sucesivamente, lo cual basta para esplicar las incalculables ventajas de potencia y de economía que mi nuevo motor debe llevar á todos los anterio-

res. Ahora, para que esto no se tome por paradoja, se lo voy á demostrar prácticamente.

Y diciendo esto, sacó el conde de sus baules una caja como de seis á ocho piés cúbicos, que era el modelo de un molino, y colocando en cierto punto de dicho modelo un raton que habia cazado por la mañana, comenzó á andar todo el molino lo mismo que un reloj, y con una rapidez en el movimiento cual no hubiera bastado á producirla el perro de Cristóbal. Quitó despues el conde el raton, y la máquina dejó de moverse; volvió á poner el raton y se reprodujo el mismo efecto mecánico que antes. Benito estaba atónito, mirando ya al conde de la Pila-Seca como al hombre mas grande del mundo, solo porque habia discurrido el medio de utilizar hasta los ratones, y no cayó en saco roto esta admiracion del avaro para el conde, que dijo:

—Ahí tiene V.: si en lugar de un raton colocásemos un buey, haríamos poner en movimiento á una máquina tan grande como el monte Ararat. Yo quisiera hacer el ensayo con un caballo; pero tendré que esperar algun tiempo para reunir los fondos que son indispensables.

—Pero hombre, contestó Benito, que estaba rabiando por tener alguna parte en las ventajas de aquel descubrimiento, ¿porqué no busca V. dinero, dando un tanto por ciento de las ganancias que el privilegio de esta invencion debe producir?

—No tendria reparo en hacer escritura, dando un dos por ciento de esas utilidades al que me proporcionase los treinta mil duros para el ensayo, contestó el conde.

—Un dos me parece poco, repuso el avaro; si fuera un veinte ó veinticinco, yo buscaria tal vez alguno que aceptase la proposicion.

—Eso sería una ganga para mi socio, replicó el conde; yo á lo mas que podria estenderme seria á ceder el diez ó el doce.

—Dé V. siquiera el diez y ocho, dijo Benito, cada vez mas engolosinado con el negocio.

Y así, uno subiendo y otro bajando, uno y otro se convinieron en el quince por ciento, y Benito aflojó treinta mil pesos, despues de asegurarse, por medio de una escritura en

debida forma, una pingüe participacion en el grandioso descubrimiento de la gravedad animada. Calcule quien pueda los sudores que pasaria Benito para dar treinta mil pesos, con los cuales no tuvo el conde de la Pila-Seca para treinta dias, pues empezó á hacer tales obsequios á las cómicas y bailarinas y tales gastos para los preparativos de su boda, que aquel dinero desapareció como el humo. Pero á Benito lo que le interesaba era tener asegurada su parte en el privilegio, pues no dudaba de los resultados, y ya la tenia, con lo cual estaba satisfecho de su triunfo. Hasta se alegró de ver como el conde despilfarraba su dinero, no dudando que llegaria á verle muy pronto en un grande apuro, y en tal caso contaba con arrancar hasta un cincuenta por ciento del consabido descubrimiento mecánico, mediante el sacrificio de otros diez ó doce mil duros.

Y francamente, Benito no se engañó en sus cálculos. El conde, que habia gastado hasta el último real de lo que le dió el avaro, se hallaba ya precisamente en la víspera de su boda, y estaba desesperado porque no tenia con que hacer á la novia el regalo que ella se merecia. Benito debió conocerlo, porque vió á su huésped por aquellos dias estraordinariamente agitado, saliendo de casa á distintas horas del dia y de la noche, volviendo de mal humor, y haciendo, en fin, algunas otras cosas por las cuales se conocia que estaba en un grande apuro.

—La ocasion es calva, dijo el avaro; si me llega este hombre á pedir una peseta me calzo con todo el privilegio de su invencion.

No puede negarse que hay hombres afortunados y Benito era uno de ellos, pues estaba pensando en esplotar al conde cuando éste, obligado por las circunstancias, le llamó para decirle que necesitaba diez mil duros y que por lograrlos cederia otro quince por ciento de su privilegio.

Benito puso mil reparos diciendo que el ensayo se retardaba y que él no podia dar una peseta mas, porque el éxito no era seguro. En fin, dió mil rodeos para exijir por los diez mil duros hasta un setenta y cinco de las ganancias que produjese la invencion del Conde; pero éste hubiera dado en aquella ocasion hasta el alma por los diez mil duros, y así fué que se

allanó á todas las onerosas condiciones que le impuso el avaro. Llamóse en seguida á un escribano; hízose la escritura correspondiente; sacó Benito su dinero cuya sola vista iluminó con un rayo de alegria el abatido semblante del Conde, y ya íban á contarlo cuando llamaron á la puerta.

—Mira, muchacho, dijo Benito al criado de la posada, si preguntan por mí, dí que estoy ocupado en este momento y que se espere en el recibimiento quien quiera que sea.

El criado volvió en seguida diciendo que el que llamaba no queria esperar, porque era un señor juez seguido de varios alguaciles que iban buscando al Sr. Conde de la Pila-Seca para prenderle. El efecto que haria esta píldora se concibe pero no se puede esplicar. Acto contínuo entró la justicia, y preguntando á quien pertenecia el dinero que habia sobre la mesa, el conde dijo que era suyo. Benito, que comprendia parte de su desgracia, negó el hecho; pero ante la escritura que acababa de firmar tuvo que ceder, y los diez mil duros fueron embargados como pertenecientes al conde.

Por último, este caballero dijo que no habia razon para prenderle, que sin duda se procedia contra él por un error, que era un atropello inaudito, que protestaba contra la violencia y todo lo que en tales casos hacen los hombres; pero el juez le intimó la órden de seguirle por buenas, si no queria ir á la cárcel atado codo con codo, en vista de lo cual el jóven conde se rindió, dando una fuerte patada en el suelo en señal de desesperacion. Un grito de los mas desgarradores que Benito habia exhalado en su vida, siguió inmediatamente á la última mímica del conde; porque debo decir que éste, ya por casualidad, ya con toda intencion, en lugar de dar la patada en el suelo, la dió sobre el pié derecho de Benito, reventándole cuatro ó seis callos de los mas gordos y maduros que tenia.

Escusado es decir que el avaro perdió el conocimiento para toda la noche, y tenia mas motivos que otras veces para ello. Cuando volvió en sí, lo hizo murmurando estas tristes palabras que bastarán á dar una idea de la intensidad de su dolor:

—¡Me ha arruinado! ¡Infame! ¡Era él: Jorge Luis! ¡y yo que no habia conocido á ese mónstruo venido esclusivamente á este mundo para ser mi eterna pesadilla!

CAPITULO IX.

Otra mas negra que la anterior.

Mal rato pasó Benito con aquella violenta patada que le dió el supuesto conde de la Pila-Seca, en quien por último reconoció á su hijo adoptivo; pero como nuestra imaginacion es tan activa para buscar motivos de consuelo cuando somos desgraciados, el avaro, luego que el dolor físico habia desaparecido dejándole en aptitud de discurrir, pensó en los medios que pudiesen darle algun alivio en su dolor físico y moral. Conocia de sobra que habia estado tratando con un tuno de marca mayor; pero en su concepto eso no impedia que aquel bribon tuviese verdadero talento, y que hubiese podido resolver tal vez el gran problema mecánico que consistia en dotar á la industria de un agente motor tan poderoso como barato. ¿No habia él mismo visto andar el pequeño molino de Jorge Luis por el sistema de la gravedad animada y con el solo peso de un raton? Pues siendo esto cierto, no podia dudarse que el descubrimiento daria inmensos resultados, y como Benito tenia ya asegurado un setenta y cinco por ciento de los productos que diera el tal descubrimiento, procuró tranquilizarse con la esperanza de hacer una inmensa fortuna. Desde luego se fué á la cárcel, á

fin de aconsejar al preso que solicitase cuanto antes el privilegio de su invencion, y Jorge Luis empeñó su palabra de caballero de hacer sus diligencias para obtenerlo en pocos dias, si bien dijo que para ello necesitaba gastar algo, y con este pretesto tuvo aun la habilidad de sacar á Benito el dinero necesario para vivir dos ó tres meses á sus anchas en el departamento de los presos distinguidos.

Benito, no solo por la idea del partido que pensaba sacar de Jorge Luis, sino por no verse espuesto á confesar la mala conducta que observó con él cuando era niño, aparentó no conocerle y continuó dándole el retumbante título de conde. Por su parte, el preso hizo creer á todo el mundo que era todo un caballero, víctima de una acusacion injusta, y con este motivo la cárcel vino á ser por algun tiempo el punto de reunion de las aristocracias que seguian dando pruebas de alta estimacion al injuriado conde de la Pila-Seca. El mismo Segundo no desistió del plan de casar á su hija con aquel hombre que jamás habia parecido tan grande como en la adversidad, y así, aunque la boda no pudo desde luego verificarse, tampoco hizo mas que suspenderse.

La manera con que Jorge Luis vivia en la prision era muy particular. Mudábase de ropa dos ó tres veces al dia, se hacia rizar otras tantas la cabeza por mano del peluquero; tenia un cuarto tapizado con ricas alfombras, y amueblado con el mas esquisito gusto; se habia hecho llevar un piano, y daba frecuentes reuniones, en las cuales prodigaba los mas acreditados vinos de la tierra. Maloja, con ser quien era, no daba mas opíparos banquetes que el preso, en los dias en que el presuntuoso capitalista queria hacer ostentacion de su rentística omnipotencia, y de este modo las personas mas escojidas de todas las clases sociales siguieron por algun tiempo disputándose el honor de visitar al calumniado conde.

Llegó, sin embargo, el dia en que comenzaron á caerse las ilusiones, y el primero que tuvo este disgusto fué Benito Calleja, el cual, sabiendo que el preso habia empeñado un cuarenta por ciento de su privilegio de última invencion á cierto chocolatero por la cantidad de cinco mil duros, se presentó en

queja al juez de la causa, y entonces averiguó que Jorge Luis tenia vendido lo menos el diez mil por ciento del privilegio en ciernes, habiendo con él engañado á mas de veinte personas mientras estuvo en libertad, y á mas de treinta desde que se hallaba encerrado. En tan horrible situacion, el avaro, que llevaba desembolsados mas de cuarenta y cinco mil pesos fuertes para asegurar su setenta y cinco por ciento, puso pleito, no solo al autor del proyecto, sino á todos los demás accionistas, creyendo que su derecho debia ser preferente solo porque era suyo, y por haber gastado mucho dinero, como si hubieran gastado menos los demás consocios. Entonces el juez arregló la cuestion civil aconsejando una avenencia entre todos los que habian adquirido algun derecho á esplotar el descubrimiento del conde, y aunque Benito se resistió mucho tiempo á ceder, al fin entró en el arreglo, conservando, no ya un setenta y cinco por ciento de las utilidades, sino la parte proporcional que le correspondia. Este resultado, como debe inferirse, no se obtuvo sin algun sacrificio, pues Benito habia gastado algunos miles de pesos en las diferentes demandas que entabló y en los varios pleitos que sostuvo.

Una vez allanada la dificultad principal, la nueva sociedad anónima que se formó para la esplotacion del descubrimiento de la gravedad animada, instó al supuesto conde para que solicitase del gobierno el privilegio correspondiente, y así lo hizo él sin reparo ninguno. El gobierno decretó que se nombrase una comision que diese su informe sobre el particular, debiendo el conde presentar á dicha comision sus planos y su modelo, dando además las esplicaciones necesarias para que pudiera formarse una idea exacta de la bondad de su descubrimiento.

En cuanto á los planos, el supuesto conde contestó diciendo que no los tenia, por la sencilla razon de que no los habia formado, y que mal podria formarlos siendo así que no sabia matemáticas. Con respecto al modelo, dijo que lo presentaria, pero que era preciso que él se hallase presente á la prueba para que ésta saliese con mas lucimiento.

Y vean ustedes lo que son las cosas. Hubo personas que,

oyendo decir que el autor del nuevo agente motor no sabia matemáticas, se entusiasmaron creyendo que por lo mismo su proyecto debia ser escelente, partiendo de una vulgaridad tan comun como falsa, y es la de que los mas importantes descubrimientos científicos se han hecho por ignorantes. Hubo quien dijo que desde luego debia darse un informe favorable al invento, y fundar el dictámen en la base de desconocer su autor la geometría, porque en semejantes materias el estudio no servia para maldita la cosa; y hubo quien propuso echar las campanas á vuelo para celebrar debidamente el acontecimiento de que un lego hiciese una revolucion en la mecánica. En fin, es imposible dar una idea del entusiasmo que produjo el modelo puesto en movimiento por la sola gravedad del raton, y sobre todo calcular hasta donde habia de llegar con sus estravíos la pasion de la ignorancia, lisonjeada con el raro caso de haber sido resuelto el mas importante de los problemas mecánicos por un hombre que no habia siquiera estudiado las potencias ni las raices de los números, probándose de este modo que no era necesario conocer la raiz cuadrada para entender la cúbica.

Por fortuna llegó á Madrid una requisitoria de Barcelona contra Jorge Luis, en la cual se decia que este individuo habia sido ya juzgado y sentenciado á prision correccional en el Principado por estafas, pero que logró escaparse del presidio, y que habiéndose averiguado por fin que vivia en la corte con el título falso de conde de la Pila-Seca, se le reclamaba para que de justicia en justicia fuese á cumplir su condena. Con este solo suceso, ya no quedó á nadie la menor duda en Madrid de que el hombre que por algunos meses habia dominado en las regiones del buen tono, como rey de la moda, era un solemne bribon, y nadie volvió á visitarle. Por lo que hace á Segundo, que tanto empeño habia manifestado en casar á Encarnacion con el supuesto conde, se felicitó de que se hubiese descubierto la verdad á tiempo para salvar á su hija, y considerando el efecto que la leccion debia producir en una muger que habia siempre mirado á los hombres con indiferencia, la dijo con el tono de la resignacion:

—¡Cómo ha de ser, hija mia! Esto quiere decir que te quedarás para vestir imágenes.

—Bien lo veo, padre mio, contestó ella; pero puesto que yo no tengo propension al matrimonio, nada se ha perdido.

—Antes se ha ganado, replicó Segundo; porque el peligro que has corrido, hija mia, es horroroso, y no sé lo que yo hubiera hecho con ese hombre infame si hubiese llegado á realizarse la boda. ¡Oh! siento escalofrios de solo pensar en ello, y mas cuando recuerdo que el tal individuo nunca mereció mis simpatías.

—En cuanto á mí, dijo Encarnacion, puedo asegurar á V. que siempre me inspiró la mas cordial antipatía.

—Pues, ¿no me aseguraste que le amabas? preguntó Segundo. ¿Es posible? Ahora lo comprendo todo, hija mia: ibas á sacrificar tu existencia por complacer á tu padre. ¡Necio de mí! Oye: si no fuera porque un hijo no debe levantar la mano á su padre ni en chanza, creo que ahora mismo te daba un garrote para que me rompieses las costillas por mentecato.

—En fin, padre mio, ya no hay que pensar en eso, dijo Encarnacion.

—Es que yo quiero pensar en todo, continuó Segundo, porque el riesgo que he pasado es tanto mas sensible para mí, cuanto que yo habia siempre mirado con cierta prevencion á ese pícaro, y solo insistí en casarte con él por un puntillo de honor que de puro tonto raya en gaznápiro. Quiero tambien pensar en tu porvenir para ser mas cauto en lo sucesivo, y te advierto, hija mia, que voy á ser muy escrupuloso en esto de recibir hombres en mi casa, porque de los escarmentados nacen los avisados, y no quiero que me suceda contigo lo que al pobre Tomás Figueroa con su hija Laura.

De buena gana contaria yo aquí todo lo que habia pasado con Laura, la hija del sempiterno hablador Tomás Figueroa; pero cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento. Voy á hacerme un nudo en el pañuelo para acordarme de que tengo que referir la historia de Laura mas adelante, y con esto ya no quedarán mas que dos pequeñas dificultades que vencer; primera, la de buscar otra prenda donde hacer otro nudo que

no me deje olvidar el que voy á hacer en el pañuelo; segunda, que no es grano de anis, la de recordar lo que significa el tal nudo, pues puede suceder que me haga pensar en todo menos en el objeto con que lo hago; porque no hay nudo en el mundo, por bien hecho que esté, que tenga la menor semejanza ó analogía con Tomás Figueroa.

Pues señor, vamos al caso mas urgente, y el caso es que, pesando ya en Madrid una acusacion tremenda contra Jorge Luis, se le mantuvo preso con el piadoso fin de ahorrarle las fatigas de un viage demasiado largo, porque se trataba de enviarle á Ceuta sin necesidad de hacerle pasar por Barcelona. Esta fué en sustancia la contestacion que se dió al mencionado exhorto, y de paso se pidieron algunos antecedentes relativos al acusado, para que no se quejase del poco interés con que la justicia miraba sus asuntos. El informe que con tal ocasion remitieron del Principado ardia en un candil, y si no ardia, no por eso dejaba de ser luminoso, tanto para dar una idea del individuo, cuanto para poder apreciar el famoso descubrimiento mecánico que habia llegado á ocupar los ánimos y á desocupar los bolsillos de tanta gente.

Decíase en el espresado informe que una sociedad de estafadores habia estado, hacia ya algun tiempo, abusando de la buena fé de muchos fabricantes y capitalistas, para sacarles el dinero con el pretesto de un agente motor que suponian haber inventado bajo el sistema de la gravedad animada, que mas bien debia llamarse gravedad socaliñera, y que para mejor engañar al prógimo habian construido un modelo de molino, que era un verdadero molino para pulverizar la bolsa agena, ó máquina de sacar dinero, acreditándose de este modo los progresos de un siglo en que todo se hace maquinalmente. Segun la descripcion que se hacia del dichoso modelo, éste no venia á ser otra cosa mas que una máquina semejante á la de un reloj, pero no de un reloj de sol, que, como es bien sabido, anda sin necesidad de cuerda, sino de cualquiera otra clase, con tal de que no sea francés, porque tambien se sabe que estos, con cuerda ó sin ella, suelen dar en la flor de no andar hácia atrás ni hácia adelante. Lo mas ingenioso que te-

nia el aparato era un resorte bien disimulado para hacer andar ó pararse al molino segun la direccion en que se le empujase, y de este modo se esplicaba perfectamente la facilidad con que al parecer andaba ó se paraba el molino, segun le ponian ó quitaban el raton, siendo así que este fenómeno, que á todos sorprendia, no era operado por el raton que quitaban ó ponian, sino por el gato de dos piés que urgaba en el consabido resorte.

Con efecto, la comision encargada de dar su dictámen sobre el supuesto descubrimiento del titulado Conde de la Pila-Seca, pidió el modelo para hacer una nueva prueba, de la cual resultó que el molino solo andaba cuando Jorge Luis ponia el raton; pero cuando eran otros los que hacian esta operacion tan simple, sucedia con la tal máquina lo que con esos relojes franceses, cuyas propiedades dinámicas acabo de recomendar á los partidarios del *statu quo;* es decir, que no le hubiesen hecho andar aunque le pusieran todos los ratones que hay en el mundo que no son pocos, apesar de criarse ahora tantísimos gatos. En consecuencia de esto, no solamente el dictámen fué desfavorable, sino que todos empezaron á ridiculizar el sistema de la gravedad animada como absurdo y disparatado. Y aun suponiendo que tuviese algo de bueno en el fondo, decian todos que no era un lego quien habia de resolver un problema tan difícil como es el de enriquecer la industria con una nueva fuerza motriz, y aquellos mismos que ántes aceptaban sin exámen la invencion de Jorje Luis, por lo mismo que éste desconocia las matemáticas, se jactaban luego de no haberse llevado chascó, diciendo que siempre habian estado seguros de que todo seria una paparrucha, como que ningun ignorante puede hacer cosa de provecho en aquellas cosas en que el ingenio debe estar ayudado por los conocimientos científicos.

Figúrense Vds. las tripas que pondrian los consocios de Jorge Luis, esto es, los que tanto dinero le habian dado á cambio de utilidades imaginarias, cuando hicieron el descubrimiento de que no habia tal descubrimiento, es decir, cuando descubrieron que el nuevo ingeniero mecánico solo habia des-

cubierto el medio de atraparles la mosca, lo cual, francamente, se recomendaba por cierta originalidad, porque el ver la mosca cogida por la araña, es cosa que ocurre todos los dias; pero valerse de un raton para atraparla, no se le hubiera ocurrido al mismo demonio.

El mas aflijido de todos los incautos, naturalmente, fué Benito, que al principio no queria dar crédito á nada de lo que veia. Como le habia costado tanto dinero el derecho de disfrutar un setenta y cinco por ciento en las utilidades que habia de obtener Jorge Luis con su privilegio de invencion, se empeñaba en que forzosamente hubiera privilegio y utilidades, y hasta creia que sus enemigos habian desarreglado la máquina modelo para que no anduviese con el solo impulso de la gravedad del raton. Para mejor cerciorarse pidió que le diesen el modelo, diciendo que en su casa no habia cosa mas de sobra que ratones para repetir el ensayo, lo cual se concebia bien hasta cierto punto, porque como Benito no tenia gato por no mantenerle, claro es que los ratones disfrutaban alli de toda la impunidad que pudieran apetecer; pero al mismo tiempo no se comprende como los ratones tuviesen aficion á una casa donde nunca se comia, y así para esplicar este misterio supondremos lo que parece mas natural, que es que los ratones preferian la casa de Benito para vivir, por ser posada y por no haber gato, yéndose á buscar algo que roer á las de los vecinos, donde estaban seguros de hallar algun alimento, aunque fuese arriesgando el pellejo en tales espediciones.

Como la máquina modelo, una vez conocida su inutilidad, no servia para nada, no hubo inconveniente en prestársela al avaro por unos dias, y éste se dedicó desde luego á cazar ratones por medio de cuatro ó seis ratoneras que le prestaron tambien, solo que por espíritu de economía las puso sin cebo, y como era consiguiente, los ratones ni siquiera se acercaron á ellas por curiosidad. Al fin, no faltó quien le diese á Benito un adarme de queso para cada ratonera, y entonces los ratones, movidos mas por la novedad que por el hambre, pues debió causarles la mayor estrañeza el olor de tanto queso en una casa donde solo se habia comido durante los buenos dias

de la permanencia de Jorge Luis, acudieron á bandadas, quedando desde luego dos ó tres prisioneros en cada ratonera.

Hecha tan importante adquisicion, comenzó Benito la prueba de la máquina, cuyo resorte ignoraba, y así, por mas ratones que la fué poniendo, y á pesar del coraje que le daba cuanto le estaba pasando, no consiguió la menor indicacion de movimiento.

—Pues señor, decia el avaro, ello me ha costado mucho dinero y es preciso hacer andar á este diablo de molino de cualquier modo que sea.

Y repitió el ensayo con tan mal resultado como la vez anterior, y asi se llevó todo el dia desesperado con el mal éxito de la prueba. Cuando llegó la noche, ya el hombre habia casi perdido todas las esperanzas; pateó algo, aunque no mucho porque le dolian los callos; se repeló, mató cuantos ratones habia cojido, para vengarse, como si ellos tuvieran la culpa de lo que le habia sucedido, y arrojó con feroz violencia la máquina contra el suelo. Sin embargo, estas demostraciones de dolor no le indemnizaron de lo que habia perdido, y así el hombre cuando llegó la hora de dormir se acostó abrumado de pena, si bien conservaba siempre alguna ilusion que le consolase. ¿Y les parece á ustedes que pudo cerrar los ojos en toda la noche? Pues nada de eso; el pobre hombre estuvo muchas horas cavilando con sus desventuras y pensando en el modo de rescatar lo perdido, para lo cual volvia siempre al tema del mucho dinero que le habia costado la máquina y á empeñarse en que ésta tenia que andar y tres mas, supuesto que le habia costado tanto dinero.

—No hay remedio, decia: yo paso porque la máquina no ande, con tal que me devuelvan lo que he gastado, y consiento en que no me lo devuelvan, con tal que ande la máquina.

Y como el dinero no se le podia devolver, porque ya Jorge Luis lo habia gastado, queria que la máquina anduviese á todo trance, para lo cual llegó en una especie de delirio á pensar en ver al juez, en solicitar el apoyo de las leyes, en hacer una representacion al Congreso, y si era preciso, hasta en echarse á los piés de la Reina, diciendo que habia sido vil-

mente engañado y que debia imponerse á la máquina la obligacion de andar. En estas y las otras dieron las cinco de la mañana sin que Benito hubiese logrado conciliar el sueño, pero al fin el tiempo y el cansancio vencieron á su actividad positivista, y halló el alivio de sus dolores en los dulces brazos de Morfeo. ¡Que si quieres! no habia hecho mas que cerrar los ojos, cuando despertó sobresaltado por un ruido atronador, como si dentro de su misma alcoba le estuviesen dando una cencerrada.

Y no fué tan solo Benito quien se despertó asustado con aquel diabólico guirigay que le desgarraba los oidos, sino tambien todos los que allí dormian, no faltando alguno que tuviese fósforos para poder alumbrarse, á fin de ver de donde procedia un ruido tan estraño como estrepitoso. Entre los huéspedes se hallaba Crisanto, que salió de su cuarto con dos pistolas, apuntando en todas direcciones como un loco, y no se sabe hasta donde habria llegado la confusion que empezaba á reinar en la casa, si no se hubiese descubierto al instante que el espresado guirigay era producido por el famoso molino, que estaba andando solo con increible velocidad.

Diré lo que habia sucedido. Cuando Benito despechado tiró contra el suelo la máquina, ésta se descompuso enteramente, desde el consabido resorte hasta la mas pequeña de sus ruedas, aunque nada sucedió por de pronto que hiciese conocer este total desarreglo; pero como el muelle que la impedia el movimiento quedó en una posicion resbaladiza, se fué corriendo poco á poco, hasta que al cabo de algunas horas saltó completamente, y como la máquina tenia cuerda para seis meses, por mucho que la descomposicion acelerase el movimiento que tanto ruido producia, se llevó lo menos tres ó cuatro horas andando con tan estraordinaria rapidez que no era posible distinguir la piedra ni ninguna de las otras piezas que formaban su mecanismo. El efecto acústico que producia este desarreglado movimiento de una máquina tan complicada, era el de una docena de buenos despertadores.

Benito, que no habia podido pegar los ojos hasta algunos momentos antes de que le despertase la máquina, tampoco pu-

do dormir despues, no ya de pena como le habia sucedido primero, sino de gozo al ver que al fin andaba la máquina, y lo que era mas satisfactorio, que andaba sola, fenómeno que escusaba la necesidad de malgastar queso para cazar ratones. Además de esta ventaja económica, el avaro calculó que si la máquina podia dar grandes utilidades cuando se probase que andaba por efecto de la gravedad animada, serian inmensas las que produjese cuando quedara demostrado que andaba sola, sin la intervencion de un agente estraño, que siempre habia de ocasionar algun gasto por poco que fuese, y no hubiera dado él por dos millones de duros la participacion que tenia en tan prodigioso descubrimiento.

Por desgracia del avaro, sus ilusiones se marchitaron pronto; á las nueve de la mañana cesó el movimiento, no ya porque se hubiese acabado la cuerda, sino porque con el roce tan continuo y precipitado se gastaron todas las piezas, quedando las ruedas dentadas como la boca de algunas viejas, que ni siquiera conservan las señales de haber tenido dientes. Por esta razon, no solo tuvo Benito el sentimiento de ver otra vez la máquina parada, sino que habiendo ésta sido examinada por hombres competentes, declararon que seria imposible componerla, ni aun para hacerla andar un minuto, por mucha cuerda que la diesen, y entonces faltó muy poco para que el avaro no se ahorcase con la misma cuerda de la dichosa máquina cuya superchería quedaba de manifiesto.

Esto era ya demasiado para un hombre de la complexion económica de Benito. No teniendo valor para matarse, hubiera querido morirse de broma ó de veras, con tal que le enterrasen sin que esta vez hubiese quien le sacara de la tumba, y aun esto le parecia poco para castigar debidamente la estúpida credulidad de que habia sido víctima. En su desesperacion resolvió traspasar la posada y retirarse á una bohardilla, no sin tomar las mas severas medidas para que los huéspedes que le debian algo le pagasen hasta el último maravedí. Entre estos estaba Crisanto, su hijo, que ya no tenia una peseta, como que Jorge Luis le habia sacado todo el dinero que el pobre llevó de Salamanca, prometiéndole un siete y medio por cien-

to en las ventajas imaginarias del famoso descubrimiento mecánico. No pudiendo por esta razon el buen Crisanto pagar los cuatro ó seis meses que estaba debiendo, tuvo que pagar con su equipage, de modo que al salir de la posada del Cuervo, no solo carecia de recursos, el infeliz, sino que tampoco tenia mas ropa que la puesta.

A pesar de ser Crisanto un optimista de los mas acérrimos, y del buen concepto que por lo tanto tenia de la humanidad, no dejó de pensar que Benito era un mal hombre, y eso que ignoraba que el avaro fuese su padre y que éste le conocia perfectamente; pero se consoló con la idea de que, no porque un hombre fuese duro de entrañas todos los demás habian de ser lo mismo, y miró á Benito como una deplorable escepcion de la regla general.

Sin embargo, estas consideraciones filosóficas no le daban la casa y comida que necesitaba para vivir, y no tenia donde volver los ojos, pues hacia ya mas de un año que no recibia carta de su familia, lo cual le hacia considerarse como huérfano. La situacion era grave, pero un hombre de su temple tenia la ventaja de hacerla mas llevadera por lo mismo que nunca perdia la esperanza. Otro cualquiera en el terrible caso en que se encontraba este jóven, hubiera sentado plaza de soldado cuando menos; pero ni siquiera se le ocurrió al optimista filósofo la idea de hacer una calaverada propia de los espíritus vulgares; aunque no dejó de ocurrírsele otra bastante trascendental, y fué la de ir á ver á D. Segundo Calleja para proponerle la esplotacion de una mina que creia haber descubierto en las inmediaciones de Madrid. El único obstáculo que para ello se le presentaba era el mal concepto que tal vez habria formado de él D. Segundo, sin mas que por haber sido tan amigo del supuesto conde de la Pila-Seca; y en efecto, estas relaciones, de que el pobre habia tambien sido víctima, debian perjudicarle mucho á los ojos de la sociedad. Sin embargo, pensó el infeliz que nada perdia por hacer la prueba, y como tampoco tenia nada de que avergonzarse, dijo para sí: "pecho al agua," encaminándose á la casa de D. Segundo. Este, por desgracia, en virtud de la severa conducta que se habia

impuesto desde el chasco de Jorge Luis, habia dado en negarse, y asi era que aparte de los dependientes y del pintor Secante, que siempre era allí recibido, casi ningun hombre ponia ya los piés en aquella casa. Dijéronle, pues, á Crisanto que el señor habia salido y que no tardaria mucho en volver; pero él no se abatió por eso, y volvió lo menos seis veces, recibiendo siempre la misma respuesta. El bueno de Guirlache, porque como se creia hijo del famoso D. Temístocles, llevaba su apellido, fué tan perseverante en su empeño de ver á Segundo, que al fin éste, condolido de saber que un hombre habia ido á buscarle tantas veces, dió órden de que le dejasen entrar, y aun le recibió con el mayor agrado.

—Sé que ha venido V. diferentes veces, dijo Segundo.

—Si, señor, respondió Crisanto; he venido muchas veces y hubiera vuelto muchas mas, porque necesito de todo el favor de un hombre como V. en la situacion en que me encuentro, y al mismo tiempo vengo á proponerle un negocio en que creo poder prestarle algun servicio.

Entonces refirió Crisanto *c* por *b* su triste situacion, lo desgraciado que habia sido en sus trabajos mineros, en los cuales habia arruinado á su propia familia, la iniquidad con que el supuesto conde le habia sacado el poco dinero que le quedaba, la crueldad con que Benito le habia despedido del hotel, no dejándole mas que la ropa que llevaba encima, y concluyó por proponer la denuncia y esplotacion de una mina argentífera que habia descubierto en el cerro de los Angeles, distante dos leguas de Madrid.

Esta relacion era, en parte, muy á propósito para conmover á cualquiera, pero la mas inadecuada para el que iba á proponer un negocio, primero porque todo el que hace semejantes proposiciones empieza echándola en grande, para que no se crea que solo trata de satisfacer sus necesidades, y segundo, porque ¿á quién se le hubiera ocurrido el confesar que habia sido tan desgraciado en sus empresas mineras, cuando iba á proponer una de estas empresas? ¿Quién querria esponer su dinero con un hombre que empezaba por declarar que habia arruinado á su propia familia?

Segundo, luego que oyó con religiosa atencion lo que le dijo el jóven iba á contestar, cuando fué interrumpido por la presencia de su hermano Cristóbal, que entró desencajado y trémulo, como si le ocurriese una desgracia espantosa.

—Hermano mio, vengo á implorar tu favor, y espero que, con permiso de este caballero, salgas inmediatamente conmigo.

—¿Pues qué te sucede? preguntó Segundo lleno de inquietud.

—Toma el sombrero por de pronto, y despues lo sabrás; dijo Cristóbal con un aire de impaciencia cada vez mas creciente.

—Por mi parte no se detenga V., dijo Crisanto, que yo volveré mas tarde.

Convino Segundo en recibir á Crisanto á las cuatro de la tarde, y los tres se dispusieron á salir de casa; pero al abrir la puerta se presentó el pintor Secante que entraba allí con bastante familiaridad, cosa que disgustó mucho á Segundo, pues no queria salir de casa dejando á su hija sola con semejante hombre. Por esta razon le dijo á Cristóbal que si el servicio que le iba á prestar podia diferirse para despues de comer, le suplicaba tuviese un poco de paciencia.

—¡Imposible! contestó Cristóbal; es indispensable que me acompañes ahora mismo, ó de lo contrario mi mal no tiene cura.

Bajo este concepto, y no pudiendo Segundo negarse á complacer á su hermano Cristóbal, á quien queria entrañablemente, salió sin vacilar de casa, por mas trabajo que le costase hacerlo en aquel instante, pues si todo se hubiera podido remediar con dinero, habria dado la mitad de su fortuna por quedarse al lado de Encarnacion. Y Segundo tenia sus motivos para esta repugnancia, pues habia observado que Secante, con el pretesto de los cuadros originales ó copiados con que iba enriqueciendo su galería, no era mas que un incansable perseguidor de la virtud de su hija, y aunque esta le inspiraba la mayor confianza, tanto por su juicio como por su indiferencia para con los hombres, no las tenia todas consigo, por aquello de que el diablo las carga, cuya verdad le recordaba la bien sabida sentencia que dice: "quita la ocasion y evitarás el peligro."

Se me dirá que Segundo podía muy bien haber despedido

con buenos modos al pintor, y contestaré que ya lo habia procurado varias veces infructuosamente; porque siempre le estaba echando indirectas para darle á entender que debia prodigar menos sus visitas y aun suprimirlas del todo; pero Secante era de esos sordos que no quieren oir, y lejos de darse por entendido, no solo seguía frecuentando la casa, sino que él solo se convidaba para ir á todas las reuniones ó romerías á que iban Segundo y Encarnacion. En fin, el tal pintor era ya una carga, tanto mas pesada cuanto que, por mas que hacia Segundo, no podia quitársela de encima, y con esto comprenderán ustedes hasta qué punto era grande el sacrificio que este último hacia en acompañar á Cristóbal.

Sin embargo, hizo este sacrificio que le era tan costoso, pensando que su hermano no le hubiera obligado á salir de casa con tanta urgencia, ni habria mostrado tanta afliccion como la que revelaba en su semblante, si el asunto que á ello le impelia no fuese del mas vital interés. Así fué que dejó entrar á Secante, despidió á Crisanto suplicándole que volviese á la hora convenida, y luego que estuvo en la calle preguntó á su hermano que en qué podia complacerle.

—Hombre, dijo Cristóbal, lo que á mí me pasa es verdaderamente cruel. Ya sabes que de tantos animales como habia en mi casa, no me ha quedado mas que el Pimpollo.

—¿Qué Pimpollo? preguntó Segundo, no haciendo siquiera memoria de semejante nombre.

—¿Cómo? dijo Cristóbal, ¿no te acuerdas del perro que me ayudaste á buscar hará tres ó cuatro meses?

—¡Ah sí! contestó Segundo, asombrado de ver desde luego que su hermano le habia puesto en cuidado y hecho salir de casa, en un momento crítico, para alguna patochada.

—Pues bien, hermano mio, dijo Cristóbal, esta mañana muy temprano salió el animalito de casa, y todavia no ha vuelto. Yo estoy desesperado; le he buscado durante cinco ó seis horas por todo Madrid; he recorrido en vano todas las calles, inclusa la de San Roque, todas las plazas, inclusa la mayor, donde creí que hubiese ido á la querencia, por haber alli un caballo de bronce que parece perro; todos los paseos, incluso el

Retiro, donde por lo comun hay de toda clase de animales, y esta es la hora en que no he tenido la suerte de encontrar mi pobre perro.

—Y bien, dijo Segundo, ¿qué tenemos con eso? ¿qué quieres que haga yo si el diablo del perro se ha perdido, y con qué motivo me has obligado á salir, cuando yo tenia el mayor interés en quedarme en casa?

—Hermano mio, esclamó Cristóbal; yo sé que tú siempre has sido indulgente y bueno para mí; además, recuerdo que la otra vez que se estravió el Pimpollo fuiste tú quien tuvo la gloria de encontrarle, por lo cual no he vacilado en molestarte para que me hagas el inmenso favor de ayudarme á buscar el perro.

—¡Anda al infierno con tu maldito Pimpollo! esclamó furioso Segundo, volviendo la espalda, con intencion de retirarse adonde mas necesaria era su presencia.

Pero Cristóbal estaba desesperado y no podia soltar su presa con tanta facilidad como hubiera deseado Segundo; asì pues, se asió del brazo de este, le espresó su dolor con palabras y ademanes capaces de enternecer á un corazon de mármol; le instó, le rogó, le amenazó con ponerse de rodillas en medio de la calle, si tanto era preciso para conseguir su objeto, y en fin, tal fué su perseverancia, que el buen Segundo tuvo que ceder mal de su grado, y agarrándose de bracero los dos hermanos silenciosos y mustios, cada cual por la causa que motivaba su enojo, echaron á andar al acaso para buscar el perro por aquel dédalo de calles que forman la capital de España.

CAPITULO X.

Para que sirven las cartas.

Nosotros los españoles, con respecto á las citas, hemos adoptado un lenguaje convencional, haciendo que los números del reloj tengan distinto valor del que sus cifras representan. Segun este tácito convenio, el uno significa dos, el dos, tres y así sucesivamente; de modo que cuando se nos cita para las cuatro ya sabemos que podemos acudir á las cinco, sin que esto arguya falta de puntualidad. Algunos han establecido mayores diferencias, queriendo que cada número represente dos unidades mas de las que los aritméticos le han asignado, es decir, que para ellos el seis vale ocho, el siete nueve, &c., por cuya razon cuando se les cita, v. gr., para las diez, ya se sabe que han de asistir á las doce, y aun para esto debe habérseles recomendado encarecidamente la exactitud, sin lo cual habria hombre que prometiendo dejarse ver á la indicada hora de las diez, no creyera incurrir en falta por presentarse á la una menos cuarto. Es digno de observarse que, en este valor convencional de los números, á ninguno de nuestros compatriotas le ha ocurrido proceder á la inversa, esto es, por hacerse presente á las dos cuando se le cita para las tres, y son muchos los

que en la escala del tiempo han suprimido completamente el valor numérico de los guarismos, igualándolos á todos con el cero, que es el símbolo de la nada. Bajo este concepto, cuando á estos sugetos se les da una cita, con recomendacion ó sin ella, entienden que no deben asistir tarde ni temprano, y en efecto, estos hombres cumplen tan fielmente lo que han entendido, que no hay como citarlos á primera hora del lúnes para tener la seguridad de no volver á verlos en toda la semana.

Partiendo de este principio, compadezco mucho á todo el que se queja de tener amigos importunos que vayan contínuamente á interrumpirle en sus tareas, y que no se le ocurre el medio mas sencillo de evitarlo. ¿Porqué no les cita diariamente? Cuando yo quiero que un amigo de los que me visitan á menudo me deje en paz por algun tiempo, le doy una cita muy apremiante, le hago prometer la mayor puntualidad, y quedo tranquilo, en la inteligencia de que han de pasar muchos dias primero que el tal ciudadano vuelva á poner los pies en mi casa.

No era Crisanto Guirlache hombre de estos tratos. A las cuatro en punto le citó D. Segundo Calleja, y á la misma hora se presentó exactamente; porque el infeliz tenia la debilidad de entender todas las cosas al pié de la letra. D. Segundo se quedó estupefacto al ver entrar á Crisanto en el momento en que todos los relojes de su casa tocaban ó señalaban las cuatro en punto, no sabiendo que pensar de un hombre que ni siquiera se tomaba la hora de cortesía, y tal es el influjo de la costumbre, que faltó poco para que al filósofo no le perjudicase lo mismo que en otros países hubiera hecho su apología: la puntualidad. Por fortuna no fué así, gracias á que ya D. Segundo, despues de haber tenido la suerte de encontrar el perro de su hermano, estaba tan fastidiado de la visita del pintor Secante, que agradeció la presencia de otro cualquiera, con tal de tener ese otro á quien dirijir la palabra. Lo que le chocaba en cierto modo á Crisanto, era que D. Segundo en mas de dos horas de conversacion no tocase la cuestion de la mina, que tanto le interesaba, y aunque el pobre trató de suscitarla dos ó tres veces, otras tantas obtuvo respuestas evasivas. En fin,

como se acercaba la noche y Crisanto no tenia donde ir á comer y dormir, se determinó á preguntar resueltamente si se aceptaba ó no su proposicion, y D. Segundo le contestó que ya hablarian del asunto cuando estuviesen solos.

Esta respuesta era una indirecta del Padre Cobos para despedir al pintor Secante; pero Crisanto no tenia obligacion de entenderla, y así se despidió diciendo que volveria al dia siguiente, porque ya era muy tarde y necesitaba buscar una casa donde recojerse, por no serle posible volver á la posada del Cuervo. Entonces D. Segundo le dijo que todavía era temprano, y como entrase un criado á dar el aviso de que la mesa estaba puesta, el filósofo fué invitado para quedarse á comer. Nadie hizo la misma invitacion á Secante, pero éste se convidó á sí mismo, como de costumbre, y todos pasaron al comedor, que es el lugar mas apropósito para comer, como su nombre lo indica.

No contaré lo que pasó durante la comida, porque nada ocurrió de particular, como no fuese la insolencia con que el pintor se jactó de su fortuna con todas las mugeres chicas ó grandes que allí se nombraron. Diré, sin embargo, que Encarnacion estuvo muy amable con Crisanto Guirlache, por lo mismo que su tio Benito le habia echado de la posada dejándole en una situacion tan embarazosa, y añadiré que de todos los hombres que habian tenido la honra de hallarse cerca de la hija de Segundo, ninguno dejó de hacerla guiños mas que el jóven filósofo. D. Valentin Secante estaba furioso de ver la amabilidad con que Encarnacion trataba á Crisanto, y D. Segundo hecho un venablo de observar las ardientes miradas que el artista dirijia á Encarnacion. Pero si nada hubo notable durante la comida, no fué lo mismo al acabar ésta, pues se presentó la muger de Tomás Figueroa llorando á implorar la protecion de Segundo.

—¿Que ocurre, buena muger? dijo éste.

—¿Qué ha de haber, señor? contestó la pobre Socorro; que despues de haberme quedado sin mi hija voy á perder tambien á mi marido.

—Pues qué, ¿está enfermo? preguntó Encarnacion.

—No, señora, dijo Socorro, pero acaban de prenderle y le han metido en un calabozo complicándole en la causa del conde de la Pila-Seca.

—¿Es posible? ¿con que motivo acusan al pobre Figueroa de complicidad en un conato de robo tan escandaloso? preguntó Segundo.

—¡Ay, señor! dijo Socorro; el conde, que está ya convicto, ha delatado á mi marido, diciendo que él fué quien hizo las llaves para robar á D. Judas.

En efecto, entre los muchos cargos de estafa que figuraban en el proceso de Jorge Luis, habia uno de conato de robo en la casa del famoso D. Judas Cain y Dracon, donde parece que el supuesto conde habia concebido el proyecto de apoderarse de la caja, que, segun buenos informes, contenia sumas considerables en oro, plata y papel.

Jorge Luis se habia facilitado moldes de cera para varias cerraduras de la casa de D. Judas, y conforme podia haberse valido de otro cerrajero, acudió á Tomás Figueroa para que le hiciese dichas llaves, sin decirle el mal uso que se proponia hacer de ellas. Como el buen marido de Socorro no podia sospechar que bajo el manto de un título de conde se pudiese cobijar un malhechor, hizo las llaves, no sin referir cuarenta veces su historia y la de todos sus parientes, en particular la de su hija Laura, que le tenia muy afligido. Esta fué la sola y bien inocente participacion que el pobre hombre habia tenido en el crimen; pero el perverso de Jorge Luis, que al principio de la causa negaba todos los cargos resultantes contra sí, acabó por declararse culpable, y como tenia tan malas entrañas, quiso comprometer á muchas personas en el proceso, por aquello que se suele decir de que mal de muchos, consuelo de tontos, refran que á veces debe modificarse diciendo: mal de muchos, consuelo de bribones.

D. Segundo Calleja, cuyo fondo era escelente, ordenó á la pobre Socorro que se quedase desde luego en compañía de Encarnacion, asegurándola que daria todos los pasos imaginables para salvar á Figueroa, y haciéndose poner un coche, invitó al pintor y á Crisanto para que le siguieran. Esta invita-

cion tenia por objeto principal el echar al artista cortésmente de casa por aquella noche, y para mayor disimulo Segundo le preguntó á éste si conocia al juez y al escribano de la causa.

—Sí, señor, dijo Secante, conozco á los dos, pero soy mal empeño para ellos, porque no me pueden ver ni pintado.

—¿Pues que les ha hecho V.? preguntó Segundo al mismo tiempo que empezaba á andar el coche.

—¡Toma! replicó el pintor; como que al juez le desbanqué con la primera novia que tuvo, y en cuanto al escribano... yo no sé si será verdad, pero malas lenguas han dado en decir que su muger me quiere comer con los ojos donde quiera que me presento.

—En ese caso, dijo D. Segundo, lo mejor será que le dejemos á V. en su casa, y nosotros solos nos iremos á hacer las diligencias que podamos en favor del pobre Figueroa.

Y efectivamente, con este motivo se libertaron por aquella noche políticamente del pintor y de sus necias alabanzas. Por lo demás, el escribano y el juez dijeron lo que era muy natural, y era que, estando en sumario la cuestion del cerrajero, no se sabia nada de lo que pudiera arrojar, y que en cuanto dependiese de ellos, sin menoscabo de la ley, tendrian todas las consideraciones imaginables al buen Figueroa. Despues de esto, D. Segundo condujo á Crisanto á una casa de huéspedes de un amigo suyo, quedando él por fiador, y como ya era bastante tarde, se retiró citando al filósofo para el dia siguiente á las nueve de la mañana, pues dijo que queria contestar á las proposiciones de la mina, y que le citaba tan temprano para estar seguro de que nadie les interrumpiria en la conversacion.

Durante el corto tiempo que Segundo empleó para trasladarse á su casa, su imaginacion no se ocupó mas que del jóven filósofo, con quien, francamente, habia simpatizado mucho. Su carácter bondadoso le tenia encantado; su candidez y desprendimiento le agradaban sobremanera, y hasta la franqueza con que confesó haber sido tan desgraciado en todas sus empresas mineras, cuando iba precisamente á proponerle á él una de esas empresas, le habia decidido á aceptar la proposicion,

aunque solo fuese por protejer á un jóven laborioso que hacia el mal sin querer, cuando lo hacia. En consecuencia de esta tan favorable prevencion, se alegraba mucho de la amabilidad con que Encarnacion habia recibido á Crisanto, y por aquello de que con el trato se engendra el cariño, llegó á forjar en su mente mil calendarios sobre la posibilidad de que el jóven filósofo fuese el elejido por la Providencia para despertar en el corazon de su hija las emociones de que hasta entonces no habia sido susceptible. La circunstancia de ser pobre Crisanto no hacia mas que realzarle á sus ojos. El único defecto que le encontraba era el de la puntualidad para las citas, y bien mirado, esta falta era una de las cualidades mas recomendables que puede tener un hombre.

—Ahora que me acuerdo, dijo Segundo, el caso es que yo cité á ese jóven para las nueve, contando con que no vendria hasta las diez ó las once, y es capaz de presentarse á las nueve en punto.

Haciéndose esta triste reflexion, y digo triste porque Segundo no se levantaba jamás antes de las diez y media, llegó á su casa, consoló como pudo á la muger del cerrajero, hizo que todos se acostasen y se acostó él mismo, no déjándole dormir en mas de dos horas la amarga consideracion de que Crisanto seria muy capaz de ir á despertarle á la hora fija en que le habia citado. Sin embargo, no queriendo quedar mal con aquel jóven á quien tan singularmente apreciaba, tiró del cordon de la campanilla y dijo á un criado que al dia siguiente iria muy temprano á buscarle uno de los caballeros que habian comido con él por la tarde, y que le llamasen á cualquiera hora que fuese el indicado caballero.

—Diga V., señor, preguntó el criado, ¿y he de despertarle á V., aunque esté V. durmiendo?

—Pues no, que aguardarás á despertarme cuando esté despierto, contestó Segundo; bástete saber que, despierto ó dormido, me has de llamar á la hora en que ese caballero venga á buscarme.

Y diciendo esto se volvió del otro lado, echándose por el atajo en las veredas del sueño, á fin de descansar el mayor

tiempo que pudiera, por si acaso tenia que madrugar. En efecto, tarde ó temprano, logró dormir como un liron; pero precisamente cuando estaba mas sosegado y creia que no habia hecho mas que cerrar los ojos, entró un criado á despertarle.

—¿Pues qué sucede? preguntó sobresaltado Segundo, no recordando la causa de aquella infraccion de las costumbres de su casa.

—Señor, dijo el criado, ahí está ya el caballero que comió ayer tarde con V.

—¿Será posible? murmuró Segundo, preguntando al mismo tiempo que hora seria.

—Oiga V., señor, dijo el criado; el reloj de la sala está dando las nueve, y no va mas que un minuto atrasado con el de la Puerta del Sol.

—Está bien, repuso Segundo; dí á ese caballero que tenga la bondad de esperarse un momento, que yo seré con él en seguida.

Y empezó á vestirse de prisa para no hacerse esperar.

—¡Escelente jóven! decia Segundo para sí, mientras se estaba vistiendo, y por alusion á Crisanto; algo desgraciado, pero no tiene pelo de tonto, y sobre todo, es hombre de buena fé, cualidad que va siendo bastante rara en este siglo. Pero aun tiene otra prenda que le hace mas recomendable, y es la de no ser vano en una época en que todos los hombres lo son. Lástima es que adolezca del vicio de la puntualidad para las citas, sin lo cual seria lo que se llama un hombre completo; pero, en fin, todos tenemos alguna falta y menos perjudicial es esa que cualquiera otra.

En esto acabó de vestirse, salió y tuvo el gusto de entablar la conversacion con Crisanto, siendo el resultado de ella que desde aquel dia quedó el jóven filósofo nombrado director general de minas de la casa de D. Segundo Calleja, con la asignacion de seis mil duros anuales. Cuando Encarnacion lo supo, aprobó mucho aquel generoso acto de su padre, y éste se alegró infinito, por varios conceptos, de que el empleo que habia dado á Crisanto mereciese la aprobacion de su hija. Desde luego se tomaron las medidas preliminares para proceder á

los trabajos de esplotacion en el cerro de los Angeles, y quince dias despues ya estaban urgando la tierra mas de cincuenta hombres, con gran regocijo de Segundo, que iba por todas partes enseñando las gangas ó muestras del rico filon argentífero acabado de descubrir á dos leguas de la capital. De vez en cuando iba Crisanto á comer ó almorzar á casa de Segundo, haciendo muy mal tercio al pintor Secante, que pretendia el monopolio de tales convites. Por lo demás, si bien era cierto que Encarnacion agasajaba siempre con particular amabilidad á Crisanto, no por eso habia dado la jóven á entender que su predileccion hácia aquel hombre anunciase el gérmen de una pasion amorosa, y Crisanto, por su parte, á pesar de las finas atenciones que tenia con Encarnacion, jamás la echó un piropo significativo, ni la dirijió una mirada ardiente, ni trató de hablar á solas con ella, ni, en fin, hizo nada que no revelase simplemente una amistad de las mas puras y afectuosas. Sin embargo, al pintor se le llevaba pateta de ver que nunca él habia merecido las muestras de aprecio que se prodigaban á Crisanto, y para ello tenia el jactancioso artista un doble motivo que me trae á la memoria el nudo que en cierta ocasion hice en el pañuelo para recordar la historia de Laura, la hija del cerrajero Tomás Figueroa.

He aquí, amados lectores, para que suelen servir los datos mnemotécnicos, ó sean los recursos á que apelamos á veces para ayudar á la memoria. Quiere uno, por ejemplo, recordar el número 34, que es el de la casa de algun amigo, y desde luego se fija en que una peseta tiene treinta y cuatro cuartos; de modo que, acordándose de la peseta, es imposible olvidar el número de la casa. Pero, ¿á que dato se recurrirá para no olvidar el de la peseta? Y aunque esto no se verifique, cuando un hombre pasa una larga época de escasez, ¿quién le sale garante de que se acordará de que una peseta tiene treinta y cuatro cuartos? De todos modos, lo que suele acontecer es que no recuerda uno la peseta sino cuando casualmente le viene á la memoria el número de la casa, y esto es lo que me acaba de pasar á mí con el consabido nudo que hice en el pañuelo para no echar en olvido la consabida historia. Lejos de servir-

me el nudo para recordar la historia, es ésta la que me ha servido para recordar el nudo, y si la hilacion de los sucesos no me hubiese traido á la memoria éste que tanto empeño tenia en recordar, probablemente se habria eternizado el nudo de mi pañuelo.

Laura era una belleza de las mas interesantes: buena estatura, blanca tez, esmaltada por algunas pecas que contribuian á su realce, cabellos y ojos castaños, nariz pequeña y ligeramente remangada, para mejor lucir una boca como un piñon, en cuyos labios encendidos parecia reverberar la llama de un corazon candente. Su cuello era como torneado, y todo su busto una de las mas ideales creaciones de Fidias ó de Praxiteles; pero todas estas perfecciones físicas valian poco en comparacion de aquello que solemos llamar el no sé qué, y es la gracia, la espresion, el alma que forma el mas espiritual y poderoso encanto de algunas mugeres.

Desde que esta preciosa jóven entró en la edad de los amores, se vió galanteada por un oficial de cerrajero que estaba locamente enamorado de ella, y en honor de la verdad, poco faltó para que tan puro amor fuese dignamente correspondido; pero Laura tenia el defecto de creer en las cartas, ó lo que es lo mismo, en los charlatanes ó charlatanas que por medio de las cartas suponen leer en el libro del porvenir, y nadie paga en este mundo tributo á una preocupacion grosera sin que tarde ó temprano deje de recibir su castigo para escarmiento. Ya la pobre jóven estaba casi decidida á dar el ansiado sí al oficial de cerrajero, que la hubiera hecho dichosa, cuando se apareció una muger que ganaba la vida echando las cartas con tanto primor que descubria los mas misteriosos arcanos. En seguida Laura corrió en busca de aquella muger, con el afan de saber su sino, y llegó en la ocasion mas propicia para consultar á doña Mercedes, que así se llamaba la agorera.

—Pase V. adelante, dijo ésta; no sea V. tímida como Juana de Arco, que si V. desea conocer su suerte futura, yo puedo predecirla con mas exactitud que el mismo Fr. Luis de Leon.

Entró efectivamente Laura en el gabinete de los augurios, despues de los cumplimientos acostumbrados, y comenzó la

operacion de las cartas echando Mercedes las siete primeras sobre la mesa, que eran las siguientes: el cuatro de espadas, el as de idem, el siete de copas, el dos de oros, la sota de bastos, el caballo del mismo palo y el cinco de bastos tambien.

—¡Pobre partido! dijo doña Mercedes arrugando el ceño. Las cuatro primeras cartas no quieren decir nada en este caso: la quinta es V., y la sesta el hombre á quien ha entregado su corazon.

—Muchas gracias, replicó Laura, ¿con que yo soy la sota de bastos y me dá V. un caballo por novio?

—Hija mia, contestó doña Mercedes, yo no digo que V. sea una sota ni que su novio es el caballo de bastos, sino que por el lenguaje pirotécnico de estas cartas, adivino lo que está pasando, y es que hay un hombre de la misma condicion social que V. que la pretende y ama con la pasion de un Heliogábalo.

Atónita quedó con esta contestacion la jóven, pensando en el oficial de cerrajero que la pretendia, y aunque ignoraba quien era Heliogábalo, bastaba lo poco que habia podido comprender para respetar el talento cabalístico de Doña Mercedes.

—Ahora bien, continuó la agorera, despues de los amantes viene un cinco de bastos, que es como si dijésemos la tea de la discordia, lo cual significa que esta union seria muy desgraciada y que mas le valiera á V. caer bajo la férula de Campomanes que casarse con el artesano que la pretende.

Laura se estremeció con tanto mas motivo, cuanto que no sabia la infeliz hasta que punto podía ser temible la férula de Campomanes, ni quien era este individuo, ni lo que queria decir férula, por cuya razon prometió desterrar de su pensamiento la imágen del único, tal vez, entre todos los hombres, que hubiera labrado su felicidad. Quiso, sin embargo, saber si podria contar con un sustituto antes de mandar á paseo al caballo de bastos, porque en el servicio del amor las mugeres dan por lo comun una atencion preferente al sistema de reemplazos, y habiendo elejido tres cartas por indicacion de Doña Mercedes, la cual creia de buena fé en los disparates que estaba ensartando, sacó entre ellas un rey de oros seguido de un cinco de espadas.

—¡Que pícaros cincos, como nos persiguen! esclamó la moderna Pitonisa, reflejando en lo mústio del semblante la espresion del mas profundo sentimiento.

—¿Pues que significa eso? preguntó la jóven incauta con ansiedad.

—Esto significa, dijo la agorera, que tiene V. la fortuna de ser amada por un hombre mas rico que Maquiavelo; pero no le haga caso, por que ese sugeto debe ser otro Judas, y con él seria V. mas desgraciada que con el otro.

El nombre de Judas que por casualidad sacó á colacion oportunamente la aventurera, en la gerga que le era peculiar, acabó de convencer á Laura de que aquella muger era adivina, porque entre los que mas obstinadamente habian perseguido su virtud figuraba D. Judas Cain y Dracon, el cual no pudiendo conseguirla por buenas, hasta intentó apelar al rapto, y aunque la jóven no sabia si Maquiavelo era efectivamente muy rico, bastaba que D. Judas lo fuese para encontrar una perfecta conformidad en todo lo que con relacion á ella decian las dichosas cartas. Durante este momento la pobre Laura se sintió tan subyugada por el mágico poder de doña Mercedes, que á la mas leve insinuacion de esta muger se hubiera arrojado de cabeza en un pozo.

—Y bien, señora, dijo la doncella, ese Judas no me interesa nada, y deseo saber si podré contar con otro, aunque no sea tan rico, porque no es dinero lo que yo vengo buscando.

Doña Mercedes por toda respuesta se entregó á su ejercicio estrambótico-profético, echando sobre el tapete de la mesa otras siete cartas, de las cuales la primera era el cinco de oros, la segunda el caballo de copas, la tercera el tres de oros, y la cuarta el as del pelo del caballero.

—¡Ave María purísima! esclamó la echadora de naipes, levantando la cabeza y cubriéndose la frente con ambas manos para mejor ponderar el asombro que le habia causado la nueva suerte.

—Pues qué, ¿hay mas desdichas que temer? preguntó la jóven sobresaltada.

—Todo lo contrario, contestó doña Mercedes, espresando á

la vez su alegría y admiracion por lo que acababa de descubrir; todo lo contrario, hija mia. Esto prueba que va V. á ser mas afortunada que Margarita de Borgoña, con un tercer amante que haria por V. en caso necesario el sacrificio de la vida; que será con V. mas apasionado que el famoso Copérnico, mas dócil que el ilustre Padilla y mas constante que el insigne Covarrubias; en fin, lo que se llama un verdadero protagonista.

De toda esta gerigonza, lo que Laura sacó en limpio fué que podia contar con un hombre á pedir de boca, y por lo demas, ni la interesaban los puntos de comparacion que tendria con los eminentes varones citados, ni conocia las ventajas que pudiera llevar consigo el ser ó dejar de ser protagonista. En consecuencia de esto pidió mas ámplias esplicaciones, y doña Mercedes dió las siguientes:

—El cinco de oros, que ha salido primero, es por sí solo un gran adminículo respecto al primer galan que le siga; el caballo de copas, que es el galan que nos ha dado la suerte, muestra no ser éste pobre ni rico, es decir, que puede mirarse como un cosmopolita bastante bien acomodado y nada mas, pero en cambio tiene las buenas cualidades que llevo manifestadas; el tres de oros, que salió detras, dice que el partido es inmejorable por todos estilos, y el as de copas, que viene despues, anuncia tanta dicha en estos amores y tal necesidad de que una V. su destino al del referido amante, que desde luego debe V. admitir sus obsequios y obedecer ciegamente á todos sus caprichos. Vea V. ahora si hay motivo para envidiar su suerte, para asombrarse de ella y para asegurar que ha de ser V. tan feliz como Margarita de Borgoña.

Daremos aquí por terminada la sesion cabalística que trastornó completamente el cerebro de la pobre Laura. Esta, en efecto, no tenia mucho juicio cuando fué á consultar su horóscopo, como lo prueba el solo hecho de dar crédito á las sandeces de los que con las cartas, con el sonambulismo, ó por otros medios á cual mas estravagantes, se creen ó afectan creerse capaces de leer en el pervenir; pero el poco juicio que tenia cuando quiso conocer su sino, lo perdió de todo punto en la casa de Mercedes, en quien desde luego habrá reconocido el lector á la

primera niñera que tuvo Benito; aquella desventurada que, por la vida errante á que se habia entregado, no podia tener mejor paradero que el de decir la buena ventura.

Retiróse, pues, Laura con la cabeza llena de visiones, y en el camino precisamente se encontró con el pintor Secante, que dió en seguirla con la tenacidad con que él acostumbraba seguir á todas las mujeres; solo que como no todas acababan de consultar su sino en las cartas, ninguna le hacia caso, pues por mas que él se jactase de sus triunfos amorosos, tenia un yo no sé qué de repulsivo para el bello sexo. Pero esta vez quiso favorecerle la casualidad, porque Laura, tomándole por el caballo de copas que tanto la habia recomendado la agorera, le prestó primeramente oidos, le dió diferentes citas á la ventana para hablar con él mientras sus padres dormian, y por último, de la noche á la mañana, la infeliz hizo el desatino de abandonar la casa paterna para obedecer á los caprichos del artista.

Este jactancioso pécora, que habia llevado siempre calabazas con todas las mugeres de todas las condiciones sociales, estaba loco de contento con Laura á quien tuvo encerrada mucho tiempo, como en una prision; lo cual no le impedia continuar desempeñando el papel de oso cada vez que salia de casa, ya para estarse de planton delante de alguna ventana donde el dia anterior habia visto unos lindos ojos que por casualidad le miraron, ya para seguir á una costurera, ya, en fin, para pintar la cigüeña cerca de la bella Encarnacion. Durante algunos meses las cosas continuaron así, pero al cabo Laura, que no veia tan patente como ella quisiera la felicidad prometida por el caballo de copas, salió un dia para consultar de nuevo las cartas, y esta vez recibió un cruel desengaño. Despues de esplicar Mercedes convenientemente la equivocacion que habia padecido Laura, tomando por caballo de copas á un hombre que no servia ni para siete de bastos, echó de nuevo las cartas, en las cuales, por una rara coincidencia, salió el caballo de copas entre la sota de bastos y la de espadas, lo cual, segun la ciencia, queria decir que Laura tenia una rival, ó en otros términos, que su amante era el mas infiel de todos los hombres. Desde este dia en que Secante al retirarse de la casa de D. Segundo

halló la suya vacía, no volvió á saber de Laura, y aunque yo puedo dar bien razon de su paradero, me permitirán ustedes que lo reserve para otra ocasion, porque si lo digo todo en un solo capítulo se acabó la novela, y á mí lo que me interesa es ir alargando los asuntos para llenar las entregas que tengo prometidas.

He aquí espuesto ya el motivo que tenia D. Valentin Secante para aburrirse mas y mas de las atenciones que debia Crisanto á la angelical Encarnacion. Creia de buena fé que el filósofo era el solo hombre que hubiese petado á la doncella insensible de quien él estaba locamente enamorado, y en su desesperacion resolvió desprenderse á toda costa de tan temido rival. Sin embargo, no sabia que partido tomar para ello, porque, en su concepto, Crisanto era tan tímido, por no decir otra cosa, que seguramente no querria batirse; pero en este caso estaba decidido á matarle á palos, y para ello, un dia, despues que estuvo provisto de buenas armas, dió á su rival una cita en un sitio de los mas solitarios, con la escusa de que necesitaba consultarle sobre un asunto de mucha gravedad.

¡ Cosa rara! D. Segundo Calleja se hallaba por otro estilo tan preocupado como Secante con los amores nacientes de Encarnacion, y alegrándose de que esto fuese verdad, estaba tan impaciente por averiguarlo que resolvió hablar á su hija sobre el particular. Aquí sí que me conviene referir lo que pasó en esta entrevista, con la cual hubiera podido hacer otro capítulo si quisiera, y puesto que me conviene, voy á decirlo, porque nadie puede impedir que en esta parte me despache á mi gusto.

—Hija mia, dijo D. Segundo; despues del chasco que nos llevamos con el supuesto conde de la Pila-Seca, tenia pensado no hablarte de ningun hombre; pero voy á quebrantar mi propósito, supuesto que esta vez estoy seguro de que mi candidato es un jóven de reconocida moralidad, y á quien se me figura que amas tanto como yo deseo.

—¿ Y quien es ese caballero? preguntó Encarnacion, como si no hubiese adivinado ya el pensamiento de su padre.

—¿ Como? dijo éste; ¿ será por ventura su nombre tan agra-

›e á tus oidos que necesite yo pronunciar el de nuestro caro ›sofo D. Crisanto Guirlache?

Encarnacion al oir esto frunció graciosamente el ceño, ›jando ver aquella fria sonrisa con que tan bien sabia espre-›ar su indiferencia para con los hombres que no eran de su agrado.

—Es decir, padre mio, contestó por fin, que no puede una muger ser atenta con un hombre sin que su amabilidad se traduzca por amor? Pues bien: debo confesarle á V. que yo he aplaudido la proteccion que dispensa V. á D. Crisanto, porque me parece un jóven honrado, digno de nuestro apoyo, y he procurado obsequiarle, porque estimo mucho su sencillez, prenda que juzgo muy recomendable en una época en que todos los hombres parece que han perdido la chaveta, tentados por el demonio de la vanidad; pero si estas demostraciones inocentes pudieran hacerle creer á V. otra cosa, desde ahora prometo suprimirlas, porque en asuntos de amor, padre mio, solo he aprendido á saber que ese jóven, á quien tanto estimo como caballero, es quizá el último de los hombres á quien yo daria mi predileccion como amante.

Estupefacto quedó Segundo al oir esta categórica negativa, que no solo disipaba todas las ilusiones, sino que cerraba la puerta á todas las esperanzas. Y sin embargo, en el mismo momento en que tenia lugar esta confesion terminante, de la cual resulta claro como la luz del sol que se equivocaban todos los que creian á Encarnacion enamorada de Crisanto, debia verificarse en un paraje solitario la entrevista del cándido filósofo con el taimado pintor, que á toda costa queria desprenderse del que miraba como afortunado rival. Véase lo que es el mundo, y la razon que á mí me sobra para dar por terminado este capítulo.

CAPITULO XI.

Lo barato es caro.

Mohino se quedó por algun tiempo el buen Segundo con la esplícita declaracion de su hija, y entonces si que renunció de todas veras á la esperanza de verla tomar estado. Por otra parte, los trabajos mineros del cerro de los Angeles nada prometian, pues habiéndose hecho el ensayo del mineral argentífero, resultaba no ser mas que plata de perdigones, y esto en cantidad insignificante, de modo que el continuar dichos trabajos era lo mismo que proponerse malgastar el dinero. Afortunadamente, cuando Segundo, que á todo trance queria tener un pretesto decoroso para protejer á Crisanto, se hallaba en esta perplejidad, llegó el cartero á consolarle con una carta que le llevó y que decia entre otras cosas lo siguiente: "Me han asegurado que en una de las tierras de la pertenencia de V. en esta provincia se encuentra una rica mina de cobre, y seria muy bueno que enviase V. una persona inteligente para hacer las necesarias investigaciones. Yo por mi parte no entiendo de filones, porque tampoco es esa mi prófesion, sino el dar tajos y reveses como los que tuve el gusto de sacudir en la accion de San Marcial, donde recibí una herida detrás de

38

la oreja, cuya cicatriz haria ver á V. ahora mismo si no estuviésemos tan distantes."

Esta carta, fechada en Burgos, era de D. Alejo Machuca, personage que, como ustedes recordarán, ha figurado ya en esta historia, y es aquel mismo veterano á quien Jorge Luis cuando era muchacho hizo tantas perrerías. D. Segundo, que todo lo miraba con interés menos el interés mismo, y que, como llevo dicho, tenia necesidad de un pretesto para protejer al filósofo, recibió con un placer indecible la carta de D. Alejo, tanto mas cuanto que, suponiendo á Crisanto enamorado de su hija, y convencido ya de que ésta tendria la crueldad de desairar al jóven si éste se resolvia á declararla su atrevido pensamiento, deseaba evitarle la ocasion de recibir un funesto desengaño. Castillos en el aire y nada mas eran los que Segundo habia forjado, porque el jóven filósofo en todo pensaba menos en amar á Encarnacion, á quien solo profesaba un cariño fraternal, hijo de la mas tierna gratitud.

Afortunadamente, Crisanto, á quien dejamos en el capítulo anterior en una situacion muy comprometida, salió de ella de la manera mas sencilla y natural. Estaba citado por el pintor para las once de la mañana en la Puerta de Hierro, y con su acostumbrada exactitud acudió á la cita; pero Secante era uno de esos que han suprimido para las citas el valor de los números, y de consiguiente pensó que no debia dejarse ver á ninguna hora en la Puerta de Hierro, donde el filósofo le estuvo esperando desde las once en punto de la mañana hasta despues de anochecer.

Viendo, por fin, Crisanto que esperaba inútilmente al hombre que con tanta urgencia le habia citado, se retiró censurando agriamente la informalidad del artista, y al llegar á casa de D. Segundo recibió la muy agradable noticia de que al dia siguiente debia salir para Burgos. Supongámosle ya caminando, muy triste por haber sido en la empresa minera del cerro de los Angeles tan desgraciado como en las anteriores, pero al mismo tiempo muy lleno de esperanzas para el porvenir, pues pensaba ser mas afortunado en la esplotacion de la nueva mina, y lo deseaba principalmente por ver si lograba

corresponder de algun modo á la generosidad de D. Segundo; supongámosle, repito, caminando para trasladar hácia la brújula de Burgos los bártulos del cerro de los Angeles, y digamos algo del famoso proceso del conde de la Pila-Seca, lo que puede venir á lana si no viene á pelo.

Un dia la pobre Socorro, que continuaba viviendo en casa de D. Segundo, le suplicó á éste que fuese á ver al buen Tomás Figueroa para darle algun consejo provechoso, y con tal motivo el padre de Encarnacion tuvo la suerte de presenciar algunas escenas que merecen contarse. La primera fué la declaracion que prestó el buen Figueroa, y la segunda, la traslacion de Jorge Luis al patio de los criminales. Seguiremos en este relato el órden cronológico de los sucesos, que es el mas cómodo.

Cuando llegó D. Segundo á la cárcel, donde tuvo que esperar un rato para ver á su protejido, lo primero que le llamó la atencion fué el oir las grandes carcajadas que los jueces y curiales daban en la sala de las declaraciones, donde el cerrajero estaba prestando la suya. Se acercó, pues, á la puerta lleno de curiosidad, y oyó el siguiente diálogo de que no quiero privar á mis lectores.

El Juez.—No es eso lo que yo necesito saber: he preguntado cual es su nombre de V., su profesion y el pueblo de su naturaleza, y á esto es á lo que tiene V. que contestar.

Tomás Figueroa.—Pues ahí está, señor juez; yo soy incapaz de mentir, aunque mas de cuatro veces haya tenido que arrepentirme de decir la verdad, como por ejemplo, una vez que estando muy ocupado en mi oficio fueron á buscarme para que pagase la contribucion; lo que hice fué presentarme al señor alcalde para decirle que yo no fabricaba dinero.

El Juez.—¿Se está V. burlando del tribunal? Por tercera y última vez le pregunto su nombre, su profesion y el pueblo de su naturaleza.

Tomás Figueroa.—Voy á contestar, señor, voy á contestar á todo eso; yo soy incapaz de burlarme de la justicia ni de nadie, porque, aunque pobre, mi padre supo darme buena educacion. ¡Digo! ¡Bonito genio era el suyo para aguantar

bromas! Un dia, solo porque me encontró jugando á las chapas, me sacudió mas azotes que pelos tengo en la cabeza. Por fortuna, mi madre, que habia salido de casa, volvió en aquel instante muy aflijida, y así se suspendió mi castigo; pero en otra ocasion......

El Juez.—Basta ya. Conste que el declarante, apelando á circunloquios tan maliciosos como interminables, se niega á responder á las preguntas que se le han dirijido.

Esto le tenia sin cuidado al buen cerrajero, con tal que le permitiesen continuar, de cualquier modo que fuese, la narracion de sus aventuras, tanto mas divertidas por lo visto, cuanto que todos los que le escuchaban se estaban riendo á carcajada tendida. Pero prosiga el diálogo.

El Juez.—¿Conoce V. á D. Jorge Luis...... titulado conde de la Pila-Seca?

Tomás Figueroa.—Yo le dire á V., señor: antes de mi venida á Madrid yo vivia en la ciudad de Cartagena, tan cerca del muelle, que un dia......

El juez no pudo menos de volver la cabeza para reirse de esta salida de pié de banco, y luego que se hubo mordido los labios cuanto pudo para recobrar su gravedad de magistrado, dijo:

—No es eso lo que yo pregunto; lo que aquí se necesita saber es si conoce V. ó ha conocido á D. Jorge Luis...... titulado conde de la Pila-Seca, y V. debe contestar sencillamente diciendo que sí ó que no, para que conste en la declaracion su respuesta negativa ó afirmativa. ¿En qué quedamos? ¿Conoce V. al mencionado sugeto?

Tomás Figueroa.—Pues ahí voy á parar, señor, ahí voy á parar. Yo, como iba diciendo, vivia tan cerca del muelle de Cartagena, que todo el dia estaba viendo cruzar por delante de mi puerta marineros y mas marineros.

Las carcajadas continuaban cada vez con mas fuerza. El mismo juez soltó la suya, inundándosele los ojos de agua, con aquel caso sin ejemplo en los fastos jurídicos: el de no poder absolutamente conseguir una declaracion terminante, de lo cual resultaba que era de todo punto imposible hacer un solo

cargo á Figueroa por sus contestaciones. Y la razon era muy sencilla: si hubiera dicho que conocia al principal acusado, habia un punto de partida para la prosecucion del negocio, y de la afirmativa se hubiese sacado alguna consecuencia respecto á la hechura de las llaves con que el supuesto conde intentó perpetrar su delito, así como diciendo simplemente que no le conocia se le podia hacer el cargo de perjurio, por ser tan fácil probar que conocia muy bien al supuesto conde, para el cual habia trabajado. ¿Pero que cargo puede formularse por su declaracion á un hombre que, á pesar de todos los apremios y amenazas que se le dirijen, se sale con no decir que sí ni que no? El digno magistrado, despues que se hubo reido á tutiplen, se enojó consigo mismo por haberse reido tanto, y apostrofando con palabras bastante duras al buen Figueroa, le conminó con tenerle quince dias en un calabozo si no decia sinceramente la verdad. Esta terrible amenaza llenó de consternacion al pobre cerrajero, que, pidiendo mil perdones, protestó haber dicho la verdad en cuanto habia declarado.

—Yo no pongo en duda la verdad de esas historias que V. nos ha referido, dijo el juez; pero esas historias no vienen al caso para nada, y desde ahora debe V. suprimirlas. Lo que yo pido es que diga V. la verdad respondiendo categóricamente á mis preguntas, entre las cuales voy á dirijirle por última vez la siguiente: ¿conoce V. ó no conoce á D. Jorge Luis, titulado conde de la Pila-Seca?

Tomás Figueroa.—Yo señor, francamente, antes de salir de Cartagena podia decir que solo habia visto el mundo por un agujero, y no porque en aquella ciudad no sufriese algunos chascos. En cierta ocasion, particularmente, yendo yo á pescar con anzuelo, me salió al encuentro un vecino diciéndome que si no tenia inconveniente en acompañarle......

Otra vez soltaron el trapo á la risa desde el magistrado hasta el último procurador de los que habia en la sala. El escribano, especialmente, no podia dominarse por mas que hacia, y así es que le costó muchísimo trabajo el escribir estas palabras dictadas por el juez: "Conste que el declarante, á pesar de las

amonestaciones que se le han hecho, persiste con incalificable tenacidad en dar respuestas evasivas."

La formalidad de la declaracion debia continuar sin embargo, y continuó de este modo.

El Juez.—¿Reconoce V. estas llaves y recuerda haberlas hecho por engargo del titulado Conde?

Tomás Figueroa tomó en sus manos las llaves que le presentaba el juez, y despues que las hubo examinado ligeramente, contestó diciendo:

—Señor, yo lo que puedo asegurar á V. es que, digan lo que digeren mis enemigos, no soy mas que un hombre muy desgraciado. ¡Sí señor! añadió humedeciéndosele los ojos; yo tenia una hija hermosa como el lucero de la mañana, y me la han robado destrozándome el corazon.

Esta vez el magistrado, lejos de reir se conmovió, compadeciéndose de aquel pobre diablo que tanto le habia apurado la paciencia.

—Ea, buen hombre, le dijo, esa es una desgracia que yo deploro, pero de la cual no se trata en este momento. Tranquilícese V. y vea de contestar á mi pregunta. ¿Reconoce V., sí ó no, esas llaves que tiene en sus manos? ¿Recuerda V., sí ó no, haberlas construido por encargo del llamado conde de la Pila-Seca?

Tomás Figueroa.—¿Le parece á V., señor, que puedo yo saber ya lo que es tranquilidad en este mundo? Si me hubiesen dicho á mí que habia de sobrevivir á la mas mínima desgracia de mi Laura, hubiera sido capaz de desmentir á mi padre; porque yo la queria, señor, mas que á mí mismo; me estaba mirando en ella como en un espejo; me habria sentido con fuerzas para despreciar por ella la fortuna y los peligros, y sin embargo, me han robado ese tesoro, ese único bien, ese lazo de amor y de consuelo que tan agradablemente me mantenia unido á los azares de la vida. Despues de esto, señor, ¿qué me importa lo que quieran hacer de mí? Lo mismo me da ir desde aquí al calabozo, que á mi casa ó al presidio.

He aquí, amados lectores, una cosa bien singular. El sentimiento del dolor es tan comunicativo como el de la risa, y así

nadie se admirará de que estas últimas palabras del pobre cerragero arrancasen algunas lágrimas á los que mas se habian reido de sus incoherencias. Segundo Calleja, que, como llevo dicho, estaba oyendo la declaracion de Tomás Figueroa desde la puerta de la sala, sintió su corazon tan visiblemente alterado con la contestacion de su pobre paisano, que hubiera dado en aquel instante toda su fortuna por conocer al raptor de Laura para desafiarle á muerte. ¡Cuan lejos estaba este hombre generoso de sospechar, que el miserable á quien deseaba conocer para darle un severo castigo, era el mismo D. Valentin Secante, infatigable perseguidor de la virtud ó de la dote de su propia hija! Pero prosigamos, ó por mejor decir, acabemos, pues el juez convencido de que era de todo punto inútil seguir interrogando á un hombre como Figueroa, que cuando parecia estar en la cárcel andaba por los cerros de Ubeda, dió el acto por terminado, disponiendo que se pusiese al preso en comunicacion. Quizás en esto habia una pequeña infraccion de las prácticas establecidas; pero la conviccion moral, que tiene tan poderoso influjo, aun en el sistema de procedimientos vigente, le estaba diciendo al magistrado que aquel infeliz no era criminal, y si la bondad de las acciones se ha de medir por el número de los que las sancionan, sin duda fué muy loable la del magistrado, pues todos aquellos á quienes tanto habia hecho reir Figueroa, felicitaron sinceramente á este desgraciado cuando se le puso en comunicacion.

Pero en el mismo instante en que esto sucedia, se oyeron fuertes voces de: ¡bronca en el patio! ¡bronca en el patio!

Bueno será decir que en el lenguaje de la gente del bronce que por lo regular puebla las cárceles de España, bronca es sinónimo de gresca, trifulca, riña ó quimera, con la circunstancia de que la bronca es siempre un combate á navaja. Por esta razon los alcaides y calaboceros, tan pronto como oyeron la voz alarmante de "bronca en el patio!" hicieron provision de armas, y acompañados de alguna tropa de la que allí hacia la guardia, corrieron diligentes á apaciguar el motin. Poco tiempo despues los dependientes de la prision aparecieron nuevamente, no ya como habian ido al patio, sino conduciendo á un hombre mor-

talmente herido, como que se estaba desangrando por momentos. Cuando las personas que estaban presentes vieron al moribundo, un rumor de asombro circuló por todo el edificio, diciendo todos á un tiempo:

—¡El Zurdo herido! ¡Quién será el que haya tenido la bravura de medirse con él y de vencerle!

Y aquí me tienen ustedes obligado otra vez á volver la vista atrás para esplicar debidamente la ocurrencia.

Ya he contado el modo aristocrático y sibarítico que Jorge Luis tenia de vivir en la cárcel, gracias á la facilidad con que desde el encierro mismo estaba estafando á medio Madrid mientras duró la ilusion de la máquina ratonera; pero luego que cayó en descrédito este recurso, se le fué acabando el dinero, hasta el punto de que no solo llegó á faltarle lo necesario para darse tono, sino tambien lo preciso para pagar el alquiler del cuarto en que vivia, y sabido es que tan pronto como un preso de distincion deja de pagar el referido alquiler, tiene que bajar al patio á comer el rancho, dormir y alternar con los mas feroces bandoleros que hay en las prisiones. Así, pues, un hombre que ha disfrutado medianas comodidades en el mundo, prefiere quedarse sin comer á dejar de pagar una sola quincena de su habitacion, porque para todo el que conserve un resto de decoro, la idea de bajar al patio es mas dolorosa que la de subir al patíbulo.

¿Quién habia de decirle á Jorge Luis, cuando tanto despilfarraba en la prision, y cuando á pesar de verse acusado de un delito feo recibia las visitas de la alta sociedad, que sonaria tambien para él la hora menguada de tener que bajar al patio, por no tener dinero con que vivir en el departamento de alcaldía? Pues llegó este fatal momento, aunque no tan pronto como hubiera llegado para otro cualquiera, porque el alcaide, acostumbrado á tratar con cierto respeto á un señor tan principal y almibarado como el supuesto conde, carecia de valor para darle tan terrible órden, y con mayor razon para ejecutarla, lo que le parecia una profanacion. Así, pues, anduvo con mil rodeos para anunciarle la noticia, y aun le concedió quince dias de respiro para ver si durante este tiempo llegaban real-

mente las letras de cambio que el preso suponia estar esperando de Viena, Londres, Paris y otras capitales. Pero se pasaron los quince dias sin que las tales letras llegasen, y el referido alcaide, con harto dolor de su corazon, fué á ver á Jorge Luis diciéndole que debia prepararse para bajar al patio.

—Bien sabe Dios que lo siento mas que si se tratara de mí mismo, dijo el alcaide, pero me es imposible por desgracia dilatar la medida un minuto mas, y espero, señor conde, que V. me disimulará considerando mi posicion.

—Sin embargo, contestó Jorge Luis, si pudiese V. concederme otra quincena, yo estoy seguro de que en ese tiempo no dejarian mis corresponsales de remitirme algun dinero, y entonces yo sabria demostrar á V. hasta donde alcanza mi gratitud.

—No dudo, señor conde, dijo el carcelero, que continuaba dando este título al preso, no dudo que lo harán así, pero como V. me hizo la misma promesa el otro dia y sus corresponsales no se han dado por entendidos, es probable que les haya sucedido una desgracia y no puedan cumplir su palabra. Lo que yo haré en todo caso, será sacarle á V. del patio tan pronto como le llegue el dinero, pero por ahora, señor conde, tiene V. que conformarse con esa esperanza y prepararse á seguirme. Con que, ánimo, señor conde! Un hombre jóven y fuerte como V., no debe amilanarse por tener que habérselas con la canalla de allá abajo. Ea, recoja V. lo poco que le queda y pax cristi.

Viendo que no habia remedio para su mal, Jorge Luis se armó al parecer de resignacion y siguió al alcaide, siendo saludado en el tránsito fatal por todos los presos que estaban verdaderamente afligidos de ver tan desdichado al hombre que habian conocido tan opulento. Por fin, la puerta del patio se abrió para dar paso al supuesto conde, que fué honrado con una salva de carcajadas groseras y silbidos en todos los tonos, música zumbona con que quisieron darle la bien venida los nuevos camaradas, cuyos corazones todos habian encallecido en los vicios y en los crímenes. El neófito, despues que vió la puerta cerrada, tendió una mirada escudriñadora por entre aquella multitud de desalmados andrajosos, cuyos siniestros semblan-

tes y burlas provocadoras hubiesen hecho morir de vergüenza y de miedo en iguales circunstancias al mas pintado, y haciéndoles con la mano una señal imperativa de silencio, callaron todos, no poco sorprendidos de ver que el nuevo camarada tuviese bastante resolucion para arengarlos. La alocucion de Jorge Luis fué corta, no pudo ser mas breve, pues se redujo á la siguiente pregunta:

—¿Quién de vosotros es el que aquí cobra el barato?

El silencio continuó observándose por todos, menos por un famoso bandido llamado por apodo el Zurdo, que con una sonrisa despreciativa se adelantó diciendo:

—Si trae V. mucho dinero, vaya sacándolo para darme su tributo.

—¿Es V. el que cobra el barato? repuso Jorge Luis, examidando la estampa inverosímil del baratero.

—¡Compadre! dijo este, yo soy el Zurdo; con que lo dicho, dicho, mas mosca y menos palique.

—Ni palique ni mosca, replicó Jorge, sacando y abriendo como por encanto una navaja de tres cuartas y pico, que no era mal pico la punta de aquella arma terrible; yo vengo á disputar ese derecho á todos los zurdos y ambidiestros que se me pongan por delante; con que, mi amigo, eche mano á su sierpe que ya la mia está enseñando la lengua.

El Zurdo, viendo que iba de veras, hizo ver tambien una de las de tres cuartas y pico mas templadas que han salido de Albacete, y se puso á estipular las condiciones del combate, reducidas á saber si este habia de ser á muerte ó á primera sangre; opinando él por lo segundo, porque no habiendo motivos de odio personal, dijo que seria gran lástima privar á la sociedad de un hombre honrado.

—En efecto, contestó Jorge aceptando la proposicion; el asunto no vale la pena de aflijir al verdugo quitándole la esperanza de lucir su habilidad con cualquiera de nosotros.

Diciendo esto, sacó un rico pañuelo bordado que colocó en la cabeza con arreglo al último figurin llegado de Melilla; quitóse la levita, enrollándola en su brazo izquierdo para que le sirviera de escudo; imitó el Zurdo esta misma precaucion, to-

mando una manta para abroquelarse el brazo derecho, que es el izquierdo de los zurdos, y formándose un espacioso círculo vicioso, que no podia menos de ser vicioso un círculo formado por ochenta ó cien hombres plagados de vicios, los dos contrincantes se pusieron en facha con toda la mala fé que naturalmente debe presidir á los lances de honor entre tan ilustre caterva. No es posible saber lo que andaria por allá dentro, pero á juzgar por los semblantes de los combatientes, no necesitaban estos cantar la hora de noche para pasar por serenos. El momento fué solemne, hasta donde puede alcanzar la solemnidad entre una turba de bribones, aunque para ellos en nada hubiera desmerecido este torneo de la edad calceta, que es la que propiamente ha sucedido á la media, de aquel en que todo un Enrique II de Francia moria á manos del conde Montgomery, y si ustedes no quieren que fuese solemne aquel momento, pónganle otro apodo, pues con tal que yo no lo sepa, es bien seguro que no ha de haber disputa entre nosotros.

Jorge tomó una actitud puramente defensiva, mientras que el Zurdo, vencedor en cien campañas de la misma especie, atacó desde luego con la celeridad del rayo, como si le corriera mucha prisa el dar una leccion de tres cuartas y pico al nuevo pasante de aquel colegio de inhumanidades en que él blasonaba de primer catedrático. Saltaba el maldito como una pulga y saltaba en todas direcciones, tan pronto hácia los costados como de frente ó á retaguardia, y la espuma se le salia por la boca, sin ser puchero, de ver que sus golpes no llegaban jamás al bulto á donde los dirigia, ó que eran fácilmente parados por el arma de un competidor invulnerable. Rabioso de encontrar una resistencia que no hubiera imaginado y que en cierto modo le humillaba, perdió los estribos hasta el estremo de olvidar las condiciones del duelo, y se propuso acabar de una vez con su antagonista tirándole un tajo maestro al corazon; pero no solo tuvo la mortificacion de errar el golpe, sino la de haber recibido una herida en un brazo que le convirtió en fuente, haciéndole arrojar un abundante chorro de agua colorada.

Esta metamórfosis puso fin á la lucha, resultando vencedor

el terrible Jorge, lo que no dejará de parecer estraño; pero mas estraño seria que se hubiese declarado vencedor al herido, y sin embargo, justo es consignarlo aquí para dar una prueba de imparcialidad histórica, Jorge Luis no se sintió tan engreido de su triunfo como esos guerreros contemporáneos que quieren llenar el mundo con sus hazañas por haber causado al enemigo una baja de mil hombres, sin mas pérdida de su parte que la de novecientos noventa y nueve. Lo que hizo fué arrancarse la camisa para improvisar vendajes con que ligar el brazo del herido que, segun la fuerza con que se le escapaba la sangre arterial, corria peligro de no vivir un cuarto de hora; y viendo la ineficacia de estos medios, todos se decidieron á pedir socorro. De aquí se originaron aquellas voces alarmantes de: ¡bronca en el patio! que de corredor en corredor se trasmitieron hasta la habitacion del alcaide, y que repetidas por el eco de mi pluma vienen á resonar hoy en las playas del nuevo mundo.

Recojióse, pues, al herido, á quien los facultativos lograron contener el derrame de sangre tan pronto como se quedó sin una gota en el cuerpo, y el mismo juez que acababa de poner en comunicacion al buen Figueroa, se apresuró á instruir desde luego el indispensable sumario. Hay dias aciagos para todos, y aquel lo era para las declaraciones. El primer interpelado fué naturalmente el herido, no solo porque debia suponérsele bien informado de lo acontecido en la *bronca*, sino porque ofreció el raro fenómeno de que, sin tener pasion, iba perdiendo el conocimiento, y era preciso interrogarle antes de que se le trasconejase el uso de la lengua, como dice el Médico á Palos.

—Ea, vamos á ver, dijo el magistrado: ¿quién le ha puesto á V. de ese modo?

—Lo ignoro, señor, contestó el Zurdo.

—¿Cómo que lo ignora V.? repuso el juez; pues ello, alguno ha sido, y nadie mejor que V. debe saberlo.

—Lo repito, señor, dijo el Zurdo, no sé quién me ha herido, ni como ni cuando este lance ha tenido lugar.

—Mírelo V. bien, insistió el magistrado; los médicos creen que está V. de mucho peligro, y siendo así debe V. apresurar-

se á decir verdad, para que el agresor sea debidamente castigado.

—Yo sé que me muero sin remedio, aunque los médicos creyeren lo contrario, dijo el Zurdo; pero no puedo decir lo que no sé y declaro haberme encontrado con esta herida sin saber cuando ni como la he recibido.

El juez, maravillado de aquella reserva en un hombre que estaba á las puertas de la muerte, repitió en todos los tonos la pregunta, obteniendo siempre la misma respuesta negativa, visto lo cual se fué á tomar declaracion á los ochenta ó cien galafates del patio en que habia ocurrido la bronca, y todos estuvieron de acuerdo en decir que no sabian absolutamente quien hubiese dado al Zurdo la puñalada. Hubo para todos y cada uno de los declarantes una lluvia de reflexiones, un chaparron de promesas y un diluvio de amenazas; pero cada cual juró por su honor que él estaba durmiendo cuando tuvo lugar la bronca, y que no podia decir mas sino que, despertando á los gritos del Zurdo, se encontró con que éste se hallaba mal herido, sin haberse podido averiguar quien le habia dado la mojada.

Sin embargo, mientras el juez se ocupaba en interrogar á tan crecido número de durmientes, varias personas, entre las cuales figuraba D. Segundo Calleja, instaron al Zurdo para que dijese quien habia sido el homicida, y el herido no puso ningun reparo en referir el suceso con todos sus pelos y señales.

—El que me ha herido, dijo, es ese conde de la Pila-Seca, para disputarme el derecho de cobrar el barato que por esta vez me ha salido muy caro, y vean ustedes con cuanta razon se suele decir que lo barato es caro. Convinimos en que el desafio habia de ser á primera sangre, y aunque estoy seguro de morir, debo hacer justicia á mi contrario, el cual ha tirado á herirme y no á matarme. ¿Como habia él de pensar que un hombre como yo, que tengo todo el cuerpo acribillado de cuchilladas, pudiera morir de una picadura en un brazo?

D. Segundo, asombrado de lo que oia respecto al ilustre personage que habia estado á punto de ser su yerno, preguntó al Zurdo:

—¿Y cree V. que ese individuo es bastante diestro en la navaja para haber tratado de herirle á V. sin matarle?

—¡Oh! si señor, contestó el enfermo; ese mozo será con el tiempo el Napoleon de las prisiones, y por la superioridad que ha mostrado sobre mí, que creia no tener rival en el arma, estoy cierto de que si hubiese tenido intencion de matarme, con la misma facilidad con que me pinchó en el brazo hubiera podido atravesarme las tripas ó el corazon.

El juez, á quien habian pasado aviso para ver si lograba sorprender al herido en la relacion que hacia del suceso, entró en este momento de puntillas para no hacer ruido; pero el Zurdo, que estaba muy alerta, se apercibió de este juego por las miradas de los circunstantes, y continuó hablando, cada vez con la voz mas apagada, del modo siguiente:

—Valga la verdad, caballeros: no sé si algun enemigo me ha podido atacar á traicion mientras yo dormia, ó si me ha mordido algun vicho, ó, en fin, si he tenido algun desvanecimiento que me ha hecho caer de bruces, dando casualmente con el brazo en algun pedernal muy afilado; lo cierto es que yo estoy herido sin saber de donde me viene la herida, ni como ni cuando la he recibido.

Estaba visto: aquel era un dia aciago para las declaraciones; pero no obstante, por lo que estrajudicialmente se habia logrado traslucir, existia ya una prueba moral contra el homicida, y Jorge Luis fué tratado con tanta consideracion, que por si acaso la luz le hacia daño en los ojos, le encerraron desde luego en uno de los calabozos mas oscuros.

En cuanto al herido, se cumplió el pronóstico de los médicos, los cuales opinaron que tan pronto como se le escapara toda la sangre del cuerpo, no volveria á echar una gota mas, y que entonces se moriria sin remedio. Así sucedió en efecto; y una hora despues de haber entrado en la enfermería, todos los bendajes que le tenian preparados eran inútiles, porque ya solo le convenia la mortaja.

D. Segundo, muy afectado de aquel espectáculo siniestro, se preparaba á salir, cuando vió entrar otro hombre en la enfermería y en él reconoció al pobre Tomás Figueroa, que iba totalmente privado de sentido.

—¿Pues quien le ha maltratado? preguntó con mucho interés Calleja.

—Nadie se ha metido con él, contestó un carcelero; lo que ha pasado es que este buen hombre se puso á la ventana para ver lo que habia en la calle, y vió cruzar una preciosa carretela, dentro de la cual iban un caballero y una señora tan elegante como linda. En cuanto les echó la vista encima, empezó á gritar como un loco, diciendo: ¡Laura! ¡Laura!—de donde inferimos que dicha jóven debia ser esa hija cuya pérdida le tiene tan aflijido, y el infeliz se desmayó, sin que las mas fuertes esencias hayan bastado para hacerle volver en sí, por lo que hemos dispuesto trasladarle á esta habitacion, donde puede dársele la debida asistencia.

D. Segundo suplicó que se tratase con el mayor esmero á aquel hombre, sin omitir nada, pues él tomaba por su cuenta todo el gasto que ocasionara su enfermedad y su prision, y al cabo tuvo el gusto de ver recobrar el conocimiento á Tomás antes de retirarse. Por último, como ya era bastante tarde y Encarnacion debia estar esperándole con la mesa puesta, D. Segundo se despidió de todos, y salió de aquella mansion fatídica deseando respirar un ambiente mas puro; pero al poner los piés en la calle, se vió asaltado por su hermano Cristóbal, que iba desatentado buscándole con mucha urgencia, para que á su vez le ayudase á buscar el perro que se habia perdido; y hubiera sido mas fácil resistir á la voluntad de Tiberio, cuando queria dar veneno á sus enemigos con mano agena, que á las exijencias de Cristóbal cuando se trataba de recuperar su caro Pimpollo.

CAPITULO XII.

Y va de aventuras.

La pobre muger de Figueroa era una esposa dignísima de tan santo varon. Algo tonta, eso sí, pero con eso no tenia su marido nada que echarle en cara, ni vice-versa. Por lo demás, era una buena muger en toda la estension de la palabra, y en prueba de ello, que despues de trabajar cuanto podia en casa de D. Segundo, para pagar de algun modo la generosa hospitalidad y otros favores que allí recibia, iba diariamente dos ó tres veces á la cárcel á ver á su marido. Por esta razon, nadie estrañará que tan pronto como D. Segundo llegó á casa, despues de haber tenido esta vez tambien la suerte de encontrar á Pimpollo, y refirió la ocurrencia de Tomás Figueroa, la buena Socorro voló á la prision, donde por fortuna supo que el mal no era cosa de cuidado.

Un dia, justamente á la hora en que Socorro tenia la costumbre de hallarse al lado de su aflijido esposo, le llamaron á éste para tomarle la confesion con cargos, tarea bastante difícil por la forma de su primera declaracion. La buena muger, que no comprendia los términos forenses, en cuanto oyó cosa de confesion creyó que se trataba de ahorcar á Figueroa, y

como para ella el paño de lágrimas era D. Segundo Calleja, se fué corriendo y llorando como una Magdalena en busca de su protector, á quien dijo que era una picardía lo que intentaban hacer con su marido, el cual, á pesar de su inocencia palpable, iba á sufrir la pena de muerte, como que ya le estaban confesando, y en su consecuencia suplicó á D. Segundo que por sí ó por sus poderosos amigos influyese con el gobierno á fin de suspender la ejecucion de una sentencia tan cruel y tan injusta.

Encarnacion, al oir esto sintió un vuelco en el corazon, porque tampoco ella se hallaba muy enterada de los trámites judiciales, y de consiguiente no podia elevarse hasta considerar bien la inverosimilitud del caso, por mas que no dejase de parecerla un poco duro eso de ahorcar á un cerrajero sin mas delito que el de haber hecho unas llaves, siendo así que el hacer llaves era una cosa muy propia de un cerrajero; pero, en fin, como los hombres son caprichosos y ellos forman las leyes, creyó la infeliz de buena fé lo que decia Socorro, y, pálida como la muerte, suplicó á su padre la permitiese ir personalmente á implorar el perdon de la Reina.

D. Segundo, á quien no dejaban espresar su opinion á fuerza de tanto rogarle, se incomodó por fin, y dando un fuerte grito, impuso silencio á las dos mugeres, diciéndolas que estaban desatinando como unas locas; que aunque Figueroa hubiese obrado de mala fé al hacer las llaves, no podia humanamente aplicársele tan severo castigo, y que, aun en el caso de merecerlo, no podia ejecutarse la sentencia cuando todavía no se habia visto lo causa, de manera que era disparatado y absurdo todo lo que estaban charlando. Sin embargo, por saber cual habia sido la razon de ir Socorro tan alarmada refiriendo el hecho de que se intentase disponer á Figueroa para el sacramento de la penitencia, fué á la cárcel, donde supo que de lo que se trataba era simplemente de la confesion con cargos, cosa bien distinta por cierto de lo que habia entendido la simplona de Socorro.

Casualmente llegó á tiempo D. Segundo para asistir á este acto, por una razon muy sencilla, y fué que tan pronto como

se corrió la noticia de que Tomás Figueroa iba á sufrir un nuevo interrogatorio, hubo muchas personas de dentro y fuera de la cúria que quisieron presenciarlo, por haber divulgado la fama el modo tan original que el cerrajero tenia de prestar sus declaraciones. Llenóse con este motivo la sala, se agolpó en la antesala toda la gente que pudo, y si la gravedad del asunto hubiese permitido la especulacion, se habrian podido despachar á onza los asientos de los corredores circunvecinos.

La casualidad quiso que en el instante de entrar Segundo, á quien facilitaron una silla para que pudiese encaramarse sobre ella, se estaba empezando el diálogo jurídico en estos términos:

El Juez.—Habiéndose preguntado al detenido su nombre, profesion, &c., y no contestando él mas que con evasivas, se le hace cargo de faltar al respeto que todo ciudadano debe á los tribunales. ¿Qué tiene V. que contestar á este cargo?

Tomás Figueroa.—Yo, señor, en estos asuntos veo mas allá de mis narices, y eso que las tengo muy largas, porque me viene de familia. El único chato que hay entre todos mis parientes es un hermano que Dios me dió, y para eso es porque una vez que iba corriendo por las afueras de Cartajena se cayó de bruces y se rompió las narices contra una piedra, de modo que, siendo antes mi vivo retrato, ahora se parece á mí como un cigarro de papel á un racimo de uvas.

Escusado será decir que esta estemporánea relacion fué repetidas veces interrumpida por las carcajadas de los oyentes.

El Juez.—Nada de lo que está V. diciendo tiene conexion con el cargo á que debe contestar, y como es de suponer que nada se adelantará con repetirlo, por el plan sistemático que está V. siguiendo en sus declaraciones, paso adelante. Se le hace á V. tambien el cargo de ocultar la verdad con ese método de eludir las cuestiones, lo cual es un mal indicio, pues da sobradamente á entender que está V. interesado en que no se aclaren los hechos. ¿Es así ó no es así? Responda V.

Tomás Figueroa.—Señor, en eso, como en todas las cosas, hay sus mas y sus menos.

El Juez.—No hay mas ni menos, sino que debe V. con-

testar á este cargo, esplicando todo lo que se nota de sospechoso en su conducta.

Tomás Figueroa.—Pues señor, una vez que me obligan á ello, diré que en este pícaro mundo al mas listo se la pegan, y en prueba de esta verdad, me acuerdo de un borrico que me vendió un gitano en la feria de mi pueblo......

El Juez.—Pero, ¿no conoce V. que ese cuento no viene á cuento en una confesion con cargos?

Tomás Figueroa.—Señor, si me interrumpe á cada paso su señoría, resultará que no me es posible referir los hechos, y de consiguiente......

El Juez.—Puede V. referir todos los hechos que guste, con tal que tengan relacion con el asunto; pero eso que está V. diciendo es una evasiva injustificable.

Tomás Figueroa.—Lo creo, señor, porque V. lo dice; pero el hecho es que lo que mas me metió en ganas de comprar aquel pollino eran las orejas, que las tenia muy largas y muy hermosas, y luego salimos con que no eran suyas, sino que las tenia cosidas con alambres. Véase si es cierto lo que yo digo, de que en este mundo al mas listo se la pegan.

La algazara que produjo esta conclusion, duró algunos minutos, al cabo de los cuales, el juez, desesperado de no poder conseguir una respuesta formal, continuó diciendo:

—Se le hace á V. cargo de no haber querido declarar si conoce ó no conoce al titulado conde de la Pila-Seca, y se le pregunta cual es la causa de su silencio en este punto importante.

Tomás Figueroa.—Yo, señor, repito lo que dije el otro dia, y es que no soy mas que un desgraciado, aunque parezca otra cosa, y siempre lo he sido. Me acuerdo, apropósito de eso, de una vez que entré en casa de un dentista para que me sacara una muela, ¿y que hizo el muy perro? sacarme una de las buenas en lugar de la que me dolia. Entonces le rogué que me sacase la mala, y así lo verificó en el acto.

El Juez.—¿Y á dónde va V. á parar con esa historia tan fuera de sazon?

Tomás Figueroa.—¿Que á donde voy á parar? A que el

tal dentista debia ser un judío, porque despues que me hizo ver las estrellas sacándome dos muelas en lugar de una, tuvo la insolencia de cobrarme las dos.

La risa aquí fué general y prolongada. El mismo magistrado, que habia estado haciendo esfuerzos heróicos para resistir á su tentacion, creyó echar las tripas, con cuyo motivo el declarante cobró de tal modo aliento para proseguir el tema de sus desgracias, que determinó saciarse contándolas todas delante de un auditorio cuya atencion lisonjeaba su orgullo. Por fin, el juez recobró su gravedad profesional y característica, diciendo:

—Buen hombre, creo haberle dado á V. pruebas repetidas de indulgencia, y solo siento que siendo su causa tan buena, la esté V. haciendo mala con esas divagaciones que á nada conducen, sino á tenerle á V. en esta casa indefinidamente. Voy á ser mas esplícito á ver si consigo el noble fin que me propongo. Yo deseo ponerle á V. en libertad cuanto antes, porque tengo la íntima conviccion de su inocencia; mas para ello es preciso que diga V. lisa y llanamente la verdad en lo relativo á la complicidad de que se le acusa. Veamos. Se le hace á V. el cargo de haber construido unas llaves para el principal acusado, y de no haber querido declarar lo que haya de cierto respecto á este punto. Ahora bien: diga V. si reconoce dichas llaves, si es verdad que las fabricó, si sabia el objeto con que se le mandaron hacer, y prometo ponerle á usted en libertad tan pronto como satisfaga razonablemente á estas preguntas.

No puede darse una conducta mas benigna que la del juez; pero el cerrajero hubiera sido capaz de renunciar á la gloria, cuanto ni mas á la libertad, por el prurito de espetar sus recuerdos biográficos.

—Señor, dijo, agradezco la bondad de V., y voy á complacerle; pero antes me permitirá contar una aventura que le ha de divertir estraordinariamente.

El Juez.—Yo no necesito aventuras que me diviertan, sino respuestas que me satisfagan.

Tomás Figueroa.—Pues bien: una vez que me habla V.

con tanta franqueza, voy á demostrarle que siempre he sido un desgraciado, y nada mas que un desgraciado, digan lo que dijeren mis enemigos. El caso es que un vecino mio tomó una vez el estrivillo de hacer el amor á mi muger.

El Juez.—¿Eso que va V. á referir tiene conexion con las preguntas que le he dirijido?

Tomás Figueroa.—Si señor; es una esplicacion que necesito hacer para que no se me calumnie desfigurando los hechos.

El Juez.—Prosiga V., pero sin perder de vista el punto principal de la cuestion.

Tomás Figueroa.—Pues señor, como iba diciendo, el tal vecino dió en la gracia de hacer arrumacos á mi muger, la cual tiene un hermano llamado Trifon, que gasta muy malas pulgas. No queriendo la pobre contarme á mí los galanteos del vecino, por no exasperarme, se los refirió á su hermano, y éste, sin decir que se proponia castigar al enamorado, tuvo por conveniente avisarme lo que ocurria para que yo tambien estuviese alerta. En consecuencia de esto, ya no pude estar tranquilo, y á deshora de la noche me salí á la calle con la intencion de espiar al vecino, para lo cual apoyé los codos en la ventana de mi casa, decidido á estar allí de centinela hasta el amanecer. ¿Qué sucedió? Que al cabo de algun tiempo me quedé dormido en aquella postura; que se apareció Trifon, el hermano de mi muger, armado de un buen garrote, y que tomándome á mí por el espresado vecino, me dió una tan soberana paliza que por poco no me deja en el sitio. Afortunadamente, salió mi muger al ruido de los gritos y de los palos, y creyendo, como yo, que el que me sacudia era el vecino, se abalanzó á él, arañándole de modo que casi le dejó ciego. Entonces Trifon, que continuaba en su error de creer que yo era el amante y no el marido de su hermana, empezó á insultarla diciendo que era una traidora y mala muger, puesto que tenia el atrevimiento de salir á defender al que atentaba contra mi honra. Por estas palabras, y por la voz, conocimos al que nos hablaba, y por la esplicacion que él recibió vino á averiguar que estaba equivocado con respecto á mi persona; pero el mal ya no tenia remedio, señor juez, y vea V. con cuanta razon me tengo por desgraciado.

El Juez.—Y bien; ¿qué tiene que ver todo eso con lo de las llaves? ¿Quiere V. decir la verdad, ó se empeña V. en ocultarla en perjuicio suyo?

Tomás Figueroa.—Señor, yo soy incapaz de decir una cosa por otra. Vivos están mi muger y su hermano: á su testimonio apelo para que digan si no es la pura verdad lo que acabo de referir en este momento.

El Juez.—Si yo no pongo en duda ese suceso que para nada me interesa. Lo que digo es que no tiene ninguna relacion con el proceso en que aparece V. complicado, y sobre este punto le amonesto á V. para que nos diga la verdad.

Tomás Figueroa.—¡La verdad! ¿Y no es una verdad demostrada que soy un hombre muy desgraciado? Dígalo el rapto de mi Laura, señor, y consiento en que me den garrote si se encuentra en el mundo un ser mas desdichado que el padre cariñoso á quien han robado una hija tan adorable como ella.

Como se vé, habia Figueroa entrado en el período sentimental que se despegaba de aquel cuadro, y tanto por esto cuanto por la demostracion práctica de que era imposible de todo punto el obtener una sola contestacion formal del declarante, se suspendió aquel acto, quedando las cosas en la misma situacion en que se hallaban antes de empezar. Sin embargo, pocos dias despues se vió la causa, de la que resultó salir el conde de la Pila-Seca condenado á diez años de presidio, y absuelto el cerragero; fallo que mereció la aprobacion de todo el mundo.

Tomás creyó volverse loco de contento cuando le anunciaron que se le daba la libertad sin ninguna condicion, y aunque D. Segundo se empeñó en llevársele hasta su casa en coche, dijo él que no queria salir de la cárcel hasta que hubiese acabado una historia muy larga de su juventud que estaba refiriendo á varios presos con quienes habia contraido amistad. Fué preciso dejarle allí; pero, ¿qué digo? fué preciso echarle cuando dieron las diez de la noche, manifestándole que no estando preso no tenia derecho para dormir en la cárcel. A la fuerza no hay resistencia; el buen hombre á quien despidieron cuando llegaba, segun dijo, á la parte mas interesante de su historia, tuvo que ceder; pero salió prometiendo volver al dia

siguiente muy temprano para continuar su relacion, y no falta quien asegure que él mismo iba por la calle hablando solo muy entretenido con el relato de su propia historia, cuando un coche, que iba á todo escape por la calle de Hortaleza, le atropelló haciéndole caer muy estropeado en el suelo, aunque dando la feliz casualidad de no haberle pasado la rueda por encima.

El cochero detuvo los caballos lo mas pronto que pudo, avisando á sus amos del suceso, y estos bajaron inmediatamente para ver lo que habia ocurrido. Eran un caballero y una señorita que, cuando menos, tenian la consideracion de interesarse por las personas que atropellaban, y así al ver á un hombre tendido se apresuraron á recogerle dentro del coche y se le llevaron á su casa para darle la necesaria asistencia. En efecto, pocos minutos despues el buen Figueroa, exánime todavía, era introducido por varios criados en una casa ricamente amueblada, mientras se daban órdenes para buscar á un facultativo, y la misma señora fué á dictar las disposiciones convenientes para que se preparase al herido una buena cama. Hecha esta diligencia, y muerta de miedo dicha señora viendo que el pobre hombre no daba señales de vida, se acercó á él para cerciorarse de que no estaba muerto, y al echarle la vista encima la infeliz cayó de rodillas esclamando:

—¡Es mi padre! ¡Mi padre muerto! ¡Dios mio! ¿estoy ya bastante castigada?

Renuncio á describir el resto de esta escena. Solo diré aquí que cuando Tomás volvió en sí, se encontró en una soberbia cama con colchones de pluma y colgaduras de damasco, rodeado de los mejores médicos de Madrid y de muchos sirvientes que tenian el encargo de servirle y obedecerle como si fuera el amo de aquella casa.

—Pero señor, ¿donde estoy? preguntó el cerrajero, asustado, luego que salió de su congoja y se vió tratado como si fuera un príncipe.

—Está V. en su casa, señor, le dijo un criado adornado con una elegante librea.

—¿Cómo que en mi casa? repuso Figueroa; ¿pues de donde me han venido á mí estos muebles y estos tapices tan elegan

tes? Vaya, fuera de broma, ¿me quieren ustedes decir donde estoy?

—Tengo el gusto de asegurar á V. que se halla en su propia casa contestó, el segundo lacayo.

—Hombre, no digan ustedes disparates, replicó Tomás; miren que voy á concluir por creer que es verdad, y lo primero que hago entonces es despedirles á ustedes por embusteros.

—Y si V. nos despide no tendremos mas remedio que irnos, dijo un tercer criado, porque nosotros no estamos aquí mas que para servir al amo de esta casa, que es V.

—Pero, hombre, insistió Tomás, ¿me quieren ustedes decir lo que significa este embolismo? ¡Ah diablo! el caso es que me duele todo el cuerpo como si estuviera enfermo.

—Ya se vé que lo está V., contestó uno de los médicos, y por eso nosotros, que somos facultativos, hemos venido para asistirle.

—Pues señor, dijo Figueroa, si no he perdido la cabeza voy á creer que estoy encantado, y que de preso me han convertido en Gran Sultan. No he dejado de hacer fortuna en poco tiempo. Miren ustedes, yo, un pobre cerragero...... porque, señores, dejémonos de tonterías, yo no soy mas que un triste cerragero, nacido y criado en Cartagena.

Y aquí empezó con mas fuerza que nunca el buen Tomás á referir su vida y milagros, con curiosas anécdotas relativas á todos sus parientes, incluyendo hasta los de afinidad en tercer grado. Los médicos se fueron despues de asegurar que el caso no era grave, y los criados obedientes á las órdenes que habian recibido, no solo cuidaron con el mayor esmero á Figueroa, sino que celebraron mucho todas las ocurrencias que les fué refiriendo, con lo cual estaba él mas contento que de verse en un abrir y cerrar de ojos metamorfoseado en Sultan.

Lo único que no pudo alcanzar de los criados fué que le dijesen la verdad respecto á la casa en que se hallaba, pues sin duda estaban bien instruidos para guardar el secreto, y así cuando hacia alguna pregunta sobre el particular, solo le contestaban diciendo que estaba en su casa y que ellos eran sus criados. Con esto y con que le dejasen referir sus chascarrillos

41

de familia, pasó el hombre una vida regalona durante mas de un mes que duró su convalecencia, sin que en todo este tiempo Laura se dejase ver un instante siquiera, y no se crea por esto que fuese una hija desnaturalizada, pues al contrario, estuvo siempre de noche y de dia vigilante, á fin de que á su padre no le faltase lo mas mínimo. La pobre se pasaba muchas horas en una habitacion inmediata consolándose con oir la voz de Tomás, que para ella despues del tiempo y de los sucesos pasados, tenia un timbre delicioso, y cuando la avisaban diciéndola que estaba dormido, se sentaba á su lado á contemplarle con cariñosa veneracion. Pasábase las noches enteras á la cabecera del pobre cerragero, y mil veces estuvo para abrazarle, pidiéndole un perdon de que se consideraba indigna; pero siempre se contenia por el temor de irritarle con su presencia, y así, cuando le veia en disposicion de despertar, se retiraba á toda prisa con el rostro bañado en abundantes lágrimas que le salian del corazon. Una noche ya no pudo resistir á su tentacion la desgraciada, y en un arrebato de amor filial imprimió un beso en la frente de su padre. Despertó este sobresaltado; pero por pronto que abrió los ojos, ya Laura se habia desvanecido como una sombra, de modo que, no viendo á nadie, se quedó el hombre perplejo con la ocurrencia, y á fuerza de cavilar concluyó por creer que aquel beso que recibió en la frente se lo habia dado alguno de los lacayos que estaban á su servicio. En su consecuencia, tiró fuertemente del cordon de la campanilla y se presentaron al momento los tres criados que dormitaban sentados en una de las piezas inmediatas.

—¿Qué se le ofrece á V., señor? preguntaron los tres servidores nocturnos.

Tomás, sin responder, se puso á mirarlos alternativamente por ver quien de los tres tenia cara de mas pillo, diciéndose á sí mismo que aquel debia ser el que le habia dado el beso, y cuando hubo hecho su eleccion llamó al favorecido para darle un buen tiron de orejas. Despues se empeñó en hacerle confesar la verdad respecto á tan pesada broma, jurando que le habia de aplastar las narices de una bofetada si no tenia la franqueza de decirlo, y lo mismo si lo confesaba.

—Pero, señor, esclamaron los otros, ¿no es mas fácil que haya V. soñado lo del beso, que el que uno de nosotros tuviera semejante capricho?

—Pues ello, alguno de vosotros ha tenido ese capricho, dijo Tomás, porque yo estoy seguro de haber recibido un beso que me ha despertado, y ahora mismo me lo vais á decir ó armo una trifulca de mil diablos, supuesto que os empeñais en sostener que soy el amo de esta casa.

Los pobres criados adivinaban sobradamente quien podia ser el autor del beso que tal disgusto les causaba, pero no se atrevian á decirlo, prefiriendo mas bien cargar *in solidum* con la responsabilidad de tan grosero atentado. En vista de esto, el buen Figueroa echó de su alcoba con cajas destempladas á los insolentes criados que tan reprensibles licencias se tomaban, y empezó á discurrir que no debia permanecer en aquel sospechoso palacio donde ocurrian cosas tan estrañas. Vistióse, pues, abrió uno de los balcones, y pudiendo afortunadamente valerse como de una escala, de una gran reja que tenia la ventana del cuarto bajo, huyó de aquella casa funesta, queriendo mas bien ser cerrajero al lado de Socorro y de sus probados protectores, que Sultan en un palacio donde todo era misterios y chanzas de mala especie. Como era muy tarde, y los faroles ya estaban apagados, anduvo algun tiempo sin reconocer el sitio en que se encontraba, y esto le hizo correr á trompicones por varias calles y callejuelas hasta que llegó al Prado, en cuyo célebre salon tomó asiento sobre un banco de piedra para esperar el nuevo dia.

Entretanto, en casa de D. Segundo Calleja todo era dolor y sobresalto por la ausencia de Tomás, de cuyo paradero no habia la menor noticia. Cuando menos se figuraban que se habria arrojado al canal en un acceso de locura, y la pobre Socorro fué mas allá sospechando que la hubiesen robado á su marido como lo habian hecho con su hija; pero por mas que fundase su sospecha en la creciente corrupcion de las costumbres, la suposicion del rapto de Tomás fué desechada por inverosimil. Sin embargo, el caso, por lo inesplicable, tenia muy disgustado á D. Segundo, muy llena de pesadumbre á Encar-

nacion y afligida en grado superlativo á la muger del cerrajero; pero el motivo de esta pena universal cesó en aquella casa, cuando menos lo esperaban todos, con la repentina aparicion del buen Figueroa. Estraordinaria fué la alegria que produjo su presencia, pero no fué menor el asombro con que todos oyeron la relacion de las estrañas aventuras que habia pasado desde que salió de la cárcel. Aquello de haberse trasladado como en un delicioso sueño de una lóbrega prision á un palacio decorado con cortinajes y cojines orientales, muebles del mas esquisito gusto, riquísimas alfombras y numerosos criados, que le adivinaban el pensamiento para servirle diciéndole que él era el dueño de aquella casa, les pareció una de las mas bellas creaciones fantásticas de las Mil y una Noches. Lo de encontrarse enfermo, sin saber porqué, contrariaba un poco la idea de haber intervenido la mágia en el asunto, porque muy débil habia de ser el hechicero que necesitase poner enfermo á un hombre para hacerle probar los goces de la opulencia; pero lo que causó una verdadera esplosion de risa, fué aquello de haberle besado un criado mientras dormia, motivo por el cual emprendió la fuga, mereciendo en esto la aprobacion de D. Segundo, que todavía recordaba con horror los muchos besos del mismo jaez que veinte años antes le hicieron abandonar la Italia.

No bien habia Tomás acabado tan singular historia, cuando entró un criado á decir á D. Segundo que estaba allí su hermano D. Benito.

—En efecto, dijo D. Segundo, ahora recuerdo que hoy es lúnes; que pase adelante.

Esto de hacer Benito con su presencia recordar á su hermano que era lúnes, merece una ligera esplicacion para que mis lectores lo comprendan. Es el caso, señores......, y ahora que lo pienso mejor, voy á tomar otro giro para no asustar á los que recuerden aquella terrible comunicacion que el célebre Maroto dirigió al Pretendiente D. Cárlos en 1839, la cual empezaba con estas palabras: "Es el caso, señor, que he mandado fusilar á los generales Guergué, García y Sans; al brigadier Carmona, al intendente Uriz y al oficial de la secretaría Ibañez." Ya ven ustedes que la forma de la comunicacion no po-

dia ser mas sencilla, pero el caso no era tan sencillo como la forma, y con razon debo yo evitar esta, no vayan á creer que he fusilado tambien á media docena de hombres, siendo como soy incapaz de hacer daño á una mosca. Vamos al caso de Benito, que, aunque por otro estilo, casi corre parejas con el de Maroto. Luego que el avaro traspasó su posada, ingeniándose de modo que en el trato ganó algunos miles de duros, guardó su dinero en el cerro de San Blas, y alquiló para vivir una boardilla barata, como de veinte y cinco reales sencillos al mes. El vestir nada le costaba, y antes bien le producia bastante, porque su hermano Segundo, á fin de que no deshonrase á la familia, le regalaba una docena de trajes al año, de los cuales gastaba uno y vendia los otros once, y véase hasta donde llegaba el espíritu económico de este verrugo, nada menos que hasta el estremo de ganar dinero, en lugar de gastarlo para vestirse. Respecto al alimento, se hizo la cuenta de que podia distribuir los dias de la semana entre siete buenos amigos, empezando por el mas íntimo que era su hermano Segundo; de manera que el lúnes llenaba el baul en una casa, el mártes en otra, y así sucesivamente, siendo tan fijo parroquiano que jamás faltó á la mesa de los contribuyentes en el dia de la semana que él mismo habia señalado para comer de gorra. Por esta razon, en cuanto le dijeron á D. Segundo que estaba Benito allí, recordó que era lúnes, y en efecto, con siete Benitos podia uno ahorrar el gasto del calendario para saber el dia de la semana en que vive. No tendria esto mas inconveniente, sino que el ahorro costaria muy caro y deberia perdonarse el bollo por el coscorron, pero eso no quita coma ni punto respecto á la utilidad de los hombres almanaques.

No bien habia entrado Benito, con su infalible chaleco, cuando se anunció la visita de Cristóbal, á cuyo solo nombre palideció D. Segundo, temiendo que se hubiese perdido el Pimpollo y que se tratase de tener que salir forzosamente á buscarle; pero por fortuna el perro entró antes que el amo, disipándose así los harto justificados temores de D. Segundo. En seguida llegó tambien el indispensable convidado Secante, preguntando si ya estaba la mesa puesta para el almuerzo; pues,

segun dijo, volvia muerto de hambre por haber dado un paseo sumamente largo para acudir á la cita de una ilustre dama. Si este hombre hubiera tenido siquiera dedo y medio de frente, bastaria que estuviese haciendo la corte á Encarnacion para que no se alabase de tantas conquistas amorosas, reales ó imaginarias; pero en él la pasion de la vanidad era mas fuerte que la del amor, y aun se figuraba que cuanto mas alarde hiciese de sus triunfos con el bello sexo, mas fácilmente pondria como una esponja el corazon de la hija de D. Segundo.

A poco rato avisaron para almorzar, y todos los concurrentes tomaron asiento en la mesa, en la cual esperaba el dueño de la casa divertirse mucho haciendo repetir á Tomás Figueroa sus aventuras del palacio encantado; pero no fué así, porque el cerrajero, recordando que al salir de la cárcel habia contraido el compromiso con varios presos de ir al dia siguiente á concluir la relacion de su vida y milagros, aprovechó la primera ocasion propicia para cumplir su palabra, y se fué sin decir oste ni moste.

—Pues señor, dijo Cristóbal, no importa, porque á falta de las aventuras de Figueroa yo contaré una que me acaba de pasar y que, francamente, me ha traido á esta casa sin mas objeto que el de referirla. Figúrense ustedes que, sabiendo que hay en Madrid un hombre muy ducho para enseñar habilidades á los perros, queria buscarle para que diese algunas lecciones al mio, y averigüé que el único que me podia indicar las señas del canino preceptor era ese aprendiz de literato, tan fátuo y tan cargante, que llaman José Gilberto. Digéronme que este señor, pagando como nadie tributo á la epidemia de la vanidad reinante, no se dignaria recibirme si no iba autorizado por la recomendacion de una persona de alto chapin. ¿Y quien me dará esa recomendacion ? me preguntaba yo á mi mismo, cuando la casualidad me puso en relacion con un famoso actor dramático, que al momento me facilitó una esquelita muy atenta. Presentéme con ella en mala ocasion, porque el grotesco literato estaba disputando con el celador del barrio, que andaba haciendo el empadronamiento vecinal, y sostenia que en su casa no debia entrar ni el mismo gobernador de la provincia

sin avisarle con ocho dias de anticipacion. El celador, que no era mudo, se las tuvo tiesas diciendo que la ley no reconocia preeminencias, y que lo que convenia era despachar pronto, pues tenia su tiempo contado para trabajar y no para malgastarlo en discusiones ridículas. En fin, el principio de autoridad quedó esta vez incólume, y la operacion dió principio con el siguiente diálogo:

El Celador.—¿Como se llama V.?

El interpelado.—D. José Gilberto......................

El Celador.—¿Edad?

El interpelado.—Treinta y tres años.

El Celador.—¿Profesion?

El interpelado.—Poeta.

Al llegar aqui, dijo Cristóbal, el celador interrumpió la filiacion, diciendo: "Caballero, tengamos la fiesta en paz. He pasado por esa multitud de nombres y de apellidos que V. se da para no ser inferior al mas finchado de los portugueses; he tolerado que despues de muchos años continúe V. siempre plantado en los treinta y tres, para tener la edad de Cristo; pero eso de decirme, con una gravedad casi específica, que es V. poeta de profesion, no puedo pasarlo."—"Pues lo pasará V. y tres mas, dijo D. José Gilberto, porque yo soy poeta de profesion y puedo jactarme de ello, siendo, como soy, el Homero de nuestros dias. Ayer mismo publiqué unos versos que no se pueden comparar con ningunos otros."—"Tampoco eso es exacto, replicó el celador, pues yo he leido esos versos á que V. alude, y creo que pueden compararse muy bien á todos los que V. mismo ha publicado anteriormente."—"Consiento en ello, repuso el aprendiz de literato, porque mis versos se distinguen siempre por cierto sello característico que prueba mi originalidad."—"Demasiado," dijo por fin el celador, y dándose por satisfecho con las píldoras que habia endosado al honrado vecino, concluyó por la mas picante de todas, que fué la de darle gusto en su exijencia, con esta ligera modificacion: "De oficio, poeta."

—Y bien, preguntó D. Segundo, haciendo abstraccion de la petulancia de D. José Gilberto; ¿fuiste servido en el empeño que llevabas?

—Pues ahí está lo principal de mi aventura, contestó Cristóbal; luego que el celador del barrio nos dejó solos, abrió D. José Gilberto la carta, y encarándose conmigo, como un loco de atar, me dijo: "¿Y quien ha autorizado á ese señor dramaturgo para escribir á un hombre de mi importancia? Si fuese el gran Quintana el que le recomendase á V., puede que me dignara escucharle, porque al fin Quintana es un poeta épico y trágico, aunque en ninguno de estos géneros puede rivalizar conmigo; pero un poeta dramático, por el solo hecho de serlo, no tiene suficiente categoría pindárica para familiarizarse con un genio universal como yo, y voy á influir para que le silben la primera vez que se represente una de sus obras, por haberse tomado la insolente libertad de escribirme á mí, que en todos los géneros de la poesía soy la admiracion de mí mismo." Yo que ví el asunto de tan mal aspecto, salí al momento de la casa de aquel insensato, y no quise retirarme sin venir á contar á Segundo la ocurrencia.

Y la historia fué bien acojida por todos, menos por Benito, que se estaba limpiando á toda prisa una mancha de vino que le habia caido en el chaleco, precaucion que todos contemplaron en silencio con la mayor estrañeza, pues no concebian que el hombre capaz de llevar encima un chaleco tan sucio, tan viejo y tan abigarrado, tuviese tanto cuidado en limpiar una mancha de vino que, cuando mas, hubiera hecho la ilusion de otro remiendo; pero el celo de Benito no era por el chaleco, sino por los billetes de banco que dentro llevaba, y con esto solo queda bien esplicado el misterio.

—Pues, señores, ya que se trata de ocurrencias singulares, dijo el pintor D. Valentin Secante, allá va una que no dejará de ser oida con interés por todos ustedes. Salia yo esta mañana muy temprano con el fin de acudir á la cita de una ilustre dama, que no tengo inconveniente en nombrar......

—Sin embargo, interrumpió D. Segundo, con un ceño de imponente desaprobacion; yo le suplico á V. que no la nombre y que suprima todo cuanto tenga relacion con esa cita.

—Está bien, dijo el impávido Secante; lo haré por complacer á V. Salia yo, como digo, esta mañana muy temprano de

casa, cuando al llegar á la puerta de Santa Bárbara vi pasar un gran peloton de hombres, entre los cuales descubrí á nuestro antiguo amigo el conde de la Pila-Seca.

Encarnacion, al oir este nombre, se puso mas colorada que un pimiento y Benito esperimentó tal emocion que dejó caer en el suelo una tajada de carne que tenia en la mano. Al momento se bajó á cojerla, en lugar de no pensar en ella, que es lo que hubiera hecho toda persona decente; pero por pronto que quiso acudir, ya el famoso Pimpollo se habia engullido la tajada. El avaro, irritado con esta usurpacion perruna, se levantó para dar un furioso puntapié al goloso animal que tenia tan inmoderada aficion al tercer enemigo del alma, y Cristóbal se levantó igualmente dispuesto á caer como un tigre sobre su hermano Benito, si este cometia el atentado de tocar al perro. Fué necesaria la intervencion de D. Segundo para evitar un fratricidio, tanto mas lastimoso cuanto menos valor tenia la causa de la contienda, y una vez zanjada la cuestion, pudo el artista proseguir su historia del modo siguiente:

—Iba el supuesto conde tan arrogante como de costumbre, y hasta cierto punto con razon, pues entre mas de doscientos hombres figuraba á la cabeza de la partida. No llevaba un precioso reloj como otras veces, pero lucia una flamante y sólida cadena, que estando amarrada por uno de sus estremos á una de sus canillas, remataba por el opuesto en igual punto de la antepierna de otro ciudadano, á quien no tuve la honra de conocer. En una palabra, salia en una cuerda de presidiarios con destino á Melilla, donde parece que va tan bien recomendado á las autoridades, que no dudo le harán pagar allí lo mucho que está debiendo.

—¿De veras? preguntó Benito, muy alborozado, tomando al pié de la letra las palabras metafóricas del artista, y creyendo, por lo tanto, recuperar los cuarenta y cinco ó cincuenta mil duros que Jorge Luis le debia por varios conceptos.

—Y tan de veras, contestó Secante; solo que allí pagará con su cuerpo y no con su bolsillo; es decir, que el Estado se encargará de cobrar lo que el presidiario debe á sus acreedores. De todos modos, amigo mio, ya puede V. alegrarse, porque si ca-

ro le costó el engaño, mas caro lo ha de pagar el supuesto conde con diez años de trabajos forzados que lleva sobre su alma.

—Si, pero á mi, ¿quien me devuelve lo perdido? esclamó Benito, inconsolable de ver desvanecida la última de sus ilusiones.

Y diciendo esto, sacudió un fuerte puñetazo al Pimpollo, que le estaba urgando con el hocico en los bolsillos traseros de la levita, en cada uno de los cuales habia el avaro metido con disimulo trozos de salchichon de Vich, de jamon, dulce y otras frioleras. Cristóbal se levantó hecho un energúmeno para vengar á su perro maltratado por Benito, y costó no poco trabajo el apaciguarle, pues dijo que él estaba dispuesto siempre á perdonar las injurias personales, pero que no podia olvidar las que se inferian al inofensivo Pimpollo.

—¿Y no sabes mas del dichoso conde? preguntó D. Segundo para variar de conversacion.

—Nada mas, contestó el artista; pero, ¿no parece á V. poco? Yo me detuve para ver pasar la cuerda, y despues proseguí mi camino hasta el lugar de la cita, donde ya la dama consabida me estaba esperando impaciente.

El nuevo giro de la conversacion de Secante, segun hemos visto, tampoco era muy del agrado de D. Segundo, y así éste se preparaba á decir al primero una fresca, cuando por fortuna entró un criado con una carta, que por ser del célebre filósofo D. Crisanto fué leida en alta voz y decia lo siguiente:

"Señor D. Segundo Calleja.—Muy señor mio y apreciable amigo: Esto marcha; los trabajos de la mina se prosiguen con tal actividad, gracias á los recursos que V. me facilita para ello, que ya el pozo abierto tiene mas de cien varas de profundidad, y aunque nada se ha descubierto hasta ahora, espero dar con el filon tan pronto como llegue á las doscientas ó trescientas varas el espresado pozo. Ademas, tengo el gusto de dar á V. una noticia que no dudo merecerá su aprobacion, y es que dentro de seis meses pienso casarme con la señorita Petra, hija de su amigo D. Alejo de la Parra, contando con que usted y todos sus parientes me harán el obsequio de asistir á mi boda. Reciba V. espresiones, &c.—*Crisanto Guirlache.*"

La noticia fué celebrada por todos, especialmente por Encarnacion que suplicó á sus tios se preparasen para hacer el viage de allí á seis meses, á lo cual accedió Cristóbal con la precisa condicion de que le permitiesen llevar el Pimpollo. Benito no dió su palabra sino cuando Segundo se comprometió á pagar todos los gastos de la romeria, inclusos los del alojamiento en la ciudad de Burgos, pues sabia que la casa de D. Alejo no podria contener tantos convidados, y el pintor apoyó esta idea diciendo:

—Yo creo que estaremos mejor en una posada, pues allí por el dinero tendremos el derecho de ser exigentes.

—Adios, dijo para sí D. Segundo, ya se dió por convidado este sempiterno pegote.

Pero, ¿como evitarlo? D. Segundo para todo tenia valor menos para dar un feo á cualquiera, y así, por mas que condenase interiormente la desvergüenza de aquel hombre, no supo decirle que no; de modo que quedó arreglado el viage para el tiempo determinado, conviniéndose en que, por medio de la diligencia, se trasladarian á Burgos los tres hermanos, Encarnacion, Secante y el indispensable Pimpollo. Total, cinco personas y un perro.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

Otro que bien baila.

—Sí señor, decia D. Crisanto Guirlache, paseándose por el Espolon de Burgos con su buen amigo D. Tadeo Machuca, dos ó tres dias antes de la boda; sí señor, yo creo que tiene V. una idea muy equivocada respecto de los hombres, los cuales son naturalmente buenos, y solo dejan de obrar con rectitud cuando pierden la razon.

Y al decir esto, D. Crisanto hablaba de buena fé, mas no por eso podia dejar de creer al mismo tiempo que acababa de recibir en las espaldas un golpe contundente, por lo cual hizo una pausa en su filosófica disertacion y se volvió para ver quien era el gracioso que se anunciaba con tan bruscas insinuaciones. Observó que habia poca gente en el paseo, que las personas mas cercanas estaban muy distantes, y que ninguna lle-

vaba baston, único instrumento capaz de producir el efecto que habia esperimentado, y así, aunque un garrotazo en las costillas es, quizá, la mas prosáica realidad que puede probar un hombre, D. Crisanto se resolvió á tomar por una ilusion el que habia recibido. Mientras tanto, el cuco de D. Tadeo, que era quien con el mayor disimulo sacudió el garrotazo al pobre filósofo, aprovechándose del silencio de aquel, hizo una triste pintura de los hombres, fulminando contra ellos toda especie de injurias y anatemas. Para él, todos eran ingratos, pérfidos y ridículos, y segun la mala voluntad que les profesaba, se le hubiera tomado por un digno descendiente de Calígula. ¿Quien sabe? Puede que lo fuera; pero yo no me atrevo á asegurarlo, porque, á pesar de mi aficion á las plantas, he mirado siempre con indiferencia los árboles genealógicos.

Lo único que en Burgos se sabia, era que el tal D. Tadeo, en cierto viage que hizo por Andalucía, contrajo relaciones amistosas con el baron de la Zarza, persona muy estimada en dicha ciudad, donde tenia una de las mas ricas haciendas de toda la provincia. Verdad es que el tal baron, á quien últimamente dejamos en Madrid muy encaprichado de Laura, la hija del buen Figueroa, era una especie de viajero universal, pues andaba siempre corriendo el mundo cual otro Judío Errante, y que tenia la pasion de las amistades, bastando que cualquiera le saludase una vez para ser contado desde luego en el número de sus mas íntimos amigos; pero D. Tadeo debió inspirarle tal confianza, que mereció ser nombrado mayordomo de la indicada hacienda, y tanto por esto cuanto por la elegancia de sus maneras, el tal D. Tadeo era el niño mimado de Burgos.

Antes de todo, quiero dar una idea de este tan importante sugeto, para esplicar las simpatías que habia sabido conquistar en poco tiempo. Era blanco lo mismo que la nieve y rubio como un aleman, circunstancia que daba mucho realce á sus ojos negros, los cuales contrastaban admirablemente, como dos brillantes negros, con aquellas barbas, aquellas cejas y aquellas melenas del color del oro mas puro. Un poco le afeaban dos cicatrices que tenia en la cara, pero, en cambio, este pequeño defecto estaba sobradamente compensado con su

talla y con su talle, que le habian valido la reputacion de buen mozo. Aparte de su físico, se recomendaba por una generosidad que rayaba en el despilfarro, por usar las targetas adornadas con una corona, en señal de que descendia de una familia ilustre, por sus maneras distinguidas, que si de algo adolecian era de ser estremadamente aristocráticas, y sobre todo, porque le gustaban mucho las ostras crudas, requisito que, como era natural, concurrió muy poderosamente á rodearle de prestigio. Así, en dos meses que hacia que se hallaba en Burgos, fué mas considerado que el mismo baron de la Zarza, pues todos los hombres solicitaban su amistad y todas las bellas se disputaban su amor. El sastre que le vestia puso en su muestra este singular letrero: "Sastrería del buen tono: aquí se hace la ropa D. Tadeo Machuca"; la fonda donde dormia cuando se quedaba en la ciudad, estaba llena de huéspedes de la misma poblacion, que abandonaban sus casas por ir á tener la honra de pasar algunos momentos cerca de tan insigne personage, y en fin, hasta el mismo D. Crisanto, con toda su filosofía, se llenaba de orgullo cuando daba con él un par de vueltas por el paseo del Espolon.

Sin embargo, justo será decir que el filósofo, no solo tenia orgullo, sino que tambien sabia obedecer al noble sentimiento de la gratitud en su predileccion por D. Tadeo Machuca. En primer lugar, éste se ofreció á ser padrino de boda del primero, y aunque no faltó quien le atribuyese miras siniestras, diciendo que estaba locamente enamorado de la novia, D. Crisanto, que no habia concebido la menor sospecha, fué quien tuvo en ello mas decidido empeño, pues llegó á persuadirse, como él decia en unos versos que al efecto compuso,

de no tener buen éxito en su boda
sin ser padrino el hombre de la moda.

Pero no era solo esto lo que motivaba el profundo reconocimiento de D. Crisanto, sino que, sabiendo que debian llegar de un momento á otro varios convidados de la corte, y no teniendo el filósofo ni su futuro suegro donde alojarlos có-

modamente, don Tadeo allanó todas las dificultades, diciendo:

—No hay que apurarse por eso, amigo mio. Ya sabe V. que la casa del señor baron de la Zarza, donde yo vivo, es bastante espaciosa para recibir diez veces mas huéspedes de los que se están esperando, y allí pueden estar mejor que en ninguna otra parte. Solo hay un inconveniente, y es el de hallarse dicha finca, como V. sabe, tres cuartos de legua distante de la ciudad, pero eso se remedia trasladándose ustedes todos á la hacienda, y con eso celebraremos la boda en el campo, con lo cual disfrutarán ustedes completa libertad y estarán mucho mas divertidos.

D. Crisanto, que no descubria ningun mal designio en las palabras de D. Tadeo, aceptó la proposicion con muestras de la mas profunda gratitud, y en efecto, se convino en que, no solamente los convidados de Madrid, sino tambien los de Burgos y toda la familia de D. Alejo, se avecindarian durante las fiestas de la boda en la espaciosa y elegante quinta del baron de la Zarza.

Con esto quedan esplicadas las buenas relaciones de ciego, que unian á D. Crisanto Guirlache con D. Tadeo Machuca en el momento en que los hemos visto paseando por aquel Espolon, cuyo gallo seria capaz de desplumar á las mas soberbias águilas que le quisieran armar camorra.

—Perdone V., dijo D. Crisanto; V. mismo es un argumento viviente contra su propia misantropía. ¿No es V. tan amable que desde luego aceptó el compromiso de ser padrino en mi boda? ¿No es V. tan generoso que nos ha brindado su casa para pasar en ella la luna de miel, nosotros y todos nuestros convidados? Pues yo creo que así son todos los hombres, menos los que no, y estos por fortuna escasean tanto, que deben mirarse como pobres escepciones de la......

No pudo decir regla, ni mucho menos Guanabacoa, para cerrar el período de su discurso; porque el muy tuno de D. Tadeo, blandiendo diestramente su baston por la espalda, sacudió un nuevo y mas enérgico trancazo á su interlocutor, restituyendo el brazo tan rápidamente á la posicion natural

de un paseante circunspecto, que nadie hubiera sospechado de donde venia el golpe. Volvióse de nuevo el filósofo para ver de donde procedia el estraño y repetido saludo que hacia tan poco favor á sus costillas; pero nada pudo descubrir, y sin embargo, el efecto era tan patente que no podia menos de reconocer alguna causa, por lo cual se atrevió á decir:

—Juraria que me habian dado con un palo en la espalda.

—¡Que disparate! contestó con mucha gravedad D. Tadeo; ¿quién puede haber tenido esa insolencia? Serán los muchachos, tal vez, que le habrán tirado una pedrada; ¡valientes pillos! Ya ve V., desde niños empiezan á dar muestras de lo que serán algun dia. Estoy por moler á palos á todos los que andan jugando por el paseo.

—No obstante, repuso D. Crisanto, puede que yo me haya equivocado y solo sea un amago de reumatismo lo que me produce estas punzadas que parecen golpes; y por otra parte, suponiendo que los muchachos me hubiesen tirado la piedra, ¿no es muy posible que ésta me alcanzase por casualidad? Pero voy mas allá y admito la hipótesis de que fuese arrojada contra mí deliberadamente: ¿no debemos disculpar la travesura como muy propia de la juventud?

—No señor, esclamó furioso D. Tadeo; eso que han hecho con V. es una infamia que exije algun escarmiento. Ahora mismo voy á romper la crisma á ese pollo que viene de frente, para que aprenda á respetar á los hombres.

Y diciendo esto, levantó su baston para sacudir á un jóven de catorce ó quince años que iba muy tranquilo sin meterse con nadie, aunque la tentativa fué infructuosa por dos razones: la primera y mas concluyente, porque el muchacho, tan pronto como se vió amenazado, tomó las de Villadiego, y segun corria el maldito ni los mejores galgos de la tierra le hubieran podido dar alcance, y la segunda, porque D. Crisanto terció en favor del jóven, calculando que este venia de frente, mientras que él habia recibido la contusion en la espalda, de donde concluyó lógicamente demostrando que no podia ser aquel el muchacho que le tiró la pedrada.

Pero el tal Machuca debia mas bien haberse llamado Ma-

chaca, segun aparentaba seguir encolerizado contra los muchachos, diciendo que era una vergüenza que éstos se atreviesen á ofender á los hombres en el sitio mas público de la patria del Cid Campeador, y sobre todo, que él era amigo de sus amigos, por lo cual no podia ver á sangre fria que se les insultase.

—Vea V., añadió el pobre Guirlache, continuando su paseo; insisto en considerarle á V. como un argumento vivo contra sus teorías misantrópicas, y sin mas que mirarse en el espejo de su conciencia, deberia V. reconciliarse con la humanidad. Yo por mí, estoy tan encantado con su conducta, que, aunque no tuviese la profunda fé que tengo en mis convicciones optimistas, habria venido á dar en este sistema con el inapreciable hallazgo de un amigo tan generoso como V.

Este fino cumplimiento de D. Crisanto tuvo por término un grito en tono mayor; el grito fué causado por un dolor tan agudo como el grito, y el dolor procedia de un tercer garrotazo que el amigo acababa de sacudirle con una de aquellas hábiles evoluciones de que ya he procurado dar una idea. Francamente, la broma se iba haciendo intolerable, tanto mas cuanto que, por pronto que D. Crisanto quiso volverse para descubrir el agresor, tampoco esta vez tuvo la fortuna de encontrarle. Cualquier hombre de buen juicio hubiera entrado en sospechas respecto á la causa del efec o que sentia en las espaldas; pero no perdamos de vista que D. Crisanto era filósofo especulativo, y por consiguiente prefirió entregarse á las mas estrañas congeturas, para, despues de estraviarse por las intrincadas sendas del sofisma, venir á fijarse en un objetivo sin sentido comun. Por último, recordando que tal vez en aquella misma tarde debian llegar D. Segundo y demás convidados de la corte, segun una carta que acababa de recibir en la casa del correo, abandonó su discusion, rogando á D. Tadeo que se fuese á disponer lo necesario para alojar á los huéspedes en la hacienda, mientras él iba á dar aviso á la novia para que no la sorprendiesen desprevenida.

D. Tadeo encontró la observacion muy justa, solo que invirtió los papeles, diciéndole á D. Crisanto que, puesto que ya

le conocian sus dependientes, se fuese á la hacienda para dictar las disposiciones que juzgase oportunas, mientras él tendria la satisfaccion de ir á prevenir á la novia. Prevaleció este dictámen sin dificultad, y de este modo los dos amigos se separaron, yéndose D. Crisanto muy entusiasmado á la quinta del señor baron de la Zarza, y dirijiéndose D. Tadeo á una platería para comprar el regalo de boda que él mismo quiso llevar á la hija del bravo D. Alejo. Como la diligencia que tomó á su cargo el filósofo nada ofreció de particular, la pasaremos en silencio; en cuanto á D. Tadeo, ya es harina de otro costal. Era este hombre demasiado fino para que pudiera conducirse de una manera vulgar en tan solemne ocasion, y así, como llevo dicho, se fué derecho á una platería, donde gastó mas de dos mil duros en alhajas para la novia, y despues que hizo esta provision deslumbradora para una jóven de la condicion de Petra, que así se llamaba la futura de D. Crisanto, fué á entregar su regalo, llegando casualmente á tiempo en que dicha jóven se encontraba sola por haber salido sus padres á hacer algunas compras para ella.

Era Petra lo que se llama una real moza; pero voy á ahorrarme el trabajo de retratarla diciendo que se parecia estraordinariamente á Laura, la hija de Tomás Figueroa; tal era su semejanza, que, estando juntas, sus mismos padres las hubieran equivocado. Por lo demás, el carácter de Petra era el de una verdadera castellana, muy sencilla, muy á la buena de Dios, muy honrada, y no de muchos alcances. Como la buena muger no esperaba tan importante visita ni tan esquisito regalo, recibió á D. Tadeo con una cara de Pascua que no habia mas que pedir, y el padrino, coligiendo por el semblante de la doncella el buen efecto que su obsequio habia producido, empezó un largo y elocuente discurso, del cual solo quiero copiar los trozos mas inteligibles.

—"¡Oh jóven hechicera, entre las mas hechiceras deidades que alumbra el sol de Castilla! dijo; disimulad la inexactitud de mi lenguaje, pues me parece que el mismo sol no es mas que un pálido reflejo de vuestra propia luz. ¿Quien será el desdichado mortal que al veros no se quede petrificado?"

—Ya lo creo, como que me llamo Petra, interrumpió la digna hija de D. Alejo.

Corrido se quedó el orador con el fatal equívoco que habia destruido el valor de la frase en que mas confianza tenia; pero no por eso se declaró vencido, pues al contrario, continuó con mas fuego:

—"¿Cuál será el pecho de bronce, que al recibir un rayo fulminado por vuestros divinos ojos no se sienta agitado como por una conmocion eléctrica?"

—Dispense V., señor, esclamó la doncella, mareada por tantas figuras que frisaban en figurones; yo no entiendo una jota de lo que V. me está diciendo, pero calculo que debe ser cosa muy buena, ó al revés, todo lo que V. me dice creo que debe ser cosa buena, pero yo no lo entiendo.

—"Pues, en resumidas cuentas, prosiguió D. Tadeo, yo he querido dar á V. una débil prueba de mi estimacion, tomándome la libertad de hacerla este obsequio; porque, señorita, he consultado bien mi corazon, y si no tuviéseis por mi mal esa rara constancia que todos admiramos en Penélope y Artemisa......"

—No las conozco, dijo Petra; ¿son de Burgos esas señoras?

—"No por cierto, contestó D. Tadeo, mortificado al ver que su erudicion no alcanzaba mejor éxito que su retórica: Penélope era la muger del famoso Ulises, uno de los mas ilustres guerreros que concurrieron al sitio de Troya, y Artemisa fué la esposa fiel del rey Mausóleo, cuyo nombre conservan los monumentos parecidos al que se le erigió despues de su muerte."

—Ah, sí, dijo Petra con mucha naturalidad; eso seria allá cuando la guerra de la independencia contra los franceses: mi padre, que militó bajo sus órdenes, me ha hablado de ellos mas de cuarenta veces.

D. Tadeo estaba en brasas, no encontrando medio de hacerse entender de la cándida burgalesa, en vista de lo cual se decidió á emplear un lenguaje menos afiligranado; pero precisamente cuando acababa de concebir alguna esperanza, llegaron á interrumpir su discurso los padres de la moza, suma-

mente disgustados, D. Alejo bufando, y doña Mónica, que este era el nombre de la madre de Petra, medio acongojada. ¿Qué les habia sucedido para enojarse tanto en tan agradables circunstancias? Vamos á verlo.

Ya saben mis lectores que el veterano D. Alejo de la Parra tenia el estribillo de estar hablando siempre de la guerra de la independencia, en la cual hizo proezas increibles, y así, mientras su muger se entretenia en comprar algunas menudencias para la boda de su hija, él suscitó con los dependientes de la primera tienda donde entraron, la conversacion de su tema favorito. Por casualidad se hallaba cerca del mostrador un jóven antipático, uno de esos hombres que nos parecen unos infelices cuando les conocemos á fondo, pero que á primera vista nos cargan sin saber porqué, y con los cuales andariamos á pistoletazos, sin mas razon que porque nos cargan á primera vista. En un santi-amen D. Alejo de la Parra espetó mil heroicidades: algunos de los presentes hicieron prudentes observaciones; el veterano probó cuanto decia enseñando diversas cicatrices, y todo iba pasando dentro de los límites de la discusion mas urbana, cuando acertó á tomar la palabra el hombre antipático para preguntar á D. Alejo de la Parra si se habia encontrado en el ataque de Arapiles. Como ustedes ven, esta pregunta no envolvia ningun agravio, y es bien seguro que nuestro veterano la hubiese agradecido en boca de otro cualquiera, para tener ocasion de referir todos los pormenores de tan memorable batalla.; pero fijó la mirada en el jóven que le habia dirijido la pregunta, y D. Alejo de la Parra no pudo menos de subirse á su propio apellido, diciendo al interpelante que quien le autorizaba para meterse en camisa de once varas. El apostrofado, que no habia dado motivo para llevar un sofion tan incivil, contestó haciendo ver que él era un hombre como los demás, y añadió que las cicatrices no debian escluir la buena educacion. Ya no pudo mas D. Alejo; alzó el palo contra su antagonista, quien, como era natural, levantó el suyo para defenderse, y cada uno de los dependientes de la tienda echó mano á una vara de medir, armándose una pelotera tan desigual, que todos dirijian sus mandobles al jóven

antipático, á quien de buena fé hubieran roto la cabeza para que no fuese tan cargante, como si él pudiera remediarlo. Por fortuna, pasaba por allí un señor alcalde, que puso fin á la contienda, y despues de examinar no solamente la cuestion sino tambien la cara del jóven que la habia promovido, concluyó por mandar á éste á la cárcel. con harto sentimiento de cuantos presenciaron el suceso, pues, el que mas y el que menos, hubiera deseado romper cuatro costillas al desconocido, mas bien que verle preso y, de consiguiente, á cubierto de las iras personales que habia provocado con su cara.

Tal era la causa que habia producido la irritacion de D. Alejo y el desmayo de su muger, á quien Petra hizo al momento beber un poco de agua con vinagre, mezcla que podriamos llamar exorcismo de los sustos, por la virtud que tiene de echarlos fuera del cuerpo.

En fin, ya la calma se iba restableciendo y D. Alejo empezaba á contar el zafarrancho que hizo en la accion de Vitoria, cuando se presentó el filósofo muy alborozado diciendo que no habia estado en la hacienda por haberse encontrado á la mitad del camino con la diligencia de Madrid, en la cual llegaban los convidados que todos esperaban con ansiedad. En su consecuencia, resolvieron ir en busca de los huéspedes al parador; pero, por pronto que quisieron salir de casa, ya entraban en ella los madrileños, cuyos nombres no necesito repetir puesto que no deben haberse olvidado. Sin embargo, como no todas las personas que habia en casa de D. Alejo conocian á los que llegaban de la corte. hubo su escena de presentacion, en la cual ocurrió una peripecia sumamente desagradable que voy á referir, con el permiso de Vds., por supuesto.

Pues, señores, el caso fué que, hallándose todos muy engolfados en la tarea de las reverencias y saludos peculiares del momento, el artista D. Valentin Secante, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se acercó á Petra guiñando los ojos y diciéndole por lo bajo:

—No esperaba yo tener el gusto de volver á encontrarme con V., señorita. ¿Como se ha compuesto V. para hacer tan á lo vivo esta comedia?

Ya he dicho que Petra era un prodigioso retrato de Laura, la hija de Tomás Figueroa, y esto basta para esplicar el *quid pro quo*; pero Petra no estaba en tales antecedentes, y conteniéndose cuanto pudo para no armar un escándalo con personas que tanto respeto le infundian, contestó en voz baja tambien:

—Caballero, mire V. lo que dice, porque yo estoy en mi propia casa y nunca he tenido el gusto de ver á V. en otra parte.

—¡Basta de disimulo, bribona! continuó el artista multiplicando sus gestos y procurando hablar como si entre Petra y él hubiese algun secreto.

—¡Caballero! repitió la jóven asombrada y hablando ya en alta voz para que todos pudiesen oirla; creo que está V. equivocado, y que en su aturdimiento no ha prestado atencion á mi padre D. Alejo de la Parra, que ha tenido el honor de presentarme á V. lo mismo que á estos señores que nos favorecen con su presencia.

—Sí, señor, dijo el veterano sin saber de qué se trataba; tengo el gusto de presentar á V. á mi hija doña Petra de la Parra, que es la que pronto ha de dar su mano á este caballero, D. Crisanto Guirlache, á quien creo que V. conoció en la corte.

—¡Ya! contestó con aparente y socarrona política el pintor; yo no tuve el placer de oirle á V. antes. Con que, es decir que esta señorita es doña Petra de la Parra? Muy señora mia. ¿Y esta es la señorita que debe unirse en santo matrimonio con el caballero D. Crisanto Guirlache? Me alegraré que Dios les haga muy felices.

Y al decir esto, volvió la cara para hacer un gesto de burlesca admiracion, que no pasó desapercibido.

—Caballero, dijo el veterano, un poco amostazado, si se tratase de mí mismo admitiria cualquiera chanza sin desplegar los labios; pero con respecto á mi hija, es muy diferente. ¿Me quiere V. esplicar lo que significan esos aspavientos?

—Nada, contestó el artista; ¿no es esta señorita su hija de V. y la futura esposa de mi amigo D. Crisanto? Pues repito

que mi deseo es que hagan un feliz matrimonio, y laustibi Cristi.

Y al decir esto, volvió de nuevo la cara para reirse como un loco.

A D. Segundo un color se le iba y otro se le venia. Todos los demás estaban atónitos, no sabiendo á que atribuir tanta mueca, ni cual seria el resultado de aquella escena deplorable.

—Señor mio, esclamó D. Alejo muy atufado; basta que venga V. á esta casa en compañía de personas que tanto aprecio, para que yo le reciba con mil amores; pero le suplico á V. tenga presente que esta señorita es mi hija, y que yo he recibido muchas heridas en defensa de la patria. Dígalo, si no, esta que me hicieron en el sitio de Ciudad-Rodrigo, donde maté mas de veinte franceses.

Y en prueba de ello, el veterano se puso á quitarse la levita para enseñar una enorme cicatriz que tenia en el brazo izquierdo; pero Secante, lejos de reparar en la cicatriz de D. Alejo, seguia mirando á Petra con una insistencia tan provocativa y una sonrisa tan sardónica, que ya D. Segundo no pudo menos de salir de sus casillas, esclamando:

—¡Señor Secante! Yo he sufrido que V. viniese á esta boda, para la cual nadie le habia convidado, porque contaba con sugetarle en los límites del decoro; pero una vez que se presenta con tan groseros modales, no tengo ya miramientos que guardar. ¡Ea! ¡por la puerta se va á la calle!

—No hay inconveniente, señor don Segundo, dijo el artista; me retiraré gustoso de esta casa, bien convencido de que no podria yo hacer buena figura en una sociedad tan escojida. Por lo demás, ya ajustaremos esta cuenta en otro terreno.

—Donde V. quiera, repuso D. Segundo; pero le ruego que no diga una pabra mas si no quiere bajar la escalera rodando.

Viendo que iba de veras, obedeció el artista; pero arqueó las cejas en señal de bufona resignacion, empezó á bajar la escalera tosiendo con un falsete de catarro postizo capaz de irritar al mismo Job, y salió por fin á la calle dando estrepitosas carcajadas.

Este desabrido lance llenó tanto de consternacion á todos

los circunstantes, que durante algunos segundos se quedaron como estátuas, mirándose los unos á los otros como quien ve visiones. Petra, que era la parte mas interesada en la peripecia, estuvo á punto de prorrumpir en llanto; su madre se desmayó; su padre juró no haber visto cosa igual ni en la guerra de la independencia; D. Tadeo tomó pié del suceso para vomitar injurias contra el género humano; D. Crisanto defendió la bondad instintiva de los hombres, mirando al artista como una deplorable escepcion de la regla, y solo D. Segundo halló modo de apaciguar los ánimos diciendo que ninguna muger debia ofenderse de una injuria de Secante, puesto que este hombre tenia el vicio de calumniarlas á todas; y que, á mayor abundamiento, Petra se habia criado en Burgos y el artista no habia salido hasta entonces de Madrid, con lo cual quedaba demostrado que no se conocian, ó lo que es lo mismo, que las muecas y reticencias del pintor no significaban otra cosa sino que él era un insensato. Con esto y con la relacion que los huéspedes hicieron de su viaje renació aquella alegría mensagera natural del himeneo, y he de repetir esta relacion, porque realmente valia la pena que tuvo la suerte de disipar en casa de D. Alejo de la Parra.

En primer lugar, parece que Benito no queria salir de la corte pretestando falta de ropa, con cuyo motivo sacó á su hermano Segundo media docena de trajes completos, de los cuales vendió la mayor parte, y despues de todo tuvo la insolencia de presentarse con el consabido chaleco; pero quien mas dificultades ofreció fué Cristóbal, por el empeño que tuvo de llevar consigo al perro, cosa prohibida, y con razon, por las empresas de diligencias. Daba la casualidad de que á la sazon habia muchos viajeros, de modo que por listo que anduvo D. Segundo para retener los asientos, ya no encontró mas que el número preciso para las personas de la comitiva, y no queriendo Cristóbal ceder en sus exijencias, parecia imposible que pudiera resolverse una cuestion tan complicada. Por fin, se construyó una jaula de madera para el perro y se untó la mano al mayoral para que permitiese llevar dicha jaula en la parte superior de la diligencia, donde el dichoso Pim-

pollo se acreditó de ser un verdadero perro, porque, sin contar las muchas perradas que hizo en el camino, ni un instante dejó de ladrar desde que el coche salió de Madrid hasta que entró en el pueblo del célebre Papa-moscas.

Escusado es decir que todas las personas chicas y grandes que nuestros viajeros hallaron dentro y fuera de las poblaciones del tránsito, tuvieron algo que decir viendo aquel animalito enjaulado encima del carruage. Unos gritaban: "¡Hombre, qué pájaro tan estraño va en esa jaula!" Otros decian: "¿Fieras tenemos? ¡Que salga el domador!" Algunos preguntaban si ya sabia hablar la cotorrita: hubo quien quiso dar al Pimpollo sopa en vino, suponiéndole loro, para el aprendizaje del idioma, y los mas esclamaban al verle: "¡Lorito real! ¡Para España; pero no para Portugal!"

Como era consiguiente, todos estos insultos asestados al honor del perro cambiaban de direccion, yendo derechitos á herir el corazon de Cristóbal, el cual queria tan entrañablemente á su fiel compañero, que hubiera dado la vida por evitarle todos aquellos improperios capaces de abochornar á cualquiera; pero el mal ya no tenia remedio, pues aunque mas de cuatro veces estuvo tentado Cristóbal por volverse á pié, desistió de tan mala idea, no por el temor de llegar á Madrid rendido, sino por el de que pudiera cansarse el pobre perro.

El buen hombre sufrió un verdadero martirologio en esta espedicion, no solo por lo que llevo dicho y por la impertinencia de los viajeros desconocidos, que renegaban de los ladridos del animal y de las chacotas de que todos eran objeto por su causa, sino tambien porque, como el techo de la diligencia no era trasparente, no podia ver lo que pasaba en el piso segundo, y así á cada momento tenia que ir sacando la cabeza por la ventanilla para recomendar al mayoral que tuviese mucho cuidado con la jaula.

A este perenne motivo de afliccion se juntaron otros no menos crueles, como por ejemplo, la dificultad de matar el hambre, pues luego que acabaron de almorzar en Buitrago hicieron todos la triste observacion de que se habian quedado con mas ganas de las que antes tenian. El único viajero que satisfizo

algo la mas apremiante necesidad fué el perro, y eso porque Cristóbal rebañó cuanto hubo á las manos para dárselo al animalito. El avaro agregó tambien para sí, al frugal y pésimo refrigerio del parador de diligencias, un poco de queso y salchichon con algunos rebojos de pan que llevaba en los bolsillos de la levita. Los demás viajeros no pudieron ni aun arrojarse en los brazos de la esperanza, por lo que se echaron en los de Morfeo, y ya empezaban á meter el pico en el ala, cuando ¡zas! al bajar la cuesta de Buitrago pegó la diligencia uno de los mas horrorosos vuelcos que han presenciado las montañas de Somosierra. Los pasajeros quedaron dentro del coche revueltos y entrelazados en lastimosa confusion, formando una especie de nudó gordiano que no era posible desatar, ni aun apelando al espediente de Alejandro, por la calidad de los anillos. Todo era gritería, juramentos ó suspiros, sobresaliendo en aquel concierto de la desesperacion la voz del aflijido Cristóbal, que decia: "¡Mayoral! ¿qué le ha sucedido al perro? ¿se ha matado mi pobre perro? ¡Pimpollo! ¡Pimpollo! ¡Ya estará muerto el perro!" Por desgracia ningun acento humano ni perruno contestó á estas atronadoras esclamaciones.

Mas de una hora tardaron el mayoral y el zagal en sacar á los viajeros del carruage, no pudiendo tirar de los piés del mas cercano sin peligro de retorcer el pescuezo ó dislocar un brazo de cualquiera de los otros; pero al fin todos salieron del laberinto, y afortunadamente lograron escapar sin mas daño que algunas contusiones, aparte del sobresalto que era consiguiente. Cristóbal, tan pronto como se vió libre, buscó la jaula que habia ido rodando mas de trescientos pasos, hasta que llegó al fondo de un precipicio, y no pasó de allí, porque para ello hubiera tenido que rodar cuesta arriba, cosa que se opone á las leyes de la gravitacion. A decir verdad, algun deterioro habia sufrido la tal jaula, sin embargo de lo cual el perro se encontró dentro como principio de epístola lugareña, es decir, "con la cabal salud que yo para mí deseo." Entonces sí que debieron tenerle por pájaro los que le llamaban loro viéndole enjaulado, pues pocas aves hubieran salido sanas y salvas de aquella prueba en que el Pimpollo escapó sin ninguna lesion.

Con todo, Cristóbal le hizo dar un paseo para ver si se resentia de algun miembro, le dió un poco de agua con árnica que llevaba á prevencion, por si se habia relajado de los riñones, le ató un pañuelo á la cabeza, sin saber el mismo con que objeto, y en fin, hizo cuanto estuvo en su mano para prevenir las resultas de una caida tan espantosa. Entre tanto los conductores, ayudados de varios carreteros que por allí pasaban, enderezaron el coche, y cada cual de los viageros volvió á colocarse en su sitio, escepto Cristóbal que temblando por la vida del perro queria cederle su asiento en el interior, diciendo que él iria mas cómodamente arriba, fuera ó dentro de la jaula. Todos los viageros se opusieron á esta permuta que consideraban como un insulto, jurando que saldrian del carruage si se hacia la barbaridad de darles un compañero canino. Cristóbal sostuvo su derecho con la débil razon de que su asiento le pertenecia y que por lo tanto podia disponer de él á su antojo; los demás replicaron diciendo que el perro no era una persona y que de consiguiente no podia sentarse dentro de la dilijencia; el buen amo de Pimpollo, picado de tan impolítica observacion, se puso hecho en venablo y persistió en su propósito asegurando que su perro tenia mas talento y quizás mas educacion que algunos de los que rechazaban su compañía; en fin, no se sabe á donde hubiera ido á parar el asunto sin la prudente intervencion del mayoral, que dijo que el perro corria menos peligro en la jaula que dentro del coche; pues arriba lo único que le podia suceder era caerse y rodar como una pelota, mientras que en el interior de la diligencia era fácil que pereciese, no solo por el golpe, sino aplastado por el peso de los mismos compañeros de viage.

La reflexion del mayoral hizo mas efecto que cuanto los viajeros hubieran podido decir en defensa de sus derechos amenazados. Volvióse el Pimpollo á su destino, el amo á su asiento, y todos prosiguieron su camino hasta Burgos, sin mas novedad que el hambre y cansancio consiguientes, por cuya razon vamos á dejarlos comer y descansar.

CAPITULO II.

Una visita interesante.

Son tanto los personages puestos ya en escena, que no ha sido posible referir la vida y milagros de cada uno, y si yo no diera estos apuntes, probablemente llegaria el dia del juicio sin que ustedes hubieran formado el suyo respecto á algunos sugetos que, sin gastar mucho trapo, han de hacer mucho papel en esta historia. Entre los convidados á la boda de D. Crisanto Guirlache, figuraban individuos de todas las clases de la sociedad, y me parece justo decir algo, si no de todos ellos, porque la relacion seria demasiado larga, cuando menos de los que mas caracterizaron la reunion. Desde luego, D. Alejo convidó á varios labradores, y particularmente á Matías Crespo, con quien habia vuelto á estrechar las relaciones mas amistosas despues del lance que tuvieron cuando aquello del convite recíproco inventado por el travieso de Jorge Luis. El tal Crespo pretendia ser el primer labrador y tambien el primer bailarin de la provincia: era muy amigo de dar su parecer en todo, y muy aficionado á imitar á los señores de alto coturno, para probar que bajo una mala capa suele encontrarse un buen bebedor, como decia él en su estilo peculiar, que consistia en

soltar á cada paso un borboton de refranes. Ya el buen labriego frisaba en los cuarenta y tenia hijas casaderas, de las cuales, la que menos, creia ser la muger mas hermosa de toda Castilla; pero esto no impedia que Matias Crespo aspirase aun á no tener rival entre los bailarines de aquella tierra, y así, desde que fué convidado á la boda, se estuvo ensayando con su muger y sus hijas para sostener dignamente su gran reputacion de danzante.

Tambien debo mencionar al propietario D. Martin Galarza, siquiera porque tenia la vanidad de creerse el primer bebedor, ó cuando menos, el que mayor cantidad de vino podia beber sin que le hiciera daño, siendo así que al primer vaso perdia el equilibrio y al segundo era capaz de escandalizar á todo el barrio en que vivia. No adolecia del mismo defecto el caballero de las tres emes, que así llamaban á D. Mariano Morales y Merino; pero en cambio tenia el de no callar lo suyo ni lo ageno, de modo que, habiendo sido secretario de cierta sociedad mercantil, reveló todos los manejos de sus consocios, motivo por el cual fué privado de aquel destino, y con razon, porque la primera obligacion de todo secretario es guardar los secretos que se le confian: si así no fuese, no tendria el nombre de secretario. Esto quiere decir que hablaba mucho D. Mariano, y, sin mas que por haber sido mal secretario durante quince dias en una mala sociedad mercantil, se figuraba tambien saber mas que Brijan, presumiendo de gran diplomático solo por seguir la rutina de los que atribuyen á la Inglaterra todo lo que pasa en el mundo. Para él ya se sabia; si se alzaba el estandarte de la rebelion en China, era por instigacion de los ingleses para favorecer el comercio del opio; si se levantaba alguna partida de facciosos en Cataluña, era por los manejos de la Inglaterra para introducir sus algodones por la costa de Portugal, y si los estudiantes de Valladolid armaban un dia pelotera para no asistir á la cátedra, tambien lo esplicaba diciendo que los ingleses, enemigos de nuestra prosperidad, habia mandado agentes para alucinar á los estudiantes á fin de dar al traste con todas las universidades de la Península.

Seria el cuento de nunca acabar si fuese á describir uno por uno los diversos caracteres que concurrieron á la boda del filósofo Guirlache, por lo cual renuncio á la tarea, pero no será sin hacer alguna mencion del hidalgo D. Justo Pinoverde, que tenia la mayor vanidad en poseer los mejores caballos de todo el distrito y en pasar por el primer gincte de la época. Este mozo, que habia visto por casualidad á Encarnacion en el balcon de la casa de D. Alejo, se prendó de ella en tales términos, que resolvió conquistar su corazon á todo trance, y para ello el mejor medio que se le ocurrió fué el montar en el mas brioso de sus caballos y cruzar unas veces al trote y otras al galope por delante de dicha casa; pero por mas vueltas que dió el buen Pinoverde haciendo caracolear á su soberbio caballo, no consiguió que Encarnacion le honrase con una mirada, visto lo cual se decidió á repetir al dia siguiente la prueba, seguro de que ya por su propia gallardía, ya por la de su alazan, no podia menos de hacerse interesante á los ojos de la desconocida. Efectivamente, al amanecer del otro dia ya estada nuestro hombre paseándose en otro magnífico caballo por la calle de D. Alejo, pero ni siquiera tuvo el gusto de ver abierto el balcon donde habia descubierto á la deidad cuyos favores solicitaba de un modo tan estraño, y esto se esplica perfectamente, no ya solo por el carácter frio y desdeñoso de Encarnacion, sino porque ésta, su padre, sus tios y toda la familia de D. Alejo, se habian trasladado á la hacienda del baron de la Zarza, cuyo administrador era D. Tadeo Machuca. Sorprendido y fastidiado Pinoverde con la inutilidad de sus esfuerzos para hacerse ver de la dama que ocupaba su pensamiento, entró en averiguaciones y supo todo lo que ocurria, en cuyo caso trató de asistir á la boda con cualquier pretesto, y para ello envió tres de sus criados, con tres de sus mejores caballos, á decir á D. Tadeo Machuca que, teniendo noticia de la llegada de unos forasteros, deseaba presentarse á ellos y ofrecerle sus servicios. Con este recado de atencion creia ser desde luego bien recibido, y una vez que hubiera entrado en relaciones con todas las familias reunidas en la hacienda, era natural que le convidasen á la boda. El cálculo fué bueno y los resultados corres-

pondieron en parte á las esperanzas de Pinoverde, pues al instante D. Tadeo, Fr. Crisanto, D. Alejo y D. Segundo enviaron á decirle que tendrian la mayor satisfaccion en recibirle á la hora en que él quisiera honrarlos con su presencia.

De allí á un rato volvieron los mismos criados á la hacienda del baron, montados en otros caballos distintos y tan buenos como los anteriores, para decir que el caballero D. Justo Pinoverde tendria el gusto de presentarse á las doce, y recibieron una contestacion no menos galante que la primera vez. Sin embargo, luego que se retiraron los tres mensajeros, preguntó D. Segundo con la mayor estrañeza lo que todo aquello significaba, pues le parecia ridículo el que un hombre mandase tantos criados, y siempre con caballos diferentes, para una tan simple comision. A todo esto, bueno será advertir que la hacienda del baron se habia convertido ya en una especie de hotel americano, segun el número de familias que iban tomando alojamiento en ella, por lo cual fueron muchas las personas que dieron informes del tal Pinoverde, resultando de todo la opinion de que D. Justo debia llamarse *pisa* y no *pino*, pues, en efecto, era un verdadero pisaverde.

—Nadie le conoce mejor que yo, dijo Matías Crespo, y podria dar muchos pormenores si no fuera por aquello de que en boca cerrada no entran moscas, pues como ustedes saben muy bien, el que descubre la alcabala ese la paga, de donde se infiere que no hay mejor palabra que la que está por decir.

D. Tadeo, mientras hablaba Matías, se estaba burlando con el mayor disimulo, y para que la broma durase un poco mas, invitó al labriego á referir algunos antecedentes del sugeto de que se trataba.

—Pues señores, dijo Matías, aunque dice el refran: haz bien y no mires á quien, yo diré la verdad, pues no quiero ser como el gato de Mari-Ramos, que halaga con la cola y araña con las manos. Ese señor Pinoverde tiene muchos caballos y cualquiera le tomaria por un príncipe portugués, pero no es oro todo lo que reluce, y me atrevo á apostar á que los únicos bienes que le quedan son sus caballos; de modo que podria decir aquello de: mi padre se llama hogaza y yo me muero de hambre, sin considerar que no hay buena olla con agua sola.

Durante esta peroracion, muy propia de un labriego castellano, D. Tadeo hacia señas de inteligencia á todos los demás oyentes, riendo sin piedad del pobre Matías, á quien exhortó á decir sin rebozo todo lo que supiera respecto al mencionado Pinoverde.

—Valga la verdad, continuó el buen Crespo; yo no diré que no es de buena familia, porque quien todo lo niega todo lo confiesa; pero de casta le viene al galgo el ser rabilargo, pues el padre del Sr. Pinoverde ya mostraba cierto afan de lucir mas de lo que podia, considerando tal vez que este mundo es golfo redondo y el que no sabe nadar se marcha al fondo, con lo cual queda disculpado el hijo, porque, como dijo el otro, el que ha bebido en pilon siempre conserva aficion, y por el hilo se saca el ovillo.

—Todo eso está muy bien, dijo D. Tadeo, burlándose cruelmente del pobre Matías; pero, ¿con qué objeto cree V. que ese D. Justo envia tantos recados?

—¡Toma! contestó el labriego; demasiado sabe D. Justo que eso es ridículo; pero por miedo de los gorriones nadie deja de sembrar cañamones, y el que no se aventura no pasa la mar. Ese caballero lo que pretende es que salgan ustedes á recibirle para que le vean lucirse sobre un buen caballo, ¿y qué remedio? Al loco del diestro y al tonto del cabestro. De todos modos, él ha de creer que ustedes le han visto por una rendija, y supondrá que los ha dejado patitiesos; con que mas valdrá darle gusto, pues al que va á la bodega por vez se le cuenta, beba ó no beba; con que, andando se quita el frio.

La prodigalidad de los refranes era en Matías tan asombrosa, que hubiera hecho durar la relacion todo el dia; pero D. Segundo, llevando muy á mal el que D. Tadeo se burlase tan sañudamente del buen labriego, cortó la conversacion diciendo que debian respetarse las debilidades de todos los hombres cuando no traian perjuicio de tercero, y que él por su parte saldria con mucho placer á recibir al jóven D. Justo Pinoverde, siquiera por la fina atencion con que habia anunciado su visita.

Efectivamente, á eso de las doce D. Segundo se disponia

á salir á la puerta de la hermosa quinta donde estaba alojado, cuando se presentaron nuevamente los tres consabidos criados de D. Justo Pinoverde, diciendo que su amo les seguia á poca distancia, y con este motivo, no solo D. Segundo, sino todos los demás habitantes de la hacienda, incluso Benito, salieron á recibir al insigne caballero tantas veces anunciado. La misma Encarnacion, tan esquiva para todos los hombres, entró en la curiosidad de saber si la llegada del tal Pinoverde ofreceria un espectáculo divertido, segun la pompa que le precedia, y salió con todas las demás señoras que se hallaban presentes.

D. Justo estaria entonces como á un tiro de bala de la hacienda, y divisando la gente que le esperaba, lejos de apretar el paso, empezó á refrenar al caballo para hacerle sacar todas sus habilidades. El pobre animal, espoleado y refrenado al mismo tiempo, echaba un mar de espuma por la boca, soltaba ráfagas de huracan por las ventanas de la nariz, se encabritaba, y en fin, hacia tantas cosas, que realmente nadie se arrepentia de haber salido á presenciar la llegada del ansiado Pinoverde. Todos estaban embelesados, no con el ginete, que desde luego les pareció adocenado, pues muy á menudo se salia de la silla, perdia los estribos ó hacia lastimosas contorsiones para sostener el equilibrio, sino con el caballo, que además de tener lo que llaman buena estampa, brincaba como un corzo en todas direcciones, sin perder por eso el aplomo adquirido en el picadero. Por fin, ya estaba cerca, no distando de la hacienda mas de veinticinco pasos, cuando el desventurado ginete se preparó para coronar los preámbulos de su llegada con un saludo tan gracioso como espresivo; pero al ejecutar esta fácil y necesaria evolucion, pegó el caballo un bote que le hizo perder la silla, sin ir á Sevilla, y dando el infeliz una prosáica voltereta de costado en el aire, fué á quedarse tendido sobre la yerba, no como una rana, que esto ya hubiera tenido un viso de dignidad, sino como una tortuga puesta espresamente panza arriba, pues cayó el desdichado de espaldas, quedando por algun tiempo inmóvil en esta posicion á todas luces vituperable para un hombre de buena crianza.

La primera impresion de este lance, ó por mejor decir, el primer efecto, fué una carcajada general, riendo como á porfía los hombres y las mugeres. D. Tadeo Machuca, no pudiendo sostenerse en pié, se tendió en el suelo, revolcándose como un insensato y soltando el trapo á una risotada histérica que ya rayaba en insolente. Viendo esto D. Crisanto Guirlache, como era tan formal que parecia un periodista de los que escriben artículos de fondo sin fondo, le suplicó que se moderase un poco para disminuir en lo posible la chacota que siguió á la caida de Pinoverde; pero D. Tadeo cada vez se reia con mas fuerza, diciendo de cuando en cuando:

—Que me dejen reir y que me maten despues.

Por fin, cuando algunos de los testigos del cómico suceso pudieron dominar la primera emocion, se acercaron al desdichado protagonista creyéndole punto menos que cadáver; pero, por su mal, no habia recibido daño ninguno que pudiera hacerle interesante á los ojos de los mismos que todavía estaban riendo, y el hombre se levantó furioso, queriendo matar al caballo para vengarse de la afrenta recibida. Cojió, pues, al animal de la brida, que ató á la reja de una ventana, y empezó á darle tan rudos latigazos, que la compasion que no habia logrado despertar en su propio favor la escitó en el del pobre caballo, y aquí dió Pinoverde su caida moral, de mucho peor efecto que la física, pues se hizo mas ridículo con su cólera que con su torpeza. Por fortuna, el caballo, viéndose tan duramente vapuleado, rompió la brida de un tiron y echó á correr como desbocado por los rastrojos, dando con esto lugar á la tercera caida de Pinoverde, porque este hombre, ciego de ira, se empeñó en seguir al caballo, jurando que habia de matarle donde le alcanzara, y se agitaba el pobre diablo inútilmente para cumplir su juramento, sin conocer la triste figura que hacia desempeñando por segunda vez el papel de tortuga; pues, en efecto, un hombre persiguiendo á un caballo suelto, da la proporcion de un crustáceo que tuviera la insensatez de perseguir á un hombre. Solo el Pimpollo pudo seguir al caballo, espantándole cada vez mas, con cuyo motivo dió Pinoverde su cuarta caida, porque empezó á tirar pedradas al perro, visto

lo cual por Cristóbal, salió de sus casillas y echó á correr en pos de Pinoverde, á quien alcanzó al instante, arrojándole de un empellon segunda vez en el suelo. ¿Y quién sabe á dónde hubieran ido á parar las cosas sin la pronta intervencion de D. Segundo? Pero por fortuna éste llegó á tiempo de evitar un fracaso, y el buen Pinoverde, abrumado por los golpes que habia recibido, por el cansancio y tambien por la vergüenza, no tuvo mas remedio que darse por vencido, entrando para descansar en la quinta del baron de la Zarza. ¡Pobre galan! ¡cuántas ilusiones se le habian desvanecido en pocos minutos!

Una vez dentro de la casa, todos los que á porfía se rieron al verle caer le preguntaban si se habia hecho mucho daño, y como él contestase negativamente, tomó la palabra Matías Crespo para decir:

—Este señor debe tener el mal del milano, las alas quebradas y el pico sano; pero suya es la culpa por haber enseñado al caballo á dar esos botes; porque, amigo mio, cria cuervos y te sacarán los ojos.

—Pero es que el caballo saltó sin que yo le ostigara, dijo Pinoverde por disculparse.

—Lo creo, repuso Matías; pero ya el animal estaba echando chispas por las maniobras que V. le hizo ejecutar, y es bien sabido que no se cojen truchas á bragas enjutas, pues lo mejor de los dados es no jugarlos.

—Buen hombre, dijo Pinoverde, me haria V. un singular favor en suprimir todos esos refranes, que no tienen la mejor aplicacion al caso presente.

—Sí señor, contestó Matías; guardaré silencio por no machacar en hierro frio, y tambien porque al buen callar llaman Sancho; pero en mi opinion debia V. haberse andado con mas pulso, y no que comenzó con mucho ardor para venir á parar en lo que hemos visto, de modo que á nadie mejor que á V. le cuadra el refran que dice: á la noche, chichirimoche, y á la mañana, chichirinada.

—¿Se quiere V. callar? esclamó enojado Pinoverde.

—Cállate, hombre, dijo la muger de Matías; ¿no ves que te estás ganando malas voluntades con esa maldita charla?

—Bien lo veo, respondió Matías; pero tambien es cierto que el que se pica ajos come, y que mal me quieren mis comadres porque digo las verdades. Al señor le ha pasado lo que se llama navegar, navegar y á la orilla ahogar, y debe tener entendido que el que mucho abarca poco aprieta, por lo cual espero que será mas cauto en adelante, pues el gato escaldado del agua fria huye, y de los escarmentados nacen los avisados; á no ser que diga como la otra: mi marido es tamborilero, Dios me lo dió y así me lo quiero.

Todavía creo yo que estaria Crespo espetando refranes, si su muger, cojiéndole por el brazo, no le hubiera obligado á salir de la estancia; mas no por eso cesaron las reyertas, porque, así como detrás de la calma viene la tempestad, así muchos de los huéspedes de la quinta se pusieron de un humor negro como la pez despues de haberse reido á carcajadas.

—¿Y á qué atribuye V. ese inesperado bote que dió el caballo? preguntó D. Tadeo, haciendo al mismo tiempo señas al paciente para que acusase al Pimpollo.

—Pues es claro, dijo Pinoverde; á ese demonio de perro tan feo, que parece mestizo de zorra y lobo.

—Será V. el primero y el único tal vez de los hombres que diga eso de mi perro, contestó Cristóbal, mas ofendido que si á él le hubieran llamado ladron.

Y sin embargo, Pinoverde no mentia, porque el dichoso Pimpollo no tenia casta reconocida, ó las tenia todas, desde el perro de aguas mas ensortijado al galgo mas larguirucho. Por eso seria muy dificil hacer una pintura fiel del animalito, y de todo punto imposible determinar su raza dentro del género canino. Tenia el hocico de galgo, las orejas de mastin, los ojos de lobo, las patas de perdiguero, el lomo de los de aguas, el pescuezo de los de presa, el cuarto trasero de la hiena y el rabo de la zorra. En una palabra, el perro de Cristóbal parecia primo hermano del chaleco de Benito; pero con todo, su amo le tenia en mucha estima, y por eso protestó enérgicamente contra la doble acusacion lanzada sobre el pobre Pimpollo, sosteniendo que no era feo ni habia dado motivo para espantar al caballo.

Como quiera que fuese, Pinoverde necesitaba un pretesto para esplicar su caida, único medio de disminuir ó atenuar el oprobio de que ella le cubria, y así se obstinó en decir que el perro tenia la culpa, no solo porque habia ladrado, sino porque con su odiosa figura era capaz de asustar á un elefante, cuanto ni mas á un caballo de genio vivo.

—Sí, hombre, sí, dijo Benito; ¿como puedes dudar que tu perro es feo y que espantó al caballo con ese feroz ladrido que tanto nos ha mortificado en el viaje?

Una carcajada general de aprobacion acojió estas palabras de Benito, lo cual no sirvió sino para añadir estopas al incendio que ya estaba empezando á consumir al dueño del Pimpollo. Cristóbal se inmutó como si le hubieran anunciado la muerte de una persona querida; su barba comenzó á temblar, y no de frio, porque la sangre le ardia en las arterias; miró de reojo á su hermano, dándole á entender que ya llegaba al colmo la medida de la paciencia, y por fin dijo:

—Señores, veo que hasta mi hermano Benito se conjura hoy contra mi perro, y esto me dispensa de los miramientos que le habia estado guardando por un mal entendido espíritu de atencion fraternal. Ahora que soy libre para hablar con franqueza, voy á decir la verdad sin repulgos de empanada. Y bien, señores, ¿saben Vds. de qué se asustó el caballo? pues no fué de mi pobre perro, sino del chaleco de mi hermano Benito.

La acusacion que Benito habia formulado contra el perro de Cristóbal mereció ser acojida con muestras de aprobacion; pero la que Cristóbal fulminó contra el chaleco de Benito fué recibida con demostraciones de entusiasmo. Hubo carcajadas, aplausos y gritos generales, con lo cual se probó que Cristóbal habia puesto el dedo en la llaga, ridiculizando aquella prenda en que todos habian fijado constantemente la atencion sin atreverse á combatirla. Durante algunos minutos el chaleco se ostentó en toda su deformidad, siendo el blanco de todas las miradas; pero no por eso era blanco ni negro, pues ofrecia en toda la pintoresca estension de su esterna superficie cuantos matices y colores han podido producir la naturaleza y la química, en otros tantos remiendos que presentaban todas las fi-

guras geométricas imaginables, desde el rombo al paralelógramo, desde el óvalo hasta el triángulo isósceles. La calidad de las telas que componian dichos remiendos era tan variada como sus formas y colores, pues habia líneas horizontales, verticales y oblícuas de dril, patencur, merino, tafetan, grana, terciopelo, raso, bombasí, franela, paño y otras cuya enumeracion seria interminable. Con respecto á los botones, el uno era muy grande y de hueso, el otro muy pequeño y de nácar, el tercero mediano y de suela, el cuarto ni mediano, ni grande ni pequeño, y de laton; es decir que no habia ninguno que tuviese con sus camaradas la mas remota conexion de parentesco.

Sin embargo, cuando lo pensaron mejor las personas que tan insensatamente habian celebrado la ocurrencia de Cristóbal, temblaron ante la idea de una catástrofe inminente, porque si uno de los hermanos se habia puesto frenético sin mas que por haberse lanzado contra su perro una acusacion, que no dejaba de ser justa, ¿qué haria el otro viéndose ridiculizado en su traje? Pero Benito no tenia la sangre tan caliente como Cristóbal, y con tal de ir á su negocio, le importaban un bledo las cuchufletas de los hombres. Asi, en lugar de sonrojarse, tendió una mirada desdeñosa en torno suyo, y despues se retiró diciendo:

—Ya quisieran algunos currutacos cambiar sus chalecos por el mio.

Naturalmente, á una salida de tono tan chocante, se renovaron las carcajadas y los murmullos en que todos tomaron parte, ménos el desgraciado Pinoverde, que harto tenia que hacer con sus propias desdichas para pensar en las agenas. Durante toda la escena que llevo descrita no pudo el pobre hombre separar los ojos de la hermosa Encarnacion. Habia entre las mugeres que habitaban entónces la hacienda, bellezas de primer órden, porque en esta parte la ciudad de Burgos no tiene nada que envidiar á los mas privilegiados paises de la tierra. Lucian allí sus encantos las hijas de Matías Crespo, notables por la regularidad de sus facciones, la frescura de sus rostros, respirando salud, el candor de sus miradas, y hasta

por el sencillo traje de labradoras, que les sentaba perfecta mente. Allí estaba la muger de Morales, el secretario sin secretos, que tenia la pretension de ser mas bonita que la hermana de D. Martin el buen bebedor, y eso que esta última pasaba por ser la mas linda moza de los alrededores. Allí se ostentaba en seductora plenitud la radiante figura de Petra, con su nevada tez esmaltada por algunas pecas que realzaban el fondo, sus cabellos y ojos castaños y sus lábios de púrpura; pero francamente al lado de todas aquellas hermosuras brillaba la de Encarnacion como un diamante circundado de perlas, como Vénus sobre todos los astros que en las noches tranquilas adornan la bóveda del cielo. Figúrense Vds. unos ojos como los imaginados por el poeta Cetina, y cuyo encanto está perfectamente indicado, si no definido, en los últimos versos de su célebre madrigal:

Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

Figúrense ustedes una cabellera como la de aquella sierpe africana, de la cual decia Góngora en uno de sus mas inspirados romances:

Cada vez que ella se peina,
Un sol alumbra en su frente
De tantos rayos vestido
Cuantos cabellos contiene.

Figúrense ustedes una boca como aquella de la cual decia mi amigo Campoamor:

Para formar, niña hermosa,
Esa boca angelical,
Hubo competencia igual
Entre el clavel y la rosa,
La púrpura y el coral.

Figúrense ustedes, finalmente, cuanto los mas ilustres

vates han podido imaginar de mas bello, de mas ideal, de mas sublime para ponderar los atractivos de una diosa, y no tendrán mas que una idea aproximada de las perfecciones físicas de Encarnacion.

—¡Ay! decia Pinoverde, contemplándola con mas avidez de la que autorizaba su funesta caida, ¡qué bellísima estátua griega! El mismo Fidias se volveria loco si la viese, y negaria que una tan acabada concepcion artística pudiera ser el producto del empirismo mas refinado.

Y bien, todo lo que decia Pinoverde considerando á Encarnacion esclusivamente como estátua era justo; pero debo añadir que en dicha jóven las cualidades físicas no tenian ninguna ventajas sobre las prendas morales; porque era virtuosa como pocas y compasiva como ninguna. Cortaba vestidos, sin murmurar de nadie, como una modista, cosia como la mejor costurera, bordaba como una monja, tocaba el piano como una profesora, y cantaba como el mas intrépido general italiano. Era una joya que con razon tenia muchos admiradores; era un dulce que no podia menos de tener muchos golosos; pero los admiradores solo disfrutaban á su lado el placer que ocasiona la contemplacion de una vírgen de Rafael á los inteligentes, y los golosos debian sufrir en su presencia todos los horrores del espantoso suplicio de Tántalo.

Pinoverde la estaba mirando y mas mirando con unos ojos que no parecia sino que se la queria comer; pero ni por esas Encarnacion se dió por entendida, pues fuese por casualidad ó por su habitual indiferencia para los hombres, ni una sola vez fijó sus ojos en los del buen Pinoverde, quien á fuerza de desengaños se iba transformando en pino-seco. El infeliz, que no conocia bien ni mal á la esquiva muger cuyas sonrisas hubiera comprado á peso de caballo árabe, ignoraba la verdadera causa de su derrota, y la atribuia naturalmente al descalabro que como ginete habia esperimentado ante un público tan numeroso como escogido.

—Si yo pudiera rehabilitarme, decia él, si llegaran pronto mis criados con el caballo tordo que mandé traer para mi regreso, le haria ejecutar algunas cabriolas que llenarian á todos de admiracion. 46

Afortunadamente para él, no habia concluido de hacerse esta reflecsion consoladora, cuando entraron sus criados á decirle que ya el caballo escapado habia sido cogido, y que acababan de llegar con el tordo para cuando gustara retirarse.

—Ahora mismo, con permiso de estas señoras y de estos caballeros, dijo Pinoverde.

D. Tadeo y D. Crisanto le invitaron entónces para quedarse á comer; pero él se escusó diciendo que tenia precision de ir á Burgos á un negocio muy urgente, aunque á decir verdad, lo único que le corria prisa era lucirse sobre su caballo tordo para rehabilitarse. Convidáronle entónces para la boda, y Pinoverde aceptó con mucho gusto el convite, diciendo que volveria por la tarde, pues tendria la mayor satisfaccion en acompañar á los novios en ocasion tan solemne, y de paso que hablaba no hacia mas que mirar á Encarnacion, como aquel que dice: á tí te lo digo, suegra, entiéndelo tú, mi nuera.

—Hechos y aceptados los susodichos ofrecimientos, y despues de asegurar con marcada intencion que estaria de vuelta dentro de un par de horas, salió de la habitacion acompañado de toda la gente que le habia recibido, y de algunos huéspedes mas que sucesivamente fueron llegando.

—Ahora verán quien soy yo, cuando estoy prevenido sobre mi caballo, decia para sí lleno de orgullo al ver la escojida sociedad que iba á presenciar su despedida.

Y diciendo y haciendo, apoyó firmemente su pié izquierdo sobre el estribo del mismo lado, decidido á describir un estenso y elegante semicírculo en el aire con la pierna derecha. En efecto, pocas veces se habrá visto en casos iguales tanto garbo para la subida; pero tampoco puede darse desaliño mayor para la bajada; porque los malditos criados habian cometido la torpeza de dejar la cincha un poco floja, y lo que sucedió fué que, por la misma impetuosidad con que Pinoverde quiso hacer un alarde de su ligereza para montar, inclinó de un modo tan desigual el peso al sentarse, que la silla describió á su vez un semicírculo concéntrico al que habia trazado la pierna del ginete, yendo á colocarse en la barriga del caballo. Esta caida fué por consiguiente mas ridícula que la anterior,

y de mucho peor efecto, pues todos los que la presenciaron huyeron hácia dentro de la quinta para reir á sus anchas de la segunda peripecia; de modo que Pinoverde, al retirarse, no tuvo ni el consuelo de tomar un desquite haciendo ver que no era siempre desgraciado para montar y para andar á caballo.

Mientras D. Justo se retiraba maldiciendo su suerte, la gresca en la quinta del baron de la Zarza no podia ser mas grande. Todos reian soltando incisivas pullas sobre el desventurado ginete que tan malas trazas se daba para presentarse y para despedirse; pero el mas implacable de todos era el labrador Matías, que, no teniendo quien le atajase, pronunció un discurso de dos horas diciendo cosas como las siguientes:

—No imitaré yo jamás á ese caballero, por mas que diga el refran que donde quiera que fueres haz lo que vieres; porque, aunque tengo presente aquello de: en cada tierra su uso y en cada casa la costumbre que se puso, me parece muy mala costumbre la de montar en la barriga despues de apearse por las orejas. Apuesto á que no va muy contento el amigo, porque cada uno habla de la feria segun se le va en ella, y me temo que no ha de volver por aquí á pesar de su promesa, porque como dijo el otro: el miedo guarda la viña. Verdad es que él tratará de probar que nunca se ha caido mas que hoy, pero se suele decir con razon: hazme ciento y yérrame una, como si no me hubieras hecho ninguna; prescindiendo de que ésta vale por todas, y teniendo en cuenta que á las tres va la vencida. En fin, por mas que ese señor diga que una golondrina no hace verano, yo le contestaré que, quien malas mañas há, tarde ó nunca las perderá, y que se deje de boberías, porque no se hizo la miel para la boca del asno.

Pero de todas las observaciones de Matías Crespo, la única que estuvo en su lugar fué la sospecha de que Pinoverde no volveria sino las espaldas, y asi fué, pues avergonzado éste del éxito deplorable de la jornada que habia comenzado bajo tan gigantescos auspicios, tuvo bastante juicio para no presentarse mas en la quinta del baron de la Zarza, en vista de lo cual Matías recordó con mucha oportunidad aquello de que: el loco por la pena es cuerdo.

CAPITULO XXI.

Un banquete de última moda.

Sin embargo de lo ocurrido, todos esperaban á Pinoverde, y á la hora en que calcularon que podria llegar salieron á la puerta con el laudable fin de ver si se repetia la funcion, que eso de ver caer á los hombres ofrece siempre algo de nuevo y gracioso para ellos mismos. Desde luego divisaron un bulto que les hizo concebir esperanzas; pero uno de los criados de la hacienda las disipó diciendo que el sugeto que veian no era el ansiado huésped, sino un caballero algo misterioso que habia estado desde el amanecer acechando la hacienda, y que visiblemente llevaba algun objeto pues no hacia mas que andar á caballo todo el dia por aquellos contornos, sin apartar su vista de la casa del baron. Sacó entonces D. Tadeo un anteojo de larga vista, con el cual reconocieron al molesto individuo que espiaba la finca, y que no era otro mas que el pintor Secante, quien no sabré decir si se proponia ver á Encarnacion ó á Petra, siguiendo siempre en el error de tomar á esta última por Laura; pero indudablemente llevaba el objeto de rondar á la una ó á la otra, ó á las dos á un tiempo.

La muger de D. Alejo estuvo para desmayarse de miedo;

pero se tranquilizó con las seguridades que la dieron de que, residiendo tanta gente en la quinta, no habia nada que temer, y así, llegada la noche, todos se acostaron temprano á fin de madrugar para asistir á la ceremonia de la boda que debia tener lugar á las seis de la mañana.

No obstante, á la muger de D. Alejo le daba el corazon que habia de suceder algo, y tenia razon para temerlo, pues debo decir aquí que existia una tentativa de rapto contra su hija, no por parte del pintor, sino por la de D. Tudeo Machuca, hombre siempre temible, pero mas en aquella ocasion por los medios de que disponia como administrador de la hacienda, para realizar su diabólico proyecto. Para ejecutarlo con mas facilidad, designó á la novia un cuarto bastante retirado de los otros, que tenia una puerta falsa; de modo que, sorprendiendo á la víctima dormida y tapándole la boca con un pañuelo, era seguro el hacerla salir violentamente de la finca sin que lo sintieran las moscas. En efecto, serian las doce de la noche, cuando la puerta falsa se abrió dando paso á tres hombres enmascarados, de los cuales uno era D. Tadeo y los demás dos criados de la casa, instruidos de antemano para la ejecucion de aquel plan sin cabellos, ó llámese descabellado.

Petra estaba profundamente dormida cuando los hombres empezaron á sugetarla, comenzando por cubrirle la boca con el pañuelo á fin de que no pudiera pedir socorro, y así, cuando la pobre despertó no pudo gritar, viéndose violentamente arrebatada por las fuerzas hercúleas de tres hombres contra los cuales era inútil toda resistencia. Pero no por eso dejó de luchar desesperadamente, sacudiendo patadas y puñetazos á diestro y á siniestro, lo cual bastó para salvarla, porque el perro de Cristóbal, que sintió los golpes, empezó á ladrar desatinadamente, y el labrador Matías Crespo, adivinando por el ladrido del perro algo de lo que pasaba, se levantó esclamando como un loco: ¡ladrones! ¡ladrones! A esta voz alarmante, todo el mundo salió de la cama; pero el mas activo fué sin duda Matías, el cual saltó por una ventana y llegó á tiempo, no ya de salvar á Petra, que ésta fué desde luego abandonada por sus raptores, sino de andar con éstos á bofetadas, habiéndole sa-

cudido á D. Tadeo una tan tremenda, que poco faltó para hacerle besar el santo suelo. Por fin, los agresores huyeron, y al cabo de un rato el mismo D. Tadeo, que habia dejado su disfraz, se presentó aparentando hallarse dolorosamente sorprendido con la ocurrencia y tomando medidas para evitar la repeticion del escándalo; pero para esto la mejor de todas las precauciones fué la que tomó D. Alejo, haciendo trasladar al mismo cuarto destinado para él y su muger la cama de su hija.

Obra seria de mucho tiempo el pintar el sobresalto de Petra, los desmayos de su madre, las valentonadas de D. Alejo, que enseñó mas de cien cicatrices para demostrar el heroismo con que habia combatido á los franceses; los sempiternos refranes que Matías endosó con motivo de un incidente tan desagradable, y sobre todo, el júbilo de Cristóbal, tan orgulloso que no cabia en su pellejo al considerar que, en resumidas cuentas, era su calumniado Pimpollo el que habia salvado á la novia, por cuya razon voy á pasarlo por alto, no sin hacer una ligera mencion de una salida de pié de banco que tuvo D. Mariano Morales y Merino, el cual se obstinó en creer, y hacer tragar á todos, que lord Palmerston debia andar en el ajo, por mas que pareciese un hecho aislado el que acababa de ocurrir, porque no podia concebirse un pensamiento tan atrevido si no era por instigacion, y contando con el apoyo de la Gran Bretaña.

El resultado fué que nada pudo averiguarse, que todos hicieron por olvidarlo, y que á las siete de la mañana D. Crisanto Guirlache habia entrado en esa inmensa cofradía que va sin cesar engrosando con el ingreso de sus mismos detractores. Como nada ocurrió de particular en la ceremonia, sino el haber tenido que sustituir en el padrinazgo D. Segundo á D. Tadeo por hallarse este último un poco indispuesto, tambien creo escusada su descripcion. Sin embargo, no dejó de parecer algo raro el haber ido el padrino precisamente á enfermar pocos momentos antes de realizarse la boda, y aunque D. Tadeo, en verdad, abultaba su mal para disculparse, porque se le hacia cuesta arriba el autorizar con su intervencion un enlace que contrariaba sus deseos, nadie concibió la menor sospecha vién-

dole con la cara hinchada, cosa que atribuia él á un fuerte dolor de muelas, aunque sabia bien que no era sino el efecto de la estupenda bofetada que le sacudió el insigne Matías. La circunstancia de estar enfermo el administrador de la hacienda, que por sustitucion era entonces el amo de la casa, quitó por de pronto alguna animacion á la fiesta; pero Machuca, despues de calcularlo mejor, decidió ponerse bueno, y como su mal era de condicion, se restableció luego que le dió la gana. Resolvió disimular, finjirse contento y urdir de nuevo la trama para que no pudiera escapársele la presa, mientras D. Segundo, creyendo de buena fé que el autor del rapto era el pintor Secante, por los antecedentes que le inducian á sospecharlo, trataba de reducirle á prision para hacerle purgar su villano comportamiento. Y en verdad, si D. Segundo se equivocaba, merecia alguna disculpa, pues todas las personas residentes en la quinta se equivocaban como él, juzgando por los antecedentes de la presentacion del artista en casa de D. Alejo, y por sus correrías misteriosas al rededor de la hacienda, que no podia ser otro mas que D. Valentin el autor de la brutal tentativa, cuyo castigo debia ser ejemplar.

—Sí señores, decia D. Tadeo luego que se levantó y estuvo seguro de su nuevo proyecto; yo soy el primero á pedir que ese conato de rapto sea castigado con todo rigor, por lo mismo que ha tenido lugar en esta casa confiada á mi cuidado.

—¿Pues no se ha de castigar? añadió D. Segundo; perderia yo el nombre que tengo si ese hombre no va á presidio.

—No precipitarse, agregó D. Mariano Morales y Merino; no precipitarse, no vayan ustedes á hacer una que sea sonada. Miren ustedes que en eso hay gato encerrado, y que siendo, como sin duda es, un amaño de los ingleses, van ustedes á dar coces contra el aguijon.

—Hombre, por Dios, replicó D. Tadeo; ¿qué intervencion han de haber tenido los ingleses en este asunto? Dejémonos de calendarios, y pensemos en reducir hoy mismo á prision á ese mentecato que tan terrible susto nos ha dado esta noche.

—Hoy es dia de divertirse, dijo Matías Crespo, y no se debe pensar en otra cosa, señores, porque soplar y sorber no

puede á un tiempo ser, lo cual equivale á decir que no es posible repicar y andar en la procesion.

—Sin embargo, dijo D. Alejo; V. debia ser el primero á pedir el castigo del delincuente, por lo mismo que tiene hijas, y mostrarse inexorable como yo lo fuí en la accion de la Albuera, donde hice estragos, antes de recibir un sablazo en esta muñeca cuya cicatriz está bien patente.

—Sí señor, añadió D. Tadeo, disimulando los proyectos de venganza que alimentaba contra el mismo labriego, por la bofetada que de él habia recibido; sí señor, V. debe ayudarnos á castigar á ese hombre perverso, aunque, por desgracia, para ser perverso le bastaba ser hombre, porque todos son á cual mas infames.

—Alto ahí, replicó D. Crisanto; yo creo que D. Valentin Secante es un mal hombre, sin que por eso lo sean los demás, ó en otros términos, que los hombres todos son buenos, no debiendo mirarse á D. Valentin sino como una triste escepcion de la regla. Por lo demás, estoy de acuerdo en que se le castigue, y opino como ustedes respecto al señor Matías Crespo, el cual, por lo mismo que tiene hijas, debe estar interesado en reprimir esta clase de delitos.

—Pero si yo no me opongo, dijo Matías; porque, efectivamente, yo tengo hijas y recuerdo aquello de: cuando la barba de tu vecino veas pelar pon la tuya á remojar; sin embargo de que tambien pudiera decir como el otro: que tres hijas con la madre son cuatro diablos para el padre. Convengo en que al pícaro que nos puso en un tris esta noche se le debe aplicar el refran de: paga lo que debes y sanarás del mal que tienes; pero esto no impide que consagremos el dia de hoy á divertirnos y mañana Dios dirá, porque me parece que hay mas dias que longanizas, verdad tan probada como la de que: quien todo lo quiere todo lo pierde, y por último, que no por mucho madrugar amanece mas temprano.

En esta discordancia de pareceres, se sometió el asunto al arbitraje de Cristóbal, el cual dijo que á él todo le era indiferente, porque lo único que deseaba era la esplícita confesion hecha por los demás, de que su perro, y solo su perro, tan

injustamente motejado por algunos envidiosos, habia salvado la situacion. Por fin, consultadas las señoras, que lo que querian ante todo era divertirse, sin dejar por eso de desear el castigo del pérfido raptor que tan terrible susto las habia dado, prevaleció la opinion de Matías, que fué la de aplazar para el dia siguiente todo procedimiento judicial, celebrándose por entonces la fiesta de la boda como si nada hubiera sucedido.

En estas y las otras llegó la hora de comer, y todos pasaron á la mesa, preparada del modo mas espléndido por D. Tadeo Machuca, que á pesar de sus faltas era rumboso, quizá por lo mismo que, propiamente hablando, no tenia cosa suya. Para la gran comida del dia de la boda, que no era sino una de las comidas ordinarias de Machuca, hizo llevar á Burgos de todos los puntos de la tierra cuanto pudieran exijir la moda y el buen gusto, dos cosas que suelen estar en perpétuo desacuerdo. Habia para las personas sencillas buenas magras, ricos asados, pescados esquisitos, escelente pan de Castilla, inmejorables vinos y apetitosos postres del pais; al paso que para las gentes de ringo-rango abundaban las ostras crudas del mar cantábrico, el pan de centeno, que en el norte de Europa se ha dado en preferir al de trigo; queso aleman mohoso y lleno de gusanos, indicaciones de que está en buena sazon; raya, ese pescado abominable que ofende á la vista y á las narices; cerveza de la mejor de Strasburgo, que para ser de la mejor debia parecer un estracto de la quinina; y por último, vino del Rhin, á tres pesos la botella, que no debia valer en Castilla ni á tres reales la tinaja. Pero en fin, lo dicho prueba que en la mesa de D. Tadeo habia de todo, como en botica, y esto bastaba para satisfacer tanto al capricho de la gente de tono como al gusto natural de los que no habian tenido la triste ocasion de estragarlo para colocarse á la altura de las circunstancias.

Figuraban en aquel banquete, como he dicho, personas de todas las clases, siendo digno de notarse que las que no pertenecian al género masculino eran del femenino, y viceversa; pero casi todas estaban contaminadas por la vanidad, que es la plaga de la época. Las que habian recibido cierta educacion aspiraban á pasar por modelos de elegancia, y las

demás plagiaban todas las acciones de las primeras para dar á entender que no les era desconocido el gran mundo. Entre estas últimas merece especial mencion el famoso Matías, que se propuso imitar en todo á D. Tadeo Machuca, por ser el que tenia mas apariencias aristocráticas, y como le vió abalanzarse con increible furor á las ostras, hizo lo mismo; pero el paladar del pobre labriego no estaba suficientemente viciado para soportar el marisco que los altos círculos del refinamiento han elevado á la categoría de manjar por escelencia, y así, aun á riesgo de pasar por grosero, arrojó mas que de prisa en el plato la primera ostra que se habia hecho la ilusion de engullir. Creyó, sin embargo, que aquella estaria pasada, y probó la segunda, que no le supo mejor que la primera. En fin, hizo un esfuerzo gigantesco para pasar por persona decente, y se decidió á tragar la tercera, costásele lo que le costara; pero ¡sí! ¡que si quieres! El estómago se habia sublevado contra la voluntad, y á pesar del ridículo que arrostraba, tuvo que aflojarla tambien, creyendo mas digno arrojar el marisco que sus tripas. Entonces se dió por vencido, renunciando al manjar diplomático, y á fé que habia tenido mas valor que todos sus paisanos los otros labriegos del convite, pues todos ellos hicieron la prueba y ninguno pensó en repetirla. ¡Bonito gesto habian hecho todos ellos en el ensayo!

Volviendo á Matías, diré que vió con asombro á D. Tadeo tragarse, una tras otra, quince ó veinte docenas de ostras, lamentándose, no obstante, de quedarse con ganas, por haber acopiado muy pocas á causa de la dificultad que habia para llevarlas á Burgos. Mas se admiró cuando algunos de los convidados dieron en disputarse las últimas ostras que quedaban; pero mayor habria sido su asombro si hubiera sabido que á ninguno de los que tanto afan mostraban por las tales ostras le gustaban mas que á él mismo, y que de los ostrófagos, ó modernos ostro-godos, pudiera decirse lo que decia Ciceron de los augures de su tiempo, y era que no sabia como pudieran mirarse unos á otros sin desternillarse de risa.

—Pero hombre, dijo D. Martin Galarza, yo me beberia una cuba de vino si hubiese mas ostras; ¿como le han traido á V. tan pocas?

Y cuando esto decia, se iba ya inclinando para un lado como una goleta con velámen de fragata.

—No sé en qué consiste, contestó D. Tadeo; lo cierto es que han dado en escasear este año los mariscos en las costas de Vizcaya.

—Intrigas de los ingleses, añadió D. Mariano Morales y Merino.

—¡Qué antojo por el diablo de las ostras! dijo para sí Matías; en verdad que no lo comprendo, sino por aquel refran que dice que sobre gustos no hay nada escrito.

Y se propuso esperar á ver cual era el manjar que D. Tadeo preferia despues de las ostras, para vindicarse á los ojos de una sociedad que debia tenerle por inculto. Justamente cuando lo estaba reflexionando, buscaba D. Tadeo con avidez cualquiera de los bocados que la naturaleza hizo repugnantes, y que por lo mismo han merecido el privilegio de la moda, por cuya razon todo hombre que se estima en algo se ve hoy en la necesidad de comerlos, aunque se le resistan, si quiere que le traten con cierto respeto. El rostro del elegante Machuca se iluminó con un rayo de alegría artificial cuando descubrió la raya, de la cual tomó un trozo capaz de causar empacho á un tiburon. Matías, impaciente por sublimarse ante la gente de campanillas, apechugó con toda la raya que habia dejado su modelo, mientras los otros labradores, escarmentados de la primera prueba y no queriendo dejar lo cierto por lo dudoso, se aplicaban á las truchas, cóngrio, merluza, sardinas frescas y otros pescados de escelente gusto que la moda va proscribiendo como de mal tono. ¡Pobre patan! Apenas habia llevado al alcance del olfato aquella selecta vianda, conoció que salia de Scila para entrar en Caribdis, y la apartó horrorizado, no solo de su boca sino tambien de su vista, temiendo esperimentar en tierra firme los estragos del mareo.

—Prefiero las otras, dijo, y aquí sí que tiene aplicacion aquello de: otro vendrá que bueno me hará.

Por fortuna D. Tadeo empezaba su plato tercero, que tenia muy buena traza, y esta vez resolvió Matías seguir la moda, por lo mismo que el manjar que se le presentaba tenia

buen aspecto; pero no habia hecho mas que llenarse la boca de aquel plato delicioso, cuando una señorita le dijo:

—Coma V. de eso, señor Matías, que es muy bueno; al menos para mi gusto, pues yo daria todos los manjares de este mundo por media docena de ancas de rana.

Lo mismo fué oir esto Matías, que arrojar con mil diablos cuanto tenia en la boca, y para dar un pronto consuelo al paladar se puso inmediatamente á comer un poco del queso que encontró mas cerca; pero el perverso lacticinio tenia el sabor acre de toda materia fermentada, despues de estar plagado de gusanos, y lo lanzó igualmente horrorizado, creyendo ya perder el conocimiento con aquellas cosas que le habian hecho perder el apetito.

Entónces fué cuando todos se apercibieron de que el buen Matias se iba quedando en ayunas, y le preguntaron si era porque no le gustaba la comida. Diciendo que sí hubiera dicho la verdad, pero tambien la sinceridad le habria dado una credencial de rústico que le haria poco favor, y asi optó por decir que no comia porque tenia un poco revuelto el estómago, en lo cual, por otra parte, no mentia, pues con las cosas que probó para civilizarse habia para echar las entrañas.

—¿Y por qué no lo ha dicho V. ántes? preguntó D. Tadeo, agregando: aqui hay magnífica cerveza alemana, que es una bebida muy estomacal para el estómago, y voy á servirle á V. un vaso que le vendrá como pedrada en ojo de boticario.

El desventurado Matias, aunque solo fuese por el deseo que tenia de enjuagarse la boca con un líquido cualquiera, se arrimó á los labios el vaso que le brindaban, con el ánsia con que los marineros se abalanzan al agua dulce cuando han pasado mucho tiempo sin beberla.

—Señores, dijo, no quita lo cortés á lo valiente, ni hay bien ni mal que cien años dure; por eso estoy dispuesto á beber, y si es necesario á cantar, pues dicen que el que canta su mal espanta, y entretanto brindo á la salud de ustedes.

Dijo, y arrimó á sus lábios la copa del brevaje que no conocía ni de nombre; pero lo mismo fué catarlo que arrojarlo como habia hecho con los sólidos, poniendo esta vez una cara mas dificultosa que la de un azotado.

—¿Cómo? esclamó D. Tadeo con tono burlon, ¿no le gusta á V. la cerveza? Bébala usted sin cuidado, que es cosa buena.

—Sí, lo dudo, contestó Matias, pero aunque dice el refran que nadie puede decir de esta agua no beberé, les puedo asegurar á Vds. que, lo que es yo, no beberé de esta cerveza que sabe á rejalgar.

—Ea, dijo D. Tadeo, tome V. una copita de vino del Rin.

—Eso es otra cosa respondió Matias, porque al fin, con pan y vino se anda el camino.

—Y mas con vino de esa clase, añadió el avaro Benito, ¿sabe V. que cuesta tres duros la botella?

—¡Tres duros la botella!!!

Como el buen labriego estaba acostumbrado á beber el mejor vino que produce la Nava del Rey á peseta el cántaro, creia y con razon, que aquel cuya botella costaba tres duros debia ser cosa del otro domingo, cuanto ni mas del otro juéves. Figurábaselo como un ponche compuesto del mejor vino que se da en la tierra de Medina, encerrado durante dos ó tres mil años en un tonel de cerezo, sazonado ademas con los mas esquisitos dulces de la América y las mas delicadas especias de la India; de modo que esta vez con tan precioso vino ya estuvo seguro de sacar la tripa de mal año, y tomando la copa que le ofrecian repitió su bríndis diciendo:

—Señores: aunque este vino fuese vinagre yo siempre lo tomaria, por aquello de que un clavo saca otro clavo; pero siendo como debe ser, un néctar bajado del cielo, naturalmente lo tomaré con mas gusto, sin que por eso se entienda que quiero decir: de esto que no cuesta llenemos la cesta. Brindo como ántes á la salud de ustedes.

Tísicos en tercer grado debian estar todos aquellos á cuya salud bebia y brindaba el buen Matias, porque hizo con el vino del precio exhorbitante lo mismo que habia hecho con la mejor cerveza de Strasburgo.

—¿Cómo? esclamaron varios señores, asombrados de que un oscuro patan se atreviese á despreciar el cacareado vino del Rin.

Pero mas se admiró Matias al ver la formalidad con que afectaban asombrarse de la cosa mas natural del mundo.

—Creo que este señor no se ha divertido mucho, dijo D. Tadeo con que socarronería.

—¡Vaya, si me he divertido! contestó el labriego decidido á decir lo que sentia; puede que en dos meses no me salga del cuerpo la diversion de hoy; pero francamente, si de esta salgo y no muero, no quiero mas bodas en el cielo; porque el buey suelto bien se lame, y mal hice yo en guiarme por gustos agenos, sabiendo que hay gustos que merecen palos. En fin, voy á seguir el ejemplo de mis camaradas, comiendo cosas vulgares, que mas vale lo malo conocido que lo bueno por conocer; pues de lo contrario, esto seria lo de mala noche y parir hija.

En efecto, el buen hombre se curó completamente de su mania de remedar á la gente de costumbres ó aspiraciones aristocráticas, diciendo que él era labrador á mucha honra, y que nadie debe salirse de su esfera, sopena de merecer que se le aplique aquel proverbio que dice: "Fuego en los que del fango se suban al alto rango."

—Señores, dijo Cristóbal, ya que nadie se acuerda del héroe de la noche, no seré yo tan ingrato como los demas.

Y al decir esto, preparó una gran fuente de macarrones, patas de pollo, pechuga de pavo, natillas, bizcochos y otras frioleras, que puso á disposicion del Pimpollo. Todos se echaron á reir ménos Matias, que creyó conveniente contestar, diciendo:

—Caballero, yo no he dado de comer á su perro de V. porque la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, ademas de que quien da pan á perro ageno, pierde el pan y pierde el perro.

—En efecto, replicó el veterano D. Alejo, y podriamos añadir que con las glorias se nos fueron las memorias, como decia una patrona, en cuya casa me alojé yo despues de la batalla de Rio-Seco, donde arrollé á un regimiento francés, no sin alguna pérdida, pues tuve de baja cuarenta hombres entre muertos y heridos, habiéndome tocado á mí un balazo, cuya cicatriz les voy á enseñar á ustedes en este momento.

Todos se admiraron de dicha cicatriz, ménos D. Tadeo Machuca, que no estaba presente, porque acababa de salir á ver lo que le queria un caballero que le habia hecho pasar un recado, diciendo que tenia que hablarle reservadamente.

—¿Y tú qué dices á esto? preguntó Cristóbal á Benito, mostrándole la cicatriz del veterano.

—¡Toma! dijo Matias; como canta el abad responde el sacristan. Este caballero dirá que nada le sorprende, porque él ha debido tambien recibir muchas heridas, á juzgar por las cicatrices que lleva en el pecho.

Esta feroz alusion á los remiendos del famoso chaleco, produjo mucha algazara, que desgraciadamente fué interrumpida á lo mejor por la aparicion de un criado de la casa que entró en el comedor gritando:

—¡Favor! ¡favor! ¡que matan á D. Tadeo!!

Todos salieron volando á ver lo que sucedia, y encontraron efectivamente á D. Tadeo sacudiendo tremendos palos, y recibiéndolos tambien de un jóven caballero, que, viendo acercarse tanta gente en actitud hostil, montó en el caballo que se habia dejado á la puerta de la finca, y partió hácia la ciudad de Burgos haciendo ademanes significativos como de quien espera tomar pronta venganza. Todos se lamentaron de no haber echado el guante al desconocido, á quien de buena fé hubieran deseado romper el bautismo sin conocerle; pero nadie mostró mas ira que D. Alejo, como que el fugitivo era el mismo hombre antipático con quien el veterano habia andado á garrotazos dos dias ántes en una tienda de la ciudad. Por lo demas, este suceso no produjo mas consecuencias que algunas heridas en la cabeza de Machuca, y bastante consternacion, por haberse desmayado la esposa de D. Alejo.

CAPITULO IV.

De fuera vendrá quien de casa nos echará.

Era muy natural que los convidados preguntasen á D. Tadeo la causa de la trifulca, y tambien lo era que éste diese una esplicacion satisfactoria; pero el señor administrador estuvo en mi opinion muy lejos de llenar este requisito. Dijo que habiendo salido á ver quien le llamaba, se encontró con un hombre muy cargante que le preguntó si él era D. Tadeo Machuca; que por la cara del que le hacia la pregunta y por el tonillo insolente con que se la hizo, en lugar de responder con la fórmula de: "para lo que usted guste mandar," contestó él con aire desdeñoso: "¿y á V. qué le importa?" que entonces el otro replicó diciendo que algo le importaria cuando lo preguntaba, y que al oir él esto, no pudiendo resistir á la tentacion de sacudir el polvo al interpelante, agarró un palo y dió principio al combate cuyo resultado era sabido. Despues de esta singular esplicacion, se cruzó de brazos D. Tadeo y dijo con el tono de la mas profunda conviccion:

—¿No les parece á ustedes que estuve en mi derecho?

—Pues yo lo creo, dijo Cristóbal; y la fortuna de ese caballerito es que yo estaba dentro, que si acierto á estar fuera, le echo el perro.

—Yo bien sé, añadió Matías, que debajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor, y que no hay olla tan fea que no tenga su cobertera; pero con todo, si yo acierto á echarle mano, le deshago entre mis uñas; aunque mas vale que se haya marchado, porque al enemigo que huye, puente de plata.

—Eso de buen bebedor, dijo tambaleándose D. Martin Galarza, yo puedo medirme con el primero que se presente y no tengo mala capa.

—Yo lo que he querido decir, replicó Matías, es que el hábito no hace al monje, pero que de buena gana hubiera roto la crisma al desconocido, porque debe tener un alma muy negra, si es verdad que la cara es el espejo del alma.

—Abundo en esa opinion, dijo D. Mariano Morales y Merino; tanto mas cuanto que ese mozo tiene traza de ser agente de la Inglaterra, que ha venido espresamente á turbar nuestro regocijo, y si yo le hubiera alcanzado, creo que no le doy tiempo ni para decir Jesús.

—En cuanto á mí, no digo nada, esclamó D. Alejo; si llego un poco mas pronto, le rompo una cadera, como se la partí en Cáceres á un capitan de dragones del ejército francés, y eso que me habia tocado ya una bala que me rebanó el dedo gordo del pié derecho, como es fácil demostrarlo.

Quitóse D. Alejo la bota para probar su aserto; pero ni aun así pudo llamar la atencion de los circunstantes, porque todos tenian clavado el pensamiento en aquel hombre á quien de buena gana hubierán roto la cabeza para que no cojease. Debo decir, sin embargo, que no todos participaban del mismo sentimiento, pues D. Crisanto Guirlache, por la índole de su filosofía, se inclinaba cuando menos á disculpar al desconocido, y ¡cosa rara! la bella Encarnacion, aquella criatura de mármol para todos los hombres, la que habia mirado con injurioso desden á los galanes mas favorecidos por la naturaleza y por la fortuna, no dijo nada, pero sintió en su corazon un movimiento de simpatía en favor de aquel pobre diablo á quien todos aborrecian sin motivo.

Vayan ustedes á sostener ahora que las mismas causas producen los mismos efectos. Dígolo porque, indudablemente,

la cara del desconocido era una causa, y no así como se quiera, sino que en el concepto de muchos era una causa criminal, que reclamaba la última pena, y á pesar de todo, aquella causa con ojos y narices, que habia producido un efecto repulsivo en los seres mas inclinados á la benevolencia, tenia un atractivo misterioso para una muger casi calumniada por la aparente insensibilidad de su corazon, pues no faltaban lenguas viperinas que la habian acusado de no dar á ningun hombre la preferencia porque le gustaban todos. Así, mientras los demás vomi aban pestes contra el jóven antipático, Encarnacion deploraba en silencio la injusticia con que todos procedian; pero, afortunadamente, una música estraña que se oyó resonar á la puerta de la quinta difundió la alegría en aquellos corazones oprimidos por el sentimiento de la ira ó de la compasion. Era la dulzaina, música peculiar de Castilla, que se compone de dos solos instrumentos, un tambor y una especie de clarinete gangoso, sin embargo de lo cual, mete mucho ruido y tiene cierto poder mágico para hacer olvidar las pesadumbres. Los labradores y labradoras de la fiesta, luego que oyeron la dulzaina, ya no pudieron contenerse y dieron al diablo los postres de tan larga comida para salir á bailar. Los novios, sus parientes y demás convidados siguieron el ejemplo de los primeros, ya que no para bailar al son de la dulzaina, porque en su vida las habian visto mas gordas, siquiera para disfrutar de un tan placentero espectáculo, y D. Tadeo, que no podia olvidar la bofetada recibida, y sobre todo, la derrota que habia sufrido por la intempestiva vigilancia de Matías Crespo, urdió para vengarse del pobre labriego, mientras éste bailaba, una tramoya que vale la pena de referirse.

Primeramente fué y le dijo á D. Crisanto que tuviera mucho cuidado con el pícaro patan, pues le habian asegurado que tenia muy malas mañas en tales ocasiones, y entre otras, la de acostarse á dormir la siesta en la cama de los novios siempre que le convidaban á una boda, con otras chanzas groseras que no eran para contadas. Tales cosas dijo, por fin, que logró alarmar á D. Crisanto, á pesar de su filosofía; de modo que el buen hombre perdió de todo punto la tranquilidad del espíri-

tu, y ya no pudo hablar con la novia, ni pensar en otra cosa mas que en acechar al calumniado labriego, que jamás habia cometido ninguna de las barbaridades que con insigne mala fé le atribuia D. Tadeo. Llegó á mas la exaltacion del benigno filósofo, pues prometió moler á palos al insolente Matías si tenia la desvergüenza de pagar el convite que se le habia hecho con una gracia chocarrera de las que D. Tadeo le colgaba, y esto demuestra que un filósofo, cuando saca los piés de las alforjas, es un hombre como los demás, aunque para sacarlos es preciso que antes los haya metido, y no es una gran prueba de filosofía el ir á meter los piés en unas alforjas.

Pero vamos al caso. Dispuestas ya las cosas de esta manera, ¿qué hizo el tuno de D. Tadeo? Encendió un poco de yezca, y notando que el calzon corto del jaque Matías tenia, como tienen todos los de la misma clase, una abertura circular en la parte posterior de la pretina, por allí le introdujo con el mayor disimulo la yezca encendida mientras bailaba que se las pelaba. Precisamente en aquel momento se daba principio á un fandango en que el patan castellano se jaleaba con toda la sandunga de un hijo del Perchel. Brincaba el hombre que era una maravilla; trenzaba con los piés tan bien ó mejor que el señor Manolito Gazquez; estaba en el apogeo de su gloria; pero todo aquel garbo fué decreciendo á medida que el bailarin empezó á esperimentar los estraños efectos del combustible. Al principio, cada vez que por los movimientos propios del baile sentia en una ú otra parte los pinchazos agudos producidos por la energía del cauterio, se daba un tremendo azote, sin dejar por eso de bailar como un descosido; despues, cuando el fuego se iba propagando por la ropa y de consiguiente atacaba una superficie mas estensa, dió en azotarse repetidamente con ambas manos, levantando en seguida los brazos para continuar la danza, y bajándolos de nuevo para sacudirse otra vez; pero siempre sin abandonar su puesto de honor entre los bailarines que pudieran disputarle la palma de Tersícore. Llegó, sin embargo, un momento en que la cantárida pirotécnica que habia empezado á aburrirle se hizo insoportable, por lo cual el pobre Matías, bien á pesar suyo, tuvo que dejar á su pareja con un

palmo de narices, para impedir que las llamas devorasen aquella porcion de su propiedad que no estaba asegurada de incendios, y lo primero que le ocurrió fué ir á investigar la causa de su acerbo dolor en la alcoba principal de la casa, donde creia no ser molestado por importunos testigos de vista. Dicho y hecho: el desgraciado bailarin, habiendo formado esta prudente resolucion, echó á correr como un galgo hácia el interior de la quinta, con harta estrañeza de los mirones, que no podian comprender ni adivinar la urgente causa de aquella brusca desercion. Como el lance apretaba, ó por mejor decir, abrasaba cada vez con mas fuerza, iba el hombre aligerándose de ropa mientras corria; de modo que todas las sospechas de D. Crisanto, que no habia perdido de vista un solo instante al buen Matías, quedaron plenamente confirmadas.

¡Adios filosofía! El novio encolerizado, quizá por la primera y única vez de su vida, cojió un palo y empezó á sacudir sendos zurriagazos al supuesto delincuente, á cuyos gritos acudió asustada la muchedumbre. Jamás el pobre Matías se habia visto en una situacion tan angustiosa; por un lado se estaba derritiendo y no de amor, porque tampoco era el corazon lo que se le derretia, y por otro menudeaban que era un gusto los palos sobre sus espaldas; si bien debemos convenir en que el menudeo de los palos podia ser un gusto para el que los daba, pero no era sino un profundo disgusto para el desdichado Matías, el cual no sentia tanto el dolor de los palos como la vergüenza de que se los diera un filósofo. Lo peor del caso fué que la multitud, oyendo esplicar á D. Crisanto la causa de su enojo, entró en cólera tambien, apostrofando duramente al pobre labriego; pero éste para vindicarse no necesitó mas que volverse, pidiendo socorro al mismo tiempo, y entonces no solo se comprendió su conducta, sino que todos á porfía contribuyeron á impedir que aquella biblioteca de refranes tuviera un fin tan aciago como la de Alejandría.

Una vez aclarado el misterio, D. Crisanto se avergonzaba de su injusticia, y examinados los antecedentes, todas las sospechas de la perversa chuscada recayeron en D. Tadeo Machuca, que vino á ser por este solo hecho el blanco de la in-

dignacion general. El rompimiento se hizo inevitable; todos querian irse inmediatamente de la hacienda, y si no lo verificaron acto contínuo, fué por la imposibilidad de trasladar á D. Martin Galarza, que estaba hecho una uva, y sobre todo, por haber sufrido con motivo de la refriega un horrible desmayo la muger de D. Alejo. Aquello era una confusion: los unos pedian venganza contra D. Tadeo, los otros agua y vinagre para la muger que yacia desmayada; Matías bramaba por los dolores que sentia, soltando al mismo tiempo una sarta infinita de refranes; todos hablaban y ninguno se entendia. ¡Vaya un dia de boda! D. Segundo, viendo que no llevaban tan pronto como hubiera sido de desear el agua con vinagre para la muger de D. Alejo, salió él mismo á buscar aquella mezcla, decidido á abandonar la quinta tan pronto como la enferma se restableciese. Ya se sabe lo que suele suceder en tales casos, y es que nada de lo que se necesita se encuentra; pero D. Segundo, no hallando el vinagre ni el agua, y considerando el vino del Rhin como una mezcla de agua y vinagre, tomó una botella de aquel líquido, y ya volvia decidido á remojar lindamente á la muger de D. Alejo, cuando se vió bruscamente detenido por su hermano Cristóbal, que le preguntó si habia visto al perro.

—No por cierto, dijo D. Segundo; pero por ahí debe andar, si no anda por otra parte.

—¡Oh! esclamó Cristóbal; hace mas de una hora que le estoy buscando, y no hay trazas de que parezca. Ven conmigo á ver si le encontramos, ó haz cuenta de que te quedas sin hermano.

—Bien, dijo D. Segundo; ahora le buscaremos, pero déjame antes socorrer á esa pobre señora que está casi agonizando.

—No, hermano mio, contestó Cristóbal; no hay tiempo que perder si quieres que parezca mi pobre perro, que es el rey de los perros.

—Pues búscalo tú, dijo D. Segundo, fastidiado de la pesadez de su hermano, y tratando de abrirse paso con su larga botella, que parecia el cañon de un trabuco naranjero.

Pero no hubo medio de resistir á Cristóbal, ni de escabu-

llirse. D. Segundo tuvo, á su pesar, que ceder, y salió al campo en compañía de su hermano, que gritaba con una voz, á la vez estentórea y lastimera:

—¡Pimpollo! ¡Pimpollo! ¡Pimpollo!

Miren ustedes á que buen tiempo se fué á perder el diablo del perro. Verdad es que no porque no pareciese debia dársele por perdido, pues la única gracia que tenia el animalito era la de hacerse el sordo cuando su amo le llamaba, si bien merecia disculpa, porque su amo le habia llamado tantos millones de veces sin objeto conocido, que el buen Pimpollo, sin dejar de ser muy español, concluyó por hacerse el sueco.

Dejemos, pues, á los dos hermanos entretenidos en la divertida tarea de buscar al perro, y pasemos á la alcoba donde estaba la muger de D. Alejo tendida sin conocimiento en una cama, rodeada de Encarnacion y de las demás señoras de la fiesta, que hacian cuanto era posible por auxiliar á la pobre paciente. Todas estaban azoradas, no solo por lo largo de aquel desmayo que parecia de papel contínuo, sino por un cierto ruido de trituracion que oian de vez en cuando y cuya causa patológica no acertaban á esplicar, sin embargo de haber allí algunas ciudadanas empíricas muy duchas en la medicina de municion.

—¿Que ruido será ese? preguntaba una; ¿si se le habrá descoyuntado algun miembro á esta pobre muger cuando cayó en tierra sin sentido?

—¡Ay, pobre madre mia! ¡si parece que está ratonada! esclamó Petra llorando como una Magdalena.

—No se aflija V., le dijo la esposa de Matías; puede que la fuerza del accidente le haga sacudir el corazon contra los pulmones, causando esa especie de castañeteo.

—Imposible, replicó Encarnacion; porque el corazon y los pulmones no tienen huesos, y ese ruido parece provenir del choque redoblado de unos huesos contra otros.

—¡Ay, madre mia! volvió á esclamar la novia; nunca me hubiera yo casado para verte morir en el dia de mi boda!

—¡Que disparate! repuso la que tenia pretensiones de estar mas iniciada en los secretos de la anatomía; el ruido es estra-

ño y constante, pero, ¿no puede ser que la enferma esté rechiñando los dientes por la fuerza del dolor?

Aplicaron entonces el oido á la boca de la paciente, pero, aunque el ruido continuaba sin interrupcion, se convencieron de que la causa que lo producia no estaba en la cabeza.

—Pues, sin embargo, ello es cosa de dientes, dijo la mas autorizada discípula de Hipócrates, empeñada en hacer el cuadro sintomático de la enfermedad.

Y aplicó el oido á la muger de D. Alejo, sucesivamente desde los piés á la cabeza, para descubrir la localidad del fenómeno, hasta que por fin, notando que el ruido se oia mas abajo del lugar ocupado por la enferma, tuvo la feliz ocurrencia de mirar debajo de la cama, donde estaba el Pimpollo muy entretenido en roer un hueso de cabrito.

—Bien decia yo que el ruido era cosa de dientes, esclamó la muger muy satisfecha, mostrando el perro á quien D. Segundo y Cristóbal buscaban como locos por toda la campiña. .

Con tan feliz descubrimiento se sosegaron las curanderas, y merced á las esencias que se habian proporcionado consiguieron que la enferma volviera pronto en sí, con gran placer de Petra, que dió pruebas de estar muy aflijida, y de D. Alejo, que por la gravedad de la situacion no habia enseñado durante la crísis mas que tres cicatrices recibidas en otros tantos combates con los franceses.

Encarnacion salió en busca de su padre gritando: ¡ya pareció el perro! ¡ya pareció el perro!

—¡Oh felicidad! esclamó su tio Cristóbal; ¿pues donde estaba?

—Debajo de una cama, royendo un hueso, dijo Encarnacion.

—¡Lástima seria que no reventara! contestó D. Segundo, aburrido de las molestias que le ocasionaba el diablo del perro.

Cristóbal no dijo nada, pero lanzó á su hermano una mirada que era como el preludio de la inevitable y próxima esplosion de una cólera terrible; pues tratándose de su Pimpollo el hombre se ponia frenético, y sin embargo no estaba loco, porque para merecer esta calificacion hubiera sido preciso que

su monomanía fuese peligrosa, ó lo que es lo mismo, que trajese perjuicio de tercero, lo que en este caso no tenia lugar, pues siendo la monomanía de Cristóbal perjudicial solamente para su hermano, claro era que traia perjuicio de Segundo y no de tercero.

D. Tadeo, entre tanto, indispuesto con todos sus huéspedes, se habia encerrado en su despacho á meditar en el plan que ya tenia casi maduro para que Petra no pudiera escapar de la nueva red que pensaba tenderla, y por su parte, los indicados huéspedes hacian con la mayor actividad sus preparativos para la partida, no queriendo pasar la noche de ningun modo en la hacienda. Pero, en el momento de ir todos á emprender la marcha, vieron acercarse un peloton de hombres á caballo que les causó alguna sorpresa, pues entre ellos distinguieron al juez de primera instancia con varios alguaciles y soldados. Luego que estos se aproximaron mas, creció la admiracion de los de la quinta viendo que al frente de la partida iba precisamente aquel jóven antipático á quien conocemos ya solo por haber andado á palos con D. Alejo de la Parra en Burgos, y con D. Tadeo Machuca en la misma hacienda. Como era natural, todos se asustaron al ver semejante comitiva, creyendo que se iba á ejercer algun acto de venganza, y que por los informes parciales del antipático tal vez irian todos á dormir á la cárcel; pero pronto se tranquilizaron oyendo decir al juez que no tuviesen cuidado, pues su sola mision era prender al criminal Jorge Luis, que en otro tiempo habia usurpado el título de conde de la Pila-Seca, que habia logrado escaparse del presidio, y que á la sazon, disfrazado con los cabellos pintados de rubio color y con algunas cicatrices postizas, se guarecia bajo el nombre engañoso de D. Tadeo Machuca.

Figúrense mis lectores el escándalo que armaria esta revelacion.

—¿Con que era él? decia D. Segundo.

—¡Con que era él! repetia Encarnacion.

—¡Con que era él! añadia Benito.

—¡Jorge Luis! repuso D. Alejo; ¿si será el pillastre aquel que estuvo sirviendo en mi casa cuando era muchacho, y que

me armó tan desagradables tramoyas, haciéndome andar á palos hasta con mi amigo Matías?

—El mismo, dijo D. Tadeo presentándose con la mayor desfachatez; y espero armar algunas otras antes de que V. se muera.

—¡Ah, pícaro trapalon! esclamó Matías, cuyos dolores se habian aplacado un poco; mas pronto se coje á un mentiroso que á un cojo. Ahora verá V. lo que es bueno y barato, por aquello de: no la hagas y no la temas; porque, amigo mio, juegos de manos, juegos de villanos, y al freir será el reir.

Mientras Matías endosaba una docena mas de refranes intempestivos, el juez hizo atar á Jorge Luis codo con codo, dando al mismo tiempo á conocer al jóven D. Andrés Marchena, que así se llamaba el hombre antipático, como amigo y representante del baron de la Zarza. Viendo esto los criados de la hacienda, declararon que tambien la tentativa de rapto de la noche anterior habia sido obra del supuesto D. Tadeo.

—¡Eso mas! dijo D. Alejo.

—¡Eso mas! repitió D. Segundo.

—¡Eso mas! gritaron en coro todos los que estaban presentes.

—Juro á Dios que no le conocí, dijo Matías; porque de noche todos los gatos son pardos, además de que en ocasiones el que mas mira menos vé; pero, en efecto que tiene la cara hinchada, y debe ser de la bofetada que yo le sacudí, porque yo no soy como el reloj de sol, que apunta y no da, ni como el perro de Juan de Ateca, que antes que le den se queja, sino que acostumbro á dar sin quejarme, por aquello de que el que da primero da dos veces, y mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena.

Los demás no se andaban con refranes, sino que en su cólera querian matar al impostor cuyas fechorías se habian descubierto, y no pudiendo atropellarle por impedirlo la autoridad, pedian que se le juzgase con todo rigor, haciéndole espiar sus bribonadas en un patíbulo. El único que se opuso en cierto modo á esta severidad estremada fué Benito, que pidió la palabra para decir:

—Señor juez, este hombre me debe mucho dinero, y por lo

lo tanto suplico á V. S. que suspenda su muerte hasta que me pague.

—¡Ojalá viviera yo todo el tiempo que he de tardar en pagarle á V.! contestó D. Tadeo con una sonrisa burlona que aumentó la indignacion de los circunstantes.

Tal fué la ira que se apoderó de todos, que de nuevo quisieron apoderarse del preso para maltratarle; pero el juez lo impidió segunda vez, y despues que se hubo despedido urbanamente de la concurrencia, emprendió la retirada llevándose á Jorge Luis atado codo con codo, perfectamente custodiado por un respetable piquete de soldados y alguaciles.

Entonces D. Andrés Marchena, el antipático, manifestó deseos de hablar á todos los que en la hacienda residian en calidad de huéspedes, y luego que estos formaron círculo, les dirijió la palabra en estos términos:

—Señores: aquí tengo las cartas y poderes de mi amigo el baron de la Zarza, que me acreditan como administrador provisional de esta hacienda. Sé lo que aquí ha pasado, y es que todos ustedes han venido á esta casa invitados por mi indigno antecesor; pero ustedes no tienen la culpa de que el supuesto D. Tadeo sea un mal hombre, y espero que me hagan el obsequio de permanecer en esta quinta, como en su propia casa, todo el tiempo que gusten. El señor baron de la Zarza, mi mejor amigo, y á quien tengo la honra de representar, es tan caballero que tendria un profundo disgusto si llegase á saber que las dignas personas aquí reunidas habian abandonado este asilo, que favorecieron con su presencia, por un suceso harto justificado para todos; y en cuanto á mí, si en algo pudiera turbar con mi permanencia la alegría que debe reinar en un dia semejante, desde ahora me retiro, dando á todos ustedes traslado de la confianza con que me ha honrado el propietario de la finca.

Un murmullo sordo de aprobacion se habia hecho sentir desde el principio de esta perorata de D. Andrés Marchena, pero al terminar la frase última llegó á su colmo la gratitud, y todos los oyentes, empezando por D. Alejo, manifestaron llenos de reconocimiento que aceptaban la invitacion, pero con

la condicion precisa de que D. Andrés habia de quedarse con ellos, pues mirarian su retirada como un desaire, y hasta como un medio indirecto de despedirlos de la hacienda políticamente.

—¡Qué hombre tan fino! decian los unos.

—¡Que chasco tan agradable nos ha dado esa cara! pensaban los otros.

—He aquí un ejemplo vivo contra las teorías de Lavater, dijo D. Crisanto al oido de D. Alejo.

—No me hable V. de Lavater, contestó D. Alejo, que confundia este nombre con el de no sé qué general de Napoleon; ese era un bárbaro, pero buena tunda le dimos en Miranda de Ebro, donde yo solo puse en dispersion su retaguardia, no sin recibir un lanzazo en esta cadera, quedándome un hoyo tan enorme, que aun podrá usted tocarle por encima de la ropa.

Esto diciendo, tomó la mano del filósofo, á quien obligó á tocar todos los puntos altos, bajos y laterales de la cadera donde estaba la huella del lanzazo, hasta que le hizo decir que habia encontrado el hoyo, con lo cual ambos se dieron por satisfechos.

D. Crisanto, sin embargo, esplicó á D. Alejo quien era Lavater, cuyas teorías condenaba como absurdas, así como las del supuesto D. Tadeo, que hablaba mal de los hombres siendo él un bandido. Afortunadamente, nuestro filósofo se consolaba sosteniendo que la especie humana era inmejorable, no debiendo mirarse á Jorge Luis sino como una dolorosa escepcion de la regla general.

Pero en tanto que D. Crisanto y su suegro se entretenian, el uno con sus disertaciones filosóficas, y el otro con sus relaciones guerreras, D. Andrés pronunciaba otro discurso muy elocuente, cediendo al voto de la reunion, y declarando que tendria el mayor placer en divertirse con tan agradable compañía. Esta declaracion fué recibida, no ya solo con aplausos, sino con desaforados gritos de: ¡Viva Marchena! ¡Viva!

Y todavía muchos espíritus quejumbrosos creen asombrar al mundo, repitiendo la manoseada sentencia de que, la popula-

ridad es la cosa que mas fácilmente se pierde. Por ventura, ¿cuesta mucho el adquirirla? ¡Qué descansados les quedarán los sesos á esos sempiternos forjadores de apotegmas inútiles! Yo les diria que el juego de la opinion es una banca donde se pierde pronto lo que se gana sin dificultad, y en prueba de que esto es así, ¡Viva Marchena!

CAPITULO V.

Quien era Marchena.

No es posible, ni regular, que pasemos adelante sin decir quien era el nuevo administrador, y porqué le tocó llevar vela en aquel entierro, que mas parecia fiesta fúnebre que nupcial la que se estaba celebrando. El verdadero nombre del hombre antipático era D. Andrés Salinas de Marchena, y esto bastará para dar alguna luz desde luego á los que recuerden aquel último duelo de los Salinas y los Callejas que tuvo lugar en la ciudad de Cartajena, y en el cual le tocó á D. Segundo, padre de Encarnacion, matar á D. Hilario, que era el padre de D. Andrés.

D. Hilario, segun se dijo al principio de esta inverosímil historia, era recien casado con una bella señorita, que, segun públicos rumores, habia quedado en cinta, y que á la muerte de su marido huyó de Cartajena, llevando tristísimos recuerdos de esta ciudad. Ahora bien: la muger de D. Hilario se llamaba doña Inés de Marchena, y fué á avecindarse á Zaragoza, donde pocos meses despues dió á luz al nuevo personaje cuya biografía vamos haciendo. Allí educó á su hijo con la solicitud de una buena madre, y le informó cuando tuvo uso

de razon del fin trágico que su padre habia tenido, comunicándole de tal modo los ódios de familia, que D. Andrés, desde que llegó á la edad en que se puede manejar una espada ó una pistola, nada deseaba tanto como encontrar á D. Segundo Calleja en cualquier rincon del mundo para vengar la muerte de su padre.

Sea dicho entre paréntesis, D. Segundo habia ya olvidado los ódios hereditarios de su familia, porque creia de buena fé que los Salinas se habian estinguido con la muerte de D. Hilario; pero si él hubiera sospechado que podia quedar en el mundo un solo vástago de la familia rival, tampoco habria descansado hasta buscarle para provocar uno de esos lances que no tienen lances para los murmuradores.

La pícara casualidad quiso que en el paraje donde menos lo pensaban, y en la celebracion de la boda del inofensivo D. Crisanto, fuesen á encontrarse dos hombres que no podian darse á conocer sin desgarrarse cual dos tigres rabiosos. ¿Como tuvo lugar esta fatal coincidencia? Esto es lo que voy á esplicar antes de que se me olvide, porque despues de olvidarlo me seria muy difícil, á pesar de mi buena voluntad.

Crióse, como he dicho, D. Andrés en la invicta ciudad de Zaragoza, donde á la edad de quince años tuvo la desgracia de perder á su madre, quedando favorecido con una de las fortunas mas considerables de la provincia; pero, con toda su fortuna, era muy desgraciado, ya porque en todo cuanto emprendia le salia el tiro por la culata, ya porque no habia conocido ningun sentimiento capaz de cicatrizar las llagas del corazon, pues no habia estado jamás dominado por otra pasion mas que por el afan de encontrar al matador de su padre para satisfacer una horrible venganza; ya, en fin, por haber nacido con una cara tan cargante que, sin ser feo, inspiraba por lo comun á todos los que le veian el deseo feroz de andar con él á trompadas. Lo peor de todo era que D. Andrés ignoraba el secreto de las perpetuas provocaciones que sufria; porque nadie habia tenido la franqueza de decírselo, ni él lo conocia mirándose al espejo, que nunca tenemos ojos los hombres para ver nuestras propias faltas. Lo único que sabia D. Andrés, por

una esperiencia dolorosa, era que no podia dirijir á ninguno la palabra sin que anduviese la marimorena, y vean ustedes como hay caras que ni de valde son baratas, pues á Marchena le fué siempre la suya muy costosa, por mas que sus padres, á fuer de generosos, se la diesen grátis.

Entre los pocos amigos que contaba D. Andrés, que no podian ser muchos teniendo, como tenia, cara de pocos amigos, figuraba el baron de la Zarza, y eso era porque, segun tambien he dicho en otro capítulo, el baron tenia la manía de las amistades, pudiéndosele considerar casi como amigo de todo el género humano. Habíale Marchena conocido últimamente en Zaragoza y trabado con él las relaciones mas íntimas. Casualmente, al llegar el baron al punto donde D. Andrés residia, pudo averiguar que el supuesto D. Tadeo, á quien habia conocido cuatro meses antes en Sevilla y á quien confió la administracion de su hacienda de Burgos, era un bribon escapado del presidio, cosa que le puso en el mayor cuidado bajo todos conceptos, tanto mas cuanto que, llevando el baron el proyecto de trasladarse á Roma en un tiempo determinado, le contrariaba sobremanera el verse precisado á retroceder en su camino. Esta dificultad se zanjó fácilmente.

—No se apure V. por eso, le dijo D. Andrés; yo soy soltero y no tengo en la actualidad ningun negocio que me obligue á permanecer en Zaragoza; por lo tanto, puede V. darme una autorizacion en debida forma para que me obedezcan sus criados, y mientras V. prosigue su viaje á Italia yo iré á lanzar de sus posesiones á ese galopin á quien la justicia está reclamando. Solo tomaremos una precaucion, y es la de darme á conocer con el nombre de Andrés Marchena, porque quiero suprimir el apellido Salinas mientras viajo, á fin de ver si encuentro en alguna parte á un D. Segundo Calleja que mató á mi padre, y á quien quiero provocar á un combate sangriento, sin que él anticipadamente se aperciba de que yo existo en el mundo.

Por esta razon y por las ámplias esplicaciones que dió D. Andrés, le pareció al baron muy acertado el medio propuesto y escribió muchas cartas, no solo á sus dependientes, sino tambien á varias autoridades y personas notables de Burgos,

recomendándoles como su mejor amigo, y administrador de todos sus bienes, al jóven D. Andrés Marchena.

Pero, ¿porqué habia D. Andrés dejado pasar todo un dia sin desempeñar su comision? Porque era antipático, aunque parezca broma. ¿No recuerdan ustedes que le metieron en la cárcel por la pelotera que armó en una tienda con D. Alejo? Pues precisamente cuando entró en la prision acababa de llegar á Burgos, de modo que desde luego quedó en la imposibilidad de obrar por la sola circunstancia de ser antipático. Al fin, desde el encierro hizo presentar á las autoridades las cartas del baron y entonces le soltaron; pero, ¿porqué no tomó inmediatamente posesion de la hacienda? Porque era antipático tambien, y en prueba de ello no habrán ustedes olvidado que tan pronto como habló con el supuesto D. Tadeo se amostazó éste y vinieron á las manos sin dar lugar á las esplicaciones. Por una feliz casualidad, cuando D. Andrés fué á pedir auxilio á las autoridades para lanzar de la hacienda del baron al tuno de Jorge Luis, se acababa de recibir un exhorto mandando prender á este último y trasladarle á Madrid de justicia en justicia, lo cual esplica bien la severidad con que fué tratado el hombre que por algun tiempo habia estado ejerciendo en Burgos la dictadura de la moda.

En cuanto á Marchena, quedóse desde luego en la hacienda, donde debia recibir impresiones capaces de conmover al coloso de Rodas. Por de pronto, la vista de la bella Encarnacion le dejó súbitamente atolondrado, sin saber lo que le pasaba, como si en efecto hubiera recibido uno de esos flechazos que tienen el mágico poder de paralizar el espíritu. Desde aquel momento, ni oyó los nombres de las personas que le fueron sucesivamente brindando sus servicios, ni tuvo ojos mas que para mirar á la muger que acababa de embargarle todos los sentidos, ni supo lo que decía cuando á los cumplimientos de costumbre daba como un autómata las contestaciones de ordenanza. Puede decirse que hasta aquel instante no habia empezado á vivir D. Andrés, ó cuando menos, comenzaba para él una existencia nueva y totalmente distinta de la que habia tenido hasta entonces. Su carácter sufrió una transfor-

macion completa: de osado se volvió tímido; de listo pasó á ser torpe, no acertando ni aun á hablar, como si se hubiera quedado tartamudo; á los sentimientos de rencor en que se habia educado sucedieron los de la mas humana benevolencia, y la prodigiosa movilidad de su temperamento fué reemplazada por una especie de inercia fenomenal, como si una causa física hubiese desconcertado la accion de sus músculos. Así, en lugar de ser él quien dictase órdenes para la continuacion de la fiesta, las recibió de todos, no pensando en otra cosa mas que en buscar un pretesto plausible para sentarse al lado de Encarnacion. Pero anocheció sin que nuestro enamorado acertase á encontrar lo que buscaba, y D. Crisanto, viendo que nadie tomaba disposiciones en aquella casa, iluminó él mismo el salon donde se trasladó el baile, no ya de la dulzaina, que hubiera hecho demasiado ruido entre cuatro paredes, sino de una orquesta que se logró organizar para que pudieran divertirse los que gustan de bailar por lo fino. En esta traslacion fué donde D. Andrés jugó el todo por el todo, cometiendo casi una grosería con algunas señoras por colocarse al lado de la que ocupaba todo su pensamiento. Quiso hablarla y no supo que decirla, pareciéndole que todos iban á escucharle cuando mas interés tenia en que solo una persona oyera el metal de su voz. Afortunadamente, la orquesta comenzó un preludio de rigodon, que servia de señal á los danzantes para indicarles que debian ponerse en órden de baile, y D. Andrés aprovechó este momento para dirijir una flor á la que esperaba un ramillete.

—¿No baila V.? contestó la hija de D. Segundo, como si se hiciera la desentendida, pero envolviendo propiamente una insinuacion en su respuesta.

—Pocas veces, dijo Marchena, que era un bailarin incansable y que mentia en aquel momento por no verse obligado á separarse de la hermosa Encarnacion.

Esta, que habia esperado ser invitada por el mismo D. Andrés, se mordió los labios al ver que no se la habia comprendido. Consecuente, sin embargo, con su idea, trató de presentarla bajo una nueva forma, y lo hizo con la maestría que solo las mugeres tienen para estos casos, diciendo:

—Pues ahora no lo dejará V. porque no encuentre muchas jóvenes lindas entre las presentes.

—En efecto que son muy hermosas, dijo el muy torpe, desperdiciando la mejor de las ocasiones para echar un chicoleo tan fácil como natural.

¿Qué trabajo le costaba decir á Encarnacion cualquiera sandez, como por ejemplo, la muy vulgar de que á su lado ninguna otra muger podia parecer bonita? ¿Porqué no se le ocurrió al instante la sencilla galantería de sacarla á bailar, cosa que debia proponer hasta para no desmentir su buena educacion? Al fin, conoció su aturdimiento y queria remediarlo, pero ya era tarde, porque D. Crisanto, notando que faltaba una pareja y viendo de mas á Encarnacion, fué corriendo á sacarla, mas bien con el objeto de divertirla que con el de divertirse.

—¿Qué es lo que me pasa? dijo para sí Marchena. Creo que me voy volviendo estúpido. Verdad es que esa jóven parece haberme robado hasta el uso de la palabra segun la impresion que me ha causado; pero de todos modos, me confieso acreedor á un grillete por zopenco.

Levantóse entonces y fué á colocarse en el punto mas apropósito del salon para ver, y sobre todo, para que le viera la hermosa tirana de su corazon amartelado; pero ella, como si no existiera en el mundo semejante hombre, afectaba una distraccion desesperante, mirando á todas partes menos al punto donde se habia situado Marchena. Creyendo éste que la fatalidad le habia hecho elejir el sitio peor para su objeto, pasó al estremo opuesto, que era el que atraia con mas frecuencia las miradas de Encarnacion; pero no fué mas afortunado en este lugar que en el primero. La pícara casualidad, que habia hecho á la jóven dirijir sus miradas al principio hácia donde últimamente se hallaba Marchena, parecia encaminarlas despues al punto que acababa de abandonar. Hizo el buen hombre con el mismo fin multitud de evoluciones á cual mas infructuosas, no sirviendo sus desengaños sino para mas enardecer sus deseos.

¡Pobre Marchena! ¡si hubiera él sabido que Encarnacion

no le habia perdido de vista un solo instante! Me parece á mí que el instinto del disimulo en la muger está protejido por una disposicion particular de sus ojos que les permite ver las tajadas cuando aparentan mirar solamente al plato. Tanto es así, que apenas percibimos confusamente nosotros, en una línea cuya oblicuidad es algo sensible, los objetos que ellas distinguen á los cuarenta y cinco grados del cuadrante visual. Por eso tenemos la candidez de figurarnos muchas veces que no han visto nada de lo que les pudiera interesar, cuando no han visto otra cosa. Si se le preguntara en ciertas ocasiones á una dama su parecer sobre aquello en que ha fijado los ojos con mas insistencia, quizá no sabria decirlo por no haber reparado en ello, mientras que podria dibujar de memoria los objetos mas distantes á la derecha ó á la izquierda.

Esto mismo es lo que aconteció con la bella Encarnacion cuya mirada no abandonó un solo instante la sombra de Marchena; solo que siempre le siguió á la distancia lateral suficiente para conservar el disimulo, esa corteza del pudor que da un valor inestimable al corazon de las mugeres. Marchena era demasiado pollo para sospecharlo. Fuera de sí el jóven atolondrado esperaba desquitarse de los pasados sinsabores en la primera ocasion oportuna; pero al acabar el baile se vió contrariado por D. Alejo, que hizo interrumpir un momento la danza y las conversaciones para tomar lo que llamaba él un piscolavis, diciendo que tenia ganas de alegrarse un poco en aquel dia como lo hizo despues de la batalla de Bailen, donde tuvo la gloria de contribuir poderosamente al éxito brillante de la jornada, no sin recibir un bayonetazo en el hombro derecho, cuya cicatriz pensaba enseñar á todos para que nadie pusiera en duda su veracidad.

—Y será capaz de hacerlo como lo dice, pensó para sí Marchena.

Pero no por eso se olvidó de su propósito, y lo primero que se le ocurrió fué hacer á Encarnacion algun obsequio; solo que el muy majadero, en lugar de ir á ofrecerla, como era natural, uno de esos corazones de dulce y otras figuras simbólicas de que tan pródiga es la imaginacion de los confiteros, la llevó una copa de *Champagne*.

—No bebo vino, dijo Encarnacion; pero tomaré una yema con un vaso de agua.

D. Andrés fué volando en busca del agua y de la yema; pero le detuvo D. Alejo, que parecia un loco, pues se habia quitado la levita y la corbata, llevando además caido el cuello de la camisa.

—Mire V., amigo mio, acérquese V. á la luz, dijo el veterano.

Marchena, que ya no rocordaba la última promesa de D. Alejo y le veia en tan estraña disposicion, creyó que habria recibido algun mal cuyo remedio seria urgente, y le siguió hasta el último rincon, donde el veterano, haciendo con el cuerpo una contorsion grotesca, dijo:

—Vea V. si fué floja la herida que recibí en la batalla de Bailen.

Al oir esto, estuvo tentado Marchena por insultar á D. Alejo; pero juzgó mas acertado complacerle haciendo una mueca de forzada admiracion, y se fué mas listo que Cardona en busca de la yema y del agua para obsequiar á su adorado tormento.

—El caso es, dijo la jóven, que ya lo he tomado. ¡Como V. tardaba tanto en volver!

El rostro de D. Andrés cambió de espresion súbitamente, pasando de la esperanza al abatimiento. Encarnacion lo vió y tuvo un arranque generoso.

—Pero por no desairar á V., añadió, lo tomaré, aunque sea sin ganas.

Nueva mudanza en el rostro de Marchena, que pasó rápidamente de la espresion del dolor á la del reconocimiento.

—Y ahora, preguntó, ¿podré aspirar á la felicidad de bailar con V. la próxima danza?

—Con mucho gusto, contestó la doncella.

—¡Bravo! la cosa marcha, Marchena, dijo para sí D. Andrés, entregando el vaso en que habia bebido Encarnacion á uno de los criados.

Diríase que el galan habia pasado algunos años de dichas y de amarguras en la vida de su naciente pasion. Los minutos

que trascurrieron hasta que llegó el instante de valsar le pa recian siglos. Desgraciadamente, si no se le habia trabado la lengua, tenia embotada la imaginacion, pues no acertaba á hablar ni á discurrir; pero de su brazo, mientras paseaba con su linda pareja, brotaban chispas como de una máquina eléctrica, y su mismo silencio, sin que él lo supiera, tenia una elocuencia febril para el corazon de aquella muger que habia sido hasta entonces tan insensible y en quien ahora las mudas insinuaciones de una mirada revestian las brillantes formas del lenguaje mas pintoresco.

—¿Piensa V. permanecer aquí mucho tiempo? preguntó Encarnacion.

—Quisiera permanecer toda mi vida, contestó Marchena.

—¡Oh! mucho cariño ha tomado V. á Burgos en pocas horas, replicó la doncella. ¿No habrá V. dejado en Zaragoza recuerdos que puedan entibiarlo?

—Ninguno, dijo Marchena con el espresivo acento de la verdad.

—Segun eso, no ha amado V. todavía, repuso la encantadora pareja.

—He amado desde que nací, contestó D. Andrés; porque desde que ví la luz amé á un ser ideal, fantástico y sublime cuyos encantos no debian tomar las formas de la realidad hasta este dia.

Encarnacion ruborizada bajó los ojos como si temiera provocar una declàracion mas esplícita.

—Dichoso V. que se queda, dijo cambiando de conversacion. Nosotros nos volveremos á la Córte dentro de dos ó tres dias; de modo que si no piensa V. ir á Madrid, tal vez no volvamos á vernos.

—Al fin del mundo iria yo por tener tanta dicha, dijo Marchena; pero podria contar con la satisfaccion de ver á V. yendo á la Córte?

—Yo creo que mi padre no dejará de ofrecerle á V. su casa, contestó la jóven, y en ese caso podrá V. hacernos el honor de frecuentarla. Por lo demas, no le será á V. difícil encontrarnos, porque somos muy conocidos en la capital. En preguntando

por D. Segundo Calleja, todo el mundo le dará á V. razon de nosotros.

Este nombre que no habia percibido Marchena en la confusion de las presentaciones, le hizo la misma impresion que el olor del tigre al brioso leon del desierto.

—¡D. Segundo Calleja! esclamó: ¿sabe V. si sus parientes descienden de Cartajena?

—Sí, por cierto, dijo Encarnacion; pero ¿qué es eso? ¿se pone V. malo?

Efectivamente, D. Andres, pálido como la imájen de la muerte, tuvo necesidad de sentarse para no caerse redondo en el suelo. Su linda pareja, muy alarmada, pidió un vaso de agua con un acento en que se revelaba el mas vivo interés, y todos se apresuraron á servir al nuevo administrador, abandonando el baile y las conversaciones. El vahido pasó; pero la impresion que lo habia producido no debia ser tan fugaz para el pobre Marchena colocado en la mas cruel alternativa que pueda imaginarse; porque conocia sobradamente que no podria echar del corazon la imágen adorada de la muger que en tan cortos instantes le habia cautivado, ni olvidar el deber hereditario que tenia de odiar á la familia de los Callejas, cuyo esterminio habia prometido, ligándose por un juramento análogo al que Anibal prestó desde niño contra los descendientes de Rómulo. Y esto prueba que el último retoño de los Salinas era todo un cartajinés, como buen hijo de Cartajena.

Por de pronto, lo que mas necesitaba D. Andrés era respirar el ambiente puro del campo, y para ello D. Alejo le quiso acompañar diciendo que, si no le dejaban á él solo esta satisfaccion, armaria un zafarrancho parecido al que armó en una sorpresa que hizo á los franceses cerca del Burgo de Osma, donde mató mas de ciento cincuenta enemigos sin recibir ninguna herida, por cuya razon tenia el disgusto de no poder enseñar la correspondiente cicatriz. Bien se vengó el veterano con el pobre Marchena, contándole innumerables hechos de armas durante su paseo nocturno; pero mas cruel estuvo D. Andrés no prestando la menor atencion á las historias de D. Alejo.

—¿Posible es que la suerte no se ha de cansar de perseguirme? decia para sí Marchena, mientras el veterano narraba sus belicosas aventuras; ¡hado funesto! Donde quiera que me acerco á un hombre encuentro un enemigo, y donde mas pienso gozar las dulzuras de la vida, mas me rodean las asechanzas de la muerte. Siempre habia contado con hallar á esa familia que ha sido el azote de la mia; pero no esperaba tener esa dolorosa sorpresa en Burgos.

—Sospecho que no me oye V., decia D. Alejo.

Y decia bien, porque era la pura verdad; pero no hay hombre distraido que no recuerde siquiera las últimas palabras que se le dirijen cuando se le llama la atencion sobre ellas, y así D. Andrés, aunque habia perdido todo el fondo de la relacion que aparentaba escuchar, pudo responder con la presteza del que no quiere pasar por desatento:

—Sí señor, oigo perfectamente, y creo como V. que la página mas horrible de la historia universal es la del dos de Mayo.

El veterano, satisfecho con esta prueba de la atencion religiosa con que le escuchaba D. Andrés, prosiguió en su tema con mas animacion que antes, diciendo que habia estado á punto de ser fusilado por órden de Murat; pero asegurando por fin que, aunque habia corrido un peligro inmenso, no le fusilaron, y que hizo inmediatamente un viaje á Asturias donde se incorporó á una de las muchas partidas que se habian levantado en defensa de la patria.

—¡Qué destino tan funesto! decia Marchena entre tanto; mi corazon no alimentaba ya otra esperanza que la de poseer el de una muger con quien pudiera tranquilamente disfrutar de la inmensa fortuna que me dejaron mis padres, y en vez de enamorarme, parecia nacido para mirar con profunda aversion á las bellezas mas codiciadas por los hombres mas afortunados. Por fin encuentro una que me inspira una pasion frenética, y ésta es precisamente la hija del que me dejó sin padre. ¿Deberé sacrificar mi amor á la venganza? ¿Daré satisfaccion á esta última hollando las sagradas leyes de la hospitalidad?

—¿No le parece á V. que fué mucho caminar? preguntó D. Alejo. Dígame, ahora que es V. jóven, si tendria resistencia para andar veintidos leguas en un dia, como hicimos nosotros.

—Veintidos leguas á pié no las ando yo ni en una semana, contestó Marchena.

—No, hombre, repuso D. Alejo; si no fué á pié. ¿No le he dicho á V. que habiamos montado todos en los caballos que tomamos al enemigo?

—Tiene V. razon, agregó Marchena; fué una equivocacion mia; pero continúe V. su historia del dos de Mayo, que le voy escuchando con mucho gusto.

—¿Qué dice V. del dos de Mayo? preguntó con asombro D. Alejo; si yo iba hablando de la primera espedicion que hicimos desde Oviedo á la provincia de Leon. Veo que V. no me ha comprendido, y quiero repetirle todo lo que me sucedió desde que salí de Madrid huyendo de Murat, hasta que tuve el placer de concurrir á la brillante jornada que iba refiriendo.

Volvió en efecto el veterano á tomar el hilo de los sucesos, y volvió D. Andrés á sus meditaciones. El primero se esforzaba cuanto podia para que el segundo no perdiera una sílaba de la narracion, y el otro, sin entender una jota de lo que le decia D. Alejo, esclamaba de vez en cuando: "¿Es posiblé? ¡caramba! sí señor, ¿hola, hola?" con otras muletillas que todos los distraidos tienen la política de espetar cuando les contamos cosas de poco interés; quiero decir, de poco interés para ellos, aunque sean de mucho para nosotros.

Mientras tanto, Encarnacion, que ignoraba el motivo del desvanecimiento de Marchena, y que en caso de saberlo hubiera hecho lo posible por ocultarlo, contribuia en cierto modo á complicar la situacion con sus imprudentes revelaciones.

—No sé, papá, decia contestando á una pregunta de D. Segundo; yo le estaba hablando al Sr. Marchena de V., y me preguntó con cierto misterio si descendiamos de Cartajena. Entonces le dije que si, y en el acto perdió el color completamente, viéndose precisado á soltarme el brazo y á sentarse para no caerse.

—Pero no seria esa la causa del vértigo, dijo D. Segundo.

Yo no recuerdo ese apellido Marchena, y de ningun modo comprendo la relacion que mi nombre pudiera tener con el suceso.

—No lo crea V., continuó Encarnacion, por ese prurito de hablar que es el flaco de las mugeres. Él debe saber algo de nosotros, supuesto que me preguntó con tanto interés si descendíamos de Cartajena, y alguna conexion tiene con la historia de V. una vez que por los antecedentes que yo le dí tuvo esa especie de desmayo.

—En efecto, dijo D. Segundo, eso es algo sospechoso; pero te recomiendo la prudencia por si acaso, pues yo procuraré averiguar lo que haya con toda cautela.

Prometió la jóven guardar un profundo silencio, y se sentó llena de impaciencia frente á la puerta del salon, por donde á cada momento esperaba tener el gusto de ver entrar á Marchena completamente restablecido. Varias veces la sacaron á bailar, y siempre respondió con agrado á las galantes invitaciones; pero solo pudo dar dos vueltas de vals, y en seguida, pretestando un fuerte dolor de cabeza, se sentó de nuevo en el indicado sitio, donde permaneció mas de dos horas como una estátua, con la mirada fija en la puerta y el pensamiento clavado en D. Andrés.

Por fin éste apareció mas pálido que ántes de salir, y diciendo que tenia necesidad de recojerse á fin de buscar el alivio en el descanso, si bien lo hacia principalmente para consultar con la almohada el partido que debia tomar en el laberinto en que se hallaba. Los demas convidados tardaron algo mas en seguir su ejemplo, pero al fin acabaron por seguirlo, y asi, como á las once de la noche cada mochuelo estaba en su olivo, lo que demuestra que en la quinta del baron habia un olivo para cada mochuelo.

Cristóbal hizo poner á los piés de su cama un colchon mullido para su perro, y no pidió un catre por el temor de que el Pimpollo pudiera caerse mientras dormia y desnucarse. Despues se acostó él, y á poco rato disfrutó de un sueño apacible, muy propio del hombre que ha llenado su deber á satisfaccion, proporcionando á su perro las comodidades nece sarias para hacer esta vida mas llevadera.

Benito cerró la puerta con llave y cerrojo, atrincherándola por dentro, además, para dar las seguridades convenientes á su chaleco; puso tambien un par de pistolas debajo de la almohada y se durmió con los ojos entreabiertos como el que tiene lombrices, sino abiertos del todo como las liebres. Los demas huéspedes se recojieron igualmente segun los antiguos usos y costumbres, sucediendo al tumulto del dia una verdadera paz octaviana; pero este reposo se vió pronto interrumpido por los novios que habian sido los últimos á retirarse, y que á poco de verificarlo se levantaron apresuradamente fulminando juramentos y maldiciones. Los que aun no estaban dormidos, creyendo que los recien-casados inauguraban el matrimonio con alguna disension doméstica, cuya causa era todavia incomprensible, dieron la voz de alarma; el Pimpollo se puso á ladrar como un desesperado, haciendo que Cristóbal se levantase á registrar toda la casa con el plausible objeto de ver si ésta era bastante segura para guardar al perro, en lugar de poner su confianza en el perro para guardar la casa. Benito se despertó llevándose las manos al chaleco para cerciorase de que lo tenia puesto, porque debo decir que ni aun para dormir se lo quitaba, y los demas huéspedes armaron un guirigay de mil diablos, distinguiéndose muy particularmente la voz de Matías, que salió con una tranca en las manos diciendo:

—¡Aquí, señores! Mas ven cuatro ojos que dos, y no seamos tan calvos que se nos vean los sesos. Defendámonos como podamos sin fiarnos del auxilio que nos ha de dar el perro, porque perro ladrador no es buen mordedor, y á Dios rogando y con el mazo dando, que obras son amores y no buenas razones.

Y con tanta bulla nada se descubrió sino que el motivo de la alarma general era el haber los novios encontrado mas de una libra de sal, en grano, estendida sobre la sábana inferior de la cama, broma muy estendida en Castilla y de la cual todos echaron la culpa á Jorge Luis, solo porque estaba ausente, que en este pícaro mundo no hay como ausentarse un hombre para hacerle responsable de sus faltas y de las agenas.

Averiguada la causa del nuevo guirigay, fué celebrada con risas generales, y todos volvieron á recojerse, durmiendo

á poco rato lo mismo que lirones. Solo dos personas velaron toda la noche, cada cual en su aposento. Encarnacion, que no podia humanamente apartar el pensamiento del nuevo administrador de la finca, y éste último, que no podia cerrar los ojos en recíproca correspondencia del interés que habia logrado inspirar á la bella jóven cuyo corazon parecia inconquistable. Sin embargo, como ustedes saben, no era solo el amor lo que impedia dormir á Marchena, el cual, no pudiendo descansar un instante, tomó el partido de ponerse á escribir, sorprendiéndole la aurora entretenido en trasladar al papel las impresiones que agitaban su corazon.

CAPITULO VI.

Simpatías de Marchena.

Al dia siguiente por la mañana, que era lo que se llama el dia de la tornaboda, todos se levantaron preguntando naturalmente por D. Andrés; pero era ya muy tarde sin que D. Andrés apareciese, y nadie queria tomarse la libertad de entrar en su aposento. Al fin, temiendo que estuviese peor, pasó un criado á ver lo que ocurria y desvaneció todas las inquietudes diciendo que el nuevo administrador dormia tranquilamente, si bien se echaba de ver que habia pasado la noche leyendo y escribiendo. Nadie volvió, por consiguiente, á ocuparse de Marchena mas que Encarnacion, que entró en vehementes deseos de saber cual seria el asunto tan importante que le habia obligado á escribir mientras ella, que tampoco habia pegado los ojos, le creia profundamente dormido. Una criada que adivinó el pensamiento de Encarnacion y á todo trance deseaba complacerla, entró en el cuarto de D. Andrés y pasó revista á todos los papeles que habia sobre la mesa, despues de lo cual salió diciendo:

—Señorita, no parece sino que al nuevo administrador le amenaza algun peligro, segun el fárrago de papeles que ha emborronado esta noche.

—¿Y no has podido descubrir lo que contienen esos papeles? preguntó la hija de D. Segundo con el mayor interés.

—Es imposible, dijo la doncella; si son mas de veinte pliegos. Yo creo, sin embargo, que es una especie de historia de su vida, y apuntes para su testamento, con algunos versos que traigo aquí por si queria V. verlos.

—¿Qué ha hecho V., muger? esclamó Encarnacion llena de sobresalto; vaya V. á poner ese papel donde estaba, por la Virgen del Cármen.

La muchacha obedeció y se retiraba sumisa para dar cumplimiento á la órden de Encarnacion; pero ésta, llena de ansiedad por saber lo que el papel contenia, la volvió á llamar con el pretesto de recomendarla el mayor cuidado para dejar las cosas como estaban.

—Vaya, señorita, dijo la criada; yo creo que á V. no le pesaria saber lo que dicen estos versos, y valdrá mas que los lea, ya que los tenemos en nuestro poder, porque si se pierde esta ocasion tal vez no se presente otra.

Encarnacion se sonrojó algo, contestando que para ella todo era indiferente; la doncella insistió asegurando que nadie lo sabria, y que ella volveria á colocar el papel donde estaba, sin que lo notara el mismo D. Andrés aunque estuviese despierto. La tentacion se sobrepuso á la timidez, y Encarnacion leyó para sí estas estrofas incorrectas de una composicion que seguramente no estaba concluida:

Perdidas ya la dicha y la esperanza;
Sin un amigo á mis acentos fiel,
¿En quién pondré mi plena confianza
Si no la grabo en tí, pobre papel?
En tí que endulzas mi mortal desvelo
Podré guardar mis duelos sin temor;
Y así serás, si no á mi mal consuelo,
Rico tesoro de mi ardiente amor.
Oyeme por piedad, inerte pliego,
Y dígnate mi llanto recibir.
Cuenta bien los suspiros que te entrego
Y que podrás un tiempo repetir.

Si el destino morir me ordena infando,
Tú el secreto dirás de mi dolor,
Y así serás, mis cuitas revelando,
Prenda indeleble de mi santo amor.
¿Como no amar? La hermosa galatea
Que mi alma inunda de constante afan,
Es la luz que en mi mente centellea,
Es de mi vida irresistible iman.
El hado que se goza en mis enojos
Le hará escuchar mis ayes con terror;
Mas tú serás ante sus bellos ojos
El testimonio de mi tierno amor.
Vuela en pos de la insólita sirena
Que absorto en mi naufragio contemplé;
Vuela, testigo de mi amarga pena,
Mensagero clemente de mi fé.
Vuela á escuchar su acento idolatrado,
Sí te es dado alcanzar tanto favor,
Y allí serás, en lágrimas bañado,
El eco fiel de mi naciente amor.

....

Encarnacion leyó estos versos y los releyó varias veces, encontrándolos mas agradables en cada nueva lectura, sin acordarse ya de que D. Andrés podia despertar de un momento á otro y observar el hurto de sus inspiraciones nocturnas. Al fin, tal insistencia manifestó la jóven que habia inspirado la poesía en estudiarla, que mas fácil le hubiera sido sacar una copia, y en su vista la criada tuvo que arrebatar el papel para llevarlo al punto de donde lo habia tomado, con el fundado temor de que ya hubiese despertado Marchena y la cojiese infraganti. Sucedió justamente lo que estaba temiendo. Al entrar en la habitacion de D. Andrés ya éste se hallaba despierto y habia notado la falta del consabido papel; de modo que, por buena maña que la muchacha se diera para dejar el cuerpo del delito, se encontró sorprendida en la operacion por el autor de los versos, que la preguntó porqué los habia sacado y quien los habia leido.

—No hay nada perdido, señor, dijo la doncella; no los ha leido nadie mas que la persona á quien iban dirijidos, y de ello debe V. felicitarse.

Al oir esto D. Andrés mostró, en efecto, mirar con reconocimiento la travesura de la criada, no dándola mas castigo por su falta que el de hacerla un millon de preguntas sobre el efecto que su improvisacion habia producido. Este habia sido tan completo, segun las revelaciones de la doncella, que el rostro de D. Andrés, alterado por el insomnio y por los diversos afectos que luchaban dentro de su corazon, empezó á serenarse, acabando por rebosar de alegría. Decididamente habia pasado la crísis. Marchena renunciaba por entonces á sus votos de venganza, ó los aplazaba cuando menos, para consagrarse al culto de los amores. Siempre quedaba en pié la dificultad de sostener lícitas relaciones con Encarnacion á quien, por otra parte, no podia menos de mirar con el respeto que la misma pureza de su cariño le imponia; siempre se presentaba el obstáculo insuperable de no poder D. Andrés revelar su verdadero nombre ni su procedencia, sin esponerse á perder la única esperanza de felicidad que le habia brindado la suerte; pero por de pronto, el amor habia triunfado del ódio, y Marchena, resuelto á conservar el incógnito, salió de su habitacion afectando, si no sintiendo realmente, la mayor complacencia en ser agradable á sus huéspedes.

Mas ¡ay! un hombre de su cara no debia nutrir esperanzas tan lisonjeras. Serian como las diez de la mañana, y todos se hallaban almorzando en sana paz, cuando entró un criado en el comedor con el recado de que cierto caballero preguntaba por el administrador de la hacienda. Inmediatamente salió D. Andrés, diciendo á sus convidados que le dispensasen un momento, y en efecto, prosiguieron todos almorzando muy divertidos con los refranes que se le ocurrian á Matías Crespo apropósito del chasco de la yesca que le habia jugado Jorge Luis; pero en lugar de ver llegar á Marchena en el instante anunciado, lo que oyeron fué una de gritos y de palos que temblaban hasta las tejas del edificio. Lanzáronse todos al lugar de la contienda, y Encarnacion estuvo á punto de desma-

yarse viendo á D. Andrés con un reguero de sangre que le provenia de un tremendo garrotazo recibido en medio del hueso coronal. La muger de D. Alejo, aunque nada le iba ni le venia en el lance, se desmayó de todas veras, por no desmentir sus antiguas inclinaciones. Sin embargo, el herido seguia dando y recibiendo palos que era un contento, y los mismos huéspedes que debian ser parciales en favor de Marchena, sentian impulsos de mezclarse en la refriega para molerle las costillas. Pero la amistad y la gratitud les hicieron intervenir simplemente para meter paz, y como eran muchos lo consiguieron pronto.

¿Cual era la causa de aquella imprevista pelotera? La cara de D. Andrés Eso se sobreentiende. ¿Quién era el desconocido que se le presentó armando camorra? Un maldito sastre que, habiendo tenido noticia de la prision de Jorge Luis, llevaba una larga cuenta de la ropa que le habia hecho, exijiendo que se la pagara el baron de la Zarza ó cualquiera que allí le representase, y para ello se fundaba con alguna razon, en que si él habia fiado á un hombre que no conocia, era por su carácter de empleado del espresado baron.

Pero, ¿era éste motivo suficiente para andar á palos? Claro es que no, y sin embargo, el sastre, que era un hombre muy razonable cuando no tenia las tigeras en la mano, tan pronto como vió á D. Andrés, espuso su demanda y recibió la respuesta, levantó una caña de roten que llevaba por casualidad y dió principio á uno de los mas sangrientos combates que habian presenciado hasta entonces Gonzalo de Córdova, Napoleon y el mismo D. Alejo.

D. Segundo, dijo que él se encargaba de persuadir al sastre de que no tenia ningun derecho para turbar la tranquilidad de la hacienda, y á fin de conseguirlo cuanto antes, apeló al mas infalible de todos los espedientes, cual fué el de llamar aparte al acreedor y pagarle la cuenta de la ropa. Con esto solo se aplacó la ira del sastre en tales términos que pidió un millon de perdones á D. Segundo por el escándalo que habia armado á su pesar, y se despidió mostrando tanto arrepentimiento como gratitud, pero jurando al mismo tiempo que

donde quiera que encontrase á D. Andrés le habia de romper el bautismo.

Arreglado ya este desagradable negocio, y no resultando de gravedad la herida de Marchena, volvieron todos al comedor, afeando como era justo la conducta de Jorge Luis que habia tan groseramente abusado de la bondad del baron contrayendo una deuda enorme con el sastre.

—Parece increible que el género humano produzca mónstruos semejantes, decia D. Alejo. En mi tiempo no era lo mismo. Cuando mucho, se encontraba uno con algun espía como el que yo sorprendí en el camino de Astorga y en el acto le mandé fusilar, sin perjuicio de instruirle despues el proceso correspondiente.

—Señores, dijo D. Mariano Morales y Merino: ese hombre que habia logrado la confianza del baron es mas malo de lo que se piensa, pues á mí no hay quien me quite de la cabeza que es un agente solapado de los ingleses para turbar nuestro reposo.

—Pues ahora las pagará todas juntas, dijo Matías, que el comer y el rascar todo quiere empezar, sobre que en año bueno el grano es heno, y en año malo la paja es grano.

Y hubieran continuado los refranes á no ser porque entró el mismo criado de ántes diciendo que otro caballero deseaba hablar con el señor administrador de la hacienda. Escarmentados los huéspedes con la escena del sastre, cuyas puntadas no podian olvidar fácilmente, quisieron, por lo que pudiera tronar, salir acompañando á D. Andres; pero éste se opuso diciendo que no todos los hombres habian de ser tan imprudentes como el sastre, ademas de que tal vez sería de carácter reservado lo que tenian que decirle, por cuya razon suplicaba le permitieran salir solo. Así se verificó, no sin alguna inquietud de parte de Encarnacion que habia ya tomado un miedo cerval á las agresiones de que tan á menudo era víctima el pobre Marchena. Creia la pobre á cada momento escuchar el ruido áspero y desapacible del vapuleo, y así lo manifestó con franqueza.

—No las tengo yo todas conmigo, dijo su padre, pues me

da el corazon que no vamos á tardar mucho en oir la marimorena,

Dicho y hecho. No habia concluido de esplicar sus recelos D. Segundo, cuando llegó á sus oidos un espantoso rumor de gritos y de palos que temblaba el misterio. Salieron todos precipitadamente, y hallaron á D. Andres batiéndose como un desesperado con un hombre alto y robusto, que no solo debia ser temible por sus condiciones atléticas, sino tambien por una especie de garrote vil que llevaba en la mano y que esgrimia con pasmosa habilidad. Lo mismo que ántes pudo separarse á los combatientes, sin que hubiesen recibido mas que algunas contusiones, y pasándose á la averiguacion de los hechos, se supo que el nuevo adalid no era un camorrista de profesion, sino un platero que habiendo fiado unas joyas al supuesto D. Tadeo, y teniendo noticias de su prision, iba á reclamar las joyas ó su importe.

D. Segundo llamó tambien aparte al platero, dorador de costillas y engarzador de garrotazos, para decirle que si algo se debia, él estaba pronto á satisfacerlo, á fin de evitar escándalos. La cuenta era larga, figurando en ella las mismas alhajas que Jorge Luis habia regalado á Petra en la víspera de su boda; pero D. Segundo pagó en el acto lo que no debia, y aconsejó al agradecido platero que se retirase sin provocar nuevamente á Marchena.

—Eso sí, dijo el buen hombre; por complacer á V. haré yo cualquier sacrificio; pero que fuera de aquí no se me ponga delante ese caballerito con quien antes traté, porque donde quiera que le encuentre juro que le he de romper el alma, sin temor á las consecuencias.

Con esto se despidió el buen hombre, que no dejaba de ser bueno apesar de sus malas pulgas y de su corpulencia, y todos volvieron á sentarse para continuar el almuerzo tantas veces interrumpido.

—¡Ea, señoras y caballeros! esclamó Marchena ocupando nuevamente su puesto. Yo siento en el alma ocasionar á Vds. tantos disgustos; pero tambien lo siento en el cuerpo, pues por bien que libré, siempre llevo algo que rascar. Por otra parte,

lo que aquí pasa no es culpa mia, sino de ese perillan que está en la cárcel, y que por lo visto, queda entrampado con todo el comercio de Burgos.

—Es un villano, dijo D. Alejo, refiriendo con tal motivo una historia de la guerra de la independencia, ilustrada con la viñeta de una cicatriz.

—Sin contar con lo que habrá chupado en esta misma hacienda, replicó Matías, porque ya dice el refran que administrador que administra y enjuagador que enjuaga, algo se traga.

—Segun ese proverbio, algo voy á tragar yo tambien, contestó Marchena.

El labrador recibió un pellizco que le dió su muger muy oportunamente, para enseñarle á ser cauto, y D. Andrés continuó diciendo:

—Pero yo supongo que el refran no habla conmigo.

—Es claro, dijo Matías, no hay regla sin escepcion.

—Esa es mi teoria, replicó el novio; por eso digo y sostengo que, siendo los hombres generalmente buenos, el supuesto D. Tadeo es una escepcion de la regla.

—Déjanos en paz con tus escepciones, dijo la recien-casada.

—Vean Vds. si he llegado yo á tiempo para salvar á mi amigo el baron, repuso D. Andres: aunque mucho tengo que agradecer al escribano, pues á no ser por él, apesar de mis buenas recomendaciones, creo que todavia estaria el preso entre ustedes y yo en la cárcel.

—Yo lo creo, añadió Matias, por eso dice con razon el refran: pleito bueno, pleito malo, de tu parte el escribano.

—Sin embargo, dijo D. Segundo, lo sensible es que en cierto modo haya D. Andres Marchena venido á pagar las deudas del supuesto D. Tadeo Machuca. ¿Qué diablos les dice V. á los acreedores para que se enfurezcan en tales términos?

—¿Qué les he de decir, contestó Marchena, si ya parece que vienen ellos enfurecidos? Lo que puedo asegurar es que no doy motivo para tales reyertas, y apesar de mi prudencia, tan pronto como abro la boca para responder á cualquier demanda, ya tengo el garrotazo encima. Y luego como dá la casualidad de que todos traigan palo......!

¡Ay! de aquellas casualidades estaba el mundo lleno para Marchena! Porque un hombre de su talante no era un hombre como los demas. Era un recipiente de leña; un muelle marítimo á propósito para descargar madera; un cimiento sólido para levantar andamios, en fin, un polo imantado del mundo vejetal. Por eso todos los danzantes que tenian algo que ver con él se convertian en bastoneros, y por eso, aunque nadie hubiera guiado los palos, éstos se habrian abalanzado por sí mismos á las costillas del pobre hombre, obedeciendo á un impulso mas enérgico que el de la gravitacion terrestre.

—De todos modos, dijo D. Segundo, brindo porque no vuelva á interrumpirse la paz del almuerzo.

Iban todos á repetir el mismo bríndis cuando se presentó un criado anunciando la llegada de un tercer caballero que deseaba ver al baron ó al que allí le sustituyera. Esta vez, la muger de D. Alejo se desmayó al simple anuncio de la visita, Encarnacion estuvo para seguir su ejemplo, y los demas huéspedes se empeñaron absolutamente en que habian de acompañar á D. Andres. Solo dos se quedaron en el comedor, D. Ale- para cuidar á su muger, y Cristóbal que estaba lleno de agradable sorpresa viendo que á su perro le gustaba el arroz con leche, apesar de la canela que tenia y de los bizcochos con que lo habian adornado.

Los que salieron se encontraron con un sugeto de las mejores apariencias que, saludando á todos con la mayor cortesía, preguntó quien era el representante del baron de la Zarza.

—¿Qué se le ofrece á V.? preguntó Marchena con la misma urbanidad.

El desconocido miró al que le dirijia la pregunta y palideció.

—Algo se me ofrecerá, dijo, cuando vengo á verle.

—Convengo en ello, contestó Marchena; pero V. convendrá tambien en que no he dado motivo para merecer una contestacion tan brusca.

—Lo que es á V. le daré yo algo que no se le caiga, si vuelve á meterse en la renta del escusado, dijo el desconocido con creciente agitacion.

—Repórtese V., caballero, y sepa que yo justamente soy....

No tuvo tiempo D. Andrés para concluir. Su adversario levantó un baston de palo santo que por casualidad llevaba tambien, y le sacudió un buen garrotazo en un hombro. D. Andrés se abalanzó á otro baston que habia por allí cerca, y por pronto que los demás acudieron para dar al negocio una solucion pacífica, no dejaron los combatientes de hacerse algunas heridas y contusiones.

Entrando luego en las esplicaciones, resultó ser aquel desconocido un prestamista que, no pudiendo desconfiar de un empleado del baron, habia dado al supuesto D. Tadeo una suma respetable, sin mas interés que el de un veinticinco por ciento mensual, y queria saber si le pagaria el baron en caso de que el preso resultara insolvente. Como de costumbre, D. Segundo llamó aparte al prestamista para arreglar á su costa el negocio, diciendo que no era justo que un hombre dejase de cobrar lo que habia prestado, como si fuese mas razonable que otro pagara lo que no debia.

Pero el prestamista no se fijó en esta última consideracion que por lo visto no era de su competencia. Muy al contrario, alabó cuanto pudo la delicadeza de D. Segundo, asegurando que si todos los hombres se le pareciesen daria gusto el tratarlos, ó lo que es lo mismo, que si los hombres fuesen distintos de lo que hoy son, tambien el mundo seria muy diferente.

—Y bien, dijo D. Segundo, tendiéndole la mano; esto que yo hago está en mi carácter, sin que en mi concepto merezca tantos elogios. Vaya V. con Dios, y espero que la cuestion que ha tenido con D. Andrés quede terminada.

—Caballero, contestó el prestamista, mucho deseo complacer á V.; pero eso que me ruega es superior á mis fuerzas. Sin embargo, haré por refrenarme, con la precisa condicion de que no he de ver á ese sugeto, porque si llego á echarle la vista encima, juro que le he de romper la crisma, y salga el sol por Antequera.

Despidióse con esto el inglés castellano, y D. Segundo, despues de tomar sus precauciones para evitar que en la salida de aquel ocurriera un encuentro desagradable, se dirijió nuevamente al comedor diciendo para su capote:

—¡Qué desgraciado es ese D. Andrés Marchena! He ahí el único hombre del mundo á quien yo no daria la mano de mi hija, porque la pondria en peligro de enviudar á cada momento.

Por lo demás, ya casi no recordaba las sospechas que la misma Encarnacion le habia infundido respecto á la conexion que pudiera el aragonés tener con su historia, por aquello del desvanecimiento que esperimentó dicho jóven solo de oir pronunciar su nombre y de saber su procedencia.

Continuó, pues, el almuerzo, aunque por mejor decir, continuaron las palizas, porque siendo muchas las deudas que Jorge Luis habia contraido, y habiéndose divulgado la noticia de su encarcelamiento, fueron innumerables los acreedores que se presentaron á reclamar, con la rara circunstancia de que todos armaron el mismo escándalo que los anteriores, por la no menos estraña casualidad de que todos los que iban á tratar con D. Andrés llevaban, como por instinto, un garrote á prevencion. D. Segundo pagó todas las deudas del antiguo administrador de la finca, y cuando se le acabó el dinero empezó á dar pagarés, poniéndose á punto de quebrar, á pesar de su rica fortuna, solo por haber hecho suyas las deudas de Jorge Luis.

En la comida ocurrió lo mismo que en el almuerzo, de modo que novios y convidados perdieron el apetito con tan repetidos disgustos, y llegada la noche todos se acostaron, sucediéndoles casi lo que se cuenta de unos estudiantes de no sé donde, y es que ni el sueño les dejaba comer ni el hambre les permitia dormir. Pero al fin, mas tarde ó mas temprano, todos cedieron á la benéfica influencia de Morfeo, menos los que no; porque toda escepcion tiene su regla. Me equivoqué: toda regla tiene su escepcion.

Desde luego, Marchena estaba tan enamorado que no se cuidaba de comer, ni de dormir, ni de pensar en la palitrocada que habia granizado sobre su cuerpo bajo el límpido cielo de Burgos. No pudiendo pegar los ojos, se dirijió de puntillas á un corredor á donde daba la ventana del aposento de Encarnacion, siendo inesplicable su gozo al ver, á la escasa luz de

la luna que iluminaba el corredor, abierta la referida ventana, de la cual salió una voz misteriosa que dijo:

—Te esperaba.

—Mas hacia yo, contestó Marchena; te buscaba.

Parecia que estos amantes se habian propuesto parodiar la primera entrevista de Han de Islandia con el capitan Ordener, segun el saludo que se hicieron; pero no fué así, porque no habiendo despues combate, la parodia se limitó á las primeras palabras del diálogo.

—Amor mio, dijo Encarnacion, ¿podrás ante todo esplicarme de donde viene esa nube de palos que hoy ha descargado sobre tí, llenando mi corazon de amargura?

—¡Oh! contestó muy serio D. Andrés: los palos son como las inspiraciones de los artistas: se sienten y no se pueden esplicar; pero yo estoy tan acostumbrado á estos lances, que ya no me hacen impresion. No hablemos de eso, hermosa mia; ¿sabes que te amo con delirio?

—Sé que nunca se habrá visto un amor tan bien correspondido como el tuyo, dijo la jóven.

—¡Ay! replicó Marchena; ¿y será preciso que yo renuncie á esa felicidad? Dentro de pocos dias tú volverás á Madrid, y entonces tal vez no volveremos á vernos.

—Sin embargo, dijo Encarnacion, yo tengo derecho á pensar que tu amor es tan puro como el mio, y en esto me fundo para creer que todo puede allanarse de la manera mas sencilla. ¿Porqué no te dirijes á mi padre pidiéndole mi mano? Yo estoy segura de que no te la negaria.

Este medio, bien lo conocia Marchena, era muy lógico; pero no podia aceptarlo, pues para ello tenia que empezar por decir su verdadero nombre, lo que ofrecia graves inconvenientes. En su consecuencia, D. Andrés contestó con una evasiva que picó el amor propio de Encarnacion hasta el punto de poner en duda la buena fé de su amante.

—¿Qué significa eso? dijo ella; ¿no me has jurado que tu amor era tan puro como el mio? ¿Has imaginado tal vez que yo consentiria en mantener relaciones ilícitas contigo, ni con ningun otro hombre? Pero bien lo veo; eso lo que quiere decir

es que tienes otros compromisos, en cuyo caso debias haberte conducido conmigo de otro modo, y ojalá que ni siquiera te hubiera conocido.

Iba el buen D. Andrés á replicar, cuando el maldito perro de Cristóbal, despertado por la conversacion de los amantes, dió en ladrar como si la casa estuviera cercada de ladrones. Al ladrido del perro se levantó Matías diciendo:

—¿Moros en la costa? cuidadito me llamo, pues tanto va el cántaro á la fuente que al fin se rompe, y en toda tierra de garbanzos el que rompe paga; no tengamos aquí lo del ajo de Valdestillas, que está frio y quema. Pocas chanzas conmigo; porque yo digo aquello de: pólvora poca y municion hasta la boca.

Como era consiguiente, Marchena tuvo que retirarse del corredor mas que de prisa, y esperó á que se restableciese la calma para volver á presentarse á Encarnacion y aplacar su cólera si era posible. No le esperaba ella con menos ansiedad, pues la misteriosa evasiva de D. Andrés la destrozaba el corazon; pero cuantas veces Marchena trató de invadir el corredor, otras tantas se vió obligado á retroceder por los fastidiosos ladridos del Pimpollo, á que seguian inmediatamente los importunos refranes de Matías. Así se pasó aquella noche mas bien toledana que burgalesa, y los desventurados amantes que no habian podido conferenciar, se recojieron á la hora en que los demás huéspedes empezaban á levantarse. Como era natural, á las doce del dia se hallaban todavía durmiendo, cosa que ninguno sabia esplicarse con respecto á Encarnacion, que jamás habia dado pruebas de ser perezosa; pero con relacion á Marchena, todos estaban de acuerdo en que debia tener mucha necesidad de descanso por las baquetas que durante todo el dia anterior habia recibido.

Mientras Encarnacion dormia, su padre habia resuelto mudar de vivienda para no ser testigo de las repetidas escaramuzas que allí tenian corte, cuanto ni mas lugar; y como hubiera parecido inconveniente hacer un feo á D. Andrés despreciando su generosa hospitalidad, resolvió tomar el camino de Madrid aquella misma tarde, pretestando negocios muy urgentes. Todos los empeños de los demás huéspedes fueron inútiles

para hacerle desistir, y el mismo D. Crisanto no pudo alcanzar nada, sin embargo de haber tocado una delicada cuestion, diciendo que tal vez D. Segundo se cansaba ya de protejerle al ver que la esplotacion de la mina, en que le habia empeñado, no daba resultado ninguno.

—No es nada de eso lo que me obliga á emprender la retirada, dijo D. Segundo. Si la mina no da ningun fruto, no se aflija V. por eso, amigo mio, que yo estoy dispuesto á gastar todo mi capital en cualquiera empresa que V. me proponga, por la conviccion que tengo de su buena fé. Antes de partir, quiero darle á V. letras de cambio sobre Paris y Lóndres por si gusta viajar para distraer á su esposa, y en una palabra, cada vez puede V. estar mas seguro de mis simpatías; pero por ahora me llaman mis negocios con urgencia, y no puedo dilatar un dia mas la salida si no quiero esponerme á serios compromisos.

La noticia de esta resolucion llenó de amargura el corazon de los amantes. Encarnacion disimuló su dolor cuanto pudo, pero no por eso dejó de pensar que le seria imposible vivir lejos de Marchena, y éste quedó como aletargado, sintiendo mas el golpe moral de la ausencia de su amada que los de otra especie que estaba tan acostumbrado á recibir.

—¡Ah! dijo para sí lleno de afliccion. Tal vez ese hombre ha sospechado algo de mis amores con su hija y trata de estorbarlos; pero nada conseguirá, porque yo desde hoy no vivo mas que por ella y para ella, y la he de seguir hasta el fin del mundo si fuese necesario.

Por de pronto fué preciso resignarse. Los madrileños salieron aquella misma tarde para la corte donde llegaron despues de muchos trabajos que les hizo pasar el Pimpollo, y pocos dias despues D. Segundo recibió una carta del tenor siguiente:

"Burgos &c. Señor D. Segundo Calleja. Muy señor mio y amigo de todo mi aprecio: siento en el alma tomar la pluma para darle noticias desagradables: la mina en que tanto dinero ha invertido V. no es mina, ni cosa que lo valga, y creo que haremos bien en suspender los trabajos que no proporcionarian sino gastos supérfluos.

Pasemos á otro asunto. El supuesto D. Tadeo Machuca escaló la carcel antes de ayer, y á pesar de las diligencias que se han practicado para atraparle todo ha sido tan infructuoso como el dinero que hemos gastado en la mina. Cada vez me convenzo mas de que este pícaro es una funesta escepcion de la especie humana; peró me consuelo con la idea de que, al fin y al cabo, no pasa de ser una escepcion.

Mi muger no sé lo que tiene de algunos dias á esta parte que todo se le vuelve náuseas y mas náuseas, arrojando cuanto come. Mi suegra se desmaya cada vez que ve á su hija con el estómago revuelto, lo cual quiere decir que apenas sale de una pataleta cuando ya otra le pone á las puertas de la muerte. Mi suegro me hace una guerra mortal, contándome la que en los primeros años de este siglo hizo él á los franceces, y en verdad quisiera yo mas bien verme en todos los combates en que él se ha encontrado, que oírselos referir tan á menudo.

Respecto á D. Andrés Marchena, me da muchas memorian para ustedes, y le debo el favor de haberme encomendado á mí la administracion de los bienes del baron de la Zarza, por no probarle á él el clima de Burgos, donde dice que hay superabundancia de vegetacion, y eso lo sabe por una esperiencia que, aunque corta, no deja de ser muy amarga. Por lo demas, estoy convencido de que tratado es un infeliz, aunque le alumbra muy mala estrella en este mundo. Ayer, sin ir mas lejos, iba á subir á la diligencia para trasladarse á esa coronada villa, cuando uno de los pasajeros le armó una pelotera en ella y recibió tantos palos que se verá forzado á permanecer en la cama lo menos quince dias. Mucho me duele haber presenciado tan tremenda paliza, y por esto puede V. inferir cuanto le habrá dolido al que la recibió. Celebraré que Encarnacion se divierta mucho. Participo á ustedes todos, los afectos de mi familia y vean en que les puede complacer su affmo. &c.—CRISANTO GUIRLACHE."

Aqui vuelve á fallar el axioma de que los mismas causas producen los mismos efectos, supuesto que la carta de D. Crisanto hizo llorar á Encarnacion como una Magdalena, y reir á D. Segundo como un insensato.

CAPITULO VII.

Un bonito dependiente.

Un mes próximamente habria trascurrido desde los últimos sucesos que dejo referidos, y se hubiera dicho que habian pasado diez años al ver la huella que el dolor moral habia impreso en el rostro de la bella Encarnacion. La pobre tenia tal afinidad con Marchena, que podia compararse á la simpatía de dos caracoles hermanos, de los cuales se dice que á la distancia de mil ochocientas leguas esperimentan las mismas sensaciones; de modo que cuando el uno se estremece, tambien se estremece el otro, y si el uno tiembla de frio en el Polo, el otro está dando diente con diente en el Ecuador, ó al revés, cuando el de los trópicos tiene mucho calor, el que habita sobre los hielos del Norte suda como un pollo, de los pollos que acostumbran á sudar, que yo no he visto ninguno, ó como si estuviese muy abrigado en una cama de cuatro colchones despues de haberse bebido un buen cangilon de agua de borrajas. Por de contado, esto nadie lo ha visto, y tiene todas las apariencias de la mentira; pero por lo mismo se debe aceptar sin exámen, declarando incapaz de buenos sentimientos al que no lo crea. En cuanto á mí, no lo pongo en duda, porque estoy dis-

puesto á creer que vuelan los bueyes antes que á pasar por un hombre sin corazon, y además, porque los dos amantes de quienes me iba ocupando demostraron con prodigiosos ejemplos de afinidad nerviosa la indicada simpatía de los caracoles.

En efecto, algunas veces Marchena, que seguia viviendo en la hacienda de Burgos, suspiraba sin saber porqué, y dejaba correr algunas lágrimas por sus megillas, ocurriendo estas cosas, segun se pudo averiguar despues, en el mismo momento en que Encarnacion suspiraba ó lloraba en Madrid por la supuesta desgracia de creerse mal correspondida en sus primeros y únicos amores. Por otra parte, la hija de D. Segundo cayó en una especie de somnambulismo, esperimentando algunas veces dolores indefinibles en la cabeza y en las espaldas, lo cual, segun pudo averiguarse tambien, era señal de que en el instante en que tenia lugar este fenómeno estaba D. Andrés Marchena recibiendo una soberana paliza.

Pero no era esto lo que mas habia contribuido al sensible desmejoramiento de la hermosa Encarnacion, sino la zozobra, la inquietud amorosa de la muger cuyo cariño se encuentra en las apariencias mal pagado. La prolongada ausencia de D. Andrés, aunque justificada con las noticias que se recibian de sus percances, era para ella una prueba de cruel indiferencia, y sobre todo, aquello de negarse á pedir su mano en debida forma el hombre que finjia estar tan apasionado, demostraba claramente á los ojos de la infortunada doncella que, cuando mas, habia dado nacimiento á un capricho pasajero y no á una pasion volcánica correspondiente á la que destrozaba su corazon.

D. Segundo, no sospechando la causa del mal que tan patentes estragos iba produciendo en su muy amada hija, estaba sumamente triste y desconsolado. No dormia ni sosegaba pensando en la terrible alteracion del semblante y en la profunda melancolía del ser idolatrado á quien amaba mas que á sí mismo. Se preguntaba él á sí propio si habria dado algun motivo para afiijir á Encarnacion, y acabó por creer que la jóven debia tener un sentimiento que no se atrevia á revelar por el temor de disgustarle. ¿Seria por cariño hácia cualquiera

de los antiguos amigos que habian dejado de frecuentar la casa? He aquí en lo que mas se fijó D. Segundo, procurando en seguida examinar las cualidades de algunos individuos para despejar la incógnita.

—¿Será, decia, D. Fulgencio Vargas? Imposible. Un hombre cuyo mérito está en razon inversa de sus locas aspiraciones no puede menos de parecer ridículo, y es, por lo tanto, incapaz de inspirar amor á las mugeres. ¿Será D. Fermin Maloja? Menos: éste es un pobre diablo que no tiene una peseta y funda sin embargo su vanidad en su riqueza, es decir, en una cosa que no realzaria sus prendas personales aunque fuera él un segundo Creso. ¿Si será el Narciso de los poetas? ¡Qué disparate! ¿Quién ha de amar á un hombre que es incapaz de querer á nadie mas que á su propia persona, debilidad tanto mas deplorable cuanto que, si él se conociera mas á fondo, tal vez andaria continuamente á bofetadas consigo mismo? Además, yo quiero que mi hija sea libre para corresponder á cualquier hombre menos á un Narciso tan inverosímil como ese. Pero ¡calla! ¿No ha empezado Encarnacion á estar triste y ojerosa desde que fuimos á Burgos? Ahora caigo en que tal vez tendria cariño á ese grosero pintor á quien despedí con cajas destempladas. A fé que lo siento, porque el tal D. Valentin Secante no tiene ninguna cualidad tangente; pero, como me aseguren á mí que no he de ser suegro del Narciso del moderno Parnaso, que me barrenaria las orejas con la lectura y recomendacion de sus versos empalagosos, todo lo daré por bien empleado.

Engolfado se hallaba en estas consideraciones D. Segundo, cuando entró un criado diciendo que preguntaba por él D. Valentin Secante, y aunque se le hacia muy cuesta arriba el estrechar de nuevo sus relaciones con un hombre tan jactancioso, dió la órden de dejarle pasar adelante, por si su presencia podia contribuir al alivio de Encarnacion, aunque en tal caso estaba decidido á dar buenos consejos á su hija para que ésta pusiera su amor en cualquiera otro y no en un hombre tan despreciable como D. Valentin.

Entró, pues, el artista, muy serio, diciendo que iba á

pedir esplicaciones sobre la manera brusca con que habia sido tratado en la ciudad de Burgos, y aunque D. Segundo era hombre capaz de andar á estocadas con tres ó cuatro, aunque fuesen tan Valentines como Secante ó tan valentones como D. José Gilberto, tuvo en consideracion el estado de su hija, por lo cual resolvió tratar el asunto con la mayor prudencia.

—Pero, hombre, dijo, ¿le parece á V. regular el modo insultante con que V. se condujo con la hija de mi amigo D. Alejo?

—Pues ahí está el error de V., respondió D. Valentin; yo reconozco que guardé pocos miramientos á la señorita en cuya casa fuí presentado, pero es porque tenia mis razones para ello. En fin, D. Segundo, ¿cree V. de buena fé que aquella jóven es, en efecto, hija del que llama usted su amigo D. Alejo?

Todo lo esperaba D. Segundo menos una tan estraña pregunta. Miró con atencion al artista para convencerse de que no estaba loco, y despues le preguntó contestando á su vez:

—Caballero, ¿habla V. con formalidad?

—Hablo con el corazon, dijo Secante.

—Pero, entendámonos, replicó D. Segundo; ¿qué quiere V. decir con eso?

—Quiero decir que lo que se ha representado en Burgos con todos ustedes es una farsa indigna; que esa jóven que se ha casado con D. Crisanto no es hija de D. Alejo, sino una mujer perdida que ha estudiado bien su papel en dicha comedia, y en una palabra, que estoy pronto á probar con testigos la verdad de mi aserto, pues esa moza que V. llama hija de D. Alejo el de Burgos, ha sido mi querida en Madrid durante algunos meses.

Entonces sí que no le quedó á D. Segundo la menor duda de que el pintor estaba loco.

—Señor Secante, le dijo, esplique V. su conducta de otro modo y no propale una injuria tan atroz contra una muger honrada que jamás le ha conocido á V. y que, por lo tanto, no puede haber dado motivo para que V. se complazca en ofenderla.

—Está bien, contestó el artista tomando el sombrero: yo creí que tan pronto como le esplicase á V. la razon de la conducta que observé en Burgos, quedaria V. convencido de que habia estado en mi derecho; pero veo que, lejos de agradecerme la revelacion que le hago y de enojarse con aquellas personas que se han burlado de su buena fé, persiste V. en su error, por lo cual nada tengo que añadir y desde luego me retiro.

—Falta que yo lo permita, dijo D. Segundo, porque, una vez que insiste V. en injuriar á una jóven digna de mi estimacion, haga V. cuenta de que yo soy su padre ó su marido, y exijo que se retracte V. de la infame calumnia que ha inventado para esplicar una grosería sin ejemplo.

Por fortuna de D. Valentin se apareció la bella Encarnacion aplacando con su sola presencia la cólera de su padre, que ya estaba dispuesto á romper las costillas al artista con el mismo baston que éste llevaba. Quiso la casualidad, por otra parte, que la hermosa jóven acabase de hacer su tocado, y fuese ó no por esto, parecia ostentar en su rostro mas animacion que en los dias anteriores, cosa que su padre atribuyó al influjo benéfico de la presencia de D. Valentin, por cuya razon se decidió á pasar á otro asunto con el pretesto de que tales cuestiones no debian ventilarse delante de una muger, y al cabo de un rato se despidió el artista con tanta paz como si nada hubiera ocurrido. Luego que quedaron solos, trató D. Segundo de esplorar el corazon de su hija, para averiguar la causa del dolor moral que indudablemente padecia, y á este fin acababa de hacerla una cariñosa insinuacion, cuando llegó á sus oidos un ruido espantoso de gritos y de palos que parecia una segunda edicion de las Vísperas Sicilianas.

—¿Qué demonios significa eso? esclamó D. Segundo, saliendo apresuradamente; una de dos, ó acaba de estallar una revolucion formidable, ó ya tenemos en Madrid á D. Andrés Marchena.

Encarnacion esperimentó, por simpatía, unas sensaciones tan estrañas que se inclinó á esta segunda parte del dilema, y siguió á su padre, acariciando una esperanza lisongera, que para serlo mas solo le faltaba estar exenta de temores. ¡Qué pla-

cer! pero al mismo tiempo ¡qué dolor! El cuadro que se ofreció á los ojos del padre y de la hija no puede pintarse, ó por mejor decir, la escena presentó una tan variada sucesion de cuadros que con ellos habria para llenar un Museo de Pinturas. Allí estaba en efecto D. Andrés Marchena, devolviendo generosamente al pintor Secante todos los palos que de este recibia. El artista tenia ya varias heridas en la cabeza, los brazos magullados y las espaldas calientes como si se hubiera recostado á la boca de un horno. Marchena no sentia menos bochorno en el espinazo y por ambos lados de la cara le resbalaban dos chorros de sangre, procedentes de la cabeza, que le daban un aspecto feroz. A pesar de hallarse tan mal tratados seguian recíprocamente santiguándose con sus bastones dotados de una resistencia portentosa, y aunque se reunió mucha gente para separarlos costó mucho trabajo el conseguirlo por el grado fabuloso de corage á que habian llegado los combatientes.

Encarnacion estaba mas muerta que viva viendo tan manchado de sangre á Marchena; pero al fin se consoló con la satisfaccion de verle y D. Segundo tuvo mucho placer en que el hombre antipático se anunciase armando con su sola presencia los escándalos de costumbre, siquiera por los palos que sacudió á D. Valentin, cuyo pronto castigo por las injurias que habia inferido á la esposa de D. Crisanto parecia providencial. Pero ¿qué razon hubo para esta inesperada trifulca? La cara de D. Andrés, á quien el pintor no conocia, y voy á decir lo que pasó, segun los fidedignos informes que acerca de aquella refriega me facilitó el portero de D. Segundo.

Ya he dicho que D. Valentin llevaba baston, y debo añadir que lo llevaba entonces por casualidad, pues no tenia costumbre de usarlo; de modo que solo puede esplicarse esta rara circunstancia por la funesta predestinacion de Marchena. Pues bien, el caso fué que Secante bajaba la escalera muy mohino por el poco caso que le habia hecho D. Segundo, cuando se le presentó D. Andrés, que acababa de llegar de Burgos, y que en lugar de dirigirse al portero, le preguntó á él con muy buenos modales, si era aquella la casa de D. Segundo Calleja. El pintor, antes de contestar, miró al desconocido y solo de verle se le subió la sangre á la cabeza.

—¿Tengo yo cara de portero? contestó.

—Bien podria V. serlo sin tenerla, replicó D. Andrés.

—Lo que yo soy se lo diré muy pronto con este palo, si V. me apura la paciencia, dijo el artista.

—Señor mio, repuso Marchena, tenga V. presente que donde las dan las toman.

Al oir esto Secante, que jamás habia parecido hombre de armas tomar, levantó el baston, que por casualidad llevaba consigo, y dió principio á la tremenda pelea en que ambos combatientes salieron tan malparados.

Curóse despues á los heridos, retiróse D. Valentin, y el insigne Marchena subió á la habitacion de D. Segundo, siendo muy bien recibido á pesar del escándalo con que como de costumbre habia tenido la fatalidad de anunciarse. Preguntáronle por los amigos de Burgos, y dijo que todos estaban sin novedad, escepto el bueno de D. Crisanto que acababa de esperimentar un contratiempo de los mas desagradables.

Como era natural, este solo anuncio alarmó á D. Segundo y á su hija, que manifestaron vivos deseos de saber lo que habia ocurrido al pobre filósofo optimista de las escepciones, y D. Andrés empezó su relacion de la manera siguiente:

—Señores, por mi voto, á todo el que tiene perro se le debia dar garrote.

—Hombre, dijo D. Segundo, permítame V. que le interrumpa siquiera para decirle que el castigo es un poco fuerte, y sobre todo para rogarle que jamás emita una opinion tan atrevida delante de mi hermano Cristóbal.

—Es verdad, continuó D. Andrés, pero eso no quita para que lo que le ha pasado al señor de Guirlache nos haga mirar con horror á todos los perros. Es el caso que, hallándome yo convaleciente de una indisposicion que tuve dias pasados, salí á dar un paseo en compañia de mi amigo D. Crisanto, y desde luego se engolfó el buen hombre de tal modo en sus consideraciones filosóficas que no me fué posible distraerle. Hablábale yo de la belleza del campo, de su felicidad doméstica, de las prodigiosas hazañas de su suegro; le quise por fin llamar la atencion hácia una muger que viajaba en posta, seguida de un

perro, y que se iba acercando hácia nosotros á buen paso, pero á todo esto me contestaba él con monosílabos que tenian por objeto eludir las cuestiones que yo le proponia, y continuaba impávido su disertacion. "Mire V., me decia, entre los emperadores romanos figuran quizá los hombres mas depravados de la especie humana, y sin embargo, no tengo inconveniente en recurrir á sus ejemplos para robustecer mi teoría. Tiberio y Calígula llenan el mundo de horror con sus nombres; Claudio era un imbécil, pero bien caras le salieron las últimas setas que comió; Neron fué un mónstruo que hizo morir á su propia madre, Galba un avaro aborrecible, Othon un ingrato, Vitelio un comilon despreciable, y en una palabra, entre mas de setenta emperadores que cuenta la historia desde Julio Cesar, ó mas bien, desde Augusto hasta Augústulo, apenas habrá media docena que no se hayan hecho dignos de las maldiciones de la posteridad; pero eso no quita para que yo considere á los perversos, á pesar de ser superiores en número á los buenos, como escepciones mas ó menos tristes de la regla general." No bien habia cerrado tan estraño periodo de su discurso el buen D. Crisanto, cuando exhaló un grito espantoso que indicaba un dolor acerbo. ¿Qué les parece á ustedes que habia sucedido?

—¿Le mordió el perro de la dama misteriosa que viajaba en posta? preguntó D. Segundo.

—Le clavó todos los dientes en una pantorrilla, contestó Marchena, causándole una herida por la cual arrojaba mucha sangre. Acto contínuo fuímos á casa de un cirujano de muy mal carácter por cierto, pues apenas le saludamos cuando se enredó conmigo en palabras; de estas pasamos á las vias de hecho, y concluimos por rompernos las cabezas mútuamente á garrotazos.

—Si lo creo, dijo D. Segundo, eso era muy natural.

Encarnacion se estremeció sin decir esta boca es mia, y Marchena prosiguió diciendo:

—En fin, terminada la reyerta, en la cual el cirujano llevó la peor parte, procedió éste á curar á nuestro buen amigo D. Crisanto, cuya herida por mas que arrojaba mucha sangre, resultó ser de poca consideracion; pero al ir á poner la venda

correspondiente se le ocurrió al diantre del facultativo una duda que llenó de terror al herido. "¿Sabe usted si el perro estaba rabioso?" preguntó, y esta duda nos alarmó á todos en tales términos que nos pusimos en movimiento para averiguar lo primero que necesitábamos saber. Yo me dirigí al instante á la casa de postas donde pensaba encontrar á la viajera y al perro, pues aprecio mucho á D. Crisanto y me interesaba sobremanera llevarle una buena noticia; pero un postillon á quien encontré á la puerta del establecimiento fué tan imprudente que, en lugar de contestar con decoro á la pregunta que le hice de si estaba allí una señora viagera vestida de luto que llevaba un perro negro, me dijo con la mayor grosería que lo ignoraba y que aunque lo supiera no tenia porqué darme cuenta de lo que no me importaba un pito. ¿Qué sabe V. si me importa ó no me importa? le repliqué.—Por lo menos sé que no me dá la gana de contestarle á V., me respondió.—Eso no deja de ser una barbaridad, le dije, y el resultado fué que......

—Ya, ya lo supongo, interrumpió D. Segundo; apuesto doble contra sencillo á que anduvieron ustedes á palos. Eso era consiguiente.

—¿No le parece á V. que tuve razon? preguntó muy cándidamente Marchena. ¿Qué motivos le habia yo dado al muy agreste para provocarme de aquella manera? Por desgracia, la camorra duró mucho tiempo, porque mi adversario parecia estar fuera de sí, al paso que yo no estaba menos furioso contra un hombre que tan brutalmente me habia tratado, y lo que sucedió fué que mientras yo me hallaba muy ocupado en la referida trifulca, salió la viajera de la casa galopando lindamente con su caballo, y dejándome con un palmo de narices.

—¿ Y no reparó V. si la seguia el perro ? preguntó D. Segundo.

—No estaba yo para observar nada, dijo Marchena, porque harto tenia de qué ocuparme con solo parar los terribles golpes que me asestaba el postillon, y con tratar de arrimarle uno bueno que le pusiese fuera de combate. Por fin, terciaron varios vecinos honrados, aunque con tan visible parcialidad que todos se declararon en contra mia, y hubieran acabado conmi-

go á no haberse oportunamente presentado en el lugar de la pelea nuestros buenos amigos D. Alejo y el labrador Matías. Este último, en particular, cojió una tranca y en un interminable borboton de refranes, hizo saber que estaba resuelto á batirse solo contra todo un regimiento, si alguno me ofendia. Esto me salvó; pero prosigamos la historia. Luego que D. Crisanto supo lo que habia sucedido, entró en tal aprension con respecto al perro de la viajera misteriosa que tomó la heróica resolucion de salir él mismo en posta, matando si era preciso veinte caballos, para darla alcance y cerciorarse de que el animal que le habia mordido no estaba rabioso.

—El caso no era para ménos, dijo D. Segundo; yo hubiera hecho lo mismo para salir de tan cruel incertidumbre; pero ¿cómo podia acometer esa empresa el pobre filósofo, que no ha montado jamás á caballo?

—Esa fué la objecion que todos le hicimos, oponiéndonos fuertemente á su viage, pues temíamos no solo que se cayera del caballo á lo mejor, sino que no pudiera caminar una jornada sin quedar el infeliz estropeado para dos meses. Ademas todos nos ofrecimos á ir en su lugar desempeñando fielmente la comision, aunque pensándolo bien, nos parecia inútil la molestia del viage, para él y para otro cualquiera, por la sencilla razon de que cuantos habian visto el perro de la dama desconocida, convenian en que no tenia trazas de estar enfermo, cuanto ni mas rabioso. Sin embargo, como la aprehension es una de las mas incurables dolencias que pueden aquejar á un hombre, D. Crisanto, apesar de su carácter escesivamente dócil, se mostró intransigente, diciendo que él se esponia á rabiar sino quedaba bien convencido de la salud del perro, y que para ello no se fiaba de nadie, pues queria él examinar al animal y verle beber un buen trago de agua, despues de lo cual, se volveria muy tranquilo á Burgos.

—En efecto, dijo D. Segundo, no hay ningun mal en que la imaginacion influya mas peligrosamente que en la hidrofóbia.

—Pero yo supongo que el perro no rabiaria, repuso Encarnacion, y por consiguiente no habrá nada que temer con respecto al pobre D. Crisanto.

—Y al fin, ¿cómo se compusierón ustedes para hacer desistir al filósofo de su loco proyecto?

—¿Y quién dice que desistió? contestó Marchena; todo lo contrario; tomó dinero para llegar hasta Paris, si era preciso, se despidió llorando de su esposa y de todos los nuevos parientes y amigos; montó á caballo y salió en direccion al Norte sin que en mas de ocho dias que yo permanecí todavia en Burgos se recibiesen noticias de su paradero.

—¡Jesus, qué destino! esclamó D. Segundo, ¿con que al fin le permiteron ustedes hacer ese disparate?

—¡Toma! y ¿cómo habiamos de impedir que hiciese disparates un filósofo del género de D. Crisanto?

—¡Qué desconsolada se quedaria la pobre Teresa! esclamó Encarnacion.

—¡Qué atrocidad! añadió D. Segundo haciéndose cruces; ¡D. Crisanto en posta! De seguro ha muerto de una caida el infeliz, ó cuando ménos debe hallarse gravemente enfermo de cansancio.

Continuaron aun por algun tiempo haciendo comentarios sobre el viage de Guirlache, pasaron despues á hablar de otros asuntos, y entre los mas importantes merece citarse el haberse quedado encargados de dirijir y administrar los bienes del baron, durante la ausencia de D. Crisanto, su suegro D. Alejo, en colaboracion con el intelijente y activo Matias. Despues de estas esplicaciones se despidió Marchena, prometiendo volver de vez en cuando, con gran regocijo de Encarnacion, que apénas podia disimular su contento, y creo que haria ya dos horas que D. Andres descansaba lleno de satisfaccion tambien en la casa donde se habia hospedado, cuando todavia D. Segundo estaba repitiendo estas ó parecidas esclamaciones:

—¡D. Crisanto en posta! ¡Qué atrocidad! ¡Qué desatino! ¡Al mismo demonio no se le hubiera ocurrido semejante locura!

Solo una cosa pudo consolar á D. Segundo de la noticia desagradable que habia recibido, y fué el cambio favorable que como por encanto se habia operado en el rostro de su hija, cosa que atribuyó él á la visita inesperada del pintor Se-

cante, por ese prodigioso don de errar que solo pertenece en tales casos á los padres y á los maridos. A la verdad, mucho le disgustaba el singular capricho de su hija, porque el sensual y jactancioso artista era, por estas mismas circunstancias, indigno del amor de una muger decente; pero por de pronto lo que mas le interesaba era el alivio de Encarnacion; de modo que al verla tan animada, por mas que la causa de su mejoria fuese dolorosa, tuvo una de esas indefinibles alegrias que solo conocen los que han sido sentenciados á muerte y reciben la noticia de habérseles conmutado la pena. En efecto, la muerte de Encarnacion hubiera sido un suplicio para D. Segundo; y aunque vivir para amar á un hombre como el pintor debia, en el concepto de D. Segundo, mirarse como una condenacion á cadena perpétua, siempre habia entre el último y el primer estremo la diferencia que hay entre la vida pasada en el dolor y la muerte sin esperanza.

Mas ¡ay! D. Segundo no solo se equivocaba respecto á las inclinaciones amorosas de su hija, sino tambien al estado físico á que en un solo mes la habian reducido los sufrimientos morales. Despues de despedirse Marchena, y precisamente cuando mas risueño empezaba á presentarse el porvenir á la imaginacion de D. Segundo, Encarnacion, en cuyas megillas habian reaparecido con mas vigor las tintas sonrosadas que daban á su belleza un supremo realce, tuvo uno de los ligeros accesos de tos que solia experimentar, y manchó el pañuelo con un esputo de sangre rojiza, en presencia de su padre consternado. Este alarmante suceso, volviendo á tomar el hilo de nuestras comparaciones, fué para D. Segundo tan cruel como lo seria para el reo que ha creido en la conmutacion de su pena, la confirmacion de su sentencia de muerte. Al momento hizo llamar á los mejores médicos de Madrid, que acudieron presurosos á consolarle con el auxilio de sus conocimientos científicos, y cuando ménos, lograron calmar su dolor, asegurando que el caso era grave sin ser desesperado, pues la afeccion de la paciente no se hallaba en el último período ni con mucho, y por otra parte, como tenia una naturaleza bastante robusta, podian abrigarse muy lisongeras esperanzas. Efecti-

vamente, pasaron varios dias sin que se repitiera el alarmante suceso que habia llenado de mortal inquietud el corazon de D. Segundo Calleja, y léjos de eso, Encarnacion, sin aliviarse del todo, parecia caminar lentamente hácia su restablecimiento, á lo cual, sin que D. Segundo lo sospechara, contribuian mucho las frecuentes visitas de Marchena.

Sin embargo, en los momentos en que los amantes podian verse sin testigos, solia agravarse el mal de Encarnacion por la terquedad verdaderamente aragonesa con que D. Andres se negaba á pedir su mano, en medio de los juramentos que hacia de amarla eternamente y no vivir mas que para ella.

—¿Cómo puedo yo dar fé á la sinceridad de tus palabras, decia la jóven, supuesto que soy una muger soltera y honrada y te niegas á santificar el amor de que blasonas con el lazo del matrimonio?

Hubiera D. Andres dado la vida por contestar satisfactoriamente á estas preguntas; pero sabia bien que no debia engañar al ídolo de su corazon; conocia sobradamente que la franqueza para con D. Segundo le hubiera perdido irremisiblemente, y sufria horribles angustias de ver que con su justificada obstinacion provocaba crísis espantosas en la salud de la muger adorada, por quien hubiera hecho todos los sacrificios que inspiran las grandes pasiones.

—Y bien, le dijo un dia Encarnacion, para negarte á mantener conmigo relaciones lícitas, vale mas que no vuelvas á verme. Yo te amo mas de lo que puedo espresar con la lengua: sé que al despedirte para siempre me condenó á una especie de suicidio, porque el terrible mal que sufro, ayudado por el pesar que ha de causarme tu ausencia, triunfará de la naturaleza y de los facultativos, conduciéndome pronto á la tumba; pero acepto la muerte y la espero resignada, mas bien que someterme á ser víctima de mi credulidad con el hombre que ménos razon tendria en la tierra para engañarme.

—¡Ah! contestó Marchena, no te complazcas en mi martirio. ¿Tú morir? ¿Sabes que á esta sola idea se me hiela la sangre? ¿Y podria yo sobrevivirte? Poco he dicho; el dia en que yo perdiera la esperanza de tu salvacion, me moriria de pesa-

dumbre. Pues bien, apesar de todo, sabe que hay un terrible secreto que me impide dar el justo y noble paso que me propones; miéntras llega el dia en que desaparezca el obstáculo que me prohibe la satisfaccion de complacerte, voy á darte una prueba inequívoca de la sinceridad de mis palabras. ¿No te he dicho ya que soy bastante rico? Ahora verás el caso que hago de mi fortuna cuando se trata de agradarte, y te prometo que si no soy feliz en el plan que he concebido para verte todos los dias y á todas horas, dándote siempre repetidas muestras del acendrado amor que te tengo, cumpliré la dura condicion que me has impuesto, haciendo que nunca mas vuelvas á saber de mi persona.

Dicho esto se despidió D. Andrés, dejando á Encarnacion llena de mortal abatimiento. Bien hubiera la desgraciada querido retirar su proposicion que parecia haber decidido á su amante á tomar una resolucion desesperada; pero ya era tarde, porque Marchena salió precipitado de la estancia en que quedába la hermosa enferma entregada á las amarguras del dolor y del arrepentimiento.

Una hora despues salió la infeliz de la duda en que la habia dejado Marchena. Su padre, que, en medio de los grandes negocios que tenia, solo pensaba en ella, entró á verla por la centésima vez aquel dia, y le habló de dos asuntos distintos: uno para consolarla y otro para distraerla.

—¿Sabes, hija mia, díjo D. Segundo, que he pensado en hacer las paces con D. Valentin Secante? Verdad es que yo tenia motivos para disgustarme con él; pero atribuyo sus faltas á su mala cabeza y no á su corazon: por eso estoy dispuesto á perdonarle, olvidando sus tonterias.

—Me es indiferente ese hombre, contestó la enferma sonriendo, y aun por mi voto, nunca mas deberia entrar en esta casa el que tan mal se ha conducido.

D. Segundo interpretó estas palabras de Encarnacion dándolas el sentido opuesto que tenian; porque se le habia fijado la mania de que su hija estaba locamente enamorada del pintor, y no habia quien lo convenciese de lo contrario.

—Al fin muger, dijo para sí el cariñoso padre. ¡Qué bien

sabe disimular sus afectos, aparentando indiferencia y hasta ódio contra el hombre á quien ama con todo su corazon! Pero á mí no me engaña fácilmente, y por la sonrisa que en ella he sorprendido, sé muy bien á qué debo atenerme. ¡Oh! está visto, le ama con delirio.

Despues de hacerse el buen hombre estas mortificantes reflexiones, quiso remachar el clavo en las pruebas de su afecto paternal, y dijo en voz alta:

—Para tí podrá ser indiferente D. Valentin, pero para mí no lo es, porque conozco su mérito artístico, y no he de parar hasta que estrechemos de nuevo las relaciones mas amistosas.

Este solo rasgo, sin otros mil, hubiera bastado para hacer comprender á la bella jóven el amor que le tenia su buen padre, pues por el deseo de complacerla estaba haciendo el elógio del hombre á quien mas despreciaba en el mundo. Pero ya he dicho el privilegio que gozan los padres y los maridos para tomar en tales casos el rábano por las hojas, y ahora, despues de manifestar el asunto que tan desacertadamente habia D. Segundo elegido para consolar á su hija, voy á esponer el que tocó solo con el objeto de distraerla, siendo el único á propósito para consolarla.

—Otra cosa tengo que contarte y que te llenará de admiracion, hija mia, dijo el buen hombre; ¿sabes que ese D. Andres Marchena debe estar muy apurado?

Un vuelco le dió el corazon á la hermosa jóven sin mas que oir este preámbulo; pero pensó cuanto la importaba el disimulo en el particular, y contestó aparentando no tener mas interés que el de la curiosidad, en lo que á D. Andres se referia:

—¿Pues qué le sucede? preguntó con aire de estudiada distraccion.

—Una friolera, dijo D. Segundo; yo le suponia rico, por eso de haber renunciado el cargo de administrador del baron de la Zarza, y ahora salimos con que no tiene que comer, y tan mala es su posicion que hoy mismo me ha venido á suplicar que le admita en mi casa de comercio en calidad de dependiente, aunque sea por un par de pesetas diarias, si nó puedo darle mas.

Esta noticia fué muy agradable para Encarnacion, pues la hizo comprender cuanto debia D. Andrés amarla para renunciar á su indépendencia por el deseo de vivir á su lado; pero al mismo tiempo su corazon se sublevó á la idea de que el hombre á quien ella proclamaba como señor de sus pensamientos fuese á desempeñar en su propia casa el humilde papel de dependiente, y así se apresuró á contestar:

—Supongo que V. habrá sabido hallar alguna buena escusa para no recibirle.

—Así debí hacerlo, dijo D. Segundo; porque, bien mirado, un hombre que goza de tan universales antipatías va á ponernos la casa en permanente combustion; pero, hija mia, no he olvidado la galantería con que nos trató en Burgos y me ha sido imposible desairarle; de modo que ya está admitido, y desde mañana vendrá á tomar parte en los trabajos de mi escritorio.

Encarnacion no contestó. Estaba fuera de sí con la prueba de amor que recibia y hasta por la manera ingeniosa con que su amante habia sabido ingerirse en su casa, lo que tenia cierto encanto á sus ojos como lo tiene todo lo que es novelesco en el corazon de las mugeres. Por otra parte, lo repito, estaba ofendida de que D. Andrés hubiese apelado á tan estraño recurso para complacerla, y despues, por la propension á la melancolía que su afeccion habia engendrado en ella, dió en ver las cosas bajo un colorido mas siniestro, pensando en que tal vez el aparente sacrificio de Marchena no era en el fondo mas que un medio de prolongar el engaño, si no una red tendida pérfidamente á su virtud.

D. Segundo, aflijido al ver la tristeza que se habia pintado en el semblante de su hija, se lamentaba ya interiormente de haber admitido en el número de sus empleados á uno que no merecia el beneplácito de aquella, y despues de acariciarla con paternal solicitud, como para remediar su falta, se retiró diciendo:

—¿Como ha de ser, hija mia? Ya he dado mi palabra, y á lo hecho pecho; pero una vez que tanto te desagrada ese señor Marchena, yo aprovecharé la primera ocasion racional que se

presente para alejarle ó para despedirle, porque á nadie tengo que dar gusto mas que á tí. Adios, hija mia; luego volveré á verte, y entre tanto, no te pongas de mal humor, que yo haré por librarte lo mas pronto posible de la presencia de ese hombre cargante.

¡Qué privilegio el de los padres y los maridos, para esto de sorprender los secretos pensamientos de sus hijas ó de sus mugeres!

CAPITULO VIII.

Un viage en posta.

Aunque perdamos por un momento el hilo de los sucesos mas interesantes de esta historia, voy á dar cuenta del viaje de D. Crisanto, acerca del cual nada dijo Marchena, por la sencilla razon de que nada sabia. Sin embargo, esto no le hubiera disculpado en Francia, donde todo el mundo habla con mas empeño de lo que mas ignora, y tanto es así, que los literatos contemporáneos están allí diariamente pintando las costumbres del mundo entero, sin haber salido de Paris, en lo cual prueban cuando menos la riqueza de su imaginacion. Eso sí, lo que no saben lo inventan, y desfiguran lo que saben, calumniando á todas las naciones por el singular propósito de demostrar que solo la Francia es un pais civilizado, de donde se infiere lógicamente que el patriotismo exajerado es la negacion del sentido comun; pero la consecuencia no debe ofender á los citados escritores, que se vanaglorian de no tener sentido para hacerse mas recomendables á los ojos de sus lectores.

Por de pronto, lo primero que ocurrió fue que D. Crisanto necesitó un taburete y la ayuda de dos hombres para montar, pues habiendo intentado hacerlo por el método ordinario,

repitió inútilmente la prueba tres ó cuatro veces, hasta que tuvo que reconocer su impotencia. Despues, para que los estribos no se le escapasen, hizo acortarlos una cuarta mas de lo regular, introduciendo en ellos los piés hasta tocar en el hierro con los tacones. Además, apretaba cuanto podia las piernas, que por la escasa longitud del estribo le hacian ir como en cuclillas; agarró la brida con la mano derecha y la silla con la izquierda, sintiendo mucho no tener una tercera mano para asirse de la cola del caballo, y en esta posicion grotesca dió al postillon, que habia de acompañarle hasta la segunda posta, la órden de romper la marcha. Todos temian que al echar á andar el caballo hubiese alguno de aquellos percances que son tan comunes en los ginetes bisoños; pero por fortuna, como el filósofo habia tomado tan buenas precauciones para impedir el esperimento de aquella verdad de la física, que dice que todos los cuerpos abandonados en el espacio buscan su centro, pudo mantenerse firme, y D. Crisanto salió de Burgos sin probar mas contratiempo que el del ridículo en que se puso; pero esto le tenia sin cuidado al filósofo, porque de sus constantes estudios habia llegado á deducir que las risas del vulgo no hacen chichones.

Sin embargo, durante las primeras tres leguas se cayó D. Crisanto tres veces, lo que daba exactamente la proporcion de porrazo por legua, y aunque nadie presenció estas caidas no por eso fueron menos sensibles. Esto le hizo tomar en el primer punto de relevo una precaucion infalible para evitar todo peligro, y fué la de comprar un par de sogas para amarrarse á la silla del caballo, liándose en todas direcciones como si fuese un fardo; y en efecto, tan asegurado quedó de esta manera, que aunque el mismo jaco se hubiese caido cuarenta veces, no habria podido dar una siquiera en tierra con su carga. La gente se reia á carcajadas al ver la tristísima figura que presentaba el filósofo; pero como á él lo que le importaba era caminar con velocidad, no hizo caso de nadie, y [illegible]tando con la seguridad del paracaidas de esparto con [illegible] prevenido, quiso llegar al segundo relevo de un solo [illegible] No habia el infeliz contado con la huéspeda, como s[illegible]se. Desde [illegible] por

la falta de costumbre, comenzó á sentir unas agujetas que tomaban el aspecto de sinapismos en las posaderas, y como por la misma circunstancia de ir tan atado le era imposible hacer un solo cambio de posicion para esperimentar algun alivio, las tales agujetas tomaron un incremento maravilloso. A pesar de todo, el hombre se armó de resolucion, jurando que habia de galopar hasta llegar al fin que se proponia, por mas ampollas que la silla del caballo le produjese. ¡Ay! no sabia el desdichado que el ejercicio violento á que se entregaba por la primera vez de su vida, tenia un inconveniente mayor que el de las agujetas, y era ese dolor que se fija en el pecho de los que no tienen la costumbre de montar á menudo, y que por ser tan comun se le ha dado en llamar el dolor del caballo.

A esta sensacion desagradable se rindió el pobre D. Crisanto, no sin hacer varias pruebas con heroica temeridad, pues aun despues de verse aflijido por tan terrible dolor se obstinó en apretar el paso varias veces; pero el caballo, que conocia bien á su ginete, y aun parecia adivinar el mal que le aquejaba, dió en sacar un trote tan molesto cuando se veia ostigado, que desde entonces el filósofo, renunciando á su salvacion, se dió por vencido. De buena gana se hubiera vuelto á Burgos, pero calculó que ya distaba cuatro leguas de esta ciudad y tanto peligro veia el infeliz en andar cuatro como cuatrocientas leguas. Además, consideraba con razon que hubiera sido una vergüenza el retroceder despues de haber sostenido una lucha tan vigorosa con los que se oponian á su salida, por lo cual se decidió á seguir andando al paso del buey, siquiera para evitar el dolor del pecho que era el que mas le atormentaba.

Por fortuna, cuanto más apurado se ve un hombre mas reflexiones consoladoras se le ocurren, y esto fué lo que le sucedió á nuestro filósofo cuando se convenció de que se habia metido en una empresa muy superior á sus fuerzas.

—¡Que diablo! decia para sí; ¿quien sabe si el perro estaria en estado normal? A mí me parece que no tenia trazas de estar rabioso aunque me mordiese, y por otra parte, la viajera misteriosa debe detenerse en algun punto donde podré hallarla con el auxilio de la policía. ¿Quién me manda ir tan de

prisa? Si no la alcanzo en un dia la alcanzaré en una semana, y el resultado será el mismo.

Consolado con esta idea, sintiendo cada vez mas entumecidas las piernas y mas doloridos los riñones, y en fin, notando el pobre que ya llevaba las posaderas en carne viva, dejó andar su caballo al paso que queria, y que no era superior al de los burros cansados cuando suben la rápida pendiente de una elevada mantaña, sin hacer caso del postillon que se reia como un insensato, diciendo que para llevar aquel paso de tortuga no habia necesidad de caminar en posta. El resultado inmediato fué que nuestro buen viajero invirtió cosa de seis horas en las tres leguas que habia desde el segundo al tercer relevo, y cuando llegó á Miranda estaba mas muerto que vivo.

Allí le desataron con gran dificultad, pues tal era la red formada por las sogas, y tal la sarta de nudos con que se habia sugetado para no caerse, que despues de trabajar una hora en desenredar aquella enmarañada madeja cuyos cabos se habian perdido completamente, fué preciso apelar al recurso del cuchillo para cortar la cuerda en mas de veinte puntos distintos y libertar al pobre prisionero.

—Baje V., le dijeron entonces.

—¿Si, eh? contestó el desdichado; ¿que baje yo? ¿y como he de bajar si no puedo moverme?

Y era la verdad: el entumecimiento que habia comenzado por las piernas se fué comunicando lentamente á todo el cuerpo, de tal modo que ya el pobre filósofo no podia mover los brazos ni los piés, y hubiera permanecido indefinidamente en la misma posicion que tenia sobre la silla del caballo, á la cual parecia estar pegado con engrudo, si no le hubieran bajado á guisa de materia inerte que solo por un impulso estraño puede cambiar de sitio. Todavía, despues de verse en el suelo, no podia recobrar la elasticidad de los tendones para poner las piernas en ejercicio, y en cuanto á lo demás, debo decir que habia perdido la epidermis en todos aquellos puntos de su cuerpo que tuvieron algun roce ó contacto con la silla sobre la cual estuvo sentado tantas horas.

En este lastimoso estado, lo primero que se le ocurrió fué

hacer llamar á un médico, á fin de aplicarse un remedio eficaz para curarse cuanto antes las agujetas, que era lo que mas le incomodaba por entonces.

—Anda, muchacho, dijo el dueño del parador á uno de sus criados; vete corriendo á casa del doctor Jalapa y dile que venga al instante á ver á un caballero que ha llegado enfermo.

Supongo que mis lectores no se habrán olvidado del tremendo facultativo cuyo nombre se hallaba tan en armonía con su sistema de matar, y que habiendo sido espulsado hasta la fecha de mas de cuarenta poblaciones por los estragos que hacia en todas ellas, acababa de ir por casualidad á establecerse en la villa de Miranda. Ya el pobre estaba un poco alicaido por los años y los sustos que habia pasado; pero cada vez sostenia con mas teson su plan curativo, y así, tan pronto como examinó la estensa llaga que habia causado el frotamiento de la silla en las piernas del viajero, le recetó un eficacísimo purgante, asegurando que los resultados serian prodigiosos.

Consolado el buen D. Crisanto con el lisonjero pronóstico de un tan eminente facultativo, y sin saber lo que tomaba, se tiró al coleto la purga de un solo trago, despues de lo cual hizo que le montasen en el nuevo caballo de relevo que ya estaba listo, y que le sugetasen como antes con cuerdas, aunque algo menos apretadas y con alguna economía de vueltas y de nudos para cuando llegara el caso de apearse.

Bien conocia el filósofo que no se hallaba en estado de caminar por el dolor continuo y repetidos pinchazos que le producian las agujetas; pero confiaba en que tan pronto como empezase á obrar el medicamento que habia tomado con la mejor buena fé, iria disminuyendo gradualmente la incomodidad que esperimentaba, y asi dió órden de romper la marcha cuanto antes.

Los dolores que sintió el desdichado viagero en el primer cuarto de legua no son para contados; pero á ellos se agregó muy pronto una molestia mas insoportable, y era el terrible efecto del horroroso purgante que comenzaba á hacer su operacion. El hombre notó una tan espantosa revolucion en sus entrañas que, no acertando á esplicarse las multiplicadas angustias que

sufria, empezó á tomarlas por síntomas infalibles de la muerte. Llegó el momento del primer apuro, y el postillon se vió y se deseó para ayudarle á bajar del caballo, aunque naturalmente pasó mayores trabajos para hacerle montar otra vez; y como si tan triste percance no hubiera bastado para acabar con la paciencia de un santo, no bien se habia colocado el filósofo sobre la silla, cuando manifestó mas imperiosos deseos de bajar nuevamente. Las fuerzas del postillon se debilitaron estraordinariamente para ayudar á D. Crisanto á montar otra vez; pero desfallecieron para siempre al ver que no habian andado un tiro de bala, cuando el incómodo viagero repitió la pesada cantilena de querer bajar inmediatamente, y en fin, para no cansar á mis lectores con una minuciosa relacion de idénticas aventuras, diré que pasaron de cuarenta las veces que se repitió la trabajosa operacion indicada, llegando el filósofo y el postillon tan estropeados al punto del próximo relevo, que ámbos tuvieron que acostarse y permanecer en la cama tres ó cuatro dias. Se me habia olvidado decir que gracias á las agujetas y al remedio con que fueron combatidas, el viagero invirtió cerca de veinte y cuatro horas en las últimas tres leguas, lo que daba una bonita y sorprendente proporcion para caminar en posta.

La esperiencia de lo pasado hubiera debido bastar para que D. Crisanto desistiese ya de su empresa; pero un filósofo no se vuelve atrás nunca de sus teorias ó propósitos, y asi éste se obstinó en seguir su caminata, disponiendo que le ensillasen un buen caballo tan pronto como se creyó en estado de resistir las fatigas del viage; pero por desgracia le tocó para hacer la prueba un postillon medio loco, que hacia gala de tener los caballos mas corredores de toda la provincia, y asi, en las primeras tres leguas que anduvo despues de su semi-convalescencia sufrió infinitamente mas que en todo lo que hasta entónces habia caminado. Efectivamente, los caballos eran vivos de genio, pero tenian un movimiento tan pronunciado que se necesitaba ser de bronce para resistirlos. Lo primero que empezó á mortificar á D. Crisanto, luego que rompió la marcha, fué la reaparicion de las consabidas agujetas, que no parecia

sino que iba el buen hombre arrellanado sobre un asiento de piedra infernal. Despues, como á un cuarto de legua, gracias al perverso galope de su cabalgadura, se presentó nuevamente aquel pícaro dolorcito del pecho, que era insoportable, y que obligó al filósofo á preferir el paso del buey al de la posta; pero el presente postillon era inflexible, pues tenia la costumbre de hacer siempre el camino que le correspondia de una sola carrera, y diciendo, además, que para curar el dolor del pecho no habia cosa mejor que no hacerle caso, pegó un atroz latigazo al caballo del viajero, hincó ámbas espuelas en los costados del suyo, y ámbos echaron á correr como desbocados, saltando á grandes saltos los obstáculos que se presentaban en la carretera. D. Crisanto afligido, atormentado y sin aliento, á causa del dolor espantoso que esperimentaba, quiso arrojarse al suelo de cabeza; pero como iba tan bien amarrado, segun su costumbre para no caerse, no pudo tener ni el consuelo de desnucarse cuando mas falta le hacia; y asi, viendo la imposibilidad de desprenderse del potro en que montaba, y que para él era un verdadero potro, empezó á esclamar á medida que galopaba:

—¡ Favor! ¡ favor! ¡ San Pedro y San Pablo sean en mi ayuda! ¡ Dios justo! ¡ Vírgen Santísima! ¡ compadeceos de este pobre pecador arrepentido, y ablandad el corazon de este postillon sanguinario!

En cuanto oyó el postillon esta especie de rogativa, hizo ademan de detenerse, pero no fué sino para colocarse detras del caballo en que iba el filósofo, y sacudirle como le sacudió mas de veinte latigazos; y no le pegó mas por la sencilla razon de que el animal vapuleado sacó un galope muy largo para librarse del brutal castigo que sufria; de suerte que en cerca de una legua, por mas que el postillon apretó las espuelas al suyo, no le pudo dar alcance.

Imposible parecia que D. Crisanto hubiera resistido á tan cruel esperimento. Su dolor era ya tan acerbo que casi le hacia delirar, mezclando sus ruegos á la corte celestial con los apóstrofes dirigidos al bárbaro postillon.

—¡ Dios me socorra! decia; ¡ el apóstol Santiago me favo-

rezca! ¡Pérfido postillon! ¡infame hotentote! ¡Tú me las pagarás! ¡Ay, desdichado de mí! ¡No puedo mas! ¡Yo fallezco!

—¡Ea, caballero! esclamó el postillon cuando estuvo bastante cerca para dirigirle la palabra: no hay que afligirse que ya no falta mas que una legua!

—¡Calla, malévolo, escepcion abominable de la especie humana! dijo D. Crisanto; ¡ya me las pagarás todas juntas en llegando al punto de descanso!

—¡Toma! contestó el postillon, sin dejar de galopar un instante, ¿con qùe en lugar de darme las gracias por la ligereza de mis caballos se da V. por ofendido? ¡Pues estamos frescos! ¿Para qué se ha inventado el viajar en posta sino es para andar mucho camino en poco tiempo?

Y esto diciendo, comenzó á sacudir con mas fuerza que ántes horribles latigazos á los caballos, aumentando el dolor físico del pobre filósofo, que ya iba echando materialmente los bofes por la boca. En esta última carrera cesaron los votos y las interjecciones, por la circunstancias de haber el viagero perdido completamente el conocimiento; de manera que llegó sin sentido, y en la mas lamentable situacion al lugar del relevo.

Como era natural, se alarmó la gente viendo al buen hombre desmayado, y mas se lamentaban de este suceso, siempre desagradable, porque aquel punto de descanso era un simple caserío, lo cual quiere decir que no habia médico á quien demandar socorro; pero esto mismo fué una felicidad para D. Crisanto; pues en efecto, mas le valia no hallar facultativo que tropezar con otro doctor como Jalapa, de cuyos remedios quedaba escarmentado para el resto de su vida. En tal conflicto, lo que hicieron los dueños del parador fué, por de pronto, desatar al exánime viagero, costándoles cerca de un cuarto de hora esta operacion, y despues le tendieron en una cama, dejando obrar á la naturaleza, que es la mas acertada medida que se puede tomar en tales casos.

Pronto volvió en sí D. Crisanto, y lo primero que preguntó fué por el pícaro postillon que tan brutalmente se habia conducido con él; pero le dijeron que ya se habia marchado,

de lo cual se alegró mucho, porque no encontrándose en aptitud de castigarle, tampoco queria tener el disgusto de verle. Sin embargo, aunque el pobre filósofo volvió pronto en sí, no por eso salió al momento de cuidado, pues tuvo que pasar ocho dias en cama y tres ó cuatro mas de convalecencia, despues de lo cual ya se sintió con fuerzas para continuar su infortunado viaje.

Antes de partir se le ocurrió esta vez á D. Crisanto declarar el objeto que le obligaba á emprender aquella escursion y arrostrar con frente serena las consiguientes penalidades, con cuyo motivo preguntó á las gentes del parador si recordaban haber visto pasar á la señora que él iba buscando, en compañía del perro que le habia mordido. Dijéronle que sí, con respecto á la dama, pero nadie hizo memoria del perro por no haber fijado en ello la atencion, aunque creian que no habia pasado semejante perro en compañía de la citada viajera, y esto afligió mucho al buen D. Crisanto, porque de no haber pasado por allí el animal cuya mordedura le tenia tan alarmado, debia casi suponerse que se habria muerto, y en tal caso aumentaban considerablemente las probabilidades de que estuviera rabioso.

Mucho trabajaron entonces las personas que le habian asistido para tranquilizarle, y le aconsejaron que se volviese á Burgos, no solo porque creian que no tenia motivos para temer las consecuencias fatales que recelaba de su herida, sino porque, haciendo ya mas de quince dias que habia pasado por allí la muger á quien iba buscando, era posible que estuviese ya en Rusia ó en Persia, segun la rapidez con que caminaba, por lo cual les parecia imposible que D. Crisanto pudiera dar con ella. Pero ya lo he dicho antes: nuestro viajero era filósofo y de consiguiente podia en punto á teson apostárselas con todos los aragoneses y vizcainos, que, segun ellos mismos lo confiesan, son los hombres mar tercos de toda la cristiandad. Por esta razon, cuantas reflexiones le hicieron para que desistiese de un viaje no menos penoso que supérfluo fueron inútiles, pues el hombre se empeñó en seguir adelante, diciendo que le daba la gana y que era dueño de su albedrío.

A este argumento no hubo nada que contestar sino pre-

parar los caballos y dejar al tozudo viajero irse bendito de Dios donde quisiera. Escusado es decir que le ayudaron á montar, aunque esta vez, para hacerlo mas cómodamente, le pusieron una escalera de mano bien sostenida, por medio de la cual pudo subir el hombre sin mucho trabajo. Despues le sugetaron con cuerdas como de costumbre, y cuando todo estuvo previsto y arreglado, se dió la señal de la partida. En verdad, no me anima ningun deseo de abusar de la paciencia de mis lectores, y por lo tanto quisiera ya terminar una relacion que tal vez parecerá un poco larga; pero como en cada relevo presentó una muy distinta faz el viage de D. Crisanto, creo que no llevarán ustedes á mal estos pormenores.

Yo no sé si el postillon que en esta estacion acompañó á D. Crisanto era tan atronado como el anterior, ó si tenia ganas de divertirse sabiendo lo que habia pasado con el otro; lo cierto es que tan pronto como se puso en marcha empezó á sacudir latigazos atroces á los caballos, los cuales apretaron á correr como era natural. Por este principio de jornada conoció el filósofo lo que le iba á suceder, y cuando comenzó á presentársele el dolor consabido dió en tirar fuertemente al caballo de la brida, logrando detenerle sin que el postillon pudiera hacer de las suyas por haberse adelantado mucho. ¿Qué hizo entonces el viajero para libertarse de la nueva tempestad que le amenazaba? Sacó una navaja de que se habia provisto por lo que pudiera ocurrir, cortó las sogas de esparto que le sugetaban á la silla y se bajó como pudo antes que el taimado guia que le acompañaba tuviera tiempo de impedirlo.

—¿Que hace V., hombre? dijo el postillon retrocediendo para ver lo que ocurria.

D. Crisanto no contestó nada; tomó el caballo de la brida y prosiguió su camino, resuelto á no montar mientras llevase un tan temible compañero.

—Pues qué, ¿se propone V. ir á pié? repuso el postillon.

Tampoco esta vez resolló D. Crisanto, que continuó su lento paso, llevando el caballo de la brida.

—Pero, ¿no conoce V. que vamos á llegar de noche al relevo? dijo el porfiado postillon, acompañando su pregunta con

una sarta inmensa de interjecciones inmundas y de blasfemias inauditas.

El filósofo se obstinó en no darse por entendido, y, como hubiera dicho Matías Crespo, no hay peor sordo que el que no quiere oir. Lanzó una mirada de indignacion al interpelante, y prosiguió su camino á pié como medio el mas seguro para evitar el dolor del pecho, y sobre todo, para no caerse del caballo. El postillon, que era muy desvergonzado, dió en proferir los mas groseros insultos y juramentos, á los cuales se agregaban las burlas de los transeuntes que siempre abundan en los hermosos caminos de las provincias vascongadas. Unos decian: "¡Hombre! ¡qué modo tan original de viajar en posta!" Otros preguntaban si para andar á pié se necesitaba llevar caballo. Muchos silbaban, y todos se reian de la ocurrencia; pero nada le quemó tanto la sangre al filósofo como la rechifla que le dieron unos arrieros, de los cuales uno hizo la observacion de que el mundo se iba volviendo al revés, y demostró esta verdad diciendo que antiguamente los caballos llevaban á los hombres, mientras que ahora eran los hombres los que llevaban á los caballos. Sin embargo, nada fué bastante á sacar á D. Crisanto de su voluntario silencio, y al paso que seguia mirando á todos los que le insultaban con risotadas groseras ó pullas de mal género, como deplorables escepciones de la especie humana, continuó siempre á pié llevando el caballo de la brida.

Pero no habia el pobre filósofo calculado que todo tiene sus inconvenientes en este mundo. Caminando á pié, no hay duda, podia tener una completa seguridad de no caerse del caballo; era cierto que no sufriria el acerbo dolor que le habia puesto al borde de la tumba en la última jornada, y contaba con grandísimas probabilidades de que no reapareciesen aquellas agujetas que le producian el efecto de una cantárida; mas no por eso estaba su marcha exenta de inconvenientes.

Desde luego, apenas habria el infeliz viagero andado un par de leguas con sus botas de charol un poco apretadas, segun la última moda, cuando empezaron á escocérsele los piés en cuyas plantas se le levantaron terribles ampollas que no le

permitian dar un paso sin obligarle á exhalar un grito, lo que le hizo mirar como inverosímil la leyenda del Judio Errante, pensando que si á él le salian ampollas por andar dos leguas, debian salirle infinitamente mas á un hombre que no habia dejado de caminar del mismo modo en diez y nueve siglos y medio. Por fortuna y casualidad, pasando cerca de un caserio, le vió un hombre á quien no conocia, pero que adivinó su mal y quiso aplicarle un fácil remedio.

—Caballero, le dijo el filantrópico desconocido, si no me equivoco, debe V. llevar en los piés unas ampollas tan grandes como vegigas de cabrito.

—Algo mas, contestó el fiilósofo, alegrándose de encontrar un alma caritativa, que hiciese honor á sus teorias acerca de la bondad del género humano.

—Pues bien, añadió el hombre del caserio, si quiere V. curarse pronto, no tiene mas que echarse en cada bota un huevo, sin cáscara por supuesto, y no solo desaparecerán las ampollas sino que quedará V. en disposicion de andar á pié hasta el fin del mundo, sin que aquellas vuelvan á mortificarle.

No digo yo un huevo, sino media docena de tortillas con patatas y todo, se hubiera aplicado el pobre viajero para curarse los piés, que ya no le dejaban dar un paso. Echóse pues un par de huevos en cada bota, y preguntó cual era su importe para pagarlo.

—Señor, dijo el oficioso curandero, por estos alrededores no se encuentra una gallina, de modo que no deberá V. admirarse si le pido veinte reales por los cuatro huevos.

No era tacaño D. Crisanto; pero le pareció escandaloso el precio en una tierra donde por veinte reales vellon pueden comprarse veinte docenas de huevos.

—Y bien, dijo el vendedor, como V. no hizo el ajuste anticipadamente, yo soy dueño de poner á mi mercancia el precio que se me antoje, y si no deshagamos el trato; devuélvame V. los cuatro huevos enteros como se los entregué, y quédese con su dinero.

El cinismo habia sobrepujado al abuso. ¿Cómo podria D. Crisanto devolver enteros ó intactos los huevos que ya tenia

medio batidos dentro de las botas? Tuvo, pues, que resignarse á pagar la primada para evitar dímes y diretes, y continuó su camino lamentándose de que aquel pícaro ventero, que parecia llamado á corroborar con engañosas apariencias sus principios optimistas con relacion á la especie humana, fuese tambien á su manera, una odiosa escepcion de la regla general. Por lo demas, creyó desde luego esperimentar algun alivio, pero no solo andaba con mas trabajo que ántes por lo mucho que se le resbalaban los piés sobre la húmeda superficie interior del calzado, sino que armaba segun iba andando un ruido muy semejante al *cló, cló* de las gallinas cluecas. Nunca el hombre se habia visto mas apurado que entónces, porque el remedio era, en efecto, tanto peor que la enfermedad, cuanto que llegó á no poder dar un paso, pues, siendo asi que el camino estaba seco, sus piés dentro de las botas esperimentaban la dificultad del que anda por un campo cenagoso. Hubo momentos en que temió ahogarse por los piés, muerte que hubiera sido muy rara, no solo por el punto bajo de la asfixia, sino por ser él, quizás, el primero en el mundo que se hubiese ahogado en un lago de huevos, y tan aturdido estaba, que su inteligencia se turbó poniéndose al nivel de la de Bertoldo, pues le ocurrió la estravagancia de imaginar que los huevos que llevaba en las botas pudieran hacerse pollos con el calor, como si despues de haberlos roto y batido tanto, hubiera de tener lugar el supuesto fenómeno. Lo cierto era, de todos modos, que él queria seguir su camino sin ír á pié, porque no podia moverse; sin montar á caballo, por miedo al postillon, y sin carruage porque no lo habia, pareciéndose al personage de Moliére que queria escribir á su dama un billete amoroso tan original que no habia de ser en prosa ni en verso, y su posicion era por lo tanto muy embarazosa. Sin embargo, á fuerza de tiempo llegó al próximo punto de relevo, y allí descansó todo un dia para ponerse en disposicion de resistir á las fatigas de los siguientes.

En fin, no acabaria nunca si fuese á relatar uno por uno los percances que tuvieron lugar en tan largo camino. Mas valdrá dejarlo, y diré sencillamente que el buen D. Crisanto, sin

dejar por esto de ir en posta, vino á tardar cosa de un mes desde Burgos á la frontera de Francia, es decir, que salió poco mas ó ménos, á legua y media por dia. A esto, en buen castellano, se le llama lucirse un hombre.

Luego que se vió en Irun nuestro viajero respiró como quien ha vencido todos los obstáculos que podian entorpecer su marcha, pues allí tomó un asiento en la diligencia de Bayona, que era lo que debia haber hecho en Burgos: pero se engañaba el infeliz miserablemente. Por de pronto, luego que tomó el asiento ó billete de la diligencia le dijeron que tenia que presentarse en la oficina de Policia, donde le exijieron el pasaporte lo mismo que á todos los viajeros, para poner el refrendo correspondiente. ¿Lo creerán ustedes? Pues en todo habia pensado hasta entonces D. Crisanto menos en que se necesitaba pasaporte para viajar, y con mas motivo para pasar á un pais estrangero. Confesó la verdad, y no solo se le prohibió la entrada en Francia sino que quedó inmediatamente arrestado en la misma oficina de Policia, como sospechoso, no faltando quien le mirase de reojo creyendo descubrir en su fisonomía los rasgos característicos de un gran criminal, por el simple hecho, ó por el hecho simple de viajar sin pasaporte. Hasta entonces no conoció el desdichado todo lo imprevisor que le habia hecho la madre naturaleza, y no encontrando medio de salir del paso, se afligió profundamente hasta el punto de soltar algunas lágrimas. Entre tanto, el comisario, visando los pasaportes de todos los otros viajeros, y llegando á uno que le llamó mucho la atencion por ser de un título de Castilla, preguntó:

—¿Quien de ustedes es el señor Marqués de Rio-Turbio?

—Un servidor de V. contestó el interpelado, haciendo una cortesia en que se echaban de ver las finas maneras de un elegante caballero.

El pobre Crisanto, á pesar de su abatimiento, creyó reconocer aquella voz; levantó la cabeza y con indicable sorpresa vió que el supuesto marques era el bribonazo de Jorge Luis, el cual iba bien disfrazado, pero no tanto que pudiera escapar esta vez al ojo escudriñador de nuestro filósofo. El comisario

ignoraba esto, por que ninguna obligacion tenia de saberlo, y así, entresacando con singular preferencia el pasaporte del supuesto marques, se apresuró á contestar:

—Yo lo soy de V. y tengo el gusto de devolverle su pasaporte que está en debida forma ; hé aquí añadió, un pasaporte en toda regla. Ya quisiera yo que todos los que aquí se presentan llenaran tanto como él los requisitos legales, pues con eso podria uno visarlos sin responsabilidad legal ni escrúpulo de conciencia.

Diciendo esto dobló el tan recomendado papel y se lo devolvió al interesado, deseando á este un feliz viaje, mientras el pacientísimo D. Crisanto se lamentaba interiormente de ser víctima de un olvido y de quedar arrestado á pesar de sus buenas costumbres, al paso que un galopin impostor como el supuesto marques se veia tan atendido y hasta elojiado por las buenas apariencias conque sabia burlarse de las leyes. Cualquiera en su justa indignacion hubiera levantado la careta conque Jorge Luis estaba engañando á la sociedad, pero él juzgó mas decoroso guardar silencio, contentándose con lanzar al supuesto marques una mirada de desprecio. Jorge Luis interpretó aquella mirada del filósofo y palideció por la seguridad que tenia de haber sido descubierto en el instante crítico de ir á pasar á la frontera; temió una delacion de que D. Crisanto era incapaz contra el mayor enemigo; y para evitarla se apresuró á decir al comisario:

—Caballero, aunque el Señor D. Crisanto Guirlache, que está ahí detenido y arrestado por falta de pasaporte, no me conoce á mí, yo tengo el gusto de conocerle á el y sé que es un hombre honrado. Si fuese posible espedirle el documento, que solo por un perdonable descuido ha dejado de traer, yo tendria mucha honra en ser su fiador.

El comisario, al oir esta proposicion de todo un señor marques de Rio-Turbio, que además de ser un título de Castilla llevaba tan bien ordenados sus papeles, contestó con el mayor agrado:

—Basta que una persona como el señor Marques ofrezca su garantía para que yo tenga mucho placer en servir á este ca-

ballero. No puedo darle pasaporte, porque estos documentos se espiden en Tolosa, que es la capital de la provincia; pero le daré un pase para Bayona, y allí le será facil obtener otro para viajar por toda la Francia.

Cinco minutos despues todos los viajeros habian pasado la frontera. D. Crisanto se sentia humillado al ver que debia el derecho de continuar su viage á la garantia de un bribon de siete suelas, y de buena gana hubiera rehusado un favor de que se avergonzaba; pero como le corria mucha prisa el alcanzar á la dueña del perro que le habia mordido, aceptó el pase, y entró en el territorio francés sin dignarse mirar á su protector, que para él era la mas vituperable escepcion del género humano.

CAPITULO IX.

Los gascones.

Luego que D. Crisanto llegó á Bayona, tuvo la fortuna de proporcionarse un intérprete llamado Francisco Lefevre, que pasaba por el hombre mas honrado de toda la nacion, y asistido por él emprendió su viaje á Paris, donde, segun informes de la policía, debia encontrarse la dueña del perro consabido. Ante todo, preguntó el filósofo si le darian un pase para el interior, pues no habia querido admitir uno que Jorge Luis le proporcionaba, ni hablar con semejante hombre.

—Caballero, contestó el intérprete, tenga V. entendido que debe suprimir esas preguntas en Francia, donde todo es posible para el que tiene dinero y todo imposible para el que no lo tiene.

Un poco exagerada le pareció al filósofo la respuesta, y para saber el valor que debia dar en adelante al honrado intérprete le preguntó si era gascon, pues sabia que los gascones tenian la propiedad de ser estremadamente hiperbólicos, como si vieran las cosas á través de esos microscopios solares que aumentan veinte millones de veces el volúmen de los objetos.

—Tambien esa pregunta es ociosa, replicó el honrado Lefevre, pues una vez que le he dicho á V. que soy francés, debia dar por supuesto que soy gascon.

—Perdone V., dijo D. Crisanto; yo creo que los gascones son los hijos de Gascuña, es decir, de esa porcion de terreno que comprende los departamentos de los Altos Pirineos, del Gers y de las Landas.

—Eso era en otro tiempo, contestó el intérprete; pero como la Gascuña es la provincia que mas ha comunicado sus ideas y costumbres al resto de la nacion, tambien ha impuesto su nombre; de manera que hoy la Gascuña se estiende desde la Alsacia hasta la Bretaña, desde los Pirineos hasta la Bélgica, y por esta poderosa razon el que dijo franceses dijo gascones.

—¡Ya! respondió D. Crisanto; esos son otros cantares.

Y en su viaje á Paris tuvo muchas ocasiones de probar que no le habia engañado Lefevre. Cuantas personas le dirijian la palabra lo hacian para ponderar ridículamente las ventajas que el pueblo y territorio francés llevaban á los otros paises de la tierra juntos ó separados. Si se hablaba de agricultura, temian que el año menos pensado se convirtieran sus tierras sembradas en bosques impenetrables de trigo, cebada y centeno; si se trataba de los vinos, abrigaban el recelo de que una cosecha muy abundante en Burdeos pudiera causar una inundacion en toda la Europa; si se mentaban las frutas, todo era poco en comparacion de aquel privilegiado pais donde jamás ha brotado una naranja y cuando mucho se producen al año dos docenas de melocotones; pero en nada conoció tanto nuestro filósofo que los franceses todos se habian vuelto gascones como en lo referente á la estupenda idea que tenian de su preponderancia política y de su importancia militar. Para ellos el mundo entero era una colonia de la Francia, y si no emprendian la conquista material de todas las naciones chicas ó grandes, era porque no les daba la gana, pues para ello les bastaban cuatro compañías de los cazadores de Vincennes. Por de contado, como potencia marítima creen que no tienen ni han tenido rival, y que una lancha de pescar, por el solo hecho de ser francesa, podria derrotar á las mas numerosas escuadras del universo. Verdad es que los marinos de aquel pais empiezan por tener el defecto de marearse como doncellas; pero esto mismo, segun ellos, es una ventaja, porque dicen que mien-

tras están mareados se hallan libres de malos pensamientos.

Además, si es cierto lo que un normando le dijo á nuestro viajero, los gascones no necesitan buques para hacer la guerra en el mar, pues no solo cuentan á su favor el hecho singular de que Pichegru se apoderase con una carga de caballería de la marina holandesa, durante las luchas de la primera revolucion, sino que ahora están enseñando la natacion á los zuavos y á los de Vincennes, por lo cual hay quien confía en que una sola compañía de estos hábiles nadadores pase la noche menos pensada el estrecho de Calais y se haga dueña de Inglaterra sin disparar un tiro.

—Sin embargo, contestó D. Crisanto al oir tan osada proposicion; la historia está en contra de ese cálculo, pues si no recuerdo mal, siempre que ustedes se han enredado con los ingleses han salido perdiendo.

—¿Qué dice V.? esclamó lleno de sorpresa el normando.

—Lo que V. oye, contestó D. Crisanto, y si no, consulte V. la historia, por la cual verá que de cada catorce batallas dadas entre ingleses y franceses, trece han sido ganadas por los primeros.

—¿En qué tiempo han ocurrido esas cosas? dijo el normando, lívido de coraje.

—En todos los tiempos en que ustedes han hecho la prueba, replicó el filósofo; y mal debe V. conocer la historia de su patria si no sabe lo que nadie ignora.

—¿Me querrá V. decir que tambien los ingleses han tenido un Napoleon, que ha sabido vencer á todas las naciones modernas? preguntó el normando.

—¡Oh! dijo D. Crisanto; ellos han tenido un Wellington que ha sabido vencer á Napoleon.

—¡Casualidad! esclamó el otro apelando á este último recurso de los aflijidos; pura casualidad, ó por mejor decir, pura traicion del pícaro Grouchy que dejó al capitan del siglo en las astas del toro, como que se habia vendido al oro de la coalicion.

—Amigo mio, dijo D. Crisanto, lo que yo veo aquí es que cuando los franceses toman empeño en levantar la reputacion

de cualquiera que les cae en gracia, no reparan en pelillos, y particularmente si esa persona se eleva hasta el punto de poder decir como el otro: "el estado soy yo." Apropósito del autor de estas palabras, á quien han dado ustedes en llamar Luis el Grande, porque, entre otras cosas, ilustró su siglo con la proteccion que dicen que dispensó á las bellas letras, siendo así que solo supo humillar á los grandes hombres como Racine que en su época florecieron, ¿sabe V. de donde procede el que la palabra *carrose*, femenina en su orígen, como su misma terminacion lo está indicando, haya pasado á ser masculina?

—¿De dónde? preguntó el normando, sorprendido de esta salida de tono.

—Pues proviene, continuó el filósofo, de una equivocacion que tuvo ese señor Ludovico-Magno, el cual mandando un dia que le preparasen un carruage para salir á paseo, en lugar de decir *ma carrose* dijo *mon carrose*. Entonces los cortesanos se apresuraron á demostrar que el Estado no podia equivocarse, y que habiendo Ludovico masculinizado la palabra *carrose*, por este solo hecho dejaba de ser femenina; de modo que si el tal señor hubiera sido tartamudo, una vez que podia modificar la lengua imponiendo hasta sus errores de gramática ó de pronunciacion, habria hecho del idioma francés un batiborrillo.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Napoleon? preguntó el normando.

—Mucho, dijo D. Crisanto; porque le han deificado ustedes hasta el estravío de suponer que no podia equivocarse y no dudan en calumniar á la historia para esplicar satisfactoriamente sus desaciertos. Pues bien, sepa V. que ese hombre, á quien elevan sin razon á la altura de César y Alejandro, cometió como militar errores indignos de su nombre; se equivocó en los medios de conquistar la España, donde todo se perdona menos la felonía; se equivocó en la campaña de Rusia, que emprendió en una estacion bastante avanzada para contar con un seguro desastre; se equivocó hasta en la célebre batalla de Marengo, donde ya estaba completamente perdido y debió su salvacion á un acto de indisciplina del general Dessaix, el cual contraviniendo á sus órdenes llegó á tiempo de convertir en

triunfo su derrota inevitable, y finalmente, se equivocó en Waterloo, de donde alejó á Grouchy, ordenándole que fuese á cubrir un punto distante de aquel campo y prohibiéndole retroceder, aun cuando fueran á decirle que se habia empeñado la batalla bajo los auspicios mas desfavorables; de modo que el calumniado mariscal á cuya supuesta traicion se atribuye el mal éxito de aquel combate, ha probado despues con documentos fehacientes que en todo lo que hizo se sometió á los preceptos de la mas severa disciplina, y sin embargo, todavía están ustedes injuriando á un soldado leal para disculpar los errores del que no podia equivocarse.

—Pues bien, replicó el normando, si Wellington venció á ese grande hombre seria por casualidad.

—Tampoco estamos conformes en eso, respondió D. Crisanto; yo creo que le venció porque tuvo mas talento, mas sangre fria, y sobre todo mas conocimiento del arte de la guerra. Por otra parte, si el eminente general ingles solo contara en su hoja de servicios un hecho afortunado, podia muy bien atribuirse á casualidad; pero note usted que el Duque de Wellington derrotó á casi todos los que se jactaban de invencibles, como por ejemplo, al famoso Junot, á quien destrozó en Vimeiro, al ambicioso Soult, á quien arrojó de Oporto, y á quien puso luego las peras á cuarto en varias ocasiones, al ilustre mariscal Víctor, á quien derrotó completamente en Talavera, al ponderado Ney, á quien dió una soberana paliza en Busaco, asi como tambien al invicto Massena, que llevaba el pomposo título de niño mimado de la victoria, y á quien lanzó ignominiosamente de las líneas de Torres-Vedras; á Girard, á quien pulverizó en Arroyo-Molinos, á Marmont, á quien aniquiló en los Arapiles, al rey José y al célebre Jourdan, á quienes echó de Vitoria, cogiéndoles hasta los equipajes, y en fin, para probar que no hacia distinciones odiosas, fué en Waterlóò á vencer al amo y gefe de los invencibles, dejándole tan mal parado que tuvo que entregársele poco despues en calidad de prisionero.

Al llegar aquí D. Crisanto, le aconsejó el intérprete con cuyo auxilio sostenia la discusion en una lengua estraña, que

diese punto á sus observaciones, porque habiendo los franceses declarado infalible al llamado capitan del siglo, y soldado de casualidades á Wellington, habia mucho peligro en llevar la contraria. Callóse el filósofo lamentándose de que tanta gente se pusiera en pugna contra la razon por un espíritu de grosera rutina, y dejó prudentemente que sus compañeros de viaje se despachasen cada cual á su gusto en la apreciacion exagerada de sus glorias nacionales. El uno hablaba de un regimiento que habia tomado un reducto, y como si esto fuese cosa nunca vista, los demas esclamaban: ¡Ah! ¡oh! ¡uh! el otro citaba cualquier pasage para demostrar que la infantería francesa no tenia rival en el mundo en cuanto á eso de cargar á la bayoneta, vulgaridad que va cundiendo entre las gentes irreflexivas de otros paises contra la lógica natural y la evidencia histórica; el de mas allá decia que si en algo pecaba el soldado francés era en su estremada impetuosidad, tanto que allí los generales antes de entrar en una batalla tenian que dar una proclama en estos ó parecidos términos: "Soldados: la victoria es segura si podeis reprimir un poco vuestra natural bravura: tened juicio, que ese arrojo desmedido nos ha de comprometer el dia menos pensado; no seais tan temerarios, que al enemigo le basta veros para buscar su salvacion en la fuga; en fin, con hombres como vosotros no puede uno menos de estar en vilo temiendo alguna imprudencia, y por eso, en la lucha que vamos á emprender, si alguna cosa temo es vuestro insensato valor."

Despues de esto empezaron á pasar revista á los diferentes cuerpos de su ejército para averiguar á quien debia darse la preferencia, y resultó que todos eran iguales, siendo todos irresistibles. Si uno mentaba al cuarto de cazadores de la guardia, los demás esclamaban: ¡Ah! si otro citaba al tercero de línea, los compañeros decian: ¡Oh! si alguno sacaba á relucir á los zuavos, los otros repetian en coro: ¡Ah! ¡oh! ¡ah! ¡oh! y de todos se tenia el concepto mas elevado, hasta el punto de sostener que podian batirse en la proporcion de uno contra mil, con la seguridad de vencer que era la mas negra.

—Pues eso me llena de admiracion, dijo D. Crisanto cuando Lefevre le esplicó tales fanfarronadas.

—Naturalmente debe V. admirarse de nuestro heroismo sin ejemplo, contestó el intérprete.

—No señor, repuso D. Crisanto, si no es eso de lo que yo me admiro, sino de la frecuencia con que sufrimos indijestiones en otros paises por comer pollos guisados, mientras que no revienten ustedes, teniendo, como tienen, la costumbre de comerse los hombres crudos.

—Pues ahí verá V., replicó Lefevre; con eso se prueba no solo la superioridad de nuestro genio, sino tambien la fortaleza de nuestro estómago.

Entre estas y las otras llegaron á Paris y fueron á alojarse al hotel mas recomendado por la honradez del dueño, que si no recuerdo mal, se llamaba M. Pepin, el cual hizo mil ofrecimientos al pobre filósofo, preguntándole si queria un cuarto bien alumbrado y una chimenea bien surtida de carbon y un par de criados para que le asistiesen con esmero y la cama caliente al acostarse, y algunos aromas para perfumar diariamente la habitacion &c., y como D. Crisanto no soñaba en el designio socaliñero que encerraban todas aquellas preguntas, á todo dijo que no habia inconveniente. ¡Pobre filósofo! No sabia él entre que gente se habia metido, ni lo que le habia de costar conocer en Paris al mas honrado de los hoteleros y al mas magnánimo de los intérpretes. Eso sí, por de pronto estuvo muy divertido con la asistencia que le dieron, digna de un sultan subalterno. Comia y bebia con apetito; despues tomaba su café, que le agradaba sobre manera; su cuarto parecia un jardin encantado, y sobre todo de noche, pues le pusieron lo ménos treinta luces para alumbrarle debidamente, y en una palabra, el hombre se encontraba lleno de satisfacciones.

Luego que se instaló quiso consultar á la policía para averiguar el paradero de la dama misteriosa que le habia obligado á emprender tan largo viaje, y supo que efectivamente dicha muger habia pasado por la capital de Francia con direccion á Inglaterra, en vista de lo cual se pidió desde Paris un informe sobre el particular á la policía de Lóndres, la cual contestó diciendo:

1.° Que la dama en cuestion era una aventurera medio loca, llamada Mercedes, natural de Cartagena, en España, y que hacia veinte años que andaba corriendo el mundo en busca de un aventurero llamado Jorge Luis, sin haber tenido el gusto de encontrarle.

2.° Que aunque la tal Mercedes tuvo intenciones de pasar directamente á Inglaterra, mudó de opinion, trasladándose primero á Bruselas, donde á la sazon se hallaba, en un hotel de la *Rue de l'Independence.*

3.° Que esta incansable viagera pensaba recorrer algunas ciudades de la Bélgica, y pasar despues á la Gran Bretaña, de modo que de alli á ocho ó diez dias seria fácil encontrarla en Lóndres.

Asombrado se quedó el filósofo del informe de la famosa policia inglesa, que no parece sino que desde Lóndres va siguiendo los pasos y acechando las acciones de todos los individuos de ámbos mundos, pudiendo dia por dia dar razon de lo que pasa en lós últimos rincones de la tierra. Despues que se hubo asombrado de la vijilancia de dicha policia, tanto como de los estómagos de aquellos Holofernes y Fierabrases modernos que han dado en la gracia de comerse á los hombres crudos, se decidió á pasar á Inglaterra de allí á ocho dias, y hasta tanto solo pensó en divertirse, disfrutando la buena vida que llevaba en el hotel, ó visitando los monumentos notables de la célebre ciudad donde se encontraba. Para esto lo primero que hizo fué vestirse de piés á cabeza, y no será malo decir algo de lo que le sucedió, á fin de que mis lectores formen una idea exacta en esta parte de las costumbres de Paris.

Ante todo, preguntó en una confiteria de enfrente si habria por allí cerca una roperia, y con esto le obligaron á pasar adelante, para enseñarle los dulces que tenian en la tienda. Si hubiera preguntado en una botica por la relojeria mas cercana, tambien le habrian hecho entrar para enseñarle todos los jarabes, porque en aquel pais las preguntas no se hacen impunemente. Digo mas, en la misma botica le hubieran vendido relojes, como en la confiteria, despues de llenarle de

dulces, le vendieron una pieza de paño, haciéndosela pagar doble mas cara que en cualquiera otra parte, por lo mismo que era de lance. Acto contínuo se fué á casa de un sastre vecino, á quien preguntó cuanto le llevaria por hacerle un frac y un pantalon.

—Si el paño ha de ser de primera calidad, dijo el sastre, me dará V. trescientos francos.

—El paño es magnífico, respondió D. Crisanto, pero eso lo pongo yo, de modo que debe V. limitar á las hechuras el presupuesto de gastos.

—Pues en ese caso, añadió el sastre, todo será una friolera de que no debemos ocuparnos ahora.

Entrególe entónces la pieza de paño, y á la mañana del siguiente dia, ya estaba servido el filósofo; pero con estas desventajosas condiciones: primera; que bastando tres varas de paño para el frac y el pantalon, el sastre supuso haber empleado toda la pieza; segunda: que dicho paño habia sufrido de la noche á la mañana una muy visible transformacion, pues siendo de primera calidad en pieza resultaba ser de última en el traje, lo que probaba que el pícaro sastre lo habia cambiado. Tercera, que al ir á pagar le pidieron los trescientos francos que el sastre le hubiera llevado poniendo él las hechuras y la tela.

—¿Pues no me dijo V. que me llevaria esa misma cantidad poniendo V. el paño? preguntó al viajero.

—Caballero, contestó el sastre, aquí el paño no tiene ningun valor y lo único que se paga es el corte.

—¡Mal rayo te parta! deplorable escepcion del género humano, dijo para sí el filósofo, aflojando el dinero.

Y bien, si D. Crisanto hubiera estado en antecedentes, habria contado en aquel trato mas de cuatro escepciones, porque para saquearle con motivo del traje hubo una conspiracion en que tomaron parte diferentes personas que fueron: el honrado intérprete, el honrado dueño del hotel, el confitero que no era menos honrado, y el sastre, que á fuer de honrado tambien, repartió proporcionalmente las utilidades entre sus cómplices. Lo peor de todo es que no se puede mirar el suceso

como un caso escepcional, porque la sociedad parisiense, mírese como se quiera, no es mas que una conjuracion permanente contra el bolsillo del estrangero.

En vista del primer chasco resolvió D. Crisanto comprar todas las cosas en las tiendas de precios fijos; mas no por eso salió menos cardado. Si queria comprar, por ejemplo, una corbata de poco valor, pedia cualquiera de las que en las muestras estaban señaladas con el precio ínfimo de un franco, pero al ir á pagar le costaba casi el doble, porque le hacian observar que el verdadero precio con que estaba anunciada la corbata no era de un franco solamente, sino de un franco y noventa y cinco céntimos, lo que casi equivale á dos francos. Y asi era la verdad: para mejor cebar al público en los puestos de precios fijos, los números que representan los francos son de á media vara, y los que espresan céntimos apenas pueden distinguirse con miscroscopio. Si á D. Crisanto se le antojaba comprar una cadena para el reloj y pedia, verbigracia, una de las señaladas con el precio de cien francos, ya se sabia que le habia de costar doscientos, porque al ir á pagarla le quitaban la llave y los sellos, diciendo que estas cosas eran independientes de la cadena y debian pagarse por separado. En fin, cansado el pobre viajero de no encontrar mas que doblez en todas las cosas, resolvió comprar todo lo que le hiciese falta en los baratillos ambulamtes, y no tuvo poco placer cuando vió en las cercanías del Louvre un hombre que tenia estendidas en el suelo como dos ó tres carros de medias de algodon y que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡A franco las medias! ¡á escojer! ¡A franco las medias!

Gustándole mucho el precio y el género, escojió nuestro filósofo doce pares de medias de las que le parecieron mas bonitas; pero al ir á pagarlas le pidieron veinte y cuatro francos por la docena de pares, ó lo que es lo mismo, el precio duplicado de lo que decia el charlatan.

—¿Pues, cómo es eso? preguntó D. Crisanto al honrado intérprete, que tambien llevaba su tanto por ciento en aquel negocio; ¿no dice ese hombre que vende á franco las medias?

—Justamente, contestó el honrado Lefevre; á franco cada

media, de modo que componiendo los doce pares que V. ha tomado veinticuatro medias, tiene que pagar veinticuatro francos.

Esta esplicacion remachó el clavo á la idea que ya se habia formado el pobre filósofo de la mala fé de lo que en Francia lleva el nombre de comercio, viniendo á ser, propiamente hablando, una red insidiosa para pescar con manifiesta perfidia el oro de los incautos estranjeros. En este concepto juró D. Crisanto no volver á comprar nada en un pais donde se desconocia completamente la sinceridad y donde se ha hecho un profundo estudio del arte de engañar al prójimo para lo que llaman vivir con honra. Por fortuna tuvo pronto motivo de disipar el mal humor que le habian engendrado los charlatanes, pues un caballero que vivia en el mismo hotel y que le habia inspirado grandes simpatías, se le presentó diciendo que se iba á casar en aquel mismo dia y que tenia el gusto de invitarle para que asistiese á la boda. Quiso, sin embargo, D. Crisanto escusarse para no ser gravoso á un hombre á quien apenas conocia, por mas que le fuese muy simpático, pero no hubo medio de resistir, porque el novio le dijo:

—Caballero, es tal el afecto que V. me ha inspirado, que casi tengo el presentimiento de hacer un mal matrimonio si no se digna V. asistir á mi boda.

De esta manera no podia un hombre desairar la invitacion, y en su consecuencia D. Crisanto tuvo lo que se llama un buen dia, pues asistió á la ceremonia nupcial y á la gran comida en que fué muy obsequiado por las señoritas de la reunion, y al baile, donde tambien le trataron con indecible galantería.

—Gracias á Dios, decia para sí D. Crisanto al acostarse; gracias á Dios que he tenido la suerte de encontrar en este pais personas de buenas costumbres, que no piensen esclusivamente en los medios de sonsacar á sus semejantes con esa insigne mala fé de que hasta ahora he sido víctima en todos mis tratos.

Y consolado con esta idea sublime que prestaba nuevo vigor á sus teorías, se durmió tranquilamente; pero, como era natural en aquella bendita tierra, pronto llegó el doloroso des-

encanto, pues al dia siguiente por la mañana subió el portero con una cuenta estraordinaria de ciento noventa francos, cuyo pormenor era el siguiente: "Por un cubierto en el gran banquete celebrado con motivo de la boda de M. Sabatière...... 100 fr.—Por el coche de lujo que ha empleado desde por la mañana temprano hasta despues de media noche...... 40 fr.—Por la parte que á cada convidado corresponde en los gastos de local, alumbrado y música...... 36 fr.—Por id. para pago y regalos de los sirvientes...... 5 fr.—Total...... 190 francos."

—Pero, hombre, dijo D. Crisanto al ver una cuenta bajo todos conceptos escandalosa; ¿cómo tienen el valor de hacerme pagar lo que reza ese papel si esto ha sido un convite?

—Señor, contestó el portero, bien se echa de ver que es V. novicio en esta comunidadad, y que por lo tanto, desconoce nuestras costumbres; aquí cuando á un hombre se le convida á comer ya se sabe que tambien se le convida á pagar.

Esto ya era demasiado. Las teorías optimistas del pobre filósofo corrian mucho peligro en un pais donde cada persona parecia una lamentable escepcion de la especie humana, y así se decidió á pasar á Inglaterra, no permaneciendo en Paris sino un par de dias mas para visitar algunos monumentos y teatros. Con respecto á los primeros empezó por el Panteon, donde los guardianes le dijeron que no habia obligacion de pagar la entrada y que cada cual podia dar lo que quisiera; pero, aunque el dar ó no dar era un acto voluntario, no le dejaron pasar adelante hasta que aflojó los cuatro ó seis sueldos que se exijen á los curiosos. Despues pasó á los Inválidos, cuartel de aquellos veteranos insignes, de los cuales el que mas y el que menos cuenta proezas suyas que harian honor á Orlando Furioso, pero que al enseñar el edificio se van relevando á fin de que el viajero se vea obligado á dar tantas propinas como salones le hacen recorrer, lo que hace de aquel santuario de las glorias militares francesas uno de los teatros mas caros y menos divertidos del viejo mundo. Visitó las columnas de la Bastilla y de la plaza de Vendome, guardadas tambien por veteranos tan graves y bien vestidos que parecen capitanes generales en un dia de besamanos, sin embargo de lo cual le

hicieron tres mil cortesías y genuflexiones por haberles obsequiado á cada uno con la miseria de cincuenta céntimos, ó sea medio franco. En fin, se dirijió al famoso Arco de Triunfo, que llaman de la Estrella, y que, en efecto, es uno de los mas grandiosos monumentos del siglo. Allí se admiró de ver no solo la grande elevacion del arco, sino las estatuas, grupos y relieves de bronce que se ostentan en las cuatro fachadas, y además, el sin número de letreros que tanto en el interior como en el esterior del monumento se ofrecen á la vista.

—¿Qué quieren decir todos esos nombres grabados en bronce? preguntó D. Crisanto.

—Esos nombres, dijo el intérprete con gascona prosopopeya, son los de todas las grandes batallas que ganó el ejército francés durante las guerras de la Revolucion y del Imperio.

—¡Qué cosa tan rara! esclamó el filósofo. Ahí veo el nombre de Vitoria, donde el rey José perdió hasta el sombrero; ahí está el de la Albuera, donde el mariscal Soult fué completamente batido, salvándose con unos pocos soldados gracias á la rapidez con que apelaron á la fuga, y en fin, ahí figura el nombre de Bailen, donde todo el ejército francés que mandaban los generales Vedel y Dupont cayó prisionero de guerra, sufriendo la humillacion de pasar por las horcas caudinas.

Todo esto era cierto; pero ya se sabe que los nuevos gascones todo lo convierten en sustancia. En el Arco de la Estrella tienen efectivamente grabadas como otras tantas victorias todas los batallas que ganaron ó perdieron, y esto no me admira conociendo su carácter. Si me sorprende algo es que entre los brillantes triunfos de las armas francesas no hayan tenido todavía el arrojo de citar la batalla de Waterlóo. Para dar solaz al espíritu, que no podia estar tranquilo mientras vogase por aquel occeano de farsa y socaliña que lleva el nombre de Paris, D. Crisanto quiso ir al teatro, y tomó un asiento de luneta; pero al ir á sentarse no encontró sitio, porque allí los asientos no están numerados, y como se venden dos veces mas de los que cada teatro contiene, sucede con mucha frecuencia el pagar un asiento sin disfrutarlo, con la particularidad de que no por eso se vuelve el dinero al engañado público.

—Basta de Francia, dijo D. Crisanto, y pidió su cuenta en el hotel con ánimo de pasar inmediatamente á Inglaterra, donde sus teorías podrian recibir nueva confirmacion.

Aquí fué donde el pobre filósofo comenzó verdaderamente á conocer el terreno que pisaba. Poníanle diariamente cinco francos de habitacion, cuatro de leña, ocho de aromas, diez por el servicio de la comida y criados y un franco por cada luz, que como eran treinta las que iluminaron su habitacion por la noche, hacian ellas solas la suma de sesenta francos diarios. Afiijido el buen hombre de ver una cuenta tan escandalosa, refirió lo que le pasaba á otro español que por casualidad residia en el mismo hotel y el cual le habló del modo siguiente:

—Amigo mio, aquí cuesta muy caro el aceptar cualquier ofrecimiento, porque nadie los hace con buena fé, sino con el fin de despellejar á los incautos, y el mal ya no tiene remedio, debiendo V. felicitarse de que no le hayan pedido una onza por cada luz que le pusieron en el cuarto. Pero lo que mas debe admirarle á V. no es solo que le cobren por cada cosa diez veces mas de su valor, sino el que nadie puede decir que ha disfrutado de los objetos que tan caros le cuestan. Usted creerá que por las mañanas ha tomado café con leche, y debe tener entendido que ni la leche es leche, ni el café, café, sino productos químicos que roban las apariencias de dichas sustancias con tan gran menoscabo de la salud como del bolsillo. Habrá V. creido comer carne de ganado vacuno, cuando ha estado atracándose de caballo frison, y pensará que ha bebido vino de Jerez ó de Málaga y seguramente no le han dado mas que agua teñida con palo de Campeche. Cuando V. permanezca en esta tierra tanto tiempo como yo, conocerá la verdad de todo lo que voy diciendo.

—No, dijo D. Crisanto, no quiero hacer la prueba y por eso pienso partir mañana en compañía de mi honrado intérprete.

—¿Que es eso de honrado? preguntó el ya práctico español; ¿pues no sabe V. que ese pícaro le ha traido espresamente á esta casa y le ha proporcionado multitud de gastos porque lleva una gran participacion en las utilidades de los que le han estafado á V.?

No quiso saber mas D. Crisanto, que aunque era hombre de carácter pacífico se puso hecho una fiera, y agarrando un baston fué al momento á castigar severamente al tunante que con tanta hipocresía le habia engañado. Por su desgracia le encontró y empezó á sacudirle furiosamente, chocándole mucho que el apaleado, lejos de oponer la menor resistencia, parecia complacerse en que D. Crisanto le maltratase, y asi cuando el agresor aflojaba en su paliza el paciente vomitaba algun insulto para provocar nuevamente su ira. Otra cosa llamó la atencion del filósofo y fué el observar que cuando él dirigia sus golpes al cuerpo del intérprete para no herirle de gravedad, el otro en lugar de sortearlos trataba de recibirlos en la cabeza, y en fin la complacencia que el honrado Lefevre tenia en ser apaleado quedó probada cuando al dejar D. Crisanto de sacudirle por el cansancio le oyó decir:

—Caballero, tiene V. infinitos motivos para maltratarme; hágame el favor de pegarme otra paliza mas fuerte que la primera y sobre todo de causarme algunas heridas para escarmiento.

Nuevamente irritado con la insolencia el filósofo, comenzó su segunda solfa llenando al honrado intérprete de heridas y de contusiones hasta el punto de declarar los médicos que estaba muy grave, y aqui fué donde acabó D. Crisanto de conocer á la jente que estaba tratando. Desde luego, el levantar en Francia la mano contra cualquiera cuesta el dinero, teniendo que abonar al paciente por via de indemnizacion una cantidad proporcionada al daño que se le ha inferido, y asi cuando Lefevre vió que D. Crisanto le maltrataba, no trató de impedirlo, sino que por el contrario deseaba que le magullase los huesos y hasta que pusiera su vida en peligro, para tener derecho á mas crecida indemnizacion. Inmediatamente fué reducido á prision nuestro viajero, y para poder escapar de ella tuvo que pagar una suma considerable al apaleado, que se jactaba de haber labrado su porvenir á costa de sus costillas.

CAPITULO X.

Buen viaje.

La dichosa indemnizacion le habia costado á nuestro viajero todo el dinero de que podia disponer para continuar su peregrinacion, y no teniendo ya mas cartas de crédito sobre Paris, estaba el buen hombre como entre la espada y la pared. Sin embargo, un comerciante español que le habia pagado algunas letras le facilitó lo necesario para el viaje á Lóndres, y además una carta para un tal Mr. William Smith, que vivia en *Red Lyon's Square.* Provisto de estos medios, llamó D. Crisanto al hotelero Mr. Pepin con objeto de saldar enteramente la cuenta, y notó, no sin estrañeza, que el referido Pepin estaba sumamente pálido, temblaba de piés á cabeza y manifestaba cierta desconfianza para penetrar en la habitacion del filósofo. Quiero hacer aquí una esplicacion de lo que habia ocurrido para que todo se comprenda.

Ya he dicho que en el hotel vivia otro español muy práctico en el pais, y añadiré que el tal individuo era andaluz, con lo cual se comprende que debia tener buena imaginacion. Mr. Pepin, que tambien le habia tomado por novicio, acababa de pasarle aquel dia una cuenta escandalosa de dos mil francos, no siendo mas que doscientos los que realmente debia el anda-

luz. Este, dispuesto por un lado á pagar como caballero lo que era justo, y por otro á castigar á M. Pepin por el feroz sistema de sonsaca que seguia, le mandó llamar diciendo que iba á pagarle la cuenta, y luego que le vió dentro empezó de esta manera la leccion que le tenia preparada. Cerró por de pronto la puerta con llave; sacó doscientos francos en oro que entregó á Mr. Pepin; presentóle pluma y papel para que pusiera el saldo de la cuenta, y echando mano á una pistola le dijo:

—Compadre, segun el trato que hicimos al entrar yo en esta casa, reconozco deberle á V. los doscientos francos que acabo de entregarle, y no los dos mil que ha tenido V. la insolencia de pedirme. Dése V., pues, por satisfecho con recibir lo que es justo, y hágame un recibo declarando que nada le debo, con lo cual quedará equitativamente zanjado este desagradable negocio.

—Caballero, dijo Mr. Pepin, aquí para inter nos es cierto que solo me debe V. doscientos francos; pero segun las prácticas establecidas en esta casa yo soy dueño de pedir lo que se me antoje, y antes que renunciar á los mil ochocientos francos que reclamo de mas, gritaré por esa ventana pidiendo el auxilio de la policía.

Oyendo esto el andaluz montó la pistola y apuntó al pecho de M. Pepin, el cual viendo que la cosa iba de veras se entregó á discrecion firmando el finiquito de la deuda, único medio que tenia de evitar una catástrofe provocada con odiosas supercherías. Despues que hubo concluido, le abrió el otro la puerta y se retiró diciendo:

—Caballero, bien se echa de ver quien es V. y la tierra donde ha nacido.

—No lo niego, contestó el andaluz; así se roba en Despeñaperros, y punto concluido.

Con este antecedente se comprenderán los motivos que tenia M. Pepin para temer la entrada en la habitacion de D. Crisanto, y aunque este no pensaba ya en armar pelotera con hombres que se vanagloriaban de hacer su negocio á espensas de sus costillas, la cuenta que tuvo que pagar últimamente fué muy razonable, pues el hotelero, escarmentado con la elo-

cuente leccion del andaluz, hizo el propósito de no gastar en lo adelante chanzas pesadas con los españoles.

Una vez arreglados sus asuntos, tomó el filósofo su asiento en el ferro-carril del Norte para trasladarse á la Gran Bretaña, y no quiso llevar intérprete, porque escamado con el primero que habia conocido temia naturalmente caer bajo las garras de los que no fuesen tan honrados como Lefevre. Por casualidad le tocó un wagon de primera en que solo iban otros dos caballeros, de los cuales el uno era francés y el otro inglés, lo que proporcionó á nuestro viajero el gusto de observar el contraste de caractéres que ofrecen los dos pueblos antagonistas. El francés desde luego dirijió la palabra tanto á D. Crisanto como al inglés, preguntándoles de donde eran, como se llamaban y con qué objeto hacian aquel viaje, despues de lo cual reveló su nombre y los de todos los miembros de su familia y esplicó la razon poderosa que tenia para ir á Inglaterra, con otras historias fuera de sazon que á nadie mas que á él mismo podian interesar. El inglés, al contrario, no contestó al saludo que le hicieron los compañeros de viaje, por serle desconocidos; se arrellenó cómodamente en su asiento y se puso muy sério á leer uno de los periódicos que á prevencion llevaba. D. Crisanto, deseando examinar el contraste formado por aquellos dos hombres, de los cuales cada uno podia mirarse como tipo refinado de su respectivo carácter nacional, finjió quedarse á poco tiempo dormido, y así pudo disfrutar de alguna diversion observando todo lo que pasaba. Mas de cien veces dirijió el francés la palabra al inglés sin obtener una sola contestacion, siendo digno de notarse que la firmeza con que el segundo se negaba á responder parecia prestar nuevos brios al primero para repetir sus preguntas. Por fin, el francés, aburrido de ir entre dos hombres de los cuales el uno se habia dormido y el otro no hacia mas que leer los periódicos, entró en ganas de fumar un cigarro, y como en aquel pais es preciso para satisfacer dicho llamado vicio contar con el consentimiento de los compañeros de viaje, le preguntó al inglés si no tendria inconveniente en permitirle fumar. El inglés no dijo que sí ni que no. Por toda respuesta sacó un cigarro y un fósforo,

encendió el primero y con este solo acto dió á entender al importuno compañero que podia fumar cuanto le diese la gana. En efecto, desde aquel instante las bocas de aquellos tan opuestos tipos, colocados el uno en frente del otro, parecian dos chimeneas segun el humo que arrojaban, y por de pronto el suceso no ofreció nada nuevo que merezca la pena de contarse; pero á poco rato parece que del cigarro del inglés se desprendió una chispa que le fué á caer en el chaleco.

—Caballero, se apresuró á decir el francés; caballero, que se quema V.

El hijo de la poderosa Albion, sin dar las gracias por la advertencia, se sacudió la citada chispa y continuó fumando muy tranquilamente. No habrian trascurrido arriba de dos minutos cuando se desprendió una nueva chispa del puro del inglés, en vista de lo cual el impertérrito galo repitió su solícita advertencia con el mismo efecto que la anterior. En fin, cayó una tercera chispa, y el francés, como de costumbre, se dirijió al vecino diciéndole:

—¡Cuidado! ¡que se quema V. hombre!

—¡Que diablos! esclamó el inglés aburrido de tantas advertencias; hace media hora que va V. ardiendo y no le he dicho nada, conque bien podia V. imitar mi ejemplo no metiéndose en lo que no le va ni le viene.

Y efectivamente, hacia lo menos diez minutos que una chispa del cigarro del francés le habia caido en el paletó, donde con el cebo del mucho algodon que la tela tenia se iba propagando el fuego de tal modo que á no ser por que el tren se detuvo casualmente para surtir de agua la caldera, hubiera sido de temer un incendio general. Sin embargo, el inglés nada quiso decir hasta que perdió la paciencia con los oficiosos avisos del compañero, y las palabras que con tal motivo le dirijió fueron las únicas que pronunció desde su salida de Paris hasta su entrada en Lóndres.

Domingo era por cierto el dia en que D. Crisanto hizo su entrada en la Babilonia del Támesis donde, no teniendo quien le dirijiese por de pronto, se vió precisado á seguir al francés, yendo á parar á un hotel que llaman *du Comerce* situado en Les-

ceister Square. No habia el buen filósofo salido de Paris desprovisto, pero como fueron tantas las primadas que le hicieron pagar en el trasporte del equipaje al embarcadero y en los pocos instantes que se detuvo en Calais, se encontró el infeliz sin una peseta, por cuya razon, mientras llegaba el instante de cobrar las letras que tenia contra varias casas respetables, quiso desde luego buscar á Mr. Smith, para el cual, como dije antes, le habian dado en la capital de Francia una carta de recomendacion.

Por desgracia, no conociendo la lengua del pais es imposible pasar un dia en Lóndres sin intérprete, y así, apesar de los malos recuerdos que D. Crisanto conservaba del honrado Lefevre tuvo que valerse de otro por el estilo, como que tambien era intérprete y honrado. Sin embargo, calculó que lo pasado podria servirle de leccion para lo futuro y prometió vivir muy alerta para no dejarse engañar por muy honrado que fuera el intérprete que lo intentara. Mr. Renard se llamaba el trujaman que proporcionaron al filósofo en el Hotel du Comerce, nombre que en español se traduce por raposo y que estaba muy en armonia con las cualidades del prójimo que lo llevaba.

Lo primero que le llamó la atencion á D. Crisanto fué la tristeza de aquel cielo siempre nebuloso, de aquellos edificios ennegrecidos por la niebla y el humo, de aquellas caras taciturnas que parece que solo piensan sus dueños en el suicidio, y en fin hasta la poquísima jente que transitaba por aquellas calles, cuyas casas estaban todas cerradas á macho y martillo.

—¿Qué es esto? preguntó D. Crisanto. Yo creí encontrar mas animacion en esta gran ciudad, y empiezo á sospechar que en lugar de traerme á Lóndres me han traido á un cementerio.

—Eso, dijo Mr. Renard, consiste en qué hoy es domingo.

—¿Y qué? insistió D. Crisanto; pues precisamente porque es domingo debia estar la ciudad mas animada y la jente mas divertida.

—Eso es lo que deberia suceder, añadió Mr. Renard; pero en Inglaterra por lo mismo que debe ser así acontece lo contrario, siendo tan jeneral esta regla que para saber un recien llegado cómo ha de conducirse no tiene mas que hacer lo con-

trario de lo que la lójica nos enseña. Voy á darle á V. algunos ejemplos que corroboren esta verdad. Aquí es un acto de impolítica el saludar los caballeros á las señoras sin que ellas lo autoricen saludándoles primeramente á ellos, costumbre, como V. ve, opuesta de todo punto á las del resto de la tierra. En todas partes tienen los teatros v. gr. telones de boca y cortinas, lo mismo que aquí, pero con la diferencia de que cuando cae el telon, en todas partes quiere decir que ha concluido el acto, y la cortina solo sirve para indicar la terminacion de un cuadro, debiendo ser naturalmente muy corto el intérvalo; pues aquí es al revés, el telon cae siempre que llega la conclusion de los cuadros ó de los actos, y solo se echa la cortina cuando se acaba la comedia. En todo el mundo se anuncia la hora de entrada en los teatros espresando el número de actos que tiene el drama, y aquí jamas esplican los carteles lo uno ni lo otro, por lo mismo que al público le convendria saberlo. En fin, amigo mio, ya sabe V. que en todas partes un silbido en el teatro es la mas odiosa muestra de desaprobacion que puede tributarse á los actores. Pues bien, aquí espresa todo lo contrario, de modo què no solo dan á entender que aplauden los que silban, sino que cuando los silbidos se hacen jenerales ya pueden decir los actores que están recibiendo la mas envidiable de las ovaciones. Ahora bien, precisamente porque hoy es domingo están prohibidas las diversiones públicas, y nadie se atreve á tocar el piano, ni á cantar dentro de su propia casa; porque este es un dia consagrado esclusivamente al culto religioso.

—¡Es singular! esclamó D. Crisanto; pero ya que los hijos del país se entregan con tal ahinco á los preceptos de su culto, ¿porqué no hay algunos establecimientos abiertos para las personas estranjeras?

—Porque la religion nacional lo prohibe tambien, dijo Mr. Renard; pues aquí todo lo que sea mover una paja en domingo está considerado como una herejia imperdonable. Por esta razon, si no tuviese V. la fortuna de hallarse alojado ya en un hotel, correria peligro de morirse de hambre sin encontrar quien le vendiese un pedazo de pan por todo el oro del mun-

do, y si le acometiese alguna enfermedad aguda, tambien es probable que le dejasen morir sin darle un remedio, pues no habria médico que le quisiera tomar el pulso ni boticario que le despachase una receta.

—Pues hombre, replicó D. Crisanto; ¿dónde hay obras de misericordia mas recomendables que las de asistir al que padece y dar de comer al hambriento?

—Eso es para los que discurren lógicamente y no se hallan estraviados por un lamentable fanatismo como el de los ingleses, contestó Mr. Renard. Aquí en punto á religion lo mismo que en todo, se verifica lo que llaman ustedes los españoles, tomar el rábano por las hojas.

En esto llegaron á la casa que iban buscando en Red-Lyon Square y encontrándose en ella Mr. Willian Smith por quien preguntaron, les dijeron que podian pasar adelante. Recibióles dicho sujeto con un jesto de vinagre como si acabaran de arrancarle las muelas, y desde luego les preguntó cuál era el objeto de la visita.

—Señor, dijo el intérprete con acento meloso; este caballero acaba de llegar de Paris y trae para V. una carta de recomendacion que le han dado los señores Gonzalez y Compañía.

Tomó Mr. Smith la carta que le alargaba D. Crisanto y se la guardó en la cartera diciendo que al dia siguiente veria su contenido y tendria mucho gusto en servir al viajero, basta que fuese recomendado por sus mas dignos corresponsales. Pero como al filósofo le urgía el obtener algun dinero por haber llegado, como he dicho ya, sin una peseta, se resolvió á preguntar al comerciante que porqué no leia la carta inmediatamente.

—Dios me libre, contestó muy formal Mr. Smith; hoy es domingo y bastaria con que yo abriera una carta, cuanto ni mas con leerla, para renunciar á la eterna salvacion. Por lo demas, supongo que el objeto de esta carta será facilitar á este señor algun dinero y lo haré mañana con mucho gusto tambien, pero por hoy me es imposible, pues pecaria mas mortalmente contando el dinero que leyendo la carta.

Hizo entonces una reverencia Mr. Smith y volvió la es-

palda dejando á D. Crisanto y á Mr. Renard con la boca abierta.

—¿Qué juzga V. de lo que nos ha pasado? preguntó el intérprete al salir á la calle.

—Hombre, dijo el filósofo, creo que nadie tiene derecho en este mundo para ser tan mentecato como ese Sr. Smith.

—Pues, amigo mio, de todos los derechos que aquí disfrutan los ciudadanos, añadió Mr. Renard, el que le niega á V. Mr. Smith es el que todos los ingleses defienden con mas perseverancia.

Sin duda D. Crisanto se espresaba con bastante acritud, pero debe disculpársele por la situacion en que se encontraba, pues no tenia ni aun para pagar el coche en que habia ido á entregar la carta de recomendacion. Verdad es que el intérprete le sacó del apuro proporcionándole un prestamista que le diese veinte libras, pero fué con la condicion leonina de devolver el doble al dia siguiente. Luego que tuvo este recurso se sintió ménos abatido, haciéndose la cuenta de divertirse en grande, sin contar con que el dinero le era de todo punto inútil en domingo, pues no habia en qué emplearlo, de modo que hizo un bonito negocio en pagar tan crecido interés por una suma que no habia de necesitar.

—No me admira que estos ingleses sean tan propensos al suicidio, decia el buen filósofo cuando llegó la hora de irse á la cama; lo estraño es que ya este pais no se haya convertido en un desierto. Un solo domingo he pasado en Inglaterra, y tal vez haciendo un esfuerzo heróico podria pasar el segundo; pero al tercero, vive Dios, que por mas apego que tenga yo á la vida me habia de levantar la tapa de los sesos.

Y repitiendo esta misma observacion al dia siguiente por la mañana, resultó estar muy conforme con un caballero español que acababa de llegar y que le dijo:

—Tan cierto es eso, que hace catorce años que yo estoy establecido en la famosa ciudad de Manchester y solo he pasado en Inglaterra los dos primeros domingos. Desde entonces, por la irresistible propension que sentí hácia el suicidio, tomé el partido de irme todos los sábados á cualquier pueblo de Fran-

cia, y así lo hago, no volviendo hasta el lúnes, de modo que de catorce años á esta parte cuento entre mis mas apremiantes negocios el de pasar el estrecho de Calais dos veces por semana.

Por fin ya el dia del peligro habia terminado y D. Crisanto podia emplear el tiempo en algo que fuese agradable ó provechoso. Lo primero que hizo, naturalmente, fué verse con la policía para averiguar algo de lo que le interesaba, teniendo el desconsuelo de recibir el informe siguiente:

1.° Que la viajera doña Mercedes no habia llegado á Lóndres, y 2.° que no llegaria en mucho tiempo, pues habiendo tenido noticias en Bélgica de que el ciudadano Jorge Luis, á quien iba buscando, se encontraba ya en los Estados Unidos, ella se habia embarcado en Ostende con direccion á Nueva York, de modo que ya no se hallaba en Europa.

Mucho le afligió al filósofo esta noticia, y así, contando ya con que la policía inglesa tenia trazas de saberlo todo, espuso el objeto de su viaje preguntando si correria el riesgo de rabiar por haberle mordido el perro de doña Mercedes. La policía contestó: 1.° que segun buenos informes, el perro que le habia mordido á D. Crisanto no era de la viajera sino del postillon que la acompañó desde el último relevo hasta la ciudad de Burgos, y 2.° que dicho perro seguia disfrutando muy buena salud, en lo cual se probaba no estar atacado de la hidrofobia.

—¡Bárbaro de mí! esclamó el buen filósofo al saber estos pormenores; ¿porqué no se me ocurriria preguntar en Burgos quien era el dueño del dichoso perro, y con eso me hubiera ahorrado un viaje tan caro, largo y penoso?

Pero todo lo dió por bien empleado, puesto que ya nada tenia que temer de la mordedura que en tal aprehension le habia metido, y así resolvió pasar cuatro ó seis dias muy divertido en ver las grandes curiosidades de Lóndres antes de regresar á España. Con este objeto, y no queriendo volver á casa de Mr. Smith, cuyo fanatismo le habia parecido empalagoso, sacó las cartas de crédito que conservaba de las que D. Segundo Calleja le dió contra varias casas de comercio estranjeras, y vió con sorpresa que una de dichas cartas era para un tal Mr. Ro-

bert Smith, que vivia en Portland Place, y la otra para un comerciante de Cornhill llamado Peter Smith; de modo que, por mas horror que le inspirase el apellido, estaba probado que no podia librarse de los Smithes.

Lo primero que hizo fué dirijirse con el intérprete Mr. Renard á Portland-Place, donde preguntaron por Mr. Robert Smith, y como les dijesen que el dia antes se habia trasladado á Westminster Road, allí fueron á parar; pero justamente se encontraron la casa que iban buscando toda rodeada de gente y ocupada por la policía, lo que no era de buen agüero, y efectivamente, preguntando á un agente de seguridad pública si habia ocurrido algo de particular, oyeron la siguiente historia:

—Caballeros, dijo el *policeman*: esta es una de las casas mas elegantes de Lóndres, pero se está haciendo inhabitable por un precioso árbol que tiene en el patio y cuyas ramas se elevan hasta el último piso.

Hacerse inhabitable una casa por tener un árbol tan hermoso, les pareció á los otros lo mismo que desairar á una muger por tener buen talle ó buen pelo, y así lo manifestaron ingenuamente.

—Señores, continuó el historiador, han de saber ustedes que esta casa perteneció á sir Ricardo Wilson, que ha vivido treinta años aquí con la manía permanente de ahorcarse de ese árbol cuyas ramas se introducen en las habitaciones por las ventanas del patio, y esa mala tentacion llegó á serle tan irresistible que así se lo declaró hará cosa de un mes á varios de sus amigos. Entre estos se encontraba por casualidad ese Mr. Robert Smith á quien ustedes vienen buscando, y el cual, riéndose de tan estraña oourrencia, dijo que para él no habia ningun árbol en el mundo que tuviese tan fatal atractivo, por cuya razon estaba dispuesto á comprar la casa si el supersticioso de sir Wilson queria vendérsela. La proposicion, como era natural, fué aceptada inmediatamente, y Mr. Smith, despues de hacer algunos reparos y amueblar con lujo esta casa de cuya adquisicion estaba muy satisfecho, vino anoche á dormir á ella por primera y última vez, pues esta madrugada le hallaron sus dependientes colgado del mismo árbol que inspiraba tan fundados temores á sir Robert Wilson.

Quedóse con esta noticia D. Crisanto sin gota de sangre en los tacones de las botas, y antes de retirarse quiso ver el árbol cuyas ramas tenian tan misteriosa afinidad con el pescuezo de los hombres; pero no le encontró nada de particular, y así atribuyó el fenómeno á la índole especial del pescuezo de los ingleses. Hecho este importante descubrimiento, se retiró muy desconsolado, no solo por el trágico fin de Mr. Robert Smith, sino porque con este contratiempo se privaba de gran parte de los recursos con que habia contado para divertirse en Lóndres. En seguida él y Mr. Renard se fueron á Cornhill en busca de Mr. Peter Smith, contra el cual tenia nuestro viajero una letra de alguna consideracion, y era urgente el cobrarla no fuese á tener el comerciante algun otro árbol de tan chocantes virtudes como el de Westminster Road. La tarea que emprendieron fué árdua, tanto por la confusion que durante el dia reina en todos los alrededores de Cornhill, cuanto porque aquel parecia el refugio de los Smithes, pues desde la primera hasta la última casa de aquel barrio todas tenian á la puerta una placa con el nombre: *Smith.* Al fin vinieron á averiguar que el sugeto por quien preguntaban era el gerente de una sociedad de seguros contra incendios, y cuando tanta necesidad tenian de verle supieron con dolor que acababa de salir, siendo su vuelta por aquel dia bastante problemática. Ya iban D. Crisanto y Mr. Renard á retirarse, cuando se presentó el gerente deseado, en quien nuestro filósofo reconoció inmediatamente al inglés taciturno que habia hecho en su compañía el viaje de Paris á Lóndres. Presentóle la letra, que aceptó Mr. Peter Smith sin dificultad, y entonces observó nuestro viajero que aquel hombre cuyo carácter le habia parecido tan desapacible no era sino muy franco y amable con las personas que le inspiraban alguna confianza; tanto que entraron en conversacion y de ella resultó una historia que parecia espresamente forjada para "La vida en el chaleco." Diré lo que habia sucedido.

Hacia cosa de un año que un francés llamado Mr. Paul de Mirecourt se presentó á Mr. Peter Smith diciendo que tenia que asegurar de incendios unas cajas que contenian como

dos mil cigarros puros de la Habana, y no haciéndose distincion de los objetos que deban ó no ser asegurados en las empresas de seguros, se hizo con las referidas cajas lo mismo que se hubiera hecho con los muebles de una casa ó con las mercancias de un buque. Ahora bien, al terminar el año del convenio se presentó M. de Mericourt probando con todos los documentos y testigos apetecibles que se habia fumado los cigarros, y reclamaba el importe total del jénero asegurado, fundándose en uno de los artículos que había la Empresa puesto en sus estatutos, supuesto que decia lo siguiente:

"Esta sociedad se compromete á pagar el valor total de los efectos que en ella se aseguran, siempre que se la demuestre que dichos efectos han sido consumidos ó devorados por el fuego."

El caso era irrecusable; Mr. de Mericourt se habia fumado los cigarros, y con solo probarlo demostraba realmente que el género asegurado habia sido devorado por el fuego. Podia decirse que esto era un sofisma de mala ley; podia admitirse cualquier desahogo con respecto á la mala fé del fumador; pero ante la lejislacion inglesa, que jamas consiente interpretaciones, no habia mas remedio que pagar, y efectivamente Mr. Peter Smith tuvo que pagar el importe de los referidos cigarros.

—Pues señor, dijo D. Crisanto, en esa parte me parece defectuosa la ley del país, puesto que da la razon al que no la tiene.

—Perdone V., constestó Mr. Peter Smith, las leyes inglesas son tan sabias que no dejan ninguna maldad sin castigo. Yo he tenido que pagar injustamente lo que no debia, eso es cierto; pero en este instante vengo del tribunal, donde he acusado á ese Mr. Mericourt de incendiario con premeditacion, y desde luego se ha estimado procedente mi demanda, de modo que el fraude será castigado con algunos años de prision.

Mucho le sorprendió á D. Crisanto este injenioso y legal recurso de Mr. Peter y entonces para coronar la historia supo que el tal Mr. Paul de Mirecourt era casualmente aquel francés tan hablador que habia hecho el viaje de Paris á Lóndres en que se vieron por primera vez él y Mr. Smith.

Despidióse D. Crisanto del amable corresponsal de D. Segundo, y á fin de poder decir á su regreso que habia visto á Lóndres quiso visitar algunos edificios, yendo ante todo á la famosa Torre que es el monumento mas característico de todos los que encierra la capital. Propiamente hablando, La Torre de Lóndres que ha servido de residencia real, de prision de estado y de ciudadela, no es un edificio, sino un conjunto estraordinario y heterojéneo de construcciones antiguas y modernas cada una de las cuales presenta el caracter particular de una época. Nuestro filósofo se acercó respetuosameate á la torre blanca (White Tower) de la cual habia oido cosas tan estupendas como que en honor de la verdad ha sido teatro de muchos espectáculos sangrientos. Los últimos desgraciados que jimieron bajo aquellos muros sin éco para el dolor fueron Thislewood y sus compañeros de conjuracion en 1820, cinco de los cuales perecieron en el suplicio. En uno de los mas sombríos puntos de aquella fortaleza y que ya se distingue con un nombre horripilante, como que se llama la *Torre Sangrienta*, fueron asesinados los hijos de Eduardo por órden del implacable ambicioso Duque de Glócester.

Admiróse tambien mucho D. Crisanto de ver la Sala de la Armeria, que es muy larga y contiene preciosas armaduras de reyes y guerreros ilustres, desde el tiempo de Eduardo 1.° hasta nuestros dias, así como tambien otro salon inmediato en que se encuentran las diferentes armas de fuego que se han conocido desde la invencion de la pólvora ó sea desde que hay armas de fuego. Despues de recorrer lo que llaman *Horse Armary* y sus inmediaciones, subió á la sala de armas de la Reina Isabel, donde tuvo el gusto de ver hachas, picas, alabardas y en jeneral todas las armas que se habian usado antes de descubrirse las de fuego; pero como si forzosamente todas las secciones de aquella casa debieran unir lo feroz á lo instructivo y ameno, allí contempló con escalofrios D. Crisanto el ensangrentado tajo sobre el cual fueron decapitados en 1746 los lores Lovat, Kilmarnock y Balmerino, así como tambien el hacha con que fueron cortadas las cabezas del Conde de Essex y de Ana Bolena.

En fin, despues de mucho caminar llegó nuestro viajero á la célebre capilla, que es sin duda lo mas imponente de aquella antigua fortaleza, y donde sintió nuestro filósofo multiplicarse naturalmente las emociones de terror que hasta entonces habia esperimentado. Allí permaneció mucho tiempo despues de decapitado el cuerpo del infortunado sir Thomás Moore. Delante del altar descansan dos de las desventuradas esposas de Enrique VIII que son Ana Bolena y Catalina Howard. Entre las dos está sepultado el famoso lord Seymour y paralelamente con su rival lord Dudley, duque de Northumberland, reposa tambien en aquel sitio el sabio y poderoso ministro de Enrique VIII Thomás Cromwel, conde de Essex. Por último, allí están enterrados, entre otros muchos personajes ilustres que pasaron del poder á la desgracia, los restos de Robert Devereux favorito de la reina Isabel, del infortunado Jacobo duque de Monmonth, y de muchos de los grandes que pagaron con la vida su adhesion á la causa de los Estuardos.

No quiso ver mas en este primer dia D. Crisanto, pues el paseo de la Torre basta para rendir á cualquiera, y al siguiente se dirijió á la catedral de San Pablo cuya descripcion omito porque seria demasiado larga para este capítulo. De allí pasó á la célebre Abadía de Westminster, obra del séptimo siglo, aunque hay quien dice que es muy posterior, pues la que edificó Seberto, rey de los sajones, fué mas tarde destruida por los dinamarqueses. El que realmente levantó la catedral gótica que todavia se admira en aquel punto fué Eduardo el confesor, y la dió la forma de una cruz por indicacion del papa Nicolás II que elijió aquella iglesia como lugar donde debia inaugurarse todo reinado en Inglaterra. Enrique III la ensanchó en el siglo VIII; pero la mas notable reforma que sufrió el plan primitivo fué bajo Enrique VII quien mandó hacer la gran capilla que conserva su nombre y que puede pasar por una maravilla del arte.

Muy adelantado encontró D. Crisanto el palacio de Westminster ó sea del Parlamento, y mucho alabó el gusto de los arquitectos, en lo cual no estamos conformes, porque no puedo comprender el estilo gótico en un edificio profano, aunque

me hago cargo de que la arquitectura de dicho palacio es la que se acomoda mas al carácter sombrio y melancólico de la nacion que lo ha erijido. Por lo demas, dado ese gusto que tan en armonia se halla con el jenio de los ingleses, convengo en que no se ha imaginado desde Miguel Angel acá nada mas bello, ni mas grandioso que el Palacio de Westminster.

Otro dia lo emplearon D. Crisanto y su intérprete en recorrer el Tunel, la obra mas atrevida del mundo, los magníficos puentes que atraviesan el Támesis y los Diques que forman el primer puerto de la tierra surcado constantemente por buques cuyo número y variedad se escapan á la vijilancia de la estadística. Baste decir que solo en los almacenes de los diques de Santa Catalina se encuentran cuando menos doscientas mil toneladas de mercancias. Ademas hay los diques que llevan el nombre de la misma ciudad, los del canal del Rejente, los de las Indias Orientales y Occidentales, los del Comercio, los del canal de Surrey...... ¿quién es capaz de enumerarlos, y mucho menos, de describirlos todos?

Finalmente, no era posible que D. Crisanto en tan poco tiempo visitase todos los edificios relijiosos, ni todos los palacios reales, ni los destinados al Comercio, ni todos los monumentos públicos, ni los teatros, ni los museos y galerías artìsticas, ni los infinitos hospitales y establecimientos de beneficencia que contiene Lóndres, ni las prisiones, ni los Pasajes, ni los mercados, ni otras innumerables curiosidades que exijirian algunos años de permanencia en el país; pero no quiso prescindir de dar un paseo en coche por aquellos preciosos parques que por su estension, frondosidad y belleza, ostentan dentro de la capital todo lo que puede halagar á la imajinacion en los mas cultivados jardines y en los mas espesos bosques del universo.

Solo en el inmenso parque del Rejente pensaba D. Crisanto emplear una semana; pero casualmente acertó á pasar al lado de uno de los individuos de la Policía que le habian suministrado cuántas noticias podian interesarle, y preguntándole si sabia algo de su familia.

—Si señor, le contestó el agente de seguridad; se sabe que

han ocurrido serias novedades, de las cuales puede V. informarse por una carta que tiene en el correo y cuyo contenido no puedo revelar, no porque no lo sepa tan bien como el que la escribió, sino porque no me han dado permiso para ello.

Dicho esto se retiró aquel hombre y D. Crisanto se fué volando al correo en busca de la carta que habia de ponerle al corriente de las serias novedades anunciadas por el infalible conducto de la policía inglesa. En efecto, la fatal carta existia en el correo, era de D. Segundo Calleja y decia lo siguiente:

"Mi querido amigo: ignorando absolutamente donde se hallará V. á esta fecha tomo el partido de escribirle á todas las capitales y otras muchas ciudades de Europa. El corazon se me parte al comunicar á V. la serie de desdichas que han sobrevenido en poco tiempo: sus suegros de V. murieron de pesadumbre á los pocos dias de la ocurrencia que le obligó á V. á emprender su precipitado viaje. Su esposa de V. se encuentra en mi casa y goza de buena salud; pero sin saberse porqué ha venido á ser el blanco de las mas infames calumnias que hacen urgente el regreso de V. para lavarlas con sangre, á lo cual estoy dispuesto á cooperar hasta derramar toda la que corre por mis venas. Yo tengo por otra parte motivos de pena que dificilmente podria espresar en este momento. Por un lado estoy en vísperas de una quiebra espantosa, segun el mal aspecto que mis negocios van presentando, y por otro, que es lo que mas me aflije, la enfermedad de mi adorada hija Encarnacion ha tomado tal caracter de gravedad que temo perderla, en cuyo caso me volveria loco. Si esta llega á manos de V. procure regresar inmediatamente, y entre tanto cuente con el afecto de—Segundo Calleja."

Escusado es decir el efecto que la lectura de dicha carta produciria en el ánimo de nuestro viajero. Al instante quiso volver á España, sintiendo no tener alas para volar. Parecíale que tardaria demasiado tiempo en hacer el camino por tierra, y ademas conservaba tan tristes recuerdos de Francia que desde luego se dirigió al puerto de Southampton ofreciendo al intérprete Mr. Renard cien pesos de gratificacion si le proporcionaba un asiento en el primer buque que saliese para cualquiera de las

costas de España. Desgraciadamente no debia salir ninguno en muchos dias; pero como el pérfido de Mr. Renard no queria renunciar á la propina de los cien pesos le tomó pasage en una fragata que salia para Veracruz, haciéndose la cuenta de que como D. Crisanto no entendia una palabra de inglés no notaria el engaño hasta despues de muchos dias de navegacion. Efectivamente, hizo pagar el pasaje, que fué bastante caro y cuyo solo precio hubiera llamado la atencion á D. Crisanto si no tuviese la cabeza demasiado atronada para reflexionar en cosas tan pequeñas; recibió los cien pesos consabidos, sin otros muchos que sacó abusando de la buena fé del filósofo, y se despidió de este desventurado dejándole embarcado para el Nuevo Mundo, cuando el infeliz creia y cuando tenia tan apremiante necesidad de volver á España. Durante el primero y segundo dia el mar estuvo tan revuelto que hasta el capitan se mareó, lo cual hace presumir que no estaria D. Crisanto para pensar en sus desventuras: despues vino la calma, y creyendo nuestro viajero acercarse á Vigo, cuando iba caminando en direccion de las Islas Azores, todo se le volvia preguntar si llegarian pronto al punto de desembarque. Por casualidad entre los viajeros habia uno que chapurraba el español y contestó que por buen tiempo que tuvieran no podrian llegar en lo menos cuarenta ó cincuenta dias.

—¿Como es posible? gritó el filósofo; ¡cincuenta dias para ir de Southampton á Vigo! ¡pues aunque fuésemos embarcados en un tonel de plomo!

—Perdone V., dijo el pasajero; si para ir á Veracruz no se necesita tocar en el puerto de Vigo.

—El que ha de perdonar es V., replicó D. Crisanto, porque nosotros vamos á Vigo y no á Veracruz.

—Pues perdone V. que le pida nuevamente perdon, dijo el pasajero, porque este buque y todos los que en él nos hemos embarcado vamos á Veracruz directamente.

Apelóse al capitan y entonces nuestro filósofo supo toda su desdicha y la picardía que le habia hecho el intérprete Renard. Sin embargo, como él se habia embarcado con intencion de ir á España, creia que el capitan tenia obliga-

cion de hacer rumbo á cualquier puerto de nuestras costas, y asi lo exijió terminantemente; pero nada consiguió ni por la tremenda ni con las súplicas, ni con las buenas ideas que se le ocurrian de vez en cuando para probar la razon que le asistia. Viéndose al fin desamparado en el triste bromazo que corria, llegó á desesperarse vomitando mil pestes contra el pérfido Mr. Renard, á quien ya tenia por la mas odiosa escepcion del jénero humano, y no pudiendo sobrevivir á tantas aflicciones, concibió el insensato pensamiento de arrojarse al mar de cabeza. Para ello subió sobre cubierta y se encaminó á la popa en el mismo momento en que justamente se estaba echando la sonda.

—¿Qué están haciendo? preguntó D. Crisanto al pasajero que hablaba como nosotros.

—Están echando la sonda para medir la profundidad del mar en este paraje, contestó el otro; y escuche V. la cuenta: parece que no hay menos de doscientas ochenta y cinco brazas.

—¡Mucha agua es! dijo D. Crisanto, que ya estaba para arrojarse al fondo.

Y arrepentido de la idea de caer en un lago cuya profundidad era tan estraordinaria, se resignó con su suerte, dejándose llevar, si era preciso, al fin del mundo.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

CUARTA Y ULTIMA
PARTE.

CAPITULO I.

Despedir á Marchena.

Sin perjuicio de seguir la pista despues á D. Crisanto en el corto y divertido viaje que le hicieron emprender, vamos á decir algo de lo que pasaba en Madrid, donde residen varios de los personages de esta historia que ni quiero ni debo relegar al olvido. ¡Vaya! ¿qué dirian las naciones estrangeras?

Empecemos por el célebre cerrajero Tomás Figueroa y su muger, que á la vuelta de D. Segundo de la patria del Cid habian desaparecido, sin que fuese posible averiguar su paradero por hallarse muy distante la policía inglesa, que de seguro lo habria dicho si la hubiesen consultado sobre el particular. Yo, si no algo, sé todo lo que habia sucedido, y aprovecho para revelarlo la preciosa oportunidad de que nadie me lo pregunte, pues si dejo pasar está ocasion á saber cuando se presentará otra mas calva.

Pues señores, como iba diciendo, las relaciones de Laura, la hija del buen Figueroa, con el baron de la Zarza fueron de poca duracion, como suele serlo todo lo que no está basado en buenos principios. Un dia el tal baron, sin saberse porqué, abandonó á la muger ingrata que no habia vacilado en abandonar á sus padres, y que por este solo motivo debia llegar á verse abandonada de todo el mundo. Sin embargo, el castigo de ciertas faltas, aunque seguro, no deja de ser lento; que todo imperio sucumbe por la ley de la decadencia que sucede al esplendor, y nó por un repentino desplomamiento, sin que de esta ley deba quedar escluido el imperio de la belleza. En los primeros dias de su abandono, Laura fué muy desgraciada. Vióse punto menos que en la miseria, punto menos que escarnecida, y en fin para que puedan ustedes imaginar hasta que estremo llegaria su infortunio, bastará decir que encontró divertidos unos versos que acababa de publicar el insigne poeta D. José Gilberto, fenómeno raro que solo puede esplicarse por aquello de: "similia simílibus curantur." Pero luego encontró un protector nada menos que en la elevada persona ó entidad política de D. Fulgencio Vargas, que la hizo disfrutar en perspectiva todas las ilusiones de la ambicion mas desenfrenada. La única dificultad que habia en este caso consistia en cierta discordancia de tiempos. Vargas brindaba coches y lacayos y vestidos y joyas para lo futuro, es decir, para cuando fuese, como no podia menos de ser, presidente del Consejo, mientras que Laura queria todas aquellas cosas de presente, por las malas costumbres adquiridas, y en esta falta de conformidad tuvo que ceder el puesto al banquero Maloja, cuyos recursos pecuniarios podian satisfacer mas ampliamente los caprichos de un amor positivista.

Me complazco en repetirlo: á pesar de la triste condicion á que Laura se habia visto arrastrada desde su primer desliz, no habia dejado un momento de amar á sus padres, cuya suerte deseaba mejorar en lo posible, y así la primera exijencia que tuvo con Maloja luego que hubo conquistado su corazon, fué la de que habia de poner á sus padres en estado de poder vivir con independencia y desahogo, sin revelarles de donde

les iba la fortuna. Por esta razon, mientras D. Segundo y su familia se hallaban en Burgos, recibió Figueroa la visita de un caballero que le era desconocido y que le dijo:

—Señor Tomás, usted no sabrá probablemente quien soy yo; pero yo sé quien es V., y sé tambien que mis padres debian á los suyos una suma de consideracion que yo deseo ir pagando poco á poco para tranquilidad de mi conciencia. Por hoy le traigo cien onzas de oro, y si V. me dice donde piensa fijar su residencia le seguiré dando una cantidad igual cada trimestre.

Si el cerrajero hubiera sabido la verdad del caso, de seguro habria rechazado con indignacion aquel dinero; pero como el pretesto que dió el desconocido no tenia nada de repugnante, lo aceptó gustoso y se fué á vivir á una de las mas solitarias casas del barrio de San Lorenzo, no queriendo revelar las señas de su nueva habitacion á nadie mas que al pretendido deudor, cuya conciencia puso en las nubes despues de referirle innumerables anécdotas de su familia.

D. Segundo, al volver de Burgos no supo de todo esto mas sino que habia desaparecido el buen Figueroa, de quien llegó á olvidarse muy pronto por la serie de acontecimientos que le embargaron la imaginacion. El primero de los sucesos que preocuparon á D. Segundo Calleja fué la grave enfermedad de su hija; el segundo, la pesadilla de haber dado á Marchena un empleo que deseaba suprimir con escusas justificables; el tercero, el mal aspecto de sus negocios, pues por lo que el cajero llegó á indicarle, habia tal escasez de fondos y estaban para vencer tan enormes pagarés, que seria preciso poner la casa en liquidacion; y en fin, á todos estos percances de la fortuna se agregó la repentina horfandad en que acababa de quedar Petra, la esposa de D. Crisanto, la cual se trasladó inmediatamente al lado de la bella Encarnacion para ser el blanco de calumnias tan repetidas como venenosas.

Vamos por partes. Con respecto á la enfermedad de su hija, D. Segundo llamó á los mejores médicos de Madrid, haciendo por lo demás cuanto en tales casos corresponde á un amantísimo padre. Con relacion á los negocios, me parece

oportuno estractar aquí la conferencia que dicho señor celebró con su cajero, la cual ha de darnos sobre el particular cuanta luz podamos apetecer para caminar á oscuras.

—Siento anunciarlo, dijo el cajero; el sistema de despilfarro á que se ha entregado V. es muy apropósito para dar al traste con los capitales mas fuertes de toda la nacion.

—Lo conozco, respondió D. Segundó; y para demostrar á V. que trato de correjirme en lo sucesivo, he formado ya la inapelable resolucion de despedir á Marchena.

—Buen puñado son tres moscas, añadió el cajero. Pues qué, los treinta pesos que paga V. á ese individuo, ¿pueden influir en que esta casa sea mas rica ni mas pobre? Quiero ser franco y manifestar á V. la verdadera situacion en que nos encontramos, para ver si podemos conjurar la tempestad que nos amenaza. No tenemos un cuarto y están para cumplirse dentro de breves dias tres pagarés, el que menos de veinte mil duros.

—Lo sé, dijo D. Segundo, pero aunque entre todos esos pagarés compongan la suma de cien mil pesos, V. sabe que á mí me deben diez veces mas y no me será difícil reunir lo necesario para salir del apuro. Despues, estableceré algunas economías, tales como renunciar á las empresas en que no haya utilidad positiva; suprimiré la mitad de los gastos superfluos que he estado haciendo hasta la presente y que son de pura ostentacion; en fin, despediré á Marchena, y á la vuelta de medio año ya verá V. las ventajas de mi sistema.

—¡Dale con Marchena! esclamó el cajero; precisamente los treinta duros mensuales que gana ese desdichado no debian suprimirse por ser reproductivos, y porque los gana trabajando como un descosido. Ademas, dudo mucho que en las circunstancias en que la plaza se encuentra, todos los créditos que V. tiene puedan proporcionar lo necesario para salvarnos del conflicto; pero aunque así fuera, Sr. D. Segundo, no pierda V. de vista que para un plazo poco mas lejano debe V. el doble de lo que importan todos esos créditos que hay á favor de la casa, de modo que si no es para el próximo mes será para dentro de tres ó cuatro meses cuando tenga lugar la catástrofe.

A este fatal pronóstico se estremeció D. Segundo Calleja,

no solo por la triste idea del oscuro porvenir que tenia en perspectiva para su amada hija Encarnacion, sino por la de no poder tal vez pagar relijiosamente lo que debia. ¡Oh! antes que tal sucediera estaba dispuesto á tirarse en el canal de Manzanares, sin decir cómo ni cuando habia desaparecido del mundo.

—Pues señor, dijo cuando terminó su conferencia con el cajero; esto es hecho, voy á despedir á Marchena.

Mandó en efecto llamar á D. Andrés con el objeto de anunciarle su cesantía, y le dijeron que justamente habia salido pocos momentos antes dejando una carta para él que le entregaron al momento. Leyó, pues, D. Segundo la carta que no podia ser mas lacónica, pues decia lo siguiente:

"Muy Sr. mio de todo mi aprecio: Un asunto de honor me obliga á dejar á Madrid por algunos dias. Volveré lo mas pronto posible. Dispénseme V. entre tanto y cuente con el afecto de su mejor amigo y S. S.—Andrés Marchena.

—¡Bravo! dijo D. Segundo; parece que el amigo me ha estado adivinando el pensamiento, largándose antes de que yo le despida. ¡Váyase bendito de Dios! Con no volverle á recibir hemos concluido, y por de pronto voy á dar á mi Encarnacion esta escelente noticia.

Entró presuroso á ver á su hija que estaba muy afiijida y hasta llorosa, precisamente á causa de la inesplicable ausencia de D. Andrés; pues aunque éste se habia despedido de ella y procurado tranquilizarla prometiéndola volver dentro de pocos dias, ella creia que la inopinada partida de su amante tenía por único fin el abandonarla para siempre, y en esta dolorosa persuacion estaba la infeliz inconsolable.

—¡Ea! ya puedes alegrarte, hija mia, dijo D. Segundo entrando en su habitacion; parece que el compadre Marchena, olien do quizá que yo trataba de despedirle, se ha largado con viento fresco, y segun lo que yo colijo no tendremos el disgusto de volverle á ver por esta casa.

La pobre jóven no contestó una palabra, porque, apesar de todo, queria conservar la esperanza del regreso de Marchena cuya misteriosa conducta miraba con fundados recelos, y temía indisponer mas seriamente á su padre con su amante si

al defender á éste llegaba aquel á traslucir el sentimiento que á ello la impulsaba. Guardó, pues, un penoso silencio, contentándose con lamentar interiormente su infortunio, y pronunció al fin algunas palabras cuyo objeto era variar de conversacion. Su padre, sin embargo, cada vez mas aferrado á la especie de monomanía en que acababa de caer, prosiguió:

—He pensado en hacer algunas reformas, hija mia, para no comprometer los intereses de la casa.

—¿Pues qué ocurre? dijo Encarnacion, adivinando algo de lo que pasaba por las palabras y por el aire melancólico de su padre.

—Nada, hija mia, nada, se apresuró á responder D. Segundo, absolutamente nada. No tengas cuidado por tu fortuna, que yo solo pienso en asegurarla mas y mas, y para ello pienso establecer alguna regularidad en los gastos de la casa. Por ejemplo, hasta aquí hemos estado pagando por completo el abono de varios teatros sin asistir á sus representaciones. ¿Para qué? Lo mejor será que cuando haya una buena funcion tomemos un palco y dejemos el sistema de los abonos. Por otra parte hay en casa varios carruajes que exijen gastos de consideracion para los salarios de los criados, manutencion de los tiros de caballos y demás, siendo así que con un solo coche tenemos lo suficiente para nuestro recreo y comodidad. Suprimiremos esos gastos que á nada conducen, podremos alquilar hasta las cuadras, despediremos á Marchena, y la casa marchará como un cronómetro.

—Por lo que hace á lo que llama V. mi fortuna, repuso Encarnacion, sabe V. que todo me es indiferente, y si por algo sentiria que nuestros negocios sufrieran el menor detrimento seria por el disgusto que esto pudiera causarle á V.. Ahora, una vez que no abriga V. ningun temor sobre el particular, nada tengo que decir sino que verifique á su satisfaccion las reformas que tiene meditadas, seguro de que no me han de afectar en lo mas mínimo; pero permítame V. hacerle una pregunta de pura curiosidad. ¿Qué motivos habrá tenido ese D. Andrés Marchena para retirarse tan bruscamente?

—¡Toma! dijo D. Segundo; habrá llegado á comprender que

yo trataba de despedirle y ha querido anticiparse; de lo que me alegro mucho, porque al fin recuèrdo el delicado comportamiento que tuvo con nosotros cuando le conocimos, y me hubiera sido trabajoso el anunciarle mi última resolucion.

—Pues en ese caso, replicó sin poderse contener la hermosa jóven, ¿porqué manifiesta V. tan decidido empeño en romper con ese hombre que en nada nos ha faltado?

—En primer lugar, dijo D. Segundo, porque esto entra en el famoso plan de economías que trató de establecer, y despues...... francamente, porque á mí no se me escapa nada: conozco la profunda aversion que te inspira ese sujeto y yo no quiero ver en esta casa nada de lo que te pueda disgustar.

—¡Está V. equivocado! esclamó la enferma sonrojándose.

Y la alteracion de su semblante fué tan visible que sorprendió mucho á D. Segundo; solo que este señor, en lugar de atribuir aquel efecto á la verdadera causa, se obstinó en creer que su hija odiaba mortalmente á D. Andrés y que al manifestar lo contrario habia tenido que violentar su corazon.

—Está visto, se dijo á sí mismo; no me queda otro camino que despedir á Marchena, si tiene la osadía de volver á presentarse.

Pocos dias despues de esta entrevista tuvo lugar otra no menos interesante y de la cual quiero dar cuenta sin esperar á que me la pidan, en cuyo caso no tendria el darla ninguna gracia. Bueno será decir, ante todo, cuál era el estado de los animos en esta ocasion, para disminuir en cuanto posible sea el interés del drama, como los jenerales franceses necesitan entibiar el escesivo ardor de sus soldados para impedir que hagan atrocidades, y si este sistema no está de acuerdo con las reglas del arte, lo estará siquiera con la farsa que parece ser ya el tipo de lo bello en la rejion de las armas y de las letras. Encarnacion, casi desesperanzada en sus ilusiones amorosas, estaba exánime, postrada, viviendo como un autómata y pidiendo interiormente á la tumba el reposo que no podia encontrar en este mundo. Su padre comenzaba á declinar tanto en su espíritu como en su salud á consecuencia de las calamidades que le estaban de cerca amenazando. Por un lado habian sido ine-

ficaces cuantos pasos dió para encontrar fondos con que hacer frente á las mas apremiantes necesidades de su crédito, y no faltando ya mas que ocho ó diez dias para el fatal vencimiento de los pagarés consabidos, se pasaba las noches enteras sin pegar los ojos. Por otra parte veia languidecer á su hija por momentos, hasta el punto de contar su salvacion en el número de lo que los mismos médicos llaman milagros de la ciencia. En este aflictivo estado en que aquellos pobres corazones del padre y de la hija estaban haciendo esfuerzos sobrehumanos para consolarse recíprocamente, D. Segundo entró á ver á Encarnacion, anunciándola como muy agradable noticia que acababa de hacer llamar al pintor Secante para que les retratase á los dos. La enferma dejó asomar con este motivo una sonrisa desdeñosa en que su padre creyó descubrir un rayo de alegría, y así continuó:

—He querido, hija mia, que no pase mas tiempo sin tener la satisfaccion de verte retratada de cuerpo entero, y ademas, soy franco, he querido valerme de este pretesto para recobrar la amistad de D. Valentin Secante que en el fondo siempre me ha parecido un buen muchacho.

—Pues á mí me parece un fátuo insoportable, dijo con el mayor desenfado Encarnacion.

D. Segundo miró de hito en hito á su hija para ver por la espresion de su semblante si, contra lo que él imajinaba, era capaz de sentir lo que decia, y vió que no presentaba el menor síntoma de alteracion; pero como él estaba seguro de que bajo aquellas apariencias de encono se ocultaba una pasion de las mas ardientes, concluyó diciendo para su sayo:

—¡El demonio son las mujeres para disimular!

Despues calculó que su hija podria espresarse con tal acrimonía contra D. Valentin por celos, ó por resentimiento de ver que nada habia hecho el supuesto amante para reanudar las antiguas relaciones, y á fin de investigarlo, dijo:

—A tí te parece un fátuo; pero á mí no me parece mas que un calavera de quien se puede sacar mucho partido, porque su alma es pura y su mérito como artista está fuera de toda discusion.

—No trato yo de disputar su mérito como artista, replicó Encarnacion; pero le puedo asegurar á V. que nunca tendrá mis simpatías como hombre.

La respuesta no podia ser mas categórica; pero en lugar de servir para sacar á D. Segundo de su error, produjo un efecto muy distinto, pues toda monomanía concluye por nutrirse con aquello mismo que debia disiparla. Bastó que la jóven enferma reconociese el mérito del artista para que su padre la creyese locamente prendada del hombre, por mas que dijese lo contrario, y así acabó por decirla:

—Hija mia, ¿cuándo te inspirará tu padre bastante confianza para que le hables con toda franqueza? Yo creo que tú amas á D. Valentin.

A esta salida de D. Segundo, apesar del tristísimo estado físico y moral en que se encontraba su hija, no pudo esta contener la carcajada.

—¡Hola! esclamó el buen Calleja, parece que la conversacion te divierte y eso equivale á una plena confesion.

La jóven soltó una segunda carcajada mas larga que la primera y su padre continuó:

—¿Lo ves? Me alegro de haber dado en el quid de la dificultad para disipar esa tristeza con que habias llegado á tenerme constantemente aflijido, y una vez que ya podemos hablar sin rebozo con respecto á ese amor que has estado ocultando tanto tiempo sin fundado motivo, te diré que yo nunca he pensado en contrariar tus inclinaciones y mucho ménos tratándose de un tan apreciable sujeto como D. Valentin.

Aquí ya tuvo lugar una cosa que es tan frecuente como natural, y fué que cuanto mas se esforzaba Encarnacion por ponerse séria mayores impulsos de reir le acometian; de modo que por mas que apelase á todos los recursos de su lozana imajinacion para disuadir á su padre del error en que se hallaba, por mas protestas que hacia de no haber amado ni amar al pintor, por mas dicterios que escojía para calificar duramente al hombre de quien se la suponia enamorada y por mas razones que alegaba para demostrar la verdad de cuanto decia, como no dejaba de reirse, lo echaba todo á perder, dando de

este modo pié á D. Segundo para continuar su tema con mas empeño. Llegó la pobre mujer á enojarse formalmente consigo misma y á suplicar á su padre que no hablase mas del asunto, asegurando que la suposicion de querer á Secante le ofendia, pero su padre impertérrito y tenaz en una idea de que cada vez estaba mas íntimamente persuadido, añadió:

—Lo repito, hija mia, me alegro mucho de haberte visto reir con tan buenas ganas; pero ya es tiempo de tratar el asunto con la gravedad que requiere.

—Pero, padre mio, esclamó la jóven, ¿cómo quiere V. que yo diga lo que no siento? ¿y cómo podré convencerle á V. de que entre todos los hombres que he conocido ninguno me ha sido mas repulsivo, mas antipático que ese D. Valentin?

—Poco á poco, dijo D. Segundo, en eso de antipático ninguno ha podido rivalizar con D. Andrés Marchena, que tiene la desgracia de ser universalmente aborrecido.

—Pues yo le aseguro á V. que no le aborrezco, repuso Encarnacion, poniéndose colorada como si no estuviera enferma.

—¡Oh! hija mia, continuó D. Segundo, interpretándolo todo conforme su singular monomanía. Bien veo lo que pasa, y me felicito de saber á lo que debo atenerme. Yo habia bien adivinado tu secreta pasion al artista, porque esas cosas se adivinan, ó por mejor decir, se descubren en cada mirada y en cada uno de los mas insignificantes actos de la vida; pero al ver el buen humor con que has acojido mis insinuaciones, no puede caberme la menor duda de que amas á ese hombre con delirio. Al mismo tiempo creia que D. Andrés Marchena te era tan antipático á tí como á todo el mundo, y es todo lo que puedo decirte sabiendo como sabes que cuantos llegan á verle sienten irresistibles impulsos de romperle la crísma; pero no estaba seguro de que le aborrecieras, y sin embargo, al ver como de solo oir pronunciar su nombre has cambiado de color, comprendo el daño que debe hacerte su presencia. Pues bien, hija mia, no tengas cuidado, que aquí no ha de poner los piés sino la gente de tu devocion, y así, tan pronto como ese señor de Marchena, que en mal hora conocimos, vuelva á tener el atrevimiento de presentarse en esta casa, le he de poner, como se suele decir, de patitas en la calle.

Encarnacion no quiso desperdiciar tan oportuno momento para sacar algun partido en favor de su verdadero amante, y aprovechándose de lo que acababa de oir, contestó:

—Pues bien, padre mio, crea V. lo que quiera con respecto á cada uno de los sugetos que me ha nombrado; pero ahora que sé que cuanto haga V. contra D. Andrés será por causa mia, le aseguro que yo tendria en ello un gran remordimiento de conciencia. Me parece, de todos modos, que no llegará ese caso, porque el señor de Marchena se ha ido indudablemente con la intencion de no volver; pero si así no fuera, si contra lo que yo espero vuelve á presentarse en esta casa, le suplico á V. que abandone su proyecto de despedirle, pues basta que yo me acusase de ser la causa de su mal para no perdonármelo nunca, y tal vez para acortar con el sentimiento de la ingratitud el breve camino que me separa de la tumba.

D. Segundo aprobó mucho la razon de delicadeza que alegaba su hija contra la idea de despedir á D. Andrés, y que en su concepto no podia ser nunca de simpatía.

—¡Como ha de ser! dijo por fin el buen hombre; veo que el tal Marchena es una verdadera calamidad en esta casa. Si le despido lo has de sentir, acusándote de ser la causa de lo que te parece una injüsticia, y si no le despido, lo has de sentir doblemente, porque salta á los ojos la aversion que te inspiran su nombre y su presencia. De todos modos, como tus súplicas son órdenes para mí, te prometo hacer lo que me dices en el caso en que D. Andrés vuelva á presentarse en esta casa, conservándole su destino á despecho de todos.

Esta promesa era cuanto Encarnacion podia desear para lo futuro, en la remota esperanza que tenia con respecto á la vuelta de su amante. Veamos entre tanto que hacía Marchena, qué razones habia tenido para su misteriosa desaparicion, y de consiguiente, qué motivos tenia D. Segundo para no pensar en otra cosa mas que en alejarle de su casa.

Ya he dicho en otra ocasion que D. Andrés Salinas de Marchena era huérfano, gozaba de una muy considerable fortuna, y solo por estar al lado de Encarnacion, á quien amaba

como un insensato, sin atreverse á pedir su mano formalmente por las razones que ya conocemos, habia mendigado un puesto de dependiente subalterno en casa de D. Segundo Calleja. El amor es de todas las pasiones humanas la que mas predispone el ánimo de los hombres á los grandes sacrificios, y lo repito, D. Andrés amaba ciegamente á la hija de D. Segundo. Por una bien rara casualidad, el hombre que tan profundas antipatías solia inspirar á sus semejantes tuvo la suerte de ser debidamente apreciado por el cajero de la casa, que le puso al corriente de todos los secretos, y así supo desde luego la inminencia de la horrorosa quiebra que estaba amenazando al padre de la muger por quien él hubiera dado su existencia. cuanto ni mas sus intereses. Al momento, sin revelar á nadie su plan, pensó en parar un golpe que no podria menos de ejercer una dolorosa influencia en la salud de Encarnacion, y toda la dificultad que se le ofrecia para realizar su magnánimo pensamiento estaba esclusivamente en la forma. Podia muy bien haberse presentado á D. Segundo, diciendo que él era rico y que tenia mucho gusto en poner á su disposicion toda su fortuna: pero entonces incurria en flagrante contradiccion, una vez que habia supuesto ser pobre cuando solicitó la plaza de dependiente, y tanto por desmentirse cuanto por haber pretendido un sueldo que para nada necesitaba, corria el peligro de hacerse sospechoso. ¿Qué medio escojeria para llevar á cabo un proyecto tan difícil, sin dar su brazo á torcer? Uno muy sencillo se le ocurrió y quiso ponerlo en planta inmediatamente. Tomó bien los nombres y señas de los acreedores de D. Segundo, no solo de aquellos cuyos pagarés estaban para vencerse pronto, sino de todos los demás, y decidió irles pagando uno por uno á nombre del deudor, haciéndolo de modo que ninguno pudiera entrar en sospechas. Para ello emprendió rápidamente su viaje á Zaragoza, pues no habia tiempo que perder para que su sacrificio diese el resultado que se proponia, y puso en venta todos sus bienes muebles é inmuebles, dándolos á tan bajo precio que al instante halló compradores. Esto por un lado fué favorable, pues le facilitó el medio de reducir pronto á metálico su fortuna; pero por otro tuvo el

inconveniente de no producirle su herencia lo bastante para satisfacer completamente á todos los acreedores de D. Segundo. Sin embargo, como lo que urgia mas era pagar aquellos créditos que estaban para vencer en el plazo de uno, dos y tres meses, y para ello tenia mas que suficiente con lo que le produjeron sus bienes mal vendidos, se dió por muy contento, y volvió presuroso á Madrid despues de girar todo el dinero de que podia disponer. He aquí los motivos de la ausencia de D. Andrés Marchena, y véase cuán injustamente le acusaba Encarnacion cuando creia que se habia ido para abandonarla no habiendo podido corromperla, y cuanto mas injusto era D. Segundo en la monomanía de despedir á todo trance al hombre que solo se ocupaba de la salvacion de su crédito. ¿Quién habia de decir que uno de los célebres Salinas habia de llevar á tal estremo la abnegacion para favorecer á otro de los famosos Callejas? Solo el amor puede tener la gloria de obrar tan estupendas maravillas.

Mientras tanto, D. Segundo erre que erre en suponer á su hija enamorada de D. Valentin Secante y proponiéndose recibir á este con tanta frecuencia como antes, no por favorecer sus amores, pues tenia muy mala idea del pintor para pensar en hacerle su yerno, sino para que su hija se apercibiese de los defectos que tenia el hombre á quien habia cometido el disparate de preferir, á fin de que con el trato llegase á entibiarse una pasion que no existía. En efecto, aun siendo cierto que Encarnacion hubiese mirado con buenos ojos al artista, mas de cuatro veces habria tenido motivos de arrepentirse al ver lo grosero y jactancioso que era D. Valentin; de modo que no mirándole sino con desfavorable prevencion, habia forzosamente de creerle cada vez mas despreciable. El dia en que D. Segundo y su hija celebraron la última entrevista de que he dado cuenta, se presentó por fin el tal Secante y como si le hubieran estado ensayando para que á propósito recargara lo záfio de su papel, estuvo insoportable. Si le preguntaban que cómo no habia vuelto en tanto tiempo, contestaba diciendo que se habia ocupado en corresponder á infinitas damas que le ostigaban con billetes amorosos. Si se le hablaba de alguna nota-

bilidad femenina se sonreia maliciosamente asegurando que la conocia mas á fondo que nadie, como que mantenia con ella las mas estrechas relaciones; si se trataba de algun hombre de cualquiera condicion que fuese, tambien se vanagloriaba de tratar intimamente á su mujer, á sus hijas ó á sus hermanas. No habia, pues, honra que estuviera á cubierto de los tiros de aquel mentecato, y como si nada de lo dicho bastara para acabar de hacerse indijesto á la bella Encarnacion, vino á remachar el clavo en el desenlace grotesco de la comedia que con éxito tan deplorable comenzó á representar en la ciudad de Burgos.

Fué el caso que cuando se iba D. Valentin á retirar llegaba casualmente aflijida y enlutada la pobre Petra, esposa de D. Crisanto, la cual viéndose desamparada por la repentina muerte de sus padres y por la ausencia de su marido, tomó la dilijencia y voló á refujiarse en casa de D. Segundo. Iba justamente á poner el pié en la calle para salir el pintor cuando se preparaba á entrar en el portal Petra, y como D. Valentin siguiese confundiéndola con Laura, la hija de Tomás Figueroa, desde luego la dirijió la palabra, diciendo:

—Al fin te vuelvo á ver, buena alhaja, ¿qué traes tú por aquí? ¿vienes á representar una segunda farsa como la de Burgos?

A estas palabras la desconsolada Petra no contestó sino preguntando al portero si vivia allí D. Segundo Calleja, y oyendo decir que sí, se apresuró á subir la escalera para librarse de los insultos brutales del pintor, que parecia venido al mundo para sofocarla; pero D. Valentin, léjos de retirarse dejando en paz á la pobre mujer, subió tras ella rogándola que abandonase las aventuras á que se habia entregado, y que volviese á ser su amiga como lo habia sido en algun tiempo, en la seguridad de que esta vez la trataria con mas cariño que ántes. Tantas cosas la dijo por fin que la infeliz comenzó á pedir socorro á gritos, y como se presentasen D. Segundo y Encarnacion á ver lo que pasaba, D. Valentin se encaró con ellos diciendo:

— Ahí está la célebre novia de Burgos; díganla ustedes que

se atreva á negar delante de mí que ha sido mi querida y que ha vivido conmigo durante algunos meses.

D. Segundo y su hija reconociendo á Petra y viéndola enlutada se apresuraron á abrazarla, preguntándole qué significaba todo aquello.

—¿Que ha de haber? contestó la infeliz sollozando, que mis papres han muerto en cuatro dias y como Crisanto no ha vuelto de su malhadado viaje, vengo á pedirles á Ustedes hospitalidad, encontrándome desgraciadamente al llegar á la puerta con este hombre que parece complacerse en insultarme.

Soltó D. Valentin al oir esta relacion una carcajada bestial, y parecia dispuesto á seguir en su tema cuando D. Segundo para atajar el escándalo le llamó aparte y le dijo:

—Amigo mio: si cree V. lo que afirma con respecto á esa joven, empiezo á temer que se ha vuelto V. loco, y si lo hace solo por el raro capricho de mortificarla, le suplico á V. por lo mas sagrado que la deje tranquila, pues yo la estimo tanto como si fuera hija mia y no podré tolerar que se la ultraje de ningun modo.

—Ni yo trato de ultrajarla, dijo el pintor; solo quiero hacerla confesar la verdad, porque le aseguro á V. que no invento nada en decir que esa mujer......

—Basta, esclamó D. Segundo, no quiero oir una palabra mas en el asunto, y si tiene V. en algo mi amistad hágame el favor de abandonar esa manía que es de muy mal jénero.

—Pero señor, añadió el artista, frito de ver que no le hacian caso la única vez de su vida en que creia decir la verdad con respecto á sus aventuras amorosas; yo tengo en mucho la amistad de V.; mas esto no debe impedir que le sostenga lo que esa mujer no puede negar sin acreditarse de insolente.

—Por última vez, replicó D. Segundo; recuerdo que en Burgos se despidió V. haciéndome una especie de reto que tuve á bien olvidar por una prudencia digna de recomendacion. Ahora bien, señor mio, yo acepto aquel reto y lo prohijo contra V. y contra todo el jénero humano, si llego á saber que V. ó cualquiera otra persona, se han entretenido en difundir el falso testimonio levantado á la honrada jóven á quien acojo bajo mi proteccion.

Diciendo esto D. Segundo se despidió del artista, entró á consolar á Petra, y llamando aparte á su hija no pudo menos de decirla:

—Francamente, hija mia, la conducta del señor Secante me ha revuelto las entrañas, y si no fuera por esa locura de haberte tú encaprichado tanto con semejante hombre, ya le habria yo dado veinte estocadas; pero al fin, bueno es que veas en quien has ido á poner los ojos, y así acabarás por curarte de esa pasion incomprensible.

CAPITULO II.

¿Quién es ella?

Pocos dias despues de la llegada de la linda Petra, tuvo D. Segundo el placer de recibir una visita, que fué la del famoso D. Fulgencio Vargas, el cual á fuerza de tenerse por un grande hombre y de decirlo, habia llegado realmente á representar en el drama político un papel interesante. Asi es el mundo, señores, y así los Narcisos de todas las escuelas acaban por imponer á los demás la idea que abrigan de sí mismos. El hombre de mérito que tiene la sandez de ostentarse modesto, llega pronto á ser mirado con desden por sus semejantes, los cuales concluyen por estimarle en muy poco á fuerza de oirle decir que no vale mucho. Al contrario, el rentista, el político, el literato, el artista que solo usan del clarin, de la trompa, de la lira y aun del violon, para celebrar su propia fama, llegan á ser creidos por su palabra de honor; de donde resulta la tristísima verdad de que, en el campo vario de la vida humana, son mas seguras y abundantes las cosechas del amor propio que las del talento. Los que no han penetrado en este secreto, que esplica las posiciones deslumbradoras de muchos hombres en la esfera del poder ó de la inteligencia, suelen atribuirlo á eso que vulgarmente se llama nacer de pié, y esclaman con

una candidez á prueba de bomba: "¡Qué suerte tiene Fulano! ¡Qué suerte tiene Mengano!" ¿Qué suerte ni qué calabazas? Dígase que Fulano y Mengano tienen vanidad y quedará satisfactoriamente esplicada la causa de su elevacion, pues segun lo que se ha podido descubrir en este mundo de mojiganga, casi todos los hombres que brillan en cualquier concepto son discípulos de Narciso, y todos los Narcisos sin escepcion llegan al fin de las mas locas aspiraciones.

Si D. Fulgencio Vargas hubiera sido modesto, habria pasado por la linterna mágica de la política sin que uno solo de los espectadores que forman los partidos fijase la atencion en su sombra; pero tuvo vanidad, condicion precisa del progreso individual; dió en decir que él era un génio, un hombre importante y hasta necesario, un legítimo heredero del porvenir, y tanto repitió su apología que muchos acabaron por rèconocer su inmensa superioridad, elevándole al anillo de Saturno, cuando él solo pensaba en remontarse á los cuernos de la luna.

Era, por lo que llevo dicho, muy de agradecer la visita de un hombre como Vargas, aunque, francamente, no pecaba de desinteresada en aquella ocasion, pues habiendo llegado la época de las elecciones, iba solo á comprometer á D. Segundo para que le diera su voto. El elector contestó con amabilidad diciendo que tendria mucho gusto en favorecer á su amigo Vargas con el sufragio, y el Narciso, bastante amostazado, dió las gracias manifestando que si él resultaba electo, como era lo natural, no por ello creeria recibir un favor, pues los favorecidos serian sus comitentes, los cuales debian darse por muy honrados con que les representase un hombre de su reconocida capacidad. Así, para dejar enteramente satisfecho al Narciso, tuvo D. Segundo que espresar su compromiso en estos términos:

—Tendré el honor de contribuir á la eleccion de V., y espero que V. se dignará dispensarme el alto favor de aceptar mi humilde voto.

Esto era, si se quiere, una segunda edicion del cuento de aquel caminante pedestre á quien de lástima hicieron unos arrieros montar en una de sus caballerías, y luego que estuvo á

caballo preguntó muy formal: "¿Cuánto voy ganando?" Pero así son casi todas las cosas de este mundo, y solo así se esplica que el poeta D. José Gilberto haya tenido la pretension de pedir dinero por sus versos á los editores, siendo sabido que debia él pagar á peso de oro el favor de que se los imprimieran. Lo mismo sucedia con el candidato Vargas, quien luego que estuvo satisfecho de la fórmula lisonjera con que D. Segundo le habia espresado su compromiso, se levantó para retirarse, cuando casualmente vió cruzar á Petra por delante de la puerta del despacho en que se hallaba, y confundiéndola con Laura, la hija de Figueroa, se acercó á D. Segundo diciéndole en voz baja:

—¿Qué hace aquí esa muger?

—Es la esposa de un amigo mio, contestó D. Segundo.

—Mírelo V. bien, replicó Vargas, y sobre todo, teniendo V., como tiene, una hija que no debe acostumbrarse á malos ejemplos.

—¡Hombre! esclamó D. Segundo; ¿usted tambien tiene algo que decir contra esa pobre muger? ¿Está V. seguro de conocerla?

Vargas bajó un poco mas la voz, y mirando hácia la puerta con aire misterioso, contestó:

—A ella es á quien debe V. preguntar si me conoce á mí, que no se atreverá á negarlo, y si tal hiciese le autorizo á V. para decirla que ha sido mi querida.

—Por María Santísima, dijo D. Segundo; yo creo que de algun tiempo á esta parte todos mis antiguos amigos se han vuelto locos.

Ofendióse mucho Vargas con esta suposicion, y se mantuvo en sus trece de que decia la verdad. D. Segundo, cada vez mas persuadido de la injusticia con que acusaban á la pobre castellana, la defendió como debia, y no cediendo ninguno á las razones del otro, se acaloraron los ánimos hasta el punto de desafiarse, con lo cual terminó la entrevista, quedando los dos amigos en mandarse respectivamente los padrinos para arreglar las condiciones del duelo.

Pero como si esto no bastara para pudrir á un hombre la

paciencia, no bien habia salido Vargas, cuando se presentó D. Fermin Maloja con intenciones hostiles, pues era uno de los que tenian pagarés de D. Segundo, y debiendo uno de ellos vencer en el término de tres dias y teniendo alguna noticia del mal estado de fondos en que el deudor se hallaba, se habia casi propuesto hacer á D. Segundo la forzosa para que le otorgase la mano de Encarnacion. No llegó ni el caso de tratar de este negocio, por la sencilla razon de que al entrar el tal Maloja, vió á la pobre Petra, y al momento se dirijió á ella con el lenguaje mas desabrido que se puede imaginar.

—¡Hola! señora mia, dijo; ¿quien me diria que habia de tener la fortuna de encontrarla tan pronto y en esta casa?

—¡Caballero! contestó Petra; usted me confunde con alguna muger á quien sin duda tengo la desgracia de parecerme.

—¡Qué cinismo! esclamó Maloja; ¿se atreverá V. á desconocerme despues de haberme arruinado en quince dias, para dejarme plantado ayer que huyó V. de mi casa sin decirme porqué ni porqué no?

—¡Esto es insufrible! dijo Petra; no parece sino que todos los amigos de D. Segundo se conjuran contra mí. Caballero, todo eso que V. dice es falso; yo no le conozo á V. ni quiero conocerle, y le suplico que me deje tranquila.

—Pues bien, replicó Maloja; te dejaré tranquila siempre que me espliques las razones que has tenido para abandonarme, cómo has venido á esta casa, y por último, con tal que me devuelvas lo que me has hecho gastar desde que tuve la desdicha de conocerte.

Oir esto y empezar la pobre muger á llorar como una desesperada, todo fué uno. Sollozaba, gritaba, pateaba, se repelaba, invocaba los nombres de sus padres, y por fin metió tanto ruido que todas las personas de la casa fueron en tropel al lugar de la escena con el objeto de averiguar lo que ocurria.

—¿Pues qué sucede? preguntó D. Segundo, profundamente disgustado de este inesperado suceso.

—Voy á decírselo á V., contestó D. Fermin.

Y los dos amigos se retiraron á conferenciar aparte, mientras Petra, estrechamente abrazada con la bella Encarnacion,

continuaba derramando lágrimas y diciendo que era la criatura mas desgraciada de este mundo.

—Y bien, señor de Maloja, esclamó D. Segundo luego que estuvieron solos; ¿qué ha ocurrido entre V. y esa pobre jóven que parece ser el rigor de las desdichas con todos mis amigos?

—¿Sí, eh? dijo maliciosamente D. Fermin; ¿con que por lo visto es larga la relacion de aventuras de esa buena pécora?

—Hombre, contestó D. Segundo, no deben llamarse aventuras, sino desventuras, las que esa jóven está pasando de algun tiempo á esta parte, y lo que me estraña es que un hombre del juicio de V. tome parte tambien en lo que me va pareciendo una conjuracion contra la honra de una muger inofensiva y virtuosa.

—D. Segundo, dijo Maloja; yo vengo á hablarle á V. con formalidad y desearia que V. me respondiera en el mismo tono, sin lo cual es difícil que podamos entendernos.

—Señor D. Fermin, replicó Calleja; yo no acostumbro á divertirme con cosas sérias, y pongo en primer término la honra de los mugeres. ¿Qué tiene V. que decir de esa señora, de esa infeliz á quien ha tenido la bajeza de insultar en mi propia casa?

—¡Hola! ¡hola! esclamó D. Fermin; veo que toma V. con harto calor la defensa de su querida, y si no retira V. esas palabras indecorosas que ha fulminado en un rapto de frenesí, es muy probable que hayamos de remitir á las armas el fin de nuestras esplicaciones.

—Cuando V. guste, señor de Maloja, dijo D. Segundo; yo no tomo la defensa de la que llama V. mi querida, sino de la esposa de un amigo mio, de una muger honrada y decente á quien V. ha faltado, y si este lance no ha de tener consecuencias funestas, usted es quien debe retractarse de las suposiciones á todas luces calumniosas que ha osado proferir contra una señora digna de respeto.

—Pues bien, añadió Maloja con un aire de presuncion que multiplicaba el mal efecto de sus palabras provocativas; voy á darle á V. gusto, amigo mio. Yo creí al ver á esa jóven á quien V. proteje con tan plausible resolucion, que era una muger

que me habia engañado como á un chino, consintiendo en tener conmigo relaciones el tiempo necesario para arruinarme y abandonándome de la noche á la mañana para engañar á otro cualquiera; pero en vista de las esplicaciones que V. me ha dado respecto á la procedencia de esa señorita...... insisto en lo dicho, declarando sorprendente y heróico el capricho con que V. se ha propuesto contribuir al mejor éxito de la farsa.

Este párrafo debia naturalmente ser el último en aquella discusion desagradable. D. Segundo contestó diciendo que sobraban las tres cuartas partes de lo dicho para andar á pistoletazos con el lucero del alba, y así suplicó á Maloja que nombrase padrinos sin añadir mas combustibles al fuego, pues de otro modo estaba dispuesto á cometer un atentado. Accedió con mucho gusto D. Fermin á esta indicacion; quedaron uno y otro convenidos en todo lo que la costumbre ha establecido para estos casos, y ya tenemos á D. Segundo comprometido en dos lances de honor para defender con justicia el de uua pobre muger mas bella que afortunada.

Mis lectores habrán podido comprender desde el principio de esta historia que D. Segundo no era hombre capaz de amilanarse por desafío mas ó menos, y deben inferir, por consecuencia, que la idea del peligro le tenia sin cuidado; pero lo que no podia menos de atormentarle era la causa de aquellos lances, pues le llegaban al alma las calumnias de que Petra era objeto, lo mismo que si se tratara de su propia hija. Este disgusto unido á otros muchos le tenian de muy mal humor, y estaba casi deseando armar camorra con el primero que se le pusiera por delante, cuando se le presentó Marchena con su rostro cargante, que sobre ser antipático estaba cubierto de sangre; de modo que poco faltó para que le tirase todos los trastos de su despacho á la cabeza.

—¿Qué se le ofrece á V.? dijo.

—Acabo de llegar, contestó Marchena, y sé algo de lo que hoy ha sucedido con respecto á la esposa del pobre D. Crisanto; pero le advierto á V. que hay una cosa mas grave, y me apresuro á ponerla en su conocimiento para que se pueda aplicar el remedio inmediatamente.

Calmóse un poco D. Segundo al oir estas palabras, suplicando á Marchena que le pusiese al corriente de lo que ocurria.

—¡Una atrocidad! ¡un escándalo! dijo D. Andrés. No habia yo hecho mas que bajar de la diligencia en la calle de Alcalá, cuando, al pasar por un baratillo, ví varios cuadros espuestos al público y que, segun me dijeron, estaban de venta. Llamóme mucho la atencion uno de ellos, porque era un admirable retrato de Petra, y pregunté con qué objeto se habia puesto dicho retrato en aquel sitio, á lo cual me contestaron que para venderlo. Quise sáber entonces cómo habia ido la pintura á parar al baratillo y me dijeron que todos aquellos cuadros eran de un pintor llamado D. Valentin Secante, y que el retrato que tanto picaba mi curiosidad era precisamente el de una querida que habia tenido el artista.—Eso es falso, repliqué, pues yo conozco al original de ese retrato y sé que es una señora honrada.—Será todo lo que V. quiera, me contestaron; pero el dueño del cuadro nos ha contado cabalmente una historia que no favorece mucho á esa muger, pues dice que despues de haber consentido en ser su querida por algun tiempo, le abandonó para entregarse á lastimosas aventuras, y que justamente para vengarse de la que pagó tan mal su cariño ha resuelto vender su retrato.

Una palidez mortal cubrió el rostro de D. Segundo al saber esta nueva grosería del pintor. Lamentóse interiormente de que su hija estuviese tan ciegamente prendada de aquel hombre, á quien habia resuelto matar como único medio de evitar la propagacion de tan descabelladas injurias, y juró no renunciar al castigo por mas que estuviese cierto de dar un profundo disgusto á la bella Encarnacion. Pero por de pronto, lo primero que se le ocurrió fué hacer un cargo muy severo á D. Andrés por no haber comprado el retrato de Petra para impedir que cayera en manos estrañas ó que siguiese llamando la pública atencion, siendo en uno y otro caso un objeto de ludibrio.

—Eso es lo primero que se me ocurrió, dijo Marchena; pero al ir á tratar del ajuste resultó que ya se habia anticipado un hombre de malas trazas, dando lo que le pidieron, y con esto

perdí desgraciadamente la ocasion. Dirijíme al comprador diciéndole que yo tenia mas derecho que él á la pintura y que le daria por ella doble de lo que le habia costado; pero el hombre debia sin duda estar loco, porque despues de contar un sin número de historias que no venian al caso, concluyó diciendo que por nada del mundo cederia él aquel cuadro, puesto que era el retrato de su hija. Oir yo esto y calificar al tal hombre de mentecato, fué todo uno; verse el palurdo motejado y empezar á palos conmigo, ni oido ni visto fué, dando por resultado final la trifulca el haberme quedado sin el retrato, y llevar por contera una paliza de las mas soberanas que he sufrido en mi vida.

—Y el número no debe ser flojo, interrumpió D. Segundo.

D. Andrés, aprovechando la oportunidad para calcular sobre poco mas ó menos los palos que habria dado y recibido desde que tuvo uso de razon, vino á deducir que el tal número era incalculable; mientras D. Segundo, preocupado con la idea de que se hubiese vendido públicamente el retrato de la infortunada Petra, sin caer por las señas en que el comprador era su amigo Figueroa, formaba la resolucion definitiva de matar al pintor, juntándose de esta manera con tres desafíos en un dia. Sin embargo, nada le quiso decir á Marchena de lo que pensaba, porque teniendo el constante propósito de despedirle mas tarde ó mas temprano, era natural que no quisiera gastar con él esas confidencias que estrechan poderosamente las relaciones de amistad, y así D. Andrés se retiró á descansar un poco, algo resentido de ver desairados sus ofrecimientos. Entonces D. Segundo, quedándose solo, empezó á pensar en las armas, punto, dia y hora en que debian tener lugar tantos duelos, y siendo imposible cumplir con todos sus contrarios á un tiempo, decidió ir despachándolos por rigoroso turno.

—Mañana, dijo, me batiré con Vargas á sable, y me contentaré con abrirle la cabeza por lo mismo que en tanta estima la tiene. Pasado mañana daré una leccion de florete al insolente de Maloja, y éste ya merece la pena de ir al otro mundo á contar á Creso y á los judíos, sus compadres, las grandezas que ha disfrutado en esta vida. En cuanto al pintor, siento que

no haya otro remedio, porque mi hija se aflijirá demasiado, pero necesito darle un pistoletazo donde no le duela, es decir, donde le haga morir tan pronto que no tenga tiempo para sentir el dolor.

¿Quién le mandaba á D. Segundo decir en alta voz estas cosas? Solo se esplica por el estado de agitacion en que se encontraba, pues si no, hubiera comprendido la verdad metafórica de que las paredes oyen y nadie habria sorprendido su secreto. Pero, contra toda su voluntad, puso cuanto acababa de decir en conocimiento de su hija Encarnacion, la cual, vaticinando que iba á tener lugar algo de estraordinario, andaba de puntillas, procurando escuchar lo que deseaba saber. Asustada la infeliz con tantos desafíos, estuvo á punto de desmayarse, dando por seguro que su padre moriria sin remedio, y aun tuvo intenciones de entrar á suplicarle de rodillas que no se batiera con nadie; pero conocia bien el carácter de aquel hombre, á quien en tales casos era imposible ablandar con ruegos ni con lágrimas, y esperó la hora en que como de costumbre habia de ver á Marchena para referirle lo que pasaba y consultar con él algun medio de alejar el peligro que corria su padre.

D. Segundo, entre tanto, despues de solazarse con la idea de la forma en que debia ir despachando á todos sus contrincantes, salió de casa en busca de dos buenos amigos que le sirvieran de padrinos, en todos y cada uno de los lances de honor que tenia en perspectiva, y como tomaba estos asuntos por lo sério, queria que los tales padrinos no fuesen metedores de paz, sino de aquellos que por un quítame allá esas pajas piden arroyos de sangre. Así fué que no inspirándole todos sus amigos y conocidos bastante confianza para el caso, tardó algunas horas en hallar lo que buscaba, y gracias á su prolongada ausencia, hubo tiempo de sobra para que D. Andrés Marchena, despues de haber descansado un buen rato, fuese á cumplir con su deber y tuviera una larga conferencia con la bella Encarnacion.

Esta jóven estaba muy contenta con la vuelta de su amante y muy triste con el peligro que su padre corria. Por eso,

despues de felicitarse de que no la hubiera engañado Marchena, se apresuró á decirle:

—Amigo mio, estoy satisfecha de tu comportamiento. Veo que tu ausencia no ha sido tan larga como yo temia, y ahora solo te voy á exijir una prueba para estar persuadida de la sinceridad de tu amor.

—Hermosa mia, dijo D. Andrés, ¿qué no seré yo capaz de hacer por complacerte? Dime lo que quieres y me verás vencer los mayores imposibles.

—Por desgracia casi son imposibles los que hay que vencer en esta ocasion, replicó la jóven visiblemente conmovida; y no hay tiempo que perder si se ha de conseguir algo. Has de saber que mi padre trata de batirse con tres de sus antiguos amigos, que son D. Fulgencio Vargas, D. Fermin Maloja y D. Valentin Secante. ¡Dios mio! Sé que mi padre no carece de valor, y aun tengo entendido que lo ha demostrado alguna vez de una manera terrible.

—¡Demasiado! esclamó Marchena, dando un suspiro.

—¿Como es eso? preguntó la jóven sorprendida, no solo de la palabra, sino del suspiro de D. Andrés, que la hizo recordar algo de lo que pasó en Burgos el dia que se conocieron. ¿Porqué dices que mi padre se ha escedido en las pruebas de valor personal, y qué significa ese suspiro? Aquí hay algun misterio que yo no puedo comprender, y estraño mucho que no me lo hayas esplicado si es cierto que me amas. ¿Tienes tú alguna conexion con cualquiera de esos antiguos adversarios de mi padre? ¡Oh! á mí puedes decírmelo todo, porque, quien quiera que tú seas, estoy segura de amarte siempre, te lo juro por quien soy, y al contrario, si no te inspiro bastante confianza para depositar tus secretos en mi corazon, creeré que no he tenido la suerte de ver mi amor debidamente correspondido.

—Sí, hermosa de mi vida, esclamó Marchena; yo creo conocerte y estoy seguro de que jamás te harias eco de ódios tradicionales con respecto á mi pobre persona; pero ¿y tu padre?

—Mi padre es bueno y me adora, dijo Encarnacion; yo tendria medio de prevenirle favorablemente; pero sácame de esta ansiedad con la esplicacion de ese misterio, que á la vez será quizá la mas satisfactoria esplicacion de tu conducta.



—Pues bien, repuso Marchena; ¿no has oido hablar nunca circunstanciadamente de alguno de los lances de honor que tu padre tuvo en su juventud?

—No recuerdo que delante de mí se haya tratado mas que de uno, contestó la jóven; y si mi memoria no es infiel, provino de una antigua rivalidad de familias. D. Hilario Salinas, que era el último vástago de la suya, pereció segun tengo entendido á manos de mi padre, que por la nulidad de sus hermanos era para el caso el último de la mia; pero no necesito proseguir, porque, ¿tienes tú algo que ver con los Salinas?

—Yo soy hijo de ese D. Hilario á quien mató tu padre, dijo D. Andrés.

La sorpresa, el asombro, el terror, todas las emociones de que el corazon es susceptible al oir una tan espantosa revelacion, se pintaron en el rostro de la jóven, que se quedó como petrificada. Hubo algunos momentos de silencio que fueron de indefinible angustia para los dos amantes. Los ojos de Marchena se humedecieron á su pesar; Encarnacion no tuvo siquiera ese consuelo, pues parecia que con el golpe se le habia secado la fuente de las lágrimas. Sin embargo, al oir á D. Andrés esplicar en compendio su historia, las ideas de venganza que alimentó desde jóven, los juramentos que habia hecho y quebrantado, y la lucha de pasiones tan encontradas que habia sostenido, reconoció la infeliz cuanto debia ser amada, y prometiendo consagrar eternamente su corazon al hombre que le habia dado tan estraordinarias pruebas de cariño, le pidió perdon por haber dudado alguna vez de la rectitud de sus intenciones.

—¿Comprendes ahora porqué me abstenia de pedir tu mano? preguntó Marchena.

—¡Oh, sí! harto lo comprendo, dijo Encarnacion, y me estremezco á la idea de lo que hubiera sucedido, porque, siento decírtelo, solo de oir pronunciar el apellido que llevas y que afortunadamente ocultaste desde el primer dia, parece que mi padre se pone fuera de sí. ¡Qué desgracia la mia!

Y entonces fué cuando el corazon de la jóven tuvo el necesario desahogo para no despedazarse al choque de las violentas emociones que lo agitaban. Lloró la pobre como un

niño, y cayó en una especie de abatimiento mortal que infundió los mas sérios temores al amante. Iba éste á tirar del cordon de la campanilla para pedir socorro, cuando la enferma, por un último esfuerzo del amor filial, le contuvo poniéndose en pié y diciéndole con penosa dificultad, porque la tos y los sollozos la obligaban á entrecortar las palabras:

—Espera un momento. Si viene alguien no podria espresar el favor que te iba á pedir. Es preciso impedir que maten á mi padre, y cuento con esta última prueba de tu amor. Ahora.... ya puedes llamar.

—Tu padre no se batirá, vive tranquila, contestó Marchena llamando apresuradamente.

La jóven cayó entonces sobre un sillon, cubriéndose con un pañuelo blanco que pronto se vió teñido de púrpura, y no pudiendo ya emplear la lengua, espresó con los ojos todo el amor y toda la gratitud que albergaba en su hermoso corazon. Marchena creyó morirse mientras duró el terrible acceso de la muger que poseia el mágico secreto de su existencia, y no pudo apartarse de su lado hasta que la vió un poco restablecida, despues de lo cual salió decidido á poner en planta el soberbio plan que habia concebido para cumplir la promesa hecha en tan solemne momento á la muger á quien amaba.

—La cosa es muy sencilla, se dijo así mismo: en poniendo yo fuera de combate á los tres sugetos indicados, se habrá conseguido el objeto, y yo les haré una afrenta pública de tal naturaleza que tendrán que batirse conmigo antes que con D. Segundo.

Formado este magnífico proyecto, se fué á ver al cajero, con cuyo auxilio contaba para realizarlo, y le dijo:

—Amigo mio; usted me ha favorecido mas de cuatro veces con pruebas que nunca olvidaré.

—Y estoy dispuesto á darle á V. otras tantas, contestó el cajero tendiéndole la mano.

—Pues bien, añadió D. Andrés; ¿podria V. indicarme, ante todo, el sitio público en que nos fuese fácil encontrar á D. Fulgencio Vargas, á D. Fermin Maloja y á D. Valentin Secante?

—Pues ya lo creo, respondió el cajero; ya conoce V. el Ca-

fé Suizo que es el punto de reunion de todas las notabilidades políticas, financieras, literarias, y artísticas de la época, y allí concurren infaliblemente los tres individuos nombrados, cada cual á su seccion ó círculo correspondiente. ¿De que se trata?

—De batirme mañana temprano con los tres, contestó Marchena.

—Hombre, dijo el cajero, pues está V. hecho un Roldan. ¿Y que motivos tiene V. para buscar tantos duelos en un dia?

—Eso ya lo sabrá V. mas tarde; por ahora le suplico el mayor secreto en el asunto. Es preciso que V. y otro amigo de su confianza me acompañen esta noche al Café Suizo, donde pienso afrentar de tal modo á los referidos sugetos que no puedan menos de batirse conmigo inmediatamente. Despues que yo les haya hecho la ofensa que medito, usted y la otra persona que nos acompañe se encargarán de arreglar reservadamente las condiciones de cada uno de los lances, en la inteligencia de que no quiero reñir de burlas, sino dejar en el sitio á mis adversarios ó perecer en la demanda.

—Pero, hombre, ¿ha meditado V. bien ese proyecto? preguntó el cajero mirando cuidadosamente á D. Andrés para persuadirse de que no estaba loco.

—Amigo mio, dijo por último D. Andrés; en llevar á cabo mi plan arriesgo la vida, lo sé muy bien; pero me va mucho mas que la vida en no realizarlo. Es, pues, una resolucion suprema, irrevocable; bástele á V. esto, y ahora deseo saber sencillamente si puedo contar con V.

El cajero conoció que el asunto iba de veras, vió el estado de escitacion en que estaba Marchena y no se atrevió á replicar por mas que el proyecto le parecia descabellado. Comprometióse, pues, solemnemente no solo á servir de padrino á su amigo, sino tambien á buscar un camarada de los mas templados para que les acompañase en tan temeraria empresa. En efecto, antes de anochecer ya estaba D. Andrés Marchena en el Café Suizo, en union del citado cajero y de un tal Mendoza que pasaba por ser el mas hábil y provocador espadachin de la época. Poco tiempo despues el salon se llenó con la jente que afluia en aquel punto de varios otros, y particularmente con

a que se retiraba del Prado, queriendo la casualidad que los tres individuos que D. Andrés buscaba se encontrasen reunidos al rededor de una gran mesa, entre muchos otros caballeros de grandes aspiraciones, si no de reconocida importancia.

—Felices noches, señores, dijo Marchena.

Todos levantaron la cabeza, y al ver la cara del que les dirigia el saludo esperimentaron el mismo deseo de romperle las costillas, pero como iba en compañia del espadachin Mendoza, que era bien conocido, se aguantaron contentándose con la intencion.

—Vengo simplemente á decir á ustedes, añadió D. Andrés, que en este círculo de personas decentes se hallan tres hombres indignos de la buena sociedad, y estos son los que yo iré marcando con el sello de la ignominia.

Diciendo esto, levantó un pequeño látigo que á prevencion llevaba y gravó un cardenal en la cara de cada uno de los indicados sujetos. El tumulto que á este acto se siguió es inesplicable, y á no ser por el respeto que infundia el espadachin Mendoza, de seguro que hubieran hecho trizas á D. Andrés. Las personas indiferentes se admiraban de ver que un hombre se hubiese atrevido á levantar la mano á la flor y nata de la política, de la banca y de la pintura; pero mas asombrados estaban Vargas, Maloja y Secante de recibir un ultraje tan inesperado de parte de un desconocido.

—¿Que quiere decir esto? preguntaron.

Mendoza llamó aparte á los tres y les dijo con la mayor reserva:

—Esto quiere decir que mañana mismo, á la salida del sol, se han de batir ustedes con ese mozo que ha tenido sus razones para provocarles, en la intelijencia de que si alguno rehusa, fingiendo despreciar á ese sugeto, tendrá que habérselas conmigo.

Todos ardian en deseos de lavar con sangre la afrenta recibida, y ademas, como ninguno queria cuentas con el famoso espadachin, los tres aceptaron el compromiso conviniendo en batirse al dia siguiente á la hora designada con D. Andrés Marchena, para lo cual quedaron todos en ir provistos de las armas correspondientes á los cerros de S. Isidro.

CAPITULO III.

Momentos críticos.

Un cierto sugeto, que yo me guardaré bien de nombrar, hasta para hablar consigo mismo á solas se quitaba los zapatos, temiendo que, como tenian orejas, pudieran oirle y divulgar el monólogo. Algo exagerada era la precaucion, pero en ciertas cosas vale mas pecar por el estremo de la reserva que por el de la confianza, pues lo que saben mas de dos, lo saben mas de mil. El cajero de la casa de D. Segundo era un buen hombre, aunque algo sentimental, resabio que le quedó del tiempo del romanticismo. No le gustaban las comedias y lloraba como un niño en los dramas, sobre todo, en los dramas de D. Antonio Gil y Zárate, que le partian el corazon, lo cual valia seguramente mas que comer ostras. Por lo demás, era hombre prudente, y dispuso las cosas para el triple desafío de D. Andrés con la mayor cautela. Pero habia una persona en el mundo á quien hacia depositaria de todos sus secretos, porque la queria como un padre, y esta persona era la bella Encarnacion. Antes de retirarse á dormir en la noche en que tuvo lugar el escándalo del Café Suizo, fué dicho señor, como de costumbre, á ver á la enferma, teniendo casualmente ocasion de hablar á solas con ella por estar D. Segundo muy ocupado

en asuntos de importancia y hallarse Petra con una ligera indisposicion.

—No estoy peor, le dijo la jóven; pero usted, ¿qué es lo que tiene, D. Gumersindo? Parece que está V. trémulo como si le hubiera sucedido alguna desgracia.

¿No habia yo dicho que el citado cajero se llamaba D. Gumersindo? Pues ahora lo digo, y añadiré que ojalá se llamaran así todos los cajeros.

—Hija mia, contestó el buen hombre, si me promete V. el sigilo...... pero, ¿qué digo? Demasiado sé que todas las cosas que le cuento á V. son como mi gozo, que se cayó en un pozo. Y bien, hija mia, tengo motivos para temblar, como que mañana temprano voy á ser padrino de tres duelos, uno detrás de otro.

—¡Tres duelos! esclamó Encarnacion asustada; ¿son por ventura los mismos en que mi padre debia batirse con Vargas, Maloja y Secante? ¡Oh! ¿pués qué ha hecho D. Andrés Marchena, que no ha evitado esos lances como me la prometió?

—¿Qué está V. diciendo, hija mia? replicó el cajero. Ahora lo comprendo todo. ¿Es cierto que D. Segundo pensaba desafiar á esos hombres y que D. Andrés dió palabra de impedirlo?

—Sin duda alguna, repuso la doncella; pero, eso quiere decir que Marchena no ha encontrado medio de cumplir lo que ofreció, y, por lo tanto, que mi padre corre un peligro inmenso. ¡Esto es cruel! ¡Oh! ¿y ha consentido V. en ser testigo de un asesinato? Es preciso que esos lances no se verifiquen, yo se lo suplico á V., como se lo rogaré á mi padre y á todo el mundo, pues estoy dispuesta á todo para salvar á mi padre de la muerte.

—Tranquilicese V., hija mia, dijo D. Gumersindo, derramando lágrimas como si estuviera oyendo aquellos conmovedores versos de *Cárlos II el Hechizado*:

Con estas cosas me ofusco.
¿Chocolate?—Sí, en verdad.
—¡Que encierre tanta maldad
Un poco de Soconusco!

—Sosiéguese V., continuó el infeliz; porque el señor de Marchena no ha faltado á su palabra y por consiguiente ningun riesgo hay para su padre de V.

—Pues entonces, añadió la jóven, ¿qué significa eso? ¿quiénes son los actores de esa horrible tragedía?

—Los mismos sugetos que V. nombró antes, dijo el cajero; solo que, en lugar de batirse con su padre de V., se batirán con D. Andrés Marchena.

Cuando no espiró la hermosa jóven al oir esta esplicacion, debian alimentarse fundadas esperanzas respecto al restablecimiento de su salud. Escalofrios, palpitaciones, congojas, todas estas consecuencias de una súbita y dolorosa impresion fueron sucesivamente mostrando el efecto que la revelacion del cajero habia producido en el corazon de la desventurada enferma. Sentia profundamente lo que iba á suceder, no solo por su amor á Marchena, sino por remordimiento, pues ella era la que con una exijencia poco meditada le habia creado tan espantoso compromiso. Así, la pobre declaró la verdad á D. Gumersindo; dijo las relaciones que existian entre ella y D. Andrés, y como se creia culpable de haber abusado, concluyó por suplicar que el compromiso se deshiciera, só pena de revelar ella la verdad á su padre.

—No haga V. eso, hija mia, replicó el cajero; aquí, por lo que yo he llegado á descubrir, no hay término medio; el único recurso que tendriamos para evitar el escollo, seria caer en otro peor. Solo podemos salvar la vida de Marchena esponiendo la de su padre de V.

Encarnacion dijo que era necesario salvar á los dos, y el cajero, apelando á todas las armas de su raciocinio sentimental, probó que habia mas peligro en el remedio propuesto por la jóven que en el mal que tanto les aflijia. Contó, además, de qué modo habia D. Andrés insultado públicamente á los tres consabidos sugetos, la deshonra que se le seguiria de no batirse despues de hacer tan salvaje provocacion, y por fin dijo que andando en el negocio el espadachin Mendoza, éste seria capaz de matar á Marchena en el caso de que estotro no se batiese con arreglo á lo pactado. Estas razones, y sobre todo la

última consideracion, decidieron á la pobre jóven á guardar silencio y esperar en la mas desconsoladora afliccion el desenlace de los tristes sucesos que gravitaban sobre su conciencia como el peso de una montaña.

D. Gumersindo, despues de obtener la promesa formal del sigilo, se retiró á descansar, cosa que no pudo conseguir; pero por muy ajitado que él estuviese, mas lo estuvo la desdichada Encarnacion que no pudo dormir en toda la noche ni cortar el hilo de sus lágrimas. Por la mañana, desde que el horizonte se vió alumbrado por los primeros fulgores de la comadre Aurora que anunciaba la visita periódica del compadre Febo, nuestra interesante enferma se puso en el balcon mirando en todas direcciones, y esperando con ansiedad alguna noticia que de una ó de otra manera pusiese fin á sus horribles sufrimientos. Mas de tres horas permaneció la infeliz desojándose sin fruto en el mismo sitio, sintiendo latir con creciente violencia su pobre corazon cada vez que á lo léjos creia descubrir alguno de los que como actores ó espectadores debian haber tenido parte en la ejecucion de un drama sangriento preparado por ella misma. Todo el mundo cruzó por su calle ménos la persona que deseaba ver y á quien esperaba con febril impaciencia. Por allí pasó el lechero pregonando su mercancía con el tonillo peculiar que en Madrid tienen todos los vendedores ambulantes; pasó la nabera de Fuencarral; pasaron varios jóvenes á quienes el sublime poeta D. José Gilberto iba recitando unos versos jimnásticos, como que sus piés de puro forzados eran forzudos, y aun podrian calificarse de versos sudoríficos á juzgar por el efecto que producian en los oyentes; en una palabra, pasó todo el mundo y no pasó nadie, porque para la bella Encarnacion el mundo era Marchena, que no parecia vivo ni muerto. Al fin serian las nueve y media ó las diez cuando apareció al cajero D. Gumersindo, que iba á cumplir con su obligacion, y la desdichada enferma viéndole solo no pudo contener un terrible grito de dolor, pues ya no le quedaba la menor duda de que su amante habria muerto ó estaria gravemente herido. Poco le faltó á ella para exhalar el último suspiro, y solo el afan de saber lo que habia sucedido fué lo

que pudo sostenerla. Inmediatamente voló á la puerta, que quiso abrir ella misma, preguntando si le llevaban buenas ó malas noticias, á lo cual el buen hombre contestó por de pronto con un fuerte apreton de mano que revelaba su contento.

—Nos hemos salvado, dijo tartamudeando de satisfaccion.

Bien dicen que el esceso de alegria se parece en sus efectos al esceso del dolor. La hermosa jóven al recibir tan agradable nueva cayó desmayada en los cariñosos brazos de D. Gumersindo, y este tuvo necesidad de gritar pidiendo socorro. Una hora despues, ya enteramente repuesta Encarnacion, quiso hablar al cajero para preguntarle lo que habia ocurrido, y porqué razon no se presentaba Marchena como de costumbre.

—Hija mia, dijo el cajero, vuestro amante es todo un hombre. ¡Qué valor! y sobre todo ¡qué destreza! Estoy verdaderamente sorprendido, y debemos celebrar lo que ha pasado, puesto que solo de la manera con que V. se condujo hemos podido dejar de lamentar alguna desgracia. Figúrese V. que llegamos al lugar designado para el combate, y el primer campeon que se presentó fué nuestro antiguo conocido el célebre Vargas, que optó por la pistola. Yo temblaba como un azogado cuando ví que á dicho señor le tocaba tirar primero; pero afortunadamente su puntería no estaba en proporcion de sus aspiraciones políticas, y acto contínuo recibió el castigo de su temeridad viendo su brazo derecho roto por la bala que le dirijió el firme y certero pulso de D. Andrés.

Aquí la jóven oyente no pudo contener una esclamacion de alegría. D. Gumersindo prosiguió:

—Despues de Vargas entró en escena D. Fermin Maloja que se decidió por la espada, y en ella mostró el señor de Marchena ser tan superior como en la pistola, pues á la primera estocada causó una herida tal á su adversario que, aunque no parece mortal segun los médicos, es posible que le obligue á guardar cama por dos ó tres meses. Una línea mas que hubiese penetrado el acero habria ocasionado la muerte; pero aunque D. Andrés pudo atravesar á su antagonista de parte á parte, no lo hizo, porque solo se habia propuesto darle una leccion provechosa sin matarle.

Escusado es decir que aquí Encarnacion tuvo nueva ocasion de solazarse, y el cajero continuó:

—Llegamos al tercer duelo que era el de D. Valentin, el cual, temblando de habérselas con un hombre tan templado como D. Andrés, elijió el sable, que es la ménos peligrosa de todas las armas, y los dos contrincantes se pusieron frente á frente.—"Señor artista, le dijo Marchena, podria matarle á V. si quisiera y aun creo que haria en ello un bien á la humanidad; pero voy á concederle la vida para que se arrepienta de sus faltas ridículas. No obstante, como tiene V. demasiado amor propio para correjirse, quiero ponerle en disposicion de hacer inverosímiles esas eternas historias en que se jacta de ser un irresistible Cupido para todas las mujeres.

Y al decir esto le tiró un certero tajo quitándole una oreja. Pusiéronse entonces por medio los padrinos del herido dando por acabado el lance; pero D. Andrés, que se habia propuesto convertir al pintor en perro dogo, no se dió por satisfecho hasta que no le rebanó la otra oreja; de modo que causa lástima y risa la figura que presenta D. Valentin desorejado.

—Bien empleado le está, dijo Encarnacion, y ese mismo castigo debian sufrir todos esos pisaverdes que fundan su gloria en desacreditar á las mujeres; pero dígame V., y una vez que así terminaron los lances tan felizmente para nosotros......

—Pues ahí está lo mas estraño de la ocurrencia, interrumpió D. Gumersindo; es el caso que los tres adversarios de Marchena quedaron fuera de combate, mas no por eso se acabaron los desafios; porque el espadachin Mendoza quiso batirse tambien con su propio ahijado, solo por la sombra que éste pudiera hacer á su reputacion, y con esto dió principio el mas interesante de los duelos.

—¡Cómo! esclamó la jóven, ¿será posible que D. Andrés se haya batido con el famoso Mendoza que es el terror de los primeros espadachines?

—Así como suena, contestó el cajero, y nada ménos que á florete, arma que tuvo á bien elejir el mismo Mendoza por ser la que maneja mejor. Era terrible para mí el ver á nuestro amigo en frente de aquel hombre cuyo valor y habilidad se habian hecho proverbiales; pero mi ansiedad duró pocos momentos,

porque Marchena le desarmó con tanta facilidad como hubiera podido hacerlo un profesor de esgrima con un aprendiz. Irritado con esto el vencido, tomó de nuevo el arma y se dirijió al vencedor diciendo que era preciso que uno de los dos quedara en el sitio; mas no bien habia tirado la primera estocada cuando vió su florete por segunda vez en el aire describiendo un precioso semicírculo de veinticinco á treinta piés. Aquí la ira cegó completamente á Mendoza. que renovó el combate desesperadamente, presentando el pecho á la punta del arma del contrario, porque seguro de su impotencia para triunfar, preferia la muerte á la humillacion, y entonces D. Andrés, viendo que para desarmar definitivamente á su competidor era necesario ponerle fuera de combate, le atravesó la mano derecha con la punta de su florete.

Sabiéndose que la cualidad que mas estiman las mugeres en los hombres es la del valor, debe inferirse cual seria la satisfaccion de la hija de D. Segundo al oir contar estas estraordinarias proezas de su amante, y el caso no era para menos. Pero ¿dónde demonios habria D. Andrés aprendido á manejar las armas con tanta destreza, y quién era el maestro que habia sacado tan aprovechado discípulo? Estas son las preguntas que desde luego se le ocurren á cualquiera, y sin embargo, yo puedo asegurar que Marchena no habia jamás entrado en un tiro de pistola, ni en una sala de armas, ni conocido á ningun profesor, ni recibido lecciones fuera de las que tuvo en la práctica del vapuleo, á que las antipatías que inspiraba le tenian acostumbrado. Ya he dicho que el noventa y ocho por ciento de los hombres que le echaban la vista encima esperimentaban el deseo de romperle el bautismo, y añadiré que de los noventa y ocho, lo menos noventa y cinco lo ponian por obra, dando y recibiendo palos que era un portento. Ahora bien: muchas veces el desenlace de los garrotazos era un duelo á espada, sable, florete ó pistola, y ajustada la cuenta por un cálculo de aproximacion, lo menos que á D. Andrés le habia producido su linda cara, durante los cuatro últimos años de su vida, eran seis palizas cada dia con otros tantos desafíos por semana. Una práctica tan constante no podia menos de dar los mas brillan-

tes resultados para cualquiera que supiese aprovecharla, y con mas razon para un hombre que, por una esperiencia tan larga como dolorosa, comprendia la necesidad de estudiar todos los medios del ataque y de la defensa. El resultado fué cual debia esperarse, y así el compadre Marchena, sin haber aprendido teóricamente los rudimentos de la esgrima, podia dar lecciones de toda clase de armas á los mas consumados profesores, y sin haber tirado jamás al blanco, era capaz de meter, á la distancia de treinta pasos, una bala por la boca de un botijo sin desportillarle.

Falta saber ahora por qué D. Andrés no se habia dejado ver aquel dia despues de combatir tan heróica y afortunadamente, y voy á decirlo antes que otro me coja la delantera. Francamente, ¿para qué habia hecho su viaje á Zaragoza y vendido á menosprecio toda la fortuna que le dejaron sus padres? Para salvar el crédito de D. Segundo Calleja, y este debia ser por lo tanto el objeto de su preferente atencion. Una vez terminados los desafíos, el hombre fué casa por casa visitando á los mas apremiantes acreedores del padre de su amada, pagándoles en buena moneda y recojiendo los pagarés, de los cuales hizo un grueso paquete despues de haberlos inutilizado; tarea que le llevó toda la mañana. Un solo acreedor quedaba en pié, y era nuestro antiguo conocido el cien veces caballero cruzado, y siempre sencillo señor don Judas Cain y Dracon, el cual poseia un crédito de mas de cincuenta mil pesos, y eso fué porque no alcanzó para tanto el dinero de Marchena; pero felizmente dicho crédito daba tres meses de espera, y en este tiempo era muy fácil que el deudor se repusiera lo bastante para salir airoso del compromiso. He aquí las razones poderosas por que D. Andrés no se habia presentado en el escritorio el dia en que tuvieron lugar los citados desafíos, y como el cajero ignoraba todo esto, no pudo satisfacer completamente á las preguntas de Encarnacion.

Esta interesante jóven se perdia en congeturas estravagantes, hasta que, dichosamente para D. Gumersindo, se presentó D. Segundo diciendo que tenia que hablarle. Retiráronse los dos al despacho del último, y éste visiblemente agitado dijo al primero:

—Mi querido amigo: ha llegado el momento fatal de espresarse con franqueza, porque quizá estoy en los últimos instantes de mi vida.

—¿Pues qué ocurre? contestó D. Gumersindo; ¿tiene usted algun duelo con algun espadachin invencible?

—Hasta ese placer me niega la suerte, dijo D. Segundo, revelando su profunda afliccion en los ojos y en el acento. La idea de la muerte me halaga tanto, y el perder la vida en un lance de honor seria tan digno, que de buena gana me batiria para tener el gusto de dejarme matar por cualquiera; pero lo repito: hasta este placer me niega mi destino. Precisamente para el dia de hoy me habian caido como llovidos del cielo tres desafíos, y cuando me estaba preparando para llevarlos á cabo, vienen mis padrinos á decirme que ya un desconocido, adelantándose por casualidad, ha puesto á mis tres adversarios fuera de combate.

—Algo de eso pudiera yo decir, replicó el cajero.

—No lo necesito saber, dijo D. Segundo. Lo único que me importaba era morir dignamente, y no pudiendo satisfacer este deseo, prefiero ignorar lo que ha pasado. Desgraciadamente veo que todo se vuelve contra mí, no quedándome otro recurso que el de las almas vulgares: el suicidio.

—¡Ah! esclamó el cajero: eso quiere decir que todos los pasos que V. ha dado hasta aquí han sido inútiles para salvarnos de la tormenta.

—Sí, amigo mio, dijo D. Segundo; lo principal con que contaba, eran los fondos que tenia en poder de Sandoval y han desaparecido con la quiebra de este señor; los amigos á quienes he acudido y á quienes yo he servido en tantas ocasiones, adivinando sin duda mi apuro en mi semblante, me han desairado. Mañana se cumplen varios pagarés, y en el resto de la semana vencerán otros tantos, importando todos ellos tres veces mas del haber con que contamos, lo cual quiere decir que estamos en víspera de la ruina, de la deshonra y por lo tanto, de la muerte.

—¡Eh! ¡qué es eso de muerte! replicó D. Gumersindo; ¿será preciso que un pobre diablo como yo tenga que dar ánimo á

un hombre de tanto espíritu como V.? Un poquito de calma, señor D. Segundo, que en la adversidad es cuando se prueban los hombres. Bien veo que la situacion es crítica, desesperada, que mañana todo lo que hay en esta casa será intervenido por la justicia y nuestro honor estará al arbitrio de los murmuradores; pero ¡qué diantre! no por eso se acaba el mundo, y trabajando podremos tal vez con el tiempo rehabilitarnos.

—¡Imposible! dijo D. Segundo. ¡Imposible! No encuentro mas consuelo que el de la muerte. ¡Cuando yo considero que tengo una hija cuya desgracia he ocasionado con mis insensatas liberalidades; una hija que no podrá sobrevivir al infortunio que la he preparado, lo repito, la vida se me hace insoportable.

—A lo que no podria sobrevivir la hermosa Encarnacion, replicó el cajero, seria seguramente á un acto de locura de V., que no satisfecho con dejarla en la miseria la condenase á la horfandad. Por eso el suicidio, que es un crímen en todos los hombres, equivale á muchos crímenes en los padres de familia, y me felicito de que haya V. apelado á un argumento contraproducente, invocando el nombre de esa querida hija cuya suerte le impone á V. la sagrada obligacion de vivir. ¿Qué seria de esta infeliz enferma en el momento en que le anunciasen que su padre ha recurrido á ese espediente que V. mismo considera propio de las almas vulgares? ¿Quién tendria corazon para darla esta noticia?

Las lágrimas se agolparon de tal modo á los ojos del pobre cajero que no pudo continuar, y como el dolor es comunicativo, el mismo D. Segundo lloró tambien á su pesar, aunque no por eso se doblegó á las persuasivas reflexiones de su fiel consejero. Insistía en sus insensatos proyectos con lamentable teson, como que casi habia llegado á perder el juicio. Si el cajero no le hubiera dado tantas pruebas de cariño creo que le habria desafiado; pero ya que no fuese con D. Gumersindo, estaba deseando tramarla con cualquiera y buscar un pretesto para andar á estocadas á fin de morir matando. En tal situacion, lo primero que se le ocurrió fué hacer llamar á Marchena con el objeto de despedirle, y si se ofrecía el mas leve motivo para ello, darle de bofetadas.

—No ha venido todavía, dijo el cajero.

Y el tal cajero no decia la verdad, porque casualmente todo el tiempo que empleó él en conferenciar con D. Segundo lo habia D. Andrés pasado muy tranquilo al lado de la bella Encarnacion. Ahora, supuesto que hemos dado cuenta de la entrevista financiera, ¿porqué no hemos de decir lo que habian hablado los amantes? Cómo debe inferirse, Marchena fué recibido por Encarnacion con las mas espresivas muestras de amor y de gratitud. ¡Tenia esta vez aquel hombre tantos títulos que le hacian recomendable á sus ojos! Era su amante, habia salvado á su padre y ocupaba el primer rango entre los valientes, tres circuntancias de las cuales cada una de por sí le hubiese dado un afectuoso asilo en el corazon de una mujer, y que reunidas debian producir un efecto superior á cuanto pueda abarcar la imajinacion. Sin embargo, todavia ignoraba la jóven el gran sacrificio que habia hecho Marchena para salvar la casa y la honra de su padre, y aunque este sacrificio de los intereses haya sido siempre natural en los corazones jenerosos, no dejará de parecer el mas sublime y heróico en los tiempos de horrible positivismo que alcanzamos.

—Bien, amigo mio, dijo Encarnacion apretando la mano de D. Andres; por alta idea que yo tuviese de tu bondad y de tu amor, has escedido á mis esperanzas.

—Nunca puede un hombre escederse, contestó D. Andrés. cuando se trata de servir á la mujer á quien ama.

—¡Oh! replicó la enferma; yo sé bien que te has escedido, y apesar de la felicidad con que has salido de tu empresa, nunca me perdonaré la falta que cometí comprometiendo tu vida con mis exijencias. Debes suponer que no te pedia yo tanto, pues creí que hallarias medio de salvar la vida de mi padre sin arriesgar la tuya, y aunque estoy segura de tu indulto por mi lijereza, mas lo estaria si supieses las horas de dolor y de remordimiento que he pasado desde que supe lo que habias hecho en el Café Suizo hasta que D. Gumersindo me anunció tu victoria sobre tantos, y algunos tan temibles combatientes.

—¿Qué dices? repuso Marchena; ¿conque de todo estabas informada? ¿pues quién habia tenido la insensatez de decírtelo?

—El mismo cajero, contestó Encarnacion; me lo dijo porque me quiere como si yo fuera su hija, lo que hace que tenga poquísimos secretos para mí. Ademas, el pobre ignoraba nuestras relaciones......

—Basta con eso, replicó Marchena; ya suponia yo que ese buen hombre no pecaria por la intencion; por lo demás, hiciste mal en dar importancia á un asunto que para mí no tenia ninguna.

Y decia bien el amigo; porque un hombre de su cara corria mas peligros en una hora de paseo que en cuatro de desafíos. ¿Dónde habria él dirijido sus pasos y sus ojos que no fuese para provocar una docena de palizas, en las cuales llevaba por lo comun la desventaja de luchar contra muchos, como que todos los que le miraban esperimentaban el mismo deseo de sacudirle? Además, el inconveniente de los lances impensados que tenia tan á menudo en poblado, era el de cojerle casi siempre desprevenido, motivo por el cual solia recibir algunos garrotazos antes de ponerse en actitud de defensa; mientras que en los duelos formales no era lo mismo, pues allí ya sabia cuando le podian atacar, y estando preparado le era fácil sacar partido de la gran destreza que le habia dado la práctica.

—El único valor que todo lo que ha pasado tiene para mí, prosiguió Marchena, es el de haberte probado mi deseo de servirte.

—¡Oh! estoy bien persuadida de eso, dijo Encarnacion, y me considero la mas dichosa de todas las mujeres por lo mismo que he llegado al pleno convencimiento de tu purísimo amor. Con semejantes pruebas como las que he recibido del hombre á quien consagro mi corazon, no digo yo en la próspera suerte que me proteje, sino que aunque me viera en la dura necesidad de mendigar el sustento necesario, no me cambiaria por la princesa mas poderosa y lisongeada del universo.

—Y bien, hermosa, contestó Marchena, por tu felicidad puedes hacerte cargo de la mia. ¡Es posible que algunos misántropos encuentren odiosa la vida, por que en su concepto la suma de los dolores sea superior á la de los placeres? ¡Ah! un solo momento como este bastaria para compensar sobradamente todo

un siglo de infortunios. ¿Que nos falta para tener una idea de la gloria?

—Que mi padre sancione la simpática union de nuestras almas con el santo y legítimo lazo del matrimonio, dijo Encarnacion, y yo creo que lo hará, porque no hay nada mas justo. Sí, amigo mio, es preciso que nos armemos de resolucion para hablar ahora mismo á mi padre y pedir su consentimiento, pues nadie tiene ya mas derechos que tu para solicitar mi mano. Sé que me vas á argüir con la historia de antiguas rivalidades; pero en caso necesario, yo diré que el que ha espuesto su vida por salvar la de mi padre, ha borrado de una vez la huella sangrienta de tan funestas como inesplicables antipatias.

—Ese argumento seria el que nunca debias emplear, replicó Marchena; tu padre pensaria que yo habia tratado de ablandarle con un favor que tal vez le pareceria injurioso, siendo así que al batirme por él no me ha guiado ninguna mira interesada, sino el noble y solo deseo de complacerte. Por lo demas, no me opongo yo á tu proyecto, antes te aseguro que no pudiendo ya vivir sin realizar el profundo deseo de poseer tu mano, como poseo tu corazon, estoy dispuesto á hablar seriamente á tu padre.

—¡Ah! ¡cuanto me felicito de oirte decir eso! esclamó la jóven. Vamos, amor mio, vamos ahora mismo á confesar á mi padre lo que no debemos ocultarle por mas tiempo.

—Espera, dijo Andrés, permíteme á mi el gusto de hablarle á solas primero, porque si el hado nos reservarse una brusca repulsa, no quiero esponerte á recibirla conmigo. Yo le diré la sinceridad de nuestro amor, aunque todavia no juzgo prudente manifestarle mi verdadero apellido y procedencia; pues en caso de hallarle bien dispuesto, podriamos echarlo á perder con una revelacion precipitada, y si estuviese mal prevenido, hariamos que el rompimiento fuese mas sério y desagradable. Me limitaré, pues, á esplorar su voluntad, y despues pondremos en juego todo cuanto el decoro y la prudencia pueden aconsejarnos.

Aprobado tan magnánimo pensamiento por Encarnacion, se dirigió D. Andres á pedir solemnemente la mano de esta en-

cantadora joven, justamente al mismo tiempo que D. Segundo preguntaba por él para despedirle puntos menos que con cajas destempladas.

—¡Ah! dispense V. D. Gumersindo, dijo D. Segundo con el áspero acento que le daba su negro humor: tengo que hablar á solas con ese caballero.

El obediente cajero salió al instante del despacho, no pudiendo escuchar del diálogo que comenzaba mas que esta breve respuesta de D. Andrés:

—Casualmente venia yo á buscarle á V. con el mismo objeto.

—Hable V., dijo D. Segundo; porque tal vez se adelante V. á mi pensamiento y con eso llegaremos pronto á una conformidad completa. ¿Que tiene V. que decirme?

—Una cosa muy sencilla, repuso Marchena: que amo á su hija de V. y vengo á pedirle el consentimiento para casarme con ella.

El primer efecto de esta salida de D. Andrés fué perder D. Segundo hasta la respiracion; se quedó frio como si le hubiesen echado un jarro de agua de la fuente del Berro por la cabeza, como si le hubiesen trasportado de repente á las regiones polares, en fin, como si le hubieran obligado á escuchar una preciosa balada del insigne poeta D. José Gilberto. Pero luego entró en calor, como suele acontecer en semejantes casos, y no hay fiebre mas violenta que la que sucede á un estremado frio. Antes de contestar pensó lo que debia decir, y dedujo que la respuesta mas persuasiva, mas ingeniosa y mas elocuente á la proposicion de Marchena, debia ser una bofetada arquitectónica, de orden toscano, para lo cual levantó el brazo, á guisa de habil dentista que pretendia sacar al pretendiente de su hija todo los dientes y muelas de un solo golpe, por el nuevo método de percusion.

—¡Insolente! dijo al ir á operar á Marchena.

Pero en este momento se apareció Encarnacion conteniendo á su padre y poniéndose despues de rodillas:

—¡Padre mio! esclamó; si hay en este acto alguna culpa toda me pertenece, por que D. Andrés no ha hecho mas que obedecerme á una indicacion mia. Máteme V., mi querido

padre, antes que ultrajar al hombre único á quien yo he amado en el mundo; ¡Oh! máteme V., y en este sacrificio de rigurosa justicia recibiré todavia un favor, por que no hará mas que abreviar mis dolores, acortando los ya contados dias de mi existencia.

Estas tiernas palabras de una hija idolatrada que hubieran en otra ocasion conmovido profundamente á D. Segundo, no hicieron mas que irritarle hasta el punto de ponerle frenético. La esplosion de la cólera paternal en su mas alto grado de espresion era inminente, cuando se apareció el famoso naturalista D. Cristobal Calleja, el cual iba trémulo, con los ojos desencajados que parecia que se le querian escapar de las órbitas, el rostro lívido como el de un cadáver, en fin, todo él convertido en efigie del espanto.

—¿Que hay? preguntó con tono áspero y seco D. Segundo ¿que nueva embajada me traes ahora que todo parece conjurarse para mi martirio?

Cristóbal miró á su hermano con unos ojos en que se revelaba una afliccion desgarradora; cruzó los brazos en muestra de desesperada resignacion, lanzó un doloroso suspiro, y dijo por fin:

—El perro se ha perdido; desde anoche no he vuelto á verle, y si no me ayudas á buscarle no habrá ya consuelo en la tierra para tu pobre hermano.

Esta vez D. Segundo estuvo á dos dedos del fratricidio, y francamente habia razon en aquel momento para todo; pero antes de ofender á su hermano por palabra y obra, como tenia la resolucion de hacerlo, se presentó afortunadamente el cajero llamándole aparte con la mayor urgencia, y un instante despues, la voz del mismo D. Gumersindo resonó desde lejos demandando socorro. Todos se apresuraron á salir y se hallaron á D. Segundo exánime, desmayado en los brazos del honrado cajero que lloraba como un niño, pero con esas lágrimas equívocas que no se sabe si espresan la alegria ó el dolor, y que entonces parecian fundir en uno solo tan distintos sentimientos.

¿Que era lo que habia pasado para dar pié á tan enérgicas emociones? Por entonces nadie lo supo; pero yo no tengo in-

conveniente en decirlo para satisfaccion de mis lectores. El caso fué que D. Gumersindo, registrando varios papeles que habia sobre su pupitre, halló el paquete de los ya inutilizados pagarés de D. Segundo, puesto allí cuidadosamente por Marchena. En el mismo paquete habia una carta anónima concebida en estos términos:

"Señor D. Segundo Calleja: Uno de sus buenos amigos, sabiendo el golpe mortal que al crédito de V. amenazaba, se ha tomado la licencia de pagar á todos sus mas apremiantes acreedores. Ahi van los pagarés tachados cuyo vencimiento estaba mas próximo. Adios; el amigo que dispensa á V. este obsequio se dará por muy contento con que se digne V. admitirlo."

D. Segundo vió esta carta y los pagarés inutilizados que anunciaban su salvacion por entonces, y aceptó el presente, aunque pensando desde luego en descubrir á su bienhechor para pagarle con el tiempo la doble deuda del interés y de la gratitud; pero su alegria por el pronto fué tan violenta que le hizo perder el conocimiento. El cajero no estaba menos afectado, y si derramaba lágrimas de sentimiento al ver á D. Segundo acongojado, tambien lo eran de satisfaccion por haberse salvado la honra de la casa.

CAPITULO IV.

El viaje por encanto.

No hay cosa mas fija que una idea, cuando es idea fija. D. Segundo, despues que volvió de su desmayo producido por el súbito placer de verse ya libre del peligro en que estaban su honor y su crédito, lo primero que hizo fué despedir á Marchena, no solo porque no le queria como yerno, sino porque aquella medida era la mas importante de su plan económico. Se le figuraba que con despedir á Marchena todo estaba concluido, y que su casa volveria pronto á recobrar su pasado esplendor. Encarnacion lloró inútilmente, protestando que si no se casaba con D. Andrés moriria soltera, y D. Gumersindo, el cajero, interpuso sin fruto su valimiento, llegando á revelar la verdad en el asunto de los desafíos, como para echar á D. Segundo en cara su ingratitud; pero D. Segundo, que siempre habia sido tan dócil á las indicaciones de su cajero, á quien apreciaba mucho, y tan complaciente para su hija, que era su ídolo, se obstinó en su tema sin que fuese posible obtener la mas ligera concesion. A Encarnacion le decia que pensara en todos los hombres menos en Marchena, porque nunca consentiria en tener por yerno á un hombre que le era antipático, y á D. Gumersindo le impuso silencio dándose por muy ofendido con la relacion de los consabidos duelos.

—Ese mozo, dijo hablando de D. Andrés, cree haberme hecho un obsequio batiéndose por mí; pero lo que me ha hecho con ese oficioso favor es una grave injuria, pues debia suponer que yo me basto y me sobro para defender mi vida y honor en casos semejantes, y si no fuera porque le desprecio altamente, habia de batirme con él á pesar de todas esas proezas que V. me refiere.

D. Gumersindo, temiendo que llegase D. Segundo en su exaltacion á desafiar á Marchena, tomó el partido de callarse, y el resultado fué que D. Andrés quedó definitivamente despedido. Este golpe pasaba los límites de lo que podia soportar la hermosa Encarnacion, cuya dolencia se fué agravando de dia en dia, llegando al fatal estremo de verse desahuciada; pero aquel amantísimo padre que hubiera hecho todos los sacrificios por satisfacer el mas estravagante capricho de su hija, se mantuvo inexorable, como si instintivamente le fuera repulsivo el último retoño de los Salinas.

Al principio, la bella Encarnacion habia contado con ver alguna vez á su amante, aunque fuese á hurtadillas, y sin embargo de estar apoyada en sus planes por Petra y por D. Gumersindo, fué tal la vigilancia que desplegó su padre que no pudo lograr lo que tanto deseaba, quedando la infeliz condenada por mucho tiempo á una especie de reclusion. Tambien D. Andrés hizo mil tentativas por ver á su amada; pero tuvo que contentarse con escribirla, secundado por el cajero en su correspondencia epistolar. Por lo demás, aunque el pobre jóven se habia quedado sin fortuna, consiguió entrar como tenedor de libros en una casa respetable donde era muy considerado y ganaba lo suficiente para vivir con decoro. La noticia de los lances en que habia vencido al mismo Mendoza le hizo tan célebre, que, á pesar de ser siempre antipático, todo el mundo llegó á conocerle sin atreverse á provocarle, y así el hombre vivia contento y aun alimentando esperanzas de felicidad, pues estando como estaba seguro del amor de Encarnacion, se consideraba el mas dichoso de los mortales.

Entre tanto, la casa de D. Segundo, gracias á los buenos oficios prestados por Marchena, tan injustamente tratado, pu-

do sostenerse algun tiempo; pero lo único que se consiguió fué aplazar la quiebra que inevitablemente debia tener lugar mas tarde. Habia entre los acreedores uno que era D. Judas Cain y Dracon, el cual, aunque tenia en su poder un pagaré muy respetable, ofrecia poco cuidado, primero porque daba tres meses de espera, y despues porque tanto él como D. Segundo habian tenido en otras ocasiones negocios parecidos en que siempre se sirvieron recíprocamente concediéndose prórogas de cuatro y seis meses, lo que hacia esperar igual solucion esta vez en caso necesario. Y en efecto, pocos dias antes del vencimiento del pagaré fué D. Segundo á ver á su amigo D. Judas para hablarle sobre el particular y pedirle algun respiro, y teniendo el disgusto de no hallarle en casa, le dejó una targeta.

Daba la casualidad de que en aquellos dias D. Judas no estaba menos apurado que D. Segundo, y diré por qué. Hacia tres meses que llevaba relaciones con la célebre Laura, la hija del famoso Figueroa, que poseia entre otras gracias la de dejar por puertas á todos sus amantes, y á éste le tenia tan agoviado que habia ya dado al traste con toda su fortuna. La única esperanza que le quedaba era el crédito que obraba en su poder contra su amigo D. Segundo, y no debiéndose hacer efectivo el cobro hasta el dia del vencimiento, se vió el hombre afligido hasta el punto de tener que empeñar sus cruces y alhajas de todas clases. Laura, que observó esto y no queria de la noche á la mañana encontrarse sin capitales que despilfarrar á su antojo, tomó el partido de abandonar á D. Judas, y segun su costumbre, se marchó despidiéndose á la francesa. Precisamente el dia en que habia tenido lugar la fuga de aquella muger, fué cuando D. Segundo se presentó en casa de D. Judas á pedirle próroga, y mal podia encontrar á un hombre que bebia los vientos en busca de la muger á quien amaba ciegamente y que acababa de dejarle plantado sin motivo ni pretesto.

Cuando el hombre, cansado de hacer investigaciones inútiles, se retiró, le dieron la consabida targeta, y entonces se fué inmediatamente á ver á D. Segundo por saber lo que se le ofrecia, y francamente, tambien para hablarle del negocio me-

tálico que por entonces era muy urgente. Avisaron á D. Segundo diciéndole que D. Judas preguntaba por él, y salió al instante á recibirle con esa amabilidad con que todos los hombres sin escepcion agasajan á sus semejantes cuando esperan recibir algun obsequio; pero dió la pícara casualidad de que Petra pasase por el salon donde habian hecho entrar á D. Judas, y éste, confundiendo á la esposa de D. Crisanto con Laura, la que tan pesado chasco acababa de darle, se levantó sin mas ni mas, y cojiéndola por un brazo esclamó furioso:

—¡Ah! buena pieza, ya te tengo en mi poder, y ahora te juro que no te me escaparás.

La desventurada Petra, cada vez mas aturdida de las peripecias á que se veia espuesta con todos los amigos de D. Segundo, y sobre todo, indignada de ver como la trataba D. Judas, con quien no tenia ninguna relacion, procuraba desasirse gritando:

—¡Caballero! ¡déjeme V. en paz! ¡Usted se equivoca! ¡No sea V. bárbaro!

—No te suelto, infame, decia D. Judas; y ahora no solo tú me has de dar cuenta de tu conducta, sino ese hipócrita de D. Segundo, que ha tenido por lo visto la villanía de seducirte para que me abandones despues de haberme casi arruinado.

En esto apareció D. Segundo, que terció en la contienda diciendo:

—¿Qué es eso, D. Judas? ¿Tambien usted se ha vuelto loco?

—¡Calle V., infame seductor! esclamó D. Judas.

Oir esto D. Segundo y dar una tremenda bofetada á su acreedor, todo fué uno; con cuyos preciosos antecedentes la próroga se hizo imposible. Verdad es que D. Judas, aunque cien veces caballero, se tragó la bofetada y permitió ser arrojado de aquella casa ignominiosamente; pero no por eso exijió mas satisfaccion que la de hacer sin demora efectivo el pagaré, y como D. Segundo no habia logrado reponerse, ni tenia esta vez quien le salvase del conflicto, se declaró en quiebra. El cambio que allí tuvo lugar con este motivo fué horroroso. En lugar de una casa espaciosa y ricamente amueblada, tuvieron en adelante una humilde habitacion sin las comodidades de

que no carecen algunas familias de la ínfima clase; porque como D. Segundo habia obrado lealmente quedó en la miseria, y no como sucede con algunos comerciantes, los cuales tienen la rara virtud de ser mas ricos despues que antes de hacer bancarrota. De los antiguos amigos de la casa no hubo uno solo que se ofreciese y que no se negase á recibir á D. Segundo, pues no hay como tener necesidad de los hombres para no encontrarlos, y al que tiene precision de verlos de frente todos le vuelven la espalda. Pero falto descaradamente á la verdad, porque si los que tienen fortuna suelen abandonar á los desgraciados, nunca los que cuentan con escasos recursos dejan de amparar al que necesita de su débil apoyo. La generosidad está en razon inversa de la fortuna.

Desde luego Petra, que tenia una portentosa habilidad para todas las labores de su sexo, buscó trabajo para coser y bordar, y como no descansaba de noche ni de dia, ganaba un buen jornal que entregaba íntegro á D. Segundo para los gastos mas apremiantes de la casa. Otra persona hubo que ayudó á la noble empresa de sostener á la desgraciada familia y fué D. Gurmesindo, el cual halló al momento una escelente colocacion y juntando á la mitad de su sueldo la mitad del que ganaba Marchena, que recojía sin que lo supiese nadie, facilitaba lo absolutamente preciso á D. Segundo para que éste no se viese reducido propiamente á la indijencia. El mismo D. Segundo que ántes de la desgracia se encontraba tan desesperado, se resignó despues á vivir humildemente, y aun pensó con toda formalidad en proporcionarse con el trabajo algun honroso, aunque pobre medio de subsistencia; pero sus buenos deseos se vieron pronto malogrados por un triste acontecimiento de que debo informar á mis lectores.

Un dia la bella Encarnacion. abatida con tantas contrariedades, amaneció arrojando á caños la sangre por la boca, en tales términos que el primer médico á quien llamaron no la concedió una semana de vida. Figúrense ustedes cómo se quedaria D. Segundo con este pronóstico fatal que le hizo probar los primeros sinsabores del remordimiento, pues luego que tuvo la amarga conviccion de que iba á perder á su hija, recordó

la aspereza y tenacidad con que se habia opuesto á sus amores, no dudando en atribuir á este antagonismo la cruel agravacion de la paciente. Pero el mal ya no tenia remedio, y el buen hombre hubo de satisfacerse con deplorar los odiosos efectos de su falta, consolándose solo con la idea de no sobrevivir á su hija largo tiempo. En esta penosa situacion se encontraba cuando se le presentó un antiguo conocido, diciendo que era médico y que teniendo noticia de la enfermedad de Encarnacion se consideraria muy dichoso en asistirla y, si era posible, curarla.

—Yo hago memoria de haberle visto á V. en alguna parte, dijo D. Segundo.

—Indudablemente, contestó el facultativo; yo he sido médico en Cartajena y tal vez no se haya V. olvidado de mi nombre. Soy el doctor Jalapa.

Solo de oir este nombre retrocedió espantado el padre de la enferma; pero el doctor adivinando la significacion de aquel movimiento, se apresuró á tranquilizar á D. Segundo diciendo:

—Sin duda tiene V. motivo para alarmarse con mi presencia que durante veinticinco años ha sido un horroroso preludio de la mortaja; pero amigo, ya no soy el mismo, pues he abandonado mi antiguo sistema, y gracias á esto consigo algunos resultados felices. No crea V. que todo ha sido virtud en mi apostasia terapéutica, pues no he llegado á variar de método sino despues de verme arrojado á palos de mas de cuarenta poblaciones, de modo que vengo á ser una edicion del Médico á palos; pero no importa; el hecho es que he llegado á conocer mis errores, cosa que ningun hombre consigue por el esfuerzo de su sola voluntad, y hoy tengo la suerte de salvar el noventa y cinco por ciento de los enfermos que curo, por lo mismo que no los curo, es decir, con el sencillo sistema espectante que consiste en dejar obrar á la naturaleza.

Oyendo esta esplicacion tan racional no tuvo D. Segundo inconveniente en que el doctor Jalapa viese á Encarnacion, porque con los nuevos principios que el hombre profesaba ya no era médico, y por lo tanto habia llegado á ser inofensivo. En efecto, pasó el facultativo á ver á la enferma y aunque con-

vino en que era un caso punto ménos que desesperado, dió algunas esperanzas si se apelaba con tiempo á los prodijiosos baños de Panticosa, donde para las afecciones del pecho se han visto curaciones tan maravillosas que pueden pasar por milagros de resurreccion. Ahora bien, entre un médico que deshâucia y otro que ofrece algunas esperanzas, por remotas que sean, no puede caber duda en la eleccion, y así D. Segundo acojió con entusiasmo la idea del nuevo Médico á Palós. Pero por desgracia, el remedio exijía gastos á que no alcanzaban los recursos de D. Segundo, pues era preciso hacer un viaje de cien leguas, sin vias fáciles de comunicacion y con la mayor urjencia, si las aguas thermales habian de dar algun resultado. En tan crítica posicion se propuso el hombre buscar dinero, aunque fuese debajo de las piedras, aun pasando por la humillacion de mendigarlo; y en fin, para ponderar hasta que punto llegó á pensar en adquirir los recursos necesarios para salvar á su hija, si habia posibilidad de lograrlo, se decidió en el último estremo á implorar la proteccion de su hermano Benito. Esta idea le causaba horror, conociendo tan á fondo el carácter del avaro, que seria capaz de dejar morir á Encarnacion por no prestarle cien duros, como lo habia dejado á él mismo espuesto á los rigores de la persecucion en otro tiempo, y por una cantidad poco mayor; pero ¿á qué prueba por dura que sea no se somete gustoso un padre cuando se trata de la vida de sus hijos? D. Segundo hizo en aquellos dias cosas increibles para proporcionarse recursos. Pidió dinero á los conocidos y á los estraños, llegó al estremo deplorable de mendigar un peso, diciendo que era para comer, y juntando lo poco que pudo adquirir por estos medios á las cuotas que suministraron Petra y D. Gumersindo, reunió la mitad de lo absolutamente preciso para el viaje. La situacion no podia ser mas crítica. Cada dia, cada hora que pasaba disminuía considerablemente las probabilidades de salvacion para la enferma, y en tal conflicto, D. Segundo, si habia de perder á su hija, no quiso dejar de darla una heróica prueba de amor paternal. Se decidió, pues, á molestaı á Benito, y tuvo la suerte de encontrarle en casa, lo que por otra parte no tenia nada de estraño,

pues el avaro se abstenia de pasear por no gastar mucho la suela de los zapatos, de modo que apenas salia, como no fuese para ir á las casas de los amigos donde almorzaba ó comía de gorra.

—Hermano mio, dijo D. Segundo, conozco la inutilidad de esta visita y sin embargo vengo á verte, lo cual te probará cuan grande debe ser la necesidad en que me veo. En otro tiempo te pedí en Cartagena dinero para libertarme de una persecucion; hoy vengo á pedírtelo para salvar á mi hija que se está muriendo y que puede vivir si me prestas la insignificante suma de cincuenta duros.

—¡Cincuenta duros! esclamó el avaro; despues de los percances que he sufrido, ¿de dónde sacas tú que yo pueda tener esa cantidad?

—Benito, prosiguió D. Segundo, no te escuses con frívolos pretestos; díme que aunque tuvieras la fortuna de un rey dejarias morir á todos tus parientes por no gastar una peseta, porque yo te conozco y sé hasta qué punto te hace infame y vil el amor al dinero; pero no me digas que estás pobre, porque yo estoy seguro de lo contrario.

—Puedes pensar lo que gustes, dijo el avaro. Eso no quitará el que yo sea realmente pobre, como que no tengo una peseta. ¿Te parece á tí que si estuviera en mi mano el salvar á tu hija no haría para ello cuanto estuviera de mi parte?

—Lo mismo decias en otro tiempo, contestó D. Segundo; tambien me jurabas no tener una peseta cuando fuí á pedirte los trescientos pesos para emigrar, y sin embargo, pocos dias despues te robaron mas de cincuenta mil duros. Y bien, yo recuerdo todo eso; yo sé que apesar de los quebrantos de que me has hecho mencion estás poderoso, y sé por último, que con esas entrañas de tigre que á tí mismo debian horrorizarte, consentirias en ir al suplicio por no gastar un pliego de papel para hacer un memorial pidiendo la conmutacion de la pena. Considera, hermano mio, cuan grande no debe ser la necesidad en que me veo, supuesto que te conozco y doy este paso.

—Pero, hombre, dijo Benito, podias colejir por la casa en que vivo que me hallo verdaderamente en la indigencia.

En efecto, no puede darse un cuadro mas miserable que el que ofrecia la reducida habitacion de aquel hombre. Vivia en una estrecha y sucia bohardilla de la Costanilla de los Cojos, no pagando de alquiler mas que doce duros al año. Tenia por cama un ético, roto y mugriento jergon tirado en el suelo; por los rincones rodaban prendas de vestir ó de calzado que recojia de limosna, unas para usarlas y otras para venderlas; en fin, no habia sillas, ni siquiera un baul donde sentarse, por cuya causa los dos hermanos celebraron á pié firme la conferencia. D. Segundo tendió una mirada desdeñosa en derredor de aquel desdichado aposento, símbolo de la miseria, y contestó:

—Esta guarida y esos harapos, lo mismo que ese chaleco que llevas, son un reflejo de tu carácter y no de tu posicion. Si tuvieses todo el oro que produce la California vivirias del mismo modo, y por consiguiente nada me prueban esas apariencias sino que eres un ente vil y despreciable. Hazte hombre alguna vez, muestra con un rasgo de humanidad que no eres lo que yo digo, y la ocasion no puede ser mas oportuna, hermano mio. Tú sabes cuanto amo á mi pobre hija y cuanto ella es digna de mi amor. Pues bien, lo repito, esa prenda de mi corazon se está muriendo, y morirá irremisiblemente si no me facilitas cincuenta duros que necesito para completar los gastos de mi viaje á Panticosa. Te suplico encarecidamente que me dés esa suma, seguro de que yo haré mil sacrificios para reintegrarte lo mas pronto posible.

Mas fácil seria enternecer á una roca que á un avaro. Si se le hubiese hablado á Benito en nombre de una especulacion, por arriesgada que fuese, con tal que se le hiciera ver la probabilidad de la ganancia, se le habria visto aprontar inmediatamente sus ahorros; pero hablar en nombre de la amistad, del parentesco, de los sentimientos humanitarios, en una palabra, tratar de conmover con el acento del dolor á los avaros, es lo que se llama predicar en desierto. Benito repitió cien veces su antigua muletilla de que no tenia dinero, que no tenia dinero y que no tenia dinero, permitiendo que su hermano se retirase desesperanzado.

—¡Ah! decia para sí D. Segundo; ¿porqué á estos mónstruos no se les habia de aplicar algun castigo?

Y tenia razon en mi concepto, porque si la prodigalidad se ha mirado por los legisladores como una falta por la cual se despoja á los ciudadanos de ciertos derechos civiles, la avaricia debia reputarse como un crímen y castigarse hasta con penas infamatorias. Pero me hago cargo de que yo no estoy llamado á reformar las lèyes, y así, dejando este asunto para los Licurgos, voy simplemente á desempeñar mi papel de verídico historiador.

Desde la casa de Benito se fué D. Segundo á la de su hermano Cristóbal, convencido de que si éste se hallase en disposicion de servirle no dejaria de hacerlo, aunque desgraciadamente le constaba que el pobre naturalista solia siempre andar á tres menos cuartillo. En efecto, el buen Cristóbal, conmovido á la vista de su desconsolado hermano, prometió ir á visitarle antes de dos horas llevándole todo lo que buenamente pudiera reunir. En seguida formó la grandiosa resolucion de vender cuanto tenia, incluso el perro Pimpollo, que para él era lo mismo que enagenar el corazon, y así lo hizo, con el sentimiento de no poder llevar á su hermano mas que media onza, que tenia el valor moral de un millon de duros, atendiendo á la buena voluntad con que la daba.

Mucho agradeció D. Segundo esta generosa prueba de la bondad del buen naturalista; pero por desgracia no le sacaba del apuro en que se veia, y ya casi se hallaba á punto de maldecir al género humano, cuando se le presentó el doctor Jalapa diciéndole:

—¡Oh! mi respetable y antiguo amigo: tengo entendido que solo por falta de recursos ha dejado V. ya de ponerse en marcha con su amada hija para los baños de Panticosa, y vengo á decirle á V. que por eso no debe dilatarse un momento el viaje, pues yo cuento con lo necesario y tengo mucho gusto en ponerlo á su disposicion.

Aceptó D. Segundo el favor dando un abrazo al jeneroso médico, y éste, no contento con ayudar pecunariamente á la empresa, se ofreció á ir tambien á los baños, queriendo tener

la honra de presidir á la curacion posible de la preciosa enferma. Efectivamente, arregláronse en poco tiempo todas las cosas para la partida, y aquí empezó una no interrumpida série de sorpresas agradables para D. Segundo. Habíanse tomado los tres asientos de la berlina para la enferma, su padre y el doctor, y el resto de la dilijencia iba ocupado todo por personas de ambos sexos encargadas esclusivamente del servicio de los tres citados viajeros. Esto ya dió algo en qué pensar á D. Segundo, así como la inusitada deferencia del mayoral y zagales que parecian haber sido espléndidamente gratificados para mostrarse dóciles y complacientes; pero lo que mas le llamó la atencion fué ver que al llegar al relevo del primer tiro ya les estaban esperando en la posada con la mesa puesta, por si querian desayunarse, una buena cama por si la enferma necesitaba descansar, mujeres que iban á presentarla lindos y aromáticos ramilletes sin interes ninguno, parejas de baile que durante su corta permanencia en aquel punto hicieron cuánto sabian para distraerla, y en fin, todo lo que una princesa hubiera podido obtener de cariñosa atencion en caso semejante. La escena se repitió en el segundo relevo con mas animacion y lo mismo sucedió en el tercero, en el cuarto y en todos los restantes hasta llegar á Zaragoza. Maravillado como no podia menos de estarlo D. Segundo, con las inconcebibles atenciones de que él y su hija eran objeto, preguntó naturalmente de donde procedia el agasajo, y solo supieron decirle que un caballero que les habia precedido en posta fué derramando el oro á manos llenas por todo el camino para preparar las cosas de aquel modo. Empezó D. Segundo á cavilar quién podria ser aquel jénio bienhechor á quien iba tal vez á deber la vida de su hermosa hija y á quien de todos modos estaba profundamente agradecido por la brillante forma del obsequio que les tributaba; pero no sacó en limpio mas sino que el hombre misterioso á quien debia tan señalados favores debia ser el mismo amigo que algunos meses ántes habia diferido la quiebra de su casa pagando á sus mas apremiantes acreedores, sin que por esto cayera en la cuenta de quien pudiera ser tan pródigo y escelente amigo. Lleno de ansiedad por saberlo, inter-

rogó al doctor Jalapa, pero éste finjió ignorarlo, diciendo que él solo se habia encargado de los gastos ordinarios contando con los pequeños fondos de que podia disponer, y que en cuanto á lo demas se hallaba igualmente asombrado de un misterio que no tenia esplicacion. Sin embargo, el tal médico no debia ser tan inocente como aparentaba, pues ponia particular empeño en aprovechar los momentos para hablar al oido con Encarnacion, y algo de muy agradable debia decirle, supuesto que la decaida enferma parecia cobrar nuevo aliento cada vez que terciaba la palabra con el facultativo.

Descansaron un par de dias en Zaragoza y allí se multiplicaron los obsequios hasta el punto de ver nuestros viajeros realizarse las fantásticas creaciones de los cuentos orientales, y no habiendo dilijencia de Zaragoza á Huesca, ni de esta ciudad al punto de la provincia del mismo nombre donde se encuentran los famosos baños, el viaje se hizo todavia mas cómodo, porque unas veces fueron en literas llevadas por caballerías y otras en sillas de mano conducidas por hombres ágiles y robustos que se relevaban de cuarto en cuarto de hora. De este modo llegaron sin sentirlo á Panticosa y allí fué donde sobre todo se habian dispuesto las cosas para indemnizar á los viajeros de las molestias del camino. La casa que les tenian preparada, sin ser grande, tenia todas las comodidades que los millonarios pueden disfrutar en los paises mas cultos de la tierra. Habia tambien multitud de personas encargadas del servicio y concurrian los aldeanos á divertir, como ellos decian, á los señores de Madrid, con sus alegres danzas, llevándoles ademas esquisitos frutos del pais, ricos pescados de agua dulce y cuantas piezas de caza se pudieran apetecer en aquellos áridos alrededores. Las flores naturales llovian allí diariamente, haciendo que Encarnacion no echase de ménos los hermosos jardines que habia frecuentado en la córte, y para que nada faltase al complemento del placer, las aguas produjeron un resultado tan satisfactorio que en menos de un mes se encontró la enferma completamente restablecida, y si es posible imajinarlo, mas hermosa y alegre que antes de haber contraido tan temible dolencia.

La felicidad de D. Segundo habia llegado al colmo. ¿Que le importaba ya carecer de fortuna teniendo el consuelo de ver á su hija tan buena y encantadora como antes? El pensaba trabajar y urdía en su mente pensamientos atrevidos que no podian menos de dar grandes resultados. Por de pronto, hubiera querido permacer en Panticosa medio año, no solo por gozar de la alegre vida que alli disfrutaba, sino tambien porque habia tomado cariño al punto donde su hija recobró la salud; pero recordó que la buena Petra se habia quedado en Madrid con pocos recursos y decidió volverse cuanto ántes, temiendo que la calumnia encontrase motivos para ensañarse nuevamente contra la pobre esposa de D. Crisanto.

—¡Que lástima que Petra no viniese con nosotros! decia; estaríamos mas tranquilos y pasaríamos dichosamente algun tiempo en esta hermosa tierra donde todo respira vida y placer.

—¡Ah, sí! contestó Encarnacion; de buena gana me quedaria yo tambien algunos meses entre estas gentes sencillas y serviciales; pero pienso en esa pobre muger á quien hemos dejado sola y le suplico á V. que disponga el viaje cuanto antes para que vayamos á disfrutar de su agradable compañia.

Al dia siguiente de tener lugar esta conversacion se pusieron en camino, recibiendo en todo el tránsito las mismas muestras de respeto y deferencia que tanto les habian sorprendo y encantado en su primera marcha. Con este motivo hubieran deseado que el viaje durase un año, seguros de no volver á gozar dias mas felices en el resto de su vida, y solo una consideracion les afligía entre tanto, que era el estado de miseria en que Petra debia encontrarse mientras ellos parecian ir bogando por el mar de la abundancia. Cuanto mas se acercaban á Madrid mas les entristecia este noble temor. Ya llegaban á la venta del Espíritu Santo, que está media legua escasa de la capital, cuando descubrieron á lo léjos una preciosa carretela tirada por dos soberbios alazanes, y si bien esto les alegró como indicacion de que se acercaban á la Corte, tambien se entristecian pensando que mientras algunas personas se paseaban en tan preciosos carruajes, podia suceder que Petra estuviese pereciendo, si habia caido enferma y no podia trabajar, cuando vieron pararse la dicho-

sa carretela y bajarse de ella precisamente la insigne Petra en compañía de D. Judas Cain y Dracon. D. Segundo y su hija, mandaron detener tambien la diligencia, se apearon á toda prisa y se dirijieron con los brazos abiertos á saludar á la esposa de D. Crisanto.

—Señores, dijo ésta, que no era Petra sino Laura, la hija de Tomás Figueroa; no sé á que vienen esas demostraciones, aunque las agradezco, porque yo no he tenido jamás el gusto de conocer á ustedes.

Esta conducta y el ver á la que tomaban por Petra en compañía de D. Judas, que ya se jactaba de haberla tenido antes por querida, llenaron de amargura el corazon de D. Segundo, que dijo:

—¿Que significa eso, señora? ¿Es posible que no contenta con abandonar la senda de la virtud por seguir á ese hombre, tenga V. el descaro de desconocernos á mi hija y á mí que tantas muestras de afecto la hemos dado?

—Vd. se equivoca, señor, y esta joven se equivoca tambien, si creen de veras lo que estan diciendo, repuso Laura.

—¡Pero Petra! esclamó Encarnacion.

—Yo no me llamo Petra, dijo Laura, ni tengo necesidad de revelar mi nombre.

—Una palabra no mas, añadió D. Segundo; supuesto que asi reniega V. de sus amigos, atrévase V. á renegar tambien de sus padres y de su marido. ¿No es V. la hija de mi amigo D. Alejo de la Parra y esposa de mi otro amigo D. Crisanto Guirlache?

—Por ultima vez, respondió secamente Laura; yo no sé quien es ese D. Alejo ni ese D. Crisanto, ni le conozco á V.; y les suplico que me dejen en paz, si es que pueden, por que creo que tanto V. como esta señorita tienen la cabeza á pájaros.

Esto diciendo aquella muger, con pasmosa desenvoltura volvió la espalda y continuó el paseo que habia comenzado. El famoso D. Judas antes de seguirla se acercó á D. Segundo y le dijo al oido:

—¿Se convencerá V. ahora de que yo tenia razon? Pues pa-

ra que se forme una idea del carácter cómico de esa muger que me tiene perdido el seso, al siguiente dia de nuestra última entrevista tuve el placer de encontrarla, y todavia me está negando la verdad, pues me sostiene que jamas ha estado en su casa de V.

—Amigo mio, vaya V. bendito de Dios, dijo D. Segundo y sea feliz si puede con esa buena pécora. ¡ Que descaro! ¡que desfachatez!

Subieron de nuevo á la dilijencia nuestros viajeros, y entraron en la capital de España con el corazon oprimido al considerar el horroroso chasco que les habia dado su amiga Petra mientras ellos se interesaban en su suerte, y sin poder esplicarse cómo habia cambiado aquella muger, de cuya bondad recibieron pruebas irrefragables en los dias del infortunio.

CAPITULO V.

El Mayor contrario amigo.

Luego que nuestros viajeros se apearon de la dilijencia, se dirijieron á la humilde habitacion en que vivian, donde tenian miedo de llegar y encontrarse la casa abandonada por la fuga imperdonable de la insensata Petra; pero no quedaron poco sorprendidos cuando al llamar á la puerta vieron á la misma multiforme mujer que salió á recibirlos, como si por un poder sobrenatural tuviera la gracia de estar en distintas partes á un tiempo. Aquí se verificó lo contrario que en la venta del Espíritu-Santo, y fué que la buena Petra se adelantó con los brazos abiertos á dar la bienvenida á D. Segundo y á Encarnacion, los cuales correspondieron con mucha frialdad á la muestra de efecto con que eran acojidos. Resintióse, como era consiguiente la esposa de D. Crisanto del cambio que observaba en sus amigos, y preguntó con la franqueza propia de su carácter cuál era la causa de verse tratada con tan estraño desden.

—Cuánto mas amigos mas claros, dijo D. Segundo; yo no puedo perdonar lo que ha pasado esta tarde cuando finjió V. desconocernos á mi hija y á mí por irse con el pícaro de D. Judas.

—¿Qué está V. diciendo? contestó Petra, sospechando que tambien D. Segundo habia perdido el juicio.

—Sí, amiga mia, dijo Encarnacion, y lo que mas me asombra es que hayas tenido tiempo para cambiar de traje tan pronto y venir á darnos esta segunda sorpresa. de salir á recibirnos como si tal cosa hubiera pasado.

—¡Pero señor! esclamó la hija de D. Alejo; ¿estaré yo, sin saberlo, en una casa de orates?

—¿Conque todavia niega V. lo que nosotros hemos visto por nuestros propios ojos? replicó D. Segundo.

La escena llevaba trazas de prolongarse mucho y terminar por una desagradable peripecia, cuando se presentó á complicarla mas por de pronto un nuevo personaje, que era nuestro antiguo conocido el famoso cerrajero Tomas Figueroa, el cual pasando casualmente por aquella calle, creyó conocer á D. Segundo y á su hija y subió para cerciorarse de que no se habia equivocado; pero antes de saludar el buen hombre á su protector, fijó los ojos en Petra y cayó desmayado, gritando con estentórea voz:

—¡Dios mio! ¡Mi hija!!

Este acontecimiento que aumentó naturalmente la confusion de Petra, bastó para esplicar el misterio á D. Segundo, haciéndole comprender que la hija de D. Alejo debia parecerse prodijiosamente á la hija de Figueroa, y esta opinion se vió pronto comprobada, por la razon de que los errores de un padre sobre el particular no pueden durar mucho tiempo ni resistir al exámen. Así fué que cuando el cerrajero volvió en sí, observó cuidadosamente á Petra y declaró que se habia equivocado, si bien dijo que aquella señora era una imájen esacta de su hija. Con este motivo D. Segundo y Encarnacion dieron mil cariñosas satisfacciones á Petra, y esplicando lo que habia ocurrido en la Venta del Espíritu-Santo, informaron á Tomás lo bastante para que pudiese encontrar á Laura.

No tardó mucho Figueroa en sacar partido de la noticia, pues acto contínuo se fué bien embozado para que nadie le conociese á esperar á los paseantes á la misma puerta del cien veces caballero D. Judas Cain y Dracon, á quien poco despues

vió llegar acompañado de Laura en la preciosa carretela de que ya hemos hablado. Cubrióse la jóven el rostro con un velo para bajar del carruaje; pero por mas que apelase á esta precaucion, ya su padre la habia conocido y se lanzó á ella cojiéndola por un brazo. A esta ruda acometida y al grito que dió Laura, se volvió bruscamente D. Judas abalanzándose como un tigre al desconocido; pero su atrevimiento le costó muy caro, porque el cerrajero desentendiéndose de su hija y haciendo uso de sus fuerzas hercúleas, agarró al agresor á quien derribó en un abrir y cerrar de ojos, haciéndole dar tan atroces sacudidas con la cabeza en el suelo, que cuando los criados acudieron á protejerle habia dejado de existir. En seguida Figueroa se levantó como si lo que acababa de hacer fuese la cosa mas sencilla del mundo y trató de buscar á Laura; pero ya esta, que habia desaparecido tan luego como su padre la dejó libre, se hallaba muyléjos, y en vez de dar con ella, dió en las garras de la policía que acudiendo al lugar de la catástrofe, le prehendió llevándole inmediatamente á la cárcel donde le pusieron incomunicado. Así acabó el perverso Judas de nuestro siglo que parecia ya tener algun presentimiento de su trájico fin, pues dejó hecho su testamento en debida forma, si bien tuvo el capricho de hacerlo cerrado y mandar que no lo abrieran hasta medio año despues de su muerte.

Bien malo habia sido el tal Judas mientras vivió, pero bien se cebó con él la desgracia, pues como si no bastara el castigo con que Tomás Figuaroa puso fin á su vida de escándalos y crímenes, tuvo despues de muerto la cruel desventura de que el famoso poeta D. José Gilberto le hiciera el epitafio, y, francamente, por grandes que sean las faltas de un hombre debe tenérsele compasion y no aplicársele un tan severo castigo como este último.

Con estos sucesos quedó esplicado el misterio de las estrañas aventuras de que habia sido objeto la esposa de D. Crisanto, que logró vindicarse á los ojos de Vargas, de Maloja, de Secante y de todos los que vivian en el error de confundirla con Laura; pero un otro misterio de distinta naturaleza quedaba todavia en pié para D. Segundo, y era el de las atencio-

nes que habia recibido en su viaje á los baños, así como el gran sacrificio metálico que una persona desconocida hizo algunos meses antes para librarle de la quiebra. Hubiera sentido en el alma irse al otro mundo sin averiguar quién era el amigo que le habia dispensado tan singulares favores, y sospechando con algun fundamento que, por mas que el doctor Jalapa lo negase, debia saber algo sobre el particular, se decidió á interrogarle seriamente.

— Señor D. Segundo, dijo el doctor, hoy que su hija de V. ha recobrado la salud y no necesita ni de mi asistencia ni de la proteccion de ese amigo misterioso que tanto ha contribuido á salvarla, puedo decir la verdad, y si no le hablé á V. con franqueza desde el primer dia, fué porque me estaba prohibido hacerlo, temiendo el sujeto de que se trata, que V. rehusase admitir un obsequio que era indispensable.

—Pero, hombre, dijo D. Segundo; ¿pudiera V. imajinar que yo rehusaria el obsequio de un amigo cuando se trataba de la vida de mi amada hija?

—Segun y conforme, contestó el doctor; podria suceder que V. no tuviese nunca por amigo al que tan escelentes pruebas le ha dado de serlo, y que al contrario, se obstinase V. en mirarle como enemigo.

—Eso no es posible, repuso D. Segundo; pero aun suponiendo que el favor me lo hubiera hecho un enemigo encarnizado, una vez que tanto le debo, le consideraria como el mas noble y generoso de mis amigos.

—Reflexione V. bien, añadió el médico. ¿No ha esperimentado V. nunca secretas y profundas antipatías hácia alguna familia ó persona? Y en tal caso, ¿se hallaria V. dispuesto á deponer ódios y antiguas rivalidades de que con tanta dificultad nos desprendemos los hombres?

—Señor doctor, contestó D. Segundo, cuánto mas avanza V. en sus preguntas mas me confunde para encontrar su esplicacion. ¿Qué quiere decir todo esto? Yo, lo confieso, vine al mundo y me crié imbuido en un ódio hereditario contra una familia que ya no existe, y era la de los Salinas de Cartajena; pero no debe tratarse de esta familia, por lo mismo que ha sido

esterminada. Con respecto á individualidades, declaro haber profesado una especie de aborrecimiento instintivo á uno de mis últimos dependientes llamado D. Andrés Marchena; pero tampoco este sujeto debe figurar en los cálculos á que dan lugar las reticencias de V., porque me consta que es un pobre diablo y no ha podido hacer los desembolsos con que el que ha tenido á bien favorecerme manifiesta poseer la fortuna de un príncipe. Fuera de la citada familia que ha desaparecido y de la citada persona, que es como si no existiese para el caso, no recuerdo haber nutrido un sentimiento de encono permanente contra nadie, y de aquí la admiracion que me causan las preguntas de V.

—Pues bien, dijo el doctor, yo quiero ir mas allá, porque en estos asuntos debe apurarse la materia cuanto sea posible. Doy por supuesto que los Salinas han dejado de existir; pero si asi no fuera y debiese V. todos los favores que ha recibido á un vástago desconocido de esa familia, ¿se hallaria V. dispuesto á la reconciliacion?

—Pero ¿á qué viene una hipótesis tan inadmisible? replicó D. Segundo.

—Es una hipótesis como otra cualquiera, dijo el doctor, y tiene por objeto averiguar hasta que punto la gratitud le haria cambiar á V. en amor las malas prevenciones de otros tiempos.

—En ese caso, contestó D. Segundo, le aseguro á V. que si viviera uno de esos entes imaginarios contra los cuales hemos alimentado los Callejas un odio tradicional, despues de los inmensos favores que he recibido, yo, que ante todo soy hombre de corazon, iria volando á buscarle y á ofrecerle mi amistad tan franca y tan pura como mi gratitud. ¿Quiere V. mas?

—Seria mucho pretender, continuó el doctor, y ahora que estoy plenamente satisfecho de la respuesta que ha dado V. á mi primera hipótesis, voy con la segunda. Es evidente que ese D. Andrés Marchena, de quien V. habló antes, no debe ser mas que un pobre diablo, supuesto que se halla en la necesidad de trabajar para vivir; pero si ese mismo individuo que le es á V. tan antipático, hubiera sido rico y le hubiese dado á V.

las brillantes pruebas que sabemos ¿se resolveria V. á ser amigo suyo?

—¿Me querrá V. decir que ese hombre ha hecho imposibles? contestó D. Segundo.

—No quiero decir nada, sino que continuamos discurriendo hipotéticamente, repuso el doctor; supóngase V. que ese D. Andrés Marchena, ú otro tan antipático como él, fuera el individuo de que se trata, ¿podria yo tener el gusto de brindarle con la amistad de V?

—Hombre, dijo D. Segundo, eso vale la pena de pensarlo, porque el mozo que me presenta V. como tipo de comparacion es tan cargante...... Y ahora que me acuerdo ¿sabe V. que se da un cierto aire al D. Hilario Salinas á quien yo dí la muerte en mi juventud? Por eso sin duda me ha sido tan repulsivo, pues por lo demas no tengo ninguna razon para quejarme de su conducta. En fin, sea como fuere, debo satisfacer afirmativamente á la segunda pregunta de V., y ahora deseo que me cumpla V. su palabra revelándome el nombre de ese angel guardian incógnito que tan inmensos beneficios me ha dispensado.

—Ante todo, dijo el médico; quisiera yo saber de que modo corresponderia V. á esos beneficios.

—Hola, replicó D. Segundo, eso ya es poner precio á los favores, y en tal caso estos perderian todo su valor moral.

—De ninguna manera, continuó el doctor; el hombre que tan generosamente se ha conducido, una vez para salvar su crédito de V. y otra para librar de la muerte á la señorita Encarnacion, está tan distante de exigir una recompensa material, que si no ha de contar con el afecto de V. prefiere guardar el incógnito eternamente, y basta la suposicion que V. ha hecho para que yo me retire sin decir su nombre.

—¡Ah, no! esclamó D. Segundo en un rapto de entusiasta remordimiento; se trata de un hombre que quiso evitarme la vergüenza del descrédito y que lo hizo con una delicadeza comparable solo á su generosidad sin ejemplo; de un hombre que en los momentos de afliccion en que todo el mundo me abandonaba vino á sacar, por decirlo asi, á mi querida hija de

la tumba, proporcionando los recursos con que yo no podia contar para la aplicacion del último remedio, y recreando la imaginacion de la enferma durante un viaje que parece realizado por el mágico poder del Dios de los amores. Quien quiera que ese hombre sea, yo me considero deudor suyo, no solo bajo el punto de vista material, sino bajo el del mas síncero y profundo reconocimiento, y de tal modo lo siento así, que á fuerza de trabajo creo que podria reintegrarle de las crecidas sumas que ha gastado, pero nunca podré pagar la deuda moral que con él he contraido. Ahora bien; no hay prueba, no hay sacrificio de afecto que yo no esté dispuesto á hacer en premio de las bondades que se me han dispensado: lo único que poseo, y lo estimo en mas que cuántos tesoros ocultan las entrañas de la tierra, en mas que cuantos bienes puede crear una imajinacion estraviada y ambiciosa, es mi hija; pues bien, hasta la mano de mi hija, cuyo precio no tiene límites en mi corazon, daria yo con amor y reconocimiento al único mortal que en mi concepto seria digno de obtenerla.

—Basta, dijo el doctor; eso es cuánto yo deseaba saber, y ahora por mi parte quisiera merecer un favor en premio de la buena voluntad con que he procurado contribuir á este feliz resultado.

—V. se ha portado con una galantería que nunca olvidaré, contestó D. Segundo; V. ha sido ademas el director de esa cura prodijiosa que me ha devuelto una vida mas preciosa que la mia, y desde luego me allano á sus exijencias.

—Pues bien, contestó el médico, permítame V. tener la satisfaccion de hacerle conocer á un mismo tiempo el nombre y la persona del amigo misterioso.

—Accedió D. Segundo, aunque con algun trabajo, porque ardia en deseos de saber el nombre de su incógnito protector, y el facultativo se despidió prometiendo volver en compañía de este una hora mas tarde.

Escusado será decir que á la bella Encarnacion no se le habia escapado una palabra de tan interesante diálogo, porque aunque nada la importase, no hubiera dejado de hacer lo posible por oirlo, y con mas razon procuraria escucharlo cuando

se iba á resolver el problema de su destino. Contenta como nunca, se retiró á participar á Petra lo que acababa de oir, pero llegó algo atrasada la noticia, porque la esposa de D. Crisanto tampoco habia perdido una sílaba de la conversacion, que no parece sino que las mugeres han venido al mundo esclusivamente para escuchar todo lo que dicen los hombres.

Fué aquella una hora eterna de ansiedad para D. Segundo, que empezó á devanarse los cascos por averiguar quién seria el nuevo diablo predicador que tan graciosamente habia representado el papel del mayor contrario amigo. Bien claro se lo dijo el doctor Jalapa; pero no hay cosas mas turbias que las que los hombres no quieren comprender, y así pensó en todos sus conocidos ménos en el único designado por el facultativo. En su afan de lanzarse por los espacios imajinarios, recordó haber visto algunos meses antes en el teatro un príncipe persa que no hizo mas que mirar á Encarnacion, y sospechó que aquel hombre pudiera no ser príncipe ni persa, sino algun enemigo disfrazado que por amor á su hija se hubiera convertido en amigo leal. Esto le hubiera sido muy desagradable, porque se le hacia cuesta arriba el aceptar por yerno á un hombre que se cubria la cabeza con una montera de piel puntiaguda en forma de embudo, cosa que en su concepto no tenia pizca de lójica, como si tuviera mucho el sombrero de copa alta que usamos en el dia, y que no pasa de ser un pleonasmo en la retórica del buen gusto. Atormentado estaba de tanto pensar, cuando hirió sus oidos el son de la campanilla y salió precipitadamente creyendo encontrarse con la tan deseada visita; pero tuvo la desagradable sorpresa de ver que el que habia llamado era el casero, que por cierto estuvo muy galante, pues aunque ya se le debian tres meses de alquiler, fué á decir que no corria el pago ninguna prisa, y que trataba de enviar los albañiles para hacer en la casa los reparos indispensables. En fin, tan fino estuvo aquel hombre, que D. Segundo llegó á sospechar si seria él mismo el individuo á quien tantas ganas tenia de conocer, y habia motivos para ello, pues por la sola circunstancia de ser su casero tenia la condicion de haber sido su enemigo. Sin embargo, pronto se convenció de que no de-

bia ser aquel el hombre de que se trataba, porque su visita fué corta y se despidió ántes de que llegase el doctor, con lo cual D. Segundo quedó nuevamente sumerjido en un mar de reflecsiones; pero esta vez no duró su cavilacion mucho tiempo, pues apenas habia quedado solo, cuando sintió un ruido semejante á una tempestad de gritos y de palos, que parecia anunciar la destruccion del barrio, ya que no la conclusion del mundo, y desde luego dijo para su sayo:

—El diablo me lleve si no tenemos al compadre Marchena en campaña.

Salió él, salieron inmediatamente Petra y Encarnacion á ver lo que ocurria, y encontraron, en efecto, al casero y á Marchena enzarzados en una de esas trifulcas de las cuales llevo algunas descritas en el curso de esta historia, y á fé mia, mas vale llevar asi ciertas cosas que sobre las costillas, digan lo que dijeren muchos filósofos contemporáneos, tales como La Gueroniere, Granier de Cassagnac y otros por el estilo, empeñados en probar que para tener á los hombres agradecidos y contentos no hay como romperles el espinazo. ¿Qué habia sucedido para que tuviera lugar tan estupenda tremolina? Casi nada, porque la teoría de las causas y los efectos, tan bien desenvuelta por M. Scribe en el Vaso de Agua, es mas verdadera que la de los filósofos antes citados. El caso fué que al bajar el casero subia la escalera Marchena en compañía del doctor Jalapa, y creyendo D. Andrés conocer á dicho casero le saludó con la mayor urbanidad. Vió el saludado la cara del saludante, que no le pareció muy graciosa, ó cuando ménos, que no le cayó muy en gracia, y tomando por burla lo que era cortesía, contestó diciendo:

—¡Vaya V. al infierno, que es tierra caliente!

—Buen mozo no será V., replicó Marchena, pero á bien criado nadie le ganará.

Hirvióle la sangre al casero al oir esta contestacion y como quiso la casualidad que llevase un buen garrote, lo levantó en el acto sacudiendo de firme á su interlocutor, que no pudo impedir los primeros golpes por haberle cojido el lance desprevenido; pero luego se preparó Marchena para respon-

der debidamente á la brutal agresion, y apesar de su valor, de su habilidad y de verse ayudado por el doctor Jalapa, no pudo ganar un palmo de terreno por la ventaja que al enemigo le daba la posicion de la escalera. Esto hizo que todos llevasen algo que rascar, y así cuando todos los habitantes de la casa concurrieron á apaciguar el tumulto, ya los tres combatientes estaban descalabrados. Al fin se restableció la calma, se lavaron los heridos y D. Segundo, tan preocupado como siempre contra D. Andrés, aun viéndole acompañado del doctor, no pudo figurarse que fuese aquel sujeto el que tanto deseaba conocer.

—Y bien, dijo, Señor Jalapa, usted me habia prometido presentarme al hombre de cuya buena amistad tengo recibidas tan admirables pruebas.

—Y he cumplido mi palabra fiado en la de V., contestó el doctor señalando á D. Andrés Marchena.

La sorpresa de D. Segundo al oir esto es del número de aquellas que nadie puede pintar. Un soneto del insigne poeta D. José Gilberto, disparado á quema-ropa, no le hubiera causado tan profunda sensacion. En su sorpresa estuvo por recitar estos versos que cierto autor dramático tuvo el valor de espetar en una de sus trajedias:

¿Qué es lo que pasa? Monos y mochuelos
Me parece que son cuántos me miran.

Por fortuna D. Segundo no conocia los versos, ni la tragedia, ni el autor á que me refiero, y escuchando solo la voz del deber cumplió su palabra dando un abrazo muy apretado á Marchena, para lo cual cerró los ojos, pues le hubiera sido imposible dar tan afectuosa prueba de cariño á su futuro yerno viéndole la cara. Pero, para que se vea lo que son los hombres, cuando en bueno ó mal sentido ceden al influjo de la pasion, al dia siguiente de aquel en que D. Segundo necesitó cerrar los ojos para dar un abrazo á Marchena, ya no le pareció este tan antipático; algun tiempo despues empezó á conocer que el portador de una fisonomía tan funesta, era un buen

muchacho, y al mes de tratarle á fondo, no solo estaba contentísimo de darle su hija, sino que hasta le encontraba interesante y gracioso.

Ahora, en cuanto á las esplicaciones del oríjen de D. Andrés y de los servicios que este prestó á D. Segundo, se adivina que por una razon de delicadeza quedaron á cargo del doctor Jalapa, el cual informó de todo minuciosamente al padre de Encarnacion, despues de hacerle tomar un buen cocimiento anti-espasmódico para prevenir los efec tosnaturales de toda emocion violenta, y esto probó tan bien, que desde entónces D. Segundo quiso tener en casa una buena provision de dicho cocimiento anti-espasmódico, para tomar una fuerte dósis cada vez que se viera en la dura precision de oir una tirada de cuartetas estemporáneas, hechas y recitadas por el contemporáneo poeta D. José Gilberto.

Entre las revelaciones que hizo el doctor hay algunas de que ya tenemos conocimiento, tales como ser el Sr. D. Andrés hijo de D. Hilario Salinas, muerto á manos de D. Segundo, veinte años á retaguardia; el heroismo con que el espresado Marchena espuso su vida en tres desafíos por evitar todo peligro al padre de su amada, y la noble abnegacion con que habia malvendido su rica fortuna por salvar el crédito de su principal; pero hay otras de que todavia necesito informar á mis lectores. Por ejemplo, estos querrian saber de buena tinta, de que manera D. Andrés Marchena, despues de haberse privado de sus bienes, quedó en posicion de realizar aquella especie de cuento fantástico de que ya he hablado en la relacion del viaje á los baños de Panticosa, y como yo gasto la tinta del Iris, que es de la mejor que hay en la Isla de Cuba, puedo asegurar que todas las noticias que doy son de buena tinta.

Fué el caso, señores, que al volver el famoso baron de la Zarza de su último viaje, pasó por Zaragoza, donde tuvo noticia de como su amigo Marchena se habia quedado pobre ó cuando menos debia estar muy apurado, supuesto que acababa de vender á menos precio la magnífica herencia que le dejaron sus padres. Mucho lo sintió el baron, y tanto que de resultas de la pesadumbre le dió el vómito negro, siendo el primero y

último caso de esta enfermedad cruel que jamas haya ocurrido en Zaragoza. Por lo mismo le atacó tan rabiosamente que en ménos de tres dias se fué á la sepultura el buen Señor, el cual murió cómo habia vivido, fiel al sentimiento de la amistad, y no teniendo herederos á quienes dejar su inmensa fortuna, hizo testamento á favor de su amigo D. Andrés Marchena, con la sola cláusula restrictiva de prohibir á este último el andar á palos con tanta frecuencia. D. Andrés recibió la noticia de este acontecimiento en los dias en que D. Segundo andaba tan apurado, y al momento encontró dinero de sobra para dar como dió á su amada una tan espléndida muestra de su cariño. Por lo demás, trató de satisfacer á los buenos deseos del difunto, no volviendo á andar á palos con nadie; pero fué inútil su propósito, porque no estaba en su mano, y mucho ménos en su cara, el impedir que otros le sacudiesen sin decir agua va, en cuyo caso el mismo instinto de conservacion le aconsejaba repeler el fuego con la candela.

Pero, hablando de otra cosa, por mas que D. Segundo llegase á estimar á Marchena como si fuera su propio hijo, hizo algunas objeciones al desordenado apetito de matrimonio que le atormentaba, y la principal era una razon de plausible delicadeza, pues á fuer de hombre recto, decia que habiendo negado la mano de Encarnacion á D. Andrés cuando ella era rica y á él se le tenia por pobre, no parecia decoroso consentir en la boda despues de haberse trocado los papeles. Seamos injénuos: por muy cargante que fuese la cara de Marchena para los demas, esta consideracion de D. Segundo no era ménos cargante para el pobre Marchena, el cual, por fas ó por nefas, debia renunciar á sus esperanzas, no quedándole ya ninguna para llegar al logro de sus deseos como no fuera el aguardar á que D. Segundo fuese tan rico como él, ó derrochar él cuanto poseía para llegar él á ser tan pobre como D. Segundo. Lo último le parecia mas fácil que lo primero, solo que en lugar de derrochar su fortuna se dedicó, por el contrario, á utilizarla. Sabia, por ejemplo, que un matrimonio pobre y cargado de familia estaba espuesto á quedarse en la calle por no poder pagar los alquileres de la estrecha habitacion que ocupaba, y al

momento iba D. Andrés á favorecer á dicha familia dándole lo necesario para la casa y subsistencia por algunos meses. Tenia noticia de que un establecimiento de beneficencia se hallaba escaso de fondos, y en seguida llevaba un cuantioso donativo con que la casa lograba salir de apuros para mucho tiempo; pero como si la fortuna tuviera el empeño formal de hostilizarle, cuanto mas empleaba los referidos medios para empobrecer pronto, mas le llovía el dinero por todas partes. Cada vez que socorría una necesidad se encontraba al volver á casa con algun desconocido que, ya como deudor del difunto baron de la Zarza, ya como arrendatario de alguna de sus posesiones, le llevaba el doble de lo que habia él gastado en empresas caritativas. Sin embargo, siguió en su tema de gastar pronto cuánto poseía, no solo por los medios indicados, sino tambien haciendo algunas estravagancias. Un dia, verbigracia, compró en el rastro una porcion de pinturas viejas, otro empleó mas de mil pesos en billetes de lotería, y así sucesivamente; pero tal era su desdicha, que la mayor parte de los billetes salieron premiados, y casi todos los cuadros viejos que compró resultaron ser obras de Velazquez, Murillo, Ticiano y otros grandes artistas, por cuya razon le dijeron los intelijentes que la galería de pinturas que habia improvisado para despilfarrar el dinero, valía mas que todo lo que le dejó el baron de la Zarza. Situacion era por cierto bien apurada y singular la del hombre que necesitaba ser pobre para alcanzar la dicha, y cuánto mas hacía por aproximarse á la mendicidad mas cerca se veia de la opulencia. En este conflicto se armó de resolucion, pues ya llevaba seis meses de tentativas infructuosas para arruinarse, y decidió desprenderse en un solo dia de toda su fortuna por todos los medios imajinables. A este fin salió de casa muy temprano y ya llegaba á la puerta de S. Vicente buscando un sitio solitario donde pudiera entregarse á sus cavilaciones, cuando vió al antiguo cajero D. Gumersindo que se le acercó dándole la siguiente noticia:

—¡Sabe V. que acaba de morir D. Benito Calleja, el hermano de D. Segundo?

—Pues, ¿cómo ha sido eso? preguntó D. Andrés.

—Voy á decirlo en pocas palabras, continuó D. Gumersindo. Ya sabe V. que el furioso banquero D. Judas Cain y Dracon dejó un testamento cerrado, espresando su voluntad de que no habia de abrirse hasta seis meses despues de su muerte. Pues bien; ayer se cumplieron los seis meses y se abrió el testamento, en el cual D. Judas declaraba que veinte años antes habia robado mas de cincuenta mil pesos al avaro, por cuya razon le remordia la conciencia, y que no teniendo herederos forzosos, dejaba todos sus bienes al hombre á quien debia el principio de su fortuna. Esta mañana temprano tuvo D. Benito noticia del suceso y salió corriendo de su casa para enterarse del referido testamento; pero al llegar á la escribania fué tal esceso de su placer que le acometió un accidente apoplético mortal. Casualmente pasaba yo por alli en aquel instante, y me seria imposible dar á V. una idea de lo que he presenciado, pues parece increible que la avaricia llegue á hacer á los hombres tan viles y desnaturalizados para sí mismos. Vuelto en sí D. Benito de su primer acceso, se trató de alquilar un coche para trasladarle á su casa; pero el hombre se opuso tenazmente á ello por no pagar el alquiler del coche y quiso ir á pié, cuando le era de todo punto imposible moverse. Hice entences llamar dos mozos de cordel para que lo llevasen á cuestas, pero tampoco aceptó este medio por no dar á cada uno de los mozos media peseta, y entonces ayudado por el escribano y por mí, echó el hombre á andar sufriendo á cada tres pasos una mortal congoja. En vista de esto, hice por fin llevar un carruage pagándolo de mi bolsillo, y asi pudimos llegar á la casa del avaro, á quien desnudamos para meterle en la cama; pero él se oponia con todas las fuerzas que le quedaban á recibir toda especie de ausilios, diciendo que estaba bueno y que prohibia llamar al médico ni buscar remedio alguno en la botica, pues no habia de permitir que le obligasen á hacer gastos inútiles. Nosotros, sin prestar atencion á sus palabras, seguimos desnudándole; pero al ir á quitarle el chaleco que ha llegado á tener tan androjosa celebridad, el condenado mostró resistirse hasta la desesperacion para que no le despojásemos de aquella prenda. Cruzaba los brazos, se encojia, pateaba como pudiera

hacerlo una madre á quien fueran á robar el mas querido hijo de sus entrañas; pero nosotros, que todo lo hacíamos por su bien, nos salimos con la nuestra, y asi como si residiera en el diablo del chaleco la vida de aquel desdichado, tan pronto como logramos arrancarle dicha prenda del cuerpo y de las manos con que al fin la defendia, cayó en la cama cuán largo era, exhalando un suspiro con que logró conmover á todos los presentes. Era el último eco de la vida, que no quiso desvanecerse sin dejar alguna impresion de horror en nuestros corazones. El doctor Jalapa que entró en aquel momento declaró que aquel hombre habia dejado de existir.

—¿Y como no ha ido V. á participar ese suceso á D. Segundo? preguntó Marchena.

—Porque era demasiado temprano, dijo D. Gumersindo, añadiendo: ¿Sabe V. que el tal chaleco pesaba mas que un mal matrimonio? Ya se ve, como que en oro y papel contenia dentro de los forros mas de ocho mil duros; para que se vea lo que son las apariencias, y la verdad con que el avaro decia que no cambiaria su chaleco por los de los mas elegantes.

Agregó á todo esto D. Gumersindo nuevos pormenores, manifestando no haberse hallado en la casa del difunto mas dinero que el referido; pero de todos modos, como la fortuna que le dejaba D. Judas era muy considerable, calculó que con ella bastaria para hacer ricos á los dos hermanos D. Segundo y D. Cristóbal Calleja, únicos herederos del avaro, y de esto se alegró infinitamente Marchena, no por que ambicionase la dote de Encarnacion, sino porque dejando D. Segundo de ser pobre, desaparecería el gran inconveniente que habia para el consabido casamiento.

Despidiéronse en esto los dos amigos, yendo D. Gumersindo á informar á D. Segundo de la muerte de su hermano, y continuando Marchena su paseo por la orilla del Manzanares donde le aguardaba la mas portentosa de todas las sorpresas, pues no habria caminado cincuenta pasos, cuando se encontró con el insigne filósofo D. Crisanto Guirlache, que volvia hecho un Adan de su larga peregrinacion. Abrazáronse, como era natural, los dos amigos, y se pidieron mutuamente noti-

cias de lo que les habia ocurrido; pero D. Crisanto dijo que su historia era larga, y así D. Andrés le informó de todo lo que habia sucedido en su ausencia, sin omitir lo de la muerte de los padres de Petra, ni las calumnias de que esta virtuosa mujer habia sido blanco por su semejanza física con la hija del cerrajero Tomás Figueroa. Contó tambien Marchena los altos y bajos de la fortuna de D. Segundo; la enfermedad de Encarnacion; sus amores con esta jóven, y la gran perplejidad en que se habia visto últimamente por ser demasiado rico, y no poder hacerse pobre por mas que lo procuraba para realizar sus sueños amorosos.

—Mas ya cesaron mis cuidados en esta parte, dijo D. Andrés, pues debiendo D. Segundo heredar á su hermano D. Benito, que acaba de morir millonario, falta el único pretesto que habia para dilatar la boda.

Quedóse el filósofo estupefacto con la noticia, y aun se manifestó profundamente aflijido, pues en su viaje habia llegado á saber que él era hijo del avaro; pero hasta para demostrar que una oveja blanca pare un cordero negro, guardó silencio sobre el particular, pues no quiso confesar su oríjen por no privar á sus amigos y protectores, D. Segundo y Encarnacion de una herencia que á él solo pertenecía.

CAPITULO VI.

Viages de D. Crisanto.

Al dia siguiente de la llegada del filósofo enterraron á su padre, y aunque el pobre jóven no hubiera podido conocer ese amor que todos tenemos á los autores de nuestros dias, ya por el carácter del avaro, ya tambien porque el cariño filial para ser mas acrisolado ha de nutrirse desde la infancia, no dejó de manifestar gran sentimiento. Los que no estaban en autos se admiraban de ver á D. Crisanto tan aflijido y creian que se habia vuelto estúpido con los viages que suelen hacer avisados á los tontos; pero como el pesar del buen hombre germinaba en el corazon no podia disimularlo, siendo tanto mas triste su posicion cuanto que, por no privar á D. Segundo de su propia herencia se veia precisado á guardar silencio.

En cuanto á D. Segundo, cuando fueron á darle la noticia de la muerte de su hermano Benito, lo sintió como era natural; pero al entregarle el chaleco que contenia los ocho mil duros, se irritó en términos de querer matar á los que le llevaban aquella nueva prueba de la avaricia infame del difunto.

—Hace seis meses, dijo, que yo, profundamente aflijido, me rebajé hasta el punto de ir á pedir dinero á ese mónstruo,

y ustedes deben recordar el motivo que me obligó á dar ese humillante paso. Se trataba de la vida de mi hija, desauciada por los facultativos, y que, segun el dictámen del que daba mas esperanzas, debia morir irremisiblemente si no acudíamos con tiempo á los baños termales. Pues, bien, ese hermano indigno, ese hombre vil, ese judio bautizado, que solo en su inmundo chaleco llevaba un capital, consintió en que yo perdiese á mi hija por no prestarme la miseria de cincuenta duros: ¿creen ustedes que no debe inspirarme horror ese dinero? Quítenlo de mi vista cuanto antes, porque no quiero verlo, y temo fulminar esas imprecaciones que nunca debe uno proferir contra los difuntos.

Y en efecto, valia mas ser pobre que aprovechar un dinero apilado con tan odiosa tacañeria por el prototipo de los verrugos. Asi pues, no solo tuvieron que retirar aquella repugnante prenda del avaro, sino que cuantas tentativas se hicieron despues para decidir á D. Segundo á que aceptase la parte que le correspondia de los bienes de su hermano Benito, dieron el mismo resultado de ponerle frenético.

—Yo, decia, he recibido, sin saberlo, favores de uno que debia mirar como enemigo, y despues de averiguar la verdad, no tengo mas que gratitud para el que me hizo tales favores; pero no quiero nada que me pueda recordar á ese hombre que se llamaba mi hermano, porque un avaro no es hermano de nadie, y todo el mundo debe mirarle como enemigo del género humano. La naturaleza tiene sus errores que la razon puede correjir, rompiendo los vínculos de un indigno parentesco para estrechar los de las afecciones generosas. Hágome cuenta de que solo he tenido un hermano, que es el bondadoso Cristóbal, y tambien que la providencia me dió un hijo en D. Andrés Marchena, último vástago, ¡y qué vástago! de mis mas implacables enemigos; pero que nadie me hable de ese desdichado que se llamó hermano mio, y menos de ese dinero de que no pude disponer cuando lo necesitaba para salvar la vida de mi hija.

Cristóbal, menos escrupuloso, tomó su parte, no para atesorarla, sino para comprar una casa de campo que en pocos

dias atestó de toda clase de animales vertebrados é invertebrados; desde el orangutan al molusco, desde el oso al insecto, formando un Arca de Noé, que era cuanto el hombre apetecia para ser feliz. Solo una cosa le faltaba para su nuevo establecimiento zoológico y era el perro Pimpollo; pero hacia todas las diligencias imaginables para encontrarle. D. Andrés, entretanto, se desesperaba de ver que no queriendo D. Segundo hacerse rico, subsistia la dificultad alegada para diferir su casamiento, y echaba muy á menudo de empeño á D. Crisanto para alcanzar lo que tanto deseaba; pero don Segundo, como no aspiró jamás á ser hombre de categoría, tampoco quiso contestar categóricamente al filósofo, y para mejor eludir el compromiso, hacia que Guirlache le refiriese sus impresiones de viage, de las cuales algunas ya son conocidas de mis amados lectores. El primer dia refirió D. Crisanto los trabajos que pasó hasta llegar á la frontera de Francia, sin olvidar el remedio que el doctor Jalapa le aplicó en Miranda de Ebro para curarle las agujetas, cosa que á todos divirtió en grande y particularmente al mismo doctor que se reia como un insensato de las atrocidades que habia cometido con su antiguo sistema. El segundo y tercer dia, los empleó el viagero en la relacion de todo lo que le habia ocurrido en Francia y en Inglaterra, y como era natural causó mucho efecto lo del embarque para el nuevo mundo, cuando el infeliz creia dirigirse á las costas de Cantabria. La relacion del cuarto dia debe darse íntegra, porque no teniendo nada de sucia no dejará de parecer curiosa.

—Fuí, dijo D. Crisanto, á bordo de una fragata inglesa, mandada por el capitan *John Bull*, y que hizo la travesía, sin tropiezo, en cuarenta y cinco dias. No obstante, aunque he dicho sin tropiezo, no llegamos sin tropiezo á nuestro destino, pues no habíamos aun perdido de vista la isla de White, cuando nuestro buque tropezó con un bote cargado de gente que habia salido á recrearse en el mar, y todas las personas que la frágil nave tripulaba se fueron á pique. Los que no éramos compatriotas de John Bull, lanzamos un grito espantoso al ver la catástrofe y empezamos á llamar á voces al capitan que

estaba muy tranquilo en su camarote leyendo con avidez la Biblia. Por fin, tanto gritamos que el capitan acudió á ver lo que sucedia; pero al oir decir que solo se trataba de la pérdida de un bote y de la vida de cuatro ó seis personas, se encogió de hombros contestando: "Yo creia que era otra cosa" y se volvió muy serio á continuar la lectura de la Biblia dentro de su camarote.

—Pero aquellas pobres gentes se ahogarian, dijo D. Segundo.

—Por supuesto, respondió D. Crisanto, ¿pues no se habian de ahogar si distaban lo menos cuatro millas de la costa y nadie fué á prestarles ausilio? Pero no fué este el único tropezon que sufrimos, pues á los pocos dias de navegacion pasamos tambien por ojo á un bergantin portugués, el cual quedó tan destrozado que no pudo sostenerse á flote arriba de una hora. En esta ocasion, como el tal bergantin llevaba algunos objetos de valor, nos detuvimos para salvar lo mas que se pudiera de las mercancías, y gracias á esto se salvaron tambien algunos individuos de la tripulacion; pero al tiempo de sumergirse el buque portugués una ola se llevó tres de sus marineros, los cuales seguramente debieron servir de pasto á los peces.

—Pues qué, preguntaron los oyentes, ¿no se hizo lo posible por salvar á aquellos infelices?

—Bastante se lo suplicamos todos al capitan John Bull, contestó D. Crisanto; pero éste dijo que si fuesen fardos no se le escaparian, mientras que tratándose solo de tres hombres, la cosa no valia la pena de darse un mal rato para recojerlos. El capitan portugués que se llamaba *Curazao de Fera*, no contento con los ruegos llegó á las amenazas, diciendo que si tuviese allí cuatrocientos *peus de cabalo* habia de acabar con todos los ingleses que iban á bordo; pero el impasible Jonh Bull, despues de dar sus órdenes para hacer andar su buque á toda vela, sin cuidarse de los náufragos cuyos gritos nos partian el corazon á los continentales, se fué á su camarote, resuelto á no interrumpir hasta la hora de almorzar la lectura de la Biblia. Los que hemos recibido una educacion menos positivista, como Vds. pueden figurarse, nos alejamos, con los ojos arrasados en lágrimas, de aquel punto en que tres hombres quedaban á merced de las olas por el solo delito de no ser fardos.

—Pero ese Jonh Bull, era un toro, dijo Petra, oyendo contar cosas tan increibles.

—Cualquiera otro capitan, siendo paisano suyo, hubiera hecho lo mismo, repuso D. Crisanto, porque la falta está en la filosofía utilitaria de los modernos fenicios, los cuales dan á las mercancías mas estimacion que á las personas.

Siguiéronse á esta relacion los comentarios que pueden inferir mis lectores y que yo reservo para el dia del juicio entre dos luces, hora en que ya se habrá podido esplicar cómo el capitan Jonh Bull unia una refinada crueldad á su perseverante devocion, y sobre todo, como á fuerza de interpretar el Evangelio llegó á ser tan judio. Por ahora, continúo mi tarea de narrador imparcial.

De todo lo que llevo referido, dedujo Marchena una consecuencia muy lójica y era que ya podia D. Segundo acceder á su boda con Encarnacion, pues los dias le parecian siglos, y no habiendo podido perder la fortuna corria peligro de perder la paciencia; pero el padre de su amada prenda no tenia tanta prisa por satisfacer los deseos de los amantes como por oir á D. Crisanto, el cual prosiguió así el cuarto dia la relacion de sus impresiones de viaje:

—Cuando llegamos á Veracruz, dijo, supimos que toda la República estaba sublevada, siendo infinito el número de los partidos que se disputaban el mando, cosa que deploramos como era consiguiente, si bien los hijos del pais nos tranquilizaron diciendo que aquel era el estado normal de la nacion, por lo cual no debiamos asustarnos. Tomé asiento en la dilijencia con objeto de ver la capital fundada por el incomparable Cortés, y en el tránsito de Veracruz á Jalapa creí quedarme sordo por las innumerables descargas de fusil y de cañon que oí en todas direcciones. Horrorizado de un tan repetido cañoneo pregunté al mayoral si corriamos algun peligro, pero él me calmó diciendo que todo aquello no era mas que gastar pólvora en salvas, pues habiendo tenido lugar una batalla en que, como de costumbre, los dos ejércitos belijerantes se atribuian la victoria, todos los pueblos de la República estaban celebrando con salvas el triunfo de los suyos, segun el espíritu político de cada uno.

—¿Y solo para eso gastaban tanta pólvora? preguntó D. Segundo.

—Para eso y para todo, dijo D. Crisanto, porque desde que los habitantes de aquel hermoso pais contrajeron la costumbre de jugar á los soldados, no hay persona que no tenga diez ó doce armas de fuego, y sobre todo, una gran aficion á las detonaciones, lo que ha hecho allí la pólvora un artículo de primera necesidad. Tal es la pasion de los mejicanos al consumo de dicho artículo que, cuando dos partidas contrarias se pelean, empiezan á tirotearse desde el momento en que se hallan á la distancia de tres ó cuatro leguas, y los resultados de la accion no se miden por las ventajas obtenidas, sino por el mayor número de descargas que los unos han disparado sobre los otros. Así, cuando hay bajas, lo que rara vez acontece, puede asegurarse que cada una de dichas bajas le ha costado al adversario mas de diez mil tiros de fusil con mas de mil disparos de cañon, y sin embargo, en la batalla es donde mas se economiza la pólvora, porque despues de la accion es cuando empieza el gran consumo, por los innumerables cohetes y cañonazos con que cada uno de los partidos celebra la victoria de sus armas respectivas. Cuando hay un pronunciamiento, cosa que en toda ciudad de alguna importancia ocurre dos veces al mes, lo primero que hacen los partidos belijerantes es subirse á las torres de las iglesias, y desde allí hacen fuego en todas direcciones; de modo que á los dos ó tres dias de tan repetidas descargas, los unos se declaran vencidos por el cansancio y los otros vencedores por la resistencia, sin que entre los combatientes haya un solo muerto ó herido, pues cuando mas han pagado el pato algunos aguadores ó sirvientes que, al transitar por las calles, recibieron el poco agradable saludo de las balas perdidas.

—¡Qué furor de tiroteo! esclamó D. Segundo.

—No lo sabe usted bien, añadió D. Crisanto; allí, como llevo dicho, la pólvora es mas necesaria que el pan, y agregaré que en la guerra es en lo que menos se consume el espresado artículo. Hay en cada pueblo de la República lo menos cien festividades religiosas al año, y todas ellas se celebran con

fuegos artificiales desde antes de amanecer hasta despues de media noche; pero no crean ustedes que estos fuegos consistan en una friolera, pues la iglesia por un lado, la corporacion municipal por otro y cada uno de los particulares por el suyo, estan como á porfia mientras dura el dia de la fiesta viendo quien puede soltar mas cohetes, disparar mas armas ó quemar mas árboles pirotécnicos, lo que hace que en cualquier aldea mejicana se gaste anualmente mas pólvora, solo en salvas religiosas, que en toda la célebre guerra europea llamada de los treinta años.

—¡Qué atrocidad! dijo el doctor Jalapa; pues ese pobre pais debe estar empeñado sin mas que por hacer de la pólvora un uso tan desmedido.

—¿Qué duda tiene? contestó D. Crisanto; ese pais, que sin disputa es el mas hermoso y fértil de la tierra, seria tambien el mas rico si no se hubiera inventado la pólvora; pero es imposible que prospere mientras no se establezca una prudente economía en el consumo de dicho artículo. El baron de Humbolt ha calculado que de toda la plata que circula en el universo, las nueve décimas partes han salido de las minas de Guanajuato, que es uno de los Estados de la República mejicana. Pues bien, á este dato estadístico me atrevo yo á añadir otro, y es que el gasto de la pólvora que se consume anualmente en todo el pais asciende al doble de la plata que producen las minas de Guanajuato: y de esta verdad deduzco la consecuencia de que los mejicanos serian felices el dia que dejasen de jugar á los soldados.

Todo eso que cuenta V. es divertido, dijo D. Segundo, pero lo que yo mas deseo es oir las aventuras de su viaje.

—Llegué, pues, á Jalapa, contestó el filósofo.

—Mi tocaya, interrumpió el doctor.

—En efecto, y de allí salieron los polvos que nos han traido tantos lodos, replicó D. Crisanto; llegué, como digo á Jalapa muy tarde, pues serian las once de la noche, cuando ménos, y salí dos horas despues para Puebla, es decir, que solo me detuve dos horas en la Posada de la ciudad, sin embargo de lo cual, y de no haber hecho allí el menor gasto, me cobra-

ron el hospedaje y manutencion de dos dias completos, llevándome un peso diario por la habitacion y á razon de dos pesos diarios por la comida; total seis pesos.

—¡Que escándalo! esclamó D. Segundo; ¿pues quién tiene derecho á hacerle pagar á uno lo que no ha comido ni disfrutado?

—Eso mismo decia yo, contestó D. Crisanto, pero me arguyeron con la fuerza de la costumbre, añadiendo que si hubiera permanecido en la casa solo ciento veinte segundos, con tal que llegase un minuto antes de media noche y saliese un minuto despues, lo mismo me habrian obligado á pagar el hospedaje y asistencia de dos dias completos. Pedí, pues, la cuenta, en la cual figuraban dos dias de habitacion, de los cuales uno le habia pasado en la diligencia y otro en ninguna parte, porque aun estaba distante la salida del sol, dos chocolates con pan y manteca, que el diablo me lleve si yo los tomé con tostada ni sin tostada, dos almuerzos y dos comidas, que aunque solo hubieran contenido rejalgar no me habrian hecho mas daño que los chocolates, y no habiendo apelacion, tuve que aflojar alli la mosca con tan buena voluntad como si me la hubiesen exigido poniéndome al pecho un trabuco.

—Pero, hombre, dijo D. Segundo, ¿y que nombre dan á eso en aquella tierra?

—En el diccionario de nuestra lengua eso tiene su nombre, contestó D. Crisanto; pero allí se le llama *negocio*; asi es que el dueño de la posada está poderoso y respetado, como lo están otros muchos especuladores del mismo jaez que, habiendo entrado en aquel pais sin camisa, se encuentran hoy millonarios, y permanecen allí ó se vuelven á Europa, gozando de todas las condiciones debidas á hombres que han hecho tan legales como buenos negocios. Yo pagué con tanta mas razon cuanto que, segun me dijeron, en saliendo de la tierra caliente corria el peligro de ser robado á cada cuarto de legua, y en efecto, desde Jalapa á Puebla nos salieron los ladrones ocho veces. Lo mismo sucedió desde esta última ciudad á Méjico; de modo que cuando llegamos á la capital de la República íbamos todos en calzoncillos, cosa que ya no llamó á nadie la

atencion por estar acostumbrada la jente á ver lo mismo casi todos los dias. Por fortuna encontré pronto una colocacion en las referidas minas de Guanajuato, donde yo, en mi calidad de injeniero, podia prestar buenos oficios, y efectivamente, aunque no logré jamas poner en productos ninguno de los terrenos confiados á mi direccion, como me daban buen sueldo, pude ahorrar en cuatro ó cinco meses lo bastante para regresar á Europa, que era toda mi ambicion. Pero cuando estaba ya en los preparativos de viaje, se me sublevaron los trabajadores obligándome á capitanearlos, y me vi envuelto, contra toda mi voluntad, en las eternas contiendas políticas de aquel país.

—¿Conque tambien ha hecho V. el héroe por fuerza? esclamó D. Segundo soltando la carcajada.

—Todo eso me reservaba la suerte, dijo D. Crisanto. Vean ustedes, yo que en mi vida las habia visto mas gordas, encontrarme convertido de pronto en guerrillero! Y no hubo remedio mas que ponerse al frente de los insurjentes ó ser descuartizado por ellos. Desgraciadamente, á los pocos dias de tener un puesto que no habia pretendido, recibimos la desagradable noticia de que se acercaba á combatirnos la division del jeneral Rodrigo de Trastamara, hombre que, segun buenos informes, brillaba tanto por su valor como por su pericia militar, siendo ademas muy temible porque nunca daba cuartel al enemigo. Teníasele tambien en gran estima por pertenecer al partido llamado de las garantías y del órden, razon por la cual el gobierno le confió inmediatamente la mision de combatirme á mí, que por una triste fatalidad vine á ser el representante de la anarquía. Francamente, al saber que tenia que habérmelas con un tan acreditado como inexorable caudillo, se me encresparon los cabellos; pero haciendo de la necesidad virtud y animado por mis soldados, que á gritos desaforados pedian el combate, salí al encuentro del enemigo á quien descubrí sobre unas lomas que distarian poco mas de dos leguas. Al momento mis soldados rompieron el fuego mas horroroso que pueden ustedes figurarse, y lo mismo hicieron los enemigos, disparándose por una y otra parte mas de doscientos mil tiros

de fusil y sobre veinte mil cañonazos, de los cuales, por la enorme distancia que habia entre los dos ejércitos, no resultó ningun muerto, herido ni contuso. Pero de pronto el enemigo hizo un rápido movimiento, que segun todas las indicaciones era de retirada, visto lo cual, y creyendo mis soldados que se les tendia una red, se me desbandaron huyendo en todas direcciones. Calculen ustedes cual seria mi coraje al verme abandonado de los mismos hombres que me habian obligado á ponerme al frente de la revolucion. Pero mejor será proseguir la relacion de los sucesos. El enemigo, que efectivamente se habia ya pronunciado en derrota, viendo mi gente desbandada, se rehizo y continuó avanzando sin dejar de hacer descargas de fusil y de cañon, aunque ya no habia razon ni pretesto para quemar pólvora, pues todo el campo se hallaba libre de insurjentes. Yo, que me felicitaba en parte del resultado de la campaña para quedarme libre y emprender mi viaje de regreso á Europa, me adelanté pidiendo cuartel, resuelto á declarar lo que habia pasado al insigne general Trastamara y no dudando obtener una completa amnistía; pero señores, al ver á dicho general me quedé sin gota de sangre en las venas; no sé como no me caí muerto de repente.

—Pues qué, ¿tan terrible era la cara del invencible Trastamara? preguntaron todos los oyentes.

—No era eso lo que me desconcertó, ni fué la idea del peligro la que me produjo el vértigo, continuó D. Crisanto, sino la sorpresa de reconocer en el hombre que se escondia bajo el pseudónimo de Rodrigo Trastamara, y que tan pronto se habia hecho general mejicano, ¿á qüien dirán ustedes?

Nadie supo contestar á esta pregunta, porque tambien era imposible aproximarse á la verdad.

—Pues, señores, dijo D. Crisanto, el insigne personaje trasformado en general mejicano y conocido con el nombre retumbante de D. Rodrigo Trastamara, era nada menos que nuestro antiguo conocido el pícaro de Jorje Luis!!

Durante diez minutos, todos los que recibieron la noticia de ésta metamórfosis quedaron á su vez convertidos en Papamoscas, y el caso no era para menos. D. Crisanto prosiguió:

—Al momento me reconoció el afamado general, y para darme una prueba de que solo habia cambiado en el nombre, me hizo poner en capilla mandando que se me fusilase al dia siguiente.

—¡Que dolor! esclamó Petra; ¿conque me he quedado viuda?

—No, muger, se apresuró á contestar el filósofo; ¿no ves que al fin no se cumplió la órden del improvisado general?

—Pues fué milagro que semejante monstruo se ablandara, dijo D. Segundo.

—Lo que es por él ya estaria yo en la eternidad, continuó D. Crisanto; pero durante la noche se me presentó en la capilla una cantinera llamada Mercedes, la cual en medio de mil citas estrambóticas, me dijo que habia sido mi niñera, y con este motivo me esplicó algunas cosas bien estrañas acerca de mi nacimiento y el de Jorge Luis, sobre lo cual me permitirán ustedes que guarde perpetuo y absoluto silencio.

Tanto D. Segundo como el doctor Jalapa, recordaron que la primera niñera que tomó en Cartajena la muger del avaro se llamaba Mercedes y tenia una singular aficion á las citas estravagantes, pero considerando al filósofo como hijo de italianos, convinieron en que no debia ser la misma, por mas que les chocase la coincidencia.

—La pobre mujer prosiguió D. Crisanto, dijo que tenia medio de salvarme, y en efecto, á eso de la media noche fuè á verme con algunos soldados que habia podido sobornar y me sacó de la prision, donde dejamos bien atados á los centinelas que me guardaban. En seguida me hizo montar en un buen caballo, montó ella misma en otro que llevaba á prevencion y echamos á correr en direccion del Estado de Tamaulipas, con el objeto de embarcarnos en el puerto de Tampico, pues aunque mi compañera me proponia buen partido el dirijirnos á Honduras donde á la sazon habia buenos negocios, yo preferí volverme á Europa, diciendo que salia muy escarmentado de Méjico para que me quedasen ganas de meterme en Honduras. Antes de amanecer habiamos andado doce ó catorce leguas, para lo cual no me sirvió de poco el haber ya viajado en posta, pues sin eso no hubiera podido resistir las penalidades que á mi fuga eran consiguientes.

—¡Que felicidad! esclamaron los oyentes. Esa muger mereceria una digna recompensa.

—Y no supo decir esa señora Mercedes como se habia compuesto el tuno de Jorge Luis para engañar á los mejicanos preguntó D. Segundo.

—Perfectamente, contestó D. Crisanto. Al dia siguiente de aquel en que llegamos á Tampico encontramos pasage en una fragata francesa, y nos dimos á la vela con direccion á Burdeos. Luego que estuvimos á bordo, la hice algunas preguntas acerca de lo que ustedes desean saber, y ella me contestó diciendo: "Caballero; ese hombre de quien me habla V. es mas malo que Pitágoras: yo le amaba tanto que he corrido el mundo buscándole durante mas de veinte años; pero al encontrarle y decirle todo lo que por él he pasado, ha tenido la insolencia de insultarme, no dándome otra consideracion que la de hacerme servir de cantinera en su ejército. Ahora, para esplicarle á V. de que modo ha llegado ese bribon á ceñir una faja, como si realmente fuese un Séneca, le diré que todas las desgracias de Méjico provienen de los infinitos aventureros que, huyendo de los presidios de otras tierras, se refugian alli. Estos caballeros de industria empiezan por darse nombres altisonantes y títulos que jamás han tenido. El uno que en España solo habia sido sargento bajo el modesto nombre de Venancio Barriles, empieza por llamarse en Méjico D. Alfonso de Roncesvalles, baron del valle del Sacramento, y supone haber sido en Europa comandante de zapadores, con lo cual le dan en seguida el grado de coronel cuando menos: el otro que ha sido efectivamente oficial, aunque no de mucha graduacion, y que se ha escapado de su patria huyendo de alguna causa criminal, se aumenta un par de grados y algun apellido ilustre, merced á lo cual se le ve figurar á los pocos dias en la lista de los generales. En cuanto á ese pícaro de Jorge Luis, parece que desde que puso el pié en el territorio de la República se dió el nombre y apellido de dos célebres pontífices."

—No creo yo que haya jamas habido pontífices que se llamen Rodrigos ni Trastamaras, interrumpió D. Segundo.

—Ya saben ustedes que la historiadora trabucaba todas las

citas, continuó D. Crisanto; y asi, en lugar de decir que los Rodrigos y Trastamaras eran el nombre y apellido de reyes españoles, dijo que eran los nombres de dos Papas, como si se la hubiera ocurrido graduarles de emperadores romanos. El hecho es que la buena muger prosiguió así sus interesantes noticias: "Se dió el nombre y apellido de dos célebres pontífices y supuso haber servido de capitan en el ejército carlista, por lo cual al momento le hicieron comandante. A poco tiempo hubo una revolucion y, segun me han dicho, el nuevo Trastamara huyó luego que vió al enemigo, tanto que su mismo general, creyéndole difunto, decia en su parte al Presidente de la República.—"Yo tambien, Ecxmo Señor, he tenido algunos muertos, entre ellos figura por desgracia el valiente comandante D. Rodrigo de Trastamara, y lo que aumenta mi dolor es no haber podido hallar su cadáver entre los muchos que han quedado en el campo donde tuvo lugar la batalla"—Este parte llegó á la capital al mismo tiempo que el supuesto difunto, el cual cuando tuvo noticia de su muerte y del triunfo de los suyos, se apresuró á resucitar; pero se pegó el mismo un garrotazo en una espinilla para hacerse una buena contusion, y luego que se metió en la cama hizo pasar un recado al ministro de la Guerra diciendo que habia caido prisionero despues de recibir en una pierna el tremendo golpe de un casco de metralla, pero que habiendo logrado escaparse, tenia el gusto de participarlo al gobierno, á quien ofrecia de nuevo su espada para castigar á los enemigos del reposo público tan pronto como se hallara en disposicion de montar á caballo.

—Por de contado, dijo D. Segundo, esa bola no pasaria.

—¿Pues no habia de pasar? contestó D. Crisanto. Las bolas tienen el privilegio de rodar en todas partes, pero en ninguna tanto como en Méjico, donde en punto á las armas y á la política parece que se ha hecho por todos el propósito de no decir una sola verdad. Pero oiga V. la relacion de doña Mercedes que continuó de este modo: "¿Lo querrá V. creer, caballero? Pues por los mencionados embustes le hicieron coronel, dándole á los quince dias el mando de una brigada para ir á reducir al órden al pueblo de Xochimilco que acababa de pronun-

ciarse en sentido socialista. Los periódicos de Méjico al hablar del asunto, decian: "El pueblo de Xochimilco acaba de levantar el negro estandarte de la guerra civil; pero esperamos que antes de pocos dias habrá vuelto á la obediencia que debe á las leyes y al gobierno. Baste decir que al frente del ejército que ha de combatir á los insurgentes va el bizarro coronel D. Rodrigo de Trastamara."—En efecto, el supuesto D. Rodrigo, queriendo esta vez acreditar su valor, tuvo la resolucion de acercarse á Xochimilco, de donde ya habian huido todos los que hicieron armas contra el gobierno, no quedando por lo tanto en la poblacion mas gente que las mugeres, los niños y los ancianos. El primer aviso del sitiador fué una andanada de cañonazos que hizo temblar á la inerme poblacion, donde los proyectiles hicieron mas estragos que los navios de los ingleses en Sagunto, y como era natural, nadie contestó á tan horripilantes descargas. El general Trastamara, viendo que no replicaban los de adentro, continuó su bombardeo durante tres ó cuatro horas con un encarnizamiento espantoso. En vista de esto, el cura y dos ó tres personas mas se decidieron á salir enarbolando bandera blanca, y luego que el general Trastamara supo por los parlamentarios que no habia dentro del pueblo ni un solo insurgente, "Pues esta es la mia" dijo, y mandó repetir el fuego hasta que se le acabaron las municiones, despues de lo cual y de haber destruido una poblacion indefensa, volvió á Méjico rodeado de un inmenso prestigio á recibir el premio de sus inmortales hazañas, y no debió quedar descontento, pues en seguida lo elevaron al alto puesto de general de division. ¿No le parece á V. que seria este muy lindo asunto para una trajedia?

—Mejor lo seria para un poema épico, interrumpió D. Segundo, y mi amigo el pródigo poeta D. José Gilberto se luciria en ese asunto, porque á tal Aquiles tal Homero.

—Aqui acabó lo mas interesante de la historia, continuó D. Crisanto, de la cual se deduce que el pécora de Jorge Luis ha encontrado el teatro donde puede figurar dignamente. Por lo demas, mi viaje de vuelta no ha ofrecido nada de particular, sino el haber tenido bastante mala navegacion; pero el capitan, aunque era un farsante, pues siempre que habia tormenta se

ponia unos calzones colorados que se habia hecho, segun él decia, para pasar el Cabo de Hornos......

—¡El mismo! ¡que casualidad! esclamó D. Segundo ¡ya le conozco! ¡Seria M. de Regnault!

—Asi se llamaba en efecto, dijo D. Crisanto, ¿pero de que le conoce V?

—De que hace mas de veinte años me trasladé á las costas de Italia, desde Cartajena, en un buque mandado por ese mismo sujeto.

Este recuerdo afectó algo al pobre Marchena que recordó el motivo del viaje de D. Segundo, el cual trató de remediar el daño variando de conversacion. A poco rato se disolvió la tertulia, quedando todos citados para el dia siguiente y D. Crisanto comprometido á continuar la historia de D . Mercedes la de los despropósitos, hasta decir cual habia sido el paradero de aquella desgraciada: El doctor Jalapa prometió no faltar á la cita porque habia tomado aficion á las cosas que referia el filósofo, y D. Andres Marchena tambien aseguró que asistìria con tanta mas puntualidad cuanto que en su concepto ya no debia D. Segundo dilatar un dia mas su boda con Encarnacion y esperaba obtener el necesario consentimiento paternal en la próxima entrevista, lo que demuestra que en este mundo cada cual vá á su negocio y nadie se olvida de aquello que le tiene cuenta.

CAPITULO DE CULPAS,

O CONCLUSION.

Por mas que hizo el bueno de Marchena, no pudo dormir en toda la noche, y así, mas quemado que Faetonte ó que un arriero manchego cuando se le atolla la recua, se levantó muy temprano decidido á salir en aquel mismo dia de una situacion embarazosa, para entrar en otra mayor si era posible. Pensó hasta en renunciar á cuanto poseia, si tanto era necesario para obtener la mano de Encarnacion, y por el sacrificio que estaba dispuesto á hacer para lograr una sola mano de su amada, puede calcularse lo que haria para conseguir las dos. Capaz hubiera sido el hombre de desafiar á un toro salamanquino, de leer todas las poesías del eminente poeta D. José Gilberto, ó de dormir sin mosquitero quince dias en las poblaciones tropicales, que son los tres actos mas estraordinarios que puedan darse para poner á prueba el heroismo de un hombre. Verdad es que Marchena era valiente, como lo demostró en repetidas camorras, en frecuentes desafíos, y sobre todo, en el empeño que tenia de casarse, si bien esta última muestra de arrojo temerario podia esplicarse por la inesperiencia. Lo cierto es que el hombre, cansado de tanto sufrir, se levantó temprano y se fué á ver á D. Segundo antes de almorzar, hora en que creia encontrarle solo, en lo cual no se llevó chasco; pero no habia hecho mas que saludar á su futuro suegro, cuando se apareció el doctor Jalapa muy aflijido diciendo que salia en aquel mo-

mento del hospital, donde habia presenciado una escena desgarradora.

—Lástima es que no te haya desgarrado el pellejo, dijo para sí Marchena, muy enojado con el hombre que tan inoportunamente habia llegado á interrumpir su interesante tarea.

—¿Pues qué ha sido eso? preguntó D. Segundo.

—Ya recordarán ustedes, continuó el doctor, que ese pobre Tomás Figueroa, por consecuencia de las estrambóticas declaraciones que prestó en la causa que se le seguia con motivo del asesinato de D. Judas, fué declarado loco, y encerrado en el hospital.

—Sí, lo recuerdo muy bien, dijo D. Segundo; y el caso bastaba para justificar á los magistrados, porque siendo como era el asunto tan grave, no fué posible arrancar al procesado una respuesta formal. Cuando le preguntaban su nombre, con taba diferentes anécdotas de su infancia; cuando le requerian para que dijese si conocia al difunto y si confesaba haberle dado los golpes que le ocasionaron la muerte, referia la historia de sus amores con la pobre Socorro, la cual, no pudiendo sobrevivir á tantas desgracias, ha muerto en el mayor desamparo.

—Pues bien, repuso el doctor, nada de eso era síntoma de enageuacion mental, sino estravagancias propias del carácter del acusado, que, como saben ustedes, tuvo toda su vida el vicio de no contestar acorde á ninguna pregunta, y sin embargo, todo el mundo aprobó la sentencia en que los tribunales le declararon demente. Ahora bien: el buen hombre ha vivido algun tiempo resignado en el hospital, cuando esta mañana muy temprano vió entrar allí una muger andrajosa, escuálida, en el mas lamentable estado de degradacion física y moral, y esta era su hija.

—¡Qué horror! dijo D. Segundo, estremeciéndose á la idea de que toda muger que por vicio ó abandono queda entregada á su propia suerte, puede tener el mismo paradero.

—El supuesto loco, añadió el doctor Jalapa, empezó á dar gritos diciendo que aquella era su hija y que le permitiesen hablar con ella un momento, lo que le fué concedido al ins-

tante, y entonces el infeliz hizo tales estremos de amor paternal que conmovió á todos los que lo presenciaron. Laura, por su parte, lloraba como un niño, confesando sus faltas de que se mostraba muy arrepentida, y para probar que en medio de todo jamás habia dejado de ser buena hija, refirió varas cosas que ignoraba su padre. Por ejemplo, le recordó el palacio encantado en donde fué tan bien asistido y tratado la otra vez que salió de la cárcel, diciendo que aquel palacio era su propia casa, y por último declaró que todas las sumas de dinero que su padre habia estado recibiendo bajo diferentes pretestos, ella misma era quien se las proporcionaba. Tan pronto como oyó esto el honrado Figueroa, dió un furioso empellon á la desgraciada diciendo;

—¡Eso solo te faltaba infame! ¿Con que has estado pensionando á tu padre, que tanto te queria, con el salario de la prostitucion?

Detúvose aqui para tomar aliento el doctor, visiblemente afectado, y despues continuó:

—Muchas otras cosas dijo el pobre cerrajero, pero por parecerme demasiado duras en boca de un padre no quiero repetirlas, si bien todo lo que pudiera ya decir aquel hombre carecia de significacion, porque estaba verdaderamente loco. Al momento le sugetaron para evitar una desgracia, hicieron retirar á su hija, que por el estado en que se encuentra no vivirá ocho dias, y yo, con el corazon oprimido, salí de aquella casa decidido á referir la tristísima escena que he presenciado á cuantos han tomado en este mundo algun interés por el buen Figueroa.

D. Segundo, profundamente aflijido, esclamó:

—¡Vean ustedes cuantos males ha ocasionado el estravio de una muger, que solo hubiera derramado bienes siendo una honrada madre de familia! Estoy cada vez mas convencido de que el destino de toda muger es el matrimonio.

—Eso mismo digo yo, replicó Marchena.

Y aprovechando tan precioso momento, trataba de sacar partido de la ocurrenciá en pró de su tema favorito, cuando se presentó D. Crisanto muy contento diciendo que llevaba una escelente noticia.

—¡Vive Dios! esclamó para si Marchena, los unos porque traen malas nuevas, los otros porque las tren alegres, parece que todos se han conjurado para interrumpirme cuando mas necesidad tengo de resolver la cuestion que tanto me interesa.

—¿Pues que hay de bueno? preguntó D. Segundo.

—¡Qué ya somos ricos! contestó el filósofo bailando de contento; ¡ya somos poderosos! ya puedo recompensarle á V. de lo mucho que le habia hecho gastar en esplotaciones de minas imaginarias, pues acabo de descubrir un filon, tanto mas precioso, cuanto que tiene el oro acuñado en moneda de buena ley.

—¿Qué quiere decir eso? preguntó D. Segundo con asombro.

—Que he tenido la suerte de hallar un tesoro, dijo D. Crisanto.

—¡Un tesoro! replicó el primero, y ¿donde?

—Si señor, añadió el filósofo cada vez mas contento; ¡un tesoro escondido debajo de la tierra, en el Cerro de San Blas!

Todos comprenderán que este dinero era el que habia escondido el avaro.

Alegróse mucho D. Segundo del descubrimiento, manifestando, sin embargo, no tener él ningun derecho á participar del tesoro; pero D. Crisanto le hizo ver lo contrario diciendo que él habia hecho gastar á su protector grandes capitales, ofreciendo en cambio ponerle en posesion de todo lo que encontrara en sus escavaciones, y por fin, tales cosas le dijo que le obligó á aceptar la mitad del hallazgo.

—Pues hombre, añadió Marchena, ya no habrá motivo para retardar mi boda con Encarnacion.

—No, amigo mio, dijo D. Segundo, y aunque no se hubiera encontrado el tesoro diría lo mismo, ¡pues basta la triste historia que nos ha referido el doctor, para que yo me decidiese á casar á mi hija cuanto antes. Ahora mismo, en almorzando, vamos á dar los primeros pasos en la vicaria.

El novio creyó perder el juicio de contento al oir estas palabras, y aquel fué para todos un dia de regocijo, no dejando Marchena de pensar en aquel adagio que dice: "no hay mal

que por bien no venga," pues efectivamente, los mismos que habian ido á interrumpirle cuando trataba de presentar á su futuro suegro el *ultimatum*, fueron los que, sin saberlo, contribuyeron poderosamente á la realizacion de sus deseos. Hiciéronse, pues, las diligencias de costumbre, celebráronse las amonestaciones, y en la víspera del dia señalado para la boda decidieron todos ir al teatro, á fin de preparar agradablemente los ánimos para entrar en la luna de arrope, que no todas son de miel. Solo hubo divergencia en los gustos. D. Gumersindo, colocado ya en la casa que habia reaparecido bajo la razon social de Calleja, Salina y compañía, como era tan aficionado á las originales producciones de D. Antonio Gil y Zárate, y supo que aquella noche debia ponerse en escena *Cárlos II el Hechizado*, no quiso privarse de la satisfaccion de ver por la centésima vez este gracioso y cachigordito drama. El teatro del Principe, donde tuvo lugar la representacion, estaba muy concurrido y la gente aplaudia con entusiasmo aquellos pindáricos versos en que, esplicándose como pudo encerrarse tanta maldad en un poco de soconusco, añaden los interlocutores con una candidez digna de mejor suerte:

¿Qué habria en él?—Cuerpo muerto.
—De algun ahorcado sería;
que esos malos hechiceros
buscan siempre ajusticiados.
—Ya sus miembros entregados
estaban á buitres fieros;

Pero sobre todo, al llegar la tirada de quintillas á puerta cerrada, que tan indispensable se ha hecho en esta clase de producciones, y al decir Florencio aquello de:

Ven, querida Ines y *pon*
Tu mano en mi corazon.
¿Ves cual late enamorado?
Pues de *hacerlo* no ha dejado
Por tí en tan larga prision;

Fué tal la ternura con que el actor recitó estos galanos con-

ceptos de entre semana, ó de entremes, que resonó en todo el teatro el grito masculino de uno á quien acaba de dar un patatús, y este hombre tan naturalmente afectado con la poesia del drama era el impresionable D. Gumersindo, porque no podia ser otro.

Entretanto D. Segundo, y Encarnacion, D. Crisanto y Petra, el compadre Marchena y el Dr. Jalapa, se fueron al Circo, que á la sazon estaba esclusivamente consagrado á la ópera italiana, y prefirieron la funcion lírica, no solo porque es mas elegante asistir á la ópera que al teatro de verso, como es mas honorífico, segun dicen, el comer ostras crudas que pavo relleno, sino por que acababa de llegar una flamante compañía de primo-hermano-cartelo, y todos querian juzgar por sus própias orejas del mérito de las nuevas gargantas.

Justamente al entrar en el teatro del Circo, que aun no estaba iluminado, hubo de chocar Marchena con un caballero, y poco faltó para que con tal motivo se aguara la funcion, pues el desconocido, que recibió un garrotazo en la mollera, resultó ser el bajo profundo de la compañía. Otro caballero que al parecer iba con el gran bajo, viendo caer á este cuan largo era, empezó á gritar diciendo:

—¡Ah! ¡Qué horror! ¡Qué irreparable pérdida para la humanidad! ¡Han herido al hombre mas grande de la Italia! ¡Favor para el primer talento de nuestro siglo!

Al oir esto, acudió mucha gente á favorecer al herido de quien su compañero hacía tan desmedidos elogios y le hallaron privado de sentido; pero á poco rato volvió en sí, se incorporó, y no encontrando á su amigo en la confusion de tanta gente como le rodeaba, esclamó con voz mal encendida, ó punto menos que apagada:

—Id á decir á mi suegro, que muero con el sentimiento de no haber vocalizado lo suficiente para vivir en la posteridad.

Por esta estemporánea parodia de las palabras que al tiempo de morir pronunció el general Dessaix en los campos de Marengo, habrán comprendido mis lectores que el bajo profundo era el famoso D. Temístocles Guirlache y el compañero su suegro, el marques de Testaferrata, personages que ya figu-

raron en el principio de esta historia. D. Segundo les conoció al instante y D. Crisanto tambien, por lo cual se apresuraron á saludarles y favorecer al herido que afortunadamente solo habia recibido una ligera contusion, por mas que él hubiese querido darle una importancia que no tenia, y habiéndose reconocido los unos y los otros......¡ay! la pluma se me cae de las manos al referir lo que sucedió. ¿Han visto ustedes los estremos de una madre para los hijos que creia perdidos, ó de los amantes que habian renunciado á la esperanza de volverse á ver en este mundo? Pues asi D. Temístocles y el Marques se avalanzaron á D. Segundo y D. Crisanto dándoles cien besos en cada carrillo. La gente comenzo á silbar viendo una cosa tan chocante y grotesca, mientras D. Crisanto y D. Segundo, avergonzados del triste papel que representaban á los ojos del público sensato, decian, procurando desasirse de los italianos:

—¡Basta ya! ¡ea, gracias! ¡no hay para tanto!

¡Que si quieres! El bajo profundo y su digno suegro, despues de un momento de descanso, volvieron á la carga con mayores brios, hasta que pusieron los carrillos de sus víctimas tan rojizos y abultados como si les hubieran aplicado una docenita de ventosas. Cuando cesaron las caricias, empezaron las esplicaciones, y entonces supo D. Segundo que D. Crisanto era hijo de D. Temístocles; pero por poco tiempo lo supo, pues el bajo profundo que ya estaba bien informado de la historia, reveló el *quid pro quo* de Cartajena, descubriendo que D. Crisanto era hijo de Benito, por cuya razon opinó que no debia llevar mas el apellido Guirlache.

—¿Pues á quien podria V. dar mejor su nombre de familia que á este gran filósofo? dijo D. Segundo.

—*Al mas digno*, contestó D. Temístocles con la prosopopeya con que debió Alejandro Magno pronunciar las mismas palabras, cuando le preguntaron que á quien dejaria por heredero del imperio con tanta gloria conquistado.

Mucho se alegró D. Segundo de descubrir que D. Crisanto era su sobrino, y éste manifestó entonces que ya él lo sabia todo por Mercedes, por lo cual todos le apreciaron mas que antes adivinando el sentimiento generoso que le habia

movido á ocultar su orígen. Sin embargo, el filósofo se dió por resentido de que no le creyeran digno de llevar el apellido Guirlache, y para vengarse hizo saber á D. Temístocles quien era su hijo, el pícaro de Jorge Luis, y como este bribon despues de recorrer varias cárceles y presidios de Europa quedaba en Méjico hecho un farsante, siendo seguro que no habia de tener buen paradero. Esto despertó algun interés en D. Temístocles y en su suegro, que se apresuraron á preguntar si el digno heredero de sus nombres esclarecidos tenia buena voz.

—Como una carracas, dijo D. Crisanto; solo una vez le oí tararear una cancion y me desgarró los oidos.

—¡Qué deshonra! esclamó el marqués; ¡un heredero de los Testaferratas y de los Guirlaches, tener mala voz! ¡Yo no quiero ser abuelo de ese hombre!

—Yo no veo en él mas que un enemigo, dijo D. Temístocles, repudiando á su hijo porque no sabia cantar, y profiriendo dichas palabras con el mismo acento y actitud con que debió pronunciarlas Ricardo corazon de Leon hablando del infiel Saladino.

A todo esto el público respetable, que ya llenaba las localidades del teatro, empezó á dar señales de impaciencia, y tanto el marqués como su yerno se despidieron de D. Segundo y de las personas que le acompañaban, para irse los unos á cumplir con su deber y los otros al palco donde esperaban pasar un rato muy agradable. No se equivocaron los últimos, pues la funcion de aquella noche hizo época en los fastos de las ovaciones negativas. Cantó el tenor que mereció ser aplaudido, pero en seguida salió la *prima donna*, y apenas abrió la boca cuando cayó sobre la infeliz una lluvia tal de gritos, silvidos y carcajadas que no habia mas que pedir. Llególe su vez á D. Temístocles, que no comenzó del todo mal; pero cuando se iba entusiasmando un poco soltó un gallo mas grande que un avestruz, y desde entónces ya se hizo imposible restablecer el órden. La grita fué horrorosa; el telon cayó para no levantarse mas y el teatro, donde habian resonado todas las burlas imaginables, quedó en cinco minutos reducido al pavoroso silencio

de la soledad. D. Segundo y D. Crisanto, antes de retirarse, fueron á despedirse de los cantantes desolados, y encontraron al marques de Testaferrata profundamente aflijido por el mal recibimiento que Madrid habia hecho, segun decia él, al primer talento, al hombre mas importante del siglo diez y nueve. Por lo que hace á D. Temístocles, diré que estaba furioso, mirando con altanero desden á todo el mundo y sin dignarse contestar una palabra ni á las preguntas ni á los saludos que se le dirijian.

—Y bien, hijo mio, le dijo por último el marqués de Testaferrata; consuélate, porque al fin y al cabo hemos recuperado nuestra fortuna y no necesitamos del favor público para vivir. Tú solo te habias contratado para hacer gozar al mundo del privilegio que la naturaleza concedió á tu garganta. Si el público es tan insensato que no ha sabido apreciar tu talento, condénale á la pena de no volver á oirte, y vámonos á nuestra casa de Venecia, donde yo no me cansaré de admirarte y de sostener que tú eres la única esperanza de la Italia. ¿No me respondes?

Miró entónces el bajo profundo de soslayo á su suegro, á D. Segundo y á otras personas que por alli andaban; cuadróse tomando una actitud trágica de las mas imponentes, apretó los puños como si sufriera las impresiones dolorosas de un accidente epiléptico, y ahuecando cuanto pudo su cavernosa voz de bajo subterráneo, pronunció estas horrorosas y célebres palabras del emperador Calígula:

—¡Oh! si toda la humanidad no tuviese mas que una sola cabeza, ¡con qué placer se la cortaria!

Por no cortársela á él, que era quien lo merecia, se retiró D. Segundo en compañia de D Crisanto, y reuniéndose con Petra, Encarnacion, el Dr. Jalapa y Marchena que les estaban esperando en el carruage, todos se largaron de la Plaza del Rey, muy disgustados de que hubiese tronado la ópera, pero muy contentos de perder de vista á los maricones que ponian los carrillos de los hombres honrados lo mismo que amapolas. Por lo demas, estos sucesos no produgeron consecuencias desagradables, pues aunque mas de cuatro decian que la música les hacia tanta falta como el comer, nadie se

murió por carecer de ópera, ni esto impidió que continuasen los preparativos para la boda del compadre Marchena.

Este ciudadano echó el resto para hacerse digno de Encarnacion; compró una hermosa casa que adornó con el mayor esmero. Hizo dorar los balaustres de los balcones y de la escalera como si fueran píldoras ó marcos para espejos; puso la puerta de la calle, de caoba, con unas aldabas preciosas que valian mas que la puerta, para poder agarrarse á buenas aldabas en caso necesario. Los muebles eran capaces de rivalizar con el mismo Crédito Mobiliario, y para que nada faltase tomó á su servicio á la pobre Mercedes que, á pesar de sus citas estrambóticas, tenia escelentes cualidades, y de seguro no hallaria para cuidar á Encarnacion otra, voy á decirlo en verso:

mas desprovista de hiel,
ni mas pura, ni mas sana,
ni mas lisa, ni mas llana,
ni mas noble, ni mas fiel.

Sin embargo, tenia el defecto de consultar á las cartas para leer en el porvenir; pero, ¿quién está exento en este mundo de alguna preocupacion? Ademas, la pobre dió palabra de corregirse, y no mediando intrigas diplomáticas ni intereses de familia, es de presumir que cumpliria lo prometido.

Una vez arreglado todo y llegado el dia convenido, se procedió á la ceremonia tanto tiempo esperada por el compadre Marchena, siendo infinito el número de personas que acudieron á ella, ya como testigos, ya por la curiosidad de ver á una jóven tan simpática unirse á un hombre tan cargante. Allí estaba el Dr. Jalapa, que era el médico de la familia y que habia cobrado fama de buen facultativo desde que rompió con la antigua farmacopéa. Tambien estaba allí D. Gumersindo, algo restablecido de las palpitaciones que le causó la representacion última de *Carlos II el Hechizado*, y el buen cajero lloraba de gozo al contemplar la nueva era de felicidad que se abria para la familia de D. Segundo. Allí estaba Mercedes dando prudentes consejos á Encarnacion para que su

matrimonio fuese lo mas venturoso posible; y finalmente, alli estaba Cristobal bailando de satisfaccion aquel dia, no tanto porque su sobrina se casaba, cuanto por haber encontrado su lindo Pimpollo, al cual miraba como el rey de los perros, y por esto podrán ustedes calcular la idea que tendria de los vasallos. Cuando todo estuvo listo, el señor cura hizo á Encarnacion la pregunta acostumbrada de si estaba dispuesta á recibir por esposo á D. Andres Salinas de Marchena, y como ella respondiese que sí, el buen señor cura examinando detenidamente la cara del novio, no pudo menos de decir á la novia:

—Mírelo V. bien.

La jóven insistió con heróica tenacidad en la afirmativa, cosa que obligó á decir á Mercedes:

—¡Oh! mi amable señorita está mas enamorada que Matusalen.

Nada mas de particular ofreció la ceremonia, terminada la cual fué celebrada la boda de una manera espléndida, no faltando ni las cosabidas ostras para los convidados.

—Dios bendiga este matrimonio, decia Mercedes. Ojalá sean los nuevos esposos mas felices que Cleopatra y Pedro el Ermitaño. Asi lo deseo, y si el cielo les concede sucesion, yo procuraré conservarla con la maternal solicitud de un Guzman el Bueno.

En efecto, si el fin correspondió al principio, debió aquella union ser muy dichosa. Solo hubo un amago de golpe que hubiera podido turbar el regocijo de la fiesta, y fué que el fecundo poeta D. José Gilberto quiso celebrar la boda, dedicando á los novios un soberbio canto epitalámico; pero se tomaron las medidas mas eficaces para impedirlo á tiempo, y gracias á esta precaucion todo salió á pedir de boca, de lo cual, aunque nada nos importa, debemos felicitarnos. — He dicho.

FIN DE LA VIDA EN EL CHALECO.

Viaje al pais de Motezuma.

I.

Yo no puedo trabajar con el calor. Verdad es que lo mismo me sucede con el frio, de modo que, á pesar de mi buena voluntad, trabajo poco en todas partes, y nunca me faltan pretextos para la disculpa. Cuando estoy en un pais frio, me parece que no descansaria mi pluma si el clima fuera caliente, y al verme en los trópicos digo para mi sayo: «¡Ah! ¡con qué gusto escribiria yo diez pliegos diarios si estuviese en la Siberia!» De todo esto se deduce que yo seria feliz si se suprimieran tres cosas, á saber: el frio, el calor y el trabajo.

Sin embargo, con el calor no solo no puedo trabajar sino que apenas puedo vivir, y el que empezó á pronunciarse en la Habana en el mes de Mayo del año anterior fué de órdago, como dirian los aficionados al *mus*, entendiéndose por órdago un número infinito de amarracos, esplicacion tan clara que estoy seguro de que no se le hubiera ocurrido al mismo D. Hermógenes. Huyendo yo, pues, el año pasado de las bromas de Faetonte, que parece ser en estas tierras el mayoral del carro del sol, emprendí mi viaje á la República mejicana en compañía de mi amigo Landaluze, que, segun me dijo, no queria morirse sin conocer á los tlascaltecas.

¡Bien dijo el que dijo que á veces las cosas mas pequeñas son las que influyen mas en los destinos de los hombres! Casi habia yo desistido un dia, ó por mejor decir una noche, de la idea de atra-

a

vesar el golfo, cuando al levantarme fuí á ponerme una de las botas, y, ¡zas! sentí en el pié un dolor agudísimo, muy semejante al que produciria un punzon de ortigas. Descalcéme mas listo que Cardona, y, tratando de examinar la causa de tan cruel efecto, encontré dentro de la bota un enorme alacran que, no contento con picarme, tuvo la insolencia de escabullirse. Untéme con ajo la parte dolorida, que es el remedio mas acreditado para estos casos aquí donde tanto abundan los alacranes, si bien por fortuna no tienen bastante veneno para matar como en otros paises, y fuí á calzarme comenzando por el pié donde no habia recibido daño alguno; pero no hice mas que intentarlo, porque apenas aproximé la otra bota, cuando, ¡zis! un segundo rejonazo vino á probarme una verdad que yo tenia olvidada, y es la de que las hembras andan siempre cerca de los machos, olvido que me costó no poder poner los piés en la tierra, pero sí el grito en el cielo, durante mas de una hora. Pasó el dolor por fin, quedando vivo el recuerdo, y queriendo evitar la repeticion de impresiones tan desagradables, me fuí acto continuo á tomar el pasaje para Veracruz. Vean ustedes con cuanta verdad se atribuye á las mas pequeñas cosas una grande influencia en nuestros destinos. Pocos dias despues de estas ocurrencias salíamos de la bahía de la Habana, Landaluze y yo, el uno por el simple capricho de conocer á los tlascaltecas, y el otro por temor á los alacranes.

Ibamos á bordo del paquete inglés, vapor *Clyde*, con bastante buen tiempo para lo que teníamos derecho á esperar en vista del agua-cero que nos cayó al embarcarnos, y que mas propiamente debiera llamarse agua-infinito. La navegacion del primer dia fué inmejorable; ni siquiera el capitan se mareó. Los peligros debian empezar al siguiente, y la frecuencia con que dieron en echar la sonda demostró que no debíamos dormirnos en las pajas.—¿Pues qué ocurre? pregunté yo al oficial de la correspondencia que era el que me habia inspirado mas confianza.

—¡Oh! dijo el oficial, ahora es preciso caminar con cien ojos, porque vamos á entrar en los *Alacranes*.

Pueden ustedes calcular el efecto que me haria esta inesperada contestacion. Hablarme á mí de alacranes, despues de lo que me pasó con aquella parejita que tuvo el singular capricho de cobijarse en mis botas, era lo mismo que nombrar la soga en casa del ahorcado. Muchos debe haber, decia yo para mí, cuando tal nombre han puesto al sitio que vamos atravesando, y sin embargo, no

dejaba esto de chocarme, porque jamás habia oido hablar de alacranes acuáticos. Despues supe que llamaban *Los Alacranes* á un Banco de rocas que se encuentra al doblar la punta de Yucatan, y donde, segun parece, son muchísimos los buques que se han estrellado; pero esta misma noticia me tranquilizó, porque la idea del naufragio no me afiijia tanto como la de los alacranes que pican. Con todo, varias veces estuvimos para tropezar con aquellas endiabladas rocas, de las cuales algunas se hallan á flor de agua y otras se ocultan lo necesario para que solo el ojo práctico de los marinos pueda adivinar su existencia; pero por fortuna salimos sanos y salvos de los dichosos Alacranes, llegando felizmente á Veracruz al cuarto dia de navegacion.

Reinaba entonces en la Habana una epidemia de viruelas, con cuyo motivo nos obligaron á hacer cuarentena en Veracruz. *¿Quid faciendum?* El paquete habia de ir de todos modos á Tampico, y los viajeros continuamos á bordo dejándonos conducir á donde quisiera ir el paquete, con tanta mas razon cuanto que, segun nos dijeron, podriamos desembarcar en el último puerto á pesar de llevar el buque la patente sucia. Todavía no he podido comprender este distinto modo de ver las cosas en una misma nacion. ¿Si será, decia yo para mí, la viruela de la Habana de tal naturaleza que pueda comunicarse á los habitantes de Veracruz y no á los de Tampico? Algo debe haber de esto, pues si no, la patente que se llama sucia para un puerto cualquiera, debia serlo asímismo para todos los de la misma república, exijiéndose por consecuencia en todos ellos la misma formalidad de la cuarentena. Lo cierto es que cuando llegamos á la barra de Tampico tuvimos varios pasajeros el capricho de ir á ver esta ciudad, y así lo hicimos sin el menor inconveniente y sin contagiar á nadie, lo cual acabó de convencerme de que las viruelas de la Reina de las Antillas podrán pegarse á los individuos de cualquiera parte del mundo menos á los afortunados habitantes de Tampico.

Dos dias pasamos en este puerto, mereciendo la finísima hospitalidad que nunca me cansaré de elogiar en los mejicanos. Por lo demás, la ciudad de Tampico es bastante pequeña y nada ofrece de particular, si no es por los bellísimos campos que la circundan. Cuando llegó la hora de tocar retirada nos embarcamos en un vaporcito de rio, cuyo nombre no recuerdo, pero que debe ser cosa del otro juéves, pues por el flete de las dos leguas que hay de Tampico á la barra me llevaron veinte y cinco pesos. Sin embargo, todo

podia darse por bien empleado con tal de salir bien de aquella barra, que es una de las mas alborotadas que yo he visto, y sin mas emprendimos el viaje de regreso á Veracruz, donde desembarcamos á la hora precisa en que habia espirado el término de la cuarentena. ¿Digo, eh? Si llegamos cinco minutos antes, de seguro inundamos de viruelas toda la costa, pero como ya el plazo concedido á dicha enfermedad para que pueda trasmitirse habia concluido, tuvimos el gusto de poner el pié en tierra sin la menor responsabilidad.

Cierto es tambien que el distinto modo de considerar la patente podia esplicarse por los diferentes partidos que dominaban entonces en los referidos puertos. En el de Tampico, gobernado actualmente por el partido constitucional, dominaban á la sazon los conservadores, al paso que en Veracruz residia el gobierno liberal; pero como yo no pienso mezclarme ahora en la política, solo deduciré del fenómeno de la patente una consecuencia y es, que los conservadores son menos escrupulosos que los constitucionales.

En Veracruz, la verdad sea dicha, mandaban y siguen mandando los federalistas, pero nadie diria que habia un partido dominante ni que el pais estuviese agitado por la guerra civil, segun la buena armonía que se observaba entre las personas de distintas opiniones y la libertad con que cada cual emitia su pensamiento. En los soportales de la Casa de las Diligencias habia tertulia todas las noches, y allí algunos sugetos apreciabilísimos, entre ellos el gefe político, señor Vila, pasaban horas enteras disputando amigablemente con sus mas furibundos adversarios. Yo tuve el gusto de concurrir tres ó cuatro veces á aquellas reuniones, de las cuales conservaré siempre un grato recuerdo.

Mas, ¡ay! las horas de placer pasan rápidamente. Llegó el triste momento de montar en la diligencia, y digo triste, porque desde antes de montar me pronosticaron los sinsabores que debia probar hasta Orizaba. ¡Qué camino! Pero, ¿qué digo? Aquello puede llamarse todo lo que se quiera menos camino. La diligencia no hace mas que ir buscando contínuamente la superficie menos escabrosa en un terreno que nadie se cuida de nivelar, y á pesar del cuidado de los mayorales, los pasajeros van durante las treinta leguas que separan á Orizaba de Veracruz sufriendo tales encontrones de frente, de costado, de abajo á arriba y de arriba á abajo, que sin necesidad de volcar llegan plagados de contusiones. Los que han pintado el camino del cielo como estremadamente dificul-

toso no tenian noticia del que voy describiendo, pues de lo contrario, para mas exagerar sus obstáculos, hubieran dicho que se parecia mucho al de Orizaba á Veracruz. Allí se va siempre con la vida en un hilo; tan pronto el coche se ladea para un costado como para el otro, y en el mismo instante en que uno espera el vuelco y se prepara para la caida, ¡pum! ambas ruedas bajan horizontalmente dando una sacudida horrorosa de la cual el mejor librádo de los viajeros saca un buen chichon. En fin, el que con mas exactitud ha sabido pintar el mencionado camino es el que le llamó camino de los pájaros; pues, en efecto, solo teniendo el privilegio de volar puede atravesarse sin inconveniente. Por mi parte, para acabar de dar una idea de dicho camino, diré que sin mas que haberle andado dos veces, me tengo por tan héroe como Bernardo del Carpio, y que, despues de suprimida la pena de muerte, la mas dura que se pudiera imponer á un hombre seria la de obligarle á hacer en diligencia el viaje de Veracrnz á Orizaba. Esto mismo hace el elogio de los mayorales mejicanos, que sin duda pueden pasar por los mejores del mundo, pues á pesar de lo detestables que son los caminos, rara vez acontece un vuelco; pero con todo, estoy por renunciar para siempre á la prueba de sus habilidades.

Fuera de las incomodidades que son consiguientes en dicho viaje, no dejan de verse cosas dignas de llamar la atencion. Lo primero es una montaña bastante alta que, por su forma particular, se conoce con el nombre de *El Chiquihuite*, y aquí debo decir que así llaman en Méjico á una medida en figura de canasta. La subida de la montaña es de las mas pendientes de la tierra, el camino de los mas abandonados de Méjico, y por añadidura siempre están rodando de la cima piedras de todas las dimensiones, lo que hace sumamente difícil allí el paso de la diligencia; pero por mala que sea la subida, casi es peor la bajada donde puede decirse que el terreno es un perpetuo pantano, y para probar lo malo que aquello debe ser, me bastará recordar los nombres dados por los hijos del pais á dos trozos del camino: el uno, que será como de un tiro de bala, se llama *Rompe Calzones*, y el otro, que tendrá la longitud de un cuarto de legua, lleva el nombre altamente significativo de *Sal si puedes*.

El Chiquihuite viene á ser por aquella parte un apartado y último segmento volcánico de las inmensas y caprichosas cordilleras de los Andes; pero á pesar de su grande elevacion, no es realmente mas que una canasta comparada con los altos picos que dominan el

b

horizonte hasta muchas leguas dentro del golfo, y de los cuales los mas notables son el famoso de *Orizaba* y el denominado *Cofre de Perote.* De estos dos, el primero tiene el cráter á la monstruosa altura de diez y ocho mil piés sobre el nivel del mar, y por eso, estando cuarenta leguas mas allá de la costa, dicen que cuando el cielo se halla despejado se le alcanza á ver cuarenta leguas antes de llegar á Veracruz. ¡Buen granadero! Lástima es que no haya servido en los *zuavos*, aunque por otra parte, mas vale que no haya militado entre tales gentes, que hubieran contribuido solo á rebajar su aspecto imponente y magestuoso haciéndole ridículamente fanfarron. Por lo que hace al *Cofre*, no es tan alto ni con mucho como su vecino, pero sin embargo, ya quisieran los mejicanos que fuese realmente un cofre y que estuviese lleno de dinero para salir de apuros, aunque su trabajillo habia de costarles el levantar la tapa. Estos gigantes, á pesar de su talla colosal, llegan á perderse de vista segun se va uno acercando á ellos, por lo mismo que despues de pasar el Chiquihuite comienzan las vecinas cordilleras á interponerse, ocultándolos la mayor parte del tiempo.

Antes de llegar á Orizaba se encuentra la ciudad de Córdoba que tomó su nombre del fundador, el cual, segun dicen, era sobrino del Gran Capitan, y es cuanto puedo decir de un pueblo que solo he visto de tránsito. Miento: aun puedo agregar otra cosa que nunca olvidaré y es, que las calles de Córdoba son menos vadeables para la diligencia que los ya recomendados trozos de camino titulados *Sal si puedes* y *Rompe-calzones.* Por fin, tropezando y cayendo, llevando innumerables coscorrones y desesperando de salir con vida de aquel nefando camino, llegamos como á las diez de la noche á la ciudad de Orizaba. Cuando me dijeron á mí que habíamos llegado, lo creí por la cuenta que me tenia, pues por lo demás habia ya de tal modo perdido la esperanza, que no podia persuadirme de que me dijesen la verdad, y aun hoy abrigo mis dudas á pesar de haber estado en la capital de la República, que se encuentra como setenta leguas mas allá de Orizaba, y de haber sufrido por duplicado los inconvenientes del camino pajarero. Sin embargo, daré por supuesto que llegamos, y lo que parecerá mas inverosímil, que llegamos vivos. Partiré tambien de la hipótesis de que nos acostamos sin cenar por la necesidad que todos teníamos de descanso, aunque francamente, si todo esto pasó como lo digo, tal estaria yo que no puedo recordarlo. Pero ahora caigo en que por estraordinario que esto me parezca, yo llegué con vida, y la

prueba la tengo en una impresion sumamente agradable que tuve al despertar.

Serian como las ocho de la mañana cuando entraron á llamarme diciéndome que ya estaba el chocolate preparado, y abriendo el criado del hotel el balcon de la sala en que yo habia dormido, ví, al parecer á corta distancia, una montaña coronada de nieve que, destacándose con un brillo deslumbrador de entre las vecinas lomas, hirió mi vista sorprendiéndome con el espectáculo de un panorama el mas precioso que puede concebir la imaginacion. Al momento adiviné que aquello debia ser, como en efecto era, el famoso pico de Orizaba, y pregunté cuanto distaba de la ciudad: el mozo me contestó diciendo que cosa de diez leguas, lo cual me sorprendió mas que el mismo espectáculo que no me cansaba de admirar, pues yo hubiera jurado que apenas habria una legua escasa desde la ciudad hasta el pico nevado, que el mozo me aseguró estar diez leguas distante.

En efecto, el mozo tenia razon y el fenómeno óptico me habia engañado, aunque despues pude esplicármelo muy sencillamente. La ciudad de Orizaba se halla circunscrita por altas montañas que forman un reducido y pintoresco valle; de modo que, aunque el citado pico solo por su inmensa elevacion puede verse desde el centro del valle ó sea desde la ciudad, parece que está pegado á las vecinas cordilleras, y además, por la energía de la luz con que la nieve se destaca de aquel fondo de tintas oscuras formadas por la lava y la vegetacion, tiene lugar ese fenómeno capaz de engañar al mas pintado. Yo que no me cansaba de admirar aquèl sublime panorama, me levanté corriendo á buscar á Landaluze, que como artista podia de ello sacar buen partido; pero ya Landaluze habia salido á paseo y andaba sacando retratos de todos los indios que veia y á quienes tomaba por legítimos descendientes de los famosos tlascaltecas. Encontrélo por fin, dimos algunas vueltas por los alrededores de aquella poblacion donde ya empieza á gozarse de esa temperatura de constante primavera que nos encantaba, y hasta probamos á subir á las montañas vecinas, para mejor descubrir el volcan de donde la ciudad ha tomado el nombre. ¡Fácil empresa era! Despues de muchas tentativas inútiles, en que por la escesiva pendiente del terreno corrimos varias veces el peligro de bajar mas aprisa de lo que entraba en nuestros cálculos, tuvimos que renunciar al ya indicado proyecto como D. Simplicio á la mano de Leonor.

Al dia siguiente salimos para Puebla: entre los pasajeros iba un pobre israelita ruso llamado Migel que tenia una rica plateria en Méjico. El pobre acababa de pasar el vómito en la Habana y estaba muy delicado todavía; pero entretanto, como llevaba mas de quince ó veinte mil pesos de valor en joyas, iba dispuesto á defenderse contra los ladrones, aunque solo tenia un revolver de seis tiros. Agregósenos en Orizaba un bravo español llamado Gomez, que á la sazon se hallaba al frente del Hotel de las Diligencias en la mencionada ciudad y el cual facilitó armas para todos los demás pasajeros, quedando desde entonces convenidos todos en recibir á los ladrones á balazos, si acaso nos asaltaban, y bajo tan lisonjeros auspicios echó la dilijencia á andar á las cuatro de la madrugada, siendo ya muy de dia cuando entramos en la inmensa cañada cuyo remate se encuentra en las tan justamente celebradas cumbres de Aculcingo. Estas cumbres forman un anfiteatro ó herradura de estraordinaria elevacion, donde solamente los romanos ó los españoles, únicos conquistadores que hayan dejado por todas partes donde han ido grandiosas huellas monumentales de su dominacion, hubieran imajinado abrir un camino, y en efecto, nuestros ascendientes, no contentos con imajinar una tan atrevida empresa, la realizaron en aquel terreno que hubiera parecido totalmente inaccesible á los mas osados injenieros de la moderna Europa. El camino, como es consiguiente, va elevándose por un prodijioso número de revueltas para llegar al estremo superior, y tanto que habiéndonos indicado un atajo los intelijentes, Landaluze y yo subimos por una estrecha vereda, dejando á los que iban en la diligencia tan rezagados, que no pudieron en mucho tiempo darnos alcance. Yo, francamente, quise hacer aquella caminata, de que mil veces me arrepentí, mientras iba andando cuesta arriba, para mejor gozar de aquella preciosa vista que renuncio á describir, y Landaluce quiso acompañarme, por si entre aquellos vericuetos podiamos ver algun descendiente de Xicotencal, firme siempre en su invariable propósito de conocer á los tlascatecas. Cuando llegamos al fin de aquella penosa jornada, íbamos sin aliento y lo primero que hicimos naturalmente fué sentarnos. ¡Oh! ¡Qué maravilloso cuadro se ofreció allí á nuestros asombrados ojos! Aquello es sublime y magestuoso: inspira placer y miedo, y es demasiado poético para que á su aspecto no enmudezcan las mismas deidades acostumbradas á vivir en las altas regiones del Helicon ó del Parnaso. Tanta poesía no cabe en los estrechos límites del lienzo y

del papel, por cuya razon mi amigo Landaluze y yo, contentándonos con recrear la vista mientras llegaba la diligencia, renunciamos á pintar las impresiones que esperimentamos, creyendo, sin pecar de modestos, la empresa superior á nuestras fuerzas. Por fin, la diligencia llegó y continuamos en ella todos los pasajeros reunidos hasta tocar la base de las cumbres de Rio-Colorado, paralelas á las de Aculcingo y casi tan pintorescas como estas últimas. Allí nos invitaron de nuevo á subir á pié por un fácil atajo; pero nuestros pulmones se negaron abiertamente á aceptar tan urbana invitacion, por lo cual decidimos ir en el carruage, aun á riesgo de dar un vuelco y bajar como por escotillon al precipicio.

Nada nos sucedió que valga la pena de contarse. Llegamos á la cresta de aquellas montañas que se pierden entre las nubes, y comenzamos el descenso por el opuesto lado, donde nos esperaba otro espectáculo no menos interesante que el de las duplicadas Cumbres. Allí se ostentó en todo su imponente magestad el volcan de Orizaba, cuyo elevado pico habiamos estado viendo muchos dias seguidos á prodijiosas distancias, y observamos que por aquella parte forma un cono casi perfecto, tanto mas agradable cuanto que exactamente desde la mitad para arriba se halla en todo tiempo coronado de nieve, como si la mano del hombre hubiera modelado aquella obra natural, que parece deber al mas refinado gusto del arte sus líneas geométricas y el contraste de sus colores. No creo que pueda en el mundo haber cosa mas hermosa. He visto despues otros volcanes y entre ellos el Popocatepetle, que es mil pies mas alto que el Orizaba, pero este último es el que mas me ha encantado por sus admirables proporciones, asi como por su aislamiento que permite verle desde la base á la cima, y dudo que bajo el punto de vista de la belleza tenga rival en el mundo. Por lo demas, todos estos volcanes de los Andes mejicanos se hallan apagados hace algun tiempo, y eso menos hay que temer, aunque por lo visto no han hecho mas que cambiar la forma de las materias de sus erupciones. Antes despedian lavas y ahora parece que arrojan bandoleros.

Efectivamente, desde que se pasan las Cumbres de Rio Colorado y se descubre todo el célebre pico, ya empiezan los viajeros á ir con fundados temores contando con las probalidades de ser robados á cada cuarto de legua en cada una de las infinitas barrancas que atraviesan el camino. Hay pueblos enteros de ladrones en que todos los habitantes, sin escepcion, viven ó participan del robo cada

uno á su manera, refiriéndose con este motivo cosas que parecen increibles. Mas de cuatro veces, habiendo sido cojidos infraganti los malhechores, se han encontrado entre ellos hombres de fortuna y aun individuos de los ayuntamientos. Hasta la religion que, bien entendida, debia estinguir el mal, ha sufrido una tan siniestra interpretacion que, segun buenos informes, los tales bandoleros á que por allí dan el nombre de *Compadres*, hacen decir misas á los santos de su especial prediieccion para que les salgan bien los robos que meditan. Entre los pueblos que peor fama tienen para esto en toda la República, se hallan S. Agustin del Palmar, Enquechola, Acacingo y Amozoc. Nuestra buena fortuna quiso que tuviésemos que pasar por todos ellos.

Antes de llegar á S. Agustin, donde debiamos almorzar, tuvimos un aviso poco satisfactorio para los que no andamos á caza de emociones fuertes y estrañas como los ingleses. Encontramos unos arrieros que venian de Puebla y que nos dijeron al pasar:

—En la próxima cañada están los *Compadres*.

Al momento nos preparamos para contestar dignamente al saludo que esperábamos; pero nos habian engañado los arrieros, pues tuvimos la suerte de llegar á San Agustin sin haber visto gente sospechosa. Despues de almorzar continuamos con tranquila zozobra nuestro camino por aquellos campos cubiertos de tunales monstruosos, pues parecen árboles corpulentos, y aunque silvestres, producen tan buenos como abundantes higos chumbos. Tambien hay muchísimos magueyes, planta de la cual estraen los mejicanos un perverso zumo llamado *pulque* de que me ocuparé mas tarde, y sin mas novedad atravesamos la multitud de barrancas designadas como mas temibles, hasta que á fuerza de horas y trompicones llegamos casi á la vista de Amozoc, villa cuatro leguas distante de la Puebla de los Angeles. Allí el paisano Gomez, que iba en el pescante, nos dijo á voces lo siguiente:

—Felicitémonos, que ya pasó el peligro. Solo nos falta salvar una barranca muy famosa por los robos que allí se han cometido y que tiene un precioso árbol á la derecha, el cual podrán ustedes ver si quieren asomarse. Ahora no hay nada que temer, porque las autoridades dieron en colgar del referido árbol á todos los ladrones que se cojian por aquí cerca, y con este motivo los *Compadres* miran esa barranca con mucho respeto.

Por esta esplicacion y porque ya estábamos muy cerca segun nos dijeron los que iban fuera, todos los pasajeros nos disponíamos

para ver el árbol famoso, cuando, ¡pum! un tiro disparado á la izquierda del camino nos hizo conocer que allí estaban los *Compadres* y que no tenian al sitio todo el respeto que Gomez suponia. Paróse al momento la diligencia y vimos venir hácia nosotros tres hombres, dos á caballo y uno á pié, todos armados del correspondiente trabuco, pistolas &c., y cubriéndose la cara desde los ojos para abajo con un pañuelo. Asi se disfrazan siempre los ladrones mejicanos, y por eso sin duda el pañuelo ha tomado en toda la República el nombre de *mascada*; pero vamos al caso. Los trés bandoleros, ahuecando la voz para mas asustarnos, proferian gritos horribles á medida que se acercaban. «Allá va eso», dijimos entonces los pasajeros, y soltamos una descarga de la cual uno de los tres *Compadres* quedó mal herido, y tanto que, segun buenos informes, murió pocos dias despues. El efecto de nuestra contestacion fué completo; los tres bandidos apelaron á la fuga, si bien se volvian de vez en cuando para descargar sobre nosotros sus trabucos; pero aunque nos dispararon cuatro ó seis tiros de este modo, tal debian tener el pulso que no pudieron poner una sola bala en el respetable radio de la diligencia, la cual echó á andar nuevamente y despues de relevar el ganado en Amozoc llégamos felizmente á Puebla.

—Felicitémonos, repetí yo, entrando por la *Garita* de dicha ciudad; que ahora es cuando podemos cantar victoria.

—Todavía no, dijo el buen Gomez; falta el último mal paso, que está dentro de la misma ciudad.

—¡Como! esclamé; ¿dentro de la poblacion asaltan á la diligencia?

Contestó Gomez afirmativamente á esta pregùnta, porque realmente hay un sitio poco frecuentado dentro de la puerta de la ciudad, donde varias veces se han visto asaltados los pasajeros sin embargo de haber allí guarnicion. Nosotros tuvimos mas fortuna, y como desde Puebla hasta la capital habia escolta, pudimos ya efectivamente felicitarnos de haber escapado con bien.

Al dia siguiente continuamos nuestro viaje por aquel hermoso valle de Puebla, cuya temperatura es deliciosa, no conociéndose allí jamás los escesos del frio ni del calor. El platero, contento ya de haber escapado al peligro de los ladrones y conociendo bien aquel terreno, iba esplicándonos todo lo que en sus contornos merecia llamar la atencion.

—Aquellos dos volcanes que hay allí en frente, decia, son el *Po-*

pocatepetle y el *Ixtasihual*; los dos, como ven ustedes, se hallan cubiertos de nieves eternas, aunque el primero es bastante mas alto que el segundo.

Miraba yo con religiosa atencion al Popocatepetle, cuyo cráter despedia entonces una imponente nube de humo, lo que prueba que todavía no está bien apagado y que cuando menos se piense hará una de las suyas. Miraba, digo, con veneracion aquel coloso de diez y nueve mil piés adonde los bizarros compañeros de Hernan Cortés tuvieron el increible arrojo de subir á buscar azufre, un dia en que se les habian acabado las municiones

—Aquí á la derecha, continuó Migel, está el volcan llamado *La Malinche*, nombre de la famosa india que se enamoró del insigne Cortés y que fué luego bautizada con el nombre de doña Marina.

Con igual atencion miré yo á este volcan cuya cima presenta la estraña figura de una muger muerta, pero tan bien dibujada como si la mano del hombre la hubiese modelado desde los piés á la cabeza. Mi amigo Landaluze miraba tambien aquellas maravillas naturales; pero preocupado con su idea favorita, le preguntó al platero:

—¿Y hácia donde cae Tlascala?

—Por allí, á la derecha, dijo Migel; en la misma direccion del volcan que lleva el nombre de la Malinche.

Una de las cosas que ví con mas interés fué la montaña artificial de Cholula, de aquel pueblo donde los conquistadores estuvieron á pique de perecer por una traidora emboscada que por fortuna descubrió Hernan Cortés castigándola con energía. Dicha montaña, donde antes habia un templo idólatra que fué sustituido por otro cristiano, es tan elevada que en otros paises podria causar asombro por su grande elevacion, es artificial, para que podamos formar una idea aproximada de las obras gigantescas que emprendian los pobres indios antes de la conquista. En fin, poco á poco atravesamos la gran cordillera que separa el valle de Puebla del de Méjico, yo contemplando con interés histórico todo lo que veia, Landaluze mirando sin cesar en la direccion de Tlascala, y de este modo llegamos al pueblo de Rio-frio, que segun el baron de Humboldt, es el mas elevado punto habitado de la tierra, como que debe hallarse á la altura de trece á catorce mil piés sobre el nivel del mar. Pasa por allí un riachuelo de agua verdaderamente fria, como que es de la nieve que hay en los vecinos volcanes, y la temperatura es mas fresca que en Puebla.

si dijéramos en la Habana, primera del Obispo, segunda del Obispo, tercera del Obispo...... décima del Obispo, contando como calle cada uno de los trozos de veinte ó treinta pasos que tiene cada manzana. No contentos con esto hacen aun otras variaciones en la esencia de la nomenclatura, verbigracia: desde la plaza mayor hasta la Alameda no hay mas que una calle tan recta y seguida como puede serlo cualquiera de las de la Habana, pero los mejicanos, que no se conforman con poco, la han dividido primero en dos, á saber; la mitad para los *plateros* y la otra mitad para *San Francisco*, subdividiendo luego cada una de dichas mitades en varias fracciones para poder decir: primera de plateros, segunda de plateros, primera de San Francisco, segunda de San Francisco y así sucesivamente. Contando de este modo no hay aldea que no pueda vanagloriarse de tener muchas calles, y si se contase á calle por edificio tendria muchas mas, de modo que siendo Méjico una gran ciudad, el número de sus calles raya en lo fabuloso. Mas para esta pequeña ventaja ¿cuantos inconvenientes no trae una tan prodijiosa subdivision de la materia callejera? Solo para conocer las calles de un pequeño distrito se necesita vivir en él diez ó doce años, y como la cosa no vale la pena de romperse los cascos, aquí me tienen ustedes á mí que despues de pasar algun tiempo en aquella ciudad no conozco por el nombre mas calle que la primera de San Francisco, donde se halla el Hotel Iturbide.

Dije antes que los mejicanos habian exajerado los defectos del carácter meridional, atribuyendo á esto la chocante idea de contar mas calles de las que en realidad existen, y añadiré que una de las cosas en que mas resalta la verdad de mi observacion es en el traje. Se conoce que este proviene del andaluz, como el andaluz procede del árabe, pero es infinitamente mas recargado y por esto pueden juzgar mis lectores como será el nieto de los que usaban los súbditos de Almanzor. El sombrero ha ido allí subiéndose á mayores, ó lo que es lo mismo, echando muchas alas, de manera que hoy deja atrás á los de los picadores, habiendo sombrero debajo de cuyas alas podria cobijarse, no digo yo una manada de pollos, sino todo un gallinero. Al principio me llamaba la atencion el ver que muchos mejicanos no usaban paraguas cuando llovia, pero pensándolo bien me dí la esplicacion del misterio, pues comprendí que el sombrero mejicano por sí solo puede hacer las veces de sombero y de paraguas, y por otra parte, como no hay paraguas en el mundo cuyo diámetro no sea inferior al del sombrero mejicano,

sería imposible cubrir el segundo con el primero. Tambien observe que las puertas de las casas son bastante anchas y todo esto se necesita para entrar por ellas con el sombrero puesto. Ademas, dicho sombrero tiene dos adornos á cual mas estraños: el uno es una escarapela metálica con puntas salientes, como si de cada una de ellas hubiera de colgarse un candil, ó un cuadro al óleo, y si no es para colgar alguna cosa no puedo adivinar cual sea su objeto, como no sea el de dar á la copa del sombrero el aire distinguido que daban los clavos romanos á las antiguas sillas. El otro adorno es una serpiente de paja ó de metal, que suple á la cinta empleada en el resto del mundo, y esta serpiente dá una idea de la importancia ó de los humos de las personas. Unos la mandan hacer de plata, otros de oro, unos quieren que solo dé una vuelta, otros dos y hasta tres, en fin, unos la prefieren delgada y otros tan larga y gruesa que parece una serpiente de cascabel. Despues del sombrero lo que mas gracia me hizo en los mejicanos ternes, son las chaparreras, nombre que dan á un pantalon abierto por los costados desde la parte inferior á la pretina, pero que aunque estén cerrados llevan por ostentacion una, dos, tres y hasta cuatro carreras de botones. Cuanto mas sube el número de estos, mas rumbo manifiesta el que los gasta, de modo que hay hombre que lleva mas botones á los lados del pantalon que pelos en la cabeza, sin ser calvo, y de seguro se arruinan mas de cuatro por el afan de lucir tantos botones. Ultimamente, cuando montan á caballo, y debo decir que en mi opinion son los mejores jinetes de la tierra, ostentan unas espuelas mayúsculas que meten miedo, y aunque hay quien dice que la mas pequeña estrella del firmamento es infinitamente mayor que el planeta en que habitamos, todavia creo que las estrellas del cielo han de mirar con cierto respeto á las que llevan los mejicanos en sus espuelas. No hablo de lo demas, porque basta lo dicho para formarse una idea de la parte mas característica del traje mejicano, el cual se distingue principalmente por las estrellas de las espuelas, que, aunque giratorias, no tienen nada que envidiar á la circunferencia de las estrellas fijas; un pantalon que tendria infinitos lances si tuviese tantos lances como botones, y un sombrero de alas colosales adornado, sin saberse por qué, con culebras y clavos romanos. Estas esterioridades, lo diré sin ánimo de herir á los mejicanos á quienes aprecio tanto como merecen, y en mi concepto merecen mucho, me inspiraban á mi cierta compasion, porque son signos infalibles de la decadencia de

los pueblos, como la sencillez ha sido y será siempre muestra de virilidad. Por lo demas, debajo de tan hiperbólicos trajes hay claras intelijencias y laten nobles corazones que es lo que mas importa.

Pero con esta digresion me olvidaba del paseo del primer dia que iba refiriendo. Salimos, pues, Landaluze y yo acompañados del buen Cajigas que conocia á todo el mundo, y aunque desde luego pensábamos dirijirnos al Museo y á la Catedral que gozan de tan justa nombradía, mucho tardamos en llegar por haber encontrado en el camino á varias personas á quienes nos fué presentando nuestro digno acompañante. Lo que mas me chocó, sin embargo, no fué que Cajigas conociese á tanta jente, sino que todos sus amigos fuesen generales, pues no hacia mas que decirnos: "Tengo el gusto de presentar á ustedes al señor general *A.*; presento a ustedes al señor general *B.* &c." siendo digno de notarse que habiéndonos dado á conocer en cosa de una hora mas de veinte sugetos, no hubo uno que no fuese general. Pero guardé silencio sobre el particular, decidido á fijar esclusivamente la atencion en los monumentos que íbamos á ver y que realmente son dignos de todo elogio.

La Catedral, toda de piedra, es de órden dórico, tiene como cuatrocientos piés de longitud por doscientos de latitud, y está fundada, segun se presume, en el mismo sitio en que se hallaba el famoso templo idólatra dedicado á *Huitzilopochtli*, el cual, entre otras cosas que causan admiracion, se dice que estaba servido por cinco mil sacerdotes. El ornamento interior del templo está en armonía con la suntuosidad de su arquitectura, y por la parte esterior tiene incrustrada en la pared la gran piedra que servia de calendario á los Aztecas. En los geroglíficos que dicha piedra contiene se vé cierta afinidad con los de los monumentos ejipcios, pero por desgracia hoy nadie los comprende, y así el viajero no puede dar á dicha piedra mas valor que el puramente arqueolójico.

Allí cerca de la catedral, dicen que estaba tambien el palacio de Motezuma, el cual era tan grande, que solo para el cuidado de los animales que contenia en sus inmensos jardines daba empleo á mas de novecientas personas, como que cuando ya los emperadores de Méjico tenian todo cuanto puede hoy servir para el recreo de los curiosos y estudio de la naturaleza en el célebre Jardin de Plantas de Paris y en el famoso Jardin Zoológico de Lóndres, se miraba como una maravilla el que algunos soberanos europeos poseyesen un tigre ó un leon. Por lo demas, fuera de la hermosa pie-

dra-calendario, cuyos geroglíficos, apesar de hallarse espuestos á todos los estragos de la intemperie y de las revoluciones, se conservan perfectamente, no queda por allí ningun vestijio de la civilizacion de los aztecas, ni aun el recuerdo claro del punto determinado en que existieron sus demolidos monumentos, sobre lo cual puede decirse con Quevedo, que nada se sabe, y que aun esto no se sabe de cierto, porque á saberse esto ya se sabria algo.

Despues de visitar la hermosa Catedral, cuya descripcion no cabria en los estrechos límites que me he impuesto, nos fuimos á la Universidad á tiempo en que su rector D. José María Diez de Sollano estaba pronunciando el discurso de apertura de la Biblioteca. Confieso que al oir semejante discurso no sospechaba los disgustos que habia de proporcionarme, y esto es una prueba de mi torpeza, porque, si no era disgustos, el dichoso discurso no podia dar otra cosa. Tuve, sin embargo, la serenidad de oir al Dr. Sollano, que como no habia quien por el momento pudiese replicarle se despachó á su gusto, y no contento yo con oirle tomé algunas notas de que pienso hacer uso mientras viva, por mas que, como luego verán mis lectores, la primera vez que lo intenté me costó algo cara la broma. Pero por ahora debo circunscribirme al órden cronológico de los sucesos.

Terminado el terno discurso citado, que podia llamarse eterno, puesto que no tenia principio ni fin, y que terminó apesar de ser eterno, echamos á andar, mis amigos y yo, dirijiéndonos al Museo que se halla en el mismo edificio, y lo primero que allí me llamó la atencion despertando en mi alma todo cuanto de grato y glorioso encierra el amor de la patria, fué, amados lectores, un recuerdo precioso, una reliquia sublime, nada menos que el estandarte llevado por Hernan Cortés al emprender su fabulosa conquista, y este es quizá el único objeto verdaderamente interesante de que se hace mencion en aquel Museo. Allí hay tambien armas y corazas que debieron pertenecer á los famosos capitanes compañeros de Cortés, y algunas á este mismo guerrero; pero todo está revuelto en lastimosa confusion, y solo por congeturas se les puede dar el valor arqueológico que tienen. Tambien hay multitud de armas caprichosas de las que usaban los indios en todo el continente cuando este fué invadido por los europeos, y que escitan vivamente la curiosidad como todo lo que pertenece á otra raza y á una estinguida civilizacion. Como los indios no conocian el hierro, hacian de una piedra dura como el pedernal las puntas de sus flechas y de sus lan-

division de ocho ó diez mil soldados mandados por uno ó dos generales, será tan grande la escasez de los unos y la superabundancia de los otros, que cada division constará de ocho ó diez mil generales mandados por un recluta.

Cuando acabamos de fumar volvimos al palco, y yo manifesté la curiosidad de ver en todo el teatro algun ciudadano que no tuviera el derecho de llevar faja.

—Eso es imposible, me dijo Cajigas, porque aquí la usan tambien los coroneles, y con entorchado, como en España los mariscales de campo.

—Pues no hablemos mas del asunto, repliqué: ahora me esplico las desgracias de este pobre pais. Y con esto fijé mas mi atencion en el acto segundo del drama vegetal que se estaba representando, cuyo acto me llenó verdaderamente de admiracion, no porque fuese bueno, sino porque era mas malo que el primero, cosa que parecia imposible. Sin embargo, el tercer acto fué peor que los dos juntos, por mas que el caso se juzgue inverosímil, y por otra parte, bien debia yo haber previsto las pésimas condiciones literarias de dicha produccion, la cual tenia que ser abominable con solo merecer los elogios del escritor Anievas, cuyas obras, por cierto, no son amores ni buenas razones. Si hubieran puesto en escena los Perros del monte de San Bernardo, no habriamos echado la noche mas á perros que yendo á ver el susodicho drama botánico. Salimos, pues, del teatro, hicimos conocimiento con seis ó siete generales por el camino, y nos fuimos á descansar con ánimo de seguir visitando las curiosidades de Méjico al dia siguiente.

Dicho y hecho: al otro dia salimos desde muy temprano á recorrer las calles, ver algunos establecimientos y hacer algunas visitas. Empezamos por el Colegio de Minería, que es un soberbio edificio del tiempo de la dominacion española, como lo es todo cuanto allí existe de grande y monumental, y de paso hicimos la visita á los redactores de un periódico titulado el *Diario de Avisos*, cosa de que me arrepentí cuando el mal no tenia remedio, es decir, cuando vine á saber de qué calidad era el tal periódico y el concepto que en la opinion general disfrutaban sus redactores. Debo decir en obsequio de la verdad, que todos los periodistas de aquella época eran fenómenos raros, pues siendo así que aspiraban á figurar en el siglo diez y nueve, pertenecian al siglo diez y seis; pero á pesar de esto, no dejaban de ser personas apreciables, esceptuando á los del citado *Diario de Avisos*, periódico incalificable y hasta inverosímil.

No quiere decir esto que en Méjico faltan capacidades, pues al contrario, allí abundan las inteligencias claras y los literatos de recomendable instruccion; pero por una de esas estrañas y largas festividades que yo no puedo comprender, todos los hombres de mérito estaban de vacaciones, y de aquí el que no hallase mas que fenómenos inesplicables entre los intérpretes de la pública opinion. Miento: allí estaba en activo servicio mi amigo M. Barrés, que es en mi concepto uno de los mas eminentes periodistas del siglo, y que publicaba *L'Estafette*, único papel que pudiera leerse con agrado, y sobre todo, que pudiera leerse, porque los demás tenian tal gravedad específica, que por bien que uno les agarrase, al momento se le caian de las manos. Pero lo que evidentemente podia mirarse como una calamidad pública era el *Diario de Avisos*, á cuyos redactores tuve yo el poco envidiable gusto de visitar cuando todavía ignoraba lo mucho que podia empañarse la mas acrisolada reputacion con solo saludar á semejantes hombres.

A todo esto se hizo tarde, y no queriendo nosotros perder la buena costumbre de almorzar que heredamos de nuestros mayores, tratamos de retirarnos; pero á poco de echar á andar empezó á llover á cántaros, teniendo nosotros que refugiarnos en una tienda para dar lugar á que pasara el chaparron. ¡Vana esperanza! En Méjico todo aguacero va seguido de una inundacion que durante ocho ó diez horas convierte el terreno de la ciudad en una inmensa laguna, por la cual, sin exageracion, podria transitarse en canoas y aun en goletas, y en prueba de esta verdad diré que en el año pasado, precisamente á consecuencia del aguacero á que hago referencia, murió ahogado en aquella capital un hombre alto y robusto, sobre la cual apelo al testimonio de todos los mejicanos, sin mas escepcion que la de los redactores del *Diario de Avisos*. Lo peor de todo es que este mal no tiene remedio, porque siendo el terreno aquel uno de los mas bajos del valle no hay vertiente para el desagüe, y así, cada vez que llueve, para ver las calles secas es preciso esperar á que se verifique la lenta operacion de las infiltraciones, lo que á veces suele durar dias enteros.

Ahora bien: no teniendo nosotros carruaje, ni hallándose por allí á ningun precio uno de alquiler, tuvimos que apelar al recurso ordinario del pais, que es el de pasar de unas aceras á las otras en hombros de los léperos. ¡Los léperos! Tal es el nombre que dan en Méjico á los hombres que en buen español constituyen la canalla, la hez de la sociedad, no ya por su condicion miserable, sino por

sus perversos instintos y abominables costumbres. En efecto, los léperos son materia dispuesta para todo lo malo y abundan que es un contento en aquellas primeras, segundas, terceras y vigésimas calles de cada calle verdadera, buscando el modo de vivir que en menos armonía esté con el espíritu de las leyes, pues en igualdad de circunstancias creo que prefieren lo vedado á lo permitido, lo cual no quita para que arrojen piedras á la cabeza del que, por inadvertencia, deja de descubrirse al pasar por alguna de las infinitas imágenes de santos incrustradas en las paredes de la ciudad.

Dichos léperos, mal vestidos, estudiadamente desaliñados, llevando siempre abiertos por los lados esternos los pantalones de arriba á abajo, sin mas objeto conocido que el de enseñar unos mugrientos calzoncillos, ostentando, en fin, cuanto puede darles un aspecto mas repugnante y marcado de bandidos, suelen ofrecerse, mediante un real, á pasar en hombros, de unas aceras á las otras, á los transeuntes que no cuentan con mejor y mas seguro vehículo. Pero, por no dejar de ser léperos, acostumbran á arrojar la carga en lo mas profundo del arroyo, ya suponiéndose agoviados con el peso del que va encima, ya finjiendo un tropezon que disculpe la caida. No falta quien al verse en el peligro les ofrece una buena recompensa metálica para alentarles á mantenerse firmes, y el que tal hace puede estar seguro de llevar un chapuzon, porque los léperos darian dinero encima por el gusto de mortificar á las personas decentes. Lo mejor en tales casos es apelar al terror, amenazando á las acémilas de dos piés con una soberana paliza si no guardan la debida circunspeccion, y entonces hay alguna probabilidad de no mojarse.

Mis amigos y yo aceptamos por necesidad el auxilio de los léperos, á quienes hicimos la consabida promesa, y así logramos llegar sin novedad á la acera de en frente. Sin embargo, Landaluze y Cajigas pasaron sin susto; pero el lépero que á mí me tocó era un verdadero lépero, pues á pesar de mi amenaza, desde que me tuvo á cuestas manifestó la decidida resolucion de hacerme probar las ventajas de la hidropatía, de manera que á cada paso amagaba dar conmigo en tierra, tan pronto inclinándose de un lado como del otro, unas veces adelantando y otras retrocediendo. Por de-contado, cuando yo veia la cosa mala, tenia cuidado de repetir mis amenazas en la progresion ascendente que los corcobos del lépero hacian indispensable.—¡Mira que te romperé las costillas! decia yo; y el mal intencionado individuo que me conducia renun-

ciaba por de pronto á su mal pensamiento, pero luego se conformaba con los palos con tal de hacerme tomar un baño fresco, y empezaba el bamboleo con mas fuerza.—¡Mira que te arrancaré las orejas! esclamaba yo; y el bípedo en que cabalgaba se arrepentia otra vez de su mala intencion. Por fin consentia el muy ladron en ser ladron desorejado, y repetia sus odiosos equilibrios, como si ya no le fuera posible sostenerse.—¡Mira que te mato! dije yo, logrando conjurar la crisis con esta significativa indirecta. Sin embargo, el lépero debió reflexionar que yo no seria capaz de hacer lo que decia, y se preparó á dar un traspiés horroroso.—¡Mira que te ahogo! grité yo, estrujándole ya el pescuezo con ambas manos, visto lo cual, el muy lépero, llegó á persuadirse de que las obras seguirian á las palabras, y continuó impávido su marcha, dejándome sano y seco en donde mis amigos me esperaban. Bien hubiera yo querido apalear al pícaro que me habia hecho pasar tales apuros; pero se averiguó que aquel lépero era tlascalteca, y Landaluze intercedió en su favor como era natural.

Ya por el peligro en que yo me ví de llevar un remojo, ya por haber visto llevarlo á otros infelices que por allí cerca se esponian á las pesadas bromas de los léperos, renunciamos al auxilio de estos para ir á casa, con tanta mas razon cuanto que, por hallarnos muy distantes del Hotel, hubiéramos tenido que estar contínuamente subiendo y bajando, por lo cual nos decidimos á esperar á que por casualidad pasase un carruaje desocupado. En efecto, hubo esta dichosa casualidad, y aunque nos costó algo cara, pues tuvimos que aflojar media onza por una sola carrera, todo lo dimos por bien empleado con tal de poder almorzar, que es una de las costumbres mas recomendables de la raza latina, tanto que los teutónicos no tienen en esta parte ningun inconveniente en parodiarnos, y hacen bien.

IV.

Mas vale llegar á tiempo que rondar un año. Cuando llegamos á la fonda ya estaba la mesa puesta, y allí tuvimos el gusto de conocer á un sugeto muy apreciable que, entre otras circunstancias

especialísimas, tenia la de no ser general. Este nos dió la noticia de haber muerto de enfermedad el general Osollo, noticia que se confirmó despues, aunque nadie la creyó por de pronto, empezando por el mismo que la daba, por una razon muy sencilla y es, que en Méjico parece haber hecho todo el mundo el juramento de no decir nunca la verdad en lo que concierne á la política ó á los caudillos mas notables de los diferentes partidos existentes. Como nosotros, por otra parte, no queríamos mezclarnos en las cuestiones que no nos interesaban, dimos otro giro á la conversacion, manifestando el vivo deseo de visitar cuanto hubiera de notable tanto en Méjico cuanto en sus alrededores, á lo cual contestó el amigo Cajigas diciendo que despues de almorzar debíamos ir á ver dos puntos insignificantes en sí mismos, aunque memorables por conservar el recuerdo de los primeros héroes de la conquista. Estos puntos eran el *Salto de Alvarado* y el *Arbol de la Noche Triste.* A esta proposicion, que desde luego quedó aceptada por unanimidad, agregó el ciudadano que nos dió la noticia de la muerte de Osollo que siendo el dia siguiente domingo, podíamos ir á la villa de Guadalupe ó á San Angel si queríamos conocer las costumbres del pais, y, entre otras, la mas digna de estudio, que era la del juego. Tambien convenimos en esto, porque precisamente deseábamos estudiar las costumbres de los mejicanos y la del juego en particular, aunque no éramos, ni somos, ni seremos nunca jugadores.

Dicho y hecho: acabando de almorzar tomamos un coche y nos encaminamos hácia San Cosme, donde hay una zanja del ancho de veinte piés poco mas ó menos, la cual, en un punto inmediato al acueducto que hoy la corta perpendicularmente, fué salvada de un solo brinco por el insigne Pedro de Alvarado, segundo de Cortés, en la gigantesca empresa de la conquista, y uno de los mas esforzados capitanes que ha tenido el ejército español. El caso tuvo lugar en uno de los pocos reveses que allí esperimentaron nuestros intrépidos soldados, combatidos por un enemigo inmensamente superior en fuerza numérica, valiente hasta la temeridad, que jugaba el todo por el todo y muy hábil en las emboscadas. Alvarado, cuyo valor le hizo algunas veces cometer imprudencias graves en aquella guerra, vióse al fin rendido de cansancio y cercado por millares de hombres que, si no le mataron arrojando sobre él innumerables flechas, fué porque deseaban cojerle vivo para sacrificarle ante las aras del insaciable Huitzilopochtli. En tal situacion era infalible su pérdida y una locura el pensar en defenderse

contra la desesperada multitud que cada vez le iba estrechando mas y mas. Familiarizado con la idea de la muerte, hubiérale importado poco dar la vida combatiendo; pero lo mas probable era que, despues de verse acribillado de heridas, fuese á caer vivo en manos de sus enemigos, los cuales, siguiendo la costumbre de su bárbara y grosera idolatría, irian á arrancarle el corazon sobre la piedra famosa que todavía se conserva en el Museo mejicano. Entonces concibió la idea de saltar la zanja, y así lo hizo dejando á los indios tan asombrados que, á pesar de su triunfo, vieron en aquel brinco prodigioso un nuevo motivo para mirar á los españoles como semidioses. Debe observarse, para decirlo todo, que Pedro de Alvarado dió el salto célebre apoyándose en la lanza, pero aun así pareció fenomenal á los españoles y aun á los mismos indios, cuya agilidad era estremada, y además, para que el hecho se pueda apreciar en lo que vale, tambien es justo notar que Alvarado llevaba sobre sí el casco y la armadura cuyo peso era enorme y debia embarazar sus movimientos. Ultimamente, como prueba de la importancia que todos dieron al brinco maravilloso, desde entonces se puso al punto aquel el nombre de «Salto de Alvarado» que ha conservado la tradicion, aunque en el dia, como llevo dicho, la acequia ha desaparecido en aquella parte, si bien solo ha sido cegada en un corto espacio, pues yo he tenido la curiosidad de verla en uno y otro lado á pocos pasos de distancia, y por lo tanto doy fé á cuanto se ha dicho respecto de su anchura, que en efecto no bajará de veinte piés.

Parece que hasta hace poco tiempo existia por allí un puente que llevaba tambien el nombre de Alvarado, pero hasta esto ha desaparecido, á pesar de lo cual hay muchas personas instruidas que dan noticias exactas de aquel punto con todas las alteraciones que ha esperimentado, y entre otras el ciudadano español, conde de Basoco, quien tuvo la amabilidad de acompañarnos y esplicarnos circunstanciadamente cuanto sabia sobre el particular.

Allí nos despedimos de dicho señor y continuamos el camino hasta llegar á Tacuba, pueblo pequeño y distante una legua de la capital. Hay junto á la iglesia de este pueblo un colosal árbol sabino, cuyo tronco, desde la raiz hasta las ramas, es recto, y por la parte mas delgada tiene diez y ocho piés de diámetro, lo que dá mas de diez y ocho varas de circunferencia. Estos fenómenos de vegetacion, que pasarán por fabulosos en Europa, son muy comunes en el continente americano. En Astoria, departamento de la Florida, existe un pino que mide trescientos piés de elevacion y al

cual, con sobrada razon, han dado en llamar el rey de los pinos. En *Los Reyes*, pueblo próximo á Cuyoacan ó sea en el mismo valle de Méjico, hay una higuera que, si no en su elevacion, al menos en sus proporciones gigantescas corre parejas con el pino de la Florida. Un dia Landaluze y yo fuimos obsequiados con un banquete que los galantes amigos residentes en Méjico, San Angel y Cuyoacan nos dieron á la sombra de dicha higuera, y para que mis lectores puedan formarse una idea de aquel hermoso árbol, diré que debajo de sus ramas enormes se reunieron mas de doscientas personas á comer y bailar, sin que una sola fuese molestada por los rayos del sol que entonces se hallaba en el zenit, es decir, derramando verticalmente su fuego tropical sobre aquel hemisferio. En el bosque famoso de Chapultepec, donde, entre paréntesis, hay cosas muy raras, he visto tambien árboles gigantescos, y sobre todo uno casi tan grande como el de Tacuba; pero este último es el que me ha parecido mas hermoso y el que mas deseaba conocer por el recuerdo histórico que le ha valido llamarse el «Arbol de la Noche Triste.»

Todo el mundo sabe que Hernan Cortés, viendo la imposibilidad de sostenerse en Méjico despues de la muerte de Motezuma, emprendió la retirada de noche, creyendo no verse ostigado en ella, ya porque suponia cojer á los mejicanos desprevenidos, ya por la opinion de que estos no atacaban mas que de dia. Las calzadas, especie de puentes para salir de la inmensa laguna, estaban cortadas en diferentes puntos, y para salvar el inconveniente habia el general hecho construir un ponton portátil; pero todos los habitantes de la ciudad parecia que habian adivinado el pensamiento de Cortés, y así fué que, lanzándose de improviso á la pelea, se presentaron en todas direcciones por medio de innumerables canoas que cubrian la vasta superficie de las aguas. Sembróse la confusion entre los españoles y sus aliados de tal modo que el descalabro fué completo, pues todos los aliados de Cortés perecieron en aquella fatal jornada, no salvándose sino una tercera parte del reducido ejército español, y aun éste perdió su artillería y municiones. Tal fué el deplorable resultado de aquella retirada en la *Noche Triste,* durante la cual el conquistador dió infinitas pruebas de su actividad, de su valor y del amor paternal que á sus soldados profesaba, pues se le vió diferentes veces pasar y repasar las cortaduras de la calzada, presentándose siempre en los puntos mas peligrosos, con lo que logró salvar á muchos infelices que de otro modo hubieran

caido en poder de un enemigo encarnizado. Cuando llegó á Tacuba y pudo contemplar el terrible golpe que acababa de sufrir, se sentó á descansar al pié del citado árbol gigantesco, donde derramó abundantes lágrimas por la pérdida de tantos queridos compañeros de armas, y de aquí el que dicho árbol sea designado con el nombre de la funesta jornada que recuerda, llamándole todos el «Arbol de la Noche Triste.»

Naturalmente dicho árbol, cuya altura corresponde á lo grueso del tronco, es mirado con veneracion no solo por su magestuosa belleza, sino por el suceso histórico que trae á la memoria. El general americano Scott, cuando invadió la República mejicana, se mandó hacer un baston de una rama de aquel árbol, baston que, segun dicen, conserva como una preciosa reliquia, y escusado será decir que nosotros, siendo españoles, no quisimos retirarnos sin llevar tambien algun recuerdo y sin tener la honra de sentarnos á descansar un rato en la misma piedra donde, segun la tradicion, se sentó el ilustre hijo de Medellin, despues de lo cual volvimos á Méjico haciendo comentarios sobre aquel suceso histórico que fué tan adverso á nuestras armas, si bien consolándonos con la idea de que el mismo Cortés, despues de verse aniquilado, por decirlo así, no contando sino con un puñado de hombres, pues no pasarian de cuatrocientos y éstos aflijidos por el cansancio y el hambre, derrotó completamente á mas de cien mil mejicanos que habian salido á estorbarle el paso en el valle de Otumba.

Como los estrechos límites que me he impuesto me impedirian dar cuenta detallada y en órden de las impresiones de mi peregrinacion en Méjico, voy entre paréntesis á decir algo de las cosas raras que ví algunos dias mas tarde en el famoso bosque de Chapultepec, aunque solo sea por haber aludido á ellas en esta narracion. La primera es el conserje que guarda la entrada, y del cual puede realmente decirse que vive de milagro. Este buen hombre tenia hace catorce ó quince años una numerosa familia, y un dia parece que se introdujo en su casa una loba rabiosa mordiendo furiosamente á la muger, á siete ú ocho hijos que tenia y aun á él mismo. Es decir, de todos los de la familia él fué quien salió peor librado, pues como era valiente hasta la temeridad, se puso á luchar con la loba, consiguiendo matarla despues de quedar el infeliz acribillado de mordeduras, y el resultado fué que su muger y todos sus hijos murieron á pocos dias víctimas de la hidrofobia, no habiendo él tenido la menor novedad al cabo de los muchos años

que han trascurrido. El hecho parece increible, pero no atestigu con muertos, pues vivo se encuentra el hombre de que se trata y todo el mundo conoce esta trágica historia, de la cual me parece que debian haberse ocupado los sabios como de un fenómeno sin ejemplo en los anales de la medicina. La segunda rareza del Chapultepec es una inmensa gruta cuyos límites nadie conoce hoy. La boca principal de este subterráneo, anterior á la conquista, se halla en la parte mas alta del bosque, junto al gran edificio que sirvió de palacio á los vireyes y que fué construido sobre las ruinas de la casa de recreo que allí tenian los emperadores aztecas. Debe suponerse que la mencionada gruta es una galería subterránea artificial, que tal vez se estiende á muchas leguas, y que tendria por principal objeto facilitar la fuga de la familia imperial en el caso de una sorpresa, por el estado de guerra contínua en que vivieron muchos años los ascedientes de Motezuma con los reyes de Tezcoco, Azcapotzalco, Culhuacan &c., y con los oligarcas de Tlaltelolco, sus mas inmediatos vecinos. Hoy la tradicion no se ocupa del orígen, pero la supersticion afirma que dentro de aquella cueva misteriosa, donde nadie se atreve á penetrar, vaga continuamente la sombra de la *Malinche*, pidiendo algo á todas las generaciones que se han ido sucediendo, sin que haya podido averiguarse qué es lo que pide, pero muchos convienen, por supuesto, en que la fantasma existe, y no falta quien asegura haberla visto con sus propios ojos, que, como dijo el otro, *se han de comer á la tierra.*

Basta de digresion, y omitiendo pormenores que solo servirian para llenar papel, trasladémonos desde luego á San Angel segun lo convenido en el Hotel Iturbide. A fé que allí vive D. Juan de la Fuente, un ciudadano español que tiene una hermosa casa, y lo que es mas agradable, buena voluntad para dar alojamiento á sus compatriotas. A la casa de este ciudadano fuimos á parar, y por el recibimiento que nos hicieron convinimos desde luego en que solo el gusto de conocer á D. Juan de la Fuente y á su apreciable familia vale la pena de hacer un viaje á Méjico, á pesar de las incomodidades y contratiempos del camino.

Aquel dia era de fiesta en San Angel, lo cual no es estraño, porque en los pueblos de la República no ha de preguntarse cuando es dia de fiesta, sino cuando no lo es; así como he dicho respecto á los ciudadanos del pais que no debe averiguarse quien es general, sino quien deja de serlo, y con decir que era dia de fiesta se supone que habria un tiroteo de salvas mucho mas estrepitoso que el de las

descargas hechas por los tudescos y los aliados en la reciente batalla de Solferino. Aquello era horroroso. Los cañones daban por la sucesion de sus detonaciones el remedo de una tempestad al repetir, como diria un jugador de billar; las descargas parciales de armas menores simulaban un redoble perpetuo hecho á fuego de peloton, y los cohetes oscurecian el sol como las flechas de los soldados de Jerjes. De seguro la pólvora que aquel dia se quemó ha hecho subir en todos los mercados del mundo el precio del azufre, y sin embargo, dicha fiesta no era de las mas ruidosas de San Angel.

Pero en tanto que por fuera se hacian tan repetidas salvas, en una casa de la plaza se hallaba reunida la nata y flor de los jugadores, entregados estos con pasmoso silencio á su favorita ocupacion. Y la compostura que observaban no provenia ciertamente del temor de ser denunciados, pues allí el juego vedado es el mas permitido mediante una licencia concedida por el gobierno para poder tirar la oreja de Jorge, pagando la contribucion correspondiente; sino de la costumbre. Los mejicanos parece que han querido enaltecer el vicio del juego rodeándole de virtudes. Allí, trabajo costará creerlo, pero es la verdad, si hay hombres camorristas, como en todas partes, ó capaces de obrar de mala fé, ó tramposos, estos hombres abandonan todas sus malas mañas y tendencias desde el instante en que entran en una casa de juego, donde todo el mundo se presenta con circunspeccion y da pruebas de hidalguía.

Las mesas son largas y sobre ellas se ven lucir á trechos montones de plata y oro, componiendo juntos la suma de dos, tres, cuatro y seis mil onzas. La que baja del mínimum dicen que ya no merece el nombre de banca. El tapete marca en líneas de colores los puestos correspondientes al banquero y á sus sucursales, porque hay sucursales realmente, y en estas dependencias del centro, que á veces se hallan muy distantes, hay gurrupiés encargados de echar sobre la mesa las mismas cartas del albúr que el banquero anuncia, recibiendo las puestas de los jugadores inmediatos y cobrando ó pagando con religiosa exactitud. La buena fé que allí domina es estraordinaria, y todos están de ello tan convencidos, que desde que se anuncia en el centro de la mesa una carta nadie se toma el trabajo de ver si es cierto, aunque de la tal carta dependa, como suele suceder, la fortuna de algunas familias. El cobro y el pago se verifica con órden, sin que los unos ni los otros tengan necesidad de hacerse oir, y como por otra parte los que ganan ó pierden no dan nunca señales de contento ni de disgusto, diríase que

uno se halla en una oficina inglesa segun el órden y silencio con que todos trabajan.

Hay mas, y voy á decirlo en prueba de la buena fé de los jugadores mejicanos. En aquel pais, como en todos los demás, el que no tiene dinero puede correr el peligro de no hallar quien le preste una peseta sin sólidas garantías y sin crecido interés; pero si ese mismo individuo entra en una casa de juego y pide veinte, treinta ó cuarenta onzas bajo su palabra, inmediatamente se las facilita el banquero, y esto consiste en que allí las deudas del juego son tan sagradas que nadie deja de satisfacerlas. Hay allí, como en todo el mundo, personas desconceptuadas, que jamás han pagado á nadie y á quienes por lo tanto nadie quiere fiar el valor de un *claco*, moneda de cobre semejante á la que se usa en España; pero esas mismas personas cumplen tan religiosamente sus compromisos contraidos en el juego, que allí todo el mundo les da sin recibo lo que piden, descansando en la seguridad del reintegro.

A pesar de todo esto, cuando se consideran los males que el vicio del juego ha producido en innumerables familias, no puede menos de anatematizarse una costumbre siempre inmoral y funesta, por mas que los mejicanos hayan pretendido realzarla con ese órden admirable que debian reservar para otros actos.

Tal es el juego en Méjico. Mis amigos y yo, despues de pasar en la casa de juego un rato entretenido, nos fuimos á disfrutar otro mas agradable bajo todos conceptos en la siempre abundante y alegre mesa del amigo y compatriota D. Juan de la Fuente, y allí fué donde pudimos apreciar debidamente lo que vale una fiesta en San Angel.

V.

Muy prolijo seria referir todas las escursiones que hicimos en el valle de Méjico. Un dia nos fuimos á Tezcoco, que antiguamente se llamaba Tezcuco, nombre tomado de la mayor de las lagunas que hay en el valle, pues tiene diez ó doce leguas cuadradas, y dicho pueblo en los tiempos de la conquista poseia una rica biblioteca de ciencias naturales. Por desgracia, esta biblioteca, en que el empi-

rismo de los indios habia compilado cuanto se sabia en aquella parte del continente respecto á las virtudes medicinales de las plantas, fué reducida á cenizas por el intolerante y fanático Zumárraga. En el dia, este pueblo que fué la capital de un reino rival de los aztecas y que luego sirvió de base á las operaciones militares de Hernan Cortés para el bloqueo, sitio y conquista de Tenochtitlan, no ofrece nada de particular como no sea la belleza de su situacion al pié de la ya citada laguna.

Otro dia lo consagramos á recorrer detenidamente los *Chinampas*, ó sea los jardines flotantes de los antiguos aztecas, que por este medio trasladaban su propiedad territorial á donde les convenia para ponerla á cubierto de la rapacidad de los enemigos. Con el tiempo las aguas se fueron retirando y los jardines dejaron de ser flotantes, pero no por eso merecen visitarse menos, pues recorriendo el campo por la inmensa red de canales que cortan en todas direcciones las famosas *Chinampas*, la vista se recrea en aquel terreno verdaderamente encantado, fresco y el mas feraz de todo el valle.

La facilidad de trasladarse á la villa de Guadalupe por el camino de hierro, y la nombradía que aquel punto disfruta, eran motivos mas que suficientes para que visitásemos, no una, sino muchas veces, el sitio ilustrado por la leyenda del indio Juan Diego. Además, la Virgen de Guadalupe ha venido á ser para los mejicanos el objeto predilecto de una devocion especial. Por esta razon la catedral de la Villa es la mas rica de Méjico, y con esto queda dicho que es la mas rica del mundo. Yo he visto la de Puebla, que entre otras cosas posee una lámpara de plata del valor intrinseco de setenta y cinco mil pesos; he visto en el mismo Méjico iglesias que rivalizan con la de Puebla; pero ninguna puede competir con la de Guadalupe. He aquí algunos pormenores que demostrarán esta verdad. El altar mayor es de plata con incrustaciones de oro, y la doble barandilla que se estiende desde dicho altar hasta el coro, así como tambien las balaustradas de los púlpitos, son igualmente de plata. La citada barandilla está coronada por multitud de efigies de santos como de un pié ó pié y medio de altura, que son asímismo de plata, y en fin, á todo lo dicho puede agregarse la siguiente *Noticia* de la plata labrada que allí existia en 1683, segun el Ilmo. Sr. D. Francisco Aguiar y Seixas, arzobispo que fué de Méjico: «28 lámparas de plata medianas y pequeñas; 1 idem grande delante del altar mayor; 32 blandones del tamaño comun; 2 idem de dos y me-

dia varas de alto; 45 candeleros, cuatro de filigrana; 89 pebeteros, 5 perfumadores y 1 braserito; 21 jarras; 1 atril; unas palabras; 1 cruz, manga del mismo precioso metal; 1 imágen de mas de una vara de alto; 1 candil con seis mecheros; 1 cruz sobredorada; 6 vinageras; 18 salvillas; 2 pares mas de vinageras con sus salvillas correspondientes doradas y una campanita; 4 albortantes; 2 fuentes redondas; 3 incensarios con dos navetas y sus cucharas; 2 vasos, 2 pares de despaviladeras y 1 plato para limosnas; 1 hostiario y 1 acetre; 2 ciriales y 1 hisopo; 1 cáliz con su patena, con los esmaltes de oro; 1 salvilla y vinageras doradas; 1 depósito; 10 cálices con sus patenas; 1 basamento; 1 corona; 1 frontal de plata para el altar mayor; 1 baldoquin; 1 tabernáculo; 1 vaso; 1 cruz de cristal con su peana y estremos de plata dorada; 1 imágen de la Vírgen con su peana y dos pichelcs; 12 columnas en el altar mayor; la guarnicion del marco de la Vírgen, con peso de mas de 1,500 marcos; 1 cruz; el Evangelio de San Juan; 2 candiles y 4 ramilletes; 1 salvilla; 1 sarta de 37 amatistas engastadas en oro; 2 blandones, 4 candeleros y algunas otras piezas pequeñas.» Ahora bien, amados lectores: por lo que ya existia en 1683, cuarenta años despues de la dedicacion del templo, puede colejirse lo que en dos siglos mas habrá aumentado su riqueza en plata, oro y piedras preciosas, atendiendo al fervor religioso de los mejicanos y á su predileccion por la Vírgen de Guadalupe, lo cual basta para demostrar mi asercion de que la citada Catedral es quizá la mas rica de toda la tierra. Sin embargo, todas las demás iglesias é innumerables conventos de la República pueden competir en esto con los primeros templos de Europa, y en cuanto al clero solo diré que todavía, despues de los quebrantos que ha sufrido por efecto de las revoluciones y otras causas, se estima su propiedad en mas de quinientos millones de pesos, lo que dará una idea del fervor religioso que hasta la presente ha dominado en aquel pais.

Pero sin quererlo me iba apartando de mi objeto, que es el de referir simplemente las impresiones recibidas en mis escursiones por el valle de Méjico. Fuera de la catedral, no hay nada que llame la atencion en la Villa, como no sean las bancas permanentes de miles de onzas que allí, como en San Angel y en la capital, están siempre alimentadas por los primeros capitalistas para recreo y castigo de los aficionados.

No quiero pasar á otro asunto sin decir que tambien tuve el gusto de ir al pueblo de Cuyoacan, tan célebre antes de la conquis-

ta y que no dejó de hacer en ésta un importante papel. Allí existe la primera iglesia que se construyó en Méjico por los españoles, y tambien la primer casa de mampostería, que fué el lugar favorito de residencia del Conquistador. En dicha casa murió doña Catalina Juarez, la Marcaida, primera esposa del héroe, y en las paredes de la misma parece que se desahogaban los descontentos escribiendo con carbon injuriosas acusaciones contra Hernan Cortés, el cual, para poner coto á tal sistema de diatribas, cojió á su vez un carbon y escribió debajo de todos los epígramas anónimos que se le lanzaban lo siguiente: «Pared blanca, papel de necios.” Hoy dicha casa, que se conserva en muy buen estado, sirve de cárcel al distrito judicial de San Angel, y además se encuentra en ella la oficina del juzgado de primera instancia, que en aquel pais se llama Juzgado de letras.

En todas estas escursiones, lo diré francamente, no solo me llevaba yo el objeto de satisfacer la curiosidad, sino tambien el de esperar á que mejorase algo el estado político para dar á luz un periódico imparcial; pero dice bien el refran que el que espera desespera, pues cada vez llevaba trazas de prolongarse mas la guerra civil, y por lo tanto seguí disfrutando en la holganza de las innumerables fiestas que se celebran en Méjico y sus alrededores. Una de estas fiestas, y quizá la mas ruidosa por todos conceptos, es la que tiene lugar el 16 de Setiembre, consagrada al cura Hidalgo, y en la cual, para mejor caracterizar el espíritu de intolerancia que distinguió á este caudillo de la Independencia, suelen dar rienda suelta á los estravíos de la pasion aquellas personas que en asuntos de patriotismo toman el rábano por las hojas. El mal, sin embargo, no está en las personas capaces de tales estravíos, sino en el pensamiento que allí se solemniza. ¿Quién era el cura Hidalgo? Un hombre que en el dia 16 de Setiembre de 1810 levantó el estandarte de la rebelion al grito de: «¡Viva Fernando VII y viva la Virgen de Guadalupe!» trocando la sotana por el trabuco y comenzando su nueva carrera con atrocidades que nadie debe disculpar. Vivia dicho señor en el pueblo de Dolores y concurria frecuentemente á una casa respetable, donde parece que habia ido á hacer su partida de tresillo por espacio de diez ó doce años. El mismo dia en que tenia el ánimo de insurreccionarse fué á dicha casa, y allí estuvo tan amable como de costumbre hasta mas de las once de la noche, hora en que se retiró sin que hubiera podido traslucirse su pensamiento. A las doce las campanas de la iglesia dieron la señal de

que habia estallado la conjuracion, y poco despues el cura Hidalgo volvió á la casa de donde acababa de salir y donde hizo degollar inhumanamente á todos los que en ella se encontraban, es decir, á los que durante muchos años habian sido sus mejores amigos y contertulios. Por este principio puede juzgarse de los escesos á que se entregaria despues el héroe de Dolores, y el carácter de la fiesta en que se hace conmemoracion del acontecimiento referido.

Es claro que las personas de criterio, aceptando las consecuencias del grito de Dolores, reprueban allí, sin distincion de partidos, los estravíos á que entre las turbas suele dar lugar la fiesta del 16 de Setiembre; pero el mal está en la fiesta, que en mi opinion debiera suprimirse ó trasladarse para el 27 del mismo mes, aniversario de otro acontecimiento glorioso para los mejicanos, pudiendo entonces darse espansion al entusiasmo patriótico bien entendido. Como, por otra parte, aquí no se trata de lo que seria mejor sino de lo que allí acontece, voy en pocas palabras á dar una idea de la indicada fiesta nacional.

Esta tiene dos fases: la parte oficial, que no describo porque se parece á todas las que por motivos análogos se celebran en todo el mundo civilizado, y la que se refiere al público, que es de la que me estoy ocupando. Por fortuna la inmensa mayoría de la poblacion es sensata, y por consiguiente, aunque participe, como es natural, del general regocijo, condena los escesos y contiene á las turbas que en semejante dia tienen una tendencia irresistible al desenfreno. Pero mientras las personas de juicio y educacion se portan como tales, sin dejar por eso de entregarse á los prudentes solaces que el patriotismo depurado aconseja, los que, como llevo dicho, toman el rábano por las hojas, profieren gritos de intolerancia ó pronun cian discursos halagando á las malas pasiones, costumbre que puede alguna vez tener deplorables consecuencias. Estos tribunos del 16 de Setiembre, á falta de mejores recursos, aspiran siempre á los aplausos por la exageracion de sus ideas patrióticas, y entre otros ejemplos que pudiera citar recordaré como muestra uno que puede arder en un candil. Habíanse una vez apurado al parecer todas las estravagancias de que son capaces los hombres en un momento de delirio real ó calculado, cuando un nuevo orador tomó la palabra y empezó su discurso en estos términos: «Señores, mucho se ha elogiado en el mundo la destruccion de las naves por Hernan Cortés, y sin embargo, eso que todo el mundo ha mirado hasta hoy como un acto de valor estraordinario, no fué á mi entender mas que una prueba de cobardía.»

Todos los que escucharon esta notable introduccion aplaudieron, aunque la razon se resistiese en ellos á creer lo que aplaudian, y el orador envalentonado con la aprobacion del auditorio continuó: «Sí, señores, fué una prueba evidente de miedo y de cobardía, pues si bien se repara, ¿saben ustedes porqué tomó Hernan Cortés la resolucion de destruir las naves? Pues no fué para imposibilitar á sus soldados la retirada y obligarles de este modo á seguir adelante luchando hasta morir ó triunfar, sino por el temor de que Motezuma se apoderase de dichas embarcaciones y se fuese á conquistar la Europa.»

Esta demostracion de la cobardía de Hernan Cortés fué para el auditario tan concluyente, que se redoblaron los aplausos; acabando todos por acompañar al orador que habia hecho tan portentoso descubrimiento, llevándole en triunfo hasta su casa.—«Vean ustedes, decia cada cual, nunca hubiera yo imaginado que pudiera darse una razon sólida para probar una proposicion tan atrevida, y sin embargo, el argumento no tiene réplica. Es preciso convenir en que realmente la destruccion de las naves, tan cacareada por los europeos, fué mas bien fruto del miedo que del valor de los conquistadores.»

Y lo mas incomprensible del caso, amados lectores, no está en que haya oradores que discurran tan desatinadamente y personas que aplaudan tan ridículos arranques de patriotismo, sino en que los que tal hacen, siendo por lo regular hombres blancos, lleven los apellidos de Fernandez, García, Lopez, Martinez y otros que seguramente no provienen de la raza conquistada. Si el uno se llamase D. Chapultepec y el otro D. Chiquihuite, podria esplicarse todo con tal que á estos nombres acompañase la pureza del tipo indígena; pero no siendo así, digo que no lo entiendo, y á las personas sensatas del pais, cualquiera que sea su color político, les sucede lo mismo que á mí, es decir, que tampoco lo entienden.

En estos discursos, en dar gritos descompasados, por no decir otra cosa, y en apurar algunas tinajas de *pulque*, pasan los que tienen otras entendederas la fiesta del 16 de Setiembre, y ahora caigo en que habiéndolo prometido, todavía no he dicho á mis lectores que cosa es *pulque*. Voy á cumplir mi palabra, y para ello diré que el *pulque* es un líquido cuyo solo recuerdo me revuelve las entrañas. Ya dije antes que este líquido se estrae del *maguey* ó *pita*, planta que en el territorio de la República tiene un desarrollo estraordinario. El color de dicho líquido es blanco, el olor muy seme-

jante al de los huevos podridos y el sabor muy parecido al olor; de modo que el uso de la tal bebida puede pasar por la estravagancia mas monstruosa que han inventado los hombres.

Yo lo habia oido celebrar mucho antes de probarlo, y para mejor convencerme de la bondad del pulque me convidaron á beberlo un dia en casa de un amigo. Acepté, ó por mejor decir, aceptamos el convite, porque Landaluze recibió la misma invitacion, y fuimos á la referida casa, donde para mejor obsequiarnos habian preparado un escelente *mole de guajolote.* ¿A que tampoco saben ustedes lo que esto significa? Pues yo lo creo, y si les digo que la base del condimento es el *chile* ó el *tornachile*, se quedarán tan en ayunas como yo me quedé cuando intenté probarlo. Esto consiste en la corrupcion que va esperimentando la lengua española por toda la América, y particularmente en Méjico, donde, no solo ya en las palabras, sino en las locuciones, se oyen las cosas mas estrañas. Allí, por ejemplo, no se dice ya que el general *A.* ó *B.* entró en San Luis ó en Guadalajara, sino que entró *á* Guadalajara ó *á* San Luis. En esa locucion castellana en que decimos, v. gr., *con ropa y todo, con cáscara y todo,* &c., los mejicanos han alternado los términos y dicen que Fulano se tiró al agua *con todo y ropa,* ó que Mengano es capaz de comerse alguna fruta *con todo y cáscara.* Pero voy á la esplicacion del *mole de guajolote,* que es lo que por ahora nos importa mas. Llámase *mole* en Méjico á un guiso compuesto principalmente de *chiles,* ó sea pimientos, y *guajolote,* que es lo que por aquí llaman *guanajo* y en buen español *pavo.* Si me preguntan ustedes porqué al guiso le llaman *mole*, contestaré que por lo mismo que á los pimientos les llaman *chiles,* y á los pavos *guajolotes,* y á las pavas *pípilas*, es decir, por el prurito de apresurar el dia en que los que solo hablen español tendrán necesidad de intérprete para comunicarse con los mejicanos, lo cual no quita para que algunas personas bastante respetables de aquel pais me hayan sostenido á mí, con toda formalidad, que la lengua castellana se habla hoy con mas pureza en Méjico que en Castilla. Volvamos al *mole de guajolote,* del cual solo puedo decir que para comerlo se necesita una pequeña preparacion y es forrarse el interior de la boca con hoja de lata, ó cuando menos con gutta-percha, porque la mostaza de los ingleses, las guindillas de Cataluña, y en fin, todos los mas agudos escitantes que se han apurado en el resto del mundo para convertir la comida en cauterio, pueden pasar por sustancias dulces y hasta insípidas en comparacion del dichoso *mole.* Yo que estaba despreve-

nido fuí á probarlo, pero no pasé de la tentativa, porque apenas lo arrimé á los labios cuando sentí una dolorosa impresion, así como si hubiera dado un beso á un hierro candente, y me contenté con ver los lagrimones que rodaban por las mejillas de Landaluze mientras apuraba su racion, que no parecia sino que estaba lamentando los infortunios de los tlascaltecas. Despues del *mole* vino el *pulque*, licor natural, acre, proclive y corrumpente, como diria el Médico á palos, y Landaluze se abalanzó al vaso con presteza por la necesidad que sin duda tenia de algun calmante; pero tan pronto como lo aproximó á las narices renunció á probarlo, haciendo un gesto muy parecido al remedo de una náusea. Yo creí que habria en esto algo de exageracion y quise beber, pero la basca que solo el olor me hizo esperimentar fué mas fuerte, y, por consecuencia, mi gesto mas pronunciado que el de mi amigo Landaluze. Sin embargo, despues de numerosas tentativas en que debí poner una cara bastante dificultosa, segun las carcajadas que tuve la honra de provocar, logré probar el *pulque*, cuyo sabor me pareció correr parejas con el olor, y no quiero decir que lo uno sea peor que lo otro, porque aquí es donde tiene escelente aplicacion aquello que dijo Larra cuando dijo: *los dos son peores.* Ya saben ustedes lo que es *pulque*, amados lectores; ahora solo me falta manifestar mi agradecimiento á las personas que con tan buena voluntad me lo brindaron y no solo me declaro agradecido sino que lo estoy verdaderamente.

VI.

A todo esto, el tiempo corria insensiblemente y la situacion política del pais iba de mal en peor, en vista de lo cual me decidí á publicar un periódico de literatura, cuyo primer número, bajo el título de *D. Junípero*, salió á luz el 1.° de Octubre. Contenia este número un artículo de introduccion en que se criticaba con el mayor decoro, y solo bajo el punto de vista literario, el discurso que pocos dias antes habia pronunciado el doctor Sollano en la apertura de la biblioteca de la Universidad Pontificia; un buen varapalo á nuestro compatriota D. R. de la S., por un artículo que este señor

acababa de publicar en el *Eco Hispano-Americano*, relativamente á las instituciones políticas de los pueblos del Nuevo Mundo; dos poesías, varias anécdotas y una caricatura. La acojida que el público dispensó á mi citado periódico fué fabulosa: la gente acudia como á borbotones en busca del primer número, y en vista de los pedidos que de hora en hora me hacian los libreros y repartidores, tuve que dar en la imprenta la órden de aumentar la tirada; pero no bien habia yo dado esta órden, cuando el gobierno tuvo por conveniente hacer recojer la edicion por medio de la policía, mandando además repartir la letra de la forma y borrar el dibujo de la piedra litográfica. Despues recibí otro recado de atencion con un oficio en que se me decia que, habiendo sido denunciado por el fiscal de imprenta mi artículo de introduccion, como injurioso al doctor don José Maria Diez de Sollano, y encontrándose procedente la denuncia, se me multaba en 150 pesos. La cosa, como ustedes ven, no llevaba malicia.

«Pero señor, decia yo para mí, ¿qué he dicho yo de ese señor Sollano para que mi artículo se califique de injurioso? Yo he tenido buen cuidado de demostrar, en los términos mas mesurados, que el discurso que critiqué carecia de lógica y de gramática, y todo esto sin ofender en lo mas mínimo al orador, á quien no tengo la honra de conocer. ¿Como puede llamarse injurioso un escrito en que no hay la menor personalidad? ¿Donde se ha visto que la crítica puramente literaria de una obra sea una injuria para nadie? Me parece que en lugar de pedirme ciento cincuenta pesos debian dármelos, por haber con mi crítica concienzuda evitado el mal efecto que los errores gramaticales del Rector pudieran producir en los discípulos que le oyen como á un oráculo. Por otra parte, aunque yo hubiera realmente ofendido al doctor Sollano, ¿porqué habia de denunciar mi artículo el fiscal de imprenta? Si yo hubiese escrito algo que pareciese inmoral ó sedicioso á los ojos del gobierno, comprenderia que el representante de la ley saliese á defender el órden y la moral; pero no puedo concebir como el señor fiscal, cuya mision no se estiende á velar por la reputacion de los particulares, haga una denuncia pública de lo que deberia ser una demanda personal del interesado. Además, suponiendo tambien que la denuncia fuese procedente, mi artículo deberia ser juzgado por el competente tribunal y no por el poder gubernativo. En fin, aun concediendo esto último, creo que antes de condenarme debieron oirme, pues tal vez hubiera yo demostrado matemáticamente ser de todo

punto inofensivo lo que se ha calificado de injurioso, y de todos modos, sostengo que no hay pueblo civilizado en el mundo, cualesquiera que sean sus instituciones, donde se niegue á los acusados el derecho de la defensa.»

En estas consideraciones se ocupaba mi pensamiento, cuando llegó el gefe de la policía llevándome un pasaporte y la órden de salir de la República, dándome tres dias de término para emprender la marcha. Esta órden, segun yo le hice observar al portador de ella, no podia cumplirse, 1.° por el poco tiempo que se me otorgaba para disponer el viaje, 2.° por estar el camino interceptado y no disponer el gobierno de Méjico de ningun puerto por donde yo pudiera efectuar el embarque, 3.° y último, por haberse cortado totalmente las comunicaciones entre Veracruz y Puebla, no habiendo ya diligencias ni ningun otro medio de trasporte.—«Pues no hay remedio, me dijo Lagarde, que así se llama el gefe de la policía; yo bien conozco que la cosa es imposible, pero por lo mismo se ha de ejecutar al pié de la letra.»

Doy al mas pintado la situacion en que me ví; pero al mismo tiempo debo decir que aquí fué donde tuve ocasion de apreciar el carácter hospitalario de los mejicanos y de algunos españoles allí establecidos. Es verdad que muchas personas que habian dado en visitarme con frecuencia, me volvieron completamente la espalda en la hora del peligro; pero en cambio se presentaron otras, que ni siquiera me conocian, á ofrecerme sus casas y sus servicios. El digno español señor Mendizábal, empleado en la casa de Moneda, tan pronto como supo lo que me ocurria, fué á comprarme todos los muebles, pagándomelos en lo que me habian costado en la tienda, y además me llevó cartas de recomendacion para el tránsito por si necesitaba tomar dinero en Puebla, Orizaba ó Veracruz. Despues, se resolvió otra cosa, y el campechano D. Juan de la Fuente, uno de los mas estimables españoles que han pisado las playas del Nuevo Mundo, fué, acompañado de su digna consorte, á recojer á mi esposa y familia para llevarlas á su casa de campo de S. Angel, con lo cual quedé yo descansado acerca de lo que mas cuidado podia ofrecerme, y me dediqué á recorrer durante algunos meses el valle de Méjico, pasando de esta ciudad á la cañada de D. José María del Rio, de ésta á Tacubaya, en casa del honrado tapatio D. Antonio García, un amigo á quien quiero considerar como hermano, y sucesivamente á varios puntos, encontrando en todas partes un interés tan noble y un trato tan generoso, que nadie

tendria derecho á esperar mas de sus propios parientes. En esta situacion me sorprendieron importantes acontecimientos, tales como la llegada del general federalista Blanco, á quien tuve el gusto de conocer con ese motivo; la retirada del ejército constitucional despues de un combate en que si no llevó la mejor parte por luchar contra un enemigo superior en el número y en la posicion, se condujo bizarramente; el pronunciamiento de Echeagaray contra el gobierno de Zuloaga; la elevacion al poder supremo de Robles Pezuela, y la eleccion de Miramon para presidente por los mismos amigos de Robles; pero para dar cuenta circunstanciada de todo esto necesitaria escribir mucho, y como dije al principio de este artículo, á mí me gusta trabajar poco.

Todas estas cosas no probaban mas sino que los asuntos políticos empeoraban por momentos, y de consiguiente que ya era una locura el continuar en tan anómala situacion. Así, despues de permanecer mas de cuatro meses con toda mi familia en la casa de mi querido amigo D. Juan de la Fuente, á quien toda mi vida estaré agradecido por la caballerosidad con que hasta el último instante se condujo, decidí emprender la retirada, y la llevé á cabo con muchos trabajos que serian muy largos de referir. El menor de todos fué el habernos salido los ladrones junto al pueblo de Enquechola, y como esta vez, por lo grueso de las partidas, nadie se defendia, nos robaron todo lo que traíamos. Pero este suceso, lejos de hacerme mirar con aversion aquel pais, me dió motivos para apreciarle mas, pues varias personas, de las cuales algunas nunca me habian visto, me brindaban con su bolsa diciendo que debia necesitar dinero una vez que me habian robado. Un caballero mejicano, cuyo nombre siento no recordar, se obstinaba con la mas noble insistencia, cuando llegamos á la ciudad de Orizaba, en hacerme tomar doscientos ó trescientos pesos para continuar el viaje, y mi amigo D. Anselmo Cano, mejicano tambien, mostró en Veracruz igualmente el empeño de hacerme aceptar una letra que tenia contra una respetable casa de aquella poblacion. Por mi parte, si bien no me sobraban los recursos, no quise abusar de la bondad de nadie, aunque no por eso estoy menos reconocido á las personas que me hicieron tan generosos ofrecimientos; y habiendo tomado el pasaje para la Habana, despues de una feliz navegacion tuve el gusto de volver á esta ciudad, de donde nunca hubiera debido salir, donde germinan todas mis esperanzas, y donde por ahora fijo mi residencia deseando corresponder á las cariñosas simpatías con que me honran sus habitantes.

Me preguntarán ustedes si pienso hacer algo respecto á la injustificable severidad de que fuí objeto en la capital de la República, y contestaré diciendo que me creo con derecho á reclamar daños y perjuicios; pero como esto habia de pagarlo la nacion, de la cual solo he recibido pruebas de benevolencia, renuncio á mi derecho, sin que por esto renuncie á la idea de ilustrar algun dia la historia contemporánea de aquel desgraciado pais con algunas notas interesantes.

FIN.

Me preguntarán ustedes si pienso hacer algo respecto á la injustificable severidad de que fuí objeto en la capital de la República, y contestaré diciendo que me creo con derecho á reclamar daños y perjuicios; pero como esto habia de pagarlo la nacion, de la cual solo he recibido pruebas de benevolencia, renuncio á mi derecho, sin que por esto renuncie á la idea de ilustrar algun dia la historia contemporánea de aquel desgraciado pais con algunas notas interesantes.

FIN.

